

CARDENAL GOMÁ

EL EVANGELIO
EXPLICADO



VOL. II

Editorial Casulleras-Barcelona

EL EVANGELIO EXPLICADO

INTRODUCCIÓN - CONCORDIA
COMENTARIO - LECCIONES MORALES

POR EL EMMO. Y REVMO. SEÑOR

Dr. D. ISIDRO GOMÁ Y TOMAS

CARDENAL-ARZOBISPO DE TOLEDO

PRIMADO DE ESPAÑA

CUARTA EDICIÓN

VOL. II

AÑOS PRIMERO Y SEGUNDO
DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

Barcelona, 3 de febrero de 1949

I M P R Í M A S E

† GREGORIO, Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Rvma.,
DR. LUIS URPI CARBONELL, Maest. la
Canciller-Secretario

SECCIÓN TERCERA

AÑO PRIMERO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

**De la Pascua de 779 a la de 780 de la fundación de Roma
Año 26-27 de nuestra era**

SUMARIO

PERÍODO PRIMERO: JESÚS EN JUDEA Y SAMARIA. — 26. Jesús en el Templo: Primera expulsión de los mercaderes. — 27. Conferencia de Jesús con Nicodemo. — 28. Jesús en la Judea: Ultimo testimonio del Bautista. — 29. Encarcelamiento del Bautista y vuelta de Jesús a Galilea. — 30. Jesús y la Samaritana.

PERÍODO SEGUNDO: JESÚS EN LA GALILEA. — 31. Pasa Jesús de la Samaria a la Galilea y da comienzo a su predicción. — 32. Curación del hijo del régulo. — 33. Jesús enseña en Nazaret, donde es rechazado. — 34. Traslada su residencia a Cafarnaúm. — 35. Primera pesca milagrosa y vocación de los cuatro primeros Apóstoles. — 36. Curación de un poseso en la sinagoga de Cafarnaúm. — 37. Cura Jesús a la suegra de San Pedro y a otros muchos. Retírase a orar. Evangeliza toda la Galilea. — 38. Curación de un leproso. — 39. El paralítico de Cafarnaúm. — 40. Vocación de San Mateo. — 41. Cuestión relativa al ayuno.

RESUMEN HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO. — Jesús ha subido a Jerusalén por la Pascua. Después de haber dado en el Templo magnífica prueba de su legación divina y de haber adoe-

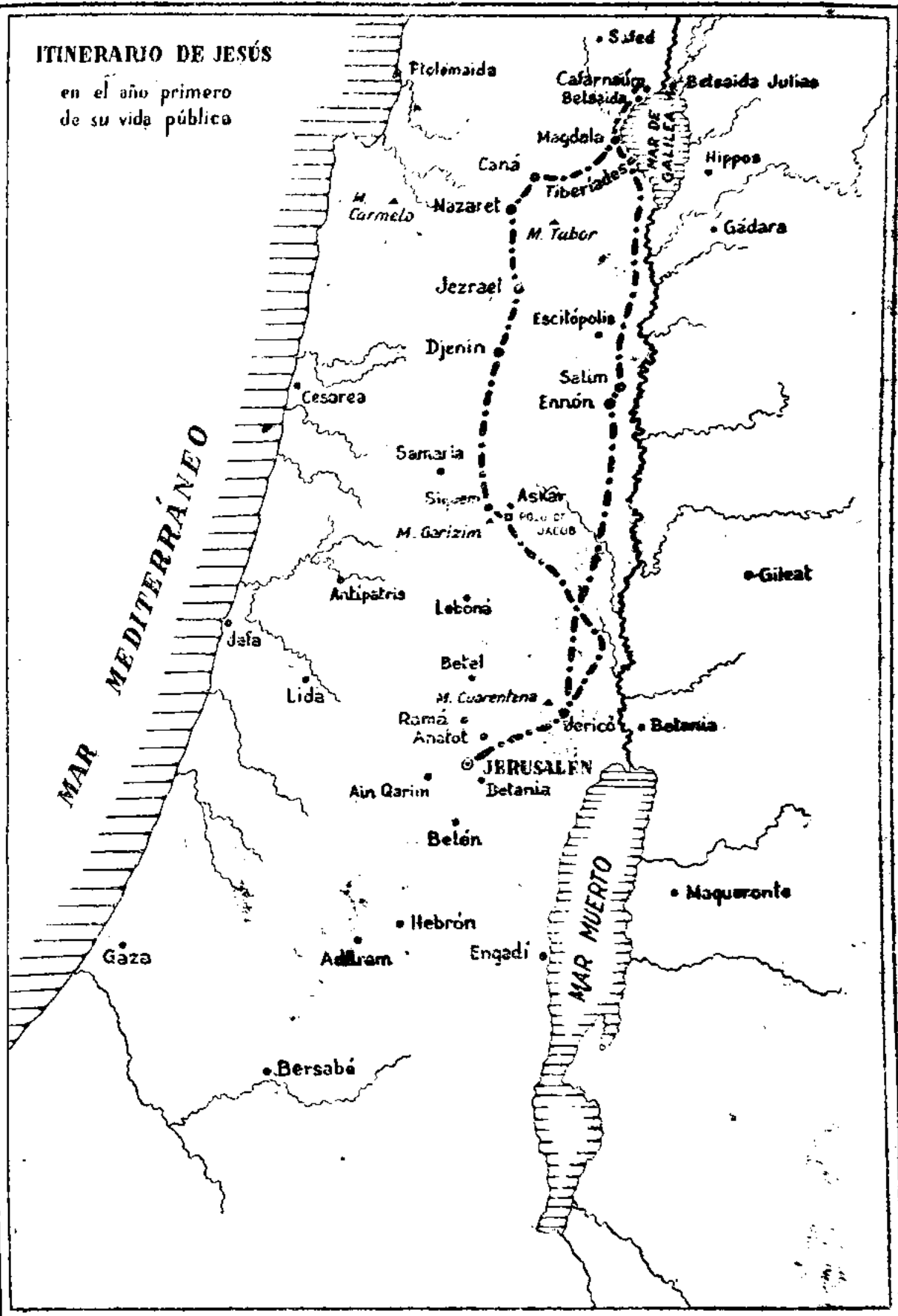
trinado a Nicodemo, sale de la gran ciudad y evangeliza la Judea, de donde sale, por causas que se indicarán, hacia diciembre del mismo año, en dirección a la Galilea. De paso por Samaria tiene lugar el episodio del pozo de Jacob, y con ello termina el período primero de esta sección.

Abarca el período segundo desde fines de año a la Pascua del siguiente. Durante estos cuatro meses aproximadamente, permanece Jesús en Galilea: rechazado de Nazaret se establece en Cafarnaúm, donde predica, obra numerosos milagros y elige sus primeros discípulos.

En el mapa de la página siguiente se señala la ruta probable seguida por Jesús durante este año, sin contar su permanencia en tierras de Judea sin fijarse en localidad determinada (Ioh. 3, 22), ni su predicación "por toda la Galilea", según la expresión, algo genérica, de San Marcos, 1, 39. (Véase vv. 14.15; Lc. 4, 44.)

ITINERARIO DE JESÚS

en el año primero
de su vida pública



PERIODO PRIMERO

JESÚS EN JUDEA Y SAMARIA

26. — JESUS EN EL TEMPLO: PRIMERA EXPULSION
DE LOS MERCADERES: IOH. 2, 13-25

**Evangelio del lunes después de la cuarta Dominica
de Cuarema**

¹³ Y estaba cerca la Pascua de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén: ¹⁴ y halló en el templo a los que vendían bueyes y ovejas y palomas, y a los cambistas sentados. ¹⁵ Y haciendo de cuerdas como un azote, los echó a todos del templo, y las ovejas y los bueyes, y arrojó por tierra el dinero de los cambistas, y derribó sus mesas. ¹⁶ Y dijo a los que vendían las palomas: Quitad esto de aquí, y no convirtáis la casa de mi Padre en casa de tráfico. ¹⁷ Y se acordaron los discípulos que está escrito: El celo de tu casa me comió.

¹⁸ Y los judíos le respondieron, y dijeron: ¿Qué señal nos muestras para hacer estas cosas? ¹⁹ Jesús les respondió, y dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. ²⁰ Los judíos le dijeron: En cuarenta y seis años fué hecho este templo, ¿y tú lo levantarás en tres días? ²¹ Mas él hablaba del templo de su cuerpo. ²² Y cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos que por esto lo decía: y creyeron a la Escritura, y a la palabra que dijo Jesús.

²³ Y estando en Jerusalén en el día solemne de la Pascua muchos creyeron en su nombre, viendo los milagros que hacía. ²⁴ Mas el mismo Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía a todos, ²⁵ y porque él no había menester que alguno le diese

testimonio del hombre: porque sabía por sí mismo lo que había en el hombre.

Explicación. — El hecho que en este fragmento se refiere es uno de los dos análogos que tuvieron lugar en el templo de Jerusalén; con él empieza Jesús su público ministerio en la ciudad santa. La otra expulsión tendrá lugar tres años más tarde, en los mismos días de la Pascua, última que celebrará Jesús. Las ocasiones son semejantes: el abuso, introducido después de la cautividad de Babilonia, de convertir los espaciosos atrios del templo, especialmente el de los gentiles (t. I, pág. 112), con sus pórticos o galerías, en una feria inmensa en que se vendía todo lo necesario para los sacrificios, cruentos e incruentos, numerosísimos en la semana de Pascua. A Jerusalén confluían no sólo los judíos de la Palestina, sino los de la Diáspora, quienes, por venir de lejanas tierras, no podían traer lo necesario para los sacrificios. Al amparo de la tolerancia de sacerdotes y levitas, que de ello sacaban pingües ganancias, se convertía el templo en público mercado, donde se vendían toda suerte de reses, bueyes, carneros, corderos, cabras; las especies de los sacrificios incruentos, aceite, sal, harina, etc. Numerosos cambistas facilitaban las transacciones, cambiando la moneda extranjera por la judía, y facilitando el didracma que todo judío venía obligado a pagar al Templo desde los 20 años: no hubiese sido digna de la santidad del tesoro sagrado la moneda acuñada por griegos y romanos, que ostentaban signos de falsas divinidades.

LA EXPULSIÓN (13-17). — En Cafarnaúm, donde había pasado algunos días con su Madre, parientes y discípulos, se incorporaría Jesús a la caravana que salía de la Galilea para Jerusalén, próxima ya la fiesta de la Pascua. Es éste el primero de los cinco viajes que menciona San Juan hechos por Jesús a Jerusalén durante su ministerio público (2, 13; 5, 1; 7, 10; 10, 22; 12, 12). Los sinópticos no recuerdan explícitamente más que uno. Fué a Jerusalén, seguramente según costumbre de los demás años, ya para cumplir el precepto legal, ya para empezar su ministerio, cumpliendo la profecía de Malaquías

(3, 1-3): *Y estaba cerca la Pascua de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén, que está a mayor altitud que Cafarnaúm, unos 1.000 metros, y a unos 150 kilómetros de distancia.*

La primera visita de Jesús en la ciudad es al Santuario, para orar. Pero, al entrar en el inmenso recinto vió la gran profanación de aquel lugar sagrado: *Y halló en el templo a los que vendían bueyes y ovejas y palomas, y a los cambistas sentados.* Bueyes y ovejas servían para los sacrificios de los ricos; palomas y tórtolas, para los de los pobres. Usureros y cambistas facilitaban la adquisición de moneda de oro, plata, bronce, cobrándose un escote que oscilaba entre el 5 y 10 por ciento. Fácil es comprender, más que imaginar, la confusión y gritería de la multitud inmensa y abigarrada, hablando toda la lengua, contratando y discutiendo a gritos, a guisa de los orientales, mezclándolos con los balidos y mugidos de animales. Dentro del mismo recinto se celebrará el culto solemne de aquellos sagrados días.

Fuego de santo celo encendió de indignación el pecho de Jesús: *Y haciendo de cuerdas como un azote, de las mismas seguramente que allí tendrían esparcidas los vendedores, los echó a todos del templo, y las ovejas y los bueyes, y arrojó por tierra el dinero de los cambistas, y derribó sus mesas.* La mayor parte de los intérpretes creen que el azote no sirvió más que para amedrentar, castigándolos, a los animales, no a los negociantes. De éstos, los propietarios de reses saldrían con ellas. Quedaban allí los dueños de las jaulas de palomas; a ellos se dirige en su indignación, dándoles la razón de la propia conducta e increpándoles por la de ellos: *Y dijo a los que vendían las palomas: Quitad esto de aquí, y no convertáis la casa de mi Padre en casa de tráfico.*

Con ello se revela Jesús como hombre que tiene una relación especial con Dios: se hace Hijo de Dios. Nunca en los sagrados libros usó profeta alguno este lenguaje. En el hecho de la expulsión de los mercaderes hay una triple manifestación de Jesús como Mesías: se declara tal por la venganza que toma de la impiedad, según Malaquías (3, 1-3): por el poder extraordinario que manifiesta, hasta el punto que San Jerónimo llame a este hecho el milagro más admirable del Señor,

cuando nadie hubo que se atreviese a resistir la faz y el gesto de un desconocido que se atreve contra tantos mercaderes, gente grosera e interesada, contra una vieja costumbre, contra los intereses de sacerdotes y levitas; y en tercer lugar, porque se hace Hijo de Dios.

Fruto natural de esta triple manifestación, y seguramente de la visión de la majestad de Jesús en este momento, es la impresión que hace a sus discípulos, quienes se acordaron que estaba predicho por los profetas el ardor del celo del Mesías por el honor de la casa de Dios (Ps. 68, 10), con lo que se arraigaría más su fe: *Y se acordaron los discípulos que está escrito: El celo de tu casa me comió.* Es metáfora común: el celo ardiente, hijo del grande amor, abrasa y devora las entrañas.

DIÁLOGO CON LOS JUDÍOS (18-22). — La enérgica conducta de Jesús al condenar en forma violenta un abuso que la pasividad o connivencia de los primates de los sacerdotes y levitas había hasta entonces consentido o autorizado, excitó la indignación de aquéllos. El acto de Jesús era la pública reprobación de su conducta; la invasión de lo que juzgaban ellos jurisdicción suya exclusiva; la probable pérdida de un negocio; todo por un hombre que no había atestado sus poderes para ello: para obrar como un profeta reformador se requería garantía de una misión divina.

Por ello se acercan a Jesús los poderosos del Templo, y respondiendo a una cuestión que en sus espíritus se habían planteado, se dirigen bruscamente a Jesús: *Y los judíos le respondieron, y dijeron: ¿Qué señal nos muestras para hacer estas cosas?* Pídenle inútilmente un milagro, cuando habían visto el milagro de su poder sobre aquella multitud de mercaderes. No reprueban la actitud de Jesús al mirar por el honor del templo y de la religión: se hubieran enajenado la voluntad de los piadosos israelitas, para quienes era el Templo lugar sacratísimo. Pero tampoco pueden consentir, sin exhibición de credenciales, la intrusión de un forastero, hombre civil, en funciones que eran propias de los sacerdotes, cuya tolerancia quedaba en mal lugar, con la enérgica actitud de Jesús.

A una pregunta llena de mala fe, responde Jesús en forma enigmática, dando a la palabra "templo" un sentido metafórico, y dejando que sus interlocutores lo tomaran a la letra, del mismo Templo que ante ellos se levantaba: *Jesús les respondió, y dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré*: respuesta desconcertante, porque no les niega el milagro, pero ellos deben antes derribar el Templo. La frase de Jesús quedará profundamente grabada en el alma rencorosa de los servidores del Templo; tres años más tarde harán que reviva la frase para acusar a Jesús ante Caifás. Pero Jesús, desde los comienzos de su ministerio, en el primer choque con ellos, les había dado la prueba más irrefragable de su divinidad, su resurrección, que tendrá lugar no lejos de aquel sitio.

Escabúllense como pueden los adversarios de Jesús, seguramente ante los oyentes que presenciarian la escena, llevando a otro terreno la cuestión: *Los judíos le dijeron: En cuarenta y seis años fué hecho este templo ¿Y tú lo levantarás en tres días?* En efecto, comenzadas por Herodes las obras de engrandecimiento del Templo el año 734 de la fundación de Roma, hacía cuarenta y seis años que no se habían interrumpido; no se terminarán hasta el año 64 de nuestra era, poco antes de su destrucción (t. I, pág. 243).

Podían todavía los judíos urgir su pregunta ante la respuesta enigmática de Jesús, haciéndole concretar los términos de su aserción, pero interrumpen bruscamente el diálogo. Y añade el evangelista por su cuenta: *Mas él hablaba del templo de su cuerpo*: templo santísimo en que mora la plenitud de la divinidad, por razón de la unión hipostática de la naturaleza humana y, por lo mismo, del cuerpo del Señor, a la Persona del Verbo; templo que será destruido en las horas tremendas de la pasión y rehecho por la propia virtud divina de Jesús a los tres días, según la profecía que acaba de pronunciar. Los mismos discípulos no interpretaron entonces el pensamiento de su Maestro. Fué providencial su ignorancia, porque así recordaron mejor los dichos de Jesús, y se acreció su fe al contrastar la promesa pasada con el hecho presente: *Y cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus dis-*

cipulos que por esto lo decía: y creyeron a la Escritura, y a la palabra que dijo Jesús: a la Escritura, porque pudieron aplicar a Jesús-Mesías las antiguas profecías de la resurrección (Ps. 15, 10; Is. 53, 10-12); a la palabra de Jesús, porque vieron que sabía las cosas antes que sucedieran.

EFECTOS EN EL PUEBLO (23-25). — Otros milagros haría Jesús en Jerusalén, en esta ocasión, que el Evangelista no nos narra. Por estos milagros, viendo que realmente era mayor que el Bautista, que de él había dado testimonio, muchos creyeron que era el Mesías anunciado: *Y estando en Jerusalén en el día solemne de la Pascua, todos los días de la solemnidad para la que había subido a Jerusalén, muchos creyeron en su nombre, viendo los milagros que hacía y que los Evangelios no puntualizan.* Con todo, porque esperaban ellos un Mesías que restaurase el trono de David por el poder militar, expulsando a los extraños, Jesús no se fiaba de ellos, de los que empezaron a creer; como no debía manifestarse en la forma que ellos pretendían, le hubiesen abandonado si les hubiese tratado como discípulos: *Mas el mismo Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocían a todos: conocía que eran carnales y que no se hubiesen compenetrado con su doctrina y espíritu.* Para conocerles no era preciso se le manifestaran claramente: escrutador de los corazones, penetraba con su mirada de Dios los íntimos sentimientos de todos ellos: *Y porque él no había menester que alguno le diese testimonio del hombre, de ningún hombre; porque sabía por sí mismo lo que había en el hombre, en lo más profundo y secreto de todo hombre.*

Lecciones morales. — A) v. 14. — *Y halló en el Templo a los que vendían...* — La profanación del Templo movió a santa indignación al mansísimo Jesús: ¿por qué? Porque el templo es una parcela que Dios, creador y dueño de todo el mundo, se ha acotado en esta tierra para recibir allí los homenajes de adoración y de alabanza y las oraciones de los hombres. En el templo está Dios con una especial presencia, dispuesto a que los hombres traten con El y a condescender con los hombres. Todo lo que no sea el negocio de los negocios, que es el de la religión, es

decir, de las relaciones entre Dios y el hombre, es una verdadera profanación, porque es falsear la naturaleza y los destinos de la casa de Dios: y Dios es celoso de la gloria de su casa. Y si esto sucedió en el Templo de Jerusalén, mayor es toda profanación de nuestros templos cristianos: porque aquél no era más que una sombra de la dignidad y grandeza de los nuestros. En ellos está personalmente presente Jesús; y se oye su palabra santísima, y se reproduce a diario el Sacrificio del Calvario, y se administran y hacen los sacramentos, y viene en ellos abundante el Espíritu de Dios con sus gracias a los fieles. No profanemos jamás nuestros templos con pensamientos, palabras y acciones ajenas a los santísimos misterios que en ellos se obran. Y entremos en los sentimientos de celo de Jesús, corrigiendo, en la forma que debamos y podamos, a los que no guardan con la casa de Dios el debido respeto.

b) v. 15. — *Los echó a todos del templo...* — La indignación de Jesús en este episodio no nos debe extrañar: es la manifestación de un estado de su alma santísima; es un estado pasional derivado de la visión de los abusos que en la casa de su Padre se cometían. Que Jesús se manifestara apasionado, no nos debe extrañar, porque el elemento pasional es natural en el hombre, como los puros sentidos, como la pura inteligencia. Sólo que en Jesús las pasiones estuvieron ordenadísimas, sujetas siempre en todo a los dictados de su inteligencia soberana y a las normas santísimas de la ley de Dios. Tomó todo lo nuestro, menos el pecado. Así pudo santificar nuestras pasiones, y dejarnos admirables ejemplos de la manera de gobernarlas o contenerlas. Como Jesús, todas las debemos utilizar para el bien. No hay pasiones malas: sólo lo son porque las dejamos extraviar. El ojo no es malo: pero se hace malo mirando lo vedado. Así las pasiones: son malas cuando salen de las normas debidas. Pueden, por el contrario, ser grandes auxiliares para el bien. Vigilemos e imitemos a Jesús en este punto.

c) v. 18. — *¿Qué señal nos muestras para hacer estas cosas?* — La pregunta que los judíos hacen a Jesús supone una gran perfidia. Hartas señales había ya dado Jesús de su misión divina. Pocos días hacía que una misión, salida seguramente del mismo Templo, había ido a Betania transjordánica para que diera Juan testimonio de sí: Juan lo da, estupendo y clarísimo, de Jesús. El milagro de Caná y los que haría posteriormente

en Cafarnaúm y en Jerusalén, según se desprende del Evangelio; el mismo estupendo milagro que acababan de presenciar, de arrojar, El solo, del Templo a los mercaderes, debía humillarles hasta el reconocimiento de su divinidad, o a lo menos de su mesianidad. No quieren: es el orgullo del espíritu, las preocupaciones, los intereses materiales, los que endurecen el espíritu y no le dejan salir del estado de protervia y rebeldía contra el mismo Dios, una de las desgracias mayores que el pecado puede acarrear al hombre. ¡Cuántos endurecidos incrédulos en nuestros días, a pesar de que hiere sus ojos una luz mucho más clara que la que iluminó a sacerdotes y levitas del templo!

D) v. 19. — *Destruid este templo...* — El templo a que alude aquí Jesús, dice Orígenes, no es sólo el templo de su cuerpo, sino la santa Iglesia que, construída de piedras vivas y elegidas, que somos todos los cristianos, cada día se destruye en ellas, por que cada día mueren los hijos de la Iglesia; y cada día de la historia parece que muere como institución, porque en conjunto está sujeta a todas las tribulaciones y aparentes disoluciones de las cosas humanas. Con todo, resurge siempre, como el cuerpo muerto de Jesús. Resurge en este mundo, porque a las horas de tormenta y de las aparentes derrotas, sucede la calma y el triunfo esplendoroso. Resurgirá definitivamente cuando venga el tiempo del cielo nuevo y de la tierra nueva, de que nos habla el Apocalipsis, por la resurrección de todos sus miembros, que somos nosotros. Seamos miembros de Cristo, suframos con El y muramos con El: es la condición indispensable para resucitar con El. Es doctrina inculcada varias veces por el Apóstol. Vivamos en esta santa fe y dulce esperanza.

E) v. 24. — *Mas el mismo Jesús no se fiaba de ellos...* — Jesús no se fiaba de aquellos creyentes incipientes que le habían conquistado sus milagros en Jerusalén. Es que Jesús quiere nuestro abandono, de pensamiento y voluntad, a sus direcciones: no quiere que nos conservemos en el egoísmo espiritual de quienes le regatean pensamiento o voluntad. Jesús lo sabe todo: no necesita testimonio de hombre, porque penetra con su mirada hasta el fondo de nuestro pensamiento y corazón. No nos excusemos, y rindámonos generosamente a sus gracias.

27. — CONFERENCIA DE JESUS CON NICODEMO

IOH. 3, 1-21

**Evangelio de la Misa de la Invenición de la Santa Cruz
(vv. 1 - 15)**

¹ Y había un hombre de los fariseos, llamado Nicodemo, príncipe de los judíos. ² Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabbi, sabemos que eres maestro venido de Dios, porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces si Dios no estuviere con él. ³ Jesús respondió, y le dijo: En verdad, en verdad te digo, que no puede ver el reino de Dios sino aquel que renaciere de nuevo. ⁴ Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer, siendo viejo? ¿Por ventura puede volver al vientre de su madre y nacer otra vez? ⁵ Jesús respondió: En verdad, en verdad te digo que no puede entrar en el reino de Dios sino aquel que renaciere del agua y del Espíritu Santo. ⁶ Lo que es nacido de la carne, es carne; y lo que es nacido del espíritu, es espíritu. ⁷ No te maravilles porque te dije: os es necesario nacer otra vez. ⁸ El espíritu sopla donde quiere: y oyes su voz, mas no sabes de dónde viene ni adónde va: así sucede con todo aquel que es nacido del Espíritu.

⁹ Respondió Nicodemo, y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto? ¹⁰ Respondió Jesús, y le dijo: ¿Tú eres maestro en Israel e ignoras esto? ¹¹ En verdad, en verdad te digo que hablamos lo que sabemos, y atestiguamos lo que hemos visto, y no recibís nuestro testimonio. ¹² Si os he dicho cosas terrenas y no las creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales? ¹³ Y ninguno subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo.

¹⁴ Y como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así también es necesario que sea elevado el Hijo del hombre: ¹⁵ para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. ¹⁶ Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dió a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. ¹⁷ Porque no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

¹⁸ Quien cree en él, no es juzgado: mas el que no cree, ya

está juzgado, porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios. ¹⁹ Y éste es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz: porque sus obras eran malas. ²⁰ Porque todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que no sean reprendidas sus obras: ²¹ Mas el que hace las obras según la verdad, viene a la luz, a fin de que sean manifestadas sus obras, porque han sido hechas en Dios.

Explicación. — Fácil es darse cuenta del episodio presente si atendemos las circunstancias históricas que le rodean. De Jerusalén se había mandado al Bautista una misión especial para preguntarle si era el Mesías, que debía llegar de un momento a otro: Juan le señala como ya presente en Israel. No habían transcurrido más que unas semanas, y los peregrinos que de la Galilea habían venido a la ciudad santa con motivo de la Pascua habrían publicado en el mismo centro de la teocracia, y en presencia de todo Israel, el milagro obrado por Jesús en Caná de Galilea. Y mientras corre la fama, el mismo Jesús se presenta como Hijo de Dios en el suceso de la expulsión de los mercaderes, y hace también milagros en la propia ciudad santa (Ioh. 2, 23). Aunque no lo dice el Evangelio, es seguro que Jesús predicaría también aquellos días en el templo. Grande sería la conmoción entre los primates de Israel, quienes, según se desprende de las primeras palabras de Nicodemo a Jesús, se ocuparían de los extraordinarios sucesos de aquellos días. El miedo de los más poderosos y los prejuicios sobre la persona del Mesías retuvieron a quienes, de entre los mismos maestros de Israel, hubiesen querido acercarse a Jesús, como lo hacían muchos del pueblo (Ioh. 2, 23). Sólo Nicodemo, probablemente en connivencia con algún otro, se acerca clandestinamente de noche a Jesús, con el cual tuvo este interesantísimo diálogo, que se distingue por su ingenuidad, claridad y profundidad. Es el primer discurso de Jesús, y en él se da un esbozo de toda la vida espiritual que trajo al mundo.

EL RENACIMIENTO ESPIRITUAL (1-8). — Entre los fariseos, puritanos de la ley, que a medida que se agrandará la figura de Jesús le manifestarán odio implacable, había un

hombre poderoso, llamado Nicodemo (Nicolás), nombre griego como tantos los había entre los judíos del tiempo de Jesús; era al mismo tiempo príncipe de los judíos o miembro del Sinedrio, cualidades que le daban un gran prestigio sobre todo Israel: *Y había un hombre de los fariseos, llamado Nicodemo, príncipe de los judíos.* Por las circunstancias ya dichas, vino este poderoso judío a visitar a Jesús de noche, en la casa donde se hospedaba, propiedad del discípulo Juan, según algunos intérpretes (loh. 19, 27). Nicodemo considera a Jesús como un hombre de Dios, un profeta, cuya santidad reconoce, por los milagros que hace: por este título empieza su saludo. Se desarrollaría la conversación quizás en presencia de los discípulos, a lo menos de Juan, a la luz titilante de la pobre lámpara de arcilla que ardía sobre el candelabro, en el centro de la habitación: *Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabbi, sabemos que eres maestro venido de Dios.* Sabemos, en plural, lo cual revela que no era sólo Nicodemo el que se había conmovido ante la persona y hechos de Jesús; serán, tal vez, muchos los que quieren saber de Jesús; sólo este fariseo se atreve a interrogarle. *Porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces si Dios no estuviere con él.* Hay una relación entre las obras de Jesús y su magisterio; los milagros que hace no pueden venir sino de Dios, y Dios no pone el peso de su poder al servicio de la impostura o de la mentira: luego Jesús es un enviado de Dios, y Dios depone en favor suyo. Tiene por lo mismo Nicodemo una fe rudimentaria y oscura sobre la persona de Jesús.

Na dice el Evangelio cómo entraron los interlocutores en la interesantísima materia de la conversación. Es opinión de muchos intérpretes que empezaría Nicodemo con una pregunta análoga a las que al Bautista hacían las multitudes, como las que en varias ocasiones se hicieron al mismo Jesús. "¿Qué he de hacer para lograr el reino de Dios?" Si no es que Jesús leyese en la mente del fariseo y respondiese a una pregunta mental del mismo. Opina Knabenbauer que la misma vehemencia con que empieza a hablar Jesús es señal de que quiere destruir en el espíritu de su interlocutor un arrai-

gado prejuicio, como si dijera: Tú, como fariseo, te crees "hijo del reino"; pero te digo que ello no sirve para entrar en el reino de Dios: es preciso nacer de nuevo, según el espíritu: *Jesús respondió, y le dijo: En verdad, en verdad te digo que no puede ver el reino de Dios sino aquel que renaciere de nuevo.* La aseveración es gravísima, robustecida con fórmula juratoria. El fariseo no puede descifrar el enigma, y, ya sea para provocar una más amplia explicación, o porque siguiera aferrado a sus prejuicios de hijo de Abraham, tal vez no sin ironía, interpreta las palabras de Jesús en sentido carnal: *Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer, siendo viejo? ¿Por ventura puede volver al vientre de su madre y nacer otra vez?*

Jesús, con el mismo énfasis de antes, y sin condescender en lo más mínimo con los prejuicios de su interlocutor, aclara su primera afirmación definiendo la manera cómo el hombre nace a una segunda vida, que es según el espíritu, por la regeneración que en el Bautismo se obra: *Jesús respondió: En verdad, en verdad te digo que no puede entrar en el reino de Dios sino aquel que renaciere del agua y del Espíritu Santo.* Es el rito nuevo, predicho por el Bautista (Mc. 1, 8): el Bautismo será el sacramento por el que los hombres serán hechos hijos de Dios por una participación de su misma naturaleza. Este rito será en el agua y en el Espíritu Santo: la ablución exterior será el signo eficaz de la purificación interior por la que dejará de ser el "hombre viejo" y nacerá a una vida según el espíritu. ¿Qué efecto produciría en el alma de Nicodemo, fariseo y, como tal, ritualista y aferrado a las viejísimas tradiciones, la teoría de una ablución material que produce un nacimiento espiritual?

Y aclara Jesús la naturaleza de este renacimiento. El hombre no deberá entrar otra vez en el seno de su madre para nacer de nuevo; no se trata de renacer según esta naturaleza que tenemos, sino según una manera de vivir que es participación de la misma vida de Dios, y, por lo mismo, espiritual y sobrenatural: *Lo que es nacido de la carne, es carne: y lo que es nacido del espíritu, es espíritu.* La carne aquí es todo el hombre. Los hombres nacen de otros hombres se-

gún la carne; porque el engendrado es de la misma naturaleza que el que engendra: luego la vida espiritual debe proceder de un principio generador espiritual. Por lo mismo el hombre, por sí solo, no puede entrar en el reino de Dios.

Ante esta afirmación queda pasmado y confuso Nicodemo: ya no le sirve el ser hijo de Abraham y fariseo para ser "hijo del reino"; y este reino no será la restauración del trono de David, con la expulsión de los actuales dominadores de Israel: la doctrina del Maestro es absolutamente nueva y peregrina. Jesús, amablemente, sosiega su espíritu: *No te maravilles porque te dije: os es necesario nacer otra vez*; y le pone una comparación que, al mismo tiempo que es un motivo de credibilidad, es una explicación sensible de la doctrina que le acaba de exponer: *El espíritu (viento) sopla donde quiere: y oyes su voz, mas no sabes de dónde viene ni adónde va*; es decir, que en las mismas cosas naturales hay algunas de las que no dudamos, aunque no las veamos: así sucede con el viento, que no vemos, ni sabemos dónde se forma y dónde acaba, aunque oigamos el ruido que hace. Por ello no debemos negar nuestro asentimiento a aquello que, siendo de un orden sobrenatural, no comprendemos. *Así sucede con todo aquel que es nacido del Espíritu*: este nacimiento es obra completamente graciosa de Dios, que llama a quienes quiere, y aunque toque la mente y el corazón con ilustraciones y mociones, no podemos saber con certeza si está presente en un alma por la gracia santificante; sólo con probabilidad puede saberse por los frutos del mismo Espíritu, caridad, gozo, etc. (Gal. 5, 22).

JESÚS, TESTIMONIO DIVINO DE LA VERDAD DIVINA (9-13). Nicodemo, hombre que no se rinde a enseñanzas que no se avengan con sus prejuicios, hace a Jesús una pregunta que revela su incredulidad: *Respondió Nicodemo, y le dijo: ¿Cómo puede hacerse esto?*, esto es, que nazca el hombre de una manera imperceptible a la vida del espíritu? Cesa desde ahora el diálogo para convertirse en un altísimo monólogo o discurso de Jesús, en que esboza el Maestro las grandes líneas de la vivificación espiritual del mundo. Es discurso

lleno, sublime, uno de los más selectos fragmentos dogmáticos del Evangelio.

Empieza Jesús por dar al fariseo una razón de credibilidad de lo que le dice, que es su ciencia divina. Pero antes arguye a Nicodemo porque ignora lo que debiera saber, pues ya en varios pasajes de las viejas Escrituras, que él conoce muy bien, se habla de la regeneración espiritual (Ez. 11, 19; 36, 25; Zach. 13, 1): *Respondió Jesús, y le dijo: ¿Tú eres maestro en Israel e ignoras esto?* Y entonando otra vez la frase, hablando en plural mayestático, sin responder directamente lo que enseña: la unión hipostática de su naturaleza humana a la persona del Verbo, y la visión beatífica que la sigue hace que su entendimiento vea la misma esencia divina, en la que están escondidas las verdades que le revela: *En verdad, en verdad te digo que hablamos lo que sabemos, y atestiguamos lo que hemos visto, en el seno del Padre. No obstante ello, Nicodemo y sus compañeros a pesar de reconocer que Jesús es enviado de Dios, acreditándose de buenos fariseos, rehusan asentir a sus enseñanzas: Y no recibís nuestro testimonio.*

Culpables son los judíos de no aceptar el testimonio de Jesús cuando les habla de cosas que, aun siendo del orden sobrenatural, se realizan en la tierra, como lo es la regeneración bautismal. Pero aun tiene cosas más altas que revelar, que son las que se realizan en el seno de Dios en el cielo: la vida íntima de Dios, la Trinidad, la divinidad de Jesús, los designios de Dios en la redención, etc.; mucho más difícil será le crean cuando les diga estas cosas: *Si os he dicho cosas terrenas y no las creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?* Con todo, él las sabe estas cosas absolutamente celestiales, y es motivo de más para que se le crea en el testimonio que de las mismas da: porque él es el Hijo del hombre, Verbo de Dios hecho hombre, que está en el cielo desde toda la eternidad: y, por tanto, es testigo de lo que en el cielo hay; y ha bajado por la encarnación a la tierra, para referir a sus hermanos los hombres las cosas del cielo: *Y ninguno subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que*

está en el cielo. Con estas palabras afirma Jesús su divinidad y la unidad de su Persona.

EL ORDEN DE LA REDENCIÓN (14-17). — Pasa luego Jesús a descubrir a Nicodemo alguna de estas celestiales verdades. Es la primera el hecho futuro del sacrificio de la cruz, sobre la que será levantado el Hijo del hombre a la hora de su muerte. Para ello se vale de un tipo ya conocido de Nicodemo: la serpiente de bronce, colgada de un palo, que curaba las mordeduras de las serpientes del desierto a quienes la miraban (Num. 21, 8.9), “signo de salvación”, según la Sabiduría (Sap. 16, 5 sigs.): *Y como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así también es necesario que sea elevado el Hijo del hombre.*

En segundo lugar, los frutos de la redención por la muerte de Cristo, de valor infinito, no aprovechan a los que no creen en él; en cambio son vida eterna para los creyentes. *Para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.*

Revela en tercer lugar la causa primera de la redención por Cristo, que es el amor de Dios, tan grande como los frutos de la redención misma: *Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dió a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él no perezca sino que tenga vida eterna.* Cada una de las palabras de este versículo es ponderativa del amor de Dios: es Dios infinito quien ama al hombre miserable; y le ama de tal suerte, que le entrega no un hijo cualquiera, sino al Único, consubstancial con él: todo ello, no sólo para salvar de la muerte espiritual a la humanidad, ya condenada a ella, sino para hacerla partícipe de la misma vida de Dios en el cielo eterno.

Y acaba Jesús de ponderar este amor revelando esta postrera verdad: que el Hijo de Dios ha venido al mundo, no como creían los judíos para juzgar a los idólatras y condenarles y exaltar sólo a los judíos, sino para salvar absolutamente a todo el mundo: *Porque no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.*

EFFECTOS DE LA REDENCIÓN, SEGÚN LA FE Y LAS OBRAS (18-21). — Con todo, los frutos de la redención no son independientes de la voluntad del hombre, por lo que toca a sí: es preciso creer en el nombre y en la obra de Jesús como condición para lograrlos: *Quien cree en él, no es juzgado, porque es librado de la sentencia antigua de condenación, pasando de la muerte a la vida espiritual. Mas el que no cree, ya está juzgado*, es decir, permanece bajo la sentencia primera, que comprendía a todos los hijos de Adán, y no hay necesidad de que sea de nuevo condenado, *porque no cree en el nombre del Unigénito Hijo de Dios.*

De esta sentencia son culpables los mismos hombres, porque no han querido recibir la luz del Hijo de Dios, que es la fe; ya sea resistiendo a las iluminaciones interiores, ya a la predicación, prefiriendo permanecer en las tinieblas de la incredulidad: *Y éste es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz.* La razón de este hecho es la corrupción del corazón, las costumbres pervertidas, que han sido siempre el mayor obstáculo que ha tenido la fe: *Porque sus obras eran malas.*

Da Jesús una razón psicológica de este hecho: como los que cometen alguna acción indecorosa se esconden de la luz para no ser vistos, así los que son de perversas costumbres huyen la luz de la verdad, porque a su claridad verían su vida deforme y se verían obligados a rectificarla: *Porque todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que no sean reprendidas sus obras.* En cambio, los que viven según la verdad, amoldando sus obras a los dictados de la misma, no temen ser vistos, antes quieren que se vea la correspondencia entre sus acciones y la regla de la verdad, que procede de Dios: *Mas el que hace las obras según la verdad, viene a la luz, a fin de que sean manifestadas sus obras, porque han sido hechas en Dios.*

Tal es el famoso discurso de Jesús sobre la vivificación espiritual del hombre, que San Juan nos ha dado seguramente sólo en bosquejo. Como veremos más tarde en la conversación con la Samaritana, como en el magno discurso so-

bre el pan de la vida en la sinagoga de Cafarnaúm, pronunciado dos años más tarde que éste, el habido con Nicodemo es una verdadera sistematización de la vida espiritual, bajo su aspecto fundamental, que es el renacimiento a la nueva vida. Con la Samaritana, hablará de la teoría de la gracia; y a los cafarnaítas, de la vivificación del alma por la Eucaristía.

Dejaría profunda huella el discurso de Jesús en el alma de Nicodemo. Le veremos reaparecer más tarde para defender a Jesús ante los pontífices y fariseos con motivo de los discursos pronunciados por el Señor en Jerusalén durante la fiesta de los Tabernáculos (Ioh. 7, 50 sigs.), y a la hora suprema de la sepultura del Redentor, cuando piadosamente llevará las cien libras de mirra y áloes para embalsamar el cuerpo de Jesús (Ioh. 19, 39).

Lecciones morales. — A) v. 2. — *Ninguno puede hacer estos milagros que tú haces si Dios no estuviere con él.* — Ve Nicodemo los milagros que hace Jesús y, no obstante, tiene todavía escaso concepto de él, dice el Crisóstomo, pensando que necesita auxilio ajeno para producir aquellos prodigios, como cualquiera otro profeta o enviado de Dios; siendo así que el Padre le produjo perfecto, igual a Sí y suficiente por sí mismo para hacer lo que hacía. Es la condición de la humana mente; o pecar por exceso en la estimación de lo que aparece prodigioso, atribuyendo a Dios lo que tal vez es una superchería, y en este caso tenemos la credulidad necia, que ve a Dios donde Dios no está. o, lo que es peor, la superstición, que atribuye a Dios lo que tal vez es obra de su enemigo el diablo; o pecar por defecto, como se suele principalmente en nuestros días, rebajando o descalificando los mismos milagros de Jesús, negando tal vez la misma posibilidad del milagro, o bien no atribuyendo al milagro fuerza bastante para acreditar la misión o la intervención de Dios. El criterio de la Iglesia y de los sabios católicos es el mejor guía en este punto, sobre todo cuando se ofrecen casos dudosos.

B) v. 5. — *No puede entrar en el reino de Dios sino aquel que renaciere del agua y del Espíritu Santo.* — La vida sobrenatural es una verdadera vida, en todo semejante a nuestra vida natural, aunque superior a ella, porque nos hace partici-

pes de la misma naturaleza de Dios. Tiene ella su nacimiento, que es por el agua y el Espíritu Santo, es decir, por el Bautismo. El agua, junto con las palabras: "Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo", es la causa instrumental y eficaz de nuestro nacimiento espiritual. En el momento del bautismo viene el Espíritu Santo a borrar los pecados del bautizado y revestirle de la gracia de Dios, empezando entonces a vivir la vida de Dios. Sin este previo requisito no hay vida divina en el hombre. Luego se robustece esta vida por la fe, los sacramentos, especialmente por la Eucaristía, y las buenas obras, hasta que llega a su expansión definitiva, que es la posesión de Dios en el cielo. El pecado mortal mata esta vida divina en nosotros. El pecado venial la debilita. Por la Penitencia se recobra. Guardemos y nutramos la vida de Dios que el Espíritu Santo produjo en nosotros al ser bautizados, y procuremos recobrarla luego que por el pecado la hubiésemos perdido. La muerte en estado de pecado acarrea la muerte eterna, con los eternos tormentos del infierno.

c) v. 6. — *Lo que es nacido de la carne, es carne...* — La carne engendra carne, dice el Crisóstomo; el espíritu procrea espíritu. Como hombres que somos, hemos sido producidos por generación carnal por nuestros padres. Bajo este aspecto, hasta el mismo Jesús nació de carne, porque es el Verbo de Dios hecho carne. Pero como cristianos e hijos de la redención por Cristo, somos nacidos de espíritu, porque, como dice el evangelista San Juan, "a los que le recibieron — es decir, a los que abrazaron la santa fe — dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, no nacidos de sangre, ni de voluntad de la carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Ioh. 1, 13), que es puro espíritu. Toda la teoría de la vida cristiana está encerrada en esta frase de Jesús que comentamos. Si predomina la carne, desfallece la vida del espíritu; si se sobrepone el espíritu vivimos más la vida de Dios espíritu. San Pablo nos habla de crucificar la carne, de que moriremos si vivimos según la carne, de que viviremos si con el espíritu mortificamos los hechos de la carne, etc.

d) v. 11. — *Te digo que hablamos lo que sabemos...* — Jesús dice a Nicodemo que habla lo que sabe y atestigua lo que ha visto. Los creyentes no debiéramos perder nunca de vista estas excelsas palabras del Maestro. Es testigo divino de las

cosas divinas. En el seno del Padre ve Jesús todas las cosas, porque Jesús es el Verbo de Dios, consubstancial con el Padre. Como hombre que es, y por la unión substancial de la naturaleza humana a la Persona del Verbo, única que hay en Jesús, el pensamiento de Jesús está lleno del pensamiento y de la verdad de Dios. Jesús "sabe" y "ve", como hombre, el pensamiento de Dios. Su predicación no fué más que la manifestación y el testimonio de la verdad de Dios. Su palabra, la que tenemos en los santos Evangelios, la que los Apóstoles consignaron en sus escritos, y la que quedó en el depósito de la tradición de la Iglesia, es palabra de Dios, manifestativa del pensamiento de Dios. Debemos profunda gratitud a Dios por el hecho de su revelación, por la misericordia con que nos reveló la verdad y por la absoluta garantía que tenemos para conocerla y distinguirla del error.

E) v. 14. — *Como Moisés elevó la serpiente en el desierto...* — La serpiente levantada por Moisés en el desierto no es más que un débil signo de la salvación que nos ha venido por el sacrificio de la Cruz, en la que fué elevado Jesús, de la que fué el tipo. La vista de aquélla, daba la salud corporal a los que padecían mordeduras de las serpientes; pero la fe en la Cruz de Cristo, que nos hace partícipes de su redención, cura la universal mordedura de la serpiente infernal, que es el pecado. La Cruz es la medicina espiritual, que no sólo cura el mal del pecado, sino que de ella deriva la robustez de la vida divina, porque toda la vida divina le viene al mundo por la muerte de Jesús en la Cruz. Aun bajo el aspecto moral, la Cruz es el báculo de la vida, y la que endulza sus pesares. El cristiano debe estar profundamente enamorado de la Cruz: en ella está toda salvación.

F) v. 18. — *El que no cree, ya está juzgado...* — Se ha juzgado él mismo, porque no ha querido pasar de la infidelidad a la gracia, de la muerte a la vida. Queda, pues, sujeto a la vieja maldición que fulminó Dios contra el pecado, no acogándose al beneficio de la redención. Cuando venga Jesús a juzgar al mundo, no hará más que refrendar la antigua sentencia. Si creemos, ajustemos nuestras obras a nuestra fe, haciendo que sean obras de luz, porque la fe sin las obras es muerta; y no puede producir en nosotros frutos de vida divina.

28. — JESUS EN LA JUDEA: ULTIMO TESTIMONIO DEL BAUTISTA: IOH. 3, 22-36

²² Después de esto vino Jesús con sus discípulos a la tierra de Judea, y allí se estaba con ellos, y bautizaba. ²³ Y Juan bautizaba también en Ennón, junto a Salim; porque había allí gran abundancia de agua, y venían, y eran bautizados. ²⁴ Porque aun no había sido puesto Juan en la cárcel.

²⁵ Y se movió una cuestión entre los discípulos de Juan y los judíos acerca de la purificación. ²⁶ Y fueron a Juan, y le dijeron: Maestro, el que estaba contigo de la otra parte del Jordán, de quien tú diste testimonio, mira que él bautiza, y todos vienen a él. ²⁷ Respondió Juan, y dijo: No puede el hombre recibir algo si no le fuere dado del cielo. ²⁸ Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él. ²⁹ El que tiene la esposa es el esposo: mas el amigo del esposo, que está con él, y le oye, se llena de gozo con la voz del esposo. Así, pues, este mi gozo es cumplido. ³⁰ Es necesario que él crezca, y que yo mengüe. ³¹ El que de arriba viene, sobre todos está. El que es de la tierra, terreno es, y de la tierra habla. El que viene del cielo sobre todos está. ³² Y lo que vió y oyó, esto testifica: y nadie recibe su testimonio. ³³ El que ha recibido su testimonio, confirmó que Dios es verídico. ³⁴ Porque aquel a quien Dios envió, las palabras de Dios habla: porque Dios no da el Espíritu con medida. ³⁵ El Padre ama al Hijo, y puso todas las cosas en sus manos. ³⁶ El que cree en el Hijo tiene vida eterna; mas el que no da crédito al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.

Explicación. — Escaso sería el fruto que sacó Jesús de su misión en Jerusalén los días de aquella Pascua. Fuera de los discípulos de fe débil, a los que no se confía Jesús (Ioh. 2, 24), y de la conversación nocturna con Nicodemo, que por entonces no se convirtió a él, aunque más tarde, en los días de la Pasión, tomará su defensa en pleno Sinedrion, según ya indicamos, no nos dice el Evangelio que lograra Jesús otras conquistas con su predicación y milagros. Por ello dejaría la

capital judía, en la que había dado ya el primer testimonio de su divina misión, y salió a evangelizar las tierras de Judea

EL BAUTISMO DE JESÚS Y EL DE JUAN (22-24). — *Después de esto*, de los días de la Pascua y del episodio con Nicodemo, *vino Jesús con sus discípulos a la tierra de Judea*. Jerusalén era la capital de esta tierra: se pone aquí el país que circundaba la capital, la región, en contraposición a la ciudad. El hecho de que bautizaran los discípulos de Jesús hace suponer que, sin fijarse en localidad determinada, no se alejarían de las orillas del Jordán. *Y allí se estaba con ellos*: esta expresión indica una permanencia relativamente larga en el país. Cuando Jesús, pasando de la Judea a Galilea se detiene en Samaria, les dirá a sus discípulos: “¿No decís que faltan aún cuatro meses para la siega?” (Ioh. 4, 35): ésta tiene lugar en la Palestina el mes de abril, lo que sitúa la conversión de la Samaritana en diciembre; la permanencia de Jesús en Judea sería, por lo mismo, de unos ocho meses desde la Pascua al fin de año.

Predicaba sin duda Jesús, evangelizando aquel país. *Y bautizaba*: no por sí mismo (Ioh. 4, 2), sino por sus discípulos. La opinión hoy más corriente es que este bautismo no era todavía nuestro Sacramento de iniciación cristiana, sino una ablución semejante a la del Bautista, para disponer los ánimos al reino de Dios. Si se hubiese tratado del primer Sacramento cristiano, no se comprende cómo se circunscribe la práctica del rito a esta región y a esta misión de Jesús.

Juan no había interrumpido su predicación y su bautismo; pero ahora declinará rápidamente el ministerio del Precursor: se levanta ya, radiosa, la luz; va a eclipsarse quien había venido para dar testimonio de la luz: *Y Juan bautizaba también en Ennón, junto a Salim: porque había allí gran abundancia de agua*. Parecen haber existido estas localidades aguas arriba del Jordán, a unos veinte kilómetros al sur de Seítópolis, ya cerca de los dominios de Herodes, que pronto mandará encarcelar al Bautista. *Y venían, y eran bautizados*: Ennón significa fuente, o fuentes; el bautismo de inmersión exigía abundancia de agua. Fidelísimo a la voluntad de

Dios, allí permanecerá el Bautista cumpliendo los deberes de su ministerio, aunque Jesús haya empezado ya el suyo, hasta que venga la orden del Señor. No se hará esperar, ya que pronto va a ser encarcelado: *Porque aun no había sido puesto Juan en la cárcel.*

POSTRER TESTIMONIO DE JUAN (25-36). — La simultaneidad del bautismo de Juan con el de los discípulos de Jesús dió lugar a una grave querella. Un judío, en plural en la Vulgata, seguramente bautizado por los discípulos de Jesús y partidario del Señor, entabló cuestión sobre ambos bautismos con los discípulos de Juan, prefiriendo sin duda el bautismo que había recibido de los discípulos de Jesús: *Y se movió una cuestión entre los discípulos de Juan y los judíos acerca de la purificación.* Los discípulos del Bautista se le acercaron en queja amarga, en que no saben ocultar el despecho y la envidia, de que bautice también aquel hombre a quien precisamente Juan había con su testimonio sacado de la obscuridad: *Y fueron a Juan, y le dijeron: Maestro, el que estaba contigo de la otra parte del Jordán, en la Betania transjordánica, de quien tú diste testimonio, mira que él bautiza.* Creían ellos que el rito era exclusivo del Bautista; ven ahora que no sólo no es así sino que prevalece el bautismo de Jesús: *Y todos vienen a él.* Dales Juan a los suyos una respuesta llena de humilde sinceridad, junto con un nuevo testimonio de Jesús, en la forma que sigue.

Cálmales ante todo, en su excitación con una razón de carácter general: si tiene Jesús más discípulos, es que así Dios lo quiere; no sucedería ello contra la voluntad de Dios. *Respondió Juan, y dijo: No puede el hombre recibir algo si no le fuere dado del cielo.*

Les arguye luego por sus mismas palabras: Vosotros me decís que Jesús es menor que yo, por que yo di testimonio de él; pero *vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de él: por lo mismo, él, que es el Mesías, es mayor que yo.*

Y luego les confirma la superioridad y el carácter de Mesías, de Cristo, con la bellísima imagen del esposo, la esposa y

el amigo del esposo. En el Antiguo Testamento el pueblo de Dios es la esposa de Dios (Is. 1, 21; Ier. 2, 2; Ez. 16, 8, etc.); el mismo Mesías es llamado esposo de su pueblo (Ps. 44). Vosotros me decís que todos vienen a él; es lo que debe ser: *El que tiene la esposa es el esposo*; el pueblo debe ir con el Mesías; y yo, que soy el "amigo del esposo" (t. I, pág. 134), que estoy delante de él, dispuesto a recibir sus órdenes, me alegro sobremanera de que suceda esto que me decís: *Mas el amigo del esposo, que está con él, y le oye, se llena de gozo con la voz del esposo. Así, pues, este mi gozo es cumplido.* Es que ve que se realiza su predicación; nada le resta ya que desear. Y como la estrella matutina amengua en su brillo a medida que se levanta en el horizonte el sol, así es la hora ya, toda vez que el Sol Jesús ilumina el mundo, que vaya yo decreciendo, llenado ya mi oficio: *Es necesario que él crezca, y que yo mengüe.*

Y para que mejor comprendan sus discípulos la razón de su decrecimiento personal y del crecimiento que corresponde a Jesús, les hace el Bautista una admirable apología del Señor. Su superioridad universal resulta, primero, de su origen celeste, por donde es inmensamente superior a todo hombre: *El que de arriba viene, sobre todos está*; porque todos los demás hombres son de la tierra y no tienen más fuente de conocimiento que la tierra: *El que es de la tierra terreno es, y de la tierra habla.* En segundo lugar, la naturaleza del testimonio que de sí da Jesús, le levanta sobre todo hombre; está sobre todos por su origen, y, por lo mismo, por la certeza de la verdad celeste que testifica: *El que viene del cielo sobre todos está: Y lo que vió y oyó, esto testifica.* Lamenta de paso el Bautista que, siendo divino el testimonio de Jesús, nadie le acepte: *Y nadie recibe su testimonio*, porque aunque tenga algunos discípulos, su fe es aún rudimentaria y no alcanza a su divinidad, siendo así que la aceptación, por la fe, del testimonio de Jesús, es como la atestación sellada de que Dios es veraz, porque acepta la palabra de su legado Jesús, que no hace más que referir lo que ha visto en el mismo seno de Dios: *El que ha recibido su testimonio, confirmó que Dios es verídico. Porque aquel a quien Dios envió, las palabras de*

Dios habla. La razón de esto es la plenitud del Espíritu de Jesús, sobre quien vino sin medida, mientras que a los puros profetas se lo dió Dios limitado: *Porque Dios no da el Espíritu con medida.* Finalmente, la grandeza de Jesús le viene de su filiación divina, que hace venga sobre él no sólo la plenitud del Espíritu por la plenitud del amor del Padre, sino la plenitud de posesión de todas las cosas: *El Padre ama al Hijo, y puso todas las cosas en sus manos.*

Consecuencia de todo ello es, en orden a la vida eterna de los hombres, que si Dios lo ha puesto todo en manos de Jesús, nadie podrá conseguir la salvación sin creer en él; quien se adhiere a su testimonio divino por la fe, tiene ya en sí la simiente de la vida eterna (Ioh. 1, 12): *El que cree en el Hijo tiene vida eterna;* será heredero de su gloria. En cambio, quienes nieguen la fe al Hijo de Dios no sólo se verán privados de la vida eterna, sino que serán eternamente objeto de la ira de Dios, que vino sobre el hombre por el pecado original y viene aún por los personales; y ningún pecado se borra sino por la fe en el Hijo de Dios: *Mas el que no da crédito al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.*

Lecciones morales. — A) vv. 22.23. — *Jesús... bautizaba. Y Juan bautizaba también...* — Jesús, por sus discípulos, y Juan personalmente, bautizan a orillas del Jordán: es un bellissimo ejemplo del celo por la salvación de las almas, cada cual en el lugar que Dios señale. El Bautista sigue bautizando y predicando, no obstante haber ya inaugurado Jesús su público ministerio: es que no ha recibido aún una manifestación de la voluntad de Dios de que se retire. Cada uno de nosotros, sacerdotes y seglares, debemos permanecer en nuestro puesto ejerciendo el apostolado que nos corresponda, por naturaleza, por mandato, o simplemente el que nos sugiera nuestro ilustrado celo por el bien de aquellos que nos rodean.

B) v. 25. — *Y se movió una cuestión entre los discípulos de Juan...* — La envidia es la polilla de todas las buenas calidades y de todas las buenas obras; llega a meterse hasta en el mismo campo del bien. También entre apóstoles hay rivalidades. Los discípulos del Bautista han podido ver y admirar los

altísimos ejemplos de virtud, especialmente de humildad, de su maestro; con todo, llegan a sentir celos de que otros hagan el bien, aunque se trate de los discípulos de Jesús, la misión del cual había reconocido y proclamado el Bautista. En la práctica del bien y en la propaganda del mismo, debemos considerarnos todos como colaboradores que tendemos a un mismo fin; por lo mismo, debemos sumar voluntades y esfuerzos, no anularnos con impertinentes querellas. Y debemos tener por lema: "Hágase el bien, y no mires por quién."

c) v. 29. — *El que tiene la esposa es el esposo...* — La figura de unos desposorios entre Dios y el pueblo escogido, tan cara a los antiguos profetas, ha tenido magnífica realización en los tiempos cristianos. Jesucristo es el Esposo de la Iglesia; la Iglesia es la esposa de Jesucristo. El mismo San Pablo dice que el matrimonio cristiano es una figura de estos espirituales desposorios de Jesús con la humanidad redimida. Si el esposo da a la esposa su nombre, su persona y sus riquezas, así lo ha hecho Jesús con su Iglesia: la Iglesia es de Jesús; convive con Jesús por la gracia, y especialmente en el Sacramento del Altar; nos ha dado las riquezas de su gracia y nos ha prometido las de su gloria, donde se celebrará la fiesta eterna de los desposorios entre Jesucristo y su Iglesia. Ello nos debe mover a aglutinarnos cada vez más con Jesús, porque "el que tiene la esposa es el esposo", y no nos tendría el Esposo divino si nosotros huyéramos de él o estuviéramos indiferentes con él. Debemos asimismo dar gracias a Dios por su gran dignación de haberse unido tan estrechamente con la humanidad.

d) v. 31. — *El que es de la tierra, terreno es...* — Todos venimos de la tierra, y no podemos, por ello, levantarnos del nivel de la tierra, en ningún orden, por nosotros mismos. Pero el que viene del cielo y que es sobre todos, en expresión del mismo Precursor, ha hecho con nosotros la gran misericordia de inocularnos la vida divina que trajo del cielo al mundo. Por ello tenemos un pensamiento divino, que es la fe; y un amor divino, que es la caridad; y nuestras obras son hasta cierto punto divinas, porque nos conquistan la posesión de Dios y arrancan de un principio sobrenatural y divino. Si nos dejamos invadir de ese "Hombre del cielo", que es Jesús, seremos "hombres celestiales", en expresión del Apóstol. Vivirá en nosotros el mismo Cristo (Gal. 2, 20). Nuestra vida estará escondida con Cristo en Dios (Col. 3, 3). Y podremos un día ser tan celestiales,

que estemos personalmente en el cielo, viviendo vida del cielo. Para ello abajémonos, como el Bautista, para que crezca en nosotros Cristo: "Disminúyase el hombre en sí para que crezca en Dios", dice San Agustín.

E) v. 34. — *Dios no da el Espíritu con medida.* — Estas palabras las dice el evangelista de Jesús, que no recibió el Espíritu con medida, sino que vino sobre él la plenitud del Espíritu, como lo había profetizado Isaías. "Le vimos lleno de gracia y de verdad", había dicho el mismo Evangelista, porque no se hizo sobre él una determinada acción del Espíritu, dice el Crisóstomo, sino absolutamente toda acción. En cuanto a nosotros, sí que recibimos el Espíritu con medida: es la "medida de la donación de Cristo", de que nos habla el Apóstol, que depende del beneplácito de Dios para con cada uno de nosotros (Eph. 4, 7); porque de la plenitud de Cristo todos recibimos. Pero en cierta manera puede también decirse que cada uno de nosotros recibe sin medida la gracia del Espíritu; por cuanto es tan larga la mano de Dios, que si nosotros correspondemos a sus donaciones, no pone tasa a sus dones de Espíritu. La cadena de las gracias es tan larga y rica, que llega de nosotros hasta las mismas manos de Dios: sólo nuestra ingratitud o desidia puede cortarla y poner tasa a la gracia de Dios.

29. — ENCARCELAMIENTO DEL BAUTISTA Y VUELTA DE JESUS A LA GALILEA

Lc. 3, 19.20; 4, 14 a; Ioh. 4, 1-4

(Mt. 4, 12; Mc. 1, 14 a)

¹ Mas Herodes, el tetrarca, siendo reprendido por él (Juan) a causa de Herodías, mujer de su hermano, y de todos los males que Herodes había hecho, ² añadió a todos también este de hacer encerrar a Juan en la cárcel.

³ Y luego que entendió Jesús que los fariseos habían oído que él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan, ⁴ (aunque Jesús no bautizaba por sí mismo, sino por sus discípulos); ⁵ y habiendo oído que Juan había sido encarcelado, ⁶ dejó la Judea, y, ⁷ por virtud del Espíritu, marchó otra vez a la Galilea. ⁸ Y debía pasar por Samaria.

Explicación. — Estas breves palabras nos explican dos hechos que cambiaron la situación de los dos factores espirituales entre los judíos: la desaparición del Bautista, que ya no deberá predicar más el bautismo de penitencia, y el cambio de escena de la predicación de Jesús, que pasará a Galilea a predicar la Buena Nueva.

ENCARCELAMIENTO DEL BAUTISTA (Lc. 3, 19.20). — La predicación del Bautista determinó un resurgimiento de la virtud y de la conciencia de los deberes en el pueblo. Pero tenía éste un grave obstáculo, en los días de relajación que atravesaba: era el mal ejemplo del tetrarca Herodes, que vivía amancebado con Herodías, esposa de su hermano Filipo. Ya se ha dicho en otro lugar el doble parentesco que ligaba a Herodes y Herodías. El celo del Bautista le llevó a reprender públicamente al tetrarca por su incesto. La ley prohibía terminantemente esta clase de matrimonios (Lev. 18, 16; 20, 21) o uniones; y en nombre de la ley conculcada, y para quitar el escándalo del poderoso, el Bautista hace llegar su voz hasta al trono del reyezuelo. Este sería el mayor de los muchos crímenes cometidos por el tetrarca, que no pudiendo sufrir la repulsa del Bautista, le manda encarcelar: *Mas Herodes, el tetrarca, siendo reprendido por él a causa de Herodías, mujer de su hermano, y de todos los males que Herodes había hecho, añadió a todos también este de hacer encerrar a Juan en la cárcel.* El Evangelio no nos dice de qué otros crímenes fuese reo Herodes Antipas: Jesús le llama "zorro" (Lc. 13, 32), y recomienda a sus discípulos que se guarden de la levadura de Herodes (Mc. 8, 15); él fué quien trató de fatuo a Jesús en su pasión (Lue. 23, 11). No sería su conducta mejor que la de su padre Herodes el Grande. Flavio Josefo dice por su parte que fué causa del encarcelamiento la inmensa popularidad del Bautista, que movió los celos de Herodes. Juan fué encerrado en la fortaleza de Maqueronte, al sudeste del Mar Muerto.

JESÚS PASA DE JUDEA A GALILEA (Ioh. 1-4). — Tres causas señalan los evangelistas de que cesara Jesús en su misión de las tierras de Judea y regresara a Galilea. Quiso, primero,

evitar los celos de los fariseos, saliendo de las proximidades de Jerusalén, donde ejercían inmediata influencia; los muchos secuaces que con su predicación y bautismo había logrado, empezaron a excitar las suspicacias de aquellos hombres envidiosos y absorbentes: *Y luego que entendió Jesús que los fariseos habían oído que él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan (aunque Jesús no bautizaba por sí mismo, sino por sus discípulos)...* En segundo lugar, el encarcelamiento de Juan representaba para Jesús, que por él había sido denunciado como Mesías, un inminente peligro de sufrir la misma suerte que el Precursor; ni debía comprometer la obra que había de realizar, ni quería apelar a medios sobrenaturales para substraerse al encono de Herodes; cuando llegue la hora, él mismo se ofrecerá a sus enemigos: *Y habiendo oído que Juan había sido encarcelado, dejó la Judea.* Por último, la razón potísima fué la inspiración del divino Espíritu que como le había llevado al desierto le guiaba ahora hacia la Galilea para predicar allí la Buena Nueva que debía fundar el reino de Dios en el mundo: *Y, por virtud del Espíritu, marchó otra vez a la Galilea.*

Varios caminos se ofrecían a Jesús para pasar desde la Judea a su país: uno de ellos, por la Samaria, menos utilizado por los galileos en sus viajes de comunicación con Judea; y otro más largo, según las orillas del Jordán, dejando a un lado Samaria. Jesús opta por el primero, aun contra la costumbre de sus paisanos (t. I, pág. 88). Era preciso echar la simiente divina en aquel país, demostrando que la salud no era sólo para los judíos. A más de que sabe Jesús que va a conquistar una ovejuela descarriada, la samaritana: y tras ella a muchos de sus paisanos. *Y debía pasar por Samaria.*

Lecciones morales. — A) v. 20. — *Añadió a todos* (los males) *también este de hacer encerrar a Juan en la cárcel.* — En la conducta del Bautista debemos aprender cómo a veces el cumplimiento de nuestros deberes nos exige costosísimos sacrificios, incluso la pérdida de la libertad y de la vida, si es que Dios así lo quiere. En la alternativa de morir o renegar, el mártir no podía optar por la prevaricación, ni siquiera simulándola, por lo pernicioso del escándalo, y porque la fe debe ser de pensamiento y de

obras. Pondérense los deberes de un pastor de almas, de un misionero, de los mismos padres para con sus hijos, en este punto.

b) Ioh. v. 3. — *Jesús... dejó la Judea...* — En cambio, Jesús, huyendo el doble peligro de Herodes y los fariseos, nos enseña que es lícito atender a nuestra conservación por los medios que la prudencia dicta ya para seguir trabajando en el campo del bien, ya para evitar el pecado que contra nosotros pudiesen cometer nuestros enemigos. En la historia de los santos se encuentran muchos ejemplos de esta clase. Los primitivos cristianos se hurtaron por miles al martirio.

c) Lc. v. 14. — *Por virtud del Espíritu, marchó otra vez a la Galilea.* — En el régimen de nuestra vida, más que todos los factores humanos debe influir el factor Dios. Jesús pasa a Galilea llevado "por la virtud del Espíritu". En toda circunstancia debemos procurar el conocimiento de la voluntad de Dios en aquel momento; y aunque resista la parte baja de la vida, debemos seguir la ruta que Dios nos señala. Para ello aprovecha la oración, el mirar las cosas del punto de vista de Dios, los consejos de personas prudentes y, más que todo, la renuncia al propio querer, cuando fines bastardos pudiesen movernos.

d) v. 4. — *Y debía pasar por Samaria.* — Cómo Jesús aprovecha la natural oportunidad de pasar por Samaria para allí ejercer su misión salvadora. En todas partes, y aprovechando con prudencia todas las situaciones en que las circunstancias nos colocan, no debemos olvidar ninguno de los bienes que podamos hacer. En mil formas distintas puede sembrarse la divina semilla de la palabra, del ejemplo, del consejo, etc.

30. — JESUS Y LA SAMARITANA: IOH. 4. 5-42

Evangelio del viernes después de la Dom. III de Cuaresma

^o Vino, pues, a una ciudad de Samaria que se llama Sicar, cerca del campo que dió Jacob a su hijo José. ^a Y estaba allí la fuente de Jacob. Jesús, pues, cansado del camino, estaba así sentado sobre la fuente. Era como la hora de sexta.

^r Vino una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dijo: Dame de beber. ^s (Porque sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer.) ^t Y aquella mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer

samaritana? Porque los judíos no tienen trato con los samaritanos. ¹⁰ Respondió Jesús, y le dijo: Si supieses el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, puede ser que le pidieras a él, y te daría agua viva. ¹¹ La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo: ¿de dónde, pues, tienes el agua viva? ¹² ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dió este pozo, del que bebió él, sus hijos y sus ganados? ¹³ Jesús le respondió, y le dijo: Todo aquel que bebe de esta agua, volverá a tener sed: mas el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed: ¹⁴ pero el agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna. ¹⁵ La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para que no tenga jamás sed, ni venga aquí a sacarla. ¹⁶ Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido, y vuelve acá. ¹⁷ La mujer respondió y dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho. No tengo marido: ¹⁸ porque cinco maridos has tenido: y el que ahora tienes, no es tu marido: esto has dicho con verdad. ¹⁹ La mujer le dijo: Señor, veo que eres profeta. ²⁰ Nuestros padres en este monte adoraron, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar en donde es menester adorar. ²¹ Jesús le dijo: Mujer, créeme, que viene la hora, en que ni en este monte ni en Jerusalén adorareis al Padre. ²² Vosotros adoráis lo que no sabéis: nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los judíos. ²³ Mas viene la hora, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad. Porque el Padre también busca tales que le adoren. ²⁴ Dios es espíritu: y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad. ²⁵ La mujer le dijo: Yo sé que viene el Mesías, que se llama Cristo: y cuando él viniere, nos declarará todas las cosas. ²⁶ Jesús le dijo: Yo soy, que hablo contigo.

²⁷ Y al mismo tiempo llegaron sus discípulos, y se maravillaban de que hablaba con una mujer. Pero ninguno le dijo: ¿Qué preguntas, o qué hablas con ella? ²⁸ La mujer, pues, dejó su cántaro, y se fué a la ciudad, y dijo a los hombres: ²⁹ Venid, y ved a un hombre que me ha dicho todas cuantas cosas he hecho: ¿si quizás es éste el Cristo? ³⁰ Salieron entonces de la ciudad, y vinieron a él. ³¹ Entretanto le rogaban sus discípulos, diciendo: Maestro, come. ³² Jesús les dijo: Yo tengo para comer un manjar que vosotros no sabéis. ³³ Decían, pues, los discípulos unos a otros: ¿Si le habrá traído alguno de comer? ³⁴ Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que cumpla su

obra. ³⁶ ¿No decís vosotros que aun hay cuatro meses hasta la siega? Pues yo os digo: Alzad vuestros ojos, y mirad los campos, que están ya blancos para segarse. ³⁶ Y el que siega, recibe jornal, y allega fruto para la vida eterna: para que se gocen a una, el que siembra y el que siega. ³⁷ Porque en esto el refrán es verdadero: que uno es el que siembra, y otro es el que siega. ³⁸ Yo os he enviado a segar lo que vosotros no trabajasteis: otros lo trabajaron, y vosotros habéis entrado en su trabajo.

³⁹ Y creyeron en él muchos samaritanos de aquella ciudad por la palabra de la mujer, que atestiguaba, diciendo: Que me ha dicho todo cuanto he hecho. ⁴⁰ Mas como viniesen a él los samaritanos, le rogaron que se quedase allí. Y se detuvo allí dos días. ⁴¹ Y creyeron en él muchos más por la predicación de él. ⁴² Y decían a la mujer: Ya no creemos por tu dicho: porque nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.

Explicación. — Este fragmento contiene una de las más delicadas narraciones de los Evangelios. Un hecho en la apariencia vulgar da pie a Jesús para exponer elevadísimos conceptos de orden sobrenatural, envueltos en los procedimientos de una pedagogía divina de verdad, en la que se disputan la primacía, la sinceridad, el candor, la claridad y la oportunidad. De la narración evangélica parece desprenderse que Jesús estaba completamente solo con la mujer samaritana durante el diálogo; con todo, no creemos aventurado suponer que le acompañaba el mismo Evangelista, que ocultó su intervención como de costumbre: en este caso quedaría naturalmente explicado el realismo de la narración en que abunda el detalle histórico y preciso.

ENCUADRAMIENTO HISTÓRICO (5.6). — A su salida de Judea, que parece haber sido precipitada por el peligro que amenazaba a su persona, Jesús, acompañado de sus discípulos, atravesó la Samaria, especie de enclavamiento entre Judea y Galilea. Casi en el centro del país se hallaba la ciudad de Sicear, la primitiva Siquem, en la pequeña colina a cuyos pies se encuentra hoy Balata, a unos diez minutos del pobre poblado de Askar, y a dos kilómetros de Naplusa, actualmente capital de Samaria. Allí se hallaba el campo que Jacob había dado en

herencia a su hijo predilecto José (Gen. 33, 19; 48, 22): *Vino, pues, a una ciudad de Samaria que se llama Sicar, cerca del campo que dió Jacob a su hijo José.* Había en este campo un pozo, que Jacob había cavado en la caliza y que se llenaba del agua de una fuente subterránea: *Y estaba allí la fuente de Jacob.* Consérvase todavía este pozo, de cuya identidad con el del Evangelio y del Génesis no cabe dudar. Tiene unos 24 metros de profundidad, y es más ancho en el fondo que en el brocal, de piedras labradas. Lo recubre un recinto abovedado, propiedad de los griegos cismáticos. En lugar contiguo se construye hoy hermosa iglesia católica. Los peregrinos beben piadosamente de aquella agua, en la que tan bellamente simbolizó Jesús la divina gracia, y suelen llevar consigo botellitas, que allí se expenden, llenas de ella. Dista el pozo como un kilómetro de Sicar.

De Jerusalén a este sitio hay catorce horas de camino. Seguramente pernoctaría Jesús en algún poblado intermedio. Empezó el viaje a la mañana siguiente. El camino es montañoso: la prisa, la duración del viaje y lo accidentado del terreno fatigaron a Jesús, que se sentó sencillamente, "así", tal como se ofrecía el asiento, en el brocal del pozo, dispuesto a tomar su refección, cuando regresaran sus discípulos de Sicar con vituallas: *Jesús, pues, cansado del camino, estaba así sentado sobre la fuente.* Llámalo fuente el Evangelista, porque en realidad se llenaba el pozo de las aguas de una fuente subterránea. Era mediodía, hora del máximo calor y de la principal refección de los judíos: *Era como la hora de sexta,* desde la salida del sol.

DIÁLOGO CON LA SAMARITANA (7-26). — El cansancio le había dado sed a Jesús. Pero es profundo el pozo, y hay que aguardar quien venga por agua; pronto se presenta la ocasión. Una mujer, samaritana de religión y nacionalidad, no de la ciudad de Samaria, distante unas horas, viene de la vecina Sicar a buscar agua, sin duda para los menesteres de la comida: *Vino una mujer de Samaria a sacar agua.* Los discípulos, que habían ido a la ciudad a comprar víveres, no podían sacarla con el vaso y bramante que acostumbran llevar en

aquel país los viandantes; aprovechará el Señor el motivo de su sed para entablar conversación con la mujer: *Jesús le dijo: Dadme de beber. (Porque sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer.)*

La mujer conoce que Jesús es judío: le descubren ciertas particularidades del vestido, especialmente las filacterias, y su especial pronunciación, menos suave que la de los hijos de Samaria: el rencor del samaritano para todo judío sube en un momento del corazón a los labios de la mujer, que contesta a Jesús con desenvoltura: *Y aquella mujer samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana?* Para que conozcan sus lectores el alcance de la respuesta, el Evangelista, que escribía para quienes desconocían las costumbres de Palestina, añade esta frase explicativa: *Porque los judíos no tienen trato con los samaritanos* (t. I, pág. 88).

Jesús no hace caso de la insinuación de las profundas querellas que dividen a judíos y samaritanos, y va derecho al sublime asunto que propondrá a la pobre mujer. El agua natural pasa ya a segundo plano, y sólo sirve para expresar metafóricamente un agua divina: *Respondió Jesús, y le dijo: Si supieses el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, puede ser que le pidieras a él, y te daría agua viva.* El agua viva es la que brota sin cesar de la fuente, para distinguirla de la que se recoge en cisternas en tiempo de lluvia. El agua que brota de la fuente de Dios es la gracia, la predicación evangélica, la vida eterna. La Samaritana no llega a comprender el gran don que le hace Dios de hallarse con el Salvador, ni sabe que hable precisamente con él: si lo supiese le pediría abundante la gracia divina, riquísimo don del espíritu.

No entiende la metáfora la Samaritana; con todo, su primera indiferencia se ha trocado en profundo respeto para con el forastero. En el aspecto de Jesús habrá sorprendido algo extraordinario, y le da tratamiento de distinción y respeto: *La mujer le dijo: Señor...*; y una curiosidad legítima la mueve a averiguar cuál sea el agua que tenga Jesús. No será la del pozo, profundo, que no puede alcanzar Jesús: No

tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes el agua viva? Jacob, padre de judíos y samaritanos, para no depender de sus vecinos en la cuestión del agua, en un país donde es escasa, tuvo que labrar, a falta de agua viva, con costoso trabajo, el pozo de su nombre, que tuvo agua abundante para todos los menesteres de casa y campo; no es posible, en el concepto de la Samaritana, que su interlocutor tenga más poder que Jacob; por ello le dice, titubeando y con deseo de saber: *¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dió este pozo, del que bebió él, sus hijos y sus ganados?*

Jesús avanza en la declaración de su metáfora. El agua del pozo, como toda agua material, no apaga la sed para siempre; la que tiene Jesús, la gracia, basta para toda la eternidad; con ello Jesús declara su superioridad sobre Jacob: *Jesús le respondió, y le dijo: Todo aquel que bebe de esta agua, volverá a tener sed: mas el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed.* No sólo no tendrá sed; como las aguas buscan su nivel, la gracia del Espíritu Santo, que brota del mismo seno de Dios eterno, será, para quien la tenga en su espíritu, como una fuente perenne que le levantará hasta la vida eterna: *Pero el agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna:* es imagen tomada de las fuentes-surtidores. Entonces la mujer le dijo ingenuamente, no comprendiendo aún el alcance espiritual de las palabras de Jesús: *Señor, dame esa agua, para que no tenga jamás sed, ni venga aquí a sacarla;* entiende que Jesús tiene un agua que calma la sed por largo tiempo, y se la pide para evitar la doble incomodidad, de tener sed, y tener que ir al pozo para proveerse de agua.

Al llegar aquí Jesús cambia bruscamente el rumbo de la conversación: el corazón de la mujer mundana está ya preparado para la semilla divina. *Jesús*, que va a convertir a aquella alma y a revelársele como Mesías, va ahora al fondo de la conciencia de la Samaritana: *y le dijo: Ve, llama a tu marido, y vuelve acá.* La mujer, que quiere esconder a los ojos de Jesús su abyección moral, le confiesa sólo parcialmente la verdad: *La mujer respondió y dijo: No tengo marido.*

Jesús, que penetra hasta el fondo de la conciencia de la mujer, no la arguye, ni la reprende o amenaza, antes toma pie de su confesión parcial para alargarla la mano de su misericordia, y, lleno de bondad, *le dijo: Bien has dicho: No tengo marido: porque cinco maridos has tenido: y el que ahora tienes, no es tu marido: esto has dicho con verdad.* Los cinco primeros fueron verdaderos maridos; resolvió el lazo conyugal la muerte o el libelo de repudio, provocado quizás por la conducta de la esposa; el actual no es marido, sino amante, con quien vive en concubinato. *La mujer*, que ve en Jesús ciencia extraordinaria, confesando su miseria moral y la alta dignidad de Jesús, *le dijo: Señor, veo que eres profeta:* es más humilde y generosa con el Señor que los judíos, que le dirán endemoniado.

La idea de que tiene ante ella un profeta, hace surgir súbitamente en la mente de la Samaritana la profunda cuestión de orden dogmática que traía divididos a judíos y samaritanos. Aunque lleva mala vida de algún tiempo, no ha perdido la mujer el sentimiento de patria y religión. Los samaritanos habían levantado otro tiempo un templo en el monte Garizim, que se erguía próximo al pozo de Jacob, declarándose en cisma contra los judíos, que le tenían en Jerusalén. Para oír el parecer del profeta, la mujer, señalando sin duda al Garizim, monte de laderas escarpadas, situado al noroeste del pozo de Jacob, a unos 400 metros sobre el valle y a 868 de altitud sobre el Mediterráneo, le dice: *Nuestros padres en este monte adoraron:* hacía como cien años que Juan Hircano había destruido su templo, del que aun hoy quedan vestigios: *y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar en donde es menester adorar.*

Jesús no entra en controversia con la mujer sobre esta cuestión históricodogmática que traía divididos a los israelitas sino que se traslada de un golpe a los tiempos mesiánicos en que será abrogada toda prescripción localista y, por lo mismo, también la ley mosaica, fundándose una religión y un culto universal: *Jesús le dijo: Mujer, créeme, que viene la hora, en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre.* Aunque no tendrán ya lugar las querellas entre

judíos y samaritanos, porque con Jesús ha llegado la hora de la religión universal, con todo, sienta Jesús la verdadera doctrina en la cuestión propuesta por su interlocutora: la salvación debía venir por los judíos (Is. 2, 3); por lo mismo no pudo faltar en ellos el verdadero conocimiento de Dios, de su ley y de su culto; no tenían, pues, razón los samaritanos al dividirse de los judíos: *Vosotros adoráis lo que no sabéis: nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los judíos.*

No obstante ello, también la religión de los judíos será abolida: Dios pide ya, y ha llegado la hora, porque el Mesías ha venido ya, la religión pura y universal: *Mas viene la hora, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad.* Le adorarán en Espíritu, que Dios enviará sobre el mismo corazón de los hombres que le dirán a Dios "Padre" (Gal. 4, 6); y le adorarán en verdad, en la que les habrá enseñado el Mesías, que les dará más perfecto conocimiento de Dios, de donde vendrá mayor perfección en el culto. La razón es *porque el Padre también busca tales que le adoren*; porque quiere que el hombre, que es como una síntesis del mundo y un portavoz de la creación, en nombre de ella y propio le rinda perfecto culto. Y otra razón, más fundamental aún, es que el culto debe responder a la naturaleza de Dios, y siendo El espíritu purísimo, que trasciende sobre toda materia, se le debe un culto espiritual: *Dios es espíritu y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad*; para ello el mismo Dios comunicará a los hombres una participación de su mismo Espíritu y de su misma verdad, por la infusión del Espíritu Santo y por la doctrina de la fe. El culto externo deberá ser informado de este espíritu y de esta verdad.

• Poco entendió la Samaritana de la alta doctrina de Jesús. Por ello, tratándose de una cosa tan trascendental, y no viendo clara la solución que a la cuestión propuesta da Jesús, apela al urgente advenimiento del Cristo, quien adoctrinará a todos en punto tan capital: *La mujer le dijo: Yo sé que viene el Mesías, que se llama Cristo: y cuando él viniere, nos declarará todas las cosas.* Premio a esta expectación de un

Mesías de carácter religioso, es la declaración que Jesús hace a la Samaritana de que él es el Cristo: *Jesús le dijo: Yo soy, que hablo contigo*: no hizo tal afirmación a los judíos que esperaban un Mesías prepotente en el orden temporal.

DIÁLOGO CON LOS DISCÍPULOS (27-38). — En este punto culminante de la conversación llegaron de la ciudad los discípulos, con las vituallas adquiridas: *Y al mismo tiempo llegaron sus discípulos*. Los doctores judíos tenían en tan poco a la mujer, que consideraron deshonroso, aunque fuese la propia esposa, hablar en público con ella; a más de que las costumbres judías establecían gran separación de sexos. Por ello les admira la conducta del Maestro, aunque el profundo respeto que hacia Jesús sienten hace que no se atrevan a preguntarle sobre este punto: *Y se maravillaban de que hablaba con una mujer. Pero ninguno le dijo: ¿Qué preguntas, o qué hablas con ella?*

Mientras los discípulos, admirados, llegaban junto a la fuente, la Samaritana, oída la declaración de Jesús: "Yo soy el Mesías", descuidada del objeto que al pozo la había traído, abandona su ánfora y va presurosa a su ciudad a anunciar la grata nueva a sus paisanos: *La mujer, pues, dejó su cántaro, y se fué a la ciudad, y dijo a los hombres: Venid, y ved a un hombre que me ha dicho todas cuantas cosas he hecho*. De unos hechos que de su vida le ha descubierto, deduce que sabe todos los secretos de su corazón: no duda ya de que ha hablado con el Mesías: pero gozosa, y para que no la crean sólo bajo su palabra, al invitarles a que la acompañen les insinúa que quizás se hallen con el Cristo: *¿Si quizás es éste el Cristo?* Ante el grave anuncio, *salieron entonces de la ciudad, y vinieron a él*.

Habían ya los discípulos dispuesto ante Jesús la comida. El Señor ha quedado como absorto, después de la conversación con la Samaritana, meditando las altas cosas que con ella había tratado; y al ver que no se preocupaba de la comida, le instan sus discípulos a que coma: *Entretanto le rogaban sus discípulos, diciendo: Maestro, come*. Pero Jesús

siente la pasión de la conquista de las almas; no le molesta ya el estímulo del hambre: *Jesús les dijo: Yo tengo para comer un manjar que vosotros no sabéis.* Como la Samaritana no comprendió la metáfora del agua, así ahora los discípulos no entienden la del manjar; ni se atreven a preguntar al Maestro: *Decían, pues, los discípulos unos a otros: ¿Si le habrá traído alguno de comer?* Jesús, que los oye, no desperdicia la ocasión de dar a los futuros apóstoles, fundamentos de su Iglesia, una lección de alto celo y de gobierno: *Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que cumpla su obra;* como el manjar material es apetecido del hambriento, y le deleita, y le refocila, así apetezco yo y me nutro de la voluntad del Padre, y siento hambre de llenar su obra, la predicación del reino de Dios, la redención, la salvación del mundo.

Mientras Jesús estaba pensativo, los discípulos en su conversación habrían hablado del tiempo de la siega. Jesús, dulce amador de metáforas, junta la idea de la siega material con la mística siega o cosecha de las almas. Su manjar es hacer la obra que el Padre le ha confiado; ahora se alegra ya porque la Samaria va a dar las primicias de su cosecha espiritual. De la ciudad de Sicar venía una multitud hacia el pozo de Jacob, atraída por el anuncio de la Samaritana. *¿No decís vosotros que aun hay cuatro meses hasta la siega?*, dijo Jesús a sus discípulos; y señalando a los samaritanos que venían, añadió: *Pues yo os digo: Alzad vuestros ojos, y mirad los campos, que están ya blancos para segarse:* los samaritanos están ya dispuestos a recibir la fe. De este dato histórico, o costumbre agrícola de la Palestina, donde la siega tenía lugar a mediados de abril, se colige, como ya hemos dicho, que el episodio del pozo de Jacob tendría lugar el mes de diciembre. El blanquear los campos, algunos intérpretes lo explican de los samaritanos que se acercaban, vestidos de blancas túnicas, según su costumbre, y bien dispuestos a recibir la palabra de Jesús.

Pasa Jesús de la siega a la enumeración de los beneficios que reporta. Primero, el estipendio del segador, que es el fruto personal del ejercicio del apostolado: *Y el que siega,*

recibe jornal. Luego, los frutos de vida eterna para quienes han sido conquistados: *Y allega fruto para la vida eterna*: son los hombres convertidos y salvados por la predicación. De estos dos beneficios, el estipendio y el fruto, nace el tercero, el gozo del que siembra y del que siega: *Para que se gocen a una, el que siembra y el que siega*: son Cristo, el divino sembrador, y los apóstoles, que en su nombre y virtud recogen los frutos de su apostolado. Y aplica aquí Jesús un refrán popular: *Porque en esto el refrán es verdadero: que uno es el que siembra, y otro es el que siega*; sembraron los antiguos profetas, especialmente Jesús; recogen la mies todos los que ejercen el apostolado, que aquéllos prepararon. *Yo, sigue Jesús, os he enviado a segar lo que vosotros no trabajasteis: otros lo trabajaron*, los que precedieron a los apóstoles, *y vosotros habéis entrado en su trabajo*, para recoger la mies. Es una bella imagen de la perpetuidad y unidad del apostolado, en el cual nadie lo hace todo, sino que, por un encadenamiento de esfuerzos, uno recoge el fruto de sus antecesores, y echa a su vez la semilla cuyos frutos no podrá él recoger.

FRUTO ENTRE LOS SAMARITANOS (39-42). — Una prueba de que estaba ya madura la mies fué la pronta conversión de muchos samaritanos. Creían éstos en la proximidad del advenimiento del Mesías: el simple testimonio de su conciudadana, que les comunica la ciencia extraordinaria de Jesús, hace que se conviertan a él, demostrando mucho mejor disposición que los judíos de Jerusalén, donde no logró Jesús sino escasos prosélitos, a pesar de los milagros allí obrados: *Y creyeron en él muchos samaritanos de aquella ciudad por la palabra de la mujer, que atestiguaba, diciendo: Que me ha dicho todo cuanto he hecho*.

Para instruirse mejor en la fe, y honrar a tan gran personaje, vinieron los samaritanos de Sicar al pozo de Jacob, y le pidieron con instancia que fuese su huésped: *Mas como viniesen a él los samaritanos, le rogaron que se quedase allí*. Accedió a ello amablemente Jesús; aunque, sabiendo que era principalmente enviado para evangelizar a Israel (Mt. 15,

24), no dedicó a los samaritanos más que dos días, de su predicación de más de tres años: *Y se deturo allí dos días.*

La presencia y la predicación personal de Jesús fueron eficacísimos medios de proselitismo entre aquella gente. Su fe se hizo más llena y robusta: *Y creyeron en él muchos más por la predicación de él. Y decían a la mujer: Ya no creemos por tu dicho: porque nosotros mismos lo hemos oído.* Tal fué su convicción, que le tuvieron por Mesías, no sólo de los judíos, sino de todo el mundo; si no hubiese sido el Salvador universal, no hubiese ido a evangelizar su ciudad: *Y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.*

Lecciones morales. — A) v. 6. — *Jesús, pues, cansado del camino...*—Jesús, reposando de su fatiga, sediento, junto al pozo de Jacob, es sujeto de meditación provechosísima para todos nosotros. Se fatiga el que es la “fortaleza de Dios”, para significarnos lo costoso del precio a que nos rescató, la solicitud con que nos buscó, el ansia insaciable que tuvo de la conquista espiritual del mundo. “La fortaleza de Cristo hizo que existiésemos, dice San Agustín; su debilidad y cansancio nos libró de perecer.” Ello debe ser motivo de profunda gratitud para nosotros. Los que ejerzan el apostolado del bien tienen en este paso de la vida de Jesús una lección elocuentísima. Acosado el Señor por los judíos, y obligado a salir precipitadamente de la Judea, aprovecha un alto en su camino para salvar muchas almas y aleccionar a sus discípulos. Cuida de Sí, porque no ha llegado aún su hora; pero no olvida su misión, que es salvar al mundo, haciendo la voluntad del Padre; y ello con graves incomodidades de orden físico, atravesando montes, a pie, sufriendo hambre y sed, haciéndose en todo semejante a un puro hombre.

B) v. 9. — *¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí...?* La separación entre judíos y samaritanos era profunda; llegaba de lo más alto de la doctrina, ya que los samaritanos no admitían más que a Moisés y hacían poco caso de los profetas, hasta las pequeñas cosas del uso diario, pues no podía beber un judío en vaso de un samaritano: de aquí la extrañeza de esta mujer. Sin embargo, Jesús prescinde de todo y va derecho a la conquista espiritual de la Samaritana. Pero si tal vez no hubiese tenido reparo alguno en beber en el vaso de una samaritana, porque, como dice el Crisóstomo, habían ya pasado todas estas minucias de la

ley, con todo, en la cuestión dogmática que le planteó la mujer fué irreductible, sosteniendo el criterio absoluto de la verdad. No sólo esto, sino que pasó a enseñarla doctrinas más altas y nuevas para ella. Es la divina estrategia del apostolado, que aquí nos enseña Jesús. Salvos los fueros de la verdad y de la moral católicas, podemos, en nuestro trato con quienes no tienen la suerte de profesar nuestra religión — o dentro de nuestra religión con quienes se han apartado de sus prácticas por ignorancia, desidia o malicia —, condescender con sus puntos de vista en el orden meramente humano, ser urbanos y amables con ellos, aprovechar la coyuntura para darles el pábulo de la doctrina en formas humanísimas. Si en las cosas humanas se sigue este procedimiento: “entrar con la suya para salir con la nuestra”, como dice el refrán, ¿cuánto más si se trata de los altos intereses de la salvación del prójimo o de no hurtarnos a los deberes de nuestro apostolado? San Pablo se hacía todo para todos, para ganarlos a todos a Cristo.

c) v. 10. — *Y te daría agua viva.* — Jesús tiene un agua viva que darnos. Se la ofrece a la Samaritana: nos la ofrece a cada momento a nosotros, a todo el mundo. Es el agua de la gracia: agua viva, porque brota de la vivísima fuente del divino Espíritu, porque vivifica el alma, porque nos hace producir obras vivas, porque nos hace vivir en Dios, porque nos conducirá hasta el mismo seno del Dios vivo para vivir eternamente la vida misma de Dios. Debemos tener, en nuestro pecho, viviendo siempre en gracia de Dios, esta fuente perenne de agua viva y vivificadora. Y debemos sentir siempre sed de nuevos aumentos de gracia, que nos quitarán la sed de las cosas de la tierra.

d) v. 11. — *¿De dónde, pues, tienes el agua viva?* — Tiene Jesús agua viva porque es el Verbo vivo de Dios vivo, a quien llama San Agustín *vita vitarum*, “vida de las vidas”. En él está la vida, y sin él nada tiene vida. En el orden natural toda vida vive por el Verbo de Dios, que es la persona de Jesús, Dios y Hombre verdadero, en quien mora la plenitud de la divinidad, sirviéndonos su Humanidad santísima para comunicarnos la vida divina que está en él. Por esto es inagotable la vida divina que nos viene de Jesús, porque es vida de Dios; y por esto salta hasta la vida eterna, porque viene de la vida eterna, escondida en el seno del Padre.

E) V. 24. — *Dios es espíritu: y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad.* — Estas palabras de Jesús son la condenación de la manera de practicar la religión y el culto que tienen muchos cristianos. No son pocos los que creen han llenado sus deberes religiosos oyendo misa los días festivos, confesando una vez al año, absteniéndose de dañar al prójimo y viviendo en lo demás como pudiese hacerlo un pagano. Otros, personas piadosas, se cargan de prácticas materiales de devoción, creyendo que la multitud de plegarias y ejercicios de piedad arguye intensidad de vida religiosa. ¡Cuán lejos están, unos y otros, de la religión del espíritu y verdad que es la religión cristiana! La religión verdadera supone una vida informada toda del sentir de Cristo, como quiere el Apóstol; el cumplimiento de todas nuestras obligaciones para con Dios, el prójimo y nosotros mismos; una manera de vivir que nos hace trasunos de Cristo, “otros Cristos”; que nos hace difundir a nuestro rededor “el buen olor de Cristo”, por la adaptación de todos nuestros actos a lo que el Apóstol llama el “sentido de Cristo”. Cuanto al culto, no basta la práctica externa del mismo: él debe ser la expresión de toda nuestra vida, que no es sólo fisiológica, sino espiritual y sobrenatural. Para ello importa penetrarnos bien del sentido de las plegarias y ritos de la Santa Iglesia en su Liturgia sagrada.

F) D. 34. — *Mi comida es que haga la voluntad del que me envió...* — El manjar de nuestro espíritu, especialmente de los varones apostólicos, debe ser hacer la voluntad del Padre, como lo era para Jesús. Ello dará orientación y fuerza a nuestra vida. Nada hay que robustezca más el espíritu que la convicción de que hacemos la voluntad de Dios. Ello dará eficacia a nuestros trabajos, porque nos ocuparemos en lo que Dios quiere de nosotros. Ello nos hará soportar con gozo toda contrariedad, porque, si estamos con Dios, nada importa que todo el mundo vaya contra nosotros, según el Apóstol.

G) V. 36. — *Y el que siega, recibe jornal.* — Con estas palabras, dice el Crisóstomo, establece Jesús una distinción entre lo temporal y lo eterno. En el trabajo de la tierra quien siega es el que recibe el jornal, y no participan de él los que sembraron: no hay solidaridad entre el sembrador y el segador. En cambio, sí la hay en los trabajos de la siembra y siega del apostolado. Porque se trabaja aquí para recibir los frutos en la eternidad, recibiendo paga de la misma naturaleza el que sembró

que el que segó. De la misma naturaleza, no en la misma cuantía: porque puede darse el caso de un sembrador que no hizo en la tierra más que roturar campos durísimos, sin premio visible de sus trabajos, y éste recibirá copioso premio; y el otro caso de un segador, que no haya hecho más que recoger, tal vez en la indiferencia, el fruto de los sudores de otro; y éste recibirá exigua paga. Sembradores y segadores, vean o no el fruto de su trabajo, gocense o no en la cosecha, sufran o no en el bregar de la labor apostólica, recibirán el premio igual, la vida eterna, pero no en igualdad, sino en proporción: "Cada uno según su trabajo" (1 Cor. 3, 8): cantidad de trabajo y manera de trabajar.

PERIODO SEGUNDO

JESÚS EN LA GALILEA

31. — PASA JESUS DE LA SAMARIA A LA GALILEA
Y DA COMIENZO A SU PREDICACION: IOH. 4, 43-45

Lc. 4, 14 b.15; Mc. 1, 14 b.15

⁴³ Y después de dos días, salió de allí y marchó a la Galilea; ⁴⁴ porque Jesús mismo dió testimonio que un profeta no es honrado en su patria.

⁴⁵ Y cuando vino a la Galilea, recibieronle los galileos porque habían visto todas las cosas que él había hecho en Jerusalén el día de la fiesta, pues también ellos habían asistido a la fiesta. ¹ Y su fama se divulgó por toda la comarca. Y él enseñaba en las sinagogas de ellos, ^{mc} predicando el Evangelio del reino de Dios y diciendo: Pues que el tiempo se ha cumplido y acercádose ha el reino de Dios, arrepentíos y creed al Evangelio. ² Y era ensalzado por todos.

Explicación. — El Evangelista reasume aquí la narración que había dejado interrumpida en el versículo 3 de este mismo capítulo para describir el interesantísimo episodio de la Samaritana. El viaje de Jesús a través de la Samaria duraría unos cuatro días, dos de los cuales los pasó entre los samaritanos de Sicar. Va, pues, a entrar el Señor otra vez en el país donde ha pasado la mayor parte de su vida. Distínguese este período de la predicación de Jesús en la Galilea, que dura desde últimos de diciembre a la Pascua inmediata, por su actividad extraordinaria en la predicación y en los multiplicados milagros que obra; elige a cuatro de sus após-

toles, que definitivamente incorpora a su ministerio; obtiene un éxito clamoroso entre los galileos, si se exceptúa la ciudad de Nazaret; traza las grandes líneas del reino de Dios, que va a fundar. No obstante, empiezan ya los celos de los fariseos a ponerle asechanzas: más tarde determinará la campaña contra Jesús, emprendida por los primates, un profundo cambio en el pueblo y hasta en los procedimientos pedagógicos del divino Maestro.

SALE JESÚS DE SICAR (43-44). — Tuvieron los samaritanos la dicha de hospedar en su ciudad a Jesús dos días, durante los cuales sembró copiosa la semilla el divino sembrador, recogiendo copiosa mies ya durante su estancia. Si las palabras de Jesús: "Alzad los ojos, y ved cómo blanquea la región por la proximidad de la cosecha" (Joh. 4, 35), se referían a los samaritanos que, cubiertos de blancas túnicas, se acercaban al grupo del pozo de Sicar, se ha cumplido en breve la palabra de Jesús: *segó ya la mies; y después de dos días, salió de allí y marchó a Galilea*. No distarán las fronteras de la Galilea más que unos 20 kilómetros del pozo de Jacob.

A las razones de la salida de Jesús de la Judea que se han dado anteriormente (n. 29), añade el Evangelista otra. *Porque Jesús mismo dió testimonio de que un profeta no es honrado en su patria.* Es un refrán popular en que se concreta un hecho frecuentísimo: los personajes famosos, los que ejercen públicas funciones, sea por las pequeñas envidias del paisanaje, sea porque los más allegados suelen conocer mejor que los demás los defectos de los grandes, por haberlos visto más de cerca y con mayor frecuencia, no suelen ser tan estimados entre los suyos como entre gente forastera. Dos veces ocurre en los Evangelios este refrán aplicado a Jesús: cuando los nazarenos quieren precipitarle del monte abajo (Mt. 13, 57; Mc. 6, 4; Lc. 4, 24), y en esta ocasión. ¿Se refiere Juan, en la repulsa que Jesús ha experimentado en Judea, a lo que de Jesús han dicho los demás evangelistas con ocasión del episodio de Nazaret? ¿O bien es el refrán mismo, aplicando dos veces a Jesús y con independencia de Juan con respecto a los demás evangelistas? Creemos más verdadera esta inter-

predicación. La patria de Jesús es Belén, en la Judea, aunque la Galilea, especialmente Nazaret, pueda llamarse su segunda patria. Saben los judíos que el Mesías ha de nacer en Belén, y que Jesús allí ha nacido; no obstante, no admiten su testimonio, y tiene que salir de su patria, donde no ha sido honrado como verdadero Mesías, para refugiarse en su patria de adopción. Tiene, sin embargo, la otra opinión no pocos seguidores. De hecho, ni la Judea ni la Galilea recibieron a Jesús del modo debido.

RECIBIMIENTO Y PREDICACIÓN EN LA GALILEA (45 y párrafos). — Con Jesús habían subido a Jerusalén para la fiesta de la Pascua muchos de sus paisanos, los galileos. Allí pudieron admirar los prodigios obrados por Jesús (Ioh. 2, 23; 3, 2), especialmente la ruidosa expulsión de los mercaderes del Templo. Lo maravilloso atrae a las multitudes; y cuando las maravillas llevan la marca de Dios, dan a quien las obra patente de santidad: por esto sería esperado el regreso de Jesús por sus paisanos, que le recibirían con entusiasmo: *Y cuando vino a la Galilea, recibieronle los galileos, porque habían visto todas las cosas que él había hecho en Jerusalén el día de la fiesta.*

Crece la fama a medida que corre, sobre todo siendo tan bien fundada como la de Jesús, gran maestro y taumaturgo, y más aún cuando Jesús no había sido hasta entonces sino un simple obrero de Nazaret: *Y su fama se divulgó por toda la comarca.* La buena disposición de los galileos es aprovechada por Jesús para sembrar la semilla de la divina palabra: el lugar más oportuno era la sinagoga de los lugares que visitaba, donde se congregaba el pueblo, especialmente en los oficios sabáticos: *Y él enseñaba en las sinagogas de ellos.* El evangelista nos da el tema de la predicación de Jesús: *Predicando el Evangelio del reino de Dios,* es decir, la buena nueva, el anuncio de la divina verdad que ha de ser la semilla del reino de Dios en la tierra. Y da las razones de la predicación, diciendo: *Pues que el tiempo se ha cumplido...* Es la razón principal: las cosas viejas han caducado ya; el tiempo señalado por Dios desde la eternidad, anunciado por los profetas

y esperado por vosotros mismos — pues las setenta semanas de Daniel se han colmado ya — ha llegado: es este tiempo mismo en que os predico. Y, como quiera que por el mismo hecho de haber llegado el tiempo de la salvación y de la gracia, *acercándose ha el reino de Dios*, que es reino de santidad y de verdad, *arrepentíos*, purificando vuestra vida por la aversión al pecado y la práctica de la virtud; *y creed al Evangelio*, aceptando las verdades que os predicó. Es el mismo reino de Dios espiritual, de verdad y de justicia, que habían predicado los profetas y recientemente el Bautista.

La palabra de Jesús era elocuente y cálida, llena de gracia y de verdad, como el pensamiento y el corazón de donde brotaba. Sus oyentes se hacían lenguas de su predicación: *Y era ensalzado por todos*. La humana veleidad dará pronto un giro desagradable a las cosas de Jesús y de su apostolado en la Galilea.

Lecciones morales. — A) v. 43. — *Y después de dos días salió de allí...* — Como buen evangelizador, no se detiene Jesús en Sicar una vez obtenido el fruto que se proponía. Ha plantado y ha regado el árbol de la fe en aquella ciudad dichosa; Dios dará el incremento con su gracia. Ahora irá a evangelizar otra región. Para que aprendamos que una de las características del verdadero apostolado es la agilidad y movilidad del evangelizador. El alma del apostolado es la caridad, y la caridad, dice el Apóstol, apremia. Aunque se trate de una campaña de apostolado en un mismo lugar y entre unos mismos hombres, el verdadero apóstol se ingenia en mil formas para adaptarse a todas las facetas y circunstancias de la vida de sus administrados. La uniformidad lleva a la rutina, a la ineficacia, muchas veces a la inacción.

B) v. 45. — *Recibiéronle los galileos, porque habían visto todas las cosas...* — Suelen los intérpretes hacer notar aquí la diferencia entre judíos, samaritanos y galileos en orden a la predicación de Jesús. Los primeros rechazan a Jesús; los segundos creen en él por su sola doctrina y sin ver milagro alguno: los últimos creen porque han visto los prodigios obrados en Jerusalén. Son los tres estadios o actitudes del humano pensamiento con respecto a la doctrina de Cristo: creer por la sola autoridad de Dios que enseña, como los samaritanos;

por la luz y fuerza del milagro que acompaña la predicación, como los galileos; y rechazar la doctrina, aunque esté fundada en la autoridad de Dios y lleve el marchamo sobrenatural del milagro. Lo primero es lo más perfecto, lo más seguro, lo más agradable a Dios, cuya autoridad se coloca sobre las exigencias de nuestra pobre razón. Lo segundo basta en el orden personal, si bien es menos perfecto; aunque en orden al apostolado conviene conocer las humanas razones que motivan nuestra fe. Lo tercero es injurioso a Dios, porque es agravio a su autoridad y menosprecio de su poder, puesto al servicio de la verdad.

c) Lc. — *Y su fama se divulgó por toda la comarca.* — No digas que no puedes ahora divulgar la fama de Jesús, porque no tienes la suerte de oírle, dice Orígenes; porque le oyes cada día por la boca de sus predicadores, enviados de él; y la fama de Jesús se ha dilatado más que en su vida, cuanto aventaja todo el orbe a una pobre provincia de la Palestina. Glorifiquemos a Jesucristo, por la maravilla de su predicación; ayudemos a la difusión de su palabra, que es la difusión de su poderosa doctrina, capaz de transformar al mundo; y, si somos apóstoles de la palabra de Jesús, guardémonos de levantarnos con la gloria de nuestra predicación, porque sería un verdadero latrocinio de la gloria de Jesús.

d) Lc. — *Y era ensalzado por todos...* — Y justamente era ensalzado: por la verdad que predicaba; por la gracia con que la predicaba; por la eficacia que la daba con sus milagros. Era un predicador dechado de predicadores: “varón virtuoso, conocedor del arte de decir”. Tan virtuoso, que su santidad era la misma santidad de Dios; y tan perito en el decir, que jamás hombre alguno habló como él; efficacísimo en su predicación, porque poseía los resortes del pensamiento y del corazón humano, y añadía al peso de la palabra de Dios el peso ingente de sus milagros. Los que deben administrar a las multitudes la palabra de Jesús, que es la palabra de Dios, deben esforzarse en imitar a Jesús, si no con los milagros, con una vida santa y con una doctrina purísima, en la que no haya más que el oro acrisolado de la palabra de Jesús.

**Evangelio de la Dominica 20 después de Pentecostés
(vv. 46-53)**

⁴⁶ Vino, pues, otra vez a Caná de Galilea, en donde había hecho el agua vino. Y había en Cafarnaúm un áulico del rey, cuyo hijo estaba enfermo. ⁴⁷ Este, habiendo oído que Jesús venía de la Judea a Galilea, fué a él y le rogaba que descendiese y sanase a su hijo, porque estaba muriéndose. ⁴⁸ Y Jesús le dijo: Si no viereis milagros y prodigios, no creéis. ⁴⁹ El áulico le dijo: Señor, baja, antes que muera mi hijo. ⁵⁰ Jesús le dijo: Ve, que tu hijo vive. Creyó el hombre a la palabra que Jesús le dijo, y se fué. ⁵¹ Y cuando se volvía, salieron a él sus criados, y le dieron nuevas, diciendo que su hijo vivía. ⁵² Y les preguntó la hora en que había comenzado a mejorar. Y le dijeron: Ayer, a las siete, le dejó la fiebre. ⁵³ Y entonces entendió el padre que era la misma hora en que Jesús le dijo: Tu hijo vive: y creyó él y toda su casa. ⁵⁴ Este segundo milagro hizo Jesús otra vez, cuando vino de Judea a Galilea.

Explicación. — La noticia de la venida de Jesús a la Galilea, había corrido, llegando hasta la región marítima de Tiberíades. Jesús quiere inaugurar su ministerio en este país con un milagro ruidoso, por el personaje que interviene y por la forma de realizarlo. Así predispondrá Jesús a sus paisanos a la recepción del Evangelio.

LA CURACIÓN (46-54). — Al llegar a la Galilea, hace Jesús su primer alto en la ciudad de Caná, donde había obrado el primer milagro, de la conversión del agua en vino; su intento es seguramente robustecer la fe de aquellos vecinos, testigos del portento: *Vino, pues, otra vez a Caná de Galilea, en donde había hecho el agua vino.*

En la ciudad marítima de Cafarnaúm, adonde se dirigió Jesús después del primer milagro hecho en Caná, y desde donde con los suyos subió a Jerusalén para la Pascua, había

un hombre principal, que ejercía alto cargo, civil o militar, en la corte de Herodes Antipas, a quien, no obstante reinar oficialmente con el título de tetrarca, el pueblo, por adulación, llamaba todavía rey (Mt. 14, 1.9; Mc. 6, 14; Lc. 3, 1). Tenía este áulico un hijo único enfermo, jovencito aún. *Y había en Cafarnaúm un señor, áulico del rey, cuyo hijo estaba enfermo.* La fama de Jesús era ya extraordinaria: el afligido padre, sabiendo que viene Jesús de la Judea a la Galilea, corre personalmente a su encuentro, salvando los 30 kilómetros de distancia y 800 metros de altitud que separan a Cafarnaúm de Caná; se presenta a Jesús y le ruega con mucha instancia que baje a Cafarnaúm; el caso es gravísimo, porque el hijo está en trance de muerte: *Este, habiendo oído que Jesús venía de la Judea a Galilea, fué a él y le rogaba que descendiese y sanase a su hijo, porque estaba muriéndose.* Creía, sin duda, que no era posible a Jesús obrar la curación sin su presencia personal y una imposición de manos.

Jesús, sin desoír la súplica del padre, va antes que todo a curar la dolencia espiritual de la incredulidad, de él y de los circunstantes, dándole una respuesta en la apariencia desabrida: *Y Jesús le dijo: Si no viereis milagros y prodigios, no creéis.* Había realizado ya el señor no pocos milagros, tal vez en la misma Cafarnaúm; tenían el testimonio del Bautista: conocían la santidad de su doctrina; movíales interiormente con su gracia: con todo, quieren aún más y más estupendos milagros. Abrumado el régulo por la pena del hijo enfermo, no se fijaría en las palabras de Jesús, y le reinsta la curación del hijo: *El áulico le dijo: Señor, baja antes que muera mi hijo.* Es débil la fe del régulo: todavía cree en la necesidad de la presencia personal de Jesús; quiere que el milagro se haga en seguida, antes que muera el hijo, no creyendo por ello que muerto pueda resucitarlo; con todo, llámale "Señor", con gran reverencia. Jesús no desperdició este principio de fe, obró el milagro a distancia, y le dijo: *Ve, que tu hijo vive.* La palabra de Dios es viva y eficaz: un acto interno de la voluntad de Jesús obra la salud perfecta del enfermo. La palabra del Señor no sólo cura al enfermo, sino que tiene virtud para doblegar al asentimiento la mente del régu-

lo, que cree: *Creyó el hombre a la palabra que Jesús le dijo, y se fué.*

Dejó el cortesano la ciudad de Caná con la emoción que es de suponer. Por el camino le salieron al encuentro sus criados, que le dieron buenas nuevas de la salud del enfermo: *Y cuando se volvía salieron a él sus criados, y le dieron nuevas, diciendo que su hijo vivía.* Su primera palabra fué para preguntarles la hora en que se había iniciado la mejoría, no porque dudara de la palabra de Jesús, sino porque no sabía si interpretarla en el sentido de una promesa de que el hijo no moriría, o en el de una curación instantánea: *Y les preguntó la hora en que había comenzado a mejorar.* La conversación del padre con Jesús había tenido lugar a la una del día, hora séptima después de la salida del sol; era la hora precisa en que desapareció la fiebre del enfermo: *Y le dijeron: Ayer, a las siete, le dejó la fiebre.*

Una dificultad ha creado la palabra "ayer". ¿Cómo el padre, que tan amantísimo se muestra del hijo, no regresa a su casa hasta el siguiente día? Pudo hacerlo así para el descanso de la cabalgadura y para no viajar de noche: sucedía esto en diciembre, y la ruta era de siete u ocho horas, pudo emprender en seguida el viaje y encontrarse ya de madrugada con los criados. Y puede también decirse, según el cómputo de los hebreos, que contaban de sol a sol, que realizado el encuentro de padre y criados puesto ya el sol, la una de la tarde era ya del día anterior.

Entendió entonces el padre que la sola voluntad de Jesús había completamente sanado a su hijo a distancia, y creyó que era en verdad el Mesías, siguiendo toda la familia el ejemplo de la fe del padre: *Y entonces entendió el padre que era la misma hora en que Jesús le dijo: Tu hijo vive: y creyó él y toda su casa.*

Termina San Juan la narración de este hecho con estas palabras: *Este segundo milagro hizo Jesús otra vez, cuando vino de Judea a Galilea.* Quiere con ello significar que esta curación es el segundo milagro de los realizados por el Señor en la ciudad de Caná. Fué el primero la conversión del agua en vino, antes de salir para Jerusalén, y éste el segun-

do, a su regreso. Con ello ha suplido San Juan las lagunas de los sinópticos, que refieren los demás milagros hechos por Jesús en la Galilea. Creen otros, con todo, que la curación del hijo del régulo es el segundo de todos los milagros obrados por Jesús en toda la región de Galilea, y que los que refieren los sinópticos allí obrados fueron posteriores a los dos de Caná.

Lecciones morales. — A) v. 48. — *Si no viereis milagros y prodigios, no creéis.* — Los galileos reciben bien a Jesús, a su regreso de la Pascua, porque habían podido ver los milagros realizados en la gran ciudad. Con todo, Jesús les reprende, con ocasión de la petición que le hace el oficial regio de Cafarnaúm, con las palabras que comentamos. Es que, tal vez, la fe de los galileos no pasaba de la corteza: rendíanse a la evidencia de los hechos, y prorrumpían en públicas manifestaciones de admiración y entusiasmo; pero no humillaban sus inteligencias ante la verdad que el mismo Jesús les predicaba y que confirmaba con tales prodigios. Es que la fe es del pensamiento y de la voluntad, y éstos no se rinden sin una correspondencia a la gracia de Dios. El Epulón le pedía a Abraham, desde el infierno, mandase un mensaje a sus parientes, para que no cayeran en aquella desgracia: “Ya tienen a Moisés y a los Profetas”, fué la respuesta (Lc. 16, 29); toda la santidad de la doctrina y las maravillas de los profetas no bastaron a convertir al Epulón. Es que no quiso doblegarse a la gracia de Dios. ¡Cuántos son los que admiran a Jesús, su doctrina y sus obras, la fuerza civilizadora de su religión, la ciencia y el arte que han brotado del pensamiento de Jesús, y no creen en Jesús! El milagro es un motivo de credibilidad, que puede ser desatendido por el hombre protervo de pensamiento y corazón.

B) v. 50. — *Ve, que tu hijo vive.* — La súplica del régulo a favor de su hijo es oída; primero, por la misericordia de Jesús, cuyas entrañas se conmovieron ante la apremiante oración de un padre afligido; pero no contribuye poco al éxito de la plegaria la forma reverente y sentidísima de la misma. Se humilla el régulo, y clama con toda su vida desde lo íntimo de su corazón: le apremia a Jesús en nombre de su “hijito”, dice el griego. Jesús premia el fervor del padre, aun tratándose de una petición de orden temporal. ¿Tiene nuestra oración estas dos condiciones, humildad e intensidad perseverante?

c) v. 52. — *Ayer, a las siete, le dejó la fiebre.* — Admiraremos la omnipotencia de Jesús y su doble efecto, sobre la salud del hijo enfermo y sobre el alma del padre. Un solo acto de la voluntad de Jesús obra, a distancia, la completa curación de un enfermo en trance de muerte. El estupor del padre, al conocer la coincidencia de la hora de la curación con la hora en que él hablaba a Jesús en Caná, fué tal, que vió claramente en ello la mano de Dios, quien sólo puede obrar estos prodigios. La fuerza del milagro y la gratitud por el favor recibido inclinaron el pensamiento y la voluntad del padre, que creyó. En este hecho aparece claramente que Jesús obra el milagro con un fin de apología y proselitismo: es una forma, acomodada al modo de ser humano, de implantar el reino de Dios; hace el milagro, que se ve, para lograr los efectos espirituales, invisibles, pero intentados por Jesús antes que el mismo milagro.

d) v. 53. — *Y creyó él y toda su casa.* — La familia de este régulo nos ofrece admirables ejemplos. Es el primero, la parte viva que toma en el dolor del padre; son los siervos los que le salen gozosos al encuentro para anunciarle la mejora del hijo. Es el segundo, la fidelidad con que siguen el ejemplo del jefe de familia, convirtiéndose con él a la fe de Jesucristo. Esta unión de sentimientos y afectos, que hace de la familia una pequeña sociedad en que hay solidaridad de goces y penas; este espíritu de imitación de los buenos ejemplos con que mutuamente se edifican los miembros de una misma casa, es lo que deberíamos procurar en las nuestras.

33. — JESUS ENSEÑA EN NAZARET, DONDE ES RECHAZADO: Lc. 4, 16-30

Evangelio del lunes de la 3.^a semana de Cuaresma

¹⁶ Vino también a Nazaret, en donde se había criado, y entró según su costumbre el día de sábado en la sinagoga, y se levantó a leer. ¹⁷ Y fuéle entregado el libro del profeta Isaías. Y cuando desenrolló el libro, halló el lugar en donde estaba escrito: ¹⁸ El Espíritu del Señor sobre mí, por lo que me ha ungido; para dar buenas nuevas a los pobres me ha enviado, para sanar a los contritos de corazón, ¹⁹ para anunciar la redención a los cautivos, y

a los ciegos vista, para poner en libertad a los oprimidos, para publicar el año favorable del Señor, y el día del galardón. ²⁰ Y habiendo enrollado el libro, se lo dió al ministro, y se sentó. Y cuantos había en la sinagoga tenían los ojos fijos en él. ²¹ Y les empezó a decir: Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos. ²² Y todos le daban testimonio: y se maravillaban de las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: ¿No es éste el hijo de José?

²³ Y les dijo: Sin duda me diréis esta semejanza: Médico, cúrate a ti mismo: todas aquellas grandes cosas que oímos decir que hiciste en Cafarnaúm, hazlas también aquí en tu patria. ²⁴ Y dijo: Os aseguro que ningún profeta es acepto en su patria. ²⁵ En verdad os digo que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando fué cerrado el cielo por tres años y seis meses, cuando hubo una grande hambre por toda la tierra: ²⁶ mas a ninguna de ellas fué enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón. ²⁷ Y muchos leprosos había en Israel en tiempo de Eliseo profeta: mas ninguno de ellos fué limpiado, sino Naamán de Siria. ²⁸ Al oír esto, llenáronse todos de cólera en la sinagoga. ²⁹ Y se levantaron, y lo echaron fuera de la ciudad: y lo llevaron hasta la cumbre del monte, sobre el cual estaba edificada su ciudad, para despeñarlo. ³⁰ Mas él, pasando por medio de ellos, seguía su camino.

Explicación. — El emplazamiento cronológico de este instructivo y doloroso episodio no está bien definido. Tomando algunos como paralelo este lugar de San Lucas con otros análogos de Mt. 13, 54-58, y Mc. 6, 1-16. admiten solamente una visita de Jesús a Nazaret durante su vida pública, visita que haría luego de comenzado su ministerio en la Galilea, según unos, o bien entrado ya el año segundo de su predicación, en la opinión de otros. En cambio creen otros, y cuenta con más probabilidad esta opinión, que Jesús hizo dos viajes a Nazaret, ya que en esta narración de Lucas no hace Jesús milagro alguno y es expulsado de la ciudad, mientras que en las de los otros evangelistas hace algunos milagros ante los ojos atónitos de sus conciudadanos. Los partidarios de esta última hipótesis emplazan la primera visita inmediatamente antes (Méchineau) o inmediatamente después (Rosadini, Lagrange) de la curación del hijo del régu-

lo, y otros al fin ya del primer año de la vida pública, después de la curación del leproso y antes de la del paralítico de Cafarnaúm.

LECCIÓN DE JESÚS EN LA SINAGOGA (16-22). — Precedido de la fama que le conquistaron los prodigios obrados en Caná, Cafarnaúm y Jerusalén, fué Jesús a la ciudad en que había crecido y ejercido el oficio de carpintero: *Vino también a Nazaret, en donde se había criado...* Como todo buen judío, el sábado, día de la fiesta semanal, se reunió con sus paisanos en la sinagoga para las ceremonias religiosas de costumbres: *Y entró según su costumbre el día de sábado en la sinagoga...* Solía el jefe de la sinagoga invitar a los asistentes, especialmente a los forasteros o personajes respetables, si los había, para hacer la lectura acostumbrada, de un pasaje del Pentateuco o de los Profetas, con su comentario. La lectura, por respeto a la palabra de Dios, se hacía en pie; Jesús tenido ya como un maestro, fué invitado, *y se levantó a leer*. Diósele para la lectura el libro del profeta Isaías señalado seguramente para aquel sábado. Tenían los libros forma de rollo: pegadas unas membranas a otras, formaban todas ellas una rectangular y prolongada que se enrollaba y desenrollaba sobre dos cilindros de madera, cuyos extremos sobresalían y servían para sostener el libro: *Y fuéle entregado el libro del profeta Isaías. Y cuando desenrolló el libro, halló el lugar en donde estaba escrito...*: hallólo porque la Providencia, o el mismo Jesús, hizo que viniera ante sus ojos el famoso pasaje, Is. 61, 1.2, en que se describe admirablemente el objeto del ministerio del Mesías, que no era otro que obrar, por todos los medios, la redención de la humanidad, especialmente de la parte más miserable.

Isaías, en el pasaje que le tocó a Jesús leer, habla en la persona del Mesías: *El Espíritu del Señor sobre mí, por lo que me ha ungido...* El Mesías debía ser el Ungido o Cristo por antonomasia: ungido con la plenitud de la unción, como rey, sacerdote y profeta; Jesús podrá aplicarse totalmente estas palabras, porque ha venido ya sobre Él el divino Espíritu en el Bautismo. El objeto de esta unción teocrática era la

evangelización de los pobres; de quienes, oprimidos por la miseria, sobrellevan sus aflicciones en paz: *Para dar buenas nuevas a los pobres me ha enviado*. Para curar la debilidad de los pusilánimes, que no se sienten con la fuerza necesaria para obrar el bien: *Para sanar a los contritos de corazón*. Objeto de la misión del Mesías debía ser asimismo la liberación de la esclavitud del pecado y de la ceguera espiritual, que no consiente ver la verdad de Dios: *Para anunciar la redención a los cautivos, y a los ciegos vista*; así como liberar a los afligidos de los males que les apremian: *Para poner en libertad a los oprimidos*. Para predicar el año del jubileo, que se celebraba cada cincuenta años, en el que se reintegraban en sus prosperidades los que habían tenido que enajenarlas y recobraban la libertad quienes habían tenido que venderse como esclavos: en todo lo cual se simbolizan las bienandanzas de los tiempos mesiánicos. *Para publicar el año favorable del Señor*. Y finalmente, para publicar el día de la retribución del bien obrar: *y el día del galardón*.

Hecha la lectura, Jesús plegó el libro, lo entregó al *Hazan*, o sacristán, tomó otra vez asiento para hacer el comentario correspondiente, mientras toda la concurrencia le miraba con expectación: *Y habiendo enrollado el libro, se lo dió al ministro, y se sentó. Y cuantos había en la sinagoga tenían los ojos fijos en él*.

El lector tenía fama de profeta, y el pasaje era de capital importancia. El Evangelista se ciñe a repetir las primeras palabras o tema del comentario de Jesús: *Y les empezó a decir...* El tema que desarrolla es la aplicación de las palabras leídas a su persona: *Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos*; es decir, habéis escuchado con vuestros propios oídos a aquel de quien se han dicho estas palabras: por lo mismo, Jesús se hace Mesías. Y seguiría hablando Jesús, comentando las palabras de Isaías con tal elocuencia, unción y verdad, que sus paisanos se ven obligados a reconocer que le cuadraba perfectamente el vaticinio por lo que de él habían oído: *Y todos le daban testimonio*. Admirábales la fuerza del decir, la suavidad y la gracia de Jesús disertante, creciendo

la admiración al recordar que era el hijo humilde del humilde carpintero que entre ellos había llevado la vida de menestral: *Y se maravillaban de las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: ¿No es éste el hijo de José?*

CHOQUE ENTRE JESÚS Y SUS PAISANOS (23-30). — Entre los concurrentes de la sinagoga se levantaría un murmullo de contradicción. El Mesías esperado debía ser un gran rey, según los prejuicios de ellos: Jesús es su paisano carpintero; con todo, se dice Mesías: si quiere demostrar ante ellos su carácter, es preciso que garantice con milagros su aserción. La elocuencia de Jesús, que debía llevarles a la verdad, es para ellos piedra de escándalo. Jesús les oiría, o penetraría sus intenciones: *Y les dijo: Sin duda me diréis esta semejanza o proverbio: Médico, cúrate a ti mismo; antes que manifestarte como Salvador del mundo, cúrate de la falta de autoridad y dignidad que sufres; haz para ello entre nosotros también, que somos paisanos, aquellos prodigios que dicen has hecho en Cafarnaúm: o, como quieren otros, ya que curas a los enfermos de otras ciudades, da la salud a los de la tuya: Todas aquellas grandes cosas que oímos decir que hiciste en Cafarnaúm, hazlas también aquí en tu patria*

Jesús les responde ante todo con otro refrán que encierra una razón general de su incredulidad: Un paisano difícilmente es reconocido como grande hombre por sus paisanos; habiendo vivido en un pie de igualdad, el reconocimiento de su superioridad parece importar el de la propia inferioridad: *Y dijo: Os aseguro que ningún profeta es acepto en su patria* (Jer. 11, 21; 12. 6). Luego, demuestra con dos ejemplos no sólo la verdad de su primer aserto, sino que nadie tiene derecho especial a los dones de Dios por título de naturaleza. Elías, entre tantas viudas como había en Israel, sólo socorrió con un milagro a una extranjera: *En verdad os digo que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando fué cerrado el cielo por tres años y seis meses, cuando hubo una grande hambre por toda la tierra: mas a ninguna de ellas fué enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta*

de Sidón (3 Reg. 17, 9; 18, 1). Y cuando en el pueblo escogido había tantos infelices tocados de la lepra, a ninguno de ellos cura el profeta Eliseo, sino a un hombre de la Siria: *Y muchos leprosos había en Israel en tiempo de Eliseo profeta: mas ninguno de ellos fué limpiado, sino Naamán de Siria* (4 Reg. 5, 9 sigs.).

El recuerdo de estos hechos bíblicos, referidos por Jesús en aquellas circunstancias, enciende el furor a los nazarenos: tómanlo a provocación; no sólo no quiere hacer entre ellos milagros, como en la vecina Cafarnaúm, sino que, al negarse a ello Jesús, les reputa menos dignos que los paganos. Crece más la ira por tratarse, a juicio de ellos, de una afrenta que les hace un ciudadano, igual a ellos: *Al oír esto, llenáronse todos de cólera en la sinagoga*. No pudiendo contener su furor, se levantaron tumultuosamente contra él, lo llevaron fuera de la sinagoga y de la ciudad, y lo condujeron a un sitio, hoy para nosotros incierto, y que la tradición señala a dos kilómetros al sur de la ciudad, donde bruscamente termina la serie de colinas en cuyas laderas está recostada Nazaret, formando un acantilado de gran altura, desde cuya cima se domina la vasta llanura de Esdrelón. Iban los nazarenos a tomarse sumariamente la justicia por su mano, deshaciéndose de su paisano, matándole: *Y se levantaron, y lo echaron fuera de la ciudad: y lo llevaron hasta la cumbre del monte, sobre el cual estaba edificada su ciudad, para despeñarlo*.

Pero Jesús, lleno de serena majestad, reduce a la impotencia el furor de sus ciegos conciudadanos: *Mas él, pasando por medio de ellos, seguía su camino*. Ninguno de ellos se atrevió a meter mano sobre él: su majestad les contuvo: y el milagro que los nazaristas pedían en su incredulidad, lo hace Jesús para su confusión, burlando su ira ciega. No es probable que el prodigio les condujera a la fe en su divinidad.

Todavía hoy puede el piadoso peregrino visitar el sitio donde la tradición señala el emplazamiento de la sinagoga en que explicó Jesús la profecía de Isaías: levántase allí la iglesia parroquial de los griegos católicos. Y no lejos de la Montaña del Precipicio puede verse la Iglesia de Nuestra Señora

del Tremor, sitio en que, según venerable tradición, se hallaba la Madre de Jesús acongojada en los momentos críticos en que los nazarenos trataban de arrojar desde lo alto del precipicio a su santísimo Hijo.

Lecciones morales. — A) v. 18. — *El Espíritu del Señor sobre mí...* — Jesús se aplica a sí mismo las palabras en que Isaías habla de la unción del Espíritu Santo. Es que todo Él, por el simple hecho de la unión hipostática, quedó lleno del divino Espíritu, no según su divinidad, que es consubstancial con el Espíritu Santo, por cuanto las tres divinas Personas tienen idéntica naturaleza, sino según su humanidad. Todo lo nuestro quedó como empapado del divino Espíritu en Jesús; cuerpo y alma, sentidos y potencias. De aquí su absoluta rectitud, en todos los órdenes. De aquí su realeza, su sacerdocio, su cualidad de sumo Profeta, porque estaba en substancial contacto con la fuente primordial de toda potestad, de toda santidad, de toda ciencia. De aquí las excelencias de su misión mesiánica, evangelizar los pobres, librar los cautivos del pecado, etc.: todo ello no significa más que la fuerza y el poder con que Jesús, Hombre-Dios, reentra otra vez las humanas cosas en el quicio de Dios. También nosotros recibimos por Jesús el Espíritu Santo: “De su plenitud todos recibimos” (Ioh. 1, 16). La ley de nuestra vida debe ser la máxima adhesión que podamos a Cristo Jesús para participar de su Espíritu en la mayor medida posible: oración, sacrificio, sacramentos, buenas obras, sobre todo la divina caridad, son los que nos harán partícipes de las inagotables riquezas del Espíritu de Jesús.

B) v. 20. — *Tenían los ojos fijos en él...* — Cuando empezó Jesús el comentario del texto sagrado que había leído, todos le miraban con ansia y atención. Así debiéramos nosotros oír con atención y reverencia suma a los sacerdotes que nos explican la palabra de Dios, especialmente cuando se nos predica el sagrado Evangelio. El sacerdote habla con autoridad y misión análoga a la de Jesús: “Como me envió el Padre, así os envío yo” (Ioh. 20, 21), les dijo a los apóstoles. La enseñanza sacerdotal es como la voz de la misma Iglesia, que a través de los siglos explica la doctrina de Jesús, contenida especialmente en los Libros sagrados. Nótese la actitud reverente con que lee Jesús la Escritura: está en pie; así nosotros estamos durante la lectura de los santos Evangelios en los divinos Oficios.

c) v. 22. — *¿No es éste el hijo de José?* — Y ¿qué importa que fuera hijo de José, si realmente lo hubiese sido, dice San Cirilo, si sus obras le hacen admirable y venerable? ¿No veían los grandes milagros hechos, los enfermos curados, Satanás vencido? Para que aprendamos a estimar a las personas, no por su procedencia o naturaleza, patria, familia, condición, sino por lo que demuestran ser por sus obras, por las que cada uno debe ser conocido, según criterio del mismo Jesús. Los dones de Dios, así de orden natural como sobrenatural, no están ligados a la condición humana de carne y sangre, profesiones, naciones o razas, etc. Sopla el Espíritu de Dios donde quiere y en la forma que quiere, y no podemos ser ni envidiosos ni protervos para reconocerlo dondequiera que se manifieste.

d) v. 23. — *Todas aquellas grandes cosas... hazlas también aquí en tu patria.* — Jesús se niega a hacer milagro alguno ante sus conciudadanos. Se nos demuestra con este ejemplo, dice San Ambrosio, que inútilmente esperamos el auxilio de la misericordia divina si sentimos envidia de las obras de virtud que los otros hacen. Dios desprecia a los envidiosos, y niega los milagros de su poder a aquellos que persiguen en los demás los beneficios divinos. Mirad cuán gran mal es la envidia, que hace indigna de ver los milagros de un ciudadano a la ciudad que había sido digna de que en ella fuese concebido el Hijo de Dios.

e) v. 28. — *Al oír esto, llenáronse todos de cólera en la sinagoga.* — No es argumento de escasa envidia, dice San Ambrosio, que olvidándose de las leyes de la caridad ciudadana conviertan en odio los motivos de amor. Reprodúcese este hecho, en diversas formas, aunque de ordinario no tan agudas como en este episodio de Nazaret, cada vez que en el desempeño de su ministerio choca el ministro de Dios con los prejuicios o con las pasiones de sus gobernados. Lo que debe consolarnos, pensando que aun no hemos sido llevados al precipicio como Jesús, ni hemos dado las pruebas de santidad, sabiduría y poder que dió El.

f) v. 30. — *Mas él, pasando por medio de ellos, seguía su camino.* — Peores son los discípulos del diablo que su maestro, dice San Beda: éste se contenta con pedirle a Jesús que se eche al precipicio: "Échate de aquí abajo" (Mt. 4, 6); los nazarenos quieren hacerlo por sus propias manos. Pero Jesús tiene infinita compasión de sus paisanos; con un milagro de su poder se es-

curre de sus manos, para darles lugar a penitencia. Hombre como nosotros, conoce la suma miseria a que puede llegar el hombre; pero, Salvador del hombre, le da la mano hasta en los mismos momentos en que ha caído en la suma miseria de atentar contra el mismo que quiere salvarle.

34. — TRASLADA JESUS SU RESIDENCIA A CAFARNAUM: MT. 4, 13-15

¹³ Y dejando la ciudad de Nazaret, fué a morar a Cafarnaúm, ciudad marítima, en los confines de Zabulón y de Neftalí: ¹⁴ para que se cumpliese lo que dijo Isaías el profeta: ¹⁵ Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, de la otra parte del Jordán, Galilea de los gentiles: ¹⁶ El pueblo que estaba sentado en tinieblas, luz grande vió: y a los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz se les levantó. ¹⁷ Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y decir: Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos.

Explicación. — La riente ciudad de Nazaret, escondida en la región montuosa de la Galilea, de vida apacible, era muy a propósito para la vida oculta de Jesús; no así para que desde ella ejerciera su apostolado, que requería fáciles comunicaciones, vida más activa, e incluso cierto cosmopolitismo que facilitara la difusión de la semilla de la Buena Nueva. Si a ello se añade la repulsa que sufrió Jesús de sus paisanos, hay bastante razón, aun desde el punto de vista humano, para que dejara Nazaret, donde tanto tiempo había vivido: *Y dejando la ciudad de Nazaret...*

¿Dónde fijaría Jesús la nueva residencia, desde la que irradiara la acción de su apostolado? En la región septentrional y en la costa de poniente del lago de Genesaret, cerca de la desembocadura del Jordán, se levantaba la ciudad de Cafarnaúm, opulenta, de gran tráfico comercial, centro de confluencia de gentes de todos los países limítrofes. Desde allí era fácil el acceso por mar a la parte opuesta, y cómodas rutas conducían a la Galilea, Samaria y Judea. Estaba empla-

zada en lo que antiguamente eran confines de las tribus de Zabulón y Neftalí, y por lo mismo, en el punto de unión de la Galilea superior con la inferior. Allí fijó Jesús su nuevo domicilio, hasta el punto de que se la llame en el Evangelio "su ciudad" (Mt. 9, 1): *Fué a morar a Cafarnaúm, ciudad marítima, en los confines de Zabulón y de Neftalí*. Tenía la ciudad aduana y guarnición romana (Mt. 9, 9; Lc. 7, 2). No quedan hoy de ella más que ruinas; ni se sabe a punto fijo su emplazamiento, aunque cada día se afianza más la opinión de que ocupaba el sitio de la actual Tell Hum.

Fiel San Mateo en confirmar con los hechos de la historia evangélica las antiguas profecías que se referían a Jesús, cita aquí el pasaje de Isaías, 9, 1.2, en que el profeta ve aparecer en las provincias del norte de la Palestina, devastadas por el invasor, su Libertador futuro: *Para que se cumpliera lo que dijo Isaías el profeta: Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar; es decir, pueblos de estas dos tribus, que dan vista al mar de Genesaret; pueblos de la otra parte del Jordán, o región de la Perea, que recorrió también el Señor, evangelizándolas; Galilea de los gentiles, o región superior de la Galia, limítrofe de la Siria y Fenicia, donde abundaban los paganos. Todos estos pueblos de las cuatro regiones estaban sumergidos en espesas tinieblas, como las de la región de la muerte: tinieblas de crasos errores y de perversas costumbres; tinieblas de tribulaciones espantosas que aquellos pueblos habían sufrido de las invasiones de los sirios, especialmente en el reinado de Teglathalasar (4 Reg, 15, 29). Todas estas tinieblas se disiparán al aparecer la gran luz del Mesías, el Oriente, la estrella de Jacob: El pueblo que estaba sentado en tinieblas, luz grande vió: y a los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz se les levantó.*

Cuál sea la luz que hará brillar el Mesías en aquellas regiones, lo explica el Evangelista: *Desde entonces comenzó Jesús a predicar la verdad nueva, luz del mundo, el Evangelio del reino de Dios, y decir: Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos*. Es ya el pleno sol de la revelación nueva, porque Jesús va a empezar en la región de Cafarnaúm su misión de legado oficial, que publica el hecho,

lleno de luz, del advenimiento del reino de los cielos. No será por el poder militar, sino por el cambio de costumbres, como había ya predicado el Bautista.

Lecciones morales. — A) v. 13. — *Fué a morar a Cafarnaúm, ciudad marítima...* — Empieza Jesús a evangelizar las regiones por donde había empezado la defección de Israel. Demuestra con ello su misericordia y su sabiduría, llevando el remedio donde era más grave el mal, sirviéndose de una ciudad populosa, pero descreída y preocupada sólo de los humanos negocios, para que de allí irradiara la predicación del reino de Dios. Con ello quiso significar que los que más necesitan de medicina son los enfermos, no los sanos; y que jamás debemos resistirnos a ningún apostolado a pretexto de que no está el campo dispuesto para recibir nuestro trabajo.

B) v. 16. — *El pueblo que estaba sentado en tinieblas...* — Estaban sentados los gentiles en la región de la sombra de muerte, dice el Crisóstomo, porque no tenían ni una partícula de luz divina que les alumbrara. Los judíos, que hacían las obras de la ley, pero no conocían la justicia del Evangelio, estaban sentados en tinieblas. Todas ellas son disipadas por “la gran luz” del Mesías. No puede haber más recia y fija luz, porque Jesús es la luz substancial: “Yo soy la luz del mundo” (Ioh. 8, 12). No desconfiemos jamás de su eficacia para llegar al fondo de los espíritus más entenebrecidos, por la infidelidad, la herejía, la ignorancia, la indiferencia; y hagámonos siempre hijos de esta luz y colaboradores de su acción iluminativa, por nuestra predicación y nuestras obras.

C) v. 17. — *Desde entonces comenzó Jesús a predicar.* — Y no empezó, dice el mismo Crisóstomo, predicando las altas cosas de la justicia de la ley nueva, sino las cosas íntimas de la rectificación de la voluntad por la penitencia. Por ahí se entra en el reino de los cielos: dejando los malos hábitos, rectificando torcidas intenciones e inclinaciones; concibiendo deseos de vivir bien, y pesar de haber obrado mal. Entonces es cuando ya se puede vislumbrar el goce del cumplimiento de la perfecta justicia: “Haced penitencia...” “Se ha acercado el reino de los cielos...”

35. — PRIMERA PESCA MILAGROSA Y VOCACION DE LOS CUATRO PRIMEROS APOSTOLES: Lc. 5, 1-11

(Mt. 4, 18-22; Mc. 1, 16-22)

Evangelio de la Dominica 4.^a después de Pentecostés (Lc. 5, 1-11); Evangelio de la fiesta de San Andrés, Apóstol (Mt. 4, 18-22)

^{mc} *Pasando junto al mar de Galilea, vió a Simón y a Andrés, su hermano, que echaban las redes en el mar, pues eran pescadores.* ¹ Y aconteció que, cuando las gentes se agolpaban en torno suyo para oír la palabra de Dios, y él estaba en pie junto al lago de Genesaret, ² vió dos barcas que estaban en la orilla del lago: los pescadores habían saltado de ellas, y lavaban las redes. ³ Entrando en una de las barcas, que era de Simón, rogóle que la apartara un poco de tierra, y sentado enseñaba desde la barca a las gentes.

⁴ Y cuando acabó de hablar, dijo a Simón: Guía mar adentro y echad vuestras redes para pescar. ⁵ Y respondiendo Simón le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, sin haber cogido nada, mas porque tú lo dices echaré la red. ⁶ Y habiéndolo hecho, cogieron tal abundancia de peces que la red se les rompía. ⁷ E hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que viniesen a ayudarles. Vinieron, y de tal manera llenaron las dos barcas que casi se hundían. ⁸ Al ver esto Simón Pedro cayó a los pies de Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador. ⁹ Porque él, y todos los que con él estaban, habían quedado atónitos por la pesca que habían hecho. ¹⁰ E igualmente Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Dijo entonces Jesús a Simón: ¡No temas! Desde ahora serás pescador de hombres. ¹¹ Y habiendo llevado las barcas a tierra ^{mc} *les dijo* (a Simón y a Andrés): *Venid en pos de mí, y haré que vosotros seáis pescadores de hombres; y ellos al punto, dejándolo todo, le siguieron.* ^{mc} *Y pasando un poco más adelante, vió a Santiago, el del Zebedeo, y a Juan, su hermano, que estaban también en una barca con los jornaleros componiendo las redes: y luego los llamó. Y ellos, ^m al punto, ^{mc} dejando a su padre el Zebedeo en la nave con los jornaleros, le siguieron.*

^{mc} ²¹ *Y entraron en Cafarnaúm; y luego, en los sábados, como entrase en la sinagoga, les enseñaba.* ²² *Y se pasmaban de su doctrina; porque los instruía como quien tiene potestad, y no como los escribas.*

Explicación. — Los fragmentos de los tres evangelistas que acabamos de reducir a concordia ofrecen muchos puntos de identidad, como también presentan algunas aparentes divergencias. Ello ha sido causa de que los intérpretes se dividieran en la forma de interpretar los hechos aquí narrados. Mientras unos, poniendo de relieve las divergencias, opinan que son inconciliables los textos y que forzosamente han de referirse a dos hechos ocurridos en circunstancias diversas, creen otros, y ésta es hoy la tendencia general de los exégetas, que se trata del mismo hecho narrado en sus diversos episodios o circunstancias por los evangelistas, según el fin que se propusieron.

Siguiendo a Lápide, Tirino, Cornely, Meschler, Fillion, Lagrange, Bover y probablemente Knabenbauer, creemos que se trata de un mismo y solo hecho, que tiene dos aspectos principales: la pesca milagrosa y la vocación de los cuatro primeros apóstoles. Lucas se detiene principalmente en la narración de la pesca milagrosa, dejando la descripción de la vocación, ya narrada ampliamente por los dos primeros evangelistas anteriores a él. Mateo y Marcos describen principalmente el llamamiento definitivo de los apóstoles, que seguramente habían seguido hasta entonces a Jesús con intermitencias, después de haberle conocido a orillas del Jordán (Ioh. 1, 40 sigs.).

En la unificación o concordia de los tres textos, se supone que los diversos episodios de la pesca y vocación ocurrirían en este orden: a) Predica Jesús desde la barca; b) la pesca milagrosa; c) en alta mar, Jesús predice la vocación de Pedro, no le llama aún: "Serás pescador de hombres"; d) al llegar a la playa, tal vez en la barca todavía, dice a Pedro y a Andrés que le sigan: es la vocación; e) fuera ya de la barca y caminando a lo largo de la playa, Jesús se encuentra con los hijos del Zebedeo, quienes, después de haber

interrumpido la tarea de remendar las redes para prestar auxilio a la barca de Pedro, la reanudan, y en este menester les encuentra Jesús y les llama a que le sigan; f) regreso a Cafarnaúm. No ofrecen dificultad alguna grave estas bases de Concordia, y según ellas vamos a interpretar este pasaje.

HABLA JESÚS A LAS GENTES DESDE LA BARCA (Mc. 16; Lc. 1-3). — Comenzada ya de manera oficial la predicación y fundación del reino de Dios, Jesús escoge coadjutores para la gran obra. Y no los elige de entre los sacerdotes o escribas, gente soberbia, que se le había mostrado hostil desde sus comienzos, ni de la Judea, donde tan escasos frutos había logrado su predicación, sino que llama a unos galileos sencillos, acostumbrados a los rudos trabajos del mar; fundará su reino sobre la insignificancia humana, para que aparezca más el poder de Dios: *Pasando (Jesús) junto al mar de Galilea, vió a Simón y a Andrés, su hermano. Ya se han dado en otro lugar (t. I, pág. 89) las características del hermosísimo lago de Genesaret, llamado aquí mar de Galilea. Los dos hermanos habían ya conocido a Jesús en las riberas del Jordán, y le habían seguido con intermitencias desde entonces hasta ahora. En el momento en que Jesús les halla, ambos hermanos estaban echando en los bordes mismos del lago una de estas redes de mano que arrojan con destreza al voleo los pescadores y en que aprisionan los peces en aguas poco profundas. Eran numerosos los de este oficio en Cafarnaúm: Que echaban las redes en el mar, pues eran pescadores.*

La predicación y los milagros de Jesús habían vuelto a las muchedumbres ávidas de oír su palabra. Mientras echaban las redes Simón y Andrés, y estaba el Maestro junto al lago de Genesaret, vino hacia él en tropel gran muchedumbre del pueblo, que se apretujó junto a Jesús para oírle: *Y aconteció que, cuando las gentes se agolpaban en torno suyo para oír la palabra de Dios, y él estaba en pie junto al lago de Genesaret. No lejos del lugar donde estaba Jesús había dos barcas, metidas en agua baja y amarradas a la playa: Vió dos barcas que estaban en la orilla del lago. Sería de mañana por*

lo que se colige de la narración: la pesca había sido nula; la gente de las barcas había saltado a tierra, y se ocupaban en aquel momento en lavar las redes, que habían servido toda la noche y estaban sucias del fango y de los cuerpos extraños cogidos en largas horas de trabajo: *Los pescadores habían saltado de ellas, y lavaban las redes.* Las pondrán luego a secar y las recogerán para volver después a utilizarlas.

Jesús quiere hablar a las turbas; pero es incómodo hacerlo en su mismo plano y casi oprimido por ellas. Le oirán mejor si habla en lugar prominente. Para ello sube a una de las barcas, propiedad de Simón Pedro, y bondadosamente le pide la empuje un poco hacia el mar: *Entrando en una de las barcas, que era de Simón, rogóle que la apartara un poco de tierra.* Desde esta original e improvisada tribuna, Jesús, el orador divino, sentado, como correspondía a su carácter de Maestro del mundo, adoctrinaba a las muchedumbres que, compactas, le oían desde la playa: *Y sentado enseñaba desde la barca a las gentes.*

LA PESCA MILAGROSA (4-10). — Patrón y marineros habrían subido a la barca con Jesús. Acabada la instrucción a las turbas, dijo a Simón, el dueño de la embarcación, que adentrara la barca hacia el mar: *Y cuando acabó de hablar, dijo a Simón: Guía mar adentro;* y a Andrés y demás marineros les encarga extiendan las redes para pescar: *Y echad vuestras redes para pescar.* El ruego del Maestro es raro: el tiempo más favorable para la pesca es, por regla general, la noche; si durante ella nada se ha cogido en las redes, menos se apresará en pleno día; a más de que está fatigado y con sueño el equipo de la embarcación. El patrón insinúa respetuosamente una natural objeción: *Y respondiendo Simón le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, sin haber cogido nada.* Pero tiene Simón en gran estima a Jesús: sabe que es un taumaturgo poderoso; acaba de oír su santísima palabra; y lo que no hubiese hecho por ninguna consideración humana, lo hace por la confianza que le inspira la palabra de Jesús: *Mas porque tú lo dices echaré la red.*

Échó el patrón la red al mar, ayudado de sus mucha-

chos. La operación fué rápida y eficaz: inmediatamente se colmó la red de pesca, al punto de romperse: *Y habiéndolo hecho, cogieron tal abundancia de peces que la red se les rompía.* ¿Fué ello un milagro de creación? ¿fué un acto de la voluntad de Jesús, que hizo venir en un momento multitud de peces de todo el lago a meterse en las redes de Pedro? ¿O simplemente supo Jesús en su omnisciencia que en aquel lugar había uno de estos densos bancos de pescado tan frecuentes en el mar de Tiberíades? Cualquiera explicación es buena; todas ellas suponen el milagro, en una u otra forma. Lo cierto es que el esfuerzo de todo el equipo no bastó para sacar del agua las henchidas redes, que se rompían al extraordinario peso. Llamaron por señas a sus compañeros, los del Zebedeo, que se hallaban en otra barca a distancia, a que acudiesen en su ayuda como lo hicieron: *E hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que viniesen a ayudarles.* Tan copiosa fué la pesca, que se llenaron de peces las dos barcas, que estuvieron a punto de zozobrar por el ingente peso: *Vinieron, y de tal manera llenaron las dos barcas que casi se hundían.*

Ante la magnitud del milagro que supone en Jesús gran poder y santidad, Pedro concibe al punto la idea de su indignidad y miseria ante tan gran Señor: se juzga indigno hasta de estar en su presencia y de hospedarle en su barca; y, de rodillas, le ruega que se aparte de él: *Al ver esto Simón Pedro,* es la primera vez que San Lucas llama Pedro al hijo de Jonás, *cayó a los pies de Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador:* es un sentimiento de respeto profundo, no de miedo de que le sobrevenga algún mal. La presencia de lo sobrenatural que, más que nadie, podían aquellos pescadores estimar, por ser naturalmente imposible la copiosa presa, les dejó atónitos: *Porque él, y todos los que con él estaban, habían quedado atónitos por la pesca que habían hecho.* También los de la otra barca, a quienes nombra especialmente el evangelista porque junto con Pedro fueron llamados al apostolado, habían quedado como espantados del suceso: *E igualmente Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que eran compañeros de Simón.*

VOCACIÓN DE LOS CUATRO PRIMEROS APÓSTOLES (Lc. 10.11; Mt. 18-22; Mc. 16-20). — En medio del estupor de aquellos hombres rudos, de rodillas aún el dueño de la barca en que está Jesús, manifiesta el Maestro la finalidad pedagógica del milagro. Y dirigiéndose a Pedro, para significarle la grandeza de su oficio futuro, le señala las funciones del apostolado que deberá ejercer: *Dijo entonces Jesús a Simón: ¡No temas!*, por tus pecados e indignidad y por mi poder: *Desde ahora serás pescador de hombres*. El que obedeciendo a Jesús cogía peces para la muerte, enviado por Jesús cogerá hombres para la vida eterna; es halagüeño el trueque que la divina munificencia de Jesús ofrece a Pedro por su generosidad, fe y obediencia. Los corazones de aquellos hombres están ya por milagro preparados para la vocación; al llamarles Jesús, arrastran las barcas a tierra, como para significar que cesan en su antiguo oficio para dedicarse a la nueva profesión de su apostolado: *Y habiendo llevado las barcas a tierra...* Y ya en tierra firme, Jesús *les dijo*, haciéndoles el llamamiento definitivo: *Venid en pos de mí, y yo, que soy todopoderoso, que tengo en mis manos las llaves del pensamiento y del corazón del hombre, haré que vosotros seáis pescadores de hombres*.

La vocación de Jesús halla bien dispuesta el alma de Simón y de Andrés: Jesús, con su gracia, da eficacia al llamamiento; su voz es oída sin demora ni réplica: *Y al punto*, produciendo en su almas un total desapego a todo, allegados, relaciones, posesiones, *dejándolo todo*, y sintiendo una atracción invencible a Jesús, *le siguieron*, sin cuidar adónde iban.

A poca distancia de allí vió Jesús una barca, y dentro de ella, remendando las redes para disponerse a nueva pesca, estaban los dos hijos del Zebedeo con su padre y la gente de su equipo. *Y pasando un poco más adelante, vió a Santiago, el del Zebedeo, y a Juan, su hermano, que estaban también en una barca con los jornaleros, componiendo las redes*. También a éstos hizo merced de su vocación: *Y luego los llamó*. El efecto de la voz de Jesús fué análogo al del llamamiento de Simón y Andrés: *Y ellos, al punto, dejando a*

su padre el Zebedeo en la nave con los jornaleros, le siguieron.

REGRESO A CAFARNAÚM (Mc. 21.22). — Formado ya el primer núcleo del futuro apostolado, Jesús regresa con los cuatro discípulos a Cafarnaúm, de donde había salido: *Y entraron en Cafarnaúm, donde había definitivamente fijado su residencia.* La predicación de Jesús es ya sistemática: todos los sábados entraba con los cafarnaítas en la sinagoga de la ciudad, y allí les predicaba la Buena Nueva: *Y luego, en los sábados, como entrase en la sinagoga, les enseñaba;* aprovechaba Jesús las reuniones sabáticas, en que se congregaba el pueblo para la plegaria y la lectura de los sagrados libros, para enseñarles su doctrina. Cualquiera de los concurrentes, y más si era persona de respeto, podía enseñar, comentando las lecturas hechas. De todo el contexto, parece deducirse que el Evangelista se refiere a lo ocurrido en el primer sábado después de llegado Jesús a Cafarnaúm. Pasmábales a los cafarnaítas la manera de predicar de Jesús: no lo hacía por la aplicación minuciosa de las prescripciones talmúdicas a la práctica de la vida, como los escribas, verdaderos repetidores de la ley, sino con autoridad propia, desligado de las viejas tradiciones y formalismos, y enseñando la doctrina de su propio caudal: *Y se pasmaban de su doctrina: porque los instruía como quien tiene potestad, y no como los escribas.*

Lecciones morales. — A) v. 1. — *Las gentes se agolpaban en torno de Jesús...* — En la instrucción que tuvo Jesús al pueblo desde la barca de Pedro, debemos aprender de las multitudes la avidez de oír la divina palabra. No tienen bastante con la doctrina que les da en las sinagogas, en las villas y ciudades, sino que le buscan hasta en el mar para que les adoctrine. Es ello un reproche a tantos cristianos para quienes es desabrida la palabra de Jesús contenida en los divinos Libros, en la predicación, en la Liturgia. Y de la parte de Jesús, deben aprender los que se dedican al apostolado, sacerdotes y seglares, a no desperdiciar ocasión de sembrar la buena semilla de la divina doctrina. Jesús, dice el Crisóstomo, desde el mar pesca hombres en tierra, para signi-

ficar que en las más inverosímiles situaciones podemos sacar fruto copioso de nuestro prudente apostolado.

B) v. 3. — *Entrando en una de las barcas, que era de Simón...* No sin misterio profundo entra Jesús en la barca de Pedro para predicar en esta ocasión. Esta barca es figura de la Iglesia: en ella está siempre Jesús, y en ella está asimismo Pedro. Pedro es quien empuja la barca a la orden de Jesús, el que dirige la operación de lanzar las redes. Es que Pedro es el representante de Jesús y la cabeza visible de la Iglesia. Desde la barca de la Iglesia, Jesús, personalmente o por Pedro, Vicario suyo, adoctrina al mundo. "Donde está Pedro, allí está la Iglesia." Ello nos da la medida de la adhesión que debemos profesar a la Sede de Pedro.

C) v. 5. — *Porque tú lo dices echaré la red.* — Pedro, contra su natural convicción, arroja la red con fe ilimitada y con pronta obediencia. Jesús premia estas virtudes con la copiosísima presa de los peces. Es el símbolo de la fecundidad de todo apostolado, que es estéril desgajado de la jerarquía, y es fecundísimo cuando le informa el verdadero espíritu: subordinación, confianza, optimismo, aun en las horas de este abandono natural que produce la infecundidad de nuestros trabajos.

D) v. 8. — *Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador.* — Cuanto mayor sea la eficacia de nuestros trabajos, en todos los órdenes, más debemos humillarnos, como Pedro, al pedir de rodillas a Jesús que se apartara de él. Porque nosotros no somos más que los instrumentos de que se sirve Dios para su obra en el mundo. Gozarnos de los frutos de nuestra labor, es cosa natural como se goza el agricultor en la mies recogida. Pero levantarnos con la gloria de nuestro trabajo, es egoísmo que Dios condena, porque "sin él nada podemos hacer" (Ioh. 15, 5). ¿Cómo hubiese podido Pedro ser levantado a la categoría de pescador de hombres si se hubiese arrogado el mérito de la presa milagrosa de los peces?

E) Mc. v. 17. — *Venid en pos de mí...* — Escoge Jesús a sus apóstoles en los mismos comienzos de su predicación para que sean testigos de todas sus enseñanzas y hechos; así se formará en ellos aquella convicción que les hacía decir: "No podemos dejar de hablar de aquello que vimos y oímos" (Act. 4, 20), y que es el comienzo de nuestra tradición gloriosa en orden a la predicación. Y aquello que los apóstoles vieron y oyeron se ha transmitido con tanta fidelidad y de manera tan cierta e inviolable a sus sucesores, que todos los encargados del magisterio en

la Iglesia pueden repetir las mismas palabras: No podemos dejar de hablar de aquello que vimos y oímos. Ello reclama por nuestra parte absoluta adhesión a sus enseñanzas.

f) Mc. v. 19. — *Vió a Santiago y a Juan, su hermano...* — Dios, dice el Crisóstomo, ha querido fundar la religión mosaica y la cristiana sobre la caridad de fraternidad: para aquélla eligió dos hermanos, Moisés y Aarón; para ésta, dos parejas de hermanos, Simón y Andrés, Santiago y Juan; a fin de que de las raíces de la caridad suba el humor a todo el ramaje, y para significar que es mucho más perfecta, especialmente en orden a la caridad, la ley nueva que la vieja. Es ello el símbolo de la perfectísima unión en caridad que debe distinguir, no sólo a los misioneros y apóstoles, sino a todos los cristianos.

g) Mc. v. 20. — *Y luego los llamó.* — Admiramos la maravillosa transformación que produce el llamamiento de Cristo en los hombres. De simples pescadores hace Jesús, con una palabra, maestros de su doctrina, fundamentos de su Iglesia, pescadores de hombres, oficio el más glorioso, aun en el orden humano, porque no hay conquista más estupenda que la del pensamiento y voluntad de los otros hombres. De esta transformación participamos todos: "Somos transformados" (2 Cor. 3, 18), dice el Apóstol, cada cual según la gracia de Dios que le llama y modifica y según la cooperación a la misma. Unos son doctores, otros apóstoles, otros simples fieles, según la gracia multiíforme de Dios. Pero la vocación al reino de Dios, cualquiera que sea el lugar a que se nos llame, nos hace siempre grandes. Lo que interesa es una obediencia pronta y total a Dios que nos llama, como la de los apóstoles en este pasaje.

h) Mc. v. 20. — *Y ellos, dejando a su padre...* — Los apóstoles lo dejaron todo para seguir a Jesús. Así debemos hacerlo, a lo menos con el afecto: Bienaventurados los pobres de espíritu. Nadie puede ir rápidamente al cielo estando pegado a los bienes de la tierra.

perdernos? Sé quién eres, el Santo de Dios. ²⁰ Y le conminó Jesús, diciendo: Enmudece, y sal del hombre. ²¹ Y maltratándolo reciamente el espíritu inmundo, ²² *habiéndolo arrojado al medio*, y dando grandes alaridos, salió de él ²³ *sin dañarle*. ²⁴ Y se maravillaron todos, de tal manera que se preguntaban unos a otros, diciendo: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es ésta? Que manda con imperio aun a los mismos espíritus inmundos, y le obedecen. ²⁵ Y corrió luego su fama por toda la tierra de la Galilea.

Explicación. — Predicaba Jesús los sábados en la sinagoga de Cafarnaúm, mientras residía en aquella ciudad marítima. Oíanle con gran admiración los habitantes de la ciudad, nos dice Marcos. Más se admirarán todavía cuando le vean enseñar no sólo con autoridad doctrinal, sino confirmando la verdad de su predicación con estupendos milagros. Marcos, el evangelista de Pedro, quien, en su sermón a los familiares del centurión Cornelio en Cesarea les dice (Act. 10, 38) que Jesús vino para curar a todos los oprimidos por el demonio, nos refiere en este fragmento el lanzamiento de un demonio del cuerpo de un poseso, obrado en la sinagoga de Cafarnaúm. La envidia del diablo nos había perdido; Jesús, que viene a salvarnos, vencerá reiteradamente, en forma visible, al espíritu infernal.

CURACIÓN DEL POSESO. — *Y había en la sinagoga de ellos, uno de los días en que predicaba Jesús, un hombre poseído de un espíritu inmundo; el demonio, al oír sin duda la predicación de Jesús y reconocerle, empezó a gritar, valiéndose del aparato vocal del poseso, que domina a su voluntad: Y exclamó con grande voz, diciendo: ¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús Nazareno? Es uno solo el demonio que habla en nombre de todos, porque es el reino de todos el que Jesús viene a destruir; y empieza por decir que nada hay de común entre ellos y él, y por lo mismo que no debe ocuparse de ellos. ¿Viniste a perdernos? Siente el demonio que está frente de quien debe aplastar su cabeza y perderle, relegándole al infierno y desposeyéndole de su imperio sobre el hombre; las palabras de la interrogación son asertivas en el original;*

¡Has venido a destruirnos! Porque *sé quién eres, el Santo de Dios*, no por una participación de su santidad, como los profetas, sino porque eres el mismo Dios: no nos queda más remedio que sucumbir ante ti. No es confesión voluntaria, sino dictada por el encono y el despecho; si no es que se propuso adular, para alcanzar lo que pedía.

Jesús no acepta este testimonio del padre de la mentira: le manda callar y salir del cuerpo de la infeliz poseso; serán sus propias obras las que le demostrarán Hijo de Dios: *Y le conminó Jesús diciendo: Enmudece, y sal del hombre. Aun se le concede al demonio manifestar su rabia, zarandeando el cuerpo del infeliz endemoniado: Y maltratándolo reciamente el espíritu inmundo, habiéndolo arrojado al medio, y dando grandes alaridos, salió de él sin dañarle.* Dió grandes voces, obligado por Jesús a manifestar así su rabia, aunque no produciendo daño alguno al poseso, para que se viera el poder de quien allí le expulsaba.

Los concurrentes, admirados ya de su doctrina y manera de enseñar, le admiran ahora por su poder, que engendra en ellos un religioso terror: *Y se maravillaron todos, sintiendo todos pavor, como sucede siempre ante las manifestaciones extraordinarias del poder de Dios.* Y como sucede entre hombres atónitos, ante repetidos hechos inexplicables, buscaban en el diálogo la expansión de sus sentimientos: *De tal manera que se preguntaban unos a otros, diciendo: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es ésta?* Es la maravilla por la enseñanza, a la que añaden el pasmo por su poder: *Que manda con imperio aun a los mismos espíritus inmundos, y le obedecen,* no como lo hacían a los exorcistas judíos, después de difíciles ceremonias, sino al solo imperio de su voluntad. Consecuencia natural de este pasmo, porque los raros fenómenos humanos rápidamente se divulgan, es que llegaran estas noticias a todo rincón de la Galilea: *Y corrió luego su fama por toda la tierra de la Galilea.*

Lecciones morales. — A) v. 23. — *Y había... un hombre poseído de un espíritu inmundo.* — Son raros hoy los casos de posesión diabólica: es que Satanás ha sido vencido por Jesús, el

rey de las almas. No por ello ha quedado anulado el poder del demonio sobre el hombre: poder de sugestión, de fascinación, que da aun al espíritu inmundo, sino la posesión de los cuerpos, el dominio moral sobre muchas almas. Quien hace el pecado es siervo del pecado, dice el Apóstol; y el que es siervo del pecado es, hasta cierto punto, siervo de Satanás. Es condición misérrima la del hombre en este estado: un poseso puede no ser esclavo del demonio más que en el cuerpo, no en el alma. El que hace el pecado no tendrá el cuerpo invadido del espíritu inmundo, pero tendrá el alma prisionera del despótico señor. No caigamos en tal esclavitud: Jesús nos dará fuerza, con su doctrina y su gracia, para no caer en manos del demonio, y para librarnos de ellas, si nos hubiese hecho ya sus esclavos.

B) v. 23. — *Poséido de un espíritu inmundo...* — El Evangelista llama al demonio “espíritu inmundo”; y éste llama a Jesús “el Santo de Dios”. Es inmundo el demonio, porque, reo de horrenda culpa, es para el purísimo Dios objeto de abominación. Jesús es “el Santo de Dios”, porque es la misma rectitud infinita de Dios. El demonio y Jesús están por lo mismo diametralmente opuestos en orden a la rectitud moral. Por ello sin duda exclamaría el demonio en este episodio: ¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús Nazareno? Ello nos demuestra que cuanto más nos distanciamos de Jesús más nos acercamos al reino de Satanás, y viceversa: y que nos apartamos de Jesús ordinariamente, no por desviación de la inteligencia, sino por nuestra torcida voluntad. El demonio, a pesar de su inmundicia, confiesa la divinidad de Jesús: “Sé que eres el Santo de Dios”; es que su fealdad deriva de la culpa de su voluntad. Rectifiquemos la nuestra para hacernos partícipes de la santidad de Jesús.

C) v. 25. — *Enmudece, y sal del hombre...* — Jesús manda al demonio que calle: “Pon mordaza en tu boca”, dice el original griego; y le conmina a que salga del infeliz poseso. El demonio calla, y sale. Es el poder inmenso de Jesús, ante cuyo nombre tiemblan las potestades del cielo, de la tierra y del infierno, dice el Apóstol. En todos los embates que suframos de parte del espíritu del mal, no olvidemos invocar el nombre de Jesús, “terrible para el diablo”.

D) Lc. v. 35. — *Salió de él sin dañarle...* — San Lucas dice que el demonio, a pesar de haber exagitado y derribado el cuerpo del infeliz poseso de Cafarnaúm, no le causó daño alguno. Es el símbolo de lo que puede el demonio cuando nosotros no

nos entregamos a él, sino que esperamos confiadamente el auxilio de Jesús: "Puede ladrar, el demonio, dice San Agustín; pero no puede morder sino a los que quieren", metiéndose en sus fauces. Es el demonio uno de los tres enemigos del alma: el más fuerte en sí, por razón de su naturaleza; el más flaco, ya porque Jesús le ha reducido a la impotencia, ya porque fácilmente podemos librarnos de él.

37. — CURA JESUS A LA SUEGRA DE SAN PEDRO
Y A OTROS MUCHOS; RETIRASE A ORAR; EVAN-
GELIZA TODA LA GALILEA: Lc. 4, 38-44

(Mt. 8, 14-17; 4, 23-25; Mc. 1, 29-39)

Evangelio del jueves después del Domingo 3.º de Cuaresma

También se lee en el sábado de las cuatro Témperas de Pentecostés y en la Misa votiva "pro vitanda mortalitate"

³⁸ Y saliendo ^{mc} luego Jesús de la sinagoga, entró en casa de Simón ^{mc} y de Andrés, con Santiago y con Juan. Y la suegra de Simón padecía ^{mc} en el lecho recias fiebres; ^{mc} se lo dicen en seguida y le rogaron por ella. ³⁹ E inclinándose hacia ella, ^{mc} la tomó por la mano, mandó a la fiebre, y la fiebre la dejó ^{mc} al momento. Y ella se levantó entonces mismo y les servía.

⁴⁰ Y ^{mc} por la tarde, cuando el sol se puso, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades, se los traían. ^{mc} Y toda la ciudad se había reunido en la puerta, y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba ^{mc} a todos. Para que se cumpliera lo que fué dicho por el profeta Isaías, que dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias. Y presentáronle muchos endemoniados; y arrojaba con su palabra los espíritus. ⁴¹ Y de muchos salían los demonios, gritando y diciendo: ¡Tú eres el Hijo de Dios! E increpándoles no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo.

^{42a} Y cuando fué de día, ^{mc} levantándose muy de mañana, salió e iba a un lugar desierto. ^{mc} Y allí oraba: En seguimiento suyo fué Simón y los que con él estaban, y cuando le hallaron le dijeron: Todos andan buscándote. Díceles: Vamos a las aldeas y ciudades vecinas para que también allí predique; pues para esto vine. ^{42b} Y las gentes le buscaban y fueron hasta donde él

estaba, y le detenían para que no se apartara de ellos. ⁴⁸ El les dijo: Necesario es que también a las otras ciudades anuncie yo la buena nueva del reino de Dios, pues para esto he sido enviado. ⁴⁹ Y andaba predicando en las sinagogas de Galilea, ⁵⁰ y en toda la Galilea ⁵¹ el Evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo, ⁵² y lanzando los demonios. ⁵³ Y corrió su fama por toda la Siria, y le presentaron todos los que se hallaban mal, aquejados de varias enfermedades y padecimientos, los endemoniados, los lunáticos y los paralíticos; y los sanó. Y siguiéronle numerosas turbas de la Galilea, de la Decápolis, de Jerusalén, de la Judea y de la otra parte del Jordán.

Explicación. — Con el episodio descrito en el número anterior y los dos de éste, la curación de la suegra de San Pedro y la de muchos enfermos de Cafarnaúm, puede reconstituirse la manera cómo pasaba Jesús los días en aquella ciudad. Va por la mañana a la sinagoga para los deberes religiosos, y allí cura al poseso; al salir de la sinagoga, vuelve la salud a la suegra de Simón; al atardecer, cuando ya ha cesado la ley del descanso sabático, le traen a Jesús los enfermos a la misma casa de Pedro en que se hospeda y les impone las manos curándolos; el día siguiente, de mañana, se retira a orar al desierto, y luego emprende de nuevo su ruta de evangelizador, recorriendo las ciudades de la Galilea.

LA SUEGRA DE SAN PEDRO (38.39). — Simón, hijo de Jonás, más tarde príncipe de los apóstoles, era casado; natural de Betsaida (Ioh. 1, 44), contrajo matrimonio probablemente con una cafarnaíta, teniendo por lo mismo casa en las dos ciudades. Tanto los hermanos Pedro y Andrés, como la familia del Zebedeo, a la que pertenecían los otros dos hermanos, Santiago y Juan, parece disfrutaban de cierta posición económica dentro de su clase de pescadores: Pedro tenía su modestas casas y su barca (Lc. 5, 3), y el Zebedeo tenía jornaleros a su servicio (Mc. 1, 20). Jesús se hospedaba probablemente en casa de Pedro, y allí se dirigió para tomar su refección inmediatamente después de los oficios de la sinagoga, acompañado de los cuatro a quienes había elegido apóstoles: *Y saliendo luego Jesús de la sinagoga, entró*

en casa de Simón. La suegra de Simón estaba en cama, sufriendo fuertes calenturas, enfermedad frecuente en la región inmediata al lago, de agua dulce, donde abundaban las marismas que producían el paludismo: *Y la suegra de Simón padecía en el lecho recias fiebres.*

Al entrar en casa, *se lo dicen enseguida*, a Jesús, que el caso es grave, y le ruegan le devuelva la salud: *Y le rogaron por ella.*

La cama en que está postrada la enferma es muy baja, según estilo oriental; al presentarse Jesús ante el lecho, le domina con su estatura; se inclina suavemente sobre la paciente, la toma de su mano divina, pronuncia una palabra de imperio, y la fiebre desaparece inmediatamente: *E inclinándose hacia ella, la tomó por la mano, mandó a la fiebre y la fiebre la dejó*, no paulatinamente, como suele ocurrir, sino *al momento.* Tan rápida y completa había sido la curación que, sin la convalecencia necesaria a los extenuados por la fiebre dejó el lecho y pudo servirles en seguida, pues era el mediodía, hora de comer: *Y ella se levantó entonces mismo y les servía.*

CURACIÓN DE OTROS ENFERMOS Y POSESOS (40.41). — La curación del poseso verificada por Jesús aquella mañana de día festivo, en circunstancias de publicidad extraordinaria, se había divulgado rápidamente: igual ocurriría con la total curación de la suegra de San Pedro. Tan pronto como la ley del descanso sabático lo consintió, y ella cesaba con el sol, los enfermos de la populosa ciudad fueron llevados al domicilio de Pedro para que Jesús los curase: *Y por la tarde, cuando el sol se puso, todos los que tenían enfermos de diversas enfermedades, se los traían.*

Era tan grande la expectación de los cafarnaitas, que las multitudes asediaron la casa de Pedro: *Y toda la ciudad se había reunido en la puerta.* Jesús, con entrañas de misericordia, les impone las manos, uno a uno, demostrando con esta señal exterior que en su carne santísima reside la virtud del Verbo, y devuelve a todos la salud: *Y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba a todos.* San Mateo ve en

ello la realización de la profecía de Isaías (53, 4): *Para que se cumpliera lo que fué dicho por el profeta Isaías, que dijo: El mismo tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias.* La aplicación que de las palabras del profeta hace aquí el Evangelista no es según el sentido literal ni según el típico, sino según el llamado consiguiente, es decir, que se colige por deducción lógica del texto que se aduce. Habla Isaías de las dolencias corporales; también Jesús; pero al tomar el Salvador sobre sí nuestras dolencias, que son fruto del pecado, quitó su causa que es el pecado mismo, y en cierta manera nos libró de las mismas dolencias corporales, por cuanto en definitiva nuestros cuerpos triunfarán de toda enfermedad y de la misma muerte, si nuestras almas son vivificadas por la gracia del Señor.

Junto con los enfermos de varias dolencias, fueron llevados a Jesús aquel día muchos endemoniados; una sola palabra de Jesús les libraba del yugo ominoso de Satanás: *Y presentáronle muchos endemoniados; y arrojaba con su palabra los espíritus.* Antes que abandonaran a los infelices, los demonios, valiéndose del mismo cuerpo de los posesos, prorumpían en grandes voces, dando testimonio que Jesús era Hijo de Dios: *Y de muchos salían los demonios, gritando y diciendo: ¡Tú eres el Hijo de Dios!* Pero Jesús no admite este testimonio: no quiere que inmundas lenguas, que suelen mezclar la verdad con la mentira, hagan el oficio de los verdaderos apóstoles; ni que el pueblo conozca por ellos, antes de tiempo, el misterio de su divinidad; es preciso prepararle paulatinamente: E increpándoles no les dejaba hablar, porque sabían que él era el Cristo.

JESÚS EN EL DESIERTO, RECORRE LA GALILEA (42-44). — Después de las fatigas de un día tan ocupado, Jesús, tomando breve descanso, deja la casa y la ciudad para tratar en la oración las cosas de su Padre. Es una particularidad del lago de Genesaret que, junto a los mismos centros de población, ofrezca lugares solitarios, propios para el descanso y retiro: *Y cuando fué de día, levantándose muy de mañana, salió e iba a un lugar desierto. Y allí oraba.*

Nadie se había dado cuenta de la salida de Jesús. Cuando la notó Pedro, dando con ello una prueba de su carácter decidido y del ardiente deseo que sentía de retener a Jesús en su casa, salió de ella buscándole con afán; le acompañaron en la búsqueda los otros tres apóstoles: *En seguimiento suyo fué Simón y los que con él estaban.* Ya aquí se delinea la primacía del futuro príncipe de los apóstoles. Se habría ya agolpado, después de amanecer, mucha gente de la ciudad ante la casa donde moraba el Señor, ávida de su palabra y sus milagros, y se lo cuentan a Jesús, creyendo será ello argumento para retenerle en Cafarnaúm: *Y cuando le hallaron le dijeron: Todos andan buscándote.*

Pero el deber de la evangelización es imperioso para Jesús: no ha venido sólo para los cafarnaítas; ni es justo que deban los pueblos vecinos ir a la gran ciudad para oírle: El irá a encontrarles por castillos, aldeas y ciudades, porque ésta es su misión: *Díceles: Vamos a las aldeas y ciudades vecinas para que también allí predique; pues para esto vine.*

Mientras Pedro con su hermano Andrés y los hijos del Zebedeo han corrido en busca de Jesús, ha crecido el número de ciudadanos ante su casa, con la natural expectación y ansia de retener al maestro y tamaturgo poderoso. Los más ardientes y decididos han salido también en su busca, tras los pasos de Pedro y compañeros; por fin le hallan con sus discípulos y le ruegan con insistencia que no se vaya de la ciudad: *Y las gentes le buscaban y fueron hasta donde él estaba, y le detenían para que no se apartara de ellos.*

Pero Jesús está firme en su resolución de partir de Cafarnaúm aquel día, y les da a las multitudes las mismas razones que diera a sus discípulos: *El les dijo: Necesario es que también a las otras ciudades anuncie yo la buena nueva del reino de Dios, pues para esto he sido enviado.*

Salió, pues, Jesús de Cafarnaúm para hacer en las demás villas y ciudades lo que había hecho en la gran ciudad, predicando, como de costumbre, en las sinagogas, los días de reunión: *Y andaba predicando en las sinagogas de Galilea.*

Amplísima fué esta misión de Jesús por tierras de Ga-

lilea; la recorrió toda, deteniéndose dondequiera que podía evangelizar con fruto: *Y en toda la Galilea*. El tema de su predicación era el de siempre: *El Evangelio del reino*, la doctrina e institución de carácter espiritual que le tendría a él como supremo Jefe. En todas partes, y en corroboración de sus enseñanzas, multiplicaba los prodigios de toda suerte, especialmente curando a los pobres enfermos y arrojando los demonios de los posesos: *Y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo, y lanzando los demonios*.

San Mateo completa el cuadro descriptivo de esta peregrinación de Jesús por tierras de Galilea. Dilatóse la fama del Señor, traspasando los confines de la Judea, y hasta de la Palestina, para extenderse por toda la provincia romana de la Siria, desde Alejandría a Damasco y por toda la Fenicia, regiones donde había muchos judíos: *Y corrió su fama por toda la Siria*. Y de toda región le traían infelices víctimas de toda suerte de dolencias ordinarias y de la posesión diabólica: *Y le presentaron todos los que se hallaban mal, aquejados de varias enfermedades y padecimientos, los endemoniados, los lunáticos y los paralíticos*, todas gravísimas dolencias. Ninguna se resistía al poder taumatúrgico de Jesús: *Y los sanó*.

— Efecto natural de la sabiduría y gracia de su predicación y de la multitud y grandeza de los prodigios que obra-ba, fué una gran corriente de multitudes que de todas partes venían a él para ser testigos de tanta maravilla: *Y siguiéronle numerosas turbas de la Galilea*, donde predicaba; *de la Decápolis*, agrupación de diez ciudades nortañas de la Palestina, casi todas en la región transjordánica; *de Jerusalén*, *de la Judea*, es decir, del centro de la nación donde vivían los poderosos y los sabios; *y de la otra parte del Jordán*, esto es, de la Perea, que cogía toda la región transjordánica fronteriza de la Judea. Se verificaba ya ahora el fenómeno que con envidia denunciarán más tarde los enemigos de Jesús en Jerusalén: "He aquí que todo el mundo se va en pos de él" (Ioh. 12, 19).

Lecciones morales. — A) v. 38. — *Entró (Jesús) en casa de*

Simón... — Admiraremos la amabilidad y condescendencia de Jesús, que viene a hospedarse en la casa de Simón el pescador. Pudo hacerlo seguramente en casa del régulo, que se hubiese visto con ello honradísimo: pero prefirió la casa de un trabajador del mar. Así honraba la pobreza, con la que El, siendo Dueño del mundo, quiso desposarse. A más de que con el honor que dispensaba a su casa, se haría más animoso el futuro Príncipe de los apóstoles, y se ilustraría sobrenaturalmente con el íntimo trato con Jesús. En todas las circunstancias y detalles de su vida nos da el Señor altísimos ejemplos y lecciones.

b) v. 38. — *Y la suegra de Simón padecía recias fiebres...* — Recibamos a Jesús, dice San Cirilo, como le recibió Pedro en su casa; y cuando le tengamos en nosotros, aunque nos consuma la fiebre de nuestras concupiscencias, quedaremos sanos si le llevamos en la mente y en el corazón. Y nos levantaremos, y le serviremos, es decir, haremos cosas agradables a su divino beneplácito.

c) v. 40. — *Y poniendo las manos sobre cada uno de ellos...* Aunque, como Dios que era, dice el mismo Santo Padre, pudo curar con una palabra a todos los enfermos que a la caída del día se le presentaron, con todo, Jesús los toca a todos, para significar que su carne santísima es eficaz para dar remedio, porque es carne de Dios. Porque como el fuego aplicado a una vasija de bronce le comunica los efectos de su calor, así el omnipotente Verbo de Dios, cuando unió a sí la naturaleza humana la hizo partícipe de su poder. Que nos toque a nosotros, o mejor, que nosotros toquemos a él, para que nos libre de las dolencias del alma, y de los ataques y de la soberbia del demonio. Tal debe ser nuestro deseo y petición, especialmente en los momentos de la comunión eucarística.

d) v. 42. — *Salió e iba a un lugar desierto, y allí oraba...* — Jesús, después de predicar y obrar milagros, tomado un poco de descanso, se retira solo a un lugar desierto para orar. No es que él necesite de la oración, dice el Crisóstomo, sino que quiere con ello darnos ejemplo y ser para nosotros como la forma de nuestro apostolado: huyendo los aplausos, confortando el espíritu en la contemplación de las cosas de Dios, disponiéndonos para empresas mayores, mezclando la acción con la contemplación, para no perder el apoyo y ayuda de Dios.

e) v. 43. — *Necesario es que también a las otras ciudades anuncie yo la buena nueva...* — Con ello significa Jesús, dice

Teofilacto, que no debemos reducir a un lugar o a un grupo la enseñanza de la doctrina que se nos confió, sino que debemos darla en cuanto podamos a todos los que estén más necesitados y que entren en el radio de nuestro apostolado. En otro sentido, podríamos también interpretar esta actitud de Jesús en orden a la diversidad de ministerios. Porque él predica, cura enfermos y echa demonios, y lo hace en las ciudades como lo hará en su excursión apostólica por la Galilea en villas y castillos y campos. La acción del verdadero apostolado es múltiple. El apóstol a quien informa la caridad de Dios prodiga sus fuerzas y las distribuye en las cien formas de trabajo que su celo le sugiere a la vista de las distintas necesidades y condiciones del ambiente en que trabaja.

F) Mt. v. 25. — *Y siguiéronle numerosas turbas...* — Estas turbas que siguen a Jesús son las primicias de la Iglesia de Jesús. Para que le siguieran vino a la tierra; no para recibir aplausos de ellas, sino para salvarlas. Le siguieron porque le oyeron, y porque vieron cómo confirmaba con milagros la doctrina que les predicaba. Este fenómeno se reproducirá hasta la consumación de los siglos. Siempre tendrá Jesús seguidores, porque siempre habrá predicadores que enseñen en su nombre, y no faltarán jamás almas rectas que vean la luz de la verdadera doctrina y comprendan que no puede ser más que de Dios la que viene confirmada por tantos milagros en la historia de la Iglesia. Y le siguen de la Galilea, de la Decápolis, de Jerusalén, de la Judea y de la Transjordania, en lo que viene designada la catolicidad de la Iglesia y la diversidad de razas, épocas, temperamentos, estados, vicios, etc., en los que se reclutan los seguidores de Jesús.

38. — CURACION DE UN LEPROSO: Mc. I, 40-45

(Mt. 8, 1-4; Lc. 5, 12-16)

En la Dom. 3.^a después de la Epifanía se lee Mt. 8, 1-4, y hasta el vers. 13 inclusive (n. 56)

¹ *Y aconteció que, estando en una de aquellas ciudades,* ² *vino a él un leproso* ³ *lleno de lepra, rogándole; e hincándose de rodillas,* ⁴ *rostró en tierra, le dijo: "Señor, si quieres, puedes limpiarme."* ⁵ *Y Jesús, compadecido de él, alargó la mano y, tocán-*

dole, le dijo: Quiero, queda limpio. “Y habiéndolo dicho, en el momento desapareció de él la lepra y quedó limpio. “Y le conminó, y al punto le despidió, “y dícele: Guárdate de decirlo a nadie; mas ve, preséntate al príncipe de los sacerdotes y ofrece por tu limpieza lo que mandó Moisés, para que les sirva de testimonio. “Mas él, luego que salió, comenzó a publicar y divulgar lo acaecido, de manera que Jesús ya no podía entrar manifestamente en la ciudad, sino que estaba fuera en lugares desiertos. *“Y tanto más se extendía su fama, y acudían a él de todas partes “muchas gentes a escucharle y para ser curadas de sus enfermedades. Pero él se retiraba al desierto y oraba.*

Explicación. — Este milagro es uno de los más famosos obrados por Jesús en esta evangelización de la Galilea. Era la lepra mal terrible, que solía atribuirse a especial castigo de Dios (Núm. 12, 10, sigs.; 2 Reg. 3, 29, etc.): por esto brilla en su realización una particular prueba de la misericordia y del poder de Jesús. Lo refieren los tres sinópticos, siendo más completas y concordes las narraciones de Marcos y Lucas. San Mateo siguiendo su plan, más sistemático que cronológico, sitúa este milagro después del sermón de la Montaña y lo narra inmediatamente antes de la curación del siervo del centurión. Léese el fragmento de Mt. (8, 1-13), en que ambos milagros se refieren, en la Dominica 3.^a después de la Epifanía. La analogía y casi identidad entre las narraciones de los sinópticos hace suponer que sería este milagro uno de los que más detalladamente y con mayor frecuencia se propondría en la predicación apostólica.

EL MILAGRO (40-43). — Ocurrió en lugar desconocido, pero ciertamente en una ciudad de la Galilea: *Y aconteció que, estando en una de aquellas ciudades...* No les estaba absolutamente prohibido a los leprosos entrar en las ciudades, si no es que se tratara de las fortificadas con murallas, que los rabinos consideraban más santas que las demás. Particularmente podían presentarse en la sinagoga, con tal que ocuparan el lugar que les estaba destinado. El infeliz enfermo presentaba el cuerpo invadido por el terrible y hediondo mal: *Vino a él un leproso lleno de lepra.* La miseria de su estado le tiene abatido, pero alienta la esperanza de que le

curará el poderoso taumaturgo. Empieza, al presentarse ante Jesús, *rogándole* le quite el mal afrentoso; para dar más eficacia a su oración dobla sus rodillas ante el Señor; y como si no fuera ello bastante, porque es profunda la miseria y ardiente el deseo de sanar, se inclina profundamente — como hemos visto hacerlo a los orientales en sus plegarias — hasta pegar rodillas y frente en el suelo: *El hincándose de rodillas, rostro en tierra.*

En esta humildísima actitud, profiere una plegaria bellísima, aunque breve, llena de respeto y fe en la omnipotencia de Jesús: *Le dijo: Señor, si quieres, puedes limpiarme*; un acto de la voluntad del Señor es capaz de aniquilar el mal terrible, contra el que nada podían años de medicación.

La humilde plegaria llega a las entrañas de Jesús, que se sienten conmovidas ante la miseria física que tiene delante y la belleza de un alma que de tal manera sabe orar. La compasión del Corazón de Jesús se traduce en un gesto, grave y lleno de suavidad: *Y Jesús, compadecido de él, alargó la mano hasta ponerla sobre el cuerpo repugnante.* Al gesto sigue una palabra de imperio: *Y, tocándole, le dijo: Quiero, queda limpio.* La palabra del Señor responde a la fórmula de la oración del leproso; lejos de contraer la impureza legal que contraían los que tocaban a los poseídos de lepra, Jesús libra de ella al enfermo. En verdad que es el Señor de la ley y de la naturaleza.

El mandato de Jesús es ejecutivo; nada se le resiste; al decir “quiero”, simultáneamente se obraba el milagro: *Y habiéndolo dicho, en el momento desapareció de él la lepra y quedó limpio.*

CONSECUENCIAS DEL MILAGRO (43-45). — Sano ya el leproso, adopta Jesús para con él una actitud resuelta, enérgica: con palabras graves le amonesta y le despide. El evangelista Marcos es el único que refiere este detalle, que recibiría de San Pedro, testigo del milagro: *Y le conminó, y al punto le despidió.* El objeto de la monición era para encargarle absoluto silencio sobre lo acontecido: *Y dícele: Guárdate de decirlo a nadie, quizás para no exacerbar más aún la expec-*

tación que había entre aquellas gentes de un Mesías rey poderoso que restaurase el reino de David.

Con todo, Jesús, que no vino a abolir la ley, sino a completarla, quiere que el leproso cumpla la prescripción legal, vigente aún en su tiempo: todo leproso reconocido como tal, si curaba de la lepra debía presentarse al sacerdote para que le declarara oficialmente limpio y le reintegrara al comercio social (Lev. 14, 2-4), después de haber ofrecido dos pájaros vivos de los que era lícito comer, palo de cedro, grana e hisopo: *Mas ve, preséntate al príncipe de los sacerdotes y ofrece por tu limpieza lo que mandó Moisés.* La declaración sacerdotal de la limpieza, ya que el leproso era públicamente reconocido como tal, le dará otra vez patente de ciudadanía. Y al mismo tiempo los sacerdotes enemigos de Jesús, recibirán de ello una doble lección: la de que Jesús no es transgresor de la ley, y la de que es verdadera la doctrina que predica, confirmada por tales milagros: *Para que les sirva de testimonio.*

No cumplió el leproso el mandato de Jesús. Tal vez pueda entenderse que el silencio no le obligaba sino mientras no se hubiese presentado al sacerdote; pero lo más obvio es que no pudo el hombre, ya feliz, represar en su pecho el gozo de la curación y la admiración que por el Señor sentía. *Mas él, luego que salió, comenzó a publicar y divulgar lo acaecido.*

Fué grande la conmoción producida por la fama del estupendo milagro, *de manera que Jesús ya no podía entrar manifestamente en la ciudad,* evangelizando a las multitudes, *sino que estaba fuera en lugares desiertos.* No obstante ello, la fama atraía de todos los lugares a las gentes a Jesús, para oírle y para que curara sus enfermos: *Y tanto más se extendía su fama, y acudían a él de todas las partes muchas gentes a escucharle y para ser curadas de sus enfermedades.* Pero cuanto más le seguían, más se adentraba en lugares solitarios y se comunicaba con el Padre por la oración: *Pero él se retiraba al desierto y oraba.*

Lecciones morales. — A) v. 40. — *Señor, si quieres, puedes limpiarme...* — La oración del leproso es perfecta, dice el Crisóstomo: tiene las dos condiciones, fe profunda y confesión humilde de la necesidad. La fe la manifiesta el leproso en la adoración de Jesús; la confesión, en la súplica oral. Pero se trataba de un bien material, como es la salud del cuerpo; por ello dice, “si quieres”, dejando a su voluntad la curación. Son las dos condiciones de nuestra plegaria, cuando se trata de pedirle a Dios bienes terrenos: “Señor, sois Todopoderoso; mi miseria es profunda; pero ignoro en estos momentos si me conviene salir de ella: si os place, socorredme.”

B) v. 41. — *Quiero, queda limpio.* — Con esta palabra, dice el Crisóstomo, confirma Jesús la del leproso. Este había dicho: “Si quieres, puedes limpiarme”; Jesús demuestra con la obra la verdad de la palabra del enfermo. ¡Cuánta confianza debe inspirarnos esta omnímoda potestad de Jesús sobre todas las cosas! Si él quiere, puede darnos lo que le pedimos, sin exceptuar nada, como sea cosa digna de ser concedida por Dios. Si se lo pedimos bien, es cierto que nos lo concederá, porque está en ello empeñada su palabra. Luego, si no lo alcanzamos es o porque lo pedimos mal, o porque no nos conviene, por motivos que Dios solo conocerá. Pidamos bien, y pidamos sobre todo cosas que nos convengan.

C) v. 44. — *Guárdate de decirlo a nadie...* — Con esto nos enseña, dice el mismo Crisóstomo, a no buscar honores y alabanzas por nuestras obras, aunque ellas sean buenas. Porque tal es la miseria humana, que un poco de bien que hagamos queremos sea publicado a los cuatro vientos, si es posible agrandándolo; y en cambio el mal o lo malo que hacemos lo disimulamos, o negamos, o disminuimos; si no es que lo achaquemos a otros o, lo que sería más grave, busquemos lo que llama el Salmista “excusas del pecado” (Ps. 140, 4), tratando de legitimar las mismas acciones malas.

D) v. 44. — *Para que les sirva de testimonio.* — Admiraremos aquí la longanimidad y la misericordia de Jesús. Rechazado en la Judea, se encuentra en la Galilea predicando el reino de Dios; pero aun desde allí envía a sus adversarios el mensaje de este leproso, para que no le tengan como enemigo de la ley de Moisés, y por consiguiente que no es enemigo de una institución que aun no había sido abolida, como es la del sacerdocio; y para que sepan que es legado de Dios, ya que, como decía Nicodemo

mo, nadie puede hacer los milagros que hace Jesús si Dios no está con él. No será por Jesús que se pierdan aquellos hombres soberbios. Aprendamos a prodigar razones y esfuerzos en nuestro apostolado, hasta para con los que se creen adversarios nuestros.

39. — EL PARALÍTICO DE CAFARNAUM: Mc. 2, 1-12

(Mt. 9, 1-8; Lc. 5, 17-26)

¹ Y entró otra vez en Cafarnaúm, ^m *su ciudad*, después de algunos días, ² y supose que estaba en casa, y acudieron tantos, que no cabían ni aun delante de la puerta, ³ *y él estaba sentado* y les anunciaba la palabra; ⁴ *y estaban los fariseos sentados, y los doctores de la Ley, que habían venido de todos los pueblos de la Galilea y de la Judea y de Jerusalén: y la virtud del Señor obraba para sanarlos.*

⁵ Y vinieron a él trayendo, ^m *tendido en el lecho*, un paralítico llevado por cuatro; ⁶ *y querían meterlo dentro y ponerlo ante él.* ⁷ Y como no pudiesen ponérselo delante a causa de la multitud, ⁸ *subieron encima del techo*, levantaron el tejado por la parte donde él estaba, y habiendo hecho una abertura ⁹ *por entre las tejas*, descolgaron la camilla en que yacía el paralítico ¹⁰ *al medio, delante de Jesús.* ¹¹ Y cuando Jesús vió la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, ^m *ten confianza*, perdonados te son tus pecados. ¹² Y estaban allí sentados algunos de los escribas que decían en su interior: ¹³ *¿Cómo habla así? ¡Blasfema! ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?* ¹⁴ Jesús, conociendo inmediatamente, por su espíritu, que pensaban de este modo dentro de sí, díceles: ¹⁵ *¿Por qué pensáis mal dentro de vuestros corazones?* ¹⁶ *¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Perdonados te son tus pecados, o decirle: Levántate, toma tu camilla y anda?* ¹⁷ Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad de perdonar los pecados en la tierra (dice al paralítico): ¹⁸ *A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.* ¹⁹ El se levantó al punto y, tomando la camilla ²⁰ *en que yacía*, a vista de todos, se fué ²¹ *a su casa, dando gloria a Dios*; de manera que se maravillaron todos y alababan a Dios, diciendo: ²² *¡Jamás tal cosa vimos!* ²³ *Y loaron a Dios, que dió tal potestad a los hombres:* ²⁴ *Y llenos de temor decían: Maravillas hemos visto hoy.*

Explicación. — Después de sus correrías evangélicas por la Galilea, vuelve Jesús a Cafarnaúm. No puedo precisarse el tiempo transcurrido desde su salida, pero por lo que se colige de Mc. 1, 39, habrían pasado algunas semanas, durante las cuales, y en las funciones sabáticas, predicaba Jesús al pueblo. El milagro objeto de este comentario es de los más clamorosos obrados por Jesús, diríamos que asisten a él todo un pueblo, tan denso como el de Cafarnaúm, y las clases directoras del mismo, como se verá por la narración. Por lo demás, en él se revela Jesús tal como es: Dios omnipotente, escrutador de corazones, dueño de la vida y de sus fuerzas, perdonador de pecados. Todo ello será insuficiente para ablandar las duras cervices de los escribas y doctores testigos del prodigio.

JESÚS EN CASA DE PEDRO (1.2). — Cargado de botín de almas, después de haber pasado por tierras de Galilea haciendo bien y curando a todos, y cuando la conmoción popular había llegado a la tensión máxima por lo que las gentes habían oído y visto, Jesús regresa a orillas del lago de Genezaret: *Y entró otra vez en Cafarnaúm*, que por ser centro de la irradiación apostólica de Jesús llama Mt. *su ciudad*; ello después de algunos días, que probablemente fueron varias semanas. Sería sigilosa, tal vez de noche, la entrada del Señor en la ciudad; por un fenómeno natural, y más tratándose de personaje tan famoso, corrió la voz *y supose que estaba en casa*: el sol no puede esconderse. La fama de los numerosos y grandes prodigios obrados por Jesús durante su misión por la Galilea había llegado a Cafarnaúm, la cosmopolita, ya conmovida por los anteriores episodios; el pueblo acude en masa a ver y oír al Maestro y a ser testigo de nuevas maravillas: *Y acudieron tantos, que no cabían ni aun delante de la puerta*; repleta de multitudes la casa y zaguán, rebosan por la calle y sitios adyacentes.

Contrasta el afán de las multitudes con la tranquila actitud en que el Evangelista nos presenta a Jesús, en el interior de la casa: *Y él estaba sentado*, como toca a un doctor, *y les anunciaba la palabra*, predicando, su Evangelio. Junto

a Jesús, oyéndole y escudriñando en sus palabras y acciones, estaban las clases directoras del pueblo judío, que no habían podido substraerse de la conmoción popular; que comprendían no se trataba de un magisterio meramente humano como el suyo; que probablemente habían sido enviados por el Sinedrio en legación oficial: *Y estaban los fariseos sentados, y los doctores de la Ley, que habían venido de todos los pueblos de la Galilea y de la Judea y de Jerusalén.* Ante los mismos ojos de los próceres de la nación demostraba Dios estar con su Cristo, por cuanto sólo la acción de Dios podía confirmar su doctrina con los grandes prodigios que allí se obraban: *Y la virtud del Señor obraba para sanarlos.*

CURACIÓN DE UN PARALÍTICO (3-12). — Mientras Jesús predicaba, un espectáculo emocionante se ofrece a los ojos de todos: cuatro hombres, llevando unas parihuelas, y tendido en ellas a un infeliz paralítico, forcejean para abrirse paso entre la multitud y llevar al enfermo a la presencia de Jesús: *Y vinieron a él trayendo, tendido en el lecho, un paralítico llevado por cuatro; y querían meterlo dentro y ponerlo ante él.*

No es fácil el acceso al lugar en que predica Jesús; como en semejantes casos ocurre, nadie quiere perder su puesto y con él la esperanza de ver de cerca al predicador. *Y como no pudiesen ponérselo delante a causa de la multitud,* su fe y confianza les sugiere un piadoso ardid: en vez de atravesar la puerta que da a la calle, tomarán la escalera lateral exterior de la casa y subirán el enfermo al tejado; practicarán una abertura en la cubierta y bajarán la camilla verticalmente hasta la misma presencia de Jesús: *Subieron encima del techo, levantaron el tejado por la parte donde él estaba, y habiendo hecho una abertura por entre las tejas, descolgaron la camilla en que yacía el paralítico al medio, delante de Jesús.* Raro aparece el hecho dada la construcción de nuestras casas; no lo es por la forma de muchas de los judíos. Porque, o se trataba de una casa con techo plano, como suelen ser la mayoría, y muchas de ellas tienen una abertura horizontal con unas compuertas que se abren y cierran a vo-

luntad, según las condiciones atmosféricas y las necesidades del momento, y en este caso bastaba ensanchar el hueco lo necesario para la operación; o, lo que es más probable, tenía la casa el techo abovedado, en forma de cúpula, como tantas se ven aún en aquellas regiones, cúpula que se formaba con piedras planas o losas de caliza que, colocadas horizontalmente, iban cerrando poco a poco la media naranja, hasta llegar a lo más alto, donde cerraba el hueco una gran losa a guisa de llave, que bastaba quitar para que apareciera el interior de la casa.

Grande es la fe, así de los camilleros como del enfermo, cuando a tales procedimientos apelan para lograr la curación. Jesús les alaba por ello, y se la va a premiar dando al enfermo más de lo que quiere. Dirige primero al infeliz, a quien escribas y fariseos ni siquiera se dignan tocar, palabras suavísimas de amor y consuelo: *Y cuando Jesús vió la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, ten confianza: son dos palabras que abren a la esperanza el pecho del desgraciado. Sin duda consideraba su dolencia como castigo de sus pecados; Jesús empicza por desatar su alma antes de dar libertad a sus miembros: Perdonados te son tus pecados.*

Contrasta con la benignidad de Jesús la actitud de los próceres allí presentes. Perdonar los pecados sólo Dios puede hacerlo (Ex. 34, 7; Is. 43, 25; 44, 22). Nunca profeta alguno se arrogó este poder. Los escribas que oyen a Jesús lo saben: ¿Cómo un puro hombre pone en sus labios unas palabras que sólo Dios puede pronunciar? Este blasfema, pensaban dentro de sí: *Y estaban allí sentados algunos de los escribas que decían en su interior: ¿Cómo habla así? ¡Blasfema! ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?*

El blasfemo es reo de muerte; quienes oyen la blasfemia deben rasgarse las vestiduras. Jesús va a demostrarles, primero, que con justicia se arroga atributos de Dios cuando, como Dios, penetra hasta el fondo de sus corazones: *Jesús, conociendo inmediatamente, por su espíritu, no por dichos de nadie, sino por sí mismo, por intuición de los corazones, que pensaban de este modo dentro de sí, díceles: ¿Por qué pensáis mal dentro de vuestros corazones?* Bastaba ella para que rec-

tificaran su juicio: porque si sólo Dios puede perdonar, también es cierto que sólo Dios lee en el fondo de las almas.

Pero, en segundo lugar, va a darles una prueba más patente y clamorosa de que puede perdonar los pecados, y, por lo mismo, que no es blasfemo. Antes de realizarla les hace una pregunta ceñida, gravísima por su contenido teológico, llamando por este procedimiento la atención de los escribas, maestros de la doctrina divina: *¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Perdonados te son tus pecados, o decirle: Levántate, toma tu camilla y anda?* La respuesta es obvia; para curar instantáneamente a un paralítico, con un solo acto de imperio, se requiere el poder de Dios, igual que para perdonar los pecados. Como si dijera: vosotros decís para vuestros adentros que soy blasfemo, porque digo que perdono los pecados; verdad que es efecto espiritual e invisible, que podría no ser cierto, porque se escapa a los humanos ojos; pero, en confirmación de él, yo voy a hacer un milagro muy visible, para el que se necesita también todo el poder de Dios: *Pues para que sepáis que el Hijo del hombre — y con este apelativo se les manifiesta claramente como Mesías — tiene potestad de perdonar los pecados en la tierra...* El momento sería de gran emoción: Jesús había llevado las cosas a un terreno en que se imponía la realización del milagro; es éste siempre cosa pasmosa, por la intervención sobrenatural que supone. Ante escribas y fariseos, temerosos y vacilantes, toma Jesús aire de imperio y, dirigiéndose al infeliz de la camilla, *dice al paralítico: A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y véte a tu casa.*

El efecto de la palabra de Jesús es total: le dice que se levante: *Y él se levantó;* y rápido, instantáneo, *al punto;* y sobreabundante, porque no sólo le da el movimiento de que estaba privado, sino fuerzas para cargar con el lecho que le llevaba a él: *Y, tomando la camilla en que yacía, a la vista de todos,* para que nadie pudiera llamarse a engaño, atravesando las compactas multitudes que llenaban la casa y sus alrededores, *se fué a su casa, dando gloria a Dios,* que tan prodigio había sido con él y que en su alma y cuerpo había manifestado tan clamorosamente su poder.

luntad, según las condiciones atmosféricas y las necesidades del momento, y en este caso bastaba ensanchar el hueco lo necesario para la operación; o, lo que es más probable, tenía la casa el techo abovedado, en forma de cúpula, como tantas se ven aún en aquellas regiones, cúpula que se formaba con piedras planas o losas de caliza que, colocadas horizontalmente, iban cerrando poco a poco la media naranja, hasta llegar a lo más alto, donde cerraba el hueco una gran losa a guisa de llave, que bastaba quitar para que apareciera el interior de la casa.

Grande es la fe, así de los camilleros como del enfermo, cuando a tales procedimientos apelan para lograr la curación. Jesús les alaba por ello, y se la va a premiar dando al enfermo más de lo que quiere. Dirige primero al infeliz, a quien escribas y fariseos ni siquiera se dignan tocar, palabras suavísimas de amor y consuelo: *Y cuando Jesús vió la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, ten confianza:* son dos palabras que abren a la esperanza el pecho del desgraciado. Sin duda consideraba su dolencia como castigo de sus pecados; Jesús empieza por desatar su alma antes de dar libertad a sus miembros: *Perdonados te son tus pecados.*

Contrasta con la benignidad de Jesús la actitud de los próceres allí presentes. Perdonar los pecados sólo Dios puede hacerlo (Ex. 34, 7: Is. 43, 25; 44, 22). Nunca profeta alguno se arrogó este poder. Los escribas que oyen a Jesús lo saben: ¿Cómo un puro hombre pone en sus labios unas palabras que sólo Dios puede pronunciar? Este blasfema, pensaban dentro de sí: *Y estaban allí sentados algunos de los escribas que decían en su interior: ¿Cómo habla así? ¡Blasfema! ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?*

El blasfemo es reo de muerte; quienes oyen la blasfemia deben rasgarse las vestiduras. Jesús va a demostrarles, primero, que con justicia se arroga atributos de Dios cuando, como Dios, penetra hasta el fondo de sus corazones: *Jesús, conociendo inmediatamente, por su espíritu, no por dichos de nadie, sino por sí mismo, por intuición de los corazones, que pensaban de este modo dentro de sí, díceles: ¿Por qué pensáis mal dentro de vuestros corazones?* Bastaba ella para que rec-

tificaran su juicio: porque si sólo Dios puede perdonar, también es cierto que sólo Dios lee en el fondo de las almas.

Pero, en segundo lugar, va a darles una prueba más patente y clamorosa de que puede perdonar los pecados, y, por lo mismo, que no es blasfemo. Antes de realizarla les hace una pregunta ceñida, gravísima por su contenido teológico, llamando por este procedimiento la atención de los escribas, maestros de la doctrina divina: *¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Perdonados te son tus pecados, o decirle: Levántate, toma tu camilla y anda?* La respuesta es obvia; para curar instantáneamente a un paralítico, con un solo acto de imperio, se requiere el poder de Dios, igual que para perdonar los pecados. Como si dijera: vosotros decís para vuestros adentros que soy blasfemo, porque digo que perdono los pecados; verdad que es efecto espiritual e invisible, que podría no ser cierto, porque se escapa a los humanos ojos; pero, en confirmación de él, yo voy a hacer un milagro muy visible, para el que se necesita también todo el poder de Dios: *Pues para que sepáis que el Hijo del hombre — y con este apelativo se les manifiesta claramente como Mesías — tiene potestad de perdonar los pecados en la tierra...* El momento sería de gran emoción: Jesús había llevado las cosas a un terreno en que se imponía la realización del milagro; es éste siempre cosa pasmosa, por la intervención sobrenatural que supone. Ante escribas y fariseos, temerosos y vacilantes, toma Jesús aire de imperio y, dirigiéndose al infeliz de la camilla, dice al paralítico: *A ti te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.*

El efecto de la palabra de Jesús es total: le dice que se levante: *Y él se levantó;* y rápido, instantáneo, *al punto;* y sobreabundante, porque no sólo le da el movimiento de que estaba privado, sino fuerzas para cargar con el lecho que le llevaba a él: *Y, tomando la camilla en que yacía, a la vista de todos,* para que nadie pudiera llamarse a engaño, atravesando las compactas multitudes que llenaban la casa y sus alrededores, *se fué a su casa, dando gloria a Dios,* que tan prodigo había sido con él y que en su alma y cuerpo había manifestado tan clamorosamente su poder.

Quedaron atónitos todos los testigos del hecho estupendo, conocida como sería de todos la imposibilidad física del feliz curado: *De manera que se maravillaron todos.* El estupor les obligaba a dar gloria a Dios, que así revelaba su poder y misericordia: *Y alababan a Dios.* Sólo escribas y fariseos, por lo que de su conducta posterior se colige, quedaron pensativos y confusos. El pasmo de las multitudes se manifestó exteriormente, diciendo: *¡Jamás tal cosa vimos!* Y considerando a Jesús, sino como Dios, que no estaban aún preparadas sus inteligencias para ello, a lo menos como taumaturgo poderoso que participaba del poder de Dios, *loaron a Dios, que dió tal potestad a los hombres.* La visión cercana de lo sobrenatural siempre engendra temor en el hombre. *Y llenos de temor decían: Maravillas hemos visto hoy.*

Lecciones morales. — A) v. 5. — *Hijo, ten confianza...* — ¡Oh, admirable humildad la de Jesús!, dice San Beda. Llama "hijo" a un infeliz enfermo, que tiene relajadas todas las articulaciones de sus miembros, y a quien los sacerdotes orgullosos ni siquiera se dignaban tocar. Le llama "hijo", porque le perdona los pecados. Este es el efecto de la palabra remisiva de Jesús, que tantas veces se ha pronunciado sobre nosotros en el sacramento de la Penitencia: nos devuelve la gracia y, con ella, la filiación perdida por el pecado. Aprendamos aquí que el pecado no sólo causa nuestra ruina espiritual, sino que muchas veces las mismas dolencias físicas son una secuela de ciertos pecados; y que todos ellos pueden ser causa de que Dios nos toque en el cuerpo como castigo por ellos merecido.

B) v. 8. — *¿Por qué pensáis mal dentro de vuestros corazones?* Jesús es escrutador de corazones. Como penetró en el de los escribas para descubrir sus perversos pensamientos, así penetra en el nuestro, no ocultándosele ningún latido, ningún matiz de pensamiento, sentimiento o afección. Ello debe animarnos, cuando concebimos buenos sentimientos; consolarnos, cuando sean mal interpretadas nuestras intenciones; confundirnos, cuando se levanten en nuestro interior los movimientos del mal.

C) v. 9. — *¿Qué es más fácil...?* — Admiramos la misericordia de Jesús, que ofrece a sus mismos adversarios la manera de que puedan reconocer su divinidad, proponiéndoles un argumento indestructible. No sólo proponiéndolo, sino realizando su con-

tenido, ante sus mismos ojos, sin increparles. Es admirable ejemplo de la pedagogía que deben practicar aquellos que se dedican al apostolado, sobre todo entre gente proterva, y más aún entre quienes se precian de ilustrados: caridad, claridad de doctrina y confirmación con milagros; que si no tenemos el carisma de Dios para producirlos, los tenemos abundantes e irrefutables para que sirvan de sostén a nuestra doctrina. En estas condiciones, la verdad hace siempre su camino, y queda como una semilla en el corazón de quienes la reciben.

D) v. 11. — *A ti te digo: Levántate...* — ¡Plenitud de la eficacia de la palabra de Jesús! Al decir "levántate", queda totalmente sano el enfermo; y fuerte, porque "toma su camilla" y carga con ella; y "va a su casa", para que sea testigo todo el mundo de su perfecta curación. Nuestra curación espiritual debe tener estas condiciones; no faltará la gracia de Dios, si nosotros somos fieles colaboradores a ella. Debemos levantarnos, resueltos, del lecho oprobioso de nuestros pecados, dejando perversas costumbres; tomar nuestra camilla, cargando con la memoria de nuestros crímenes, como el Profeta, "que conocía su iniquidad y tenía siempre delante de sí su pecado" (Ps. 50, 5), para detestarlos, hacer penitencia de ellos y huir las ocasiones y peligros de cometerlos de nuevo; e ir a nuestra casa, a buscar en el recogimiento y oración el favor de Dios y el sosiego de nuestro espíritu.

E) v. 12. — *¡Jamás tal cosa vimos!* — Nadie ha visto jamás cosa tan maravillosa como la persona, vida y milagros de Jesús; la sabiduría de su doctrina; la pureza y elevación de su moral; la grandeza de su obra clásica, que es la Iglesia, con su culto, su arte, sus instituciones, sus santos, su jerarquía. Pero para quienes no son de buena voluntad, como les sucedió a los escribas y fariseos, no sirve todo ello más que para exacerbar el odio y rencor contra el Cristo de Dios y su obra. La historia de la Iglesia está llena de escribas y fariseos que, en nombre de la verdad, de la ciencia, del progreso, de los derechos del hombre, la han impugnado con todas las armas, de la política, de la guerra, de la insidia, del libro y de la cátedra, etc.

40. — VOCACION DE SAN MATEO: MT. 9, 9-13
(Mc. 2, 13-17; Lc. 27-32)

Léese en la Misa del apóstol San Mateo (21 septiembre)

* Y pasando Jesús de allí ^{mc} *otra vez hacia el mar* (y venían a él todas las gentes y les enseñaba), vió a un hombre ^l *publicano*, ^{mc} *Leví, hijo de Alfeo*, sentado a la mesa, llamado Mateo, y le dijo: Sígueme. y ^l *levantándose, dejándolo todo*, le siguió. ^l *Y le hizo Leví un gran banquete en su casa;* ³⁰ y acaeció que, estando sentado él (Jesús) a la mesa en la casa, vinieron muchos pecadores y publicanos, y se sentaron a comer con él y con sus discípulos; ^{mc} *pues había muchos que también le seguían.* ³¹ Y viendo los fariseos ^l y los escribas de ellos (del partido de los fariseos) ^{mc} *que comía con los publicanos y los pecadores*, decían a sus discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro, ^l *por qué coméis y bebéis con los publicanos y pecadores?* ³² Y, oyéndolo Jesús, dijo: No tienen los sanos necesidad del médico, sino los enfermos. ³³ Id, pues, y aprended qué cosa es: Misericordia quiero, y no sacrificio, porque no he venido a llamar los justos, sino los pecadores, ^l *a la penitencia.*

Explicación. — Aleccionadas las turbas y curado el paralítico en la casa de Cafarnaúm, en que nos presentan a Jesús los tres sinópticos, salió ya públicamente en dirección al riente lago: *Y pasando Jesús de allí otra vez hacia el mar...* Salía hacia el mar, ya para huir del entusiasmo de las multitudes, ya para aleccionar a pescadores y mercaderes, que no habían podido acudir a oírle en la ciudad. Como siempre que aparecía en público, las turbas ávidas le buscaban y le seguían, y aprovechaba el Señor la confluencia de gentes para adoctrinarlas: *Y venían a él todas las gentes y les enseñaba.*

Era Cafarnaúm, como se ha dicho, ciudad de tránsito entre norte y sur, oriente y occidente. Todas las mercaderías que por allí pasaban debían pagar su tributo; cobrábanlo gente asalariada, ordinariamente puesta a las órdenes de los arrendadores romanos de contribuciones, que tenían su asien-

to junto a la puerta de las ciudades, en un simple banco, con su mesa, bajo un toldo que les resguardara del sol y de la lluvia. Llamábase a estos hombres "publicanos", y, por estar avezados a las malas artes de su oficio, y por lo odiosos que eran al pueblo, y más aún por representar la dominación romana, eran tenidos como pecadores y ladrones.

VOCACIÓN DE MATEO (9). — Saldría Jesús de la ciudad al mar por la puerta que daba al lago; junto a ella estaban los publicanos; y mientras pasaba, *vió a un hombre publicano, Leví, hijo de Alfeo, sentado a la mesa, llamado Mateo*, que estaría seguramente junto con otros compañeros de la misma profesión sentado en el puesto de las contribuciones. Está fuera de duda que, aunque los nombres que a este publicano dan los Evangelistas son distintos, Leví y Mateo, se trata del mismo personaje: no era raro que entre los judíos tuviese uno dos nombres; a más de que Leví pudo ser el nombre patronímico, y Mateo (Teodoro o don de Dios) el nombre propio, quizás el nombre representativo que le dió Jesús.

Jesús llamó a Mateo: *Y le dijo: Sígueme*. Es probable que hubiese ya habido intercambio de impresiones entre el Maestro y el publicano antes de su vocación definitiva. Aunque tampoco es imposible una conversación instantánea del llamado. El efecto de las palabras de Jesús es rápido y total: *Y levantándose, dejándolo todo*, puesto, lucro, compañeros, *le siguió*. Era total el cambio de ideología, de objetivo de la vida, de manera de vivir: de una profesión peligrosa y abyecta, pasa a la cumbre del apostolado.

UN BANQUETE SOLEMNE (10-13). — Mateo, o Leví, quedó profundamente reconocido al Maestro. Con posibilidad económica para ello, pues se nos ofrece como propietario de una casa en Cafarnaúm y con muchas relaciones en la ciudad, da a Jesús un gran convite: *Y le hizo Leví un gran banquete en su casa*. Al par que honraba con ello al Señor, se despedía de sus colegas de profesión y les hacía partícipes de la compañía de Jesús. No es probable diera Mateo a Jesús el

convite el mismo día de su vocación, sino pasados algunos días.

Y acaeció que, estando sentado él (Jesús) a la mesa en la casa, vinieron muchos pecadores y publicanos, y se sentaron a comer con él y con sus discípulos. Eran éstos ya muchos, que seguirían constantemente a Jesús, y entre los cuales elegirá dentro de poco al colegio apostólico: *Pues había muchos que también le seguían.* Con el nombre de pecadores no se entiende aquí los malos en el sentido moral; eran tenidos como tales entre los judíos, no sólo los que quebrantaban los preceptos del Decálogo, sino los que violaban fácilmente los ritos y costumbres de la nación, viviendo y comerciando, por ejemplo, con los gentiles, o estando a sueldo de ellos.

Celebrábanse los convites ante muchos espectadores. Entre ellos había escribas y fariseos, que hubiesen considerado un crimen sentarse a la mesa con Mateo y sus colegas; por ello se escandalizan: *Y viendo los fariseos y los escribas de ellos (del partido de los fariseos) que comía con los publicanos y los pecadores, decían a sus discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro?,* y añadían insidiosamente, arguyéndoles a ellos: *¿Por qué coméis y bebéis con los publicanos y pecadores?* Era para ellos un oprobio la compañía de gente tal, y no atreviéndose a argüir al Maestro, atacan directamente a los discípulos, tal vez para que desconfíen de Jesús.

Apurados se hallarían a tal pregunta los discípulos, cuando Jesús, que la ha oído, da una noble respuesta en que encierra tres razones de su conducta: *Y, oyéndolo Jesús, dijo: No tienen los sanos necesidad del médico, sino los enfermos:* es el primer argumento, envuelto en refrán popular; no puede ser reprendido el médico que es hallado entre enfermos, antes sería ridículo que los evitara. Segunda razón: lo que Dios quiere es el amor mutuo, la piedad, la clemencia; todo rito externo vacío de estos sentimientos no puede ser grato a Dios; por ello le desagradan los escribas y fariseos, ritualistas, pero duros de corazón: *Id, pues, y aprended qué cosas es: Misericordia quiero, y no sacrificio* (Os. 6, 6). Tercera razón: Si interpretasen las Escrituras, sabrían que el Mesías

debe venir para reconciliar los pecadores con Dios: éste fué el motivo de la Encarnación del Hijo de Dios: *Porque no he venido a llamar los justos, sino los pecadores, a la penitencia.* Nótese la benignidad de Jesús y su condescendencia con sus enemigos, a quienes da generosamente medios para que le conozcan y se conviertan de su justicia aparente a la verdadera justicia interior.

Lecciones morales. — A) v. 9. — *Vió a un hombre publicano...* — Los evangelistas Marcos y Lucas, por el honor y el respeto debido a San Mateo no le quisieron nombrar con su nombre vulgar, sino que le llamaron Levi, ya que tuvo estos dos nombres. Pero el mismo San Mateo, acordándose de aquello de Salomón: "El justo es acusador de sí mismo" (Prov. 18. 17), se llamó a sí mismo Mateo y publicano, para demostrar a los lectores, dice San Jerónimo, que nadie debe desesperar de la salvación si se ha convertido a mejor vida, cuando él fué repentinamente cambiado de publicano en apóstol.

B) v. 9. — *Y le siguió...* — Del hecho de que San Mateo, sin despedirse de los suyos, sin meditar en la apariencia lo que hacía, siga inmediatamente a Jesús, dice San Jerónimo, arguyen Porfirio y Juliano el Apóstata la necedad de aquellos que inmediatamente siguieron al Señor, como si sin razón hubiesen seguido a un hombre cualquiera que los llamaba: siendo así que precedieron tan grandes señales y milagros, que sin duda vieron los apóstoles antes que creyeran. A más de que el resplandor de la majestad de la Divinidad oculta, que se manifestaba en su mismo rostro humano, podía atraer a la primera vista a los que lo contemplaban. Porque si la piedra imán tiene una propiedad tal que trae al mismo hierro, ¿cuánto más el Señor de todas las criaturas pudo atraer a aquellos que quería!

C) v. 10. — *Vinieron muchos pecadores y publicanos, y se sentaron a comer con él...* — Jesús no se contenta con hacer milagros, y enseñar, y disputar con sus adversarios para ganar pensamientos y corazones para el reino de Dios: llega a sentarse con publicanos y pecadores a la mesa, lo cual es prueba de suma condescendencia, para hacer su oficio de predicador hasta en las intimidades de un convite. Para enseñarnos, dice el Crisóstomo, que todo tiempo y toda obra pueden ser para nosotros ocasión de hacer el bien a nuestros hermanos.

D) v. 13. — *Misericordia quiero, y no sacrificio.* — No es

que Dios desprecie los sacrificios o los actos de religión y culto externos, que también le son debidos, por ser Autor de la vida del cuerpo, como lo es de la del espíritu; si bien son y representan poco en la vida de religión estos actos cuando nuestra negligencia o ignorancia los vacía de su contenido espiritual. Pero, sobre todo esto, lo que quiere Dios es que por medio de las obras de piedad para con el prójimo procuremos hacernos dignos de la divina piedad. En este sentido dice Santiago: "La religión pura e inmaculada es visitar a los huérfanos y viudas en su tribulación, y guardarse sin ser inficionado de este siglo" (Iac. 1, 27).

41. — CUESTION RELATIVA AL AYUNO: Mt. 9, 14-17
(Mc. 2, 18-22; Lc. 33-39)

¹⁴ Entonces llegaron a él los discípulos de Juan ^{mc} y los fariseos, que ayunaban, y le dijeron: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan? ¹⁵ Y Jesús les dijo: ¿Por ventura pueden estar tristes los amigos del esposo mientras está con ellos el esposo? ^{mc} *Durante el tiempo que tienen consigo al esposo no pueden ayunar.* Tiempo vendrá en que les será quitado el esposo, y entonces ayunarán. ¹⁶ *Y deciales una semejanza:* Ninguno echa remiendo de paño recio (sin tundir) en vestido viejo; porque rasga parte del vestido y se hace peor la rotura. ¹⁷ Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra suerte, rómpense los odres y se derrama el vino, y los odres se pierden; sino que echan el vino nuevo en odres nuevos, y así se conserva lo uno y lo otro. ¹⁸ *Y ninguno que bebe del (vino) añejo, inmediatamente quiere el nuevo, porque dice: Mejor es el añejo.*

Explicación. — El mismo día en que Mateo brindaba a Jesús espléndido banquete, los fariseos y los discípulos del Bautista ayunaban. La ley mosaica no prescribía más que un día de ayuno, el del día de la Expiación; pero los israelitas piadosos acostumbraban ayunar los lunes y jueves de la semana, en conmemoración del descenso y subida de Moisés al Sinaí. Los fariseos, que eran los puritanos de la ley, y los discípulos del Bautista, que hacían profesión de peni-

tencia, seguían la piadosa costumbre. El contraste entre ambas escuelas, la de Jesús y la de los rígidos, era más de notar porque se ofrecía en la misma ciudad y el mismo día. Ello da lugar a una impertinencia de estos últimos, que ocasiona este episodio.

Escribas y fariseos, como se ha dicho, habían entrado en la sala del festín, el día del convite con que Mateo obsequiaba a Jesús, y habían preguntado a los discípulos por qué su Maestro comía con publicanos y pecadores; Jesús es quien les responde en la forma explicada. Ahora aprovechan la respuesta de Jesús para argüir de comedores y bebedores a sus discípulos, pidiendo de ello razón al Maestro; júntanse a los fariseos los discípulos del Bautista: *Entonces llegaron a él los discípulos de Juan y los fariseos, que ayunaban, y le dijeron: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan?* Como si dijeran los discípulos de Juan, que sentían envidia de la fama de Jesús: ¿Cómo puede ser esto, sino porque nosotros somos santos y tus discípulos no lo son?

La respuesta de Jesús es graciosa, profunda y oportunísima: *Y Jesús les dijo: ¿Por ventura pueden estar tristes los amigos del esposo mientras está con ellos el esposo? Durante el tiempo que tienen consigo al esposo no pueden ayunar. Tiempo vendrá en que les será quitado el esposo, y entonces ayunarán.* Los hijos del esposo, entre los judíos, eran los que en la ceremonia nupcial acompañaban al esposo cuando éste salía al encuentro de la esposa para recibirla solemnemente en su casa. El convite nupcial duraba siete días: en ellos no se ayunaba, ni que coincidiese el día de la Expiación. Jesús es el esposo: El ha venido al mundo para unir a Sí con el vínculo de la fe y de la caridad a las almas; primicias y heraldos de la Iglesia son sus discípulos: el festín nupcial deberá durar mientras Jesús conviva con ellos: ¿por qué condenarles ahora a la tristeza y al ayuno? Cuando les sea quitado el esposo, y aquí alude otra vez Jesús a su pasión, entonces podrán ayunar y estar tristes.

Y confirma Jesús su tesis, de que sus discípulos no deben ayunar, con tres felicísimas comparaciones. Sus adversarios

creen que los tiempos mesiánicos se han de ajustar a los ritos y prescripciones de la ley antigua: es un error; en ellos todo deberá ser nuevo: será un Testamento *Nuevo* (Ier. 31, 31), que de ninguna manera podrá ser contenido en las viejas fórmulas. Sucedería, de lo contrario, como si quisiese remendarse un vestido viejo con un pedazo de paño todavía no batanado: al encontrarse en el agua el paño nuevo haría aún más grande la rotura: *Y decíales una semejanza: Ninguno echa remiendo de paño recio en vestido viejo; porque rasga parte del vestido y se hace peor la rotura.*

Y añade otra semejanza. El Testamento Viejo estaba contenido en fórmulas estrechas, como que era dado para un solo pueblo. Pero el Nuevo será universal, para todo el mundo. Si quisiese encerrarse en aquellas fórmulas, se echarían a perder éstas y aquél, como reventaría un odre viejo, ya usado, si se llenase de vino nuevo que tuviese aún que fermentar. Alude Jesús a la costumbre de poner el vino en odres formados de piel de cabra, de camello o asno: *Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra suerte, rómpense los odres y se derrama el vino, y los odres se pierden; sino que echan el vino nuevo en odres nuevos, y así se conserva lo uno y lo otro.*

Añade San Lucas otra razón. A los que están acostumbrados a un modo de ser, a una ley, se les hace difícil y chocante el cambio. Así sucede a los fariseos, demasiado afeerrados a la ley vieja, lo que será su ruina: *Y ninguno que bebe del (vino) añejo, inmediatamente quiere el nuevo, porque dice: Mejor es el añejo, aunque no sea el mejor, tal es la fuerza de una costumbre irreflexiva.*

Lecciones morales. — A) v. 14. — *¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos...?* — Los discípulos de Juan se muestran aquí tocados de este mal espiritual que se ha llamado con razón la soberbia de la humildad y el orgullo de la mortificación: “Nosotros ayunamos, y ellos no: somos mejores.” Es mal grave y más corriente de lo que a primera vista parece. Es nota característica del farisaísmo, cuyo espíritu ha logrado colarse en no pocas almas que se dicen piadosas. Escasa virtud tiene quien funda su propia estima en una práctica de piedad o ejercicio

de mortificación que no ve practiquen los demás. Las virtudes son del espíritu, y suelen ocultarse.

B) v. 14. — *¿Por qué... tus discípulos no ayunan?* — Jesús que en el desierto había hecho un ayuno rigurosísimo de cuarenta días y cuarenta noches, ahora, en plena ciudad y ante sus adversarios, no hace los ayunos de devoción a que éstos se consagran. Para que entendamos que su ayuno nos enseña a no declinar el precepto, cuando urge; y que podemos condescender dejándonos obsequiar en lo que es lícito, mayormente cuando de aquí podamos sacar bien espiritual para nuestros prójimos; como lo sacó Jesús, en distintas formas, en este banquete con que le obsequió el antiguo publicano.

C) v. 15. — *¿Por ventura pueden estar tristes los amigos del esposo...?* — A nosotros nos ha sido ya quitado el esposo, porque hemos venido en tiempos posteriores a él; pero le tenemos aún entre nosotros, porque está presente, especialmente en la Eucaristía, hasta la consumación de los siglos. Porque no estaba en la compañía de Cristo deseaba el Apóstol “morir y estar con Cristo” (Phil. 1, 23); porque le tenía con él. “rebosaba de gozo en todas sus tribulaciones” (2 Cor. 7, 4). Tales deben ser nuestros sentimientos: Jesús es nuestro consuelo y alegría mientras vivimos en esta “casa de la tierra” (2 Cor. 5, 1); debe ser el objeto de nuestros anhelos, viendo la miseria de la vida, hasta que vayamos a “nuestra habitación del cielo” (2 Cor. 5, 2). Templar ahora nuestras tristezas con la esperanza, para gozar luego un “gozo lleno” (Ioh. 16, 24), como se lo prometió Jesús a sus discípulos.

D) Lc. v. 36. — *Y decíales una semejanza...* — En las metáforas del vestido viejo y de los odres viejos debemos aprender cuán difícil es pasar de las debilidades que en nosotros producen los malos hábitos a la robustez de la gracia y de la plenitud del bien obrar, dice San Hilario.

SECCIÓN CUARTA

AÑO SEGUNDO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

De la Pascua de 780 a la de 781

Año 27.28 de nuestra era

SUMARIO

PERÍODO PRIMERO: JESÚS EN JERUSALÉN. — 42. El paralítico de la piscina. — 43. Discurso de Jesús en su propia defensa.

PERÍODO SEGUNDO: EN LA GALILEA. — 44. Los discípulos cogen espigas en sábado. — 45. El hombre de la mano seca. — 46. Jesús se retira al lago de Genesaret. — 47. Elección de los apóstoles. — 48. Sermón de la Montaña: Generalidades. — 49. Sermón de la Montaña: Bienaventuranzas y maldiciones. — 50. Sermón de la Montaña: Los ministros de Jesús. — 51. Sermón de la Montaña: Jesús y la ley mosaica. — 52. Sermón de la Montaña: La limosna, la oración y el ayuno. — 53. Sermón de la Montaña: Los cristianos y los bienes de la tierra. — 54. Sermón de la Montaña: Del injusto juzgar. — 55. Sermón de la Montaña: Últimas lecciones. — 56. Curación del siervo del Centurión. — 57. Resurrección del hijo de la viuda de Naím. — 58. Misión de Juan. Testimonio de Jesús. Contumacia del pueblo. — 59. La pecadora unge a Jesús. — 60. Jesús y su acompañamiento. Temor de los suyos. — 61. El endemoniado ciego y mudo. Los fariseos confundidos. — 62. La blasfemia contra

el Espíritu Santo. El milagro de Jonás. — 63. La Madre y los hermanos de Jesús. — 64. Las parábolas: El sembrador. — 65. Parábola de la semilla que fructifica espontáneamente. — 66. Parábolas del grano de mostaza y de la levadura. — 67. Parábolas del tesoro, de la margarita y de la red. — Conclusión.

PERÍODO TERCERO: A TIERRA DE GERASA. — 68. La tempestad calmada. — 69. Los endemoniados de Gerasa.

PERÍODO CUARTO: OTRA VEZ EN LA GALILEA. — 70. Resurrección de la hija de Jairo. — 71. Curación de dos ciegos y de un poseso mudo. — 72. Jesús rechazado otra vez en Nazaret. — 73. Recorre Jesús otra vez la Galilea. Misión de los apóstoles. — 74. Instrucciones de Jesús a los apóstoles: Primera parte. — 75. Instrucciones de Jesús a los apóstoles: Segunda parte. — 76. Instrucciones de Jesús a los apóstoles: Tercera parte. — 77. Predicación de Jesús y de los apóstoles. Temores de Herodes. — 78. Martirio del Bautista.

PERÍODO QUINTO: AL DESIERTO DE BETSAIDA. — 79. Jesús y los apóstoles en el desierto de Betsaida: Primera multiplicación de los panes. — 80. Jesús anda sobre el mar: La tempestad otra vez calmada.

PERÍODO SEXTO: OTRA VEZ EN LA GALILEA. — 81. Discurso de Jesús en Cafarnaúm: Consideraciones generales. — 82. Discurso de Jesús en Cafarnaúm: Primera parte: El pan espiritual. — 83. Segunda parte: El pan espiritual es el mismo Jesús. — 84. Tercera parte: Promesa de la Eucaristía. — 85. Consecuencias del discurso de Cafarnaúm.

RESUMEN HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO. — Jesús pasa la casi totalidad del segundo año de su vida pública en la Galilea, recorriéndola en distintas direcciones. Desde Cafarnaúm, donde se hallaba los días inmediatos a la segunda Pascua de su vida pública, sube a Jerusalén. De la gran capital judía vuelve a Galilea, probablemente a Cafarnaúm; pronuncia el sermón de la Montaña y después de curar al siervo del Centurión, sube a Naím. Desciende otra vez a Cafarnaúm, y pro-

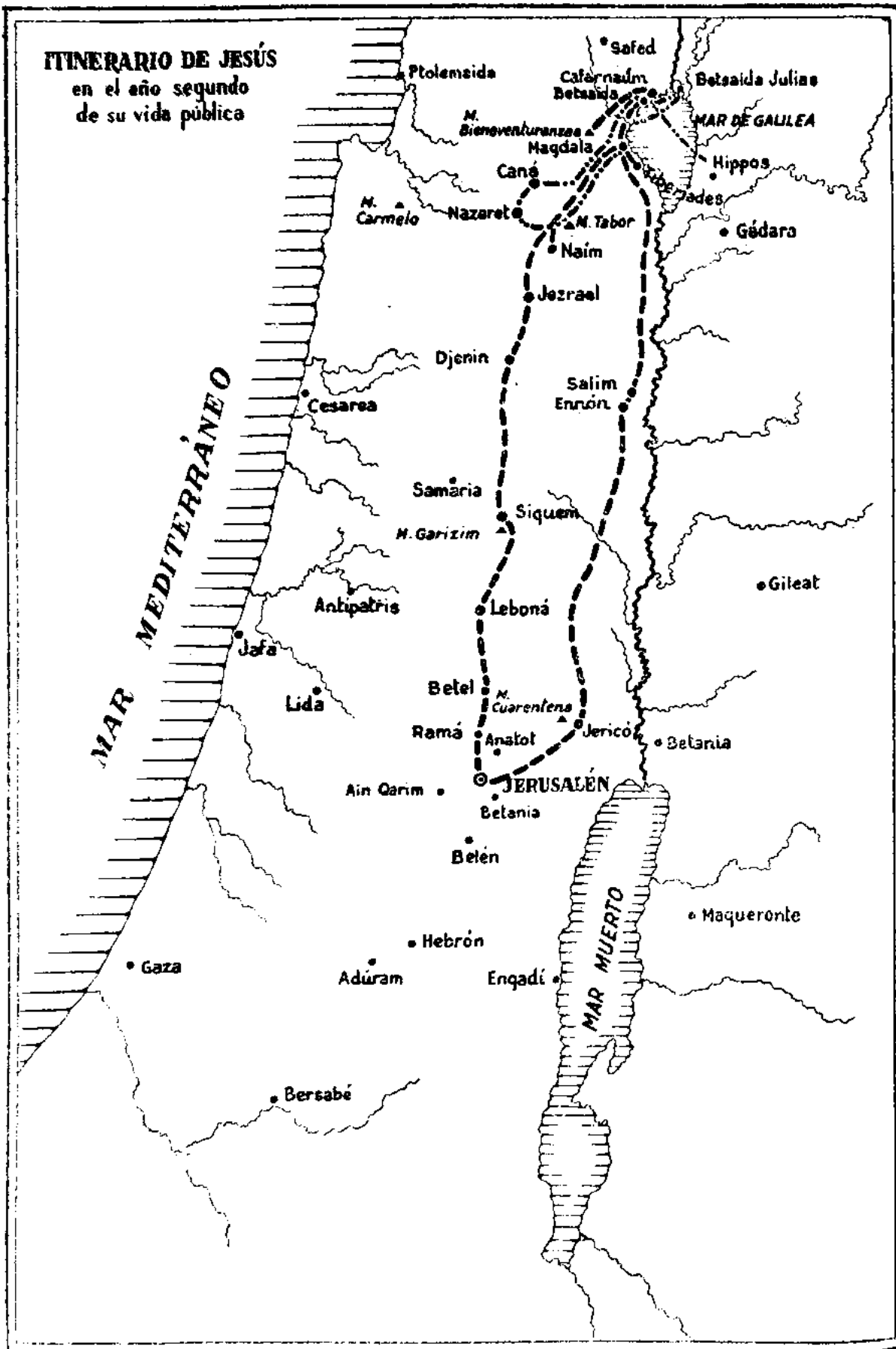
blemente por el camino tienen lugar los episodios referidos en los números 58-63. Ya en Cafarnaúm o en sus alrededores propuso a la multitud varias parábolas. Era probablemente el otoño y habían transcurrido unos seis meses desde la Pascua.

Los seis meses que faltan para la tercera Pascua se distribuyen así: La tarde del mismo día en que había expuesto Jesús la parábola de la cizaña, en Cafarnaúm, pasa por mar a la región de los gerasenos, calmando por primera vez la tempestad durante la travesía. En Gerasa cura a los endemoniados y repasa el mar, entrando otra vez en Cafarnaúm, donde resucita a la hija de Jairo y cura a la hemorroísa, a los dos ciegos y al endemoniado mudo. Sube a Nazaret, donde es rechazado segunda vez. Recorre la Galilea evangelizándola, por sí y por sus apóstoles, que obran numerosos prodigios. Por este tiempo Herodes había ya dado muerte al Bautista, y teme que Jesús sea Juan resucitado; para huir de las insidias de Herodes y para descansar él y sus discípulos, pasa Jesús con ellos a la región oriental del lago, a Betsaida Julias, donde encuentra a la multitud que le rodea al echar pie a tierra; multiplica aquel mismo día los panes por vez primera y por la noche queda solo en el monte orando mientras sus apóstoles obligados por Él, hacen rumbo a Cafarnaúm por mar, teniendo lugar durante esta travesía la segunda tempestad calmada por Jesús. Abordan en tierra de Genesaret, que recorre Jesús obrando numerosas curaciones y entra en Cafarnaúm, en cuya sinagoga pronuncia el discurso del Pan de la vida, los mismos días de la tercera Pascua, en la que no subió Jesús a Jerusalén.

Por lo mismo, Jesús ha pasado íntegro este año en la Galilea, con solas dos excursiones de breves horas a la región oriental del lago Tiberíades: la de Gerasa y la de Betsaida.

En el mapa de la página siguiente señalamos la ruta seguida por Jesús desde la segunda Pascua a otoño con trazos seguidos, y con otro de trazos y puntos el camino que recorrió desde otoño a la siguiente Pascua. Véase también Lc. 8, 1-3; Mt. 9, 35; 11, 1.

ITINERARIO DE JESÚS
 en el año segundo
 de su vida pública



PERIODO PRIMERO

EN JERUSALÉN

42. — EL PARALITICO DE LA PISCINA: IOH. 5, 1-15

Evangelio del viernes de las 4 Témporas de Cuaresma y (vv. 1-4) de la fiesta de San Rafael

¹ Después de esto, era el día de fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. ² Y en Jerusalén está la piscina probática, que en hebreo se llama Betsaida, la cual tiene cinco pórticos. ³ En éstos yacía grande número de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, esperando el movimiento del agua. ⁴ Porque un ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo a la piscina, y se movía el agua. Y el primero que entraba en la piscina, después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese.

⁵ Y estaba allí un hombre que estaba enfermo hacía treinta y ocho años. ⁶ Jesús, cuando lo vió tendido, y conoció que estaba ya de mucho tiempo, le dijo: ¿Quieres ser curado? ⁷ El enfermo le respondió: Señor, no tengo hombre que me meta en la piscina cuando el agua fuere revuelta: porque mientras yo voy, llega otro antes que yo. ⁸ Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda. ⁹ Y al punto fué curado aquel hombre, y tomó su camilla, y caminaba. Y era sábado aquel día.

¹⁰ Dijeron entonces los judíos al hombre que había sido curado: Sábado es, y no te es lícito llevar tu camilla. ¹¹ Les respondió: Aquel que me sanó me dijo: Toma tu camilla, y anda. ¹² Entonces le preguntaron: ¿Quién es aquel hombre que te dijo: Toma tu camilla, y anda? ¹³ Y el que había sido curado no sabía quién era: porque Jesús se había retirado del tropel de gente que había en aquel lugar. ¹⁴ Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: Mira, que ya estás curado: no quieras

pecar más, porque no te acontezca alguna cosa peor. ¹⁰ Fué aquel hombre, y dijo a los judíos que Jesús era el que le había curado.

Explicación. -- Un año había transcurrido desde que Jesús echó a los mercaderes del templo, suceso ocurrido en la Pascua anterior. El año que acaba de transcurrir lo ha pasado Jesús evangelizando la Judea por espacio de ocho meses, atravesando la Samaria, en lo que invertiría cinco o seis días, y el resto, unos cuatro meses, lo ha pasado en Galilea, predicando el reino de Dios. De estos cuatro meses últimos, San Juan, de quien es este fragmento, no nos dice nada, ya que su objeto principal es narrar el ministerio de Jesús en la Judea.

CIRCUNSTANCIAS HISTÓRICAS (1-4). — *Después de esto*, que ha narrado San Juan en el capítulo 3.º, y de lo ocurrido en la Galilea, contado sólo por los sinópticos, *era el día de fiesta de los judíos*. La opinión hoy generalmente admitida es que esta fiesta era la Pascua: la abonan los testimonios más antiguos de la tradición, como San Ireneo y San Policarpo, que se remontan a los mismos tiempos del Evangelista. Otro pequeño detalle que nos ofrece Lucas parece confirmarlo: después de la vocación de Mateo, el tercer Evangelista nos refiere el episodio de los Apóstoles cogiendo espigas maduras y moliéndolas entre sus manos (Lc. 6, 1-5); era, pues, el tiempo de la siega, y ésta tenía lugar en las inmediaciones de la Pascua. Además, las fiestas de las Suertes y de la Dedicación podían celebrarse en cualquier lugar, sin que fuese necesario subir a Jerusalén, lo que sólo se hacía para las de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos; pero estas dos últimas habían ya pasado — cuando, en diciembre, estaba Jesús en la Galilea —, quedando por lo mismo como probabilísima la fiesta de Pascua para este episodio.

Y subió Jesús a Jerusalén. Unióse, como lo había hecho el año anterior en Cafarnaúm, a las caravanas que de la Galilea subían a Jerusalén con motivo de la solemnidad. Iba a ofrecer otra vez a los judíos su predicación y su testimonio de mesianidad, que ellos rechazarán.

Hacia el nordeste del Templo de Jerusalén estaba situa-

da la puerta llamada "de las ovejas", en griego "Probática", porque por ella entraban los animales destinados al sacrificio y al abasto de la ciudad; y junto a esta puerta estaba emplazada la piscina, vasto recipiente de agua, llamada "Probática", probablemente del nombre griego de la puerta contigua — o tal vez porque a ella acudían los Sacerdotes a lavar las ovejas y víctimas del sacrificio —, y en hebreo "Bethsaida", o mejor "Bethsaida", que significa "casa de misericordia", por el destino que tenía de aliviar y curar a los enfermos. La piscina tenía cinco pórticos o galerías destinadas a recibir a los enfermos: *Y en Jerusalén está la piscina probática, que en hebreo se llama Betsaida, la cual tiene cinco pórticos.* En las inmediaciones de la iglesia de Santa Ana, lugar donde según la tradición nació la Santísima Virgen, pueden verse unos vastos y profundos recipientes, en que se hallan vestigios de una antiquísima iglesia y que se señalan como el lugar donde estaba emplazada la piscina probática. Pero nada permite imaginar o reconstituir la forma que afectaba la piscina con sus cinco pórticos.

Echados sobre la dura tierra o en miserables camillas, *en éstos* (los pórticos) *yacía grande número de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, esperando el movimiento del agua.* Estas últimas palabras nos dan la razón de esta aglomeración de desgraciados en aquel lugar: las aguas de la piscina se movían periódicamente: *Porque un ángel del Señor descendía de tiempo en tiempo a la piscina, y se movía el agua.* Atisbaban los enfermos el movimiento del agua, *y el primero de ellos que entraba en la piscina, después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese.* El fenómeno debe reputarse milagroso. Han creído algunos que se trataba de una fuente terrenal de ebullición intermitente, que comunicaba a las aguas, por la remoción de las sales, una virtud curativa más o menos durable. Pero ninguna agua medicinal es capaz de curar toda suerte de dolencias, incluso la ceguera. Ni se explicaría cómo sólo lograra la curación el primero, y no los que le siguieran. Para nosotros, la intervención del ángel es absolutamente real, asegurada por el

Evangelista, aunque visible y manifestada únicamente por el movimiento de las aguas; conocía el pueblo esta intervención sobrenatural, ya porque Dios se lo hubiese revelado, ya porque, según su tradición, Dios se valía de los ángeles para los ministerios extraordinarios. El hecho de que en algunos códices antiguos falte este versículo ha inducido a algunos críticos a negar su autenticidad. No puede ésta ponerse en duda, ya porque son más los códices que lo reproducen, ya porque sin este versículo no tienen explicación las palabras del paralítico en el v. 7.

EL MILAGRO (5-9). — Entre la multitud de enfermos había uno que hacía ya treinta y ocho años que lo estaba; del v. 7 se desprende que se trataba de un paralítico: *Y estaba allí un hombre que estaba enfermo hacía treinta y ocho años.* Ve Jesús al desdichado: sus entrañas se conmueven; por la divina ciencia que le es propia, conoce la antigüedad de la dolencia: *Jesús, cuando lo vió tendido, y conoció que estaba ya de mucho tiempo...* Para excitar la fe y la esperanza del enfermo, le dijo: *¿Quieres ser curado?* Todo enfermo desea curar, pero el de la probática no podía valerse por sí, ni tenía quien le ayudase para descender a la piscina cuando el agua se movía: no pudiendo ser el primero, quedaba sin curar: *El enfermo le respondió: Señor, no tengo hombre que me meta en la piscina cuando el agua fuere revuelta: porque mientras yo voy, llega otro antes que yo.*

La respuesta del enfermo a la amable pregunta de Jesús está llena de respeto hacia el Señor y de amargura por su triste situación. No en vano ha expuesto su miseria: Jesús se la remedia totalmente: *Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda.* A estas palabras vuelve otra vez a los miembros del doliente el movimiento y la robustez: *Y al punto fué curado aquel hombre, y tomó su camilla, y caminaba.* Acaecía esto en día de fiesta, lo que indica el Evangelista para entrar en el siguiente episodio: *Y era sábado aquel día.* Los antiguos expositores ven en el hecho de la piscina, supuesta su verdad histórica, una figura del Bautismo.

INDAGACIONES DE LOS JEFES JUDÍOS (10-15). — Realizada la curación del paralítico, desapareció Jesús de la piscina, mientras el hombre, dichoso por la salud recobrada, fué cargado con la camilla en dirección a su casa. Pero era sábado: la interdicción de llevar carga era absoluta (Ier. 17, 21.22). Los custodios y vindicadores de la ley, escribas, sinedritas o sus emisarios, al hallarse con un hombre en flagrante delito de profanación de la fiesta le piden razón de su conducta: *Dijeron entonces los judíos al hombre que había sido curado: Sábado es, y no te es lícito llevar tu camilla.* El exparalítico les da una contestación perentoria: *Les respondió: Aquel que me sanó me dijo: Toma tu camilla, y anda:* tal vez, en su gozo, no se acordaría del sábado; o, mejor, juzgaría que quien tenía poder para tal milagro con una sola palabra, bien podía tenerlo para dispensar en un momento determinado de un precepto legal. A más de que, según las mismas prescripciones rabínicas, un profeta debía ser obedecido aun cuando mandara cosa contra la ley, excepto la idolatría, y gran profeta se había manifestado Jesús, por sus predicaciones y milagros.

Pero la envidia de los jefes judíos, ciega para ver el bien, con ojos de lince para escudriñar el mal, les hace preguntar al antiguo enfermo no quién le curó, sino quién le mandó infringir la ley: *Entonces le preguntaron: ¿Quién es aquel hombre, palabra de desdén e indignación, que te dijo: Toma tu camilla, y anda?* Jesús, que quería evitar el natural tumulto producido por el milagro, y que quería provocar una discusión con los sinedritas, se ha hurtado a la vista de todos, para que conozcan sus enemigos el milagro por el testimonio del mismo que ha recibido el beneficio: *Y el que había sido curado no sabía quién era: porque Jesús se había retirado del tropel de gente que había en aquel lugar.*

Subió luego el paralítico al templo, sin duda para dar gracias a Dios por el beneficio recibido, y allí le encuentra Jesús, y le hace un beneficio aun mayor que el anterior: a la salud del cuerpo añade la de su alma: *Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: Mira, que ya estás curado: no quieras pecar más, porque no te acontezca alguna cosa peor. De*

aquí se deduce que la enfermedad le vino a aquel hombre como castigo del pecado; si reincide, será castigado más atrozmente en la otra vida. Dejó a Jesús el o XPARALÍTICO, y, movido sin duda de buenos sentimientos, sea para justificarse a sí mismo de haber obedecido a tan santo taumaturgo, o para evacuar, movido por un sentimiento de obediencia y reverencia a los jefes de Israel, le pregunta qué le habían hecho sobre quién le había curado, *fué aquel hombre, y dijo a los judíos que Jesús era el que le había curado*. Esa revelación va a determinar, como se verá en el número siguiente, un cuerpo a cuerpo entre Jesús y sus adversarios.

Lecciones morales. — A) v. 2. — *Y en Jerusalén está la piscina probática...* — Por el milagro de la piscina probática da Jesús una lección de cosas, como se dice ahora. Porque, como dice San Agustín, es cosa mayor que curara Cristo las dolencias de las almas inmortales que las enfermedades de los cuerpos que debían morir. Pero como el alma no conocía a quien debía curarle, pero tenía ojos en el cuerpo por los que pudiese ver los hechos materiales, y no los tenía buenos en el corazón para conocer a Dios oculto, hizo lo que podía verse, para que se curara el hombre en donde no podía verse. Por ello entró en el lugar donde estaban tendidos muchos enfermos, para escoger uno y curarlo. Así Jesús, por las cosas visibles, da a conocer las invisibles de la fe.

B) v. 3. — *Esperando el movimiento del agua.* — La tradición ha visto en la piscina probática una figura del Bautismo. Pero el agua del bautismo aventaja a la de la probática cuanto la ley nueva a la antigua. Porque el agua de la piscina sólo de una manera intermitente adquiría la virtud curativa por el ministerio del ángel que la movía, y aun sólo curaba los cuerpos, y de uno solo que entrara; mientras el agua del Bautismo está como informada por la misma virtud de Dios, Señor de los ángeles, pues como decían los antiguos, está “desposada con el Espíritu Santo”, no para curar el cuerpo de un enfermo en períodos determinados, sino para curar, siempre, las almas de todas las generaciones que se bañen en la pila de la “regeneración”.

C) v. 8. — *Levántate, toma tu lecho, y anda.* — Jesús no sólo cura al paralítico, sino que le manda cargar con su camilla,

para hacer el milagro creíble, dice el Crisóstomo, y para que nadie pensase era cosa de pura fantasía lo que se acababa de realizar. Porque no hubiese podido llevar la camilla el enfermo si sus miembros no estuviesen rracamente constituidos. En lo cual, dice San Beda, hemos de ver la diferencia entre el Médico divino y los hombres médicos: que éstos curan alguna vez, requiriendo para ello mucho tiempo, mientras que Jesús cura con una sola palabra, instantánea y completamente.

D) V. 14. — *Después le halló Jesús en el templo...* — Curado que fué el paralítico, no marchó a sus negocios, o a las diversiones, dice el Crisóstomo, sino que se fué al templo, donde le halló Jesús, lo que es señal de gran religión. Premio de su religiosidad es un doble beneficio que de Jesús recibe: el mismo hallazgo de Jesús, con quien puede santamente conversar, y la curación de las dolencias de su espíritu, mucho mejor que las del cuerpo. Así debemos nosotros ensartar unas gracias de Dios con otras, mostrándonos agradecidos a sus dones presentes, para que nuestra gratitud mueva su generosidad a prodigarnos otros dones futuros.

E) V. 14. — *No quieras pecar más...* — Advierte Jesús al curado paralítico que si vuelve a pecar puede ocurrirle algo peor. Y ¿qué cosa peor que estar tendido en miserable lecho, sin auxilio alguno, por espacio de treinta y ocho años? Una eternidad desgraciada en el infierno. Algunos reputan increíble, dice el Crisóstomo, que por un momento de pecar venga una sanción de penas eternas. Pero es que la pena del pecado no se mide por la duración de éste, sino por su naturaleza. Tal vez un solo pecado le había causado a este pobre enfermo treinta y ocho años de parálisis del cuerpo; más deberá sufrir el alma, donde radica el pecado, que es incorruptible, que no puede cambiar de voluntad después de esta vida, que tendrá por lo mismo eternamente igual estado de mancha y de aversión de Dios, y que por consiguiente deberá sufrir eternamente las consecuencias de una desviación momentánea de la voluntad.

43. — DISCURSO DE JESUS EN SU PROPIA
DEFENSA: IOH. 5, 16-47

**Evangelio de la Misa del día de la Conmemoración
de Difuntos (vv. 25-29)**

¹⁶ Por esta causa perseguían los judíos a Jesús, porque hacía estas cosas en sábado. ¹⁷ Y Jesús les respondió: Mi Padre obra hasta ahora, y yo obro. ^{18a} Y por esto los judíos tanto más procuraban matarlo: porque no solamente quebrantaba el sábado, sino que también decía que era Dios su Padre, haciéndose igual a Dios.

^{18b} Y así Jesús respondió y les dijo: ¹⁹ En verdad, en verdad os digo: Que el Hijo no puede hacer por sí cosa alguna, sino lo que viere hacer al Padre: porque todo lo que el Padre hiere, lo hace también igualmente el Hijo. ²⁰ Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace: y mayores obras que éstas le mostrará, de manera que os maravilléis vosotros. ²¹ Porque así como el Padre resucita los muertos, y les da vida: así el Hijo da vida a los que quiere. ²² Y el Padre no juzga a ninguno: mas todo el juicio ha dado al Hijo: ²³ para que todos honren al Hijo, como honran al Padre: quien no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió. ²⁴ En verdad, en verdad os digo: Que el que oye mi palabra, y cree a aquel que me envió, tiene vida eterna, y no viene a juicio, mas pasó de muerte a vida. ²⁵ En verdad, en verdad os digo: Que viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios: y los que la oyeren, vivirán. ²⁶ Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo: así también dió al Hijo tener la vida en sí mismo: ²⁷ Y le dió poder de hacer juicio, porque es el Hijo del hombre. ²⁸ No os maravilléis de esto, porque viene la hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios: ²⁹ Y los que hicieron el bien, irán a resurrección de vida: mas los que hicieron el mal, a resurrección de condenación. ³⁰ No puedo yo de mí mismo hacer cosa alguna. Así como oigo, juzgo: y mi juicio es justo: porque no busco mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió.

³¹ Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero. ³² Otro es el que da testimonio de mí: y sé que es

verdadero el testimonio que da de mí. ³³ Vosotros enviasteis embajada a Juan: y dió testimonio en pro de la verdad. ³⁴ Mas yo no tomo testimonio de hombre: pero digo esto para que vosotros seáis salvos. ³⁵ El era una antorcha que ardía y alumbraba. Y vosotros quisisteis por breve tiempo alegraros con su luz. ³⁶ Pero yo tengo mayor testimonio que Juan. Porque las obras que el Padre me dió que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado: ³⁷ Y el Padre que me envió, él dió testimonio de mí: y vosotros nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su figura. ³⁸ Ni habéis guardado en vosotros su palabra: porque al que él envió, a éste vosotros no creéis. ³⁹ Vosotros escudriñáis las Escrituras, en las que vosotros creéis tener la vida eterna: y ellas son las que dan testimonio de mí. ⁴⁰ Y no queréis venir a mí para tener vida.

⁴¹ No recibo gloria de hombres. ⁴² Mas yo os he conocido que no tenéis el amor de Dios en vosotros. ⁴³ Yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibís: si otro viniere en su nombre, a aquél recibiréis. ⁴⁴ ¿Cómo podéis creer vosotros, que recibís la gloria los unos de los otros: y no buscáis la gloria que de solo Dios viene? ⁴⁵ No penséis que yo os he de acusar delante de mi Padre: otro hay que os acusa, Moisés, en quien vosotros esperáis. ⁴⁶ Porque si creyeseis a Moisés, también me creeríais a mí: pues él escribió de mí. ⁴⁷ Mas si a sus escritos no creéis, ¿cómo creeréis a mis palabras?

Explicación. — Contiene este hermoso fragmento el primer discurso pronunciado por Jesús en Jerusalén, en uno de los momentos más graves de sus relaciones con los primates del pueblo de Israel. Corresponde al género apologético-polémico, ya que aprovecha los ataques que contra él dirigen sus enemigos para hacer una hermosa apología de sí mismo. Sólo la caridad, la longanimidad y la invicta paciencia del Maestro pudo dictar unos razonamientos que constituyen la más plena justificación de su misión y que la pertinacia de los judíos debía hacer estériles. Tiene el discurso un preámbulo (16-18) y dos partes: afirmación de su misión (19-30) y justificación de la misma (31-47).

PREÁMBULO (16-18). — La curación del paralítico de la piscina de Bethesda constituía a los ojos de los fariseos una

infracción del precepto legal del sábado; más tarde se lo echarán en cara de una manera concreta (Mt. 12, 2; Lc. 13, 14). A esta infracción hay que añadir otra más grave, según el criterio farisaico: Jesús manda al hombre curado que cargue con su lecho en día de fiesta. En general se le inculpaba a Jesús porque habitualmente autorizaba la relajación de la ley y de las costumbres recibidas: *Por esta causa perseguían los judíos a Jesús, porque hacía estas cosas en sábado.*

No sólo existió el precepto general de observar el sábado, sino que el mismo Dios Creador había dado el ejemplo, toda vez que después de haber hecho el mundo en seis días, descansó el séptimo (Gen. 2, 2): ésta es la acusación de los judíos contra Jesús. El argumento no concluye: es cierto que el Creador descansó el séptimo día de su trabajo de creación, pero sigue trabajando en la conservación y providencia de todo lo creado. Por ello rechaza Jesús el fundamento teológico de la argumentación de sus enemigos: *Y Jesús les respondió: Mi Padre obra hasta ahora; no cesa de gobernar el mundo en el orden natural y sobrenatural. Pero la defensa de Jesús va más allá: si para el Padre no hay sábado, tampoco lo hay para mí: Y yo obro.* Estas ceñidas palabras encierran un irrefragable argumento de la divinidad de Jesús. Si Jesús obra en sábado porque lo hace así el Padre, luego es igual a El, de lo contrario la defensa que Jesús hace de sí mismo hubiese sido peor que la acusación de sus adversarios: ¿quién se consideraría exento de una ley porque el rey lo está?

Comprenden los judíos todo el alcance de la argumentación de Jesús. A la infracción del precepto legal del descanso añade ahora, con pretexto de defenderse, una clara blasfemia, cuya sanción es la pena de muerte (Lev. 24,16): *Y por esto los judíos tanto más procuraban matarlo: porque no solamente quebrantaba el sábado, sino que también decía que era Dios su Padre, haciéndose igual a Dios.* Este versículo plantea los verdaderos términos del debate, y sirve de base al siguiente discurso, cuyos conceptos se desarrollan, dice el racionalista Ewald, como las tranquilas aguas de un río, claras como un espejo.

EL PADRE Y EL HIJO: IDENTIDAD DE NATURALEZA Y DE OPERACIONES ENTRE AMBOS (18 b-30). — La solemne y tranquila afirmación por la que Jesús se hacía igual al Padre levantaría tumultuosas protestas entre sus adversarios. Jesús, lejos de atenuar su pensamiento, ahonda en él, confirmando, con una serie de argumentos de orden secundario que no consienten la menor duda sobre su propósito de demostrarse igual al Padre. Empieza con la frase asertiva característica del cuarto evangelio, especie de juramento que se repite tres veces en este discurso: *Y así Jesús respondió y les dijo: En verdad, en verdad os digo...* os anuncio una cosa certísima...

Primera razón de la identidad del Hijo y del Padre: ambos tienen una misma operación, hasta el punto *que el Hijo no puede hacer por sí cosa alguna, sino lo que viere hacer al Padre*. En Dios, Padre e Hijo no son como el padre y el hijo entre los hombres, cada uno de los cuales tiene autonomía en su obrar, pudiendo hacer cada uno de ellos cosas distintas que no puede el otro. En Dios, el Hijo, no por defecto, sino por plenitud de perfección, porque tiene la misma plenitud del ser y del poder que el Padre, con absoluta identidad de naturaleza, no puede hacer sino lo que el Padre hace; como el Padre no puede hacer más que lo que hace el Hijo: de éste se dice que “ve lo que el Padre hace”, porque recibe de él la naturaleza, Inteligencia purísima, y la operación. Lo que ha afirmado Jesús con argumento negativo, lo corrobora con uno asertivo o positivo: *Porque todo lo que el Padre hiciere, lo hace también igualmente el Hijo*: con estas palabras afirma Jesús su omnipotencia, por cuanto hace todo lo del Padre y con la misma operación que el Padre.

Segunda razón, confirmatoria de la anterior es el infinito amor del Padre al Hijo. Entre los hombres que se aman hay comunicación mutua de lo que poseen: En Dios, de tal manera ama el Padre al Hijo, que le comunica su mismo ser y operación, llegando ambos a la suma unidad, en virtud de la cual el Hijo tiene la misma ciencia y esencia del Padre. No es que el amor del Padre sea la causa de esta comunicación, sino que es el signo o sello por el cual conocemos nos-

otros que entre el Padre y el Hijo hay esta íntima comunicación: *Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todas las cosas que él hace.* Por esta íntima unión que con el Padre tiene, Jesús ha hecho cuanto sus adversarios han visto, de lo cual le acusan, especialmente curar en sábado a un enfermo y mandarle que llevara a cuestas su camilla. — Pero esto es poco aún: porque le verán hacer, en virtud de esta unión, cosas mucho más gloriosas, que producirán en ellos estupefacción: *Y mayores cosas que éstas le mostrará, de manera que os maravilléis vosotros.*

Especifica luego Jesús alguna de estas operaciones que le son comunes con el Padre y que causarán asombro al mundo. La primera de ellas es la resurrección espiritual y corporal de los muertos por el pecado, y a la vida corporal a los corporalmente muertos, así lo hará el Hijo: *Porque así como el Padre resucita los muertos, y les da vida: así el Hijo da vida a los que quiere;* estas últimas palabras dan a entender que se trata aquí de la resurrección espiritual, ya que corporalmente la resurrección será universal, y no habrá selección. Este poder de vivificar espiritualmente es consecutivo a la plenitud del poder judicial que tiene el Hijo. Aunque este poder, como todas las obras *ad extra*, es común a las tres personas de la Trinidad, el Padre ha reservado al Hijo el poder judicial, porque habiéndose encarnado solamente el Hijo, tomará El solo la forma externa de juez, y pronunciará con voz humana la sentencia en el juicio universal, dando a cada uno según sus obras: *Y el Padre no juzga a ninguno: mas todo el juicio ha dado al Hijo.* De esta igualdad de naturaleza y de poderes deriva la necesidad de honrar al Hijo igualmente que al Padre, con los mismos homenajes de adoración. Se sigue asimismo que toda injuria que se haga al Hijo, es injuria que se hace al Padre, por razón de la identidad de ambos: *Para que todos honren al Hijo, como honran al Padre: quien no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió.*

Afirmado por Jesús su poder de vivificar y juzgar, pasa naturalmente a explicar la forma y tiempo de su ejercicio.

Cuanto a la forma o modo de dar la vida, la tendrán sólo aquellos que oigan la palabra de Jesús, poniendo en práctica sus enseñanzas, con lo cual demostrarán tener fe en el Padre que envía al Hijo para vivificar el mundo. Por esta fe se pasa de la muerte espiritual a la vida de la gracia, semilla de la vida eterna. Los que tengan esta fe no vendrán a juicio, es decir, no serán condenados, porque no habrán hecho injuria al Padre ni al Hijo: *En verdad, en verdad os digo: Que el que oye mi palabra, y cree a aquel que me envió, tiene vida eterna, y no viene a juicio, mas pasó de muerte a vida.* Por lo que a la hora de la vivificación atañe, ha llegado ya: la voz del Hijo de Dios ha dejado oír sobre la tierra las palabras de vida; los que las oyeren y guardaren, serán espiritualmente vivificados; con lo que se demuestra la necesaria colaboración de la libertad del hombre en la vivificación sobrenatural de su alma: *En verdad, en verdad os digo que viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios: y los que la oyeren, vivirán.*

Jesús ha afirmado su poder y ha explicado la manera de ejercerlo. Ahora demuestra su origen: como el Padre es esencialmente el principio y la fuente de toda vida, y, por lo mismo, de la vivificación espiritual del hombre, así comunicando su propia vida por eterna generación al Hijo, al comunicarle su misma naturaleza, hace que también el Hijo sea fuente y principio de la vida, que puede vivificar a quien quiere: *Porque como el Padre tiene la vida en sí mismo, así también dió al Hijo tener la vida en sí mismo.* Consiguiente a este poder de vivificar es el poder de juzgar, porque el que rechaza la vida que el Hijo ofrece a los hombres es condenado por El: *Y le dió poder de hacer juicio,* poder que le compete en cuanto es el Hijo del hombre, o Mesías, porque como Dios ha querido que los hombres sean salvos por Cristo hombre, así ha querido que por un hombre sean los hombres juzgados, con externo y visible aparato judicial: *Porque es el Hijo del hombre.*

Quizás en este punto del discurso harían los oyentes de Jesús algún gesto de incredulidad, al arrogarse Jesús la potestad judicial. Jesús les sale al paso, no atenuando su aser-

ción, sino reforzándola con el anuncio del juicio final y universal, al que precederá la resurrección corporal de cuantos estén en los sepulcros: *No os maravilléis de esto, porque viene la hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios. La resurrección será universal, de buenos y malos: los que hayan recibido la palabra del Hijo de Dios y hayan observado sus preceptos, resucitarán para la vida eterna; los que hayan despreciado la vida que el Hijo de Dios les ha brindado, resucitarán para oír la sentencia condenatoria: Y los que hicieron el bien, irán a resurrección de vida: mas los que hicieron el mal, a la resurrección de la condenación.*

Cierra Jesús esta primera parte de su discurso repitiendo el pensamiento inicial del mismo: *No puedo yo de mí mismo hacer cosa alguna*: habla ya en primera persona para indicar que todo lo que ha dicho se lo aplica a sí mismo. Y como todo lo hace en íntima comunicación con el Padre, su juicio es el mismo juicio del Padre, ya que Jesús, en cuanto Dios, tiene la misma ciencia substancial del Padre, y, como hombre, tiene la plenitud de ciencia que de la divinidad recibe; por esto es justísimo su juicio: *Así como oigo, juzgo: y mi juicio es justo*. No lo es sólo por parte de la perfectísima ciencia, sino también por la rectitud inflexible de la voluntad, que es la misma voluntad de Dios que le envió; en cuanto es Dios como el Padre, y en cuanto, como hombre, su voluntad no puede apartarse un ápice de la voluntad de Dios: *Porque no busco mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió*.

IRRAFRAGABLES TESTIMONIOS QUE SANCIONAN LA DECLARACIÓN QUE HACE JESÚS DE SU IGUALDAD CON EL PADRE (31-40). -- Contiene esta segunda parte del discurso las pruebas por las cuales demuestra Jesús la divinidad de su misión. Eran demasiado graves las aseveraciones del Señor, hechas seguramente ante los primates de Israel, relativas a su igualdad con el Padre. Este discurso apologético hubiese perdido toda su fuerza demostrativa con este simple reparo de sus adversarios: Todo cuanto de ti afirmas lo fundas sobre tu

testimonio; por esto no merecen fe tus afirmaciones. Jesús previene la objeción: *Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero, es decir, no es para vosotros bastante garantía.*

¿A qué testimonios apelará Jesús para dar credibilidad a sus palabras? Primero que todo, al Padre, a quien no hace más que una alusión para excitar la atención y curiosidad de sus oyentes, y desarrollar más abajo su pensamiento: *Otro es el que da testimonio de mí: y sé que es verdadero el testimonio que da de mí.* Esta alusión al testimonio de otro debía recordarles a los primates de los judíos el testimonio que dió de Jesús el Bautista; ellos lo habían enviado desde Jerusalén una misión oficial a orillas del Jordán para saber si era el Cristo; Juan respondió la verdad, diciendo que no lo era: *Vosotros enviasteis embajada a Juan: y dió testimonio en pro de la verdad.* No sólo dijo que él no era el Cristo, sino que dió testimonio de Jesús. Con todo, Jesús no necesita el testimonio de hombre alguno, aunque sea tan santo como Juan; y si lo admite de una manera secundaria es en obsequio de sus mismos adversarios, a fin de que, trayéndoles a la memoria lo que el Bautista dijo de él, crean en la palabra del Bautista y lleguen a la salvación por Jesús, de quien dió testimonio: *Mas yo no tomo testimonio de hombre: pero digo esto para que vosotros seáis salvos.* Hace de paso Jesús un cumplido elogio del Bautista, que, como se desprende del texto, estaba ya en la cárcel cuando ocurría este episodio: *El era una antorcha que ardía y alumbraba,* inferior a Jesús, que era la misma luz substancial (Ioh. 1, 7), pero con luz bastante para iluminar los caminos del Mesías. Al brillo de su luz se alegraron los judíos, pero sólo mientras les anunciaba el advenimiento del reino de Dios, creyendo que sería temporal y glorioso; pero cesó su entusiasmo cuando empezó a predicarles la penitencia: *Y vosotros quisisteis por breve tiempo alegraros con su luz.* Alude seguramente Jesús aquí a la fugaz alegría de los niños que saltaban en torno de las hogueras, según costumbre del país, o a la de los mayores, que danzaban en las grandes fiestas religiosas a la luz de los candlabros del Templo.

Pasa a declarar cuál sea el testimonio a que ha aludido en el v. 32: es mayor que el del Bautista, porque es el mismo testimonio del Padre, el cual, por medio de las magníficas obras que hace Jesús, milagros y curaciones, da claro testimonio de que Jesús es su enviado: *Pero yo tengo mayor testimonio que Juan, porque las obras que el Padre me dió que cumpliese, las mismas obras que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado.*

Apela aún Jesús a otro testimonio que el Padre ha dado de él: el de la Ley y las Escrituras, especialmente los oráculos proféticos. Es testimonio directo de Dios, autor de las Escrituras: *Y el Padre que me envió, él dió testimonio de mí.* Es inútil esperar otro testimonio que el de los milagros y profecías: Dios no se manifestará directamente dejando oír su voz o dejando ver su rostro. Su voz son las profecías; su presencia la revela el milagro; así fué en los siglos anteriores: *Y vosotros nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su figura.* Pero esta voz de las Escrituras queda para los judíos muda en los libros, no la conservan en su corazón; si así fuese, creerían en Jesús, de quien están llenas las profecías: *Ni habéis guardado en vosotros su palabra: porque al que él envió, a éste vosotros no creéis.* La razón es que las interpretan mal: investigan con diligencia las Escrituras, pero fijándose más en la materialidad de las mismas que en su espíritu, creyendo que en su simple posesión está la vida eterna, o creyendo, con razón, que son camino de vida eterna (Lev. 18, 5; Rom. 7, 12); si las interpretasen debidamente, verían que están llenas de Jesús, dando testimonio de él muchas de sus páginas: *Vosotros escudriñáis las Escrituras, en las que creéis tener la vida eterna: y ellas son las que dan testimonio de mí.* Pero, por una contradicción inexplicable, no quieren reconocer la mesianidad de Jesús; por ello no tendrán la vida eterna, que está vinculada a la fe en el Cristo, y no en el hecho de la descendencia de Abraham, ni en el de la posición de las Escrituras: *Y no queréis venir a mí, para tener vida.*

INCRECULICIA DE LOS JUDÍOS: SUS CAUSAS Y CONSECUENCIAS (41-47).— Las causas de la incredulidad de aquellos hombres protervos son: en primer lugar, la prevención que sienten contra Jesús. Piensan ellos que Jesús, con sus obras y discursos, no quiere sino captar los homenajes de los hombres; por ello deshace su prevención: *No recibo gloria de hombres.*

En segundo lugar, ellos no aman a Dios — lo sabe Jesús, que penetra hasta el fondo de sus corazones —, ¿cómo podrían amar a su Hijo, que él ha enviado? *Mas yo os he conocido que no tenéis el amor de Dios en vosotros.* Por ello llega a tal punto su ceguera y protervia, que no quieren recibir a Jesús, que viene en nombre del Padre; en cambio, si se presenta un falso Cristo que se jacte de ser enviado de Dios, pero que hable por su propio nombre, serán capaces de reconocerlo como Mesías: *Yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibís: si otro viniere en su nombre, a aquél recibiréis.* De hecho, nos dice la historia que en los primeros siglos de nuestra era fueron varios los falsos Mesías que sedujeron a gran parte de la nación judía, con promesas de libertad, gloria y dominación temporal.

La tercera causa de su incredulidad es el orgullo, la desmesurada ambición que les hacía buscar el aplauso de los hombres y las grandezas terrenas (Mt. 6, 1-5; 23, 5-12; Lc. 11, 43); con estas disposiciones era inútil pedirles el reconocimiento de la mesianidad de Jesús, pobre y humilde, que predicaba el renunciamento de todo: *¿Cómo podéis creer vosotros, que recibís la gloria de los unos de los otros: y no buscáis la gloria que de sólo Dios viene?*

Las consecuencias de su incredulidad serán fatales para los judíos. Tendrán ante el Padre un acusador terrible; no habrá necesidad de que el mismo Jesús los acuse: *No penséis que yo os he de acusar delante de mi Padre.* El acusador lo tienen ya precisamente en Moisés mismo, que ellos esperaban tener por defensor porque estudiaban su ley y la defendían con mil tradiciones: *Otro hay que os acusa, Moisés, en quien vosotros esperáis.* La razón de que tengan a Moisés por acusador es que aun cuando se jacten de ser sus disci-

pulos, no lo son en realidad; si creyesen a Moisés, creerían también a Jesús: porque no sólo las profecías mesiánicas, sino todas las instituciones mosaicas se referían a Jesús (Gen. 3, 15; 12, 3; 18, 18; 22, 18; 49, 10; Núm. 24, 17; Deut. 18, 15, etc.): *Porque si creyescis a Moisés, también me creeréis a mí: pues él escribió de mí.* Pero, si no creen a Moisés, a quien dicen venerar tan profundamente, ¿cómo creerán a Jesús y a sus palabras, ya que le tienen en mucho inferior a Moisés? *Mas si a sus escritos no creéis, ¿cómo creeréis a mis palabras?*

Así termina Jesús su discurso, encerrando a sus adversarios, como en anillo de hierro, dentro de su argumentación vigorosa. Su tesis es: Yo soy igual al Padre. Sus argumentos, la absoluta comunicación de su naturaleza y acción, la igualdad del poder vivificador, en el orden espiritual y corporal, y la identidad de potestad judicial. Los testimonios que avalan su tesis y sus argumentos son el milagro y la profecía.

Lecciones morales. — A) v. 18. — *Y por esto los judíos tanto más procuraban matarlo...* — Los primates de los judíos quieren matar a Jesús porque cura en sábado y se hace igual al Padre. Aparece en este hecho el contraste tan frecuente entre la conducta de Dios y la de los incrédulos: Dios, que se abaja en su misericordia hasta el hombre para comunicarle la luz de su verdad, siempre con la máxima garantía de certeza que el hombre por su naturaleza puede apetecer, porque Dios respeta los fueros de nuestra inteligencia y de nuestra libertad; y el hombre, que rechaza sin discusión la luz que Dios le brinda. Es el pecado del orgullo del espíritu que Dios castiga con la ceguera y la obstinación en el error, como lo hizo con los judíos: "Amaron los hombres más las tinieblas que la luz" (Ioh. 3, 19). Es la influencia del espíritu de tinieblas, que siente envidia de que sean iluminados los hombres. Debemos ser dóciles a las verdades que Dios, y en su nombre la Iglesia, nos propone. Dios no es avaro de luz: como nos ha hecho la misericordia de la verdad, nos ha hecho también la misericordia de la luz para verla y de la fuerza para creerla. Nunca será en menoscabo de nuestra inteligencia el acatamiento que le prestamos, sino que redundará en bien del espíritu, en el orden de la verdad natural y, sobre

todo, en el de la sobrenatural, que es el comienzo de la vida divina en nosotros.

B) v. 19. — *El Hijo no puede hacer por sí cosa alguna...* — No deben entenderse estas palabras, dice San Hilario, en el sentido con que diríamos que un artífice no puede hacer más que lo que ve hacer a otro, como si necesitara su ejemplo; ni en cuanto para cada obra necesite el Hijo recibir fuerza del Padre; que esto sería herético, porque haría al Hijo inferior al Padre, sino en cuanto, como quiera que en el Hijo su ver es su mismo ser, porque es Inteligencia substancial del Padre, no puede hacer más que lo que ve en su propia esencia, que es la misma del Padre, y la misma operación de ver es su esencia, común a las tres divinas Personas. Es decir, que en Jesucristo, en cuanto Dios, su naturaleza es visión, porque, como dice el Dante, es Luz intelectual, y no puede hacer más que lo que ve, porque en El es lo mismo hacer que ver. No tenían, pues, los arrianos, que zarandear tanto este texto para demostrar la inferioridad del Verbo con respecto a Dios y negar por consiguiente la divinidad de Jesús, de la que estas sus palabras son invicto testimonio.

C) v. 20. — *El Padre ama al Hijo y le muestra todas las cosas que él hace.* — Se encierra en estas palabras el tremendo misterio de la consubstancialidad del Hijo con el Padre; pero al mismo tiempo encierran el misterio de misericordia de la comunicación del Padre con nosotros por medio del Hijo. El Padre muestra al Hijo todas las cosas que él hace; la demostración es aquí la misma generación del Verbo: porque el Padre habla, y la Palabra que pronuncia es su mismo Hijo, eterno y consubstancial con él. No habla el Padre al Hijo, como entre los hombres, utilizando una palabra distinta del uno y del otro; sino que el Padre, hablando consigo mismo, produce una palabra que contiene todo su ser y su obrar. Y esta palabra es la Persona divina de Jesús. El misterio de misericordia está en que esta Palabra está entre los hombres, y se valió de una naturaleza humana para hablar a los hombres, sin intermediario, como lo hiciera en tiempos antiguos. Es lo que dice el Apóstol: "Hablónos Dios en distintas formas y maneras por medio de los profetas en la antigüedad: pero últimamente nos ha hablado por su mismo Hijo..." (Hebr. 1, 1). Así la palabra eterna del Padre se ha hecho palabra del hombre, y el pensamiento del Padre ha venido a ser pensamiento del hombre. Y éste es el prin-

cipio de la vida eterna en nosotros. Por ella somos injertados en Dios. La palabra del Padre, que es el Hijo de Dios por generación eterna, nos hace a nosotros hijos de Dios por adopción en el tiempo.

D) V. 21. — *El Hijo da la vida a los que quiere.* — De la misma manera que el Padre, porque tiene la misma voluntad y el mismo querer que el Padre, y esto en virtud de su naturaleza divina. Es el misterio tremendo de la predestinación, que depende sólo de la voluntad de Dios, porque ni la gracia ni la gloria, que son la vida de que habla aquí Jesús, son de quien quiere, sino de la misericordia de Dios, dice el Apóstol. Pero ante este misterio no debemos temblar, porque tenemos la seguridad de que no se pierde, es decir, no muere a la vida de Dios sino el que quiere, porque Dios quiere que todos los hombres sean salvos y a todos da el auxilio necesario para salvarse. "Si no estás predestinado, decían los antiguos teólogos, haz de manera de serlo."

E) V. 23. — *Quien no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió.* — Es una consecuencia de la consubstancialidad del Hijo con el Padre: quien injuria a Jesús injuria a Dios. Al Padre y al Hijo se les debe todo honor y gloria; negársela, o, lo que fuera peor, injuriar al Hijo, es hacer injuria al Padre, inseparable de él. Este pensamiento es de gran consuelo para nosotros creyentes; porque el Padre nos ha facilitado una manera de rendirle nuestros honores al dar al Hijo, que tiene una misma naturaleza que nosotros, que vive entre nosotros, el honor y gloria que le debemos. El Sacrificio de la Misa y el Sagrario adquieren fuerte relieve a la luz de este apotegma de Jesús.

F) V. 30. — *Así como oigo, juzgo; y mi juicio es justo...* — Y esto es cierto de Jesús, así se considere su naturaleza divina como la humana, dice San Agustín; porque en cuanto Dios que es, lo mismo es en él ser, que ver, que juzgar; y como es la justicia esencial, no puede dejar de ser justo su juicio; y en cuanto es Hijo del hombre, por la sujeción al Padre y por la santidad de que estaba colmado, no puede dejar de juzgar justamente lo que oye, ni su juicio puede dejar de ser justo. — Lo cual nos debe llenar de santo temor, en cuanto sólo serán por él juzgadas justas las obras que se ajusten a la voluntad del Padre, que es la suya; y al mismo tiempo de esperanza, porque, como dice el Apóstol, tenemos la seguridad de que no nos negará la merced justamente ganada al justo Juez (2 Tim. 4, 8).

G) v. 40. — *Y no queréis venir a mí para tener vida...* — Este amarguísimo reproche de Jesús a los judíos nos lo podría repetir a nosotros. Tenemos el milagro y la profecía; tenemos exhortaciones y ejemplos; tenemos la brillantísima historia de la Iglesia; tenemos la luz y los toques interiores de la gracia; todo lo que nos rodea es una gran sollicitación para que vayamos sin reservas a Jesús, en quien está la vida. No obstante, seguimos caminos que nos conducen a la muerte. Así hacemos estéril la misión de Jesús, que vino al mundo para que tuviésemos vida espiritual abundante, y nos exponemos a la tremenda desgracia de la muerte eterna que, como dice San Agustín, comprende toda muerte.

H) v. 43. — *Si otro viniere en su nombre (del Padre), a aquél recibiréis.* — Es la historia de siempre, en el orden del pensamiento humano: no cree el hombre a Dios; pero tiene la desgracia, hambriento de Dios como está por ley de su naturaleza, de creer en todas las fábulas que se le proponen en nombre de Dios. No aguantan la sana doctrina, dice el Apóstol. y se nutren de cualquier conseja (2 Tim. 4, 4). Ahí está la historia de las falsas religiones, de toda suerte de supersticiones y de toda suerte de herejías para confirmarlo. ¡Desgracia tremenda la del pensamiento del hombre cuando se desase de Dios! En nuestros mismos días, cuando parece que las mayores luces conquistadas y la experiencia de tantos siglos debía hacer más avisados a los hombres, caen éstos en las mismas aberraciones de los pasados siglos, ataviadas con ropaje nuevo. Modernistas, rotarios, teosofistas, ligas del bien obrar, etc., no son más que nuevas formas del agnosticismo, del panteísmo, del maniqueísmo que hace miles de años hacen su curso con la historia humana, engañando y perdiendo a los hombres en nombre de un Dios que no les envió.

PERIODO SEGUNDO

EN LA GALILEA

44. — LOS DISCIPULOS COGEN ESPIGAS EN SABADO: Mt. 12. 1-8

(Mc. 2.^o 23-28; Lc. 6. 1-5)

¹ En aquel tiempo **caminaba** Jesús por unos sembrados en un sábado ² *segundo-primero*: y sus discípulos, como tuviesen hambre, comenzaron, **según** caminaban, a coger espigas y a comer, ³ *estregándolas con las manos*. ⁴ Mas al verlo los fariseos, dijéronle: Mira, tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado. ⁵ Pero él les dijo: ¿No habéis leído lo que hizo David cuando ⁶ *tuvo necesidad y padeció hambre*. ⁷ *Él y los que con él estaban?* ⁸ ¿Cómo entró en la casa de Dios ⁹ *en tiempo de Abiatar, príncipe de los sacerdotes*, ¹⁰ *tomó y comió los panes de la proposición*, ¹¹ *y dió a los que con él estaban*, los que no le era lícito comer a él, ni a los que con él iban, sino a solos los sacerdotes? ¹² O ¿no leísteis en la ley que en los sábados los sacerdotes en el Templo quebrantan el sábado y no pecan? ¹³ Pues digoos que está aquí el que es mayor que el Templo. ¹⁴ Y si supierais qué es: Misericordia quiero y no sacrificio, jamás condenaríais a los inocentes. ¹⁵ *Y decíales: Por el hombre se hizo el sábado, y no el hombre por el sábado*. ¹⁶ Porque Señor es del sábado el Hijo del hombre.

Explicación. — En el primer Evangelio se sitúa este hecho en un tiempo muy posterior al en que sucedió, obedeciendo al orden sistemático, no cronológico, que Mt. se propuso. En cambio, Mc. y Lc. lo colocan en el tiempo que le corresponde. El lugar en que ocurre es la Galilea, probablemente

en un campo de las inmediaciones de Cafarnaúm, adonde se habría Jesús trasladado después de su segunda Pascua. Con todo, el sitio que ordinariamente se indica a los peregrinos como campo de las espigas y que recientemente hemos visto, está emplazado en la llanura de Hattin, en el camino que va de Caná a Tiberíades. El día, que era sábado, lo concreta Le. diciendo que era el sábado segundo-primero: aunque son contradísimas las opiniones de los exégetas relativas al sentido de esta expresión, que no se halla en ninguna otra parte del Antiguo ni del Nuevo Testamento, parece ser que el sábado "segundo-primero" era el siguiente al de la Pascua y así sucesivamente hasta el "séptimo-primero", que era Pentecostés. En esta hipótesis, Jesús, celebrada la Pascua en Jerusalén, donde pronunció el discurso del número anterior, regresaría inmediatamente a la Galilea.

Allí le aguarda el puritanismo farisaico para plantearle, como en Jerusalén, la cuestión del descanso sabático. Sobre este punto era ya la ley muy rigurosa: ni se podía encender el fuego en tal día (Ex. 35, 3), ni llevar peso alguno (Jer. 17, 21), ni arar ni segar (Ex. 34, 21). Los escribas con sus interpretaciones habían llegado a extremos inverosímiles: ni se podía, según ellos, deshacer un nudo, ni escribir dos letras, etc.; coger una espiga y desgranarla entre las manos era equiparado a segar y trillar, porque consentía la ley, entrar en sembrado ajeno y coger unas espigas y desgranarlas para matar el hambre en días ordinarios (Deut. 23, 25). Esto último hicieron los discípulos del Señor un día de sábado, pasando con el Maestro por un campo sembrado: *En aquel tiempo caminaba Jesús por unos sembrados en un sábado segundo-primero: y sus discípulos, como tuviesen hambre, comenzaron, según caminaban, a coger espigas y a comer, estreñiéndolas con las manos.* Los fariseos, que seguían de cerca la comitiva de Jesús, escandalizáronse por ello, llamando sobre el caso la atención del Señor: *Mas al verlo los fariseos, dijéronle: Mira, tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado.* La conducta de los discípulos es el pretexto; el ataque va contra el Maestro que tal consiente.

La respuesta de Jesús es enérgica, ceñida; y demuestra con cuatro razones la legitimidad de la conducta de sus discípulos. La primera es el ejemplo de David, Rey santo, celador de la ley, que se hallaba también hambriento, como sus discípulos, e hizo cosa mucho más grave que la que éstos hacen en este momento, a saber, comió con sus acompañantes los panes de la proposición, manjar sagrado que se renovaba semanalmente dentro del Tabernáculo y que no podían comer más que los sacerdotes: *Pero él les dijo: ¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo necesidad y padeció hambre, él y los que con él estaban?* Refiérese Jesús a lo que se cuenta en 1 Reg. 21, 4-6, cuando Aquimelec, padre de Abiatar, dió a David el pan santificado que, por tan sagrado era tenido, que sólo podían comerlo los sacerdotes, y aun en lugar sagrado (Lev. 24, 9): *¿Cómo entró en la casa de Dios, es decir, en el Tabernáculo, que estaba entonces en Nob, en tiempo de Abiatar, príncipe de los sacerdotes y observantísimo de la ley, tomó y comió los panes de la proposición, y dió a los que con él estaban, los que no le era lícito comer a él, ni a los que con él iban, sino a solos los sacerdotes?* Por lo mismo, una ley ceremonial puede cesar de ser obligatoria cuando urgen necesidades de orden superior.

Segunda razón: La ley del reposo sabático no se aplica al Templo, donde los sacerdotes, custodios de la ley, hacen cuanto se requiere para los sacrificios, que aquel día de fiesta se duplican: matar las víctimas, despellejarlas, cortar sus carnes, hacinar la leña, etc., todo ello sin violación formal del sábado: *O ¿no leísteis en la ley* (Lev. 24, 8; Num. 28, 9, etc.) *que en los sábados los sacerdotes en el templo quebrantan el sábado y no pccan?* Pues bien: yo soy más grande que el Templo, porque soy su Señor, y estos que me acompañan cumplen un ministerio más sagrado que el de los sacerdotes en el Templo; porque si el Templo es la casa de Dios, en mí habita substancialmente la divinidad (Col. 2, 9), y si es santo el oficio de los sacerdotes en el Templo, no lo es menos el de mis discípulos, siguiéndome a mí y aprendiendo de mí, que soy más grande que el Templo: *Pues dígoos que aquí está el que es mayor que el Templo.*

Tercera razón: El precepto de la caridad prohíbe condenar a los inocentes, y es cosa mejor hacer una obra de misericordia que ofrecer un sacrificio (Os. 6, 6): *Y si supiereis qué es: Misericordia quiero y no sacrificio, jamás condenaréis a los inocentes.*

Cuarta razón: El descanso sabático fué instituído para salvaguardar y promover el bien corporal y espiritual del hombre; tiene razón de medio y no de fin; por consiguiente, si por circunstancias especiales la observancia del sábadó daña al cuerpo o al alma, cesa de urgir el precepto: *Y decíales: Por el hombre se hizo el sábadó, y no el hombre por el sábadó.*

Quinta razón: es la suprema: Jesús es el Señor del sábadó; es decir, es el Señor del día del Señor, con lo cual afirma su divinidad; por lo mismo, puede interpretar la ley, e incluso puede abolirla; nadie puede reprochar a sus discípulos lo que él les ha consentido: *Porque Señor es del sábadó el Hijo del hombre.*

Lecciones morales. — A) V. 1. — *Y sus discípulos comenzaron a coger espigas...* — Admiramos la frugalidad y la tenacidad de los discípulos del Señor. La frugalidad la demuestra el hecho de que se vean obligados por el hambre a comer unos granos de trigo de campo ajeno, no habiendo podido matar su hambre en una comida ordinaria, que a nadie falta. La tenacidad, en no dejar por ello al Señor, aun a costa de tanto sacrificio. Esta suma sobriedad y esta inquebrantable adhesión a Jesús son un reproche a nuestra vida muelle y a la facilidad con que las inevitables penalidades que importa el seguir a Jesús nos hacen a veces abandonar su camino y compañía.

B) V. 2. — *Mira, tus discípulos hacen lo que no es lícito...* — Por una imperiosa necesidad de orden natural, los discípulos de Jesús infringen un precepto de orden puramente legal: Jesús declara que han obrado legítimamente. Es que dentro de la ley hay jerarquías, y en el aparente conflicto de dos preceptos prevalece el mayor. Así, por ejemplo, la ley del ayuno cede ante la exigencia de la conservación de la salud del cuerpo; la ley del descanso dominical, ante una evidente necesidad o una exigencia de la caridad, etc. Sólo que se han de pesar con mucha prudencia los motivos que juzgamos pueden excusarnos de una ley, no sea que incurramos en pecado por habernos subs-

traído sin razón bastante a su observancia. En este punto es el mejor guía una persona ilustrada y de criterio justo.

c) v. 3. — *¿No habéis leído lo que hizo David...?* — El espíritu farisaico es abominable al Señor, y es opuesto diametralmente al verdadero espíritu cristiano. Este es de claridad y serenidad y libertad bien entendida: “Donde está el espíritu del Señor, allí la libertad” (2 Cor. 3, 17); aquel es espíritu mezquino, cicatero, que llega a la ridiculez en la observancia de ciertos preceptos de orden material; pero que en otros más graves, que son como los soportes y la garantía del orden moral y espiritual, es tolerante hasta el exceso. Habrá quien se escandalice de una palabra grosera que pronuncie un pobre mal educado, y no será capaz de hacerle la misericordia de un consejo, de una limosna o de una lección caritativa. No querrá un mal devoto dejar su devoción favorita, a veces desviada, y no sentirá escrúpulo de infringir un grave precepto de la ley de Dios o de la Iglesia.

d) v. 7. — *Y si supiereis... jamás condenaríais a los inocentes.* — Admiramos la caridad, la dulzura y la energía de Jesús al defender a sus amados discípulos de las inculpaciones que los fariseos les dirigen. No se contenta con legitimar el acto que se les reprocha, ni con sentar la verdadera doctrina en lo tocante al descanso sabático; sino que toma pie de ahí para proclamar su inocencia e inculpar de una falta más grave a sus adversarios: “Si supiereis lo que es: Misericordia quiero y no sacrificio, jamás condenaríais a los inocentes”. Jesús es el poderoso Abogado de los que le siguen y quieren: “Tenemos por abogado a Jesucristo justo...” (1 Joh. 2, 1).

45. — CURACIÓN DEL HOMBRE DE LA MANO SECA

Mt. 12, 9-14

(Mc. 3, 1-6; Lc. 6-11)

° Y habiendo pasado de allí, vino ^{mc} y *entró de nuevo*, ² *otro sábado*, a la sinagoga de ellos ¹ y *enseñaba*, ^o y he aquí ^{mc} *estaba allí* un hombre que tenía la mano ¹ *derecha seca*. ^{mc} Y *acercábanle* ¹ *los escribas y los fariseos por si* (Jesús) *curaría en sábado, para hallar por donde acusarle*, y le preguntaban, diciendo: *¿Es lícito curar en los sábados?* Para acusarle, ¹ *Mas*

él sabía los pensamientos de ellos. y dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate y ponte en medio. Y, levantándose, se puso en pie. Y Jesús les dijo: Os pregunto: ¿Es lícito en los sábados hacer bien o hacer mal, salvar la vida o perderla? ¹⁰ Mas ellos callaban. ¹¹ Y él, ¹² Jesús, les dijo: ¿Qué hombre habrá de vosotros que tenga una oveja, y si ésta cayere el sábado en un hoyo, por ventura no echará mano y la sacará? ¹³ Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Así que es lícito hacer bien en los sábados. ¹⁴ Entonces, ¹⁵ mirándolos en derredor ¹⁶ a todos ¹⁷ con ira, entristecido de la ceguera de su corazón, dice al hombre: Extiende tu mano. Y la extendió, y se le volvió sana, como la otra. ¹⁸ Y ellos se llenaron de furor, y hablaban los unos con los otros qué harían a Jesús. ¹⁹ Mas los fariseos, saliendo de allí ²⁰ al punto con los herodianos, consultaban contra él, cómo harían para perderle.

Explicación. — Por tercera vez se suscita la cuestión del descanso sabático entre Jesús y los fariseos; ahora la querrela va directamente contra el Señor. Ignórase la localidad en cuya sinagoga ocurrió el suceso, que tuvo lugar otro sábado distinto del en que sucedió el episodio de las espigas. Y habiendo pasado de allí, del campo en que sus discípulos habían cogido las espigas, vino y entró de nuevo, otro sábado, a la sinagoga de ellos y enseñaba. Entre los concurrentes a la religiosa asamblea había un hombre “que había sido albañil y mendigaba” — según el evangelio de los Nazarenos —, y que tenía una mano seca, la derecha, es decir, paralizada por falta de jugos vitales. No es improbable que los mismos fariseos le hicieran venir a la sinagoga para provocar el conflicto: Y he aquí estaba allí un hombre que tenía la mano derecha seca. Y acobhábanle los escribas y los fariseos por si (Jesús) curaría en sábado, para hallar por donde acusarle. Tal vez la tardanza de Jesús en curar hizo que se precipitaran sus adversarios, planteándole una cuestión de carácter general: y le preguntaban, diciendo: ¿Es lícito curar en los sábados? Para acusarle. Era durísima la ley sobre este punto, tal como la habían interpretado los escribas: no era lícito violar el sábado sino en caso de peligro de muerte del enfermo; ni reducirse una fractura, ni prestar los ordinarios

cuidados, ni la visita del médico era consentida el día de fiesta.

A la solemnidad de la pregunta responde Jesús dando solemnidad extraordinaria a la escena: *Mas él sabía los pensamientos de ellos, y dijo al hombre que tenía la mano seca Levántate y ponte en medio. Y, levantándose, se puso en pie. Y Jesús les dijo: Os pregunto: ¿Es lícito en los sábados hacer bien o hacer mal, salvar la vida o perderla? La pregunta de Jesús era apremiante; ellos, que habían querido poner en apretura a Jesús, se encuentran cogidos, no sabiendo qué responder: Mas ellos callaban.*

Entonces les acosa aún más, haciéndoles un argumento *ad hominem*: la ley consiente que se ayude en sábado a una bestia a salir del hoyo en que ha caído (Dent 22, 4); si es lícito hacer bien a una bestia, ¿cuánto más lo será hacerlo a un hombre? Y él, Jesús, les dijo: *¿Qué hombre habrá de vosotros que tenga una oveja — es delicadísima la comparación —, y si ésta cayere el sábado en un hoyo, por ventura no echará mano y la sacará? Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Y ante el silencio de sus enemigos, saca él mismo la fácil conclusión de su argumento: Así que es lícito hacer bien en los sábados. Ha generalizado Jesús la pregunta y la respuesta, sacando la cuestión de los estrechos moldes en que la habían planteado sus adversarios.*

El argumento de Jesús es aplastante, y deja en bochornoso silencio a sus adversarios. *Entonces, el momento es de emocionante dramatismo, mirándolos en derredor a todos, como penetrando en el corazón de cada uno de ellos y acuciando sus conciencias con la severidad de su mirada; contra, manifestando en sus facciones el enojo que le producía tanta obstinación en el mal; entristecido de la ceguera de su corazón, doliéndole el alma de la obstinación que debía acarrear su ruina, dice al hombre: Extiende tu mano; la mano, hasta entonces rígida e inmóvil, obedece a la voluntad del Señor y a la del enfermo: Y la extendió; la palabra de Jesús le ha devuelto la flexibilidad y el vigor de la izquierda. Y se le volvió sana como la otra.*

La misericordia de Jesús exacerbó la rabia de los fari-

seos: *Y ellos se llenaron de furor, de rabia insana ante su impotencia y su derrota. Como sucede en estos casos, la malicia de todos se multiplica con el contacto para dar una resultante que a todos plazca: Y hablaban los unos con los otros qué harían a Jesús: ya sienten la sed de su sangre. Júntanse en los mismos perversos designios fariseos y herodianos, que salen juntos de la sinagoga en unidad de sentimientos: Mas los fariseos, saliendo de allí al punto con los herodianos, consultaban contra él. Confabulábanse, no ya para ver qué harían de Jesús: su designio es ya firme: quieren perderle; se trata solamente de arbitrar la manera de hacerlo. Cómo harían para perderle.*

Lecciones morales. — A) v. 10. — *Y acechándole los escribas y los fariseos...* — La envidia es el ojo torcido que hace ver al envidioso, en el obrar ajeno, el mal que no hay, e incluso llega a transformar el bien en mal. Así sucede con los fariseos respecto de Jesús: le preguntan si es lícito curar en los sábados; para que si no cura, dice San Jerónimo, puedan argüirle de cruel o de incapaz de hacerlo; y si cura, le condenen por transgresor de la ley. En la estimación de los demás, nuestro juicio debe estar siempre informado de la buena intención; ésta es hija de la caridad.

B) v. 11. — *¿Qué hombre habrá de vosotros que tenga una oveja...?* — Jesús, al par que resuelve la cuestión dogmática del descanso sabático, condena la avaricia de sus adversarios al proponerles el ejemplo de la oveja. Como si les dijera: Vosotros, en sábado, si os cae en una fosa un animal de vuestra propiedad, lo sacáis no por el animal, sino por vuestra avaricia, que no consiente que se pierda lo que es vuestro. En cambio, sois tan menguados, que cuando no se atraviesa vuestro bien, aunque se trate de la vida del prójimo, no sois capaces de concebir un acto bueno en su favor. Para que aprendamos que a veces, y con la debida caridad, es oportuno redargüir al prójimo, cuando injustamente nos ataca, insinuándole que no está libre de defectos.

C) v. 12. — *Así que es lícito hacer bien en los sábados.* — Porque el día de fiesta, dice San Agustín, debe ser día de descanso de toda obra mala; como en el descanso eterno del cielo, que será una fiesta perdurable, no habrá ni sombra de mal obrar.

¡Pero, cuántos cristianos convierten el día de fiesta, al descansar de las obras serviles, si es que descansan del trabajo, en día de obras malas, no cumpliendo los preceptos de la Iglesia, entregándose a diversiones y pecados!

D) V. 13. — *Extiende tu mano. Y la extendió.* — El hombre de la mano seca, dice Rábano Mauro, significa el género humano, que tenía paralizada la mano derecha del bien obrar por haberla extendido al árbol del mal en el paraíso; pero fue curada por la mano inocente de Jesús extendida en la Cruz. Además, la estéril debilidad del alma de ninguna manera mejor se cura que alargando la mano haciendo limosnas; de lo que nos da ejemplo admirable Jesús, cuando con tanta generosidad alarga su mano para hacer a los hombres los beneficios de su inmensa caridad.

E) V. 11, Lc. — *Y ellos se llenaron de furor.* — Llenáronse de la ira que da tinieblas y desconcierto en el obrar. Porque como dirá más tarde Jesús, si nuestro ojo es sencillo y puro, todo nuestro cuerpo será lúcido, es decir, andaremos siempre y en todo por los caminos de la luz; pero si es malo, enfermo o desviado, todo en nosotros será tinieblas. Es malísima consejera la envidia. Así como la caridad pone luz en el pensamiento y en el corazón, la envidia, que es el polo opuesto, nos obliga a lo inverosímil, a lo que desdice de nuestro temperamento, de nuestro estado, de nuestra cultura, y sobre todo de nuestro espíritu cristiano. Matemos en nosotros el primer movimiento de la roedora envidia, que nos corroee a nosotros y es a veces causa de la ruina de los demás.

46. — JESUS SE RETIRA AL LAGO DE GENESARET Y OBRA NUMEROSAS CURACIONES: Mt. 12, 15-21 (Mc. 3, 7-12)

¹⁶ Y Jesús, sabiéndolo, se retiró de allí ^{Mc} con sus discípulos hacia el mar; y en pos de él fueron muchos ^{Mc} de la Galilea, y de la Judea, y de Jerusalén, y de la Idumea, y de la Transjordania: y los de la comarca de Tiro y de Sidón, una gran muchedumbre, al oír las cosas que hacía, vino a él. Y dijo a sus discípulos que le dispusieran una barquilla, a causa de la muchedumbre, para que no le oprimiese. Porque sanaba a muchos, de manera que se lanzaban a él para tocarle cuantos tenían do-

lencias. Y a todos ellos los curó. ¹⁶ Y cuando le veían los espíritus inmundos, se postraban ante él y, gritando, decían: Tú eres el Hijo de Dios. ¹⁷ Y mandóles que no le descubriesen, ¹⁸ para que se cumpliera lo que fué dicho por el profeta Isaías, que dice: ¹⁹ He aquí mi siervo que escogí, mi amado en quien se agradó mi alma. Pondré mi espíritu sobre él, y anunciará justicia a las gentes. ²⁰ No contendrá, ni voceará, ni oírán ninguno su voz en las plazas. ²¹ No quebrará la caña que está cascada, ni apagará la torcida que humea hasta que saque a victoria el juicio. ²² Y las gentes esperarán en su nombre.

Explicación. — No se escapó a Jesús la confabulación de sus enemigos para perderle, después de la curación del hombre de la mano seca. Y porque no había llegado aún su hora, para que no se exacerbaran más las pasiones de ellos y entrando en sí, en la meditación solitaria de lo que habían visto, tuvieran lugar de penitencia, dejó la localidad donde estaba y se retiró a alguno de los parajes solitarios contiguos al mar de Tiberíades: *Y Jesús, sabiéndolo, se retiró de allí con sus discípulos hacia el mar.* Varias veces obró así Jesús ante la ira de sus enemigos (Mt. 2, 14; 14, 13; Lc. 4, 30; Joh. 8, 59; 12, 36). Sus discípulos, entre ellos San Pablo, y más tarde en la historia de la Iglesia, imitarán la conducta de Jesús en tiempo de injustas persecuciones.

Las turbas quedaron fieles a Jesús: contrastando su conducta con la de los poderosos fariseos, le siguieron las gentes en gran multitud, atraídas por la fama de los prodigios que obraba: *Y en pos de él fueron muchos de la Galilea, donde había obrado aquellos prodigios. Y no sólo de allí, sino que de las cuatro partes del horizonte concluyeron las turbas para ver y oír a Jesús: Y de la Judea, y de Jerusalén, centro de la nación y donde tantos enemigos contaba Jesús; y de la Idumea, gente pagana e indómita; y de la Transjordania, al oriente del río; y los de la comarca de Tiro y de Sidón, en el litoral del Mediterráneo, donde vivía la gente de negocios. Y ponderando, con una expresión enfática, la inmensa multitud que se agolpaba alrededor de Jesús, dice el Evangelista: Una gran muchedumbre al oír las cosas que hacía, vino a él.*

Tan copiosa era la muchedumbre que allí había confluído, que tuvo que decirles a sus discípulos le dispusiesen una barquilla para aislarle, por el peligro que corría de ser atropellado: *Y dijo a sus discípulos que le dispusieran una barquilla, a causa de la muchedumbre, para que no le oprimiese.* Y era mayor el peligro porque las multitudes, convencidas del poder de Jesús y de que bastaba tocarle para verse libres de sus dolencias, se lanzaban a él con ímpetu: *Porque sanaba a muchos, de manera que se lanzaban a él para tocarle cuantos tenían dolencias. Y a todos los curó.*

Una clase de enfermos nombra especialmente Marcos: los posesos del demonio que, al verle y reconocerle por Hijo de Dios, le rendían el homenaje forzoso de su servidumbre: *Y cuando le veían los espíritus inmundos, se postraban ante él y, gritando, decían, confesando la dignidad de Jesús: Tú eres el Hijo de Dios.* Era el mismo demonio quien, por medio del cuerpo de los posesos significaba su sujeción y proclamaba que Jesús era Dios. Pero no estaban aún las turbas preparadas para el reconocimiento de su divinidad, y era preciso evitar todo motivo de conmoción en el pueblo, ya en tensión por la inminencia de la venida del Mesías; por esto les impone silencio sobre este punto: *Y mandóles que no le descubriesen.* Así podrá pacíficamente predicar su doctrina.

En esta dulce figura de Jesús, lleno de suavidad y mansedumbre, clemente para con los fariseos que quisieran matarle y misericordioso con las turbas a las que da su doctrina y la salud corporal, que huye del estrépito de las pasiones populares, San Mateo ve la realización del hermoso oráculo de Isaías, 42, 1-4, que reproduce libremente del hebreo, con un añadido de la versión de los Setenta: *Para que se cumpliera lo que fué dicho por el profeta Isaías, que dice...* Introduce aquí Isaías a Dios hablando del Mesías, su siervo, cuyas cualidades y sublime misión describe: Jesús, Hijo de Dios que ha tomado la forma de siervo, es todavía, en esta forma, el amado de Dios, y está lleno de su espíritu, para anunciar a todas las naciones el derecho divino, la rectitud delante de Dios, y por lo mismo, la doctrina y la ley de Dios:

He aquí mi siervo que escogí, mi amado en quien se agradó mi alma. Pondré mi espíritu sobre él, y anunciará justicia a las gentes. Será humilde y pacífico, no siendo amador de conflictos ni litigios: No contendrá, ni vocará, ni oirá ninguno su voz en las plazas. No exacerbará a los débiles, pecadores y oprimidos, figurados por la caña cascada y la mocha que humea, sino que los bendecirá y consolará: No quebrará la caña que está cascada, ni apagará la torcida que humea; hasta que su bondad y condescendencia haga triunfar la justicia, es decir, el Evangelio, y salga en todas partes victorioso el derecho de Dios: Hasta que saque a victoria el juicio. Hasta las naciones de la gentilidad llegará la salud del Salvador: Y las gentes esperarán en su nombre.

Lecciones morales. — A) v. 15. — *Y Jesús, sabiéndolo, se retiró de allí.* — Dejó el Señor a quienes le odiaban, y ello fué causa de su reprobación; y se fué adonde había muchos que le esperaban con amor, y les hizo grandes beneficios. Eran aquéllos poderosos y letrados; la turba que le sigue está formada de sencillos e indoctos. Para que sepamos que a Jesús se le debe buscar con amor ingenuo y sencillo, y ello es prenda de su compañía y de sus dones; en cambio, le aleja de nosotros el frío desamor, cuanto más el desdén y el odio, del que Dios nos libre.

B) v. 16. — *Y mandóles que no le descubriesen.* — Jesús impone el silencio a los enfermos y endemoniados a quienes cura; con ello nos enseña a no buscar la notoriedad y las alabanzas cuando hagamos alguna cosa digna de encomio.

C) v. 18.19. — *Pondré mi espíritu sobre él... No contendrá ni vocará...* — La plenitud del Espíritu de Dios vino sobre Jesús en el momento de la encarnación y fruto de esta plenitud es esta mansedumbre y humildad que se revela en este pasaje del Evangelio. Los frutos del Espíritu Santo son: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre... (Gal. 5, 22). Debemos pedirle a Jesús su Espíritu, que es el mismo Espíritu Santo, para que no seamos pendencieros, ni hombres de vida clamorosa, sino mansos y humildes, que no dañemos a nadie, ni indebidamente interrumpamos la paz en que viven los demás.

D) v. 20. — *No quebrará la caña que está cascada, ni apagará la torcida que humea.* — Quien no alarga al pecador su mano ni

le ayuda a llevar su carga, dice San Jerónimo, éste es el que rompe la caña cascada; y el que desprecia la diminuta chispa de fe en los pequeños, éste es el que apaga la torcida humeante. Ninguna de estas cosas hizo Jesús, que vino para salvar lo que estaba perdido.

E) v. 21. — *Y las gentes esperarán en su nombre.* — A la letra se ha cumplido el oráculo de Isaías. La parte mayor y mejor de la humanidad, desde que Jesús apareció en el mundo, en Jesús espera. Esperan de El los individuos luz y fuerza, gracia y gloria, para lograr sus postreros destinos. Y esperan los pueblos, de la luz de su Evangelio, de la labor de sus apóstoles, de la eficacia de sus ejemplos, solución para todas las dificultades de orden social que en el camino de su historia se atraviesan. Quienes no esperan en Jesús, o están en sombras y tinieblas de muerte, o van sin rumbo, como navío sin luz, a estrellarse en todos los escollos en que es pródigo el mar inexplorado de los tiempos.

47. — ELECCION DE LOS APOSTOLES: Lc. 6, 12-16

(Mt. 10, 1-4; Mc. 3, 13-19)

Evangelio de la fiesta de San Bartolomé, vv. 12-19 (24 de agosto)

¹² Y aconteció en aquellos días que salió (Jesús) al monte a hacer oración, y pasó la noche orando a Dios. ¹³ Y cuando fué de día, llamó ^{mc} a sí a sus discípulos, ^{mc} a los que él quiso: y *vinieron a él*. Y escogió doce de entre ellos, a los que también llamó Apóstoles; ^{mc} para que estuviesen con él y para enviarlos a predicar. Y dióles potestad de sanar enfermedades y de lanzar demonios. ¹⁴ (Elegió) a Simón, a quien dió el sobrenombre de Pedro, y a Andrés, su hermano, a Santiago ^{mc} el del Zebedeo, y a Juan ^{mc} el hermano de Santiago, y les puso por nombre "Boanerges", esto es: "Hijos del Trueno", a Felipe y a Bartolomé. ¹⁵ A Mateo ^{mc} el publicano, y a Tomás, a Santiago el de Alfeo, y a Simón ^{mc} el Cananeo, llamado Zelotes, ¹⁶ y a Judas ^{mc} Tadeo el (hermano) de Santiago, y a Judas Iscariote, que fué el traidor.

Explicación. — Jesús había copiosamente sembrado la sementura de la divina doctrina en Galilea y Judea: con éxito

clamoroso en la Galilea, si se exceptúa su propia ciudad de Nazaret; con escaso resultado en Judea. En una y otra provincia se había levantado contra él el odio de escribas y fariseos, que no deberá cejar sino con su muerte. Esta es ya sólo cuestión de oportunidad, decretada como la tienen en su pecho sus enemigos. El ministerio personal de Jesús durará poco: no llegará a dos años desde esta fecha. Por ello Jesús, con miras divinas a la unidad y perpetuidad del reino de Dios que viene predicando, va a proceder al acto trascendental de la institución del Colegio Apostólico, sobre el que funde su futura Iglesia. De sus discípulos, bajo cuya general denominación vienen comprendidos todos los que profesan su doctrina, va a separar doce hombres, a los que de una manera especial hará partícipes de su autoridad, doctrina y misión. Con cierta solemnidad procede Jesús a la grande obra.

Y aconteció en aquellos días, cuando se había ya agudizado el conflicto entre Jesús y los fariseos, que salió al monte a hacer oración, y pasó la noche orando a Dios. Con la prolongada oración, en el silencio de la noche y en la soledad de un monte, preparaba Jesús la elección del día siguiente, rogando a Dios enviase su bendición a los futuros apóstoles. Fue probablemente el mismo monte de las Bienaventuranzas, sea el llamado "Cuerno de Hattin" u otro más próximo a Cafarnaúm. A la mañana siguiente, de entre los muchos discípulos que siguieron a Jesús a la montaña, llamó a sí a varios, a los que él mismo quiso, y vinieron a él; y de entre éstos eligió a doce, a los que dió el nombre de apóstoles, quienes, por el nombre que se les imponía, comprendieron que debían ser "enviados" por el mundo como legados y heraldos de Jesús: *Y cuando fué de día, llamó a sí a sus discípulos, a los que él quiso, en lo que se indica la absoluta libertad de su elección. Y vinieron a él, correspondiendo dóciles a la gracia singularísima de su elección.*

Algunos de ellos habían sido ya llamados al discipulado de Jesús; ahora el Maestro, empezando a constituir el orden jerárquico, les separa definitivamente de los demás y los junta a su persona, confiriéndoles poderes especiales: *Para*

que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, en lo que se indica el período de su formación y la misión consiguiente; y dióles potestad de sanar enfermedades y de lanzar demonios, confiriéndoles una participación graciosa de su poder taumatúrgico.

El número doce no carece de simbolismo, y parece referirse a los doce patriarcas fundadores de las doce tribus del pueblo de Dios; a ello alude Jesús cuando les dice que juzgarán las doce tribus de Israel (Mt. 19, 28). A causa del simbolismo místico de este número, Pedro, cuando el suicidio de Judas, dice que "conviene" llenar el vacío producido en el Colegio Apostólico (Act. 1, 21).

La lista de los doce apóstoles que nos da Lc., con algunas particularidades de los demás Evangelistas, es así: *Elegió a Simón, a quien dió el sobrenombre de Pedro, probablemente en este momento de su elección, con lo que se le indicaba a Pedro la especialísima dignidad de príncipe de los apóstoles a que sería elevado; y a Andrés, su hermano, a Santiago el del Zebedeo, y a Juan, el hermano de Santiago, y les puso por nombre "Boanerges", esto es: "Hijos del Trueno", ya por su carácter ardoroso, que se manifiesta en Mc. 9, 37, y Lc. 9, 54; ya por su predicación fogosa y elevada; a Felipe y a Bartolomé, probablemente Natanael de Caná; a Mateo el publicano, así se llama el mismo Mateo, y a Tomás, llamado Dídimo o "gemelo" (Ioh. 11, 16); a Santiago el de Alfeo, o hijo de Alfeo, que se llama también Santiago el Menor (Mc. 15, 40) y que es el autor de la carta católica de su nombre; a Simón el Cananeo, llamado Zelotes (Lc. 6, 15); a Judas Tadeo, a quien se llama también Judas de Santiago por ser hermano de Santiago el Menor (Lc. 6, 16); y a Judas Iscariote, que fué el traidor, así llamado por ser natural de Karioth, villa de la Judea, único Apóstol de esta provincia, pues todos los demás eran de la Galilea.*

Ofrecen sus particularidades los catálogos de los doce apóstoles que nos dan los sinópticos. Convienen todos en nombrar en primer lugar a Pedro, y en el último, con la nota infamante de traidor, a Judas. Asimismo los tres catálogos

están divididos en tres grupos de cuatro, comprendiendo cada grupo los mismos nombres, con el mismo apóstol al frente de cada grupo, aunque varían los tres restantes.

De la mayor parte de estos hombres poco se sabe. Elijiólos Jesús en la plenitud de su vigor físico, entre los veinte y los treinta años, a lo que parece. Eran casados la mayor parte de ellos. Cuanto al carácter, puede decirse que se completaban sus condiciones morales. Eran hermanos Pedro y Andrés, Santiago y Juan, y Santiago el Menor y Judas: estos últimos parecen ser primos de Jesús. La elección de Judas, hombre misérrimo y autor del máximo crimen que haya cometido hijo de hombre, es un misterio escondido en los designios de Dios sobre esta infeliz criatura.

Lecciones morales. — A) v. 12. — *Y pasó la noche orando a Dios.* — El Hijo de Dios se entrega a prolongada oración ante la grande obra de la elección de sus apóstoles; ello nos enseña la necesidad de redoblar nuestras oraciones en los negocios graves que nos ocurran. Y ora, dice San Cirilo, en la forma que quiere que oremos; separados y en secreto, sin que nos turbe la solitud de las cosas del mundo, para que con mayor facilidad pueda remontarse a Dios nuestro pensamiento. Del ejemplo de Jesús que se retira al monte antes de elegir los Apóstoles, la Iglesia ha adoptado la costumbre de hacer preceder a las ordenaciones de los ministros sagrados el ayuno y la pública oración. En nuestras oraciones no debemos olvidar nunca la sagrada jerarquía de los ministros de la Santa Iglesia, especialmente en las Cuatro Témperas del año eclesiástico, en que se acostumbran celebrar las Ordenaciones.

B) v. 13. — *Y escogió doce de entre ellos...* — Fijémonos en los planes y consejos de Dios al elegir a los Apóstoles, dice San Ambrosio: no escoge hombres sabios, ricos o nobles, sino pescadores y publicanos; para que no pareciese que las riquezas o el poder de la nobleza hubiesen atraído a algunos a su gracia; y para que se viese que lo que prevalecía en la conquista espiritual del mundo era la fuerza de la verdad, no la sutilidad de la ciencia y del ingenio.

C) v. 14, Mc. — *Para que estuviesen con él y para enviarlos a predicar.* — Primero están con él, y luego, les envía a predicar. Para que se entienda que el predicador del reino de Dios, antes

de esparcir por el mundo la divina palabra, debe formarse, poniéndose en contacto con Jesús, para ser apto instrumento de apostolado. Por ello la Iglesia, informada del Espíritu de Jesús y su depositaria, sujeta a sus futuros ministros a una larga y penosa formación, para que sean en su día buenos pedagogos del pueblo cristiano, imitadores del Sumo Pedagogo Jesús. Pidamos a Dios por nuestros Seminarios para que, continuadores como son de la obra de Jesús, sean buenos y copiosos semilleros de santos y sabios apóstoles en la santa Iglesia.

D) v. 16. — *Y a Judas Iscariote, que fué el traidor.* — Fué elegido Judas Iscariote Apóstol del Señor, no imprudentemente, sino providencialmente, según San Agustín. Porque Jesús había tomado las humanas flaquezas, quiso someterse a la gran flaqueza humana de la traición: quiso ser entregado por su apóstol para que tú, al ser traicionado por el compañero o amigo, sufras con paciencia haber errado en tu juicio sobre el amigo y haber perdido el beneficio que de su amistad podías reportar. Por lo demás, empecemos a admirar aquí la caridad profunda que usa Jesús con este hombre de perdición: le llama a sí, aun sabiendo su defección horrenda; le acompañará con su amor y con su gracia hasta el mismo momento de ser entregado por él a sus enemigos y a la muerte.

48. — EL SERMÓN DE LA MONTAÑA: Mt. 5, 1-7, 29
Lc. 6, 17-49. — GENERALIDADES

OCASIÓN Y LUGAR. — Fué pronunciado este discurso, indudablemente el más fundamental de la predicación de Jesús, en los comienzos del segundo año de su ministerio público, algún tiempo después de la Pascua, y cuando, empezada su misión en la Galilea, acababa de elegir a sus doce apóstoles. El lugar no lo determinan los evangelistas: Mt. nos dice que subió a un monte (5, 1); mientras que Lc. afirma que bajó del monte, adonde había subido para orar, junto con los discípulos a quienes acababa de elegir, y se paró en una llanura donde pronunció el sermón famoso: "Y bajando con ellos se paró en un lugar campestre..." (6, 17). Ambas afirmaciones pueden conciliarse, admitiendo la opinión de que el monte no era el Tabor, como entiende San Jerónimo, sino el que en el

lenguaje del país se llama hoy los “Cuernos de Hattin”, y “Montaña de las Bienaventuranzas”, aunque este apelativo no se remonta más allá del tiempo de las Cruzadas. Son los Cuernos de Hattin dos prominencias en que termina de norte a sur la colina de Hattin, que se eleva a unos 60 metros sobre la llanura y a unos 360 sobre el Mediterráneo.

La situación de este monte, aislado y prominente, cuya silueta ofrece en su parte superior la semejanza de dos cuernos, explica la denominación de “el monte”, con artículo, que le da Mt., y el hecho de que en él confluyeran gentes de la Galilea, de la Decápolis, de Jerusalén, de la Judea y de la región transjordánica (Mt. 4, 25), por ocupar un punto central con respecto a todos estos países, al par que permite conciliar las dos afirmaciones de Mt. y Lc. Efectivamente, el monte este tiene un rellano en una de sus laderas, capaz de contener gran multitud, y desde el que se domina la llanura de Genesaret, constituyendo admirable púlpito desde el cual trazara el Hijo de Dios las grandes líneas de su reino espiritual. Jesús habría bajado de lo alto del monte, y antes de llegar a la llanura se detendría en esta natural repisa, “en un lugar campestre”, donde dió la gran lección. El monte de las Bienaventuranzas está situado al oeste del lago de Genesaret, del que dista unos ocho kilómetros, a mitad del camino entre Caná y Cafarnaúm, frente por frente de Tiberíades. Con todo, otros no admiten la conciliación de Mt. y Mc. a base del lugar, y creen que Jesús enseñó a sus discípulos algunas cosas “en el monte”, y que luego bajó al llano, “en lugar campestre”, donde dijo a las turbas el cuerpo del discurso. Otros, en fin, indican como sitio probable del trascendental sermón una colina poco elevada, junto al lago de Genesaret, al sudocste de Cafarnaúm (1).

NATURALEZA DEL DISCURSO. — ¿Fué el Sermón de la Montaña predicado de una sola vez por el Señor, de manera que constituya como una especie de programa de su doctrina, el trazado de la carta magna del reino de Dios en

(1) La mayoría de autores modernos se pronuncian a favor de esta última opinión por razones topográficas y documentales de la tradición. (N. de los E.).

la tierra, o bien es una hábil combinación de lecciones dadas en distintas ocasiones por el Maestro divino y ordenada por el Evangelista Mateo para ofrecer un resumen general de sus principales enseñanzas? Las dos hipótesis tienen sus defensores. Militan por la primera el hecho de que Mateo parece tender a la agrupación de episodios históricos y doctrinales homogéneos, como sucede con las parábolas en el capítulo 13, con los milagros en los capítulos 8 y 9, y con las lecciones a sus discípulos en el 10: y el otro hecho de que los elementos doctrinales del Sermón de la Montaña se hallen dispersos en los Evangelios segundo y tercero.

Ambas observaciones tienen adecuada solución. No puede elevarse a principio el del sistema predominante de agrupación en Mateo: la mayor parte de las parábolas que se leen en el capítulo 13 fueron pronunciadas por Jesús en la misma sesión; la serie de los milagros de los capítulos 8 y 9 está dispuesta según el orden cronológico en que se realizaron, salvando alguna excepción. Ni hay dificultad en admitir que es un discurso continuo la serie de lecciones que da a sus discípulos en el cap. 10.

Que los elementos del Sermón de la Montaña se hallen dispersos en los otros dos sinópticos, se explica por el hecho natural de la repétición de unas mismas ideas por Jesús en el curso de su predicación. Así lo requería la naturaleza de su magisterio y de su auditorio a la vez: debían tener sus enseñanzas cierta fijeza de temas y hasta de fórmulas, en la predicación popular, para dar fundamento estable y claridad a la doctrina; ¿cómo se hubiese podido recoger más tarde para servir de base a los actuales Evangelios? No hay, con todo, dificultad en admitir que habiendo Jesús pronunciado el Sermón de la Montaña según las líneas generales que tiene en Mt., ni consignara este Evangelista todo lo que dijera Jesús en aquel momento memorable, ni que dejara de insertar algunos episodios doctrinales referidos en otras ocasiones por el Maestro divino. Pero atendiendo que el Evangelista se propone evidentemente escribir un discurso habido por Jesús en esta circunstancia, como aparece de los vv. 1.2, creemos más ajustado al texto decir que todo el Sermón de

las Bienaventuranzas lo pronunció Jesús de una sola vez; que todo lo que él contiene fué dicho por Jesús, aunque pudo el Evangelista, salvando el hecho de su inspiración, dejar sin consignar otras cosas que Jesús enseñara en esta ocasión.

IMPORTANCIA DOCTRINAL DE ESTE DISCURSO. — No estamos hoy en condiciones de apreciar la trascendencia de este discurso de Jesús, por respirar en la atmósfera cristiana que aquellas divinas enseñanzas produjeron en el mundo, como nota Van Steenkiste. Es preciso remontarnos a los tiempos de los groseros errores del paganismo, que respiraban los mismos oyentes de Jesús en aquella ocasión, “Galilea de los gentiles”, y de las impertinentes minucias que más tarde debían recopilarse en el Talmud, materia de predicación de los doctores de la ley y base de la vida religiosa del pueblo judío; y más aún es preciso entrar en los prejuicios que sobre el reino mesiánico y sobre el mismo Mesías tenían los contemporáneos de Jesús — ya que le esperaban fuerte y poderoso en el orden temporal, formidable guerrero que debía sojuzgar a las naciones y ponerlas bajo la férula de Judá, con la capitalidad gloriosa de Jerusalén —, para hacernos cargo del profundo contraste entre las enseñanzas de Jesús y la cultura y sensibilidad de sus oyentes.

Con todo, tal debió ser la persuasiva elocuencia del Maestro, y de tal manera ofrecería a su abigarrado auditorio su purísima y elevadísima doctrina, y tales serían los horizontes que abriría a su mente y corazón, que al terminar su plática “quedaron las turbas admiradas de su doctrina, porque les enseñaba como teniendo autoridad, y no como los escribas y fariseos” (Mt. 7, 28.29).

De hecho, el Sermón de la Montaña encierra la doctrina moral más elevada y pura que jamás se haya enseñado a los hombres, y no es de extrañar la profunda admiración que en sus oyentes produjo. Es la aparición súbita — en medio de una sociedad en que se habían consagrado todos los egoísmos, y en que se había relajado todo lazo de amor, y en que la misma naturaleza de las relaciones entre Dios y

los hombres se había falseado, y se habían invertido los polos de la vida — de la ley de la humanidad, del sufrimiento, de la justicia individual y social, de la pureza, de la oración como Dios la quiere, de la suavidad y de la mansedumbre y de la caridad cristiana. Todo esto se encierra en el Sermón de la Montaña.

Es él, como le llama A Lápide, “la suma del Evangelio y la perfección de la Ley nueva”. Nada hay en él, ha dicho un racionalista, que no lleve el sello de la originalidad, de la verdad absoluta, de la concepción más sublime, del más admirable sentimiento.

Han comparado algunos, señalando la contraposición profunda, la Montaña de las Bienaventuranzas con el Sinaí: la apacibilidad de aquélla, en plena primavera, con la imponente soledad de ésta, coronada por tempestad deshecha o iluminada por la siniestra luz de los relámpagos; la actitud apacible de Jesús, sentado como un Doctor pacífico, y la majestad tremenda de Yahvé, que habla envuelto entre nubes; la rigidez del Decálogo, que Dios graba en las Tablas de piedra, y la suavidad de la ley promulgada por Jesús en el monte y que debía quedar grabada en los dóciles corazones de sus discípulos. No hay que urgir la semejanza por contraste; ignoramos si en aquella ocasión se propuso el divino Legislador promulgar la Ley nueva, que en todo caso no debía tener fuerza de tal sino desde el día de Pentecostés. Ni es el Sermón de la Montaña el código fundamental completo del Cristianismo, sino más bien un esquema de una serie de puntos morales importantísimos, no dispuestos en forma de cuerpo legal.

Con todo, no puede desconocerse que el Sermón de la Montaña es la expresión más clara, más completa y espontánea del pensamiento de Jesús en orden al régimen moral de su futuro reino. Las mismas circunstancias dieron al Sermón de la Montaña este carácter extraordinario de extensión, complejidad, claridad y efusión cordial que son las notas que en él sobresalen. Fué, en efecto, pronunciado, no en los comienzos de la predicación divina, cuando el pueblo no estaba aún iniciado en las lecciones sublimes de Jesús;

ni posteriormente, cuando los recelos y hasta los odios de sus enemigos le obligaron a velar su pensamiento en parábolas, y usar de precauciones oratorias especiales para no herir susceptibilidades o chocar con prejuicios; sino cuando, abonado ya pensamiento y corazón de sus oyentes con las predicaciones anteriores, sin enemigos, de los que había huído, en pleno campo, en medio de una multitud heterogénea en que estaba representado no sólo el pueblo judío, sino los gentiles que desde la cautividad de Babilonia abundaban en aquella región, y los mismos romanos que allí tenían copiosa representación del poder militar y económico, pudo el divino Maestro abrir su pensamiento y corazón para descubrir todos los horizontes de verdad y de luz que avizoraba su alma, iluminada por la misma Luz substancial del Verbo de Dios.

IDENTIDAD ENTRE Mt. (cc. 5-7) Y Lc. (c. 6, 17-49).—Creen algunos que Lucas, en el fragmento indicado de su capítulo 6, no refiere el mismo discurso de los capítulos 5 a 7 de Mateo. Fúndanse principalmente, además de las distintas referencias de lugar que ya hemos indicado y conciliado, en la mayor brevedad de Lc., en sus omisiones de puntos importantes de doctrina y en las notables diferencias que se notan entre los puntos homogéneos reproducidos en ambos fragmentos, como el distinto número de las bienaventuranzas, ocho en Mt. y cuatro en Lc., la forma conminatoria de Lc. en algún lugar, que no tiene Mt. (Lc. 6, 24-26), etc.

No obstante estas diferencias, parece indudable que se trata del mismo discurso de Jesús, reproducido en distintas formas por ambos Evangelistas. Persuade la identidad el hecho de que ambos tengan el mismo argumento, desarrollen el mismo plan, empiecen y acaben en la misma forma, ofrezcan las mismas imágenes y vayan seguidos del mismo relato de idéntico milagro, la curación del siervo del Centurión.

Las diferencias se explican por los mismos principios de la composición de los Evangelios, y principalmente porque Lc. escribía para gentiles conversos, mientras que el Evangelio de Mt. iba destinado a los judíos. Por esto el primero no hace alusión alguna a las costumbres judías: "Al trans-

cribir Lucas los discursos y razonamientos que se hallan en los primeros Evangelios, suprime todo lo que parece haber sido dicho para otros que no son los destinatarios de su Evangelio, o suaviza de alguna manera su dureza", dice Patrizi.

ARGUMENTO Y ANÁLISIS. — Decimos con Crampon que la idea fundamental del Sermón de la Montaña es la justicia del reino de Dios, idea que viene concretada en Mt. 6, 33: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará de añadidura." La justicia del reino de Dios es la perfección moral que exige Jesús de sus discípulos, y que considera el divino Maestro: 1.º En sí misma (5, 3-16); 2.º En relación con la justicia del Testamento Antiguo (5, 17-48); 3.º Se aplica a algunos casos particulares de la vida cristiana (6, 1-7, 23). Tiene finalmente el discurso una conclusión, 7, 24-27, en la que exhorta Jesús encarecidamente, valiéndose de un expresivo símil, a poner en práctica sus enseñanzas.

En los números siguientes damos sucinta explicación del texto.

49. — SERMON DE LA MONTAÑA: BIENAVENTURANZAS Y MALDICIONES: MT. 5, 1-12
(Lc. 6, 17-26)

Evangelio de la fiesta de Todos los Santos (1 noviembre)

¹ Y viendo Jesús las gentes, subió a un monte y, después de haberse sentado, se llegaron a él sus discípulos, ² y, abriendo su boca, les enseñaba. ³ Y, bajando con ellos, se paró en un llano, donde estaba un grupo numeroso de sus discípulos, y gran muchedumbre de pueblo de toda la Judea, y de Jerusalén, y de la costa de Tiro y de Sidón, que habían venido a oírle y para ser curados de sus enfermedades. También los poseídos de espíritus inmundos. Toda la gente quería tocarle, porque de él salía virtud y sanaba a todos. Entonces, levantando los ojos hacia sus discípulos, decía:

⁴ Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos. ⁵ Bienaventurados los mansos: porque ellos poseerán la tierra. ⁶ Bienaventurados los que lloran: porque ellos

serán consolados. ⁶ Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos. ⁷ Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia. ⁸ Bienaventurados los de limpio corazón: porque ellos verán a Dios. ⁹ Bienaventurados los pacíficos: porque hijos de Dios serán llamados. ¹⁰ Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos. ¹¹ Bienaventurados sois cuando os maldijeren, y persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros, mintiendo por mi causa. ¹² *Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrecieren, y os excomulgaren, y os ultrajaren, y proscribieren vuestro nombre, como malo, por el Hijo del hombre.* ¹³ Alegraos y saltad de gozo ¹⁴ *en aquel día*, porque vuestro galardón muy grande es en los cielos. Pues así persiguieron también a los profetas, que fueron antes que vosotros.

¹⁵ *Mas, ¡ay de vosotros, ricos! porque tenéis ya vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que estáis hartos!, porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora reís!, porque gemiréis y lloraréis. ¡Ay de vosotros cuando os bendijeren los hombres!, porque así hacían a los falsos profetas los padres de ellos.*

Explicación. — Tiene el Sermón de la Montaña un sobrio prelude en ambos Evangelios que lo reproducen. Jesús ha elegido ya a sus Apóstoles, que serán las columnas sobre que se asiente su futura Iglesia y los depositarios de sus poderes en el orden de la doctrina, de la gracia, del régimen del reino de Dios que predica. Quedan con ello excluidos los jérarcas del pueblo judío y fundada una nueva jerarquía. Ahora va a dar las grandes líneas de la vida interior, específica, de este reino y a indicar la índole espiritual de quienes quieran vivir según sus leyes. Aprovecha para ello la presencia de las muchedumbres que le siguen, después de la elección del apostolado: *Y viendo Jesús las gentes, subió a un monte*, no para huir de ellas, sino seguramente para llevar consigo a sus discípulos aparte y darles documentos particulares de doctrina. Sentado Jesús, como solían hacerlo los doctores, se llegaron a él sus discípulos: *Y, después de haberse sentado, se llegaron a él sus discípulos*. El momento es solemne; no sin énfasis dice Mt. que abrió su boca al empezar a enseñarles: *Y, abriendo su boca, les enseñaba*. Abre su propia boca el que solía abrir la de los profetas, en un

momento trascendental para el mundo de los espíritus, cuando caerán de los divinos labios doctrinas extraordinarias, nunca oídas. Y esta circunlocución parece referirse no sólo a lo que enseñó a solas a sus discípulos, sino a todo el discurso que tuvo ante las muchedumbres.

Aleccionados los discípulos de selección, deja Jesús la parte alta de la montaña y baja a un rellano, lugar prominentemente aún, como convenía a las sublimes enseñanzas que va a dar, pero capaz de contener la gran muchedumbre que en él se ha congregado: *Y, bajando con ellos, se paró en un llano, donde estaba un grupo numeroso de sus discípulos*, pues eran ya muchos los que se habían puesto bajo su magisterio (Lc. 10, 1). Junto con los discípulos estaba multitud de gentes que allí habían confluído de todas partes, ávidas de escuchar su palabra y esperanzados de obtener del taumaturgo la curación de sus dolencias: *Y gran muchedumbre de pueblo de toda la Judea, y de Jerusalén, y de la costa de Tiro y de Sidón, que habían venido a oírle y para ser curados de sus enfermedades*. Con los pobres enfermos había también endemoniados: *También los poseídos de espíritus inmundos*. Apretujábase la multitud para llegar hasta él, porque al simple contacto del Señor huían los males físicos: *Toda la gente quería tocarle, porque de él salía virtud*, porque la tenía propia, incomunicada, y para demostrarnos que su humanidad era el instrumento conjunto de su divinidad para obrar tales prodigios: *Y sanaba a todos*.

Remediados los males del cuerpo, pasa Jesús a aleccionar los espíritus. Empieza para ello levantando los ojos a sus discípulos: es señal de amor de predilección y una forma de comunicarse más directamente con su alma: *Entonces, levantando los ojos hacia sus discípulos*. Y empezando a hablar, decía, explicando la doctrina de

LAS BIENAVENTURANZAS (3-12). — Forman como el exordio del sermón del monte, señalan las condiciones morales necesarias a los ciudadanos del reino de los cielos, e invierten de un golpe la idea de la vida feliz, tal como la concebía el mundo pagano, y hasta los judíos en su ideología gloriosa del

reino mesiánico. A cada bienaventuranza va aneja una promesa que consiste en el reino de los cielos, que es el reino mesiánico, concretado en distintas formas.

Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos. Se trata aquí de la pobreza en el sentido usual de carencia de riquezas. Pobres de espíritu son los que tienen el corazón despegado de los bienes de fortuna; los que han dejado las riquezas siguiendo el consejo de Jesús (Mt. 19, 21); los que soportan con paciencia su estado de pobreza; los que, siendo ricos de hecho, no ponen su felicidad en los tesoros. Pobres de espíritu, no como Crates el filósofo y otros que de su natural odiaron las riquezas, sino con el espíritu cristiano de renunciamiento, producido por virtud sobrenatural del Espíritu Santo. Con estas primeras palabras destruye Jesús el concepto judío de un reino fundado sobre la prepotencia terrenal. De estos pobres es ya el reino de los cielos, es decir, el reino del Mesías, en este mundo y en el otro, porque paga gloriosa de esta pobreza es la posesión de Dios, suma riqueza que el hombre puede apetecer.

Bienaventurados los mansos: porque ellos poseerán la tierra. En los manuscritos griegos y en la mayor parte de las versiones antiguas esta bienaventuranza es la tercera. Son mansos los que, dulcemente resignados, aceptan de Dios todas las adversidades que su Providencia les depara, y perdonan las injurias de los prójimos, venciendo con la paciencia sus violencias. Los tales poseerán la tierra, promesa derivada del salmo 36, 11, donde se significa que los mansos gozarán la felicidad preparada por Dios para sus elegidos. Significaba "la tierra" entre los judíos "su tierra", es decir la Palestina, la cual a su vez era tipo del reino mesiánico. Poseer la tierra equivale en boca de Jesús a tener parte en el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran: porque ellos serán consolados. La tristeza es una afección del alma por la privación de algo que place o por la forzosa posesión de lo que desagrada. Produce, si no las lágrimas de los ojos, esta aflicción espiritual de la que son a veces expresión las lágrimas.

Lloran según esta bienaventuranza los apenados por los pecados propios y ajenos; los que sufren tentaciones y peligros espirituales; los que sienten añoranza del cielo; los que en santa paciencia sufren las calamidades que Dios les envía o que consiente. Estos serán consolados, porque ésta debía ser función del Mesías (Is. 57,18; 61, 2; Ez. 9, 4; Apoc. 7, 17, etc.). Y lo serán en este mundo y en el otro; por los goces espirituales que Dios les procurará en la tierra, y por los inefables de la gloria.

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos. La justicia es aquí la verdadera regla de vivir, que es la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios, es decir, la santidad. Hambre y sed significan ardientes deseos. Tener hambre y sed de justicia es desear ardientemente vivir según la ley de Dios. Estos serán hartos, porque por Jesús son destruidos el reino del pecado y de la muerte; se nos da la doctrina y la gracia para bien vivir en este mundo; y sobre todo, la semejanza completa con Dios en el cielo, por la absorción de nuestra vida en la de Dios.

Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia. Es misericordioso el que sufre las ajenas miserias en el propio corazón, las del cuerpo y las del espíritu. El Mesías, en las antiguas profecías, se predice misericordioso (Ps. 71, 12-14; Is. 11, 4; 42, 3; 50, 4; Ez. 34, 16). Los que le imiten socorriendo en la forma que puedan la miseria ajena, lograrán la misericordia de la participación en el reino mesiánico, que no se da a la sangre, ni a la raza, aunque sea la de Abraham, sino a aquel de quien Dios tenga misericordia.

Bienaventurados los de limpio corazón: porque ellos verán a Dios. Los fariseos buscaban sólo la limpieza externa y legal, sin cuidar la de corazón, que consiste, no sólo en la castidad, sino en la limpieza de pecado mortal, pues la castidad podría darse en hombre manchado de varios crímenes. Jesús reclama la incontaminación del corazón, que viene a ser considerado como el centro de la vida moral del hombre. La visión de Dios es el premio de los limpios de pecado; en esta

vida, por la mayor facilidad de conocerle, porque los pecados son como las cataratas de los ojos espirituales; en la otra, porque lograrán la visión de Dios "cara a cara".

Bienaventurados los pacíficos: porque hijos de Dios serán llamados. Son pacíficos los que buscan la paz, los que la dan a otros, los que pacifican a los prójimos. Vienen comprendidos en esta bienaventuranza todos aquellos que no sólo buscan la paz de su corazón, buscando la armonía con Dios y con los hombres, sino los que trabajan, en todas formas, por la implantación del reino de la paz, de los hombres con Dios, de los hombres entre sí, de las familias, de los pueblos, con la oración, con el consejo, con la actividad abnegada. Estos son hijos de Dios, porque se asemejarán a Dios, que es el Dios de la paz (2 Cor. 13, 11).

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos. La justicia es el bien moral, como se ha dicho. Son bienaventurados, no todos los que sufren persecución, sino los que la sufren por causa de la justicia moral: porque practican la virtud o porque son propagadores de la misma, sufren enemistades, odios, calumnias, daños de todo orden. De éstos es el reino de los cielos: en este mundo, porque Dios les colmará de sus bienes, como compensación de los males que por la justicia sufran; en el otro, porque les dará la posesión, a perpetuidad, del mismo reino de Dios, peso ingente de gloria que superará inmensamente los padecimientos de este mundo.

Y como quiera que esta bienaventuranza es como la culminación de todas, se la inculca Jesús de una manera especial a sus discípulos, y dirigiéndose a ellos, como si presagiara las tempestades de odio que deberán soportar, les dice: *Bienaventurados sois cuando os maldijeren, y persiguieren, y dijeren todo mal contra vosotros, mintiendo,* porque si sois mis discípulos nada habrá en vosotros que reprender ni maldecir, *por mi causa,* es decir, porque seguís la justicia que es como una misma cosa con mi persona y mi nombre.

No importa que sean hombres como vosotros los que os odian. que os arrojen de su sociedad, que os llenen de impro-

perios, que os destierren y os consideren como un mal sustantivo en medio de ellos; si sufrís todo esto porque hacéis vuestra la causa del Hijo de Dios, sois bienaventurados: *Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrecieren, y os excomulgaren, y os ultrajaren, y proscribieren vuestro nombre, como malo, por el Hijo del hombre.* El día que esto ocurra *alegraos*, y, como las grandes alegrías se manifiestan con signos exteriores, *saltad de gozo en aquel día*; porque todos los males que por mi causa sufran mis discípulos, serán espléndidamente premiados en el cielo: *Porque vuestro galardón muy grande es en los cielos.*

Aun añade otro motivo de gozo: por ello serán semejantes a los profetas, grandes hombres, de todos estimados y honrados, y que no obstante sufrieron terribles persecuciones por el nombre de Dios que les enviaba: *Pues así persiguieron también a los profetas, que fueron antes que vosotros.*

MALDICIONES (Lc. 6, 24-26). — De las ocho bienaventuranzas, el tercer Evangelista no enumera más que cuatro, las que a los hombres podían parecer más paradójicas, a saber: la de los pobres, de los que tienen hambre, de los que lloran y de los que sufren persecución. Como contraposición a estas cuatro felicidades, añade Lc. cuatro maldiciones:

Contra los ricos, no por sus riquezas, sino por el mal uso que de ellas hacen, y por los males que con ellas originan: *Mas, ¡ay de vosotros, ricos! porque tenéis ya vuestro consuelo.*

Contra los hartos, por el goce de toda suerte de bienes y placeres, en lo que se designa la carencia absoluta de la justicia moral; *¡Ay de vosotros, los que estáis hartos!, porque tendréis hambre*, por la privación de los bienes espirituales y celestes.

Contra los que ríen a causa de su prosperidad mundana: *¡Ay de vosotros, los que ahora ríis!, porque gemiréis y lloraréis*, por haber sido excluidos de la dicha de los cielos.

Contra aquellos a quienes aplauden los hombres: *¡Ay de vosotros cuando os bendijeren los hombres, porque así hacían a los falsos profetas los padres de ellos*; les alababan porque no les decían la verdad.

Lecciones morales. — A) v. 1. — *Y viendo Jesús las gentes subió a un monte...* — Admiramos la serenidad y fortaleza de Jesús, manifestadas en ocasión del Sermón de la Montaña. Cuando los fariseos han decretado su muerte, y han repudiado su doctrina, y han negado la fuerza de sus milagros, él prescindiendo de ellos a su vez, instituye y adoctrina a los nuevos jerarcas, los Apóstoles, y subiendo a un monte como a altísima cátedra, aprovecha la oportunidad de la gran muchedumbre para exponer las líneas maestras de su doctrina. Así, en los momentos de persecución, es cuando pone las bases de su futuro reino. Para enseñarnos que las dificultades de la vida no deben turbarnos en la realización de los designios que tenga Dios sobre nosotros. La constancia de ánimo, la convicción profunda, el auxilio de Dios que por la oración nos viene, deben ser los que nos lleven al cumplimiento de nuestros graves deberes, aun en las horas más graves.

B) v. 3-10. — *Bienaventurados los pobres... los mansos...* — Contraste que nos ofrecen en las bienaventuranzas las disposiciones morales que se reclaman de nuestro espíritu y las promesas correspondientes. Por una parte, pobreza, mansedumbre, aflicción, hambre y sed de justicia, espíritu de paz, persecuciones, etcétera; por otra, la posesión del reino de Dios, el gozo, la visión de Dios, la filiación de Dios, etc. Es la esencia del Cristianismo: el renunciamiento propio para la posesión de Dios: "El que no renuncia a todo lo que posee, dice Jesús, no puede ser mi discípulo" (Lc. 14, 33). Estas bienaventuranzas son el preludio de la Cruz: con ellas proclama Jesús, en forma solemne, la constitución de su reino; con la Cruz da cima a su conquista. Cuando haya resucitado, dirá: "¿No convenía que el Cristo padeciera para así entrar en su gloria?" (Lc. 24, 26). La gloria es la bienaventuranza lograda, como estas bienaventuranzas señalan el camino de su conquista.

c) v. 11. — *Bienaventurados sois cuando os maldijeren...* — Las bienaventuranzas no son solamente un ideal de vida cristiana: son un programa que debe cumplirse. Por ello, después que Jesús ha enseñado estas lecciones sublimes de una manera general, se dirige personalmente a sus discípulos, y les dice: Bienaventurados cuando los hombres os maldijeren..." Como si dijera: "Vosotros debéis cumplir lo que acabo de deciros: ello os acarreará maldiciones y persecuciones de los hombres; no temáis; son la consecuencia natural de seguirme a mí. A pesar de ello,

no retrocedáis, antes alegraos; porque a las privaciones que importan mis bienaventuranzas y a las persecuciones que os acrecen, seguirá un abundantísimo premio en el cielo."

b) v. 24, Lc. — *Mas, ¡ay de vosotros...!* — A las bienaventuranzas siguen las maldiciones de Jesús. Es que en la vida no hay más que dos caminos, como no hay más que dos términos. Un camino que lleva a la vida, que es la dicha; y otro que lleva a la muerte, que es la condenación. Por esto los que al fin de la vida no sean bienaventurados, serán malditos de Dios.

50. — SERMON DE LA MONTAÑA · LOS MINISTROS DE JESUS: Mt 5, 13-16

Evangelio de la Misa del Común de Doctores, vv. 13-19

¹³ Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No vale ya para nada, sino para ser echada fuera y pisada por los hombres. ¹⁴ Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad que está puesta sobre un monte, no se puede esconder. ¹⁵ Ni encienden una antorcha y la ponen debajo del celenín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa. ¹⁶ De este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres: para que vean vuestras buenas obras, y den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos.

Explicación. — Las palabras que preceden, aunque pueden aplicarse a todos los discípulos de Jesús, contienen, envueltas en lenguaje parabólico, especiales lecciones para los que deban ejercer el apostolado en nombre de Jesús.

Los ministros de Cristo serán la sal, no sólo de la Palestina, como los antiguos profetas, sino de todo el mundo: *Vosotros sois la sal de la tierra*. Como la sal preserva de la corrupción y condimenta los manjares, así serán los ministros de Jesús en medio del mundo corrompido y corruptor: lo preservarán y mejorarán con su predicación, ejemplos y gracias de que serán instrumento. Pero como la sal, si pierde su sabor y virtud no sirve para nada, porque no hay manera de devolverla sus propiedades, y debe ser arrojada en medio de la calle (en Oriente, la calle es el receptáculo de toda inmundicia), así los ministros de Dios se hacen inútiles y

son objeto de desprecio cuando dejan la doctrina y los preceptos del Señor, fuera de los cuales no hay otro elemento vivificador: *Y si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No vale ya para nada, sino para ser echada fuera y pisada por los hombres.*

Son, además, los ministros de Jesús, luz del mundo: *Vosotros sois la luz del mundo.* Son luz, porque su pensamiento ha sido iluminado al ponerse en contacto con Jesús, Hombre-Luz; porque deben iluminar sus tinieblas con la luz de su doctrina y ejemplo, a semejanza del mismo Jesús, que vino para iluminar el mundo. Y como una ciudad puesta sobre un monte no puede ocultarse, así tampoco los ministros de la Iglesia, puestos en la prominencia de sus respectivas dignidades: *Una ciudad que está puesta sobre un monte, no se puede esconder.*

No sólo esto, sino que tiene el ministro de Jesús la obligación moral y de oficio de iluminar el mundo, no escondiendo sus talentos, como pudiese esconderse la luz debajo de un vaso opaco; sino que debe ponerse sobre un soporte o candelero, para que ilumine toda la casa: *Ni encienden una antorcha y la ponen debajo del celémín, sino sobre el candelero para que alumbré a todos los que están en la casa.* Es alusión a la costumbre judía de colocar un candelero o soporte en el centro de la casa, y sobre él una lámpara de aceite, para que toda ella quedara iluminada.

Ni basta el brillar con la luz de la enseñanza: es preciso que se practique lo que se predica; entonces las obras del apóstol se hacen luz que ven todos los hombres: *De este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres.* Ello es causa de que los hombres, hasta los incrédulos, viendo una vida ajustada a la ley, se vean obligados a dar gloria a Dios, ya que no quieran aceptar la doctrina: *Para que vean vuestras buenas obras, y den gloria a vuestro Padre, que está en los cielos.*

Lecciones morales. — A) v. 13. — *Vosotros sois la sal de la tierra.* “Saladores de la inmortalidad”, llama a los hombres apostólicos San Hilario. Ello expresa la gran responsabilidad de

los ministros y la de aquellos que no se dejan influenciar por sus predicaciones y ejemplos, lo que les acarrea la corrupción y la muerte eterna.

b) v. 14. — *Una ciudad que está puesta sobre un monte, no se puede esconder.* — Como los ministros de Jesús, fundados sobre el mismo Jesús, verdadero monte de santidad, de poder y de justicia tampoco pueden ocultarse, aunque quieran, dice el Crisóstomo. De aquí su gran dignidad, pues vienen a ser como una misma cosa excelsa con Cristo. Y de aquí sus tremendos deberes, de asemejarse a Cristo y de difundir la luz de Cristo.

c) v. 15. — *Ni encienden una antorcha y la ponen debajo del celemín...* — Bajo el celemín esconde la doctrina de Cristo quien por comodidad temporal no la predica, dice San Agustín. Y la pone sobre el candelabro quien, despreciando las comodidades del cuerpo, hace servir a este mismo como de soporte de la luz divina, poniéndole a servidumbre en obsequio de esta brillantísima luz. Con lo cual van significados los trabajos que debe soportar el verdadero apóstol de Cristo. Ponderemos bajo este aspecto, la vida de San Pablo, de los misioneros, etc.

d) v. 16. — *De este modo ha de brillar vuestra luz...* — Iluminad a aquellos a quienes enseñáis, dice el Crisóstomo, de tal manera que oigan vuestras palabras y vean vuestras obras. Por estos doctores, que enseñan y obran lo que enseñan, es Dios glorificado; porque tal la vida de la casa cual la del señor de ella. Quien predica lo que no practica, deshonra su propia vida, desacredita la doctrina que enseña y es escándalo para el pueblo al que adoctrina.

51. — SERMON DE LA MONTAÑA: JESUS
Y LA LEY MOSAICA: Mt. 5, 17-48
(Lc. 6, 27-36)

**Evangelio de la Dominica 5.^a después de Pentecostés
(vv. 20-24)**

"No penséis que he venido a abrogar la ley o los profetas: no he venido a abrogar, sino a dar cumplimiento. " Porque en verdad os digo, que antes desaparecerán el cielo y la tierra, que ni una jota ni una tilde de la Ley queden sin cumplir. " Por lo cual, quien quebrantare uno de estos más pequeños mandamientos, y enseñare así a los hombres, muy pequeño será lla-

mado en el reino de los cielos: mas quien hiciere y enseñare, este sera llamado grande en el reino de los cielos. " Porque os digo que si vuestra justicia no fuese mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

" Oísteis que fué dicho a los antiguos: No matarás, y quien matare, obligado quedará a juicio. " Mas yo os digo que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será a juicio. Y quien dijere a su hermano "raca", reo sera del concilio. Y quien dijere insensato, reo sera del fuego del infierno. " Por tanto, si presentas tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, " deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente a reconciliarte con tu hermano: y entonces ven a ofrecer tu ofrenda. " Reconciliate luego con tu contrario, mientras que estás con él en el camino: no sea que tu contrario te entregue al juez, y el juez te entregue al ministro: y seas echado en la carcel. " En verdad te digo, no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante.

" Oísteis que fué dicho a los antiguos: No adulterarás. " Pues yo os digo que todo aquel que mirare a una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón con ella. " Y si tu ojo derecho te sirve de escándalo, sácale y échale de ti: porque te conviene perder uno de tus miembros, antes que todo tu cuerpo vaya al fuego del infierno. " Y si tu mano derecha te sirve de escándalo, córtala y échala de ti: porque te conviene perder uno de tus miembros, antes que todo tu cuerpo vaya al infierno.

" También fué dicho: Cualquiera que repudiare a su mujer, dele carta de repudio. " Mas yo os digo que el que repudiare a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hácele cometer adulterio; y el que casare con la repudiada, comete adulterio.

" Además, oísteis que fué dicho a los antiguos: No perjurarás: mas cumplirás al Señor tus juramentos. " Pero yo os digo que de ningún modo juréis, ni por el cielo, que es el trono de Dios: " ni por la tierra, porque es la peana de sus pies: ni por Jerusalén, porque es la ciudad del grande rey: " Ni jures por tu cabeza, porque no puedes hacer un cabello blanco o negro. " Mas vuestro hablar sea: Sí, sí; No, no: porque lo que excede de esto, de mal procede.

" Habéis oído que fué dicho: Ojo por ojo y diente por diente. " Mas yo os digo que no resistáis al mal: antes si alguno te hiriere en la mejilla derecha, preséntale también la otra. " Y a aquel que quiere ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale

también la capa. ¹ *Y al que te arrebate el manto, no le niegues la túnica.* " Y al que te precisare a ir cargado una milla, ve con él otras dos. " Da ² *a todo el que te pidiere; y al que te quiera pedir prestado, no le vuelvas la espalda.* ³ *Y no reclames lo tuyo al que te lo arrebate.*

⁴ Habéis oído que fué dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. " Mas yo digo a vosotros ⁵ *que oís: Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen; ⁶ bendecid a los que os maldicen; y rogad por los que os persiguen y calumnian:* " Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos: el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos: y llueve sobre justos e injustos. ⁷ *Y lo que queréis que hagan con vosotros los hombres, eso mismo haced vosotros con ellos.* " Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también esto los publicanos? ⁸ *También los pecadores aman a los que los aman.* " Y si saludareis tan sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto mismo los gentiles? ⁹ *Y si hacéis bien a quienes os hacen bien, ¿qué mérito tendréis? Porque los pecadores también hacen esto. Y si prestareis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tendréis? Porque también los pecadores prestan unos a otros para cobrarles lo prestado. Amad, pues, a vuestros enemigos: haced bien, y dad prestado, sin esperar por eso nada: y vuestro galardón será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque El es bueno aun para los ingratos y malos.* " Sed, pues, vosotros perfectos, ¹⁰ *misericordiosos, así como vuestro Padre celestial es perfecto, ¹¹ misericordioso.*

Explicación. — Puestas por Jesús las líneas fundamentales de su doctrina en el fragmento que antecede de las bienaventuranzas, pasa a definir su posición con respecto a la Ley antigua. Creían los israelitas salvarse observando la ley de Moisés; pero Jesús, después de haber afirmado su profundo respeto a la ley mosaica (17-20), declara que no basta observarla como lo hacen los escribas y fariseos, y completaba en seis puntos importantísimos de la moral: el homicidio (21-26); el adulterio (27-30); el divorcio (31-32); el juramento (33-37); la ley del talión (38-42; Lc. 29-30); y el amor de los enemigos (43-48; Lc. 6, 27.28; 31-36).

JESÚS Y LA LEY; PRINCIPIO FUNDAMENTAL (17-20). — La predicación de un nuevo reino por Jesús, sus repetidas alusiones a un nuevo estado de cosas (Lc. 4, 18; 5, 37; Ioh. 3, 7; 4, 21; 5, 18, etc.), la supuesta violación del descanso sabático (Lc. 6, 2; Loh. 5, 18) y el hecho de que no fuera discípulo de las escuelas de los escribas, pudo dar lugar a la presunción, por parte de sus oyentes, de que la ley mosaica iba a ser totalmente abrogada por él. Jesús empieza por desvanecer este prejuicio: *No penséis que he venido a abrogar la ley o los profetas*. Su función para con la ley es observarla personalmente, porque se sometió a la misma durante su vida, y perfeccionarla y complementarla como divino Legislador. Para ello tiene misión especial del Padre, perfeccionará los elementales preceptos de la moral antigua; irá a cortar la raíz misma de los pecados; y nos merecerá y dará abundante gracia sobrenatural para cumplir los preceptos morales: *No he venido a abrogar, sino a dar cumplimiento*. De hecho, Jesús simplificó la ley, desembarazándola de las interpretaciones humanas que la hacían insoportable, y le añadió cuanto era necesario para que llegara a su total desarrollo. Las mismas leyes ceremoniales del A. T., al ser abrogadas, fueron substituidas por la realidad que figuraban, el culto maravilloso de nuestra Iglesia, instituyendo la jerarquía con amplias facultades para legislar y juzgar en el nuevo reino.

A la simple afirmación de que no viene a abolir la ley, añade Jesús la aserción, solemne y enfática, de que la ley toda, como por una exigencia intrínseca, mientras este mundo sea mundo, deberá cumplirse en sus más mínimos detalles, representados por el “yod” y el “ápice” o vírgula, que eran los más pequeños signos de la escritura hebrea cuadrada: *Porque en verdad os digo, que antes desaparecerán el cielo y la tierra, que ni una jota ni una tilde de la Ley queden sin cumplir*; no hasta que se destruyan los cielos y la tierra, sino mientras dure el estado de cosas que vino Jesús a constituir en el mundo.

Y siendo tal la fuerza y la significación de la ley, expresión de la inmutable voluntad de Dios, el que abrogare o quebrantare con su conducta cualquiera de los más pequeños

preceptos, y asimismo quien con su doctrina enseñare a los demás a hacer igual, tendrá el último lugar en el reino mesiánico; ni merecerá el nombre glorioso de doctor, ni se salvará sin pasar antes por duro castigo: *Por lo cual, quien quebrantare uno de estos más pequeños mandamientos, y enseñare así a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos.* Al contrario, quien los observare con diligencia y enseñare a los demás su alcance, tendrá gran premio, con los honores de doctor: *Mas quien hiciere y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos.*

Pero, como los oyentes de Jesús pudiesen interpretar que escribas y fariseos, intérpretes minuciosos y guardadores de la ley en su sentido literal, estaban en buen camino para lograr el reino de los cielos, les dice que la "justicia" (v. 6.10) de éstos no es bastante, porque la informan la vanidad y el orgullo; es la justicia que se han hecho ellos, no la de la ley. *Porque os digo que si vuestra justicia no fuese mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.* La santidad del seguidor de Cristo debe ir más allá; lo que puntualiza Jesús con los seis ejemplos que va a deducir, haciendo la exégesis de algunos textos de la ley mosaica y elevándolos a mayor perfección.

PRIMER EJEMPLO: EL QUINTO MANDAMIENTO (21-26). — En la serie de ejemplos que propone Jesús, empieza con la misma fórmula: *Oísteis que fué dicho a los antiguos...* El auditorio estaba impuesto en la ley mosaica porque la oía los sábados en las sinagogas. Y sigue luego la contraposición: *Mas yo os digo...* Es el nuevo Legislador. Hijo de Dios, que con toda autoridad de tal, perfecciona y completa la antigua Ley de Dios.

En la Ley antigua se prohibía el homicidio: *No matarás* (Ex. 20, 13). Quien mataba a otro venía obligado a comparecer a juicio ante el tribunal local, compuesto de 23 miembros, que había en las ciudades de la Palestina (Ex. 21, 12; Num. 35, 12; Deut. 16, 18). *Y quien matare, obligado quedará a juicio.* Jesús legisla no sólo en orden al acto externo, sino sobre las mismas facultades del alma. Ni siquiera la có-

lera contra el hermano será lícita, porque es la que induce al homicidio: *Mas yo os digo* — con un énfasis y con una autoridad personal que nunca se arrogó Moisés ni los profetas — *que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado será a juicio*, como si hubiese perpetrado homicidio, y tendrá que dar cuenta a Dios.

Si no son lícitos los movimientos del alma contra el hermano, menos lo serán las palabras injuriosas: *Y quien dijere a su hermano "raca"* (mantecato, cabeza vacía, imbécil), *reo será del concilio*: deberá comparecer ante el Sinedrio, al que se reservaban las causas más graves, asemejándosele a un homicida; *Y quien dijere insensato*, en la significación hebrea de malvado, impío, maldito de Dios (Ps. 13, 1), *quedará obligado a gehenna del fuego*. "Gehenna" es el nombre hebreo de un estrecho valle situado al sur de Jerusalén, donde los hebreos idólatras habían ofrecido víctimas humanas a los ídolos (4 Reg. 23, 10), y en el cual, en los últimos tiempos, se recogían las inmundicias de la ciudad para ser quemadas; por lo que vino a ser sinónimo de infierno.

Consecuencia práctica de este precepto nuevo es que si la simple ira atrae las venganzas de Dios, debemos vivir en paz con el hermano. Si ha habido alguna ofensa o causa de discordia con el prójimo, aunque sea interrumpiendo el acto más sagrado de la religión, que es el sacrificio, debemos reconciliarnos con él: *Por tanto, si presentas tu ofrenda al altar* (de los holocaustos), *y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra ti*, con culpa tuya o sin ella, *deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente a reconciliarte con tu hermano: y entonces ven a ofrecer tu ofrenda*.

Ilustra Jesús el precepto con un nuevo ejemplo sacado de las costumbres judiciales en materia de deudas. El que injuria es un deudor del injuriado: si un acreedor lleva al deudor ante el tribunal, es mejor que entre en amigable componenda en el camino o en la antesala del tribunal; de lo contrario serán inevitables el juicio y la ejecución de la sentencia de pago hasta el último maravedí: *Reconcílate luego con tu contrario, mientras que estás con él en el camino*. Lo mismo debe

hacer quien ha injuriado al hermano, que en este caso será el acreedor: es preciso réconciliarse con él durante el camino de la vida; de no hacerlo, no le quedará más remedio al injuriador que venir al juicio de Dios, quien dictará sentencia que irremisiblemente será ejecutada: *No sea que tu contrario te entregue al juez, y el juez te entregue al ministro, o ejecutor.* La sentencia podrá ser terrible: o la deuda contraída por la injuria es leve, y entonces habrá que cancelarla en el purgatorio hasta pagar por ella la pena debida: *Y seas echado en la cárcel. En verdad te digo, no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante;* o es grave, y entonces no saldrás de allí eternamente porque eternamente deberás pagar lo que no se puede con el tiempo cancelar.

SEGUNDO: EL SEXTO MANDAMIENTO (27-30). — Ya en el noveno mandamiento se prohibía el desear la mujer ajena, aunque la interpretación material de los fariseos refería al solo adulterio o pecado exterior la gravedad del pecado contra el sexto y noveno mandamientos: *Oísteis que fué dicho a los antiguos: No adulterarás* (Ex. 20, 14). Jesús extirpa la raíz, no sólo del adulterio, sino de la simple fornicación, condenando la mirada de una mujer, virgen, casada o viuda, para codiciarla, es decir, con deliberación, con intención o consentimiento de deleite: *Pues yo os digo que todo aquel que mirare a una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón con ella;* se entiende si es casado. Pero será grave pecado también para aquel que no tiene derecho al acto del cual es comienzo la mirada pecaminosa, prescindiendo del vínculo del matrimonio que importa especialísima obligación de justicia para los casados.

Indicado el precepto, saca Jesús asimismo la lección práctica que de él deriva. Tan grave es éste, y tan trascendentales los intereses que pone en juego, que a toda costa es preciso quitar no sólo lo agradable, sino lo necesario que sea un peligro próximo de pecar en esta materia; lo que concreta Jesús con la doble metáfora del ojo y de la mano derechos, que son los que más queremos, y con las acciones más enérgicas, cortar y arrojar lejos. De las miradas peca-

minosas pasa naturalmente a la metáfora del ojo: *Y si tu ojo derecho — aun siendo el mejor — te sirve de escándalo, en cuanto es para ti ocasión o peligro de ruina, sácale y échale de ti: porque te conviene perder uno de tus miembros, antes que todo tu cuerpo vaya al fuego del infierno.* El sacrificio de la mano derecha es costosísimo: Hay que imponérsele: *Y si tu mano derecha te sirve de escándalo, córtala, y échala de ti: porque te conviene perder uno de tus miembros, antes que todo tu cuerpo vaya al infierno.* Es aquí parabólico el lenguaje de Jesús; para salvar la vida del cuerpo hace el hombre el sacrificio de la amputación de un miembro; mucho más debe hacer para salvar la vida del alma, librándola del pecado y de la muerte eterna; debe quitar cuanto le induzca al pecado, por doloroso que sea el sacrificio.

TERCERO: EL DIVORCIO (31.32). — Era éste un mal gravísimo del pueblo judío en tiempo de Jesús, quien retorna el matrimonio a su unidad e indisolubilidad primera: *También fué dicho: Cualquiera que repudiare a su mujer, déle carta de repudio.* Cita aquí Jesús libremente, y abreviándolo, el texto del Deut. 24, 1-4. Era la carta de repudio una pieza jurídica que hacía fe de que la mujer era libre para casar otra vez. La ley antigua, por la dureza de corazón de los judíos, consentía el divorcio; pero exigía la entrega del libelo de repudio, para proteger los derechos de la mujer, dificultando la separación. Con todo, se abusaba del libelo. Jesús sale por los fueros del matrimonio: *Mas yo os digo que el que repudiare a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hácele cometer adulterio;* porque no disolviéndose por el repudio el vínculo matrimonial, el marido que da el libelo se hace cómplice de la nueva unión adulterina que pueda su mujer contraer, a no ser que ésta sea ya adúltera, en cual caso puede dejarla, aunque subsistiendo el vínculo matrimonial. Asimismo es adúltero el que se une a una mujer repudiada, por cualquier motivo que lo sea: *Y el que casare con la repudiada, comete adulterio.*

CUARTO: EL JURAMENTO (33-37). — Además, oísteis que fué dicho a los antiguos: *No perjurarás.* También es cita

libre de Ex. 20, 7.16; Lev. 19, 12; Deut. 5, 11. Jesús prohíbe en general todo juramento hecho sin motivo. Entre los hijos del reino debe haber tal sinceridad y confianza, que se crean mutuamente sobre su simple palabra: *Pero yo os digo que de ningún modo juréis*. No que todo juramento sea ilícito, porque a veces lo exigen la verdad, la justicia y el juicio, sino que se condena el juramento vano, sin causa ni razón.

Y concreta la prohibición de algunas fórmulas de juramento entonces en uso, y que consentían la infracción de la fe dada, según la interpretación farisaica, mientras a ellas no se añadiese el nombre de Dios; no son lícitas, porque jurar por la criatura presupone el nombre del Criador, ya que nadie juraría por la simple criatura: *Ni por el cielo, que es el trono de Dios: ni por la tierra, porque es la peana de sus pies: ni por Jerusalén, porque es la ciudad del grande rey*, formas de jurar que eran frecuentísimas en tiempo de Jesús. Y tanto es más pecaminoso el juramento vano cuanto es más venerable y sagrada la cosa sobre la que se hace, como jurar por la santa ciudad de Jerusalén.

Ni puede jurarse por la propia cabeza, a la que se expone a todos los males si se falta a la verdad: *Ni jures por tu cabeza*; porque también ella pertenece a Dios, hasta el punto de que el hombre no tenga dominio ni potestad sobre lo más insignificante de ella, que son los cabellos: *Porque no puedes hacer un cabello blanco o negro*. Al hijo del reino debe bastarle, para hacer fe y para creer a los demás, una simple afirmación o negación: *Mas vuestro hablar sea: Sí, sí; No, no*. Todo lo que va más allá de esto, tiene origen de un mal moral, esto es, de la desconfianza de unos o de la mala fe de otros: *Porque lo que excede de esto, de mal procede*.

QUINTO: LA LEY DEL TALIÓN (38-42). — Dios había impuesto como norma del código penal de su pueblo la ley del talión; a igual injuria, igual pena (Ex. 21, 24; Lev. 24, 20; Deut. 19, 21): *Habéis oído que fué dicho: Ojo por ojo y diente por diente*: igualdad de medida, no identidad de castigo, es decir, que el principio no debe interpretarse a la letra, sino que servía para regular la intervención y la sanción judicial.

Era esta ley justa en sí, dada la dureza del pueblo judío, porque refrenaba la mano del agresor tanto como el espíritu de venganza en el ofendido. *Mas yo os digo que no resistáis al mal.* La perfección que aporta Jesús a la ley es que no se devuelva mal por mal, sino que se tenga dispuesto el ánimo a sufrir las injurias sin espíritu de venganza. Con ello nada se quita a la pública administración de justicia. Es línea de conducta que se traza para los que quieran ser del reino de Dios.

Y luego añade unos consejos, que ilustra con ejemplos dramáticos, a fin de que sepan sus discípulos soportar las injurias que reciban en el cuerpo, en los bienes materiales y en el honor. En el cuerpo: *Antes si alguno te hiriere en la mejilla derecha* (el lado derecho se considera el más digno), *preséntale también la otra*: es el espíritu de dulzura y paciencia en los malos tratos. Debemos, además, estar dispuestos al sacrificio de los bienes materiales para conservar la caridad: *Y a aquel que quiere ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa*, prenda de vestir muy cara a los judíos que les servía de abrigo por la noche, por lo que en caso de pignorarla, la ley mandaba devolverla antes de ponerse el sol. Son la pieza interior y la exterior de la indumentaria judía. Lucas invierte el orden en la enumeración de estas piezas: *Y al que te arrebate el manto, no le niegues la túnica*, pieza de hilo o algodón, no menos estimada que el manto.

Asimismo debemos hacer por caridad aquello a que no venimos obligados en obsequio a los demás: *Y al que te precisare a ir cargado una milla, ve con él otras dos.* Está tomado el ejemplo de las facultades que tenían los mensajeros reales, que podían requisar hombres y cosas, y ponerlas a su servicio para cumplir su mensaje.

Finalmente, la caridad debe ser generosa: *Da a todo el que te pidiere*: de la misma manera que quisieras se te diera a ti cuando pides. *Y al que te quiera pedir prestado*, aun con violencia, y previendo que no podrá o no querrá devolvertelo, *no le vuelvas la espalda.* No se trata aquí de préstamo con usura, prohibido por la ley (Ex. 22, 26; Lev. 25, 37).

Y no reclames lo tuyo al que te lo arrebate, si atiende con ello a su necesidad.

SEXTO: EL AMOR DE LOS ENEMIGOS (43-48). — Dios había dado a su pueblo el precepto del amor al prójimo (Lev. 19, 18); mas no había mandado el odio al enemigo. Con todo, por una interpretación farisaica, vino a ser considerado el odio a los enemigos como paralelo al amor del prójimo. Era proverbial el odio del judío contra el extranjero, a quien consideró siempre como enemigo: *Habéis oído que fué dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo.* Contrapone el nuevo Legislador el mandato del amor a los enemigos: *Mas yo digo a vosotros que oís: Amad a vuestros enemigos.* Más aún, debe demostrarse este amor con las obras: *Haced bien a los que os aborrecen,* como también con las palabras: *Benedicid a los que os maldicen.* Y si ni podemos con obras y palabras, y aun pudiendo, debemos orar por ellos: *Y rogad por los que os persiguen y calumnian.*

El precepto es difícil; es de lo que más cuesta al hombre; vencer la repugnancia que causa el precepto reclama el estímulo de un premio y de un ejemplo: Dios colma de bienes a sus servidores y a los que no lo son: si hacemos como El, seremos hijos suyos, porque le imitaremos, como el hijo imita al padre: *Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos: el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos: y llueve sobre justos e injustos.* A estas reglas de la caridad para con los enemigos y los necesitados, añade Jesús la regla universal de caridad para con todos nuestros prójimos: *Y lo que queréis que hagan con vosotros los hombres, eso mismo haced vosotros con ellos,* ya que el amor que nos tenemos a nosotros es la medida del que debemos a los demás.

Otro motivo de practicar la caridad para con los enemigos es la perfección de la ley evangélica sobre la común ley humana del amor: *Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también esto los publicanos?* (gentiles de ordinario, y tenidos como públicos pecadores): *También los pecadores aman a los que los aman. Y si saludareis tan sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis*

de más? ¿No hacen esto mismo los gentiles? Y si hacéis bien a quienes os hacen bien, qué mérito tendréis? Porque los pecadores también hacen esto. Y si prestareis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tendréis? Porque también los pecadores prestan unos a otros para cobrarles lo prestado.

Y resumiendo el precepto de la caridad después de tantos ejemplos con que lo ha ilustrado, dice Jesús: *Amad, pues, a vuestros enemigos: haced bien, y, como el verdadero amor es de obras, dad prestado, sin esperar por eso nada.* El premio será grande; Dios nos hará hijos suyos: *Y vuestro galardón será grande, y seréis hijos del Altísimo*, por cuanto nos pareceremos a El, como los hijos al padre: *Porque El es bueno aun para los ingratos y malos.*

Termina Jesús esta parte de su discurso señalándonos el supremo modelo e ideal de nuestras acciones, especialmente en las obras de caridad, Dios, único que puede arrancarnos de nuestro egoísmo y elevarnos sobre toda miseria: *Sed, pues, vosotros perfectos, misericordiosos, así como vuestro Padre celestial es perfecto, misericordioso.*

Lecciones morales. — A) v. 18. — *Ni una jota ni una tilde pasarán de la Ley...* — La ley de Dios es algo inmutable como El mismo, porque no es más que la expresión de su sabiduría y de su voluntad en orden al régimen moral del hombre. Por ello Jesús no vino a abolir la ley, sino a completarla, dándola mayor desarrollo y señalando normas de mayor perfección. Todas ellas deben seguirse, aunque parezcan a veces de poca monta. Apartarse de ellas es desviarse del camino que a Dios conduce. Por desgracia, hay muchos cristianos que no consideran como preceptivo más que lo de mucha monta. Es preciso formarse recta conciencia, sobre todo cuanto sea obligatorio según nuestro estado; y no olvidar la palabra del Señor: “El que falta a uno de mis mandamientos se ha hecho reo de todos” (Iac. 2, 10).

B) v. 19. — *Mas quien hiciere y enseñare...* — No basta enseñar, es preciso conformar la vida a la doctrina que uno profesa; hasta el punto, dice San Jerónimo, que un pequeño pecado es capaz de rebajar ante Dios la estima de un gran maestro. Ni

aprovecha enseñar la justicia que es destruída por culpa de quien la enseña.

C) v. 20. — *Si vuestra justicia no fuese mayor que la de los escribas y fariseos...* — Luego los escribas y fariseos, en cuanto se ajustaban a la ley, no eran malos, sino justos, porque lo mayor y lo menor son de un mismo género. Aquí aparece la diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento: en aquél se exigía menos que en el nuestro; los preceptos de la ley cristiana son más y más duros de cumplir, como aparece en las enseñanzas siguientes de Jesús, sobre la justicia, la castidad, la caridad, etc. En cambio, nosotros tenemos, a más de los ejemplos de Jesús mismo, la abundancia de la gracia, que con sus méritos nos conquistó.

D) v. 24. — *Ve primeramente a reconciliarte con tu hermano...* — Si ofendiste en algo al hermano, dice San Agustín, ve a reconciliarte, no con los pies del cuerpo, sino con el movimiento de tu espíritu, que te lleve a prosternarte ante el hermano en presencia de Aquel a quien debes ofrecer tu don. Porque has de rectificar el amor donde tuvo su desviación, en el corazón.

E) v. 28. — *Todo aquel que mirare a una mujer para codiciarla...* — Una cosa es la pasión, viene a decir San Jerónimo, y otra la "propasión", o inclinación. El que ve una mujer y siente en su alma la conmoción, éste manifiesta la inclinación; si consiente, pasa al estado de pasión; y a éste no le falta la voluntad de pecar, sino la ocasión. Por lo mismo, el que mira a la mujer para codiciarla, esto es, de tal manera la mira que la codicie y se disponga a la obra, éste se dice con razón que ha cometido adulterio en su corazón.

F) v. 29. — *Si tu ojo derecho te sirve de escándalo, sácale...* No nos manda Jesús cortar el sentido o apetito de la carne, dice el Crisóstomo; porque podemos contener los deseos de la carne para que no seamos inducidos a hacer lo que la carne desea; y no podemos cortarla para que no desee. Pero cuando de propósito y voluntariamente pensamos el mal y lo queremos, entonces es cuando nos escandaliza el ojo; y esto es lo que debemos cortar, y este corte puede darlo la voluntad.

G) v. 44. — *Haced bien a los que os aborrecen...* — Piensan muchos, dice San Jerónimo, midiendo por su flaqueza, y no según la fuerza de los santos, el alcance de los preceptos del Señor, que hasta para la virtud no odiar a los enemigos, y que el precepto de amarlos está sobre las fuerzas de la naturaleza. Pero

han de saber que Cristo no manda cosas imposibles, sino perfectas. Lo cual hicieron David con Saúl y Absalón; Esteban, que oró por los que le lapidaban; y Pablo, que deseaba ser anatematizado por sus perseguidores. Y Jesús lo enseñó y lo practicó, diciendo: "Padre, perdónales..." (Lc. 23, 34).

H) v. 48. — *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto...* — Pudiese a primera vista parecer demasiado elevado, por infinito, el ideal que propone Jesús para que le imiten los hombres: ¿Cómo es posible que una pobre criatura copie en sí un dechado de perfección infinita? Pero debemos atender que no hay en el mundo material ni moral perfección alguna que no derive de Dios. Para cada criatura hay un tipo de perfección en la mente de Dios. El tipo del hombre perfecto es Jesús, que es una realidad en la historia; y Jesús nos dice: "Aprended de mí..." (Mt. 11, 29). Imitando a Jesús, imitamos al Padre, como también imitando a todos aquellos que han imitado a Jesús y en aquello en que le han imitado. En este sentido habla el Apóstol cuando dice: "Imitadme a mí, como yo imito a Cristo..." (1 Cor. 4, 16).

52. — SERMON DE LA MONTAÑA: LA LIMOSNA, LA ORACION Y EL AYUNO: MT. 6, 1-18

Evangelio del viernes después de Cenizas (5, 43-48; 6, 1-4) y del miércoles de Cenizas (vv. 16-21)

¹ Mirad que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos: de otra manera no tendréis galardón de vuestro Padre, que está en los cielos. ² Y así, cuando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de ti, como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las calles, para ser honrados de los hombres. En verdad os digo: Recibieron su galardón. ³ Mas tú, cuando haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha. ⁴ Para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre, que ve en lo oculto, te premiará.

⁵ Y cuando oráis, no seréis como los hipócritas, que aman el orar en pie en las sinagogas, y en las esquinas de las plazas, para ser vistos de los hombres. En verdad os digo: Recibieron su galardón. ⁶ Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto: y tu Padre, que ve en lo

secreto, te recompensará. ⁷ Y cuando orareis no habléis mucho, como los gentiles: pues piensan que por mucho hablar serán oídos. ⁸ Pues no queráis asemejaros a ellos: porque vuestro Padre sabe lo que habéis menester, antes que se lo pidáis.

⁹ Vosotros, pues, así habéis de orar: Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea el tu nombre. ¹⁰ Venga a nos el tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. ¹¹ Danos hoy nuestro pan sobresubstancial. ¹² Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. ¹³ Y no nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos de mal. Amén. ¹⁴ Porque si perdonareis a los hombres sus pecados, os perdonará también vuestro Padre celestial vuestros pecados. ¹⁵ Mas si no perdonareis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados.

¹⁶ Y cuando ayunéis no os pongáis tristes, como los hipócritas. Porque desfiguran sus rostros para hacer ver a los hombres que ayunan. En verdad os digo que recibieron su galardón. ¹⁷ Mas tú, cuando ayunas, unge tu cabeza y lava tu cara, ¹⁸ para no parecer a los hombres que ayunas, sino solamente a tu Padre, que está en lo escondido: y tu Padre, que ve en lo escondido, te galardonará.

Explicación. — Definida la naturaleza y objeto de la bienaventuranza, y proclamada la ley nueva en algunos puntos capitales, pasa Jesús a enseñar a sus discípulos cómo deben practicar aquellas cosas que les son comunes con los fariseos. Sienta ante todo un principio general: *Mirad que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos.* Es la vanagloria perniciosísimo enemigo de las buenas obras: hacerlas con la intención de ser vistos y admirados de los hombres, es frustrar el premio que les va anejo cuando la buena intención las informa: *De otra manera no tendréis galardón de vuestro Padre, que está en los cielos.* No condena el buen ejemplo, sino el motivo y la intención perversos. Baja luego a tres casos particulares: la limosna, 2-4; la oración, 5-15, y el ayuno, 16-18. Son las tres principales obras buenas de carácter externo, y las que, según Santo Tomás, regulan toda la vida; porque la limosna es contra la concupiscencia de los ojos, la oración contra la soberbia de la vida y el ayuno contra la concupiscencia de la carne.

MODO DE HACER LIMOSNAS (2-4). — Indica primero lo que es reprobable en la limosna: la vanidad y la ostentación al hacerla. En las sinagogas se recogían todos los sábados limosnas en un tronco que afectaba la forma de trompeta, para ser distribuídas la noche del mismo sábado. En las asambleas del sábado, y luego en la calle y plazas públicas, hacían los fariseos hipócritamente sus limosnas, porque no buscaban en ellas el remedio del necesitado sino la humana gloria de ser tenidos como dadivosos. La forma del receptáculo de las limosnas parece haber sugerido a Jesús la metáfora de la trompeta que no debe ser tomada en sentido propio; no se halla vestigio de tal costumbre: *Y así cuando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de ti, con pecaminosa ostentación al hacerla, como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las calles, sitios los más visibles para ser honrados de los hombres.* Quienes así obran no tendrán el premio que a la buena limosna va anejo, sino sólo el premio de la vanidad satisfecha: *En verdad os digo: Recibieron su galardón.*

Por contraposición, e hiperbólicamente, señala luego la condición de la limosna: *Mas tú, cuando haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha.* A ser posible, hasta nosotros mismos debiéramos ignorar nuestras limosnas. El premio debe esperarse solamente de Dios: *Para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre, que ve en lo oculto, te premiará.* Nótese el bello contraste entre el trompetear en la calle y la sigilosa donación oculta.

MODO DE ORAR (5-15). — Lo que debe evitarse en la oración: Primero, la exhibición, como lo hacían los fariseos, quienes teniendo costumbre de orar a una hora fija, en las horas del sacrificio matutino y vespertino y a mediodía, lo hacían en cualquier parte en que se hallasen, como prescribía la ley; pero procuraban fuese en los cruces de las calles y en las plazas, donde se agolpa la muchedumbre; y allí en pie, vueltos a Jerusalén y en actitudes teatrales, hacían su plegaria: *Y cuando oráis, no seréis como los hipócritas, que aman el orar en pie en las sinagogas, y en las esquinas de las plazas, para ser vistos de los hombres. En verdad os*

digo: Recibieron su galardón, que es el buen concepto de quienes les vieron orar. Por el contrario, la oración individual debe ser en el retiro y apartamiento del tumulto: Mas tú, cuando orares, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto. No condena Jesús la oración pública, y menos la colectiva, sino la ostentación. A esta oración van anejas las gracias de Dios: Y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará, como buen deudor que nos hemos hecho con la plegaria.

En segundo lugar, la oración no debe ser verbosa. No que no pueda prolongarse la oración vocal, sino que, siendo principalmente la oración una elevación de la mente a Dios, debe evitarse la repetición mecánica de unas mismas fórmulas, más o menos vacías de sentido. Así acostumbraban orar los gentiles, quienes teniendo muchos dioses y diosas se creían obligados a saludarlos a todos con títulos especiales: *Y cuando orareis no habléis mucho, como los gentiles: pues piensan que por mucho hablar serán oídos, creyendo que sus dioses no saben sino lo que en la oración se les dice. No es así con respecto a Dios, quien conoce ya antes que oremos nuestras necesidades; sólo quiere que nos humillemos y le pidamos sus dones: Pues no queráis asemejaros a ellos: porque vuestro Padre sabe lo que habéis menester, antes que se lo pidáis.*

EL PADRENUESTRO. — En contraposición a la garrula palabrería de los gentiles, da Jesús una fórmula brevísima de oración, que Tertuliano ha llamado “el breviario de todo el Evangelio”, y cuya riqueza, según testimonio de un exégeta racionalista, ha demostrado la experiencia de todos los siglos: es el “Padrenuestro”, con el que no se reprueban las demás fórmulas legítimas de plegaria, y que indica lo que hemos de pedir y el afecto con que debemos hacerlo. Consta de una breve invocación y de siete peticiones, las tres primeras relativas a Dios, y las cuatro últimas a nosotros mismos: *Vosotros, pues, así habéis de orar, no con la garrulería de los gentiles, sino pidiendo cosas justas y que atañen a la gloria de Dios y a nuestro bien.*

Padre nuestro, que estás en los cielos. Es un exordio lleno

de suavidad. La paternidad de Dios era conocida en el Antiguo Testamento (Deut. 32, 6; Eccli. 23, 1; Is. 63, 16 etc.); pero no se le invocaba a Dios como Padre. En el Nuevo Testamento se ha revelado de una manera especial la paternidad de Dios para con el hombre en los misterios de la Encarnación, Pasión y muerte de Jesús. Es Padre "nuestro", para significar la universalidad de este título de Dios y de la hermandad de los hombres. "En los cielos" mora este óptimo Padre, porque los cielos son especialmente su trono (Iob 22, 12; Ps. 2, 4; Is. 66, 1). Con esta invocación reconocemos la benignidad, el poder y la majestad de Dios, y con ello nos conciliamos su benevolencia ya al principio de la plegaria.

Santificado sea el tu nombre. El nombre de Dios es representativo de su mismo ser, y el ser de Dios es santidad esencial. Con esta petición queremos significar que es nuestro anhelo sea Dios conocido, amado y glorificado por toda criatura. Santificar equivale aquí a venerar y glorificar. Hacemos con ello cuanto está en nosotros para asemejarnos a los ángeles, que en el cielo cantan el "Santo, Santo, Santo..." (Is. 6, 3). Y entramos en la misma intención de Dios, que ha creado todas las cosas para su propia gloria.

Venga a nos el tu reino. El reino de Dios es el reino sobrenatural de la gracia y de la gloria, a que Dios plugo llamar al hombre, ya en su creación; del cual cayó Adán y al que fuimos reintegrados por Cristo. Pedimos, pues, aquí la extensión e intensificación de la doctrina y de la santidad de Cristo en el mundo y el logro de la bienaventuranza del cielo. En ello se comprende la remoción de obstáculos, la derrota de los enemigos, el triunfo y dilatación de la Iglesia, etc. La intensificación y dilatación del reino de Dios es la mejor manera de glorificar su nombre.

Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. Cúmplase absolutamente la voluntad de Dios en los cielos (Ps. 102, 21; Hebr. 1, 14). — Expresamos aquí nuestro deseo de que la obediencia de los hombres a los mandatos de Dios sea perfecta, ideal, como la de los ángeles en el cielo. No sólo la voluntad de beneplácito, con la que quiere

Dios lo que absolutamente quiere que sea y que nadie puede impedir; sino la voluntad, de signo u optativa, significada en los preceptos de orden moral que nos impone y a la que puede resistir la torcida voluntad del hombre.

Danos hoy nuestro pan sobresubstancial. Nos ha enseñado a pedir lo que es de Dios; ahora baja a socorrer nuestras necesidades. El pan es alimento completo, representativo de toda suerte de alimentos. "Sobresubstancial", equivale, en el sentir de la mayor parte de los exégetas, a "necesario para nuestra subsistencia". En el pasaje paralelo de Lc. (11, 3), la misma palabra griega se traduce por "cotidiano", como tenía también la antigua Itala en este lugar de Mt. San Jerónimo conservó el "cotidiano" en el tercer Evangelio y le substituyó por "sobresubstancial" en el primero: prueba de que en ambos se trata del pan material. Le pedimos para hoy, para significar nuestra perpetua dependencia del Padre. Así, en esta cuarta petición, después de haber pedido para la gloria de Dios, imploramos de su providencia el diario sustento de nuestra vida. Y nada más que el ordinario sustento, con lo que Jesús no quiere pidamos cosas superfluas de lujo y comodidades. Por una aptísima acomodación, que autoriza el mismo Jesús al llamarse a sí mismo "pan vivo" (Ioh. 6, 35), entienden muchos intérpretes esta petición de la Santísima Eucaristía.

Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Después de haber pedido para la vida del cuerpo, lo hacemos para la del alma. El espíritu vive por la justificación, y ésta supone la remisión de los pecados, verdaderas deudas que tenemos contraídas ante Dios y que no podemos pagar si él no nos las condona. Alegamos como causa motiva de nuestro perdón el que nosotros condonamos a nuestros prójimos las faltas que contra nosotros hayan cometido. Si no se las perdonamos, restamos razón y eficacia a nuestro ruego. Con lo que significamos que nos llegamos a Dios en la oración sin odios, ni rencores, ni espíritu de venganza contra el prójimo, sino con espíritu de fraternidad, que no en vano se lo pedimos al "Padre nuestro".

Y no nos dejes caer en la tentación. Pedido perdón de los pecados pasados, rogamos a Dios nos libre de los futuros. Tentación es todo aquello que nos pone en peligro de pecar o es incentivo del pecado. No pedimos a Dios que no seamos tentados, siendo la tentación una condición necesaria de la vida cristiana; sino que no consienta nos veamos expuestos a tales condiciones y circunstancias de vida, ocasiones, cargos, etc., que importen a nuestra debilidad la seguridad de la derrota, con lo que reconocemos la providencia paternal de Dios sobre nosotros y su poder en socorrernos con su gracia.

Mas líbranos de mal. En esta última petición se concretan todas las anteriores. En ella pedimos a Dios nos libre de todo mal, físico y moral, pretérito, presente y futuro. Algunos Santos Padres, traduciendo el "mal" en substantivo, traducen: "mas líbranos del malo, o demonio", haciendo de esta petición una continuación de la anterior. Es más propia la primera interpretación. *Amén.* Es el resumen de toda la oración, fórmula optativa con que pedimos a Dios nos conceda todo lo que le hemos pedido, y que no debe confundirse con los frecuentes "amén", "amén", con que Jesús añadía fuerza a sus afirmaciones.

Explica luego Jesús la petición quinta, relativa al perdón de nuestros prójimos, para demostrar que cuanto más fáciles seamos en perdonar los pecados de los demás, más seguro tendremos el perdón de nuestros pecados por parte de Dios: *Porque si perdonareis a los hombres sus pecados, os perdonará también vuestro Padre celestial vuestros pecados.* Condición que repite, para darle más fuerza, en su forma negativa: *Mas si no perdonareis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados.* Una venerable tradición dice que Jesús enseñó por segunda vez la oración del "Padrenuestro" en la ladera occidental del monte Olivete, sobre el Huerto de Getsemaní. Levántase allí, edificada sobre las ruinas de una iglesia que se remontaba más allá del siglo VII, un bello templo llamado del *Paternoster*, en cuyos claustros se halla reproducida la oración dominical, en cuadros simétricos de la-

drillo barnizado, en gran número de lenguas de todas las partes del mundo. Es un hermoso homenaje a la sublime plegaria y al Hombre-Dios que nos la enseñó. Los últimos terremotos, año 1927, dejaron la iglesia en estado ruinoso.

MODO DE AYUNAR (16-18). — Es el tercer ejemplo que propone Jesús para demostrar su doctrina de la rectitud de intención necesaria en las buenas obras. Ya se ha dicho que la Ley sólo imponía un ayuno a los judíos, en la fiesta de la Expiación. Más tarde se introdujo la costumbre de ayunar, por devoción, los lunes y jueves. Los fariseos aprovechaban estos días y esta práctica para hacer ostentación de su rigorismo: aparecían en público con cara hosca y tétrica, simulando un espíritu de penitencia que no les informaba. Jesús lo condena: *Y cuando ayunéis no os pongáis tristes, como los hipócritas.* Lograban este lúgubre aspecto cubriendo sus rostros con ceniza y llevando desaliñados el cabello y barbas, lo que les desfiguraba: *Porque desfiguran sus rostros para hacer ver a los hombres que ayunan.*

Sigue la parte positiva de la forma del ayuno. Este debe ocultarse a los hombres y sólo debe intentarse con él el agrado de Dios. Por lo mismo, los días de ayuno deben ser como los festivos, en los que solían los judíos perfumarse la cabeza y aliñarse el rostro (Ps. 22, 5; Lc. 7, 46): *Mas tú, cuando ayunas, unge tu cabeza y lava tu cara, para no parecer a los hombres que ayunas, sino solamente a tu Padre, que está en lo escondido.* Con esta condición tendrá su premio el ayuno: *Y tu Padre, que ve en lo escondido, te galardonará.*

Lecciones morales. — A) v. 1. — *Mirad que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres.* — Nadie sabe cuánto poder tiene el amor de la humana gloria, dice San Agustín, sino quien le ha declarado la guerra; porque aunque sea cosa fácil no ambicionar la alabanza cuando se nos niega, es no obstante difícil no deleitarse en ella cuando se nos brinda. Y el gloriarse en la estima de los hombres es suplantar a Dios, único digno y legítimo fin de nuestras buenas obras.

B) v. 3.5.16. — *Cuando haces limosna... Cuando oráis... Cuando ayunéis...* — Propone Jesús en el sermón de la montaña tres

fuertes bienes, dice el Crisóstomo, a saber, la limosna, la oración y el ayuno, contra tres males con los que quiso luchar el mismo. Porque lucha por nosotros contra la gula, en el desierto; contra la avaricia, sobre el monte; contra la vanagloria, sobre el Templo. La limosna, que distribuye, es contra la avaricia, que atesora; el ayuno, contra la gula, que es su contrario; y la oración, contra la vanagloria; porque como todo mal nace del mal, solamente la vanagloria procede del bien: y por lo mismo no se destruye con el bien, sino que más bien se nutre de él. Por ello no hay remedio contra la vanagloria sino la oración.

c) v. 7. — *Cuando orareis no habléis mucho...* — No es lo mismo hablar mucho que orar mucho, dice San Agustín. Una cosa es proferir muchas palabras y otra prolongar los afectos. Y aduciendo el santo Doctor el ejemplo de Jesús, que pasaba las noches en oración, y el de los ascetas del Egipto, que invertían largas horas en la plegaria, añade: Lejos de la oración la garrulería, pero que no falte la copiosa plegaria, si la intención persevera ferviente. Porque hablar mucho es tratar una cosa necesaria con palabras superfluas; pero rogar mucho es llamar con persistentes anhelos del corazón a Aquel a quien dirigimos la plegaria. Este negocio de la oración se trata a veces mucho mejor con gemidos que con palabras, más con llanto del corazón que con movimiento de los labios.

d) v. 9. — *Vosotros, pues, así habéis de orar: Padre nuestro...* — Quien nos hizo vivir, nos enseña a orar, dice San Cipriano: a fin de que cuando hablemos al Padre con la oración que el Hijo nos enseñó, seamos más fácilmente oídos. Conozca el Padre las palabras de su Hijo cuando oramos, y como quiera que ante el Padre tenemos por Abogado por nuestros pecados al Hijo (1 Joh. 2, 1), cuando le pidamos que nos perdone, oiga en nuestra voz la del Hijo, nuestro abogado.

e) v. 16. — *En verdad os digo que recibieron su galardón...* Es cosa de lamentar que cuando Dios ha prometido por una acción insignificante, hecha en su nombre y según su intención — como el dar un vaso de agua a un pobre en limosna, proferir una oración o hacer una sencilla mortificación corporal — un ingente peso de gloria para siempre, el ladrón de la intención perversa nos arrebate este divino tesoro y lo substituya por un necio sentimiento de amor propio, o por unas frases de encomio que no sólo lleva el viento, sino que muchas veces acaban en nuestro desdoro si la hipocresía se descubre.

16) v. 16. — *Cuando ayunéis no os pongáis tristes...* — No puede ser, dice el Crisóstomo, que no se manifieste en algo la práctica del ayuno; pero es mejor que el ayuno nos manifieste a nosotros que nosotros al ayuno. Porque no dice el Señor: no estéis tristes; pues la aflicción es natural en la mortificación de la carne; sino, "no os hagáis tristes", con el desafeite externo, hijo de la hipocresía, que convierte una obra buena en pábulo de la vanidad.

53. — SERMON DE LA MONTAÑA: LOS CRISTIANOS
Y LOS BIENES DE LA TIERRA: Mt. 6, 19-34

**Evangelio del miércoles de Cenizas (vv. 16-21) y de la
Dominga 14 después de Pentecostés (vv. 24-33)**

¹⁹ No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra: donde orín y polilla los consume; y en donde ladrones los socavan y roban. ²⁰ Mas atesorad para vosotros tesoros en el cielo: en donde no los consume ni orín ni polilla: y en donde ladrones no los socavan ni roban. ²¹ Porque en donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. ²² La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso. ²³ Mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Pues si la lumbré que hay en ti son tinieblas, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas? ²⁴ Ninguno puede servir a dos señores: porque, o aborrecerá al uno, y amará al otro: o al uno sufrirá, y al otro despreciará. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

²⁵ Por tanto, os digo: No andéis afanados para vuestra alma qué comeréis, ni para vuestro cuerpo, qué vestiréis. ¿No es más el alma que la comida, y el cuerpo más que el vestido? ²⁶ Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en trojes: y vuestro Padre celestial las alimenta. Pues ¿no sois vosotros más que ellas? ²⁷ Y ¿quién de vosotros discurrendo puede añadir un codo a su estatura? ²⁸ Y del vestido, ¿por qué os preocupáis? Considerad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan, ni hilan. ²⁹ Pero os digo que ni Salomón en toda su gloria fué cubierto como uno de éstos. ³⁰ Pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así: ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? ³¹ No os acongojéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos cubriremos? ³² Porque los gentiles se afanan por estas cosas. Y vuestro

Padre sabe que tenéis necesidad de todas estas. ³³ Buscad, pues, primeramente, el reino de Dios y su justicia: y todas estas cosas os serán añadidas. ³⁴ Y así no andéis cuidadosos para el día de mañana. Porque el día de mañana a sí mismo se traerá su cuidado. Le basta al día su propio afán.

Explicación. — Está este fragmento íntimamente trabado con los anteriores. Sigue desarrollándose ordenadamente el Sermón de la Montaña: ha expuesto Jesús su pensamiento en orden al cumplimiento de la ley (5, 17-20); ha promulgado varios preceptos que son la perfección de la Ley antigua (5, 21-48); ha señalado el gran enemigo de las buenas obras, que es la perversa intención (6, 1-18); ahora va a atacar otro mal, muy general entre los hombres: la avaricia (19-24), y una de sus filiales, que es el excesivo cuidado de los bienes temporales (25-34).

LA AVARICIA Y SUS MALES (19-24). — Con tres argumentos combate Jesús la avaricia. Es el primero la caducidad de los bienes terrenos: *No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra: donde orín y polilla los consume: y en donde ladrones los socavan y roban.* Son los Orientales muy dados a acumular joyas y piedras preciosas, monedas acuñadas, vestidos ricos y de colores lampantes; es necio empeño hacerlo: a los metales les ataca el moho; a los vestidos y telas ricas, la polilla; y todos puede arrebatarnos la codicia de los ladrones, que taladran para ello los muros de las casas. Pero ya que el instinto de posesión es innato en el hombre, porque ha sido criado para la posesión de un Dios infinito, es preciso que acumule tesoros conforme a la dignidad de su naturaleza, es decir, espirituales y eternos: son las buenas obras, que nadie puede destruir ni arrebatarnos, y a las que corresponde un premio perdurable de gloria: *Mas atesorad para vosotros tesoros en el cielo: en donde no los consume ni orín ni polilla: y en donde ladrones no los socavan ni roban.* Y añade otra razón de carácter profundamente humano: el corazón, es decir, el pensamiento y la voluntad, están en el lugar y nivel del objetivo de nuestra vida; toda ésta queda como pegada en la tierra si no tenemos más que un fin te-

reno; se levanta a la región del cielo si allá tenemos nuestra aspiración: *Porque en donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.* Criados para el cielo, éste es nuestro tesoro, y para lograrlo y mejorarlo hemos de trabajar.

Segundo argumento: es la ceguera mental que produce el desmedido amor a las riquezas. Lo que demuestra Jesús con una oportunísima metáfora. En el orden de la vida corporal, el ojo es como el faro que nos ilumina: si el ojo es sano, en estado normal, va el cuerpo bien conducido, porque todos los miembros participan de los efectos de su luz: *La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso.* Pero si el ojo está enfermo, en mal estado de funcionamiento fisiológico, todo el cuerpo queda como envuelto en tinieblas: *Mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso.* Y viene la aplicación moral: si la luz de la vida, que es el espíritu o el corazón, está como entenebrecida por las pasiones y concupiscencias, esta enfermedad del ojo espiritual producirá efectos más deplorables que los que para el cuerpo producen las tinieblas, porque toda la vida será mala, pensamientos, deseos y acciones: *Pues si la lumbre que hay en ti son tinieblas, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas?* Lo contrario será si el espíritu está iluminado por la fe y enardecido por el deseo de las cosas del cielo.

Tercer argumento: De tal manera absorben el espíritu las riquezas, que le imposibilitan para servir a Dios. Lo demuestra Jesús con el ejemplo del esclavo. Este debe toda su actividad a su señor: si quiere servir a dos, le será imposible, porque tendrán voluntades contrarias e incompatibles: no le quedará más remedio al esclavo que decidirse por uno o por otro: *Ninguno puede servir a dos señores: porque, o aborrecerá al uno, y amará al otro: o al uno sufrirá, y al otro despreciará.* La aplicación es fácil: *No podéis servir a Dios y a las riquezas:* no que no sea lícito tenerlas, sino que no es posible cumplir con Dios siendo esclavo de ellas.

SOLICITUD EXCESIVA EN LAS NECESIDADES COTIDIANAS (25-34). — El andar acongojado el hombre por las cosas de la

vida material, alimento, vestido, comodidades, etc., es un incentivo de la codicia. No siendo compatible con el servicio de Dios la idolatría de las riquezas, tampoco lo será con el afán de ateserarlas que aquella inmoderada solicitud engendra: *Por tanto, os digo...*

No andéis afanados para vuestra alma, qué comeréis, ni para vuestro cuerpo, qué vestiréis. Alma equivale aquí a vida física, de la que el alma es el principio. No condena Jesús la previsión, ni las preocupaciones naturales del vivir; ni el legítimo ahorro o el moderado deseo de mejorar de condición económica, que es estímulo y premio del trabajo; ni mucho menos el trabajo, ley ordinaria del vivir; sino una ansiedad exagerada que pudiese nacer de la desconfianza en Dios o del apego a las cosas del mundo. Razones de ello:

Primera: Es cosa injuriosa a Dios. El que ha dado el ser, que es más, dará la manera de que perseveremos en el ser, que es menos, mientras le plazca: *¿No es más el alma que la comida, y el cuerpo más que el vestido?* Quien nos ha dado alma y cuerpo, nos procurará comida y vestido.

Segunda: la Providencia de Dios. Hay en el mundo infinidad de seres insignificantes, que no trabajan, que no tienen la industria y la sagacidad del hombre, que son criados para el hombre, y de todos ellos tiene Dios provido cuidado: ¿cómo podría faltarle la Providencia de Dios al hombre, hijo de Dios, criatura de predilección, inteligente, para quien se hicieron todas las cosas de la tierra? *Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en trojes: y vuestro Padre celestial las alimenta. Pues ¿no sois vosotros más que ellas?*

Tercera: la inutilidad de este desmesurado afán. Por más que nos ingeniemos o inquietemos para lograr lo necesario a la vida, no podremos alargarla más allá de lo que tiene Dios destinado; "estatura" puede significar, en el griego, medida de edad o talla del cuerpo: es preferible lo primero: *Y ¿quién de vosotros discurriendo puede añadir un codo a su estatura?* Ni creceremos ni viviremos más de lo que Dios quiere, por más que nos afanemos.

Cuarta: vuelve al argumento de la Providencia, tomán-

dolo ahora del reino vegetal, en forma graciosísima: *Y del vestido ¿por qué os preocupáis? Considerad cómo crecen los lirios del campo, no a fuerza de humano cuidado, como los de los jardines, sino espontáneamente: No trabajan, ni hilan, y se ofrecen espléndidos, rojos como la púrpura, como abundan en los valles de la Palestina. Salomón, el más fastuoso de los reyes de Israel, cuyo fausto pasmó a la reina de Sabá (3 Reg. 10, 5; 2 Par. 9, 15 sigs.), jamás se vistió con tanto esplendor: Pero os digo que ni Salomón en toda su gloria fué cubierto como uno de éstos, porque todas las bellezas creadas por la humana industria no llegan a la de una flor.*

Crece la fuerza de este argumento si se atiende a la caducidad y escaso valor de estas flores. La planta del lirio no es más que una hierba caduca; al secarse, se la corta en Palestina, como las demás hierbas, para alimentar el hornillo portátil de la familia: *Pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así: ¿cuánto más a vosotros — de alma inmortal, de cuerpo espléndido, reyes de la creación —, hombres de poca fe?, que tan sin razón demostráis con vuestros afanes desconfiar de la Providencia.*

Conclusión práctica, que refuerza Jesús con una última razón: el ser este cuidado excesivo propio de los gentiles, que no creen en la paternidad de un Dios pródigo en el cielo: *No os acongojéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos cubriremos? Porque los gentiles se afanan por estas cosas. Cuando os llamo a una justicia superior a la de los escribas y fariseos, no queráis caer, más bajo que éstos, al nivel de los gentiles que, ignorantes de la naturaleza de Dios, no cuentan con su paternidad sobre todos. No seáis vosotros así: abrid a la esperanza vuestro corazón, porque tenéis un Padre amantísimo y poderoso que conoce vuestras necesidades: Y vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas ellas.*

Por todo esto, lo que debéis hacer, en vez de acongojaros con solícitos cuidados, es buscar, como fin primordial de la vida, la manera de conseguir el reino de Dios, y la justicia de Dios, que es la santidad, camino que conduce a la pose-

sión del reino de Dios: *Buscad, pues, primeramente, el reino de Dios y su justicia*. Todo lo demás seguirá, como lo accesorio sigue a lo principal: *Y todas estas cosas os serán añadidas*, buscándolas sólo en un plano inferior y en cuanto son medios para lograr lo principal.

Termina Jesús este punto insistiendo en su recomendación, que es la tesis fundamental de este fragmento, presentándola bajo una nueva luz: Procurad hoy para las necesidades del presente; dejad a Dios el cuidado del porvenir: *Y así no andéis cuidadosos para el día de mañana*. Lo que confirma con dos locuciones populares: El día de mañana tendrá su propia congoja, de la que se librará el hombre con la solicitud que a aquel día corresponda: *Porque el día de mañana a sí mismo se traerá su cuidado*. Cada día tiene su pena y su mal; inquietarse para el día futuro es añadir nuevas congojas al presente: *Le basta al día su propio afán*. No condena Jesús la previsión legítima, sino sólo el exceso, que compromete la santificación y salvación. Con esta lección nos ha dado Jesús una prueba de su bondad, cuando no quiere que indebidamente suframos apreturas y congojas.

Lecciones morales. — A) v. 19. — *No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra...* — Da la razón San Agustín: Si el corazón se ocupa en buscar cosas de la tierra, no será limpio, porque se revolcará por la tierra. Porque se mancha y envilece una cosa cuando se mezcla con otra de inferior naturaleza. Así como la plata pura rebaja al oro si a él se mezcla, así se mancha nuestro espíritu de tierra, aunque ésta sea pura, si se aferra a las cosas de la tierra.

B) v. 22. — *La antorcha de tu cuerpo es tu ojo...* — El ojo sano del alma es la intención pura en el obrar. La corrupción de la intención lleva consigo la corrupción de la obra misma. Es la obscuridad del pensamiento y del corazón que se proyecta sobre toda la vida. Pero como se trata aquí de tesoros del cielo, no basta la pura intención en el orden natural, sino que es preciso tener los ojos del alma iluminados por la fe e ilustrados por la gracia, fijos en la patria celestial y en agradar a Dios conocido por la fe.

C) v. 24. — *Ninguno puede servir a dos señores.* — Podría

alguien decir: la intención es la que hace la obra buena; luego yo, con buena intención, serviré a Dios, y, con buena intención, me consagraré asimismo a las riquezas. Es una falacia: como no puede haber doble fin del hombre, tampoco doble intención legítima. Todo debe subordinarse a Dios. Si se buscan las riquezas por las riquezas, no hay compatibilidad con el servicio de Dios. Si se buscan las riquezas para Dios, será legítimo el afán de conquistarlas en la medida que se pongan ellas al servicio de Dios. Caben aquí muchos engaños del dios de las riquezas, que es Satanás: conquistadas las riquezas, se olvida fácilmente el fin para que se buscaron, si no es que Dios haya sido ya un pretexto para ir a su conquista.

D) v. 25. — *¿No es más el alma que la comida, y el cuerpo más que el vestido?* — Y no obstante ser así, olvidan los hombres los altos intereses del espíritu, y no sólo ponen en el primer plano los intereses materiales, sino que ellos son el eje y el fin de toda su actividad. Es una inversión lamentable del orden de la vida. Mucho regalo, mucho lujo, hasta ahogar la misma vida material; mientras queda ayuna la pobre alma de lo que es su alimento y su vida: la verdad, la virtud, la verdadera belleza, el bien.

E) v. 32. — *Y vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas ellas.* — No dice Jesús: "Dios sabe", sino "vuestro Padre sabe", dice el Crisóstomo; porque, ¿qué padre hay que pueda descuidar la vida de sus hijos? Y nadie es tan padre como Dios. Y dice "que tenéis necesidad", para darnos a entender que la Providencia y paternidad de Padre tan bondadoso no puede consentir que nos falte aquello sin lo cual no podemos vivir.

F) v. 34. — *Le basta al día su propio afán.* — Con ello quiere Jesús que estemos libres de indebidos cuidados de lo futuro. Pero es que a veces el afán del día debe ser preocuparse del siguiente o del tiempo futuro; de ello hay varios ejemplos en la Escritura: así, uno de los discípulos de Jesús llevaba dineros en previsión de lo futuro (Ioh. 13, 29); los apóstoles cuidaron de hacer frente al hambre futura (Act. 11, 29); Salomón nos exhorta a imitar a la hormiga previsora (Prov. 6, 6). Debe ser por consiguiente la medida racional de las contingencias la que nos gobierne en este punto, siempre con los ojos de la intención puestos en un fin superior a toda contingencia. La prudencia, la justicia, la caridad y la templanza deben señalarnos las normas en un punto que, si siempre ha ofrecido dificultad, más la ofrece

en nuestros días, por la complejidad de la vida, por la movilidad de la economía, por el ambiente de codicia en que vivimos, por la misma multiplicidad de situaciones personales.

54. — SERMON DE LA MONTAÑA: DEL INJUSTO JUZGAR: Lc. 6, 37-42

(Mt. 7, 1-6)

Evangelio de la Dominica primera después de Pentecostés

"No juzguéis, y no seréis juzgados: *"porque con el juicio con que juzgareis, seréis juzgados: no condenéis, y no seréis condenados: perdonad, y seréis perdonados.* "Dad, y se os dará: buena medida, y apretada, y remecida, y rebosante darán en vuestro seno. Porque con la misma medida con que midiereis se os volverá a medir.

"Y les decía también una semejanza: ¿Acaso podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? "No es el discípulo más que el maestro: mas será perfecto todo aquel que fuere como su maestro. "Y ¿por qué miras la mota en el ojo de tu hermano, y no reparas la viga que tienes en tu ojo? "O, ¿cómo puedes decir a tu hermano: Déjame, hermano, sacarte la mota de tu ojo, no viendo tú la viga que hay en tu ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y después verás para sacar la mota del ojo de tu hermano. *"No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos: no sea que las huellen con sus pies y, revolviéndose, os destrocen.*

Explicación. — En este fragmento del Sermón del Monte es más completo Lc. que Mt.: por esto, y porque desde el versículo anterior, 36 (cfr. n. 51), se halla en el Misal Romano, en la Dominica indicada, se substituye aquí al paralelo de Mt.

NO JUZGAR AL PRÓJIMO (37.38). — A más de la vanagloria y de la avaricia, que se oponen al reino de Dios, es defecto común entre los hombres el juzgar severa o temerariamente a sus hermanos, llevando siempre a mala parte sus obras e intenciones. Este es el vicio que fustiga aquí Jesús: *No juzguéis*; la caridad, la misericordia y la prudencia deben guiar nuestros juicios sobre los hermanos. La razón es que

ello nos librará del duro juicio que nuestras obras pueden merecer a Dios: *Y no seréis juzgados: porque con el juicio con que juzgareis, seréis juzgados, duramente si somos duros, con lenidad si somos benignos con los hermanos. Si alguna vez no podemos justificar al hermano por su acción, tampoco debemos condenarle; sería invadir los derechos de Dios y exponernos a su reprobación: No condenéis, y no seréis condenados. Si el hermano nos ha ofendido, perdonémosle, para que Dios nos perdone: Perdonad, y seréis perdonados.*

En general exhorta Jesús a las obras de misericordia, por contraposición a los juicios acerbos, ofreciendo por ello amplísima recompensa: *Dad, y se os dará; la medida con que Dios nos pague será digna de su riqueza y liberalidad: Buena medida, y apretada, y remecida, y rebotante darán en vuestro seno, en la bolsa formada ante el pecho por la túnica, ceñida y levantada. Dios nos medirá según nuestra medida para con los demás, medida no de igualdad, sino de generosa proporcionalidad: Porque con la misma medida con que midiereis se os volverá a medir.*

OTRAS REGLAS DE CONDUCTA CON EL PRÓJIMO (39-42). — Los que pretenden juzgar a los demás deben ser irrepreensibles, de lo contrario, siendo ellos espiritualmente ciegos, no sólo no podrán guiarlos, sino que los llevarán a la ruina: *Y les decía también una semejanza: ¿Acaso podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? Confírmalo Jesús con otro axioma popular, por El repetido en distintas ocasiones (Mt. 10, 24; Lc. 22, 27; Joh. 13, 16): el discípulo, aun en las mejores condiciones, no rebasa el nivel del maestro: No es el discípulo más que el maestro; si éste es malo, no saldrá bueno el discípulo; porque es ley general que el discípulo se conforme a las enseñanzas del maestro: Mas será perfecto todo aquel que fuere como su maestro.*

Sigue Jesús desarrollando la misma doctrina con otro símil. El que quiere corregir a otros, estando él metido en errores y pecados, es como el que, teniendo un tarugo en su propio ojo, se preocupa de la pajuela que trae el otro en el suyo; esto le hace caer en ridículo: *Y ¿por qué miras la mota en*

el ojo de tu hermano, y no reparas la viga que tienes en tu ojo? Esto le imposibilita para corregir a los demás. O, *¿cómo puedes decir a tu hermano: Déjame, hermano, sacarte la mota de tu ojo, no viendo tú la viga que hay en tu ojo?* Y cuando este tal amonestare, se le podría responder con razón y sarcasmo: *Hipócrita* — porque hipócrita es el que esconde lo que es, y manifiesta lo que no es —, *saca primero la viga de tu ojo, y después verás para sacar la mota del ojo de tu hermano.* Se contiene en estas palabras un gravísimo aviso a quienes por su misión y cargo están llamados a corregir a los demás: deben ser ellos irrepreensibles, a fin de que sea eficaz su corrección.

Con todo, en la corrección, tanto si es fraterna como obligada por el cargo, debe procederse con mucha prudencia: primero, para no exponer las cosas santas, la doctrina, sacramentos, autoridad, etc., a la profanación de hombres procazes, cuyas iras podéis provocar con vuestro celo imprudente: *No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos: no sea que las huelen con su pies,* como podrían hacer estos inmundos animales irritados por haber tomado como comida una piedra preciosa, no siendo buena para comer: y segundo, por las molestias y peligros que los que corrigen pueden correr de parte de la gente proterva: y, *revolviéndose, os destrocen,* causándoos molestias, quitándoos el honor, tal vez la vida.

Lecciones morales. — A) v. 37. — *No juzguéis, y no seréis juzgados...* — No creo se nos mande en este lugar otra cosa, dice San Agustín, sino que echemos a buena parte aquellos hechos que no sabemos con qué ánimo se hacen: pues Dios permite que juzguemos aquellas cosas que no pueden hacerse con buen ánimo o intención, como los estupros, blasfemias, etc. De los demás hechos que pueden tomarse en buena y mala parte, es temerario juzgar, mayormente para condenarlos. Dos son los casos en que debemos evitar el juicio temerario: cuando es incierto el ánimo con que una obra se ha hecho; o cuando es incierto cuál será quien ahora aparece bueno o malo.

B) v. 39. — *¿Acaso podrá un ciego guiar a otro ciego?* — El magisterio y la misma convivencia social importan la ilumi-

nación mutua. Los que están espiritualmente ciegos, por los errores o por las pasiones, no pueden arrogarse el derecho de conducir a los demás; como es necedad confiarse a quien no tiene luz espiritual para guiarnos: maestro y discípulo caerán en este caso en el hoyo de la mala acción, del error, del ridículo, de la desgracia temporal y quizás eterna. Es lección de cautela para los que presiden y para los que necesitan guía.

c) v. 41. — *¿Por qué miras la mota en el ojo de tu hermano...?* — Hay gentes, dice el Crisóstomo, que si ven a un religioso que tiene un vestido superfluo, o que se sienta a mesa bien servida, se convierten en acerbos acusadores, siendo así que quizás vivan ellos de la rapiña y en la crápula. Miremos antes hacia nosotros, y teniendo en la memoria nuestros pecados presentes o nuestra fragilidad pasada, veremos con mayor imparcialidad y caridad las ajenas faltas.

d) v. 42. — *Saca primero la viga de tu ojo...* — El más grave de todos los negocios, dice San Basilio, es el de nuestro propio conocimiento. Porque no es sólo el ojo del cuerpo el que mira los demás objetos y no se ve a sí mismo, sino nuestro propio entendimiento que, siendo lince para descubrir las ajenas faltas, es tardío en conocer las propias. Escudriñemos con inexorable mirada todo lo que en nosotros hay de pecaminoso, y no amplifiquemos con el ojo de nuestra mala intención los ajenos defectos y pecados.

e) v. 6, Mt. — *No deis lo santo a los perros...* — Perros y puercos eran para los judíos los animales más despreciables e inmundos: lo santo es lo incorruptible, lo que dice relación a la divinidad, es decir, la verdad de la fe, la santidad, las cosas sagradas, los sacramentos, etc. Dar lo santo a los perros y echar margaritas a los puercos es manifestar a hombres impíos o perdidos aquello que pueda ser para ellos objeto de odio, de hurla, de desprecio. Es dar los sacramentos a los pecadores públicos. Es exponer las delicadezas de la virtud a quien no es capaz de comprenderlas y será capaz de ridiculizarlas. Es descubrir lo que no tienen de tan santo las cosas santas — ciertas verdades de la historia, ciertos defectos de ciertas personas, los secretos de gobierno y administración — a quien puede abusar de ello utilizándolo para fines perversos, o recibiendo escándalo de la noticia. Los que llevamos nuestras manos llenas de margaritas que en ellas ha puesto la Iglesia al confiarnos sus ministerios, debe-

mos andar con gran tiento para que no las desdoren aquellos con quienes debemos tratar, sean amigos o adversarios.

55. — SERMON DE LA MONTAÑA
ULTIMAS LECCIONES: EPILOGO: Mt. 7, 7-29
(Lc. 6, 43-49)

Evangelio de la Dom. 7.^a después de Pent. (vv. 15-23)

⁷ Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis: llamad, y se os abrirá. ⁸ Porque todo el que pide, recibe: y el que busca, halla: y al que llama, se le abrirá. ⁹ O ¿quién de vosotros es el hombre, a quien si su hijo pidiera pan, le dará una piedra? ¹⁰ O si le pidiera un pez, ¿por ventura le dará una serpiente? ¹¹ Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos: ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará bienes a los que se los pidan?

¹² Y así, todo lo que queréis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos. Porque ésta es la ley y los profetas.

¹³ Entrad por la puerta estrecha: porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él. ¹⁴ ¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino que lleva a la vida, y pocos son los que atinan con él!

¹⁵ Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores. ¹⁶ Por sus frutos los conoceréis. ¹⁷ *Cada árbol se conoce por sus frutos. ¿Por ventura cogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?* ¹⁸ Y así, todo árbol bueno lleva buenos frutos, y el mal árbol lleva malos frutos. ¹⁹ No puede el árbol bueno llevar malos frutos, ni el árbol malo llevar buenos frutos. ²⁰ Todo árbol que no lleva buen fruto será cortado y metido en el fuego. ²¹ Así, pues, por los frutos de ellos los conoceréis. ²² *El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca el bien: y el hombre malo, del mal tesoro saca el mal. Porque de la abundancia del corazón habla la lengua.*

¿Por qué pues, me llamáis: Señor, Señor; y no hacéis lo que digo? ²³ No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése entrará en el reino de los cielos.

²² Muchos me dirán aquel día: Señor, Señor, pues, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? ²³ Y entonces yo les diré claramente: Nunca os conocí: apartaos de mí los que obráis la iniquidad.

²⁴ Pues todo aquel que *viene a mí* y oye estas mis palabras y las cumple, *os mostraré a quién se asemeja*: comparado será a un varón sabio que *cavó y ahondó* y edificó su casa sobre piedra, ²⁵ que descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos y dieron impetuosamente en aquella casa, y no cayó: porque estaba cimentada sobre peña. ²⁶ Y todo aquel que oyere estas mis palabras y no las cumple, semejante será a un hombre loco, que edificó su casa sobre arena: *sin cimientos*, ²⁷ que descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos y dieron impetuosamente sobre aquella casa, y cayó, y fué su ruina grande.

²⁸ Y sucedió que, cuando Jesús hubo acabado estos discursos, se maravillaban las gentes de su doctrina. ²⁹ Porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas de ellos y los fariseos.

Explicación. — Tiene este fragmento íntima trabazón con los anteriores, y sus conceptos son ordenadísimos. He aquí el análisis: Medios que deben practicarse para lograr la justicia de Dios: la oración perseverante, vv. 7-11, y la regla áurea de la caridad, v. 12. Peligros que deben evitarse: la holgura del vivir, vv. 13-14; los falsos profetas, vv. 15-20; la vana confianza, vv. 21-23. Epílogo, vv. 24-27. Efecto causado por el discurso en el auditorio, vv. 28-29.

MEDIOS PARA LOGRAR LA JUSTICIA: A) LA ORACIÓN PERSEVERANTE (7-11). — Los preceptos dados por Jesús anteriormente son excelsos y no fáciles de cumplir: imposible de llenarlos sin el auxilio de Dios. Por ello, después que ha enseñado a orar, da ahora Jesús a sus seguidores, la seguridad de ser oídos y recibir del cielo el auxilio oportuno para guardar la ley: *Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá*; tres mandatos a los que va aneja la certeza de la promesa; la misma gradación de ideas inculca la necesidad de la intensidad y perseverancia en la plegaria. Hecha la oración en estas condiciones, es siempre oída, en una forma

u otra: *Porque todo el que pide, recibe: y el que busca, halla: y al que llama, se le abrirá*; si la oración es ineficaz es porque no pedimos del modo debido, o somos indignos de recibirlo, o pedimos cosas nocivas a nuestro bien espiritual: Dios nos dará siempre lo que nos convenga.

Confirma su aserto con el ejemplo de los padres de la tierra. Jamás dan éstos a sus hijos, cuando les piden pan, una cosa inútil, como es una piedra: o si les piden un pez, una nociva, como es la sierpe. *O ¿quién de vosotros es el hombre, a quien si su hijo pidiera pan, le dará una piedra? O si le pidiera pez, ¿por ventura le dará una serpiente?* Nótese la semejanza de forma entre el pan y la piedra, el pez y la serpiente, y la profunda desemejanza de substancia: un padre no engaña a su hijo. Y desarrolla el argumento, procediendo de menor a mayor: Si el hombre, aun faltándole mucho para ser totalmente bueno, y siendo por el contrario muy inclinado al mal, sabe con todo dar sus bienes a sus hijos, mucho más sabrá nuestro Padre celestial, benigno, poderoso, riquísimo, darnos los bienes que legítimamente le pidamos: *Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dadas a vuestros hijos: ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará bienes a los que se los pidan?*

B) AUREA REGLA DE LA CARIDAD FRATERNAL (12). — Explicadas las normas de la justicia del reino de Dios, y la necesidad del auxilio divino para observarlas, Jesús propone, a guisa de recapitulación, el gran precepto del amor mutuo, síntesis de la ley y de los profetas: *Y así, todo lo que queréis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo también vosotros con ellos*. En el A. T. se había llegado a esta fórmula del amor fraterno: "No hagas a otro lo que para ti no quieras"; Jesús quiere que tomemos la iniciativa de hacer bien al hermano. En ello está la suma de la ley y de la moral cristiana (Rom. 13, 9.10; Gal. 5, 14): porque en el amor mutuo se incluye el amor de Dios, del que deriva la caridad fraterna. Una sola caridad es la que nos hace amar a Dios y al prójimo; y en el doble precepto se encierran todos los mandamientos: *Porque ésta es la ley y los profetas*.

OBSTÁCULOS AL LOGRO DE LA JUSTICIA: A) LA HOLGURA DEL VIVIR (13.14). — Con clarísima metáfora indica Jesús el triple peligro que corremos de perder la justicia de Dios y su reino: la dificultad de vencer nuestra naturaleza inclinada al mal: *Entrad por la puerta estrecha*; los halagos y deleites que la solicitan: *Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición*; y el ejemplo de muchos que se dejan arrastrar del peso de la naturaleza: *y muchos son los que entran por él*. E inculca otra vez, con gravísima exclamación, el mismo pensamiento; como si tuviese ante sus ojos la angostura de la puerta y del camino que llevan a la vida, el corto número de los que dan con camino tan angosto y puerta tan estrecha, y las multitudes que corren por el ancho camino del holgado vivir: *¡Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino que lleva a la vida, y pocos son los que atinan con él!*

B) LOS FALSOS PROFETAS (15-20). — Son otro gravísimo peligro que hay que evitar para no perder el reino de Dios. Jesús no habla aquí solamente de los escribas y fariseos: su aviso es de carácter general, como el reino que predica. Como había falsos profetas en el A. T. (Ier. 6, 13; 26, 7. etc.), también los habrá en la Iglesia. herejes, seductores del pensamiento, falsificadores de la pura doctrina (Act. 20, 29; Rom. 16, 18), que son tanto más de temer cuanto que se cubren con el nombre y doctrina y vida de Cristo y usan maneras insinuantes y llenas de dulzura: *Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores*.

Señala Jesús un criterio para distinguirlos de los verdaderos doctores: *Por sus frutos los conoceréis. Cada árbol se conoce por sus frutos*. Los frutos son no sólo la doctrina, fruto del pensamiento y que puede contrastarse con la doctrina de Cristo, sino principalmente las obras, que siguen como natural consecuencia a las doctrinas y son su manifestación externa; y en un sentido más lato, las obras que producen en la sociedad en que ejercen su influencia. Y desarrolla el mismo pensamiento desentrañando la misma metáfora: cada árbol tiene su naturaleza, y da los frutos que le corresponden

según ella: *¿Por ventura cogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?* Como una necesidad física hace que cada árbol produzca sus frutos, así una necesidad moral hace que las obras corresponden de ordinario al modo de ser de cada uno: *Y así, todo árbol bueno lleva buenos frutos, y el mal árbol lleva malos frutos.* Sin que ello importe necesidad universal para toda obra, ni menos incorregibilidad, lo cierto es que los buenos acostumbran obrar bien, y mal los malos: *No puede el árbol bueno llevar malos frutos, ni el árbol malo llevar buenos frutos.*

La suerte de los malos árboles, como la de aquellos a quienes simbolizan, es desgraciada: son cortados y echados al fuego, como los malos son separados del reino de Dios y condenados al fuego eterno: *Todo árbol que no lleva buen fruto será cortado y metido en el fuego.* Ante la terribilidad de la pena vuelve Jesús a llamar la atención sobre la manera de distinguir a los falsos profetas, para no dejarse seducir por ellos: *Así, pues, por los frutos de ellos los conoceréis.* El tercer Evangelio añade una imagen nueva para expresar el mismo concepto: lo que es la raíz para el árbol es el corazón para el hombre: *El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca el bien: y el hombre malo, del mal tesoro saca el mal. Porque de la abundancia del corazón habla la lengua.*

C) LA VANA CONFIANZA (21-23; Lc. 46). — Pasa aquí Jesús a exhortar a sus discípulos a la práctica de la doctrina que les ha enseñado. Llamábanle a Jesús Maestro y Señor, como se solía llamar a los doctores: Jesús reprende la inconsecuencia de quienes le tienen por Señor y no hacen lo que enseña: *¿Por qué, pues, me llamáis: Señor, Señor; y no hacéis lo que digo?* Eleva luego a principio general la necesidad de acomodar las obras a las creencias, condenando con ello a los falsos profetas, que tomaban hipócritamente en sus labios el nombre del Señor, y a todos los que creen que basta la profesión nominal de cristianos: *No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése entrará en el reino de los cielos.* Nótese cómo se da Jesús aquí por Hijo

de Dios, que ha venido a hacer que se cumpla la voluntad del Padre celestial.

Pasa más adelante aún Jesús. En aquel día, el día del juicio, que es el de la sanción definitiva de las obras de todos, ni siquiera valdrán para justificar la mala vida de los malos discípulos del Señor las obras maravillosas que ellos, en su nombre, hayan podido hacer, como profetizar, hacer milagros, etc.; éstas son gracias que pueden concederse a los malos para la confirmación de una doctrina, pero no son prueba de su santidad personal: *Muchos me dirán aquel día: Señor, Señor, pues ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?* Jesús, revelándose como juez de la humanidad, añade: *Y entonces yo les diré claramente, delante de todos los hombres a quienes quizá pudieron engañar: Nunca os conocí; ni siquiera cuando obrabais milagros os tuve por míos: Apartaos de mí los que obráis la iniquidad, no conformando vuestra vida a vuestra doctrina* (1 Cor. 13, 2).

EPÍLOGO (24-27; Lc. 47-49). — Termina Jesús el Sermón de la Montaña con una parábola, terrible y consoladora a la vez: Mt. y Lc. la reproducen casi con las mismas palabras. Está tomada del hecho, no infrecuente en la Palestina, que las violentas tormentas derrumbasen los edificios, no muy sólidos en general. Los que profesan la doctrina de Jesús y amoldan a ella su vida son incommovibles, porque están asentados sobre la misma roca viva que es Jesús: *Pues todo aquel que oye estas mis palabras y las cumple, comparado será a un varón sabio que cavó y ahondó y edificó su casa sobre piedra. Nada la derribará: ni errores, ni halagos, ni pasiones, ni tentaciones del demonio, figurado en los elementos que atacan la casa por todas partes: la lluvia por el techo, los ríos por los cimientos, los vientos por los costados: Que descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos y dieron impetuosamente en aquella casa, y no cayó: porque estaba cimentada sobre peña.*

En cambio, los que profesan las doctrinas de Jesús sin ponerlas en práctica, sufrirán ruina espantosa e irreparable,

como la de una casa de endeble construcción, levantada sobre movediza arena y sometida a las violentísimas tempestades de aquel país: *Y todo aquel que oyere estas mis palabras y no las cumple, semejante será a un hombre loco, que edificó su casa sobre arena: que descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos y dieron impetuosamente sobre aquella casa, y cayó, y fué su ruina grande.* La gravedad de la sentencia y de la amenaza con que termina Jesús su peroración responde a la trascendencia de la doctrina expuesta. Se ha amoldado el divino orador a las leyes de la preceptiva oratoria.

EFEECTO EN EL AUDITORIO (28.29). — La impresión producida por el discurso de Jesús en las multitudes fué de estupefacción. Primero, por la sublimidad y magnificencia de su doctrina: *Y sucedió que, cuando Jesús hubo acabado estos discursos; se maravillaban las gentes de su doctrina.* Y en segundo lugar, por la forma magistral, categórica, imperativa, con que daba leyes nuevas; con un espíritu amplio, que contrastaba con las sempiternas minucias de escribas y fariseos, detallistas comentadores de Moisés y los profetas; con sanciones ultramundanas, como correspondía a un Dios legislador: *Porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas de ellos y los fariseos.*

Lecciones morales. — a) v. 7. — *Pedid, y se os dará... Llamad, y se os abrirá.* — El que fielmente pide a Dios por las necesidades de esta vida, dice San Agustín, misericordiosamente es oído, y misericordiosamente no es oído. Porque mejor sabe el médico lo que necesita el enfermo que el enfermo mismo. Y si pidiere lo que Dios manda y promete, se le hará totalmente lo que pide. Llamad con la oración, el ayuno y las limosnas, añade el Crisóstomo: porque así como el que llama a la puerta no sólo grita sino que da con la mano, así el que ora y hace buenas obras llama con la boca y con el bien obrar.

b) v. 12. — *Todo lo que queréis que los hombres hagan con vosotros...* — Todo lo que en las divinas Escrituras se halla mandado, en este precepto está contenido, como la multitud de ramas en la raíz del árbol. Si tuviéramos el sentido de este principio de la caridad, dice San Gregorio, volveríamos siempre bien por mal, y cosas mejores por cosas buenas. Teniendo este pre-

cepto la ventaja de la gran claridad, porque muy bien sabemos lo que nos conviene a nosotros, añade el Crisóstomo, y nunca podemos alegar ignorancia de lo que debemos hacer por los demás.

C) v. 13. — *Entrad por la puerta estrecha...* — La puerta ancha es el diablo, dice el Crisóstomo, no por la magnitud de su poder, sino por la hinchazón de su soberbia. La puerta estrecha es Jesús, reducido, no por la escasez de su poder, sino por el hecho de su humildad. Y a esta puerta, añade San Gregorio, se va por el camino estrecho de la caridad que, aunque sea dilatada, es angosta y difícil; porque bastante estrecha cosa es dejarlo todo y amar a uno solo; no ambicionar las prosperidades ni temer las cosas adversas.

D) v. 15. — *Guardaos de los falsos profetas ..* — Son falsos profetas los hombres de mala doctrina, aunque parezcan de honesta vida; como lo son los de mala vida, aunque profesen la buena doctrina. Los primeros son lobos rapaces, porque se proponen perder a los cristianos por lo que tiene de más fundamental la vida, que es el pensamiento. Los segundos son hombres carnales que, si no arrebatan la fe, pueden hacer perder la inocencia de la vida. Gravísima cosa es perder la fe; no es poco grave sufrir la seducción del mal ejemplo. Poca será la vigilancia que usemos en huir de ambos peligros.

E) v. 21. — *No todo el que me dice: Señor, Señor...* — El camino del reino celestial no es un buen nombre, sino la voluntad de Dios bien cumplida. Porque si la escuela de Jesús impone la confesión de una doctrina, no es por la doctrina misma, sino por la vida que debe seguir a la doctrina. La doctrina sin la vida es inútil para el cielo.

F) v. 44, Lc. — *Cada árbol se conoce por sus frutos.* — Hay relación profunda entre el ser y el obrar. Como cada ser tiene una operación específica, según dicen los filósofos, y cada árbol tiene también un fruto especial, suyo, como dice aquí Jesús, así cada hombre es por regla general lo que son sus obras. No suelen durar las ficciones. La hipocresía se manifiesta en mil formas, y es casi tan evidente como la monstruosidad de que colgaran unas uvas de un espino. Mucho puede la simulación para presentar a un malo como bueno; frecuente es la fragilidad, que nos hace tomar como menos bueno un hombre que lo es más. Pero a la postre el malo manifiesta su maldad, como reluce la bondad de quien cayó por fragilidad. No nos engañemos, porque difícilmente caerán en el engaño los demás. Los

frutos de nuestra vida nos delatarán siempre cuales somos, buenos o malos, vides cargadas de uvas preciosas, o espinos con frutos dignos de ellos.

g) v. 24. — *Un varón sabio que cavó y edificó su casa sobre piedra...* — La piedra es Cristo, dice San Basilio, y el que se funda sobre ella, con la fe y las buenas obras, es incommovible en medio de todas las sacudidas, vengan de los hombres o de Dios. La incommovilidad de Pablo, en medio de las zozobras, peligros y trabajos de su apostolado; la firmeza de los mártires; la constancia de los confesores, que pasaron años y más años labrando su alma para hacerla grata a Dios; todo viene de la piedra angular de la vida humana, que es Jesucristo. No dejemos nunca a Jesús, y nuestra existencia se desarrollará impávida, haciendo con firmeza el camino de la eternidad incommovible, cualquiera que sea el estado, edad y condición de nuestra vida. Por Cristo recibiremos como una participación de la fortaleza de Dios, "vigor tenaz de todas las cosas", como le llama la Liturgia.

56. — CURACION DEL SIERVO DEL CENTURION

Lc. 7, 1-10

(Mt. 8, 5-13)

Evangelio de la Dom. 3.^a después de la Epifanía (Mt. 8, 1-13)

¹ Y cuando acabó de decir todas sus palabras al pueblo, que las oía, se entró en Cafarnaúm. ² Y había allí muy enfermo, a punto de morir, un criado de un centurión, que era muy estimado de él. ³ Y cuando oyó hablar de Jesús, envió a él unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese a sanar a su criado; ⁴ y diciendo: *Señor, mi siervo está postrado en casa paralítico, y es reciamente atormentado.* ⁵ Y ellos, luego que llegaron a Jesús, le hacían grandes instancias, diciéndole: Merece que le otorgues esto; ⁶ porque ama a nuestra nación, y nos ha hecho una sinagoga. ⁷ Y le dijo Jesús: *Yo iré y lo sanaré.* ⁸ Y Jesús iba con ellos. Y cuando ya estaban cerca de la casa, envió a él el centurión sus amigos, diciéndole: Señor, no te tomes este trabajo, que no soy digno que entres en mi casa; ⁹ por lo cual ni aun me he creído yo digno de salir a buscarte; pero mándalo ¹⁰ sólo con una palabra, y será sano mi criado. ¹¹ Porque

también yo soy un oficial subalterno, que tengo soldados a mis órdenes; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. ⁹ Cuando lo oyó Jesús, quedó maravillado; y vuelto hacia el pueblo, que le iba siguiendo, dijo: En verdad os digo, que ni en Israel he hallado una fe tan grande. ¹⁰ *Y os digo que vendrán muchos de Oriente y de Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos: mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes. Y dijo Jesús al centurión: Ve, y como creíste, así te sea hecho.* ¹¹ Y cuando volvieron a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al criado que había estado enfermo.

Explicación. — Refieren este episodio Mt. y Lc. No cabe duda alguna de que ambos Evangelistas narran el mismo hecho histórico, aunque hay en las dos narraciones notables detalles que difieren. Es el primero, que según San Mateo el mismo centurión es quien personalmente viene a Jesús a pedirle la salud de su criado; mientras San Lucas dice que envió para este objeto a los príncipes de los judíos. En segundo lugar, cuando Jesús trata de ir personalmente a la casa del centurión, el primer Evangelista le hace decir en persona al señor del enfermo: "Señor, no soy digno..."; y el tercero se lo hace decir a unos amigos que el centurión envía a Jesús. No obstante, se concilian fácilmente las diferencias: quien hace por los otros, hace por sí, y bien pudo Mt. introducir al centurión en escena, aunque no fuese él, sino los ancianos de los judíos, de quienes se valió para que intercediesen ante Jesús. Además, pudo el centurión ir a Jesús acompañado de los ancianos de los judíos, y reforzar sus ruegos personales con los que creyó más eficaces de los notables de la población. Lo mismo cabe decir del recado que manda por medio de los amigos para que Jesús no vaya a su casa.

Otro principio de conciliación de los dos textos es que Mt. narra sucintamente, y con menos detalle que Lc. el hecho. Se trata de la curación del siervo de un gentil, y Lucas, que para gentiles escribe su Evangelio, refiere minuciosamente un hecho que San Mateo no describe más que en

sus líneas generales. Por lo demás, este mismo carácter de la narración de Lucas, tan completa e interesante, hace suponer que este interesantísimo episodio entraría como elemento muy utilizado en la catequesis de los primeros tiempos.

EL HECHO. — Aun cuando no puede precisarse el tiempo en que obró Jesús esta curación, por el hecho de narrarla los dos Evangelistas inmediatamente después del sermón de la Montaña no parece haya transcurrido mucho tiempo del discurso a la curación. Tal vez el mismo día, ya que no es mucha la distancia del lugar o lugares que suelen indicarse para aquel discurso a la ciudad de Cafarnaúm: *Y cuando acabó de decir todas sus palabras al pueblo, que las oía, se entró en Cafarnaúm.*

Había en la ciudad un centurión, comandante de 100 soldados, al servicio de Herodes Antipas. Aunque gentil (v. 9), por el hecho de que edificara una sinagoga a los judíos es de suponer que no era idólatra, sino probablemente un prosélito, de lo contrario no le hubiesen acompañado los ancianos de los judíos, que no se trataban con gente idólatra. Tenía el centurión un siervo o criado, enfermo gravísimo de parálisis, que iba a morir entre dolores atroces: *Y había allí muy enfermo, a punto de morir, un criado de un centurión, que era muy estimado de él.*

La fama del poder y de la benignidad de Jesús, demostrada en los frecuentes milagros obrados en Cafarnaúm y región limítrofe, le mueve, al saber que viene a la ciudad, a enviarle una comisión de honorables a fin de que se interesen ante Jesús por la salud del infeliz criado: *Y cuando oyó hablar de Jesús, envió a él unos ancianos de los judíos, magistrados prestigiosos de la nación, rogándole que viniese a sanar a su criado.* Tal vez el mismo centurión les acompañó.

Sea el gentil quien tomó la palabra al hallarse ante Jesús, o los ancianos que hablaran en su nombre, sus palabras revelan una confianza ilimitada y un profundo respeto al Maestro: son, más que una plegaria, una exposición, rápida, viva, interesante de la congoja del amo y del estado del criado: *Y diciendo: Señor, mi siervo está postrado en casa parali-*

tico, y es reciamente atormentado.

Por su parte, los ancianos no sólo refrendan las palabras del centurión, sino que aducen al Señor razones para moverle a la concesión de la gracia: *Y ellos, luego que llegaron a Jesús, le hacían grandes instancias, diciéndole: Merece que le otorgues esto.* Son dos las razones: el centurión ha usado gran benevolencia con los judíos, que ordinariamente se veían despreciados de los gentiles: *Porque ama a nuestra nación.* En tal estima les ha tenido que les ha construido "la sinagoga", la que conoce Jesús, tal vez la principal de la ciudad: ¿sería aquella en que más tarde tendrá Jesús su discurso sobre el pan de la vida y que parece ser la que en la actualidad se está reconstituyendo sobre sus escombros? *Y nos ha hecho una sinagoga.*

Jesús llega a la suma condescendencia con el centurión: irá en persona a su casa para curar al siervo: *Yo iré y lo sanaré.* A las palabras acompaña los hechos: *Y Jesús iba con ellos.* La comitiva, engrosada seguramente por multitud de gentes del pueblo, se acerca a la casa con lentitud; alguien se anticipa a contarle al centurión la inmediata visita de Jesús: *Y cuando ya estaban cerca de la casa, envió a él el centurión sus amigos, diciéndole...* La oración que sigue es un modelo de oración, y uno de sus conceptos se repetirá oficialmente por la Iglesia hasta la consumación de los siglos. Primero, una palabra de respeto profundo: *Señor;* luego, la congoja ante el pensamiento de que puede con su ruego haber causado una molestia: *No te tomes este trabajo;* sigue un acto de humildad profunda: *Que no soy digno que entres en mi casa,* no obstante ser honorable jefe militar; sigue humillándose más: tan pequeño se siente ante Jesús, que ni se reputa digno de ponerse ante su presencia: *Por lo cual ni aun me he creído yo digno de salir a buscarte.* Y llega al punto culminante de su plegaria haciendo pública profesión de la omnipotencia de Jesús: *Pero mándalo sólo con una palabra, y será sano mi criado.* Lo sabe el centurión, que seguramente conoce los hechos maravillosos ocurridos en su ciudad, y lo concreta en forma pintoresca en que aparece el estilo mili

tar: *Porque también yo soy un oficial subalterno, sujeto a otros, al tetrarca y a los jefes de mayor categoría, que tengo soldados a mis órdenes; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace.* No dice más el centurión, pero es obvia la consecuencia de sus palabras: Si yo, siendo subalterno, mando a mi centenar de soldados y me obedecen sin réplica, ¿qué no hará la enfermedad de mi siervo si la mandas tú ceder, Señor de todas las cosas?

Cuando lo oyó Jesús, quedó maravillado: no que le viniera de nuevo la fe del centurión, a El que penetra los corazones, sino por conocimiento experimental que logra, “como se admira el astrónomo del eclipse que conocía ya en teoría”; por la expresión y gesto con que recibiría la confesión del gentil; porque era cosa digna de admiración. Y, por esto, *vuelto hacia el pueblo, que le iba siguiendo, dijo, con fórmula grave y asertiva: En verdad os digo, que ni en Israel he hallado una fe tan grande, como es la fe de este gentil.* Y dilatando su mirada a los futuros tiempos y a su futuro reino, profetiza la vocación de los gentiles, que vendrán a El de todo horizonte: *Y os digo que vendrán muchos de Oriente y de Occidente, y, siguiendo mis doctrinas y entroncando por mí con la fe de los antiguos patriarcas, gozarán con ellos en el convite de la eterna bienaventuranza* (cfr. Is. 25, 6; Mt. 22, 2; Lc. 14, 15; Apoc. 19, 9): *Y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos.* En cambio, los hijos del actual reino de Dios, de la teocracia de Israel, que por ministerio del Mesías debía evolucionar y desarrollarse en el futuro reino mesiánico — la Iglesia en el tiempo y el cielo en la eternidad —, no tendrán parte en el banquete: *Mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores, fuera de la luz rebotante del cenáculo; es la pena de daño, que consiste en la privación de la visión y posesión de Dios, a la que se añadirá la tremenda pena de sentido: Allí será el llanto y el crujir de dientes:* el horror, la pena, la desesperación, la rabia eterna.

Dada la lección, brevísima y gravísima, al pueblo que le seguía, Jesús da fin a este episodio con una palabra de con-

suelo al centurión y de imperio a la dolencia, que deja al infeliz paralítico: *Y dijo Jesús al centurión: Ve, y como creíste, según la medida de tu fe, así te sea hecho.* Y la enfermedad obedeció a Jesús, como los subordinados del oficial obedecían a su voz: *Y cuando volvieron a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al criado que había estado enfermo.* La palabra de Jesús había sido instantánea y totalmente eficaz.

Lecciones morales. — A) v. 6, Mt. — *Señor, mi siervo está postrado en casa paralítico...* — Considera, dice el Crisóstomo, el amor que el centurión tiene a su criado y como corre acongojado pidiendo por su salud; no ve ninguna diferencia entre el señor y el esclavo, porque si bien reconocía diversidad de sitio en la jerarquía, pero confesaba con ello la igualdad de naturaleza. Es oportunísima lección, de espíritu profundamente cristiano, que da un gentil a muchos señores o amos de nuestros tiempos que, siendo cristianos, se consideran más distanciados de sus subordinados que este gentil de su pobre criado.

B) v. 6. — *Y Jesús iba con ellos.* — Jesús, rogado por el régulo en Caná para que bajase a Cafarnaúm a curar a su hijo, no va, aunque le cura; y en el presente caso de la curación del siervo del centurión, sin rogarle, y aun rogándole para que no vaya, se brinda a visitar al siervo. Para que aprendamos, dice San Ambrosio, que ni la riqueza del régulo le movió, ni la humildad del siervo le detuvo. Jesús no es aceptador de personas, y al hacer sus gracias no mira la condición, y menos la material, de quien se las pide, sino las disposiciones con que las pide.

6) v. 6. — *Señor, no soy digno...* — Estas hermosas palabras del centurión han venido a ser una fórmula litúrgica con que todos expresamos nuestra humildad al recibir la visita de Jesús por la Comunión sacramental. En verdad que no podía darse frase más afortunada que ésta, porque no podía darse humildad más sincera y profunda que la del centurión en este caso. Hombre gentil, militar, pidiendo, no para él o alguno de los suyos, sino para un siervo, sabe tener una fe que no han tenido ni tendrán, ni con mucho, los sacerdotes y escribas del pueblo de Dios. ¿Qué mucho que la Iglesia haya inmortalizado una frase representativa de tan vivo sentimiento, poniéndola en

boca de sus hijos cuando se dispone a entrar en su pobre pecho, para curar sus dolencias, el mismo Jesús a quien rogó el centurión?

D) v. 11, Mt. — *Vendrán muchos de Oriente y de Occidente...* — En el reino de la gracia y de la gloria no ocupan los primeros puestos los sabios, los de sutil entendimiento, ni los que se hallan más cerca del santuario o han recibido mayores beneficios de Dios, de patria, de educación, de familia, de vocación, sino aquellos que han sabido corresponder a tales gracias. Estos, aunque desconocidos en el mundo, quizás les siente Dios consigo en la gloria. Aquéllos, aunque tratando familiarmente a Jesús y las cosas de Jesús, tal vez sean repelidos, y sientan algún día el dolor máximo de perder lo que tan en sus manos tuvieron: “Donde hay llanto y crujir de dientes...”

E) v. 13, Mt. — *Ve, y como creíste, así te sea hecho.* — Como si dijera, dice Rábano Mauro: según la medida de tu fe, séate concedida la medida de la gracia: a una fe total, la gracia completa. Total y rápida, añadiremos con el Crisóstomo; porque no sólo es completa la curación del siervo, sino en el mismo momento en que Jesús pronuncia el *fiat*, “así te sea hecho”. Oremos con la fe del centurión, y experimentaremos visiblemente los efectos del poder de Jesús en nosotros y en aquellos para quienes pidamos.

57. — RESURRECCION DEL HIJO DE UNA VIUDA EN NAIM: Lc. 7, 11-17

Evangelio de la Dom. 15.^a después de Pentecostés (vv. 11-16)

¹¹ Y aconteció después que iba a una ciudad, llamada Naím: e iban con él sus discípulos y una gran muchedumbre. ¹² Y cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban fuera a un difunto, hijo único de su madre, y ésta era viuda: e iba con ella mucha gente de la ciudad. ¹³ Luego que la vió el Señor, movido de misericordia por ella, le dijo: No llores. ¹⁴ Y se acercó, y tocó el féretro. Y los que lo llevaban se pararon. Y dijo: Muchacho, yo te lo digo, levántate. ¹⁵ Y se incorporó el que estaba muerto, y comenzó a hablar. Y lo dió a su madre. ¹⁶ Y apoderóse de todos el temor, y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros: y Dios

ha visitado a su pueblo. " Y la fama de este milagro corrió por toda la Judea y por todo el país circunvecino.

Explicación. — Poco tiempo permaneció Jesús en Cafarnaúm; el texto griego autoriza para pensar que salió de allí el siguiente día, tomando el camino que lleva a Naím, "la bella", "la graciosa", ciudad de la Galilea, situada cerca de Endor, al pie de la vertiente noroeste del pequeño Hermón, donde el terreno comienza a bajar hacia la llanura de Esdrelón. Desde ella se divisa un hermoso panorama sobre la riente llanura y sobre las montañas de Nazaret. Frente la ciudad, y hacia el sudoeste se levanta la inconfundible mole del Tabor. De Cafarnaúm a Naím hay una buena jornada de camino, 38 kilómetros, que no es fácil salvara Jesús en un solo día, acompañado como iba de copiosa muchedumbre: *Y aconteció después que iba a una ciudad, llamada Naím: e iban con él sus discípulos y una gran muchedumbre.*

Naím era ciudad amurallada, como la mayor parte de las de la Palestina: hoy quedan de ella pobres ruinas, si es que el actual villorio *Nein* ocupa el lugar de la antigua *Naím*. Cuando Jesús, con su comitiva, iba a entrar en la ciudad, sacaban por la puerta que comunicaba con el mismo camino seguido por Jesús un difunto para su sepelio en una de las tumbas de la proximidad: *Y cuando llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban fuera a un difunto.* El evangelista, de una pincelada, describe toda la terribilidad y dolor de aquel cuadro: es el cadáver de un joven, *hijo único de su madre, y ésta era viuda.* Con su unigénito, ha perdido su sostén y el nombre de la familia.

En la Palestina eran numerosos los cortejos fúnebres; Josefo dice que venían obligados a incorporarse a la comitiva todos los que la presenciaban: *E iba con ella mucha gente de la ciudad.* Al encontrarse con Jesús y la multitud que le sigue, el cortejo engrosará. Pero quiere hacer más que acompañarle el Señor (es la primera vez que así llama Lc. a Jesús, con un título que se reservaba a Yahvé en el A. T.); su Corazón se conmueve ante la desgracia de la viuda, y la consuela: *Luego que la vió el Señor, movido de misericordia por ella,*

le dijo: *No llores.*

El cadáver del joven está tendido sobre un simple lecho o parihuela llevada por cuatro hombres, y envuelto en una sábana. Aun hoy es costumbre, lo hemos visto en Jerusalén, llevar así los cadáveres, sujetos con una correa para que no resbalen. Y Jesús se acercó, y tocó el féretro. Entienden la señal los portantes: *Y los que lo llevaban se pararon.* El Señor de la vida y de la muerte pronuncia unas palabras expresivas de su poder y de su voluntad: *Y dijo: Muchacho, yo te lo digo, levántate.* La palabra de Jesús es imperiosa: la vida obedece a la autoridad de quien poco ha había dicho en Jerusalén que vivificaba a aquellos que quería (Joh. 5, 21); viene la vida y la función de la vida; se sienta y habla el joven al solo imperio de Jesús: *Y se incorporó el que estaba muerto, y comenzó a hablar.* La madre recibe otra vez de Dios el hijo que de Dios había recibido; el mismo Jesús que lo ha resucitado se lo trae benigna y humanísimamente: *Y lo dió a su madre.*

La impresión producida en la muchedumbre fué de espanto, como sucede en las manifestaciones extraordinarias del poder de Dios: *Y apoderóse de todos el temor.* Pero, como en el estupendo milagro veían una divina señal de la misión de Jesús, rompieron en alabanzas a Dios: *Y glorificaban a Dios.* No era para menos el caso: hacía siglos que no se había suscitado un profeta en Israel, y jamás se vió profeta que con una palabra resucitara un muerto. Los Profetas oraban, como Elías y Eliseo (3 Reg. 17, 20 sigs.; 4 Reg. 4, 33 sigs.), pero Jesús impera; ello es una prueba de la benevolencia con que mira aún Dios a su pueblo: *Diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros: y Dios ha visitado a su pueblo.* Divulgóse el estupendo prodigio por todo el país judío: *Y la fama de este milagro corrió por toda la Judea,* probablemente toda la Palestina; y rebasó los límites de la nación el nombre del gran taumaturgo, y se difundió por los pueblos limítrofes: *Y por todo el país circunvecino.*

Lecciones morales. - A) v. 11. --- *Iba (Jesús) a una ciu-*

dud, llamada Naím... — Sube Jesús de Cafarnaúm a Naím y se encuentra con la afligidísima viuda que va al entierro de su hijo único. El encuentro parece casual: pero no hay acaso para Dios. Mientras la viuda consideraba irreparable su desgracia, Jesús pensaba en la próxima resurrección del difunto. En las horas de mayor desolación siempre tenemos a Dios a nuestro lado, viendo nuestras penas, dándonos de una manera invisible sus gracias para sobrellevarlas con provecho, quizás combinando providencialmente los hechos, de los que es dueño, en forma que nos sorprenda un suceso fausto, una solución inesperada, un auxilio imprevisto en las horas de mayor desamparo. Confiémonos a El.

b) v. 12. — *Y cuando llegó... he aquí que sacaban fuera a un difunto...* — Siempre es fausto el encuentro de Jesús, dice un expositor. Encuentra a los demoníacos en la región de Gerasa, y los cura; ve a Pedro y Andrés que están pescando, y los hace pescadores de hombres; ve al publicano Leví, y lo transforma en un apóstol; ve en la piscina probática a un tullido y le sana; ve a un ciego de nacimiento, y le devuelve la vista; mira en el atrio a Pedro, y le mueve a penitencia; lo mismo sucede con el encuentro de esta viuda. No huyamos nunca el contacto de Jesús, manteniéndonos siempre en su gracia; y su presencia divina será siempre para nosotros fuente inagotable de dones divinos.

c) v. 14. — *Muchacho, yo te lo digo, levántate.* — La resurrección de este joven es figura de la resurrección espiritual del pecador. Jesús es el que se acerca al pecador con su gracia y consuma en él la obra estupenda de la justificación. El que era difunto, habla, en lo que se figura la confesión. Jesús lo restituye a la Iglesia, madre espiritual de los cristianos, y a cuya alma pertenecen los que viven en gracia de Dios.

d) v. 17. — *Y la fama de este milagro corrió por toda la Judea...* — Toda la Palestina supo la maravilla de la resurrección de este joven; se ensalzó a Jesús como a un gran profeta; se alabó a Dios porque todavía se acordaba de su pueblo. Pero al cabo de poco tiempo todo el pueblo se olvidaba de Dios y de su Profeta. Y el Profeta, en medio de la gran fiesta de Pascua, en que se congregaba en Jerusalén toda la Palestina, viéndolo sin duda algunos de los que habían presenciado el milagro, quien sabe si el mismo resucitado, es desconocido, condenado y crucificado. Es un tremendo misterio el de la libertad del hombre

cuando no la sostiene Dios. Es el misterio de nuestra predestinación. Obremos con temor y temblor nuestra salvación, pensando que depende a veces su pérdida del desprecio de una sola gracia de Dios.

58. — MISIÓN DE JUAN. TESTIMONIO DE JESÚS.
CONTUMACIA DEL PUEBLO: MT. II, 2-19
(Lc. 7, 18-35)

Evangelio de la Dom. 2.^a de Adviento (vv. 2-10)

¹ Y contaron a Juan sus discípulos todas estas cosas. ² Y al oír Juan, estando en la cárcel, las obras de Cristo, ³ llamó y envió a dos de sus discípulos ⁴ a Jesús, y le dijo: ⁵ ¿Eres tú el que ha de venir o esperamos a otro? ⁶ Y, llegados a él (a Jesús) los hombres, le dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti a decirte: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? En aquel momento curó Jesús a muchos de enfermedades, de llagas y de malos espíritus, y dió la vista a muchos ciegos. ⁷ Y respondiendo Jesús les dijo: Id, y contad a Juan lo que habéis oído y visto. ⁸ Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y a los pobres les es anunciado el Evangelio. ⁹ Y bienaventurado el que no fuere escandalizado en mí.

¹⁰ Y luego que ellos, ¹¹ los mensajeros, se fueron, comenzó Jesús a hablar de Juan a las gentes: ¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña movida por el viento? ¹² Mas, ¿qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido de ropas delicadas? Ciertamente, los que visten ropas delicadas ¹³ y viven en delicias, en casas de reyes están. ¹⁴ Mas ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Ciertamente os digo: Y aun más que profeta. ¹⁵ Porque éste es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi ángel ante tu faz, que aparejará tu camino delante de ti. ¹⁶ En verdad os digo: que entre los nacidos de mujeres no se levantó mayor ¹⁷ profeta que Juan el Bautista: mas el que es menor en el reino de los cielos, mayor es que él. ¹⁸ Todo el pueblo que lo escuchó, también los publicanos, dieron gloria a Dios, los bautizados con el bautismo de Juan. Pero los fariseos y doctores de la ley despreciaron con daño de sí mismos el designio de Dios, no bautizados por él (por Juan). ¹⁹ Y desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos padece fuerza, y los que se la hacen lo arrebatan. ²⁰ Porque todos los profetas y la ley, hasta Juan, pro-

fetizaron. ¹⁴ Y si queréis recibir, él es Elías que ha de venir.
¹⁵ El que tenga oídos para oír, que oiga.

¹⁶ Mas ¿a quién diré que es semejante esta generación? Semejante es a unos muchachos que están sentados en la plaza, que, gritando a sus iguales, *unos a otros*, ¹⁷ dicen: Os cantamos, y no saltasteis: lloramos, y no plañisteis. ¹⁸ Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: Demonio tiene. ¹⁹ Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre glotón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores. Mas la sabiduría ha sido justificada por sus hijos.

Explicación. — Cuéntase con razón este episodio, que narran Mt. y Lc. con iguales minuciosos detalles, aunque no lo emplacen en las mismas circunstancias, entre los principales de la vida del Señor: en él convergen los esfuerzos de Jesús y de Juan para reducir a aquel pueblo protervo a la fe en la mesianidad del primero. Para ello envía Juan sus mensajeros, 2-6, Jesús hace cumplidísimo elogio de Juan, cuyo testimonio no había querido recibir, 7-15, e increpa duramente a sus oyentes, 16-19.

MISIÓN DEL BAUTISTA (2-6). — Como se ha dicho (número 29), Juan había sido recluso en prisión por Herodes Antipas, por motivos políticos, y principalmente por la libertad y dureza con que el Precursor condenaba la criminal conducta del reyezuelo. Hallábase Juan en la formidable fortaleza de Maqueronte, situada al sur de la Perea, destinada a defenderla de las incursiones de los árabes, y por este motivo convertida en castillo inexpugnable, por la naturaleza y el arte militar. Podían los prisioneros hablar fácilmente con sus amigos: *Y contaron a Juan sus discípulos todas estas cosas realizadas por Jesús, y el éxito clamoroso de su predicación: Y al oír Juan, estando en la cárcel, las obras de Cristo...*

Fácil es colegir los sentimientos del Bautista en la prisión: su exultación, al conocer los crecimientos de Cristo que él había predicho, y su temor, ante la hostilidad de los elementos directores del pueblo contra Jesús. Por ello *llamó (Juan) y envió a dos de sus discípulos a Jesús, y le dijo: ¿Eres tú el que ha de venir, el Mesías salvador de Israel,*

o esperamos a otro? Juan no duda de que Jesús es el Mesías: fué clarísima la revelación de Dios en el Jordán (Ioh. 1, 33.34). La misión obedece a una necesidad espiritual de sus discípulos, que no tienen aún firme la fe en la mesianidad de Jesús, contra el que conservan aún sus prejuicios (Mt. 9, 14; Ioh. 3, 26). La reclama asimismo el oficio de Precursor que el Bautista, que prevé su próxima muerte, quiere ejercer desde la misma cárcel, y, no pudiéndolo hacer personalmente, envía a sus discípulos para provocar una manifestación terminante de Jesús a este respecto.

Cumplieron los discípulos de Juan la misión que les confiara el maestro desde la cárcel: *Y, llegados a él (a Jesús) los hombres, le dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a ti a decirte: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?*, al verdadero Mesías cuyos tiempos han llegado ya.

Llegan los enviados de Juan en hora oportunísima, cuando Jesús realizaba numerosos milagros; si no es que, conocedor del intento de Juan y de la misión que llevaban sus discípulos, quiso dar en su presencia testimonio copioso de su poder y misericordia: *En aquel momento curó Jesús a muchos de enfermedades, de llagas, es decir, de dolencias gravísimas y dolorosísimas, y de malos espíritus, y dió la vista a muchos ciegos.* No necesita Jesús de complicados razonamientos para contestar a los discípulos de Juan y demostrar su mesianidad; apela a sus obras, que dan testimonio de ella: *Y respondiendo Jesús les dijo: Id, y contad a Juan lo que habéis oído y visto: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y a los pobres les es anunciado el Evangelio.* Son las obras que debía realizar el Mesías (Is. 35, 5 sigs.; 61, 1); luego él es el Mesías.

Y añade un nuevo argumento de su mesianidad. Los profetas vaticinaron que muchos sufrirían escándalo y ruina de la humildad del futuro Mesías (Is. 8, 6. 14; 53, 1.4); también esto se realizará en Jesús. Los que no sufran escándalo de su aparente insignificancia, y sobre todo de su futura pasión y muerte, éstos serán felices, porque pertenecerán a

su reino: *Y bienaventurado el que no fuere escandalizado en mí.* Quizás vaya envuelta en estas palabras una tácita reprehensión a los discípulos de Juan, que se habían escandalizado porque conversaba con pecadores (núm. 41); tal vez un caritativo aviso a todos los presentes, para que a nadie pudiese sorprender su humildad y su pasión y muerte, que no se compadecían con el concepto que del Mesías tenían los judíos.

TESTIMONIO DE JESÚS SOBRE JUAN (7-15). — Así que se fueron los legados de Juan, dirigió Jesús en forma vehemente la palabra a los presentes, haciendo un magnífico elogio del Bautista: *Y luego que ellos, los mensajeros, se fueron, para que no se tomaran como adulación sus palabras, comenzó Jesús a hablar de Juan a las gentes.* La introducción es *ex abrupto*: *¿Qué salisteis a ver en el desierto?* Alude a la conmoción general de la Palestina, que llevó a orillas del Jordán a grandes multitudes para ver al profeta Juan: *¿Una caña movida por el viento?* Abundan los cañaverales a orillas de aquel río; puede tomarse la pregunta en el sentido literal, así: *¿Acaso os tomasteis la molestia de ir al Jordán para ver cómo el viento agita las móviles cañas?* O en sentido figurado: *¿Pensáis que Juan es hombre movedizo y sin carácter, que no merezca crédito, o que ahora dude de mi misión?*

Sentado el hecho de la veracidad de Juan, alude Jesús a su vida austera: *Mas ¿qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido de ropas delicadas?* Para ello no hubieseis ido al desierto, sino a los palacios de los reyes: *Cierto, los que visten ropas delicadas y viven en delicias, en casas de reyes están.* No es improbable aludiera Cristo a la molicie de Herodes, que tenía encarcelado al Bautista. No salieron por vana curiosidad de las ciudades arrostrando las fatigas y peligros de los desiertos; fué la creencia de que se encontrarían con un enviado de Dios: *Mas ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta?* Jesús confirma en tono solemne la convicción popular, y añade a la persona de Juan una nota que le levanta sobre todos los profetas: *Ciertamente os digo: Y aun más que pro-*

feta. La nota personal de Juan, en su misión profética, es que precede inmediatamente al Mesías y prepara sus caminos, siendo el ángel que va ante la faz del Señor, vaticinado por Malaquías (3, 1): *Porque éste es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi ángel ante tu faz, que aparejará tu camino delante de ti*: son palabras de Yahvé al futuro Mesías, traducidas libremente del vaticinio por Jesús.

No se para aquí Jesús en el elogio de Juan: con una fórmula solemne, llena de vigor poético, le hace superior a todos los enviados de Dios: *En verdad os digo: que entre los nacidos de mujeres no se levantó mayor profeta que Juan el Bautista*. El elogio no va a la santidad personal del Bautista, sino a la grandeza de su misión; desde que el mundo es mundo no ha suscitado Dios un hombre entre los hombres con misión altísima y única de señalar con el dedo al Mesías, Hijo de Dios. Pero, echando Cristo en cara a sus oyentes a la vez el que no hayan seguido a Juan, con ser tan excelso profeta, y a Sí mismo que les predica el reino de los cielos, añade estas estimulantes palabras, con que les excita a seguirle: *Mas el que es menor en el reino de los cielos, mayor es que él*. Contrapone Jesús en estas palabras su Iglesia a la Sinagoga: el cristiano más humilde es más grande que los grandes personajes del A. Testamento; porque somos hechos hijos de Dios, y nos nutrimos de la misma carne de Dios. San Pablo declarará más tarde la superioridad de la ley nueva sobre la vieja (Gal. 4, 1-7, 22-31).

Hecho el elogio del Bautista, Jesús señala la conducta opuesta que respecto a la predicación del Precursor siguieron de una parte la masa del pueblo y los publicanos, y de otra los fariseos y escribas. Aquéllos recibieron el bautismo de penitencia, reconociendo la verdad y la justicia de la misión divina de Juan: *Todo el pueblo que lo escuchó, a Juan cuando predicaba, también los publicanos, a pesar de ser tenidos como pecadores públicos, dieron gloria a Dios, los bautizados con el bautismo de Juan*, reconociendo que por Dios había sido enviado el Bautista para preparar los caminos del Mesías. Lo que ahora importa es que no queden a la mitad

del camino no reconociendo al Mesías indicado por Juan. No obraron así los príncipes del pueblo; éstos frustraron en sí mismos los designios de Dios, negándose a ser bautizados y despreciando la misión del Precursor: *Pero los fariseos y doctores de la ley despreciaron con daño de sí mismos el designio de Dios, no bautizados por él* (por Juan).

Quizás justifiquen estos conceptos, propios del tercer Evangelio, la interpretación que, contra la generalidad de los exégetas, da Knabenbauer de las siguientes palabras: *Y desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos padece fuerza, y los que se la hacen lo arrebatan*: es decir, desde los comienzos de su predicación tuvo acérrimos enemigos el reino de Dios que predicaba Juan, especialmente por parte de escribas y fariseos, quienes, con la presión que sobre el pueblo ejercían, arrebataban las almas a este reino. La interpretación más común es: Desde la predicación del Bautista van los hombres con ardor a la conquista del reino de Dios; los más tenaces y valientes, los que haciendo un máximo esfuerzo, se sobreponen a sí mismos, violentándose, como sucede con la conquista de una fortaleza, son los que logran entrar en él.

Que se refiera Jesús a los enemigos del reino o a los que con ardor lo buscan, su afirmación de que ha llegado definitivamente el reino de los cielos es categórica: *Porque todos los profetas y la ley, hasta Juan, profetizaron*; con Juan se acabó la profecía relativa al Mesías, porque él le señaló presente. *Y si queréis recibir, si queréis interpretar o comprender, él es Elías que ha de venir*. Creían los judíos que había de venir Elías en persona antes de que definitivamente se constituyese el reino de Dios (Mt. 17, 10; Mc. 9, 10), creencia que se fundaba en Malaquías (4, 5): señalando Jesús a Juan como el Elías que esperaban, se revela a sí mismo Mesías. Y les dice "si quieren comprender", porque no se trata de la persona misma de Elías, sino de quien tiene su mismo espíritu, que es de austeridad y de celo ardiente. Por esto concluye sentenciosamente: *El que tenga oídos para oír, que oiga*; con lo que excita la atención de los oyentes, les señala

la gravedad de lo que acaba de decirles y les invita a aceptar el nuevo estado de cosas que con su propia predicación se va a implantar.

CONTUMACIA DEL PUEBLO (16-19). — Por un rápido movimiento oratorio, se dirige Jesús a aquel pueblo para increparle por su perversidad en no querer aceptar el testimonio del Bautista, y su propia predicación. Les ha dicho que oiga quien tenga oídos; no oirán, porque no quieren oír, en su obstinación. De aquí la abrupta acometida de Jesús: *Mas ¿a quién diré que es semejante esta generación?* Para concretar la conducta del pueblo propone Jesús una viva parábola, tomada de las costumbres de los niños de su tiempo: *Semejante es a unos muchachos que están sentados en la plaza, que, gritando a sus iguales, unos a otros, dicen: Os cantamos (tocamos), y no saltasteis: lloramos, y no plañisteis.* En la Palestina, como en todas partes, solían jugar los chicos en las plazas públicas, dividiéndose en dos grupos o bandos, según los diversos juegos. Jesús alude aquí a una escena de juego propia de su tiempo, en la que quizás El mismo había intervenido en su mocedad, y en la que remedaban los niños, con la viveza de siempre, las alegres ceremonias nupciales, o las fúnebres de un entierro. En la primera escena, los chicos de uno de los bandos están sentados, simulando tocar algún instrumento; los del otro bando debieran bailar, y no quieren. En la segunda, se lamentaban los chicos imitando a las lloronas; los otros debieran dar signos de dolor, golpes de pecho, etc., y tampoco quieren.

Hace Jesús en seguida la aplicación de esta parábola, así: *Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: demonio tiene. Viene el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre glotón, y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores.* Dos explicaciones se proponen: según unos, los chicos que juegan representan a los judíos, quienes hubiesen querido que Juan, que llevaba vida austera, hubiese ayunado y se hubiese mortificado menos; y de Jesús, que hacía vida ordinaria, hubiesen querido más austeridad y menos trato con pecadores. Según otros, Jesús y Juan vie-

nen representados en los muchachos sentados, que tocan alternativamente motivos airoso o lúgubres, y los judíos, representados por los niños del otro bando, no quieren jugar ni con uno ni con otro, negándose a seguir a Jesús y al Bautista. La primera interpretación está más conforme con las palabras de Jesús: "Semejante es esta generación a unos muchachos..."

A pesar de la contradicción del pueblo en general, los designios de la sabiduría de Dios, que ha querido anunciar el reino mesiánico por Juan y realizarlo por Jesús, se han cumplido en los hijos de la sabiduría, es decir, los sabios, los prudentes, los discípulos del Señor, que han aceptado su predicación: *Mas la sabiduría ha sido justificada por sus hijos.*

Lecciones morales. — A) v. 3. — *¿Eres tú el que ha de venir...?* — Juan, a orillas del Jordán, ve al Espíritu Santo venir del cielo y posarse sobre Jesús, y le señala al pueblo como Mesías. Ahora, puesto en la cárcel, manda a sus discípulos a preguntarle si realmente lo es. No pregunta por él, dice San Jerónimo, sino por ellos. Morirá él dentro de poco, condenado por Herodes, y sus discípulos tal vez tengan la desgracia de no seguir la predicación de Jesús, por ello les manda a que pregunten a Jesús mismo, quien, con el lenguaje más persuasivo y elocuente de sus milagros, les demostrará que realmente es el Mesías. Es el procedimiento que hemos de seguir con nuestros administrados y discípulos: darles la doctrina, pero al mismo tiempo suministrarles todas las pruebas de la doctrina que sean capaces de soportar y comprender. Maestros, padres, predicadores, catequistas, sacarán gran partido de esta sabia pedagogía.

B) v. 6. — *Bienaventurado el que no fuere escandalizado en mí.* — Jesús crucificado, es, según San Pablo, escándalo para los judíos, necedad para los gentiles. Así la gran misericordia de Dios, que le llevó a todos los abatimientos, ha sido la piedra de tropiezo en que han caído infinidad de hombres, que ven solamente la parte humilde e ignominiosa de la vida de Cristo, y no saben estimar el valor trascendental de su doctrina, la fuerza demostrativa de sus milagros, la grandeza estupenda de su obra, la Iglesia. Nosotros no sólo no hemos de escandalizarnos en Jesús humilde; en su humildad debemos buscar nuestra grandeza; en su abatimiento, nuestra gloria; en su pobreza, nuestros

tesoros; en la Cruz, nuestra felicidad. Porque por todos los descensos y abatimientos de la humanidad ha querido Dios humanado llevarnos a la misma grandeza de Dios: "Se hizo Dios hombre, dice San Agustín, para que el hombre fuera dios."

c) v. 11. — *El que es menor en el reino de los cielos, mayor es que él* (el Bautista). — Reconozcamos nuestra dignidad de cristianos, dice San León, que nos levanta sobre los grandes hombres de la Antigua Ley, y sea nuestra vida digna de nuestro nombre. Mayor que todos los nacidos de mujer es quien ha sido regenerado por el agua y el Espíritu Santo. Los antiguos justos son llamados hijos de la carne, dice San Cirilo: nosotros llamamos Padre al Dios de todo el universo, de quien somos hijos. Hijos predilectos, a quienes ha dado su doctrina, su gracia, sus sacramentos, y a quienes, si no se hacen indignos de ello, hará coherederos de su Unigénito en la gloria.

d) v. 12. — *El reino de los cielos padece fuerza...* — Porque gran violencia supone, dice San Jerónimo, ser engendrados de la tierra y tener nuestro asiento y nuestra vocación en los cielos; tener que lograr por el esfuerzo lo que no tenemos por naturaleza. Con todo, la gracia de Dios jamás nos faltará en medio de nuestras fatigas y esfuerzos: con ella, "todo lo podremos" (Phil. 4, 13).

e) v. 15. — *El que tenga oídos para oír, que oiga.* — Es frase usada por Jesús con frecuencia (cf. Mt. 13, 9.43; Mc. 4, 9.23; 7, 16; Lc. 8, 8, etc.); y la usa, dice Maldonado, siempre que quiere llamar fuertemente la atención sobre la gravedad de algún hecho o doctrina. Y ¿qué cosa más grave que tener delante el reino de los cielos y tener, al propio tiempo, en nuestras manos nuestra libertad y el consejo de nuestra libertad que nos lleve a aceptarlo o despreciarlo? Lo que Jesús dice a los judíos bien podemos decírnoslo a nosotros mismos: Oigamos, si tenemos oídos, las verdades tremendas y salvadoras de nuestra fe. No los obstruyamos para que no oigan la voz de Dios que nos habla. Y sea nuestra libertad dócil para seguir, con corazón dilatado, los caminos iluminados por esta verdad divina.

f) v. 19. — *La sabiduría ha sido justificada por sus hijos.* — Por buenos y malos es justificada la sabiduría. Por los buenos, verdaderos hijos de la sabiduría, al amoldarse a la doctrina y vida de Jesús; por los malos, porque como Teofilacto hace decir a Jesús a los judíos: Ya que no os place mi vida ni la de Juan, me mostraré justo, yo que soy la sabiduría, porque no

tendréis en adelante excusa ninguna, sino que seréis condenados sin remisión. Porque yo hice cuanto debía, y, permaneciendo vosotros en la incredulidad, tendréis que confesarme justo, porque nada omití de lo que debía.

59. — LA PECADORA UNGE A JESUS: Lc. 7, 36-50

Evangelio del viernes de las 4 Témp. de Sept. del jueves de la Semana de Pasión y de la fiesta de Sta. Magdalena

³⁶ Y le rogaba uno de los fariseos que comiese con él. Y habiendo entrado en casa del fariseo, se puso a la mesa. ³⁷ Y he aquí que una mujer pecadora que había en la ciudad, cuando supo que estaba a la mesa en casa del fariseo, llevó un vaso de alabastro, lleno de ungüento. ³⁸ Y poniéndose detrás de él, a sus pies, comenzó a regarle con lágrimas los pies, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y le besaba los pies, y los ungía con el ungüento.

³⁹ Y viéndolo el fariseo que le había convidado, dijo entre sí mismo: Si este hombre fuera profeta, bien sabría quién y de qué condición es la mujer que le toca, porque pecadora es. ⁴⁰ Y Jesús, respondiéndole, dijo: Simón, tengo que decirte una cosa. Y él respondió: Maestro, di. ⁴¹ Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. ⁴² Mas como no tuviesen con qué pagarle, se los perdonó a entrambos. Pues, ¿cuál de los dos le ama más? ⁴³ Respondió Simón, y dijo: Pienso que aquel a quien más perdonó. Y Jesús le dijo: Rectamente has juzgado. ⁴⁴ Y, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, no me diste agua para los pies: mas ésta con sus lágrimas ha regado mis pies, y los ha enjugado con sus cabellos. ⁴⁵ No me diste beso: mas ésta, desde que entró, no ha cesado de besarme los pies. ⁴⁶ No ungiste mi cabeza con óleo: mas ésta con ungüento ha ungido mis pies. ⁴⁷ Por lo cual te digo: Que se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho. Mas aquel a quien menos se le perdona, menos ama. .

⁴⁸ Y dijo a ella: Perdonados te son tus pecados. ⁴⁹ Y los comensales comenzaron a decir dentro de sí: ¿Quién es éste, que hasta perdona los pecados? ⁵⁰ Y dijo a la mujer: Tu fe te ha hecho salva: vete en paz.

Explicación. — Sólo San Lucas es el que refiere este de-

licadísimo episodio, que tan bien cuadra con el "Evangelio de la misericordia", como con razón se ha llamado al tercero. El no hacer el Evangelista indicación alguna de lugar ni tiempo del suceso, es prueba manifiesta que ocurrió poco más o menos a continuación de los anteriores. No es improbable que "la ciudad" a que el texto se refiere fuese Cafarnaúm, la ciudad de Jesús por aquel tiempo. Esta unción de la mujer pecadora no debe confundirse con el hecho semejante narrado por los demás Evangelistas, y no por San Lucas. Las circunstancias de ambos hechos son totalmente distintas: esta unción tiene lugar en la Galilea, en los comienzos del segundo año del ministerio público de Jesús, siendo la protagonista una mujer pecadora que inspira desprecio a los convidados, cuya acción es defendida por Jesús contra Simón y cuyos pecados son perdonados. En cambio, el otro convite descrito por los otros Evangelistas (Mt. 26, 6-13; Mc. 14, 3-9; Ioh. 12, 1-11), tiene lugar en Betania de Judea pocos días antes de la Pasión del Señor, siendo la mujer ardiente discípula de Jesús, el cual alaba su acción y la defiende contra la avaricia de Judas.

LA UNCIÓN DE JESÚS POR LA PECADORA (36-38). — *Y le rogaba uno de los fariseos que comiese con él.* El ruego parece fué apremiante, aunque más por satisfacer la curiosidad que por afecto a Jesús, como es de ver por la frialdad con que el anfitrión le obsequia, y que el Maestro le echa amablemente en cara. Jesús aceptó el convite, no se dijera que comía sólo con publicanos y pecadores, y no con los "justos", a más de que había venido para salvar a todos: *Y habiendo entrado en casa del fariseo, se puso a la mesa.* Estaba ésta, o "triclinio", dispuesta en forma que los comensales estaban reclinados sobre el brazo izquierdo, las cabezas convergentes hacia el centro, libre la mano derecha para comer, los pies hacia fuera.

Y he aquí que una mujer pecadora que había en la ciudad... La expresión delata una mujer tenida por pública pecadora; no que fuese una vulgar prostituta, dice Maldonado, pero con seguridad de mala vida, tal vez mujer principal en-

redada en ilegítimos amores. Habría oído la infeliz la predicación de Jesús, y sintió trocársele el corazón; y cuando todo el mundo iba a Jesús para curarse de las dolencias del cuerpo, va ella a casa de Simón a buscar la medicina del espíritu. Es libre en Oriente la entrada en la sala de los festines; pero esta mujer debió revestirse de un valor sobrehumano para hacerlo: va a cancelar sus públicos extravíos con un acto público de penitencia: *Cuando supo que estaba a la mesa en casa del fariseo, llevó un vaso de alabastro, lleno de unguento*: era un bote de esencias, construido en alabastro, que es la más apta materia para conservar los perfumes.

La escena que en pleno convite se desarrolla es conmovedora: la mujer se sitúa con humildad detrás de Jesús que, como todos los convidados, ha dejado sus sandalias al entrar en la casa de Simón: *Y poniéndose detrás de él, a sus pies* —recuérdese la actitud arriba descrita—, *comenzó a regarle con lágrimas los pies, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza*. La intensidad del dolor le arranca abundantes lágrimas, que humedecen los pies del Señor, que enjuga la pecadora con la delicadísima toalla de sus cabellos, antes instrumento de vanidad y pecado. *Y le besaba los pies*, señal de amor y humildad, *y los ungía con el unguento*, como era costumbre entre los orientales hacerlo en señal de honor y veneración.

¿Quién era esta mujer? Ella y la hermana de Lázaro y María Magdalena ¿son tres mujeres, son dos, son una misma mujer? Orígenes, Teofilacto, Eutimio y otros, creen que son tres nombres que corresponden a tres personas diversas. San Agustín y otros identifican esta pecadora con María de Betania, hermana de Lázaro, a la que distinguen de María Magdalena. San Gregorio hace de las tres una sola persona. Este criterio ha prevalecido en la iglesia latina y en la Liturgia occidental, mientras que la Iglesia griega celebra tres fiestas, una en honor de cada una de las tres mujeres. La primera lectura de los Evangelios da la impresión de la distinción de las tres Marías: un detenido estudio de los pasajes

relativos a las mismas, da la convicción de que si no son una misma persona, a lo menos no hay razón alguna demostrativa contra la unidad. Esta parece deducirse: 1.º De que el mismo Lc., en el capítulo siguiente, al hablar de las mujeres que siguen a Jesús, cita a María Magdalena, de la que había Jesús echado siete demonios (8, 2). 2.º San Juan dice (11, 2) que María hermana de Lázaro era la que había ungido los pies de Jesús y los había enjugado con sus cabellos, lo que no puede referirse más que al pasaje que comentamos, y no al de Betania, que aun no había tenido lugar, y que San Lucas, por tanto, de referirse a él en este punto de su relato, debió indicarlo como futuro. 3.º La mujer pecadora, María Magdalena y la hermana de Lázaro se presentan con los mismos caracteres: un amor intenso a Jesús, y un apasionado deseo de estar con él (Mt. 26, 7; Mc. 14, 3; Lc. 7, 47; 10, 38-42; Ioh. 11, 32.33; 12, 2.3). En esta hipótesis, la pecadora sería oriunda de Magdala, o tendría allí posesiones que la hubiesen dado el sobrenombre de Magdalena; y después habría ido a vivir a Betania en compañía de sus hermanos Lázaro y Marta. 4.º La identidad de María Magdalena y de María hermana de Lázaro, dedúcese también de la historia de la pasión y resurrección, en la que aquélla aparece con el mismo amor ardentísimo hacia Jesús característico de la hermana de Lázaro. Lo mismo puede colegirse con probabilidad de Mc. 14, 8 (Ioh. 12, 7), comparado con Mc. 16, 1.

LECCIÓN QUE DA JESÚS A SIMÓN (39-47). — Como buen fariseo, el anfitrión se escandaliza en su interior. Había oído grandes cosas de Jesús; ha querido tratar con él en la intimidad de un convite, y ha sufrido desilusión: si Jesús fuese un profeta, como creen las multitudes, bien que el profeta no deba saberlo todo, pero, en un caso tan grave como es el que una mujer, pública pecadora, toque a un hombre de Dios, Dios le hubiese revelado lo inmundo de aquel contacto. Si un hombre justo, según los rabinos, no debe acercarse a menos de cuatro codos a una cortesana, ¿qué no deberá hacer un mensajero de Dios? *Y viéndolo el fariseo que lo*

había convidado, dijo entre sí mismo, con evidente desdén: Si este hombre fuera profeta, bien sabría quién y de qué condición es la mujer que le toca, porque pecadora es.

Jesús, suavísimamente, va a demostrarle a Simón que realmente es profeta, porque no sólo penetra lo secreto de su corazón, sino que lee en el espíritu de la pecadora que tiene a sus pies: *Y Jesús, respondiéndole a la pregunta que en su interior se ha formulado, dijo: Simón, tengo que decirte una cosa. Y él respondió: Maestro, di.* El Maestro propone al anfitrión una parábola en que encierra un clarísimo caso de conciencia: *Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. Mas como no tuviesen con qué pagarle, se los perdonó a entrambos. Pues ¿cuál de los dos le ama más?, es decir, ¿quién debe manifestarle mayor reconocimiento? Es fácil la respuesta: más agradecido deberá estar aquel a quien se han condonado 400 pesetas que el otro deudor de 40. Llevando a mal el fariseo que se proponga a su solución un caso tan claro, respondió Simón, al parecer con cierto desdén, y dijo: Pienso que aquel a quien más perdonó.* Tal vez haya en la respuesta algún recelo de prestar armas a Jesús con que éste pueda reprocharle. No se equivoca: su respuesta, dice San Gregorio, es la cuerda con que en su locura va a ser atado: *Y Jesús le dijo: Rectamente has juzgado; y al juzgar así, te has juzgado a ti mismo de haber formado un falso y temerario juicio de esta mujer.*

La aplicación de la parábola, que hace Jesús, es inflexible en su lógica, y encierra una profunda lección dogmática y de vida cristiana: en ella se dirige exclusivamente al anfitrión, entre la expectación de los comensales. Simón ha recibido a Jesús con ciertas reservas, no haciendo con él lo que se hace con los huéspedes ilustres que se reciben con honor y afecto: lavar sus pies polvorientos, sólo resguardados por las sandalias del polvo de los caminos; darle un beso de paz y ungirle cabello y barba con algún aceite oloroso: *Y, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Y establece un dramático contraste entre ambos, en que aparece*

Jesús como acreedor y como deudores Simón y la pecadora: *Entré en tu casa: no me diste agua para los pies: mas ésta con sus lágrimas ha regado mis pies, y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste beso: mas ésta, desde que entró, no ha cesado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con óleo: mas ésta con ungüento ha ungido mis pies.* En realidad, pues, la pecadora ha hecho los honores de la casa, en forma mucho más exquisita que la de costumbre, que le ha negado el fariseo. Por ello, aun siendo muy grande la deuda que tenía contraída con Dios, le es condonada: *Por lo cual te digo: Que se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho.* El amor es causa de perdón; la ardiente caridad, junto con el vivo arrepentimiento, fué la causa directa de su justificación: esta conclusión de Jesús es tan clara como consoladora. *Mas aquel a quien menos se le perdona, menos ama.* Han querido algunos que se refieran estas palabras al escaso amor del fariseo. No aparece así del contexto: es otra aserción de carácter doctrinal que significa el perdón de los veniales o de la pena temporal que se debe a los mortales, aun perdonados.

EL PERDÓN (48-50). — Aleccionado el fariseo, da Jesús a la pecadora el magnífico premio debido a su acción: *Y dijo a ella: Perdonados te son tus pecados.* El celestial acreedor condona la enorme deuda de la mujer, dándose por satisfecho con la paga de su amor. Es la misma generosa fórmula que usó con el paralítico (Lc. 5, 20). *Y los comensales comenzaron a decir dentro de sí: ¿Quién es éste, que hasta perdona los pecados?* Son palabras reveladoras de admiración y de expectación, quizás de escándalo, como cuando la curación del paralítico. Si quieren, podrán deducir por ahí la divinidad de Jesús; porque los pecadores son deudores de Dios: el que perdona los pecados debe ser Dios. Jesús, sin hacerse cargo de la impresión de sus comensales, indica a la mujer otra razón del perdón logrado: su fe: *Y dijo a la mujer: Tu fe te ha hecho salva,* porque la fe la condujo al amor de Jesús: creyó y amó; la fe es la raíz de la caridad; la fe informada de la caridad es la que justifica. Y la despide con dulces palabras: *Vete en paz,* o mejor, *vete con la paz,* perma-

nece en la paz. Es uno de los bienes que el Mesías debía traer al mundo (Is. 9, 6.7; 52, 7; 53, 5).

Lecciones morales. — A) v. 36. — *Y habiendo entrado en casa del fariseo...* — Entra Jesús en casa del fariseo, dice San Gregorio Niseno, no para que se le pegue alguno de sus defectos, sino para darle de su propia justicia. El trato con los malos, o menos buenos, puede ser un peligro para los que somos débiles o incautos o temerarios; pero para el hombre de Dios, animado del prudente celo, el campo de los malos es tierra abonada para sembrar la semilla del bien y cosechar copiosos frutos del apostolado. ¿Qué sería del mundo si los buenos, por miedo al mal de los malos, no hubiesen entrado en su campo para desbrozarlo para Dios y cultivarlo?

B) v. 37. — *Y he aquí que una mujer pecadora...* — Tantos motivos de deleite como halló en sí la pecadora, otros tantos holocaustos ofreció a Jesús, dice San Gregorio: transformó el número de sus crímenes en un número igual de virtudes, a fin de que, tanto como había ofendido a Dios por la culpa, le sirviese por la penitencia. Con sus ojos había codiciado las cosas terrenas: ahora los aflige con el llanto de la penitencia. Sus cabellos le habían servido para adornar su rostro: y ahora con ellos enjuga sus lágrimas. Palabras vanas y soberbias habían pronunciado sus labios: y ahora los adhiere a los pies de Jesús. Para perfumar su cuerpo había usado las esencias: ya lo que había servido a la torpeza lo ofrece generosamente a Dios. Como la pecadora, lo que hayamos hecho servir para el pecado, utilicémoslo para la justicia, como quiere el Apóstol (Rom. 6, 13).

C) v. 39. — *Si este hombre fuera profeta...* — He aquí, dice San Gregorio, un hombre falsamente justo ante sí y realmente soberbio, que reprocha a la enferma su dolencia y al médico la asistencia que va a prestarla. Si la mujer se hubiera llegado a sus pies, la hubiese echado de un puntapié. Hubiese creído mancharse de su contacto, él, a quien faltaba toda justicia. Suelen así portarse hasta algunos investidos con la dignidad sacerdotal, que, por haber exteriormente logrado alguna manifestación de virtud, pronto menosprecian a los inferiores, ni quieren tratos con los pecadores del pueblo. Preciso es que cuando veamos a los pecadores, cualesquiera que sean, lloremos nuestra desgracia en la suya; porque tal vez hemos caído en semejantes pecados, y desde luego podemos caer como ellos. Porque como dice

San Agustín, “no hay pecado que haga un hombre que no pueda hacer otro hombre, si falta el auxilio de Aquel por quien ha sido hecho el hombre”.

D) v. 47. — *Se le perdonan muchos pecados...* — Así como la lluvia copiosa es presagio de serenidad, dice el Crisóstomo, así las lágrimas de la penitencia dan la tranquilidad al espíritu y aniquilan la obscuridad de la culpa. Y así como por el agua y el Espíritu somos purificados en el Bautismo, así también por las lágrimas y la confesión en la Penitencia. Y es de notar, añade San Gregorio, que el perdón es según la medida del amor: tanto más se consume del moño del pecado cuanto más arde el corazón en la llama del amor.

E) v. 47. — *Aquel a quien menos se le perdona, menos ama.* — Por lo mismo, según el Crisóstomo, es preciso que tengamos una alma fervorosa, porque nada hay que impida al hombre hacerse grande. Que ninguno de los pecadores desespere; que ninguno de los virtuosos dormite. Ni éste confíe, porque muchas veces la meretriz le aventajará; ni aquél desespere, porque es posible que aventaje aun a los primeros. Es la caridad la que empuja el esquife del alma hacia Dios.

F) v. 50. — *Vete en paz.* — Después que Jesús ha perdonado a la pecadora, no insiste en la remisión de sus pecados, sino que añade el bien obrar. Por lo que la dice: “Vete en paz”, es decir, en la justicia, porque la justicia es la paz del hombre con Dios, como el pecado es la enemistad entre Dios y el hombre. Como si dijera: haz todo aquello que te puede llevar a la paz con Dios.

60. — JESUS Y SU ACOMPAÑAMIENTO: TEMOR DE LOS SUYOS: Lc. 8. 1-3; Mc. 3, 20.21

¹ Y aconteció después que caminaba él (Jesús) por ciudades y aldeas, predicando y anunciando la buena nueva del Reino de Dios; y los doce con él; ² y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y de enfermedades: María, que se llama Magdalena, de la cual habían salido siete demonios, ³ y Juana, mujer de Cusa, procurador de Herodes, y Susana y otras muchas, que le asistían con sus haciendas.

⁴ Y llegan a casa, y júntase de nuevo tanta gente, que ni aun tomar alimento podían. ⁵ Y cuando lo oyeron los suyos, salieron para echarle mano: porque decían: Ha perdido el juicio.

Explicación. — Con el primero de los fragmentos que

antecedente parece indicar San Lucas una intensificación de la predicación de Jesús en la Galilea. Desde este momento recorre las ciudades, aldeas y castillos, uno por uno, sin que nadie quede desatendido en el solemne anuncio de la Buena Nueva. Por lo que atañe al tiempo, es inútil esforzarse en disponer una serie ordenada según ocurrieron los hechos, cuya disposición cronológica no dieron los Evangelistas sino en contados casos. Para estos episodios y siguientes parece hay que señalar la segunda mitad del año segundo de la predicación de Jesús; así es lícito deducirlo de Lc. 9, 12 y Ioh. 6, 4, donde se indica la proximidad de la penúltima Pascua de la vida pública de Jesús. Durante este tiempo, si bien empiezan por ser muy clamorosos los éxitos de la predicación del Señor, crece amenazadora la ola de odio de escribas y fariseos, que determina una crisis del divino ministerio en la misma Galilea.

EL ACOMPAÑAMIENTO DE JESÚS (Lc. 8, 1-3). — Después de la escena del convite en casa del fariseo Simón, sin que pueda precisarse el tiempo transcurrido, Jesús recorrió detenidamente las ciudades y poblados de Galilea, en lo que invirtió varias semanas, quizás algunos meses. Ocupábase en la predicación y en el anuncio del reino de Dios, en lo que se expresa el tema general de sus discursos y el particular de la Buena Nueva que como Mesías traía: *Y aconteció después que caminaba él (Jesús) por ciudades y aldeas, predicando y anunciando la buena nueva del Reino de Dios. Seguíanle en su ruta los doce apóstoles: Y los doce con él; a su lado se formaban aprendiendo lo que debían predicar a su tiempo, y cómo debían predicarlo, y la manera de tratar con los hombres.*

Asimismo acompañaban a Jesús algunas mujeres piadosas, reconocidas al beneficio que las había hecho Jesús de la salud corporal o espiritual. *Y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y de enfermedades; quizás lo de los espíritus malignos se refiera solamente a María Magdalena, que viene nombrada en primer lugar: María que se llama Magdalena, seguramente del lugar de donde era oriunda, Magdala, al oeste del lago de Genesaret, entre*

Tiberíades y Cafarnaúm, hoy miserables cabañas. *De la cual habían salido siete demonios*; lo interpretan algunos de la totalidad de los vicios de que estaba llena, aunque es más probable se tratara de una posesión violenta del maligno espíritu. Ya dimos antes como más probable la identificación de la Magdalena con la mujer pecadora que ungió los pies de Jesús, en casa de Simón el fariseo, y de la cual, según parece, fueron expulsados los malos espíritus antes de aquella escena. *Y Juana, mujer de Cusa, procurador de Herodes*: se trata del intendente de la casa y dominio de Antipas; reaparece esta mujer en Lc. 24, 10, regresando, con otras, del sepulcro de Jesús. *Y Susana*, de la que no ocurre otra mención en los Evangelios. *Y otras muchas*, entre las cuales se contaban Salomé, madre de Santiago y Juan, y María, madre de Santiago el Menor y de José (Mt. 27, 55.56; Mc. 15, 40.41), *que le asistían con sus haciendas*.

Este pequeño inciso es de gran sentido cristiano. Jesús no se desdena de vivir de limosnas de personas agradecidas y devotas, para no ser una carga, él y sus apóstoles, a aquellos a quienes predicaba el Evangelio. Más tarde harán lo mismo los apóstoles predicando a los judíos (1 Cor. 9, 5 sigs.). En cambio, se abstiene de ello San Pablo al predicar a los gentiles, para no dificultar la expansión del Evangelio; y trabaja con sus manos para ganar su sustento (Ibid. vv. 12.18). Por lo demás, era costumbre que las mujeres judías ayudasen con sus haciendas a los rabinos; pero no lo era que los siguiesen. Fué ésta innovación de Jesús, que abrió con ello anchísimo campo al celo y a la caridad de la mujer cristiana.

TEMOR DE LOS ALLEGADOS DE JESÚS (Mc. 3, 20.21). — *Y llegan a casa*: llegó Jesús con su comitiva probablemente a la casa de Pedro, en Cafarnaúm. La noticia cundió por la populosa ciudad, testigo de tantos prodigios obrados por el Señor; y, como sucedió en la curación del paralítico (Mc. 2, 1-7), se llenó de gente la casa en tal forma, que ni les daban tiempo de comer: *Y júntase de nuevo tanta gente, que ni aun tomar alimento podían*.

Ocurrió entonces lo que lacónicamente dice el evangelista

y que ha producido gran perplejidad en los intérpretes: *Y cuando lo oyeron los suyos, salieron para echarle mano: porque decían: Ha perdido el juicio.* “Los suyos” pudieron ser parientes o discípulos o simples allegados, quienes, al saber la llegada de Jesús y el gran tumulto que ello había originado en la casa de Pedro, salieron de sus propias casas, en la misma ciudad, para apoderarse del Señor y ponerle en seguro.

¿Qué valor debe darse a las palabras de “los suyos” que suponen está Jesús fuera de sí? Dicen unos que fué ficción de los allegados, para más fácilmente librarlo del odio de escribas y fariseos. Maldonado cree que no fué ficción, sino convicción de los que tal dijeron, aunque es molesto para nuestra piedad el que así pensaran los que querían a Jesús. Fillion pone en boca de éstos: “Por el exceso de trabajo a que las turbas le obligan, se halla en un estado de sobreexcitación nerviosa próxima a la insania, o a lo menos perjudicial a su salud.” Sepp interpreta la frase en el sentido de un éxtasis sobrenatural. Parece que no pueden excusarse los parientes de Jesús, si es que lo eran, de la nota de celo imprudente, si no es la peor de un concepto falso e injurioso que de Jesús habían formado.

Lecciones morales. — A) v. 1. — *Caminaba él por ciudades y aldeas...* — El que vino del cielo, dice Teofilacto, para hacerse nuestro ejemplo y forma, nos enseña a no ser perezosos en el enseñar. Y va de un lugar a otro, añade San Gregorio Nazianceno, no sólo para ganar a muchos, sino para santificar muchos lugares. Duerme y trabaja, para santificar el sueño y el trabajo; llora, para dar valor a las lágrimas; predica cosas del cielo, para levantar a los oyentes.

B) v. 1. — *Y los doce con él...* — Los lleva consigo, no para que le ayuden aún en la predicación, sino para instruirles en ella. Como el águila enseña a volar a sus polluelos, dice Beda, así Jesús, poco a poco, va levantando a sus apóstoles a las alturas de la misión que deberán cumplir. Aprendan de aquí cuantos tienen a su cargo la formación de otros, en cualquier orden que sea.

C) v. 2. — *María, que se llamaba Magdalena...* — Es, dice San Beda, la misma mujer que antes le había lavado y ungido los

pies. Cuando esto describe el Evangelista, la llama sólo "pecadora", y calla su nombre, para no empañar su nombre con la memoria de sus crímenes: cuando sigue a Jesús, la llama con nombre y apellido, porque se trata de una acción laudable. Es ejemplo de caridad y prudencia que debemos imitar al referirnos a nuestros hermanos.

D) v. 21, Mc. — *Ha perdido el juicio.* — ¡Dichosa multitud, dice San Beda, que de tal manera apremia al autor de la salvación que ni a él ni a los suyos, deja una hora libre para comer! Pero mientras la muchedumbre forastera acude a él, sus allegados manifiestan tenerle en poco, por no comprender la alteza de la doctrina que predica. Vayamos a Jesús con la sencilla avidez de las turbas, no sea que, siendo nosotros allegados de Jesús, por nuestro carácter o profesión o ministerio, lleguemos a estimar en menos, por el continuo trato, aquello de donde a todo el mundo viene la salvación.

61. — EL ENDEMONIADO CIEGO Y MUDO LOS FARISEOS CONFUNDIDOS: Lc. 11, 14-26

(Mt. 12, 22-27; 43-45; Mc. 3, 22-30)

Evangelio de la Dominica 3.^a de Cuaresma

Entonces le fué presentado un endemoniado. ¹⁴ Y estaba (Jesús) lanzando el demonio, y éste era ^m ciego y mudo. Y cuando hubo lanzado el demonio, habló el mudo, ^m y veía. Y se maravillaron las gentes, ^m y decían: ¿Es tal vez éste el Hijo de David? ¹⁵ Mas algunos de ellos, ^m los fariseos ^{mc} y los escribas que habían bajado de Jerusalén, decían: ^{mc} Tiene a Beelzebub, y por virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios, lanza los demonios. ¹⁶ Y otros, para probarle, le pedían una señal del cielo.

¹⁷ Cuando él vió los pensamientos de ellos, ^{mc} habiéndolos convocado, les dijo ^{mc} en parábolas: ¿Cómo puede Satanás arrojar a Satanás? Todo reino dividido contra sí mismo, será asolado, ^m y toda ciudad o casa contra sí misma, no permanecerá en pie, y caerá casa sobre casa. ^m Y si Satanás arroja a Satanás, contra sí mismo está dividido. ¹⁸ Si, pues, Satanás contra sí mismo está dividido, ¿cómo permanecerá en pie su reino? Por que decís que yo lanzo los demonios por virtud de Beelzebub. ¹⁹ Pues si yo por virtud de Beelzebub lanzo los demonios, ¿por virtud de quién los lanzan vuestros hijos? Por esto serán ellos vuestros jueces. ²⁰ Así, pues, si por virtud ^m del Espíritu de Dios lanzo los de-

monios, ciertamente ha llevado a vosotros el Reino de Dios. ²¹ Cuando el fuerte armado guarda su atrio, en paz están todas las cosas que posee. ²² Mas si, sobreviniendo otro más fuerte que él, le venciere, le quitará todas sus armas, en que fiaba, y ²³ saqueará su casa, y repartirá sus despojos. ²⁴ El que no está conmigo, contra mí está: y el que no coge conmigo, esparce. ²⁵ Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares secos buscando reposo, y cuando no lo halla, dice: Me volveré a mi casa, de donde salí. ²⁶ Y cuando vuelve, la halla barrida y alhajada. ²⁷ Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entran dentro, y moran allí. Y lo postrero de aquel hombre es peor que lo primero. ²⁸ Así acontecerá a esta generación pésima.

Explicación. — Es difícil señalar el tiempo en que se realizó el milagro a que se refiere este fragmento, con el discurso a que dió margen la acusación de los fariseos. Parece que es San Lucas quien en este caso se aparta del orden cronológico, situando la curación de este endemoniado ya muy entrado el tercer año de la predicación de Jesús. Seguimos a la mayor parte de los exégetas que colocan este episodio, y el discurso que analizaremos en el número siguiente, hacia el fin del segundo año de la vida pública del Señor, y antes de la serie de las parábolas.

EL MILAGRO Y LA ACUSACIÓN (14-16). — Parece que la intención de los Evangelistas en la narración de este episodio es principalmente apologética, ya que refieren someramente la curación del endemoniado para explicar con más detalle la vindicación que Jesús hace de sí ante escribas y fariseos. *Entonces*, se ignora cuándo, pues el adverbio tiene aquí fuerza de conjunción, *le fué presentado un endemoniado*, entre tantos enfermos como se le ofrecían. Tocóle el turno al poseso: *Y estaba* (Jesús) *lanzando el demonio*, tal vez con alguna conminación o voz de imperio (cf. Mc. 1,25; 5, 8; 9, 24), *y éste era ciego y mudo*. Se indica con ello el efecto de la acción diabólica en el poseso, atribuyéndose al demonio la falta de visión y de habla porque forma como un solo ser con el poseso.

Expelido el demonio, el poseso recobra la vista y la palabra: *Y cuando hubo lanzado el demonio, habló el mudo, y veía.* La portentosa curación produce asombro en las multitudes que la presencian: *Y se maravillaron las gentes, que, por la reiteración de tanto prodigio, empiezan a sospechar que están delante del Mesías: Y decían: ¿Es tal vez éste el Hijo de David?*

Escribas y fariseos, que han venido de Jerusalén, seguramente para observar de cerca a Jesús y acusarle, se rebelan contra la suposición del pueblo, de que se tratara del Mesías, y hacen al Señor víctima de una acusación infame; el poder de Jesús es una superchería, porque está en connivencia con el jefe de los demonios a quienes arroja: *Mas algunos de ellos, los fariseos y los escribas que habían bajado de Jerusalén, decían: Tiene a Beelzebub, y por virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios, lanza los demonios.* De modo que, para los príncipes de los judíos, Jesús es el endemoniado. Para Jesús la acusación de los fariseos es la más injusta y afrentosa: es el Santo Hijo de Dios, y se le dice poseído y lugarteniente del Maligno; ha venido al mundo para destruir el reino del demonio, y ahora se le supone obrando con sus poderes. Otros, en cambio, para que probara Jesús su mesianidad, le pedían un milagro clamoroso, en el aire, en la atmósfera, en los astros, como si no fuera bastante lo que hasta ahora había hecho: *Y otros, para probarle, le pedían una señal del cielo.* Según Mt. esta última petición no tuvo lugar hasta después que hubo refutado a los fariseos: es objeto del número siguiente.

JESÚS REFUTA LA ACUSACIÓN (17-26). — No se trataba solamente de un ultraje hecho a Jesús con la imputación perversa. Era ésta un argumento digno de la astucia farisaica para desconcepcionar a Jesús ante el pueblo sencillo. Empezaba éste a creer que Jesús podía ser el Mesías; los fariseos, que no pueden negar el milagro, dan de él una interpretación maligna: si Jesús tiene poder sobre los demonios es que lo ha recibido del rey de todos ellos, Beelzebub, “el dios de las moscas”, o “de la inmundicia”, como se llamaba a Satanás

para ridiculizarle. Jesús debió vindicarse a sí mismo para que su misión no fracasara. Y lo hizo en forma irrefrutable, con multiplicidad de argumentos, después de haber descubierto con su mirada de Dios toda la maldad de sus corazones: *Cuando él vió los pensamientos de ellos...* Parece que dió Jesús cierta solemnidad a su vindicación: llámales a su presencia y, valiéndose de comparaciones o ejemplos, les plantea la cuestión: *Habiéndolos convocado, les dijo en parábolas, proponiéndoles la tesis que va a demostrar en forma de pregunta ceñida: ¿Cómo puede Satanás arrojar a Satanás?* Es decir, es imposible que el demonio arroje a otro demonio.

Primer argumento: *ex absurdo*. Es un hecho, que comprueba la experiencia, que todo reino agitado por discordias intestinas va a la ruina: *Todo reino dividido contra sí mismo, será asolado*; como la concordia hace prósperas las naciones, la discordia las aniquila. Los elementos de una nación son la ciudad y la familia; a ellas tocará también la ruina, para que nada quede en pie: *Y toda ciudad o casa contra sí misma, no permanecerá en pie, y caerá casa sobre casa*. Es obvia la aplicación del ejemplo o parábola: *Y si Satanás arroja a Satanás, contra sí mismo está dividido*. Si no lo estuviese, no lucharía Satanás contra sí mismo. Y si está dividido, su reino debe seguir la suerte de todo reino en discordia: *Si, pues, Satanás contra sí mismo está dividido, ¿cómo permanecerá en pie su reino?*

Segundo: *ad hominem*. Sienta otra vez Jesús la tesis de sus adversarios para refutarla de nuevo: *Porque decís que yo lanzo los demonios por virtud de Beelzebub*. Vuestros exorcistas, con ritos y preces, arrojan los demonios y atribuyen a Dios este poder; ¿por qué, cuando lo hago yo, atribuíis el lanzamiento al poder de Satanás?: *Pues si yo por virtud de Beelzebub lanzo los demonios, ¿por virtud de quién los lanzan vuestros hijos?* También por la misma virtud los lanzarán vuestros hijos; pero ved que si admitís la conclusión incurris en la reprobación de vuestros propios hijos: *Por esto serán ellos vuestros jueces*. Luego, y la conclusión es obvia,

si no los lanzo en virtud de Satanás, sino en el poder de Dios, es que el reino de Satanás está en derrota, y empieza a constituirse el reino de Dios. *Así, pues, si por virtud del Espíritu de Dios lanzo los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el Reino de Dios.* Y si soy yo quien en nombre de Dios lanzo los demonios, señal que tengo los poderes de Dios, y que soy su enviado, con lo cual queda refutada la monstruosa imputación que me hacéis.

Tercero. Pasa Jesús a demostrar su triunfo sobre Satanás, y que, por consiguiente, no sólo no obra con sus poderes, sino que ha venido a destruir su reino y que ha triunfado ya de él. Y lo hace con una bella comparación: *Cuando el fuerte armado, un guerrero pertrechado con toda suerte de armas, guarda su atrio, su fortaleza, su palacio, en paz están todas las cosas que posee. Mas si, sobreviniendo otro más fuerte que él, le venciere, le quitará todas sus armas, en que fiaba, y saqueará su casa, y repartirá sus despojos.* El fuerte armado era Satanás, que ejerció hasta la venida de Jesús absoluta hegemonía sobre las humanas cosas y era pacífico poseedor de su reino: pero ha venido Jesús, más fuerte que él, y le ha vencido, en el desierto, arrojándolo de los posesos, y le ha arrebatado todas sus armas, su astucia, su poder, sus mentiras; y ha saqueado su casa, que éramos nosotros, entrando en ella el poder de Jesús; y ha repartido sus despojos, arrebatándole su presa y distribuyéndolo su poder entre los hijos de su reino. Todo lo cual describe grandiosamente el Apóstol (Col. 2, 15).

Después de una tan clara demostración, ya no es posible la neutralidad con respecto a Jesús. El pueblo irá con él, engrosando el reino de Dios que predica, o perecerá víctima de Satanás, enemigo del reino de Dios. Es una grave advertencia en aquellos momentos de fluctuación de los espíritus: *El que no está conmigo, contra mí está, porque no hay paz entre mí y Satanás: Y el que no coge conmigo, esparce, arrebatándose lo que yo he venido a recoger y congregar.*

La responsabilidad de quienes no siguen el partido de Cristo, cuando tan clara han visto su luz, crece con el endu-

recimiento con que se han rechazado sus gracias: por esto es mayor el castigo que sobreviene. Lo demuestra con un ejemplo tomado de la misma posesión diabólica, que ha dado pie a la controversia: *Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre* — por un beneficio especial de Dios, como el que acaba de dispensar al poseso que allí está —, *anda por lugares secos buscando reposo*, como lo haría un hombre molestado por una repulsa buscando la soledad; *y cuando no lo halla*, el reposo, porque le acucia el ansia de revancha, *dice: Me volveré a mi casa, de donde salí*: es el nuevo conato de tentación; *y cuando vuelve, la halla barrida y alhajada*, barrida con las escobas que arrojan las virtudes y alhajada con lo que al demonio place, los vicios y las concupiscencias. *Entonces va*, satisfecho de hallar vivienda tan bien acondicionada para él, *y toma consigo otros siete espíritus peores que él*, en lo que van representados todos los pecados o raíces de pecados; *y entran dentro, y moran allí*, como reyes y señores que disfrutan de todo y disponen de todo. *Y lo postrero de aquel hombre es peor que lo primero*, porque suelen ser peores los que han sido mejores cuando viene la defección, como suele verse en herejes, renegados y pervertidos.

Y aplica Jesús este principio general a los judíos con quienes trata: *Así acontecerá a esta generación pésima*. Así ha sucedido a aquella nación desgraciada. Ni la esclavitud del Egipto, ni el destierro de Babilonia, ni los castigos de Dios mientras estuvo en la Palestina pueden compararse con la destrucción del reino en tiempos de Tito y Vespasiano y con la dispersión y condenación de los veinte siglos posteriores. Todo debido a su protervia en rechazar a Jesús.

Lecciones morales. — A) v. 14. — *Y se maravillaron las gentes...* — Ante la curación del endemoniado, las turbas se maravillan, y sospechan pueda Jesús ser el Mesías. En cambio, escribas y fariseos inventan contra Jesús una calumnia infame: no sólo no es el Mesías, sino que está más endemoniado que el mismo poseso a quien cura. De donde se deduce que la verdad de nuestra religión tiene bastantes garantías para lograr el asentimiento de quienes juzgan con sinceridad y rectitud; pero que toda la luz del cielo no es capaz de abrir los ojos de los que

están imbuidos de prejuicios sostenidos por una voluntad perversa. La incredulidad moderna ha rechazado la divinidad de Jesús en nombre del naturalismo, de la ciencia, de la crítica, de la evolución, etc., como lo hicieron los fariseos con pretexto de que era ministro de Satanás.

B) v. 17. — *Todo reino dividido contra sí mismo, será asolado...* — Por esto la Santa Iglesia es un reino eterno, dice San Ambrosio, porque es un cuerpo informado por la misma fe y aglutinado por la misma caridad. La misma caridad que hace uno e indivisible el reino de la Trinidad Beatísima se ha prolongado hasta la tierra formando este reino de las almas santas. Estas ideas son capitales en nuestra religión: quien peca contra la fe, o simplemente contra la ley de Dios, destruye, cuanto es de su parte, esta íntima unidad de la Iglesia fundada en la fe y la caridad, separándose de Dios, y quizás contribuyendo a que se separen los demás, por el pensamiento o por la voluntad. Por esto en el sermón de la Última Cena pedía Jesús al Padre: "Que sean una misma cosa como nosotros..." (Ioh. 17, 21.22).

C) v. 19. — *Por esto serán ellos vuestros jueces.* — Son jueces los discípulos de los maestros y los hijos de los padres, cuando se prevalen padres y maestros de su autoridad y superioridad para enseñar a sus súbditos doctrinas perversas y hacer que cometan malas acciones. Es prevaricación tremenda, como la de los fariseos aquí, que prefieren adjudicar al demonio la eficacia de sus exorcismos antes de adjudicar a Dios el poder con que obra Jesús. Es corrupción de pensamiento y corazón de menores, que lleva aparejada gran responsabilidad social y que es preludio de reprobación eterna.

D) v. 23. — *El que no está conmigo, contra mí está...* — Como si dijera, dice el Crisóstomo: Yo quiero ofrecer los hombres a Dios: Satanás lo contrario; quien no coopera conmigo es adversario mío, mucho más quien me es contrario. Es un pensamiento que debe informar todos los trabajos del apostolado por Jesús. Como también es la piedra de toque para conocer quiénes son contrarios a Jesús. Basta para serlo no trabajar con él, ni por él.

E) v. 26. — *Lo postrero de aquel hombre es peor que lo primero.* — Dice el refrán que "nunca segundas partes fueron buenas". Las del demonio siempre fueron pésimas. Malo es que haya entrado en nuestro corazón alguna vez por el pecado; pero es atroz que le abramos paso dos, tres, cien veces por el mismo portillo de nuestra vida. Porque entonces ya no está de paso,

sino que "mora allí", como dice el Evangelio. Mora por la mala costumbre; mora por la facilidad con que nos induce a pecados nuevos; mora arraigándose cada día más, y como dice el Crisóstomo, ensuciándonos cada día más; porque ésta es la propiedad del diablo, ensuciar lo limpio, como Jesús lava lo sucio.

62. — LA BLASFEMIA CONTRA EL ESPÍRITU SANTO
EL MILAGRO DE JONAS: MT. 12, 31-42; Lc. 11, 33-36
(Mc. 3, 28-30; Lc. 11, 29-32)

Evangelio del Común de Confesores Pontífices (Lc. 33-36)

³¹ Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia serán perdonados a los hombres, mas la blasfemia del Espíritu no será perdonada. ³² Y todo el que dijere algo contra el Hijo del hombre, se le perdonará: mas el que lo dijere contra el Espíritu Santo, no se perdonará ^{mc} jamás, ni en este mundo, ni en el otro, ^{mc} y será reo de eterno delito. *Porque decían: Tiene un espíritu inmundo.* ³³ O haced el árbol bueno y su fruto bueno: o haced el árbol malo y su fruto malo: porque el árbol por el fruto es conocido. ³⁴ ¡Raza de víboras! ¿Cómo podéis hablar cosas buenas siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la lengua. ³⁵ El hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas: mas el hombre malo, del mal tesoro saca cosas malas. ³⁶ Y digoos que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta en el día del juicio. ³⁷ Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras condenado.

³⁸ Entonces le respondieron ciertos escribas y fariseos: Maestro, queremos ver un milagro tuyo. ³⁹ El les respondió, diciendo: *«Esta generación, malvada generación es: la generación mala y adúltera pide un milagro, mas no le será dado otro milagro que el del profeta Jonás. ¹ Pues como Jonás fué una señal para los Ninivitas, también lo será el Hijo del hombre para esta generación.* ⁴⁰ Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena: así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra. ⁴¹ Los Ninivitas se levantarán en juicio con esta generación, y la condenarán: porque hicieron penitencia por la predicación de Jonás. Y he aquí en este lugar más que Jonás. ⁴² La Reina del Austro se levantará en juicio contra esta generación, y la condenará: porque vino de los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón. Y he aquí en este lugar más que Salomón.

1.^a Nadie enciende una antorcha y la pone en un lugar escondido, ni debajo de un celemín; sino sobre un candelero, para que los que entran vean la luz. 2.^a La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será resplandeciente; mas si fuere malo, también tu cuerpo será tenebroso. 3.^a Mira, pues, que la lumbré que hay en ti no sean tinieblas. 4.^a Y así, si todo tu cuerpo fuere resplandeciente, sin tener parte alguna de tinieblas, todo él será luminoso, y te alumbrará como una antorcha de resplandor.

Explicación. — Este fragmento es la continuación del asunto anterior. Sigue en el primer apartado la vigorosa argumentación de Jesús contra sus adversarios, 31-37, quienes piden de él un milagro, recibiendo condigna respuesta, 38-42, después de la cual acusa a sus adversarios de voluntariamente ofuscados al rechazar el testimonio que les da de su mesianidad, Lc. 33-36.

LA BLASFEMIA CONTRA EL ESPÍRITU SANTO (31-37). — Había Jesús demostrado que no echaba los demonios en nombre de Satanás, sino con el poder de Dios, con el que iba a destruir el reino del demonio; atribuirle consorcio con Satanás es horrenda blasfemia, que se llama pecado contra el Espíritu Santo. Por esto fulmina Jesús contra sus enemigos y contra cuantos dijeren que las obras que hace son del demonio, la terrible sentencia de la irremisión y de la condenación eterna: *Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia serán perdonados a los hombres, mas la blasfemia del Espíritu no será perdonada.* La mayor parte de los Padres están por la irremisión absoluta de la blasfemia contra el Espíritu Santo: no que no sea remisible, pues Dios, y su Iglesia a quien ha conferido sus poderes, tienen poder para perdonar todo pecado, supuestas en el pecador las debidas condiciones, sino porque éstas faltarán en el que obstinadamente, libremente, conscientemente rechaza una verdad claramente atestada por una revelación indudable. No le faltará la gracia de Dios, pero no corresponderá a ella quien sea reo de tal pecado. Es un género de castigo cuya razón se esconde en los secretos de la voluntad de Dios, que ayudará con su gracia a estos

obstinados para que salgan del pecado; pero consentirá que ellos no quieran salir de él, abusando de su gracia.

Y ahonda Jesús en el mismo pensamiento: *Y todo el que dijere algo contra el Hijo del hombre, se le perdonará; porque pecar contra Jesús, que aparece débil, humilde, revestido con nuestra misma naturaleza, tiene alguna excusa para la débil razón del hombre: el mismo Jesús pide al Padre perdón para los que en la cruz le insultan. Mas el que lo dijere contra el Espíritu Santo, no se perdonará jamás, ni en este mundo, ni en el otro, ni en el tiempo ni en la eternidad, y será reo de eterno delito.* Estos son ellos, sus adversarios, porque decían: *Tiene un espíritu inmundo.* Nótese, para evitar equívocos, que Jesús no afirma aquí la irremisión de todo pecado contra el Espíritu Santo, sino del que cometen los judíos en este caso, acusando a Jesús de endemoniado y de colaborador del demonio. La desesperación, la presunción, la impugnación de la verdad conocida, la envidia de las gracias del prójimo, la impenitencia, la obstinación, que son los pecados que suelen decirse por los moralistas contra el Espíritu Santo, no vienen comprendidos en la terrible sentencia de Jesús.

Urgeles aún más Jesús a los fariseos, arguyéndoles de inconsecuentes, y formulando para ello un dilema sin salida. Vosotros decís que la expulsión de un demonio es cosa buena, y que yo soy malo; mis obras son solidarias de mi persona, como el buen fruto lo es del árbol: *O haced el árbol bueno y su fruto bueno: o haced el árbol malo y su fruto malo: porque el árbol por el fruto es conocido: si arrojo a los demonios, bueno soy; de lo contrario, es cosa mala arrojarlos.*

Y en un apóstrofe lleno de indignación les aplica el argumento que acaba de formular. Vosotros no podéis hablar bien porque sois malos, hijos de perversos progenitores, pésimos retoños de malos árboles: *¡Raza de víboras! ¿Cómo podéis hablar cosas buenas siendo malos?* Y hablan cosas malas porque tienen el corazón profundamente pervertido: *Porque de la abundancia del corazón habla la lengua.* Es como una

segunda naturaleza en ellos el mal, que no se agota nunca: *El hombre bueno, del buen tesoro saca cosas buenas: mas el hombre malo, del mal tesoro saca cosas malas.*

Elevando luego a principio la íntima relación entre palabra y pensamiento, hasta el punto de que el hombre será juzgado por lo que diga, no sólo por lo que haga, añade Jesús con énfasis, formando contra sus enemigos un argumento *a fortiori*: *Y dígoos que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres, cuanto más de la gravísima blasfemia que contra él han proferido, darán cuenta en el día del juicio; es palabra ociosa la fútil, vacía, chocarrera, sin utilidad para quien la dice ni para quien la oye. Porque como las mismas obras, serán las palabras un elemento de juicio ante el divino tribunal; ellas revelan la bondad o malicia del humano corazón: Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.* La blasfemia que acaban de proferir será su eterna condenación.

LA SEÑAL DE JONÁS (38-42). — Refutados y confundidos los escribas y fariseos blasfemos, se acercan a él otros individuos de los mismos partidos, y en forma mitad respetuosa, mitad atrevida le piden un milagro en confirmación de su misión. Como si dijeran: ya que no quieres se te llame colaborador del demonio, prueba con un milagro que eres el enviado de Dios. *Entonces le respondieron ciertos escribas y fariseos: Maestro, queremos ver un milagro tuyo.* Es una señal más de la protervia de aquellos espíritus, que muchos milagros han presenciado ya. Llamanle Maestro, simulando que quieren saber la verdad, cuando en realidad abusan de la luz de verdad que les inunda.

Jesús increpa con severidad a sus interlocutores: les llama raza perversa y adúltera. Las relaciones de Israel con Yahvé se comparaban a una unión matrimonial (cfr. Is. 1, 21; Jer. 3, 1; Ez. 16, 8 sigs.; Os. 2, 5 sigs.). Los judíos han sido apóstatas e infieles a Dios, ya en los siglos anteriores; lo son ahora, porque rechazan al Cristo de Dios que vino al mundo para hacerse una esposa, la santa Iglesia (Mt. 9, 15); y no sólo no le siguen, sino que le llaman endemoniado. Por

esto él les respondió, diciendo: *Esta generación, malvada generación es: la generación mala y adúltera pide un milagro...* Jesús se niega enérgicamente a obrar un milagro ruidoso, como le piden: El no hace milagros para satisfacer la vana curiosidad de los hombres. En cambio, en su longanimidad infinita, les promete un milagro más portentoso aún: el milagro de Jonás. Este profeta fué una señal para Nínive: señal de perdición si no hubiesen hecho penitencia sus habitantes; lo fué de salvación porque se arrepintieron: *Pues como Jonás fué una señal para los Ninivitas...* También Jesús lo será para aquel pueblo: su muerte y resurrección será salvación para quienes crean; condenación para los que la contradigan: *También lo será el Hijo del hombre para esta generación.* Y pasa Jesús a concretar la naturaleza de la señal que les da: *Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena: así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra.* Es una profecía manifiesta de su resurrección: así lo entendieron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos al pedir a Pilatos guardia para su sepulcro (Mt. 27, 63.64). El corazón de la tierra es el limbo, según la mayor parte de los intérpretes, aunque algunos lo entiendan del sepulcro. Los tres días y tres noches no eran para los hebreos 72 horas, porque una parte del día la reputaban como un día entero con su noche. Se realizó puntualmente la profecía, porque Jesús estuvo muerto parte del viernes de Parasceve, todo el sábado y parte del domingo.

El recuerdo de la historia de Jonás le sirve a Jesús para justificar, en increpación severa, el título de raza adúltera que les ha dado. El día del juicio universal los habitantes de Nínive se levantarán contra la protervia de los judíos, porque ellos creyeron a Jonás, profeta extranjero, que no hacía milagros, e hicieron penitencia: *Los Ninivitas se levantarán en juicio con esta generación, y la condenarán: porque hicieron penitencia por la predicación de Jonás.* Y vosotros, dice Jesús con énfasis, tenéis entre vosotros a quien es más que Jonás. Este era un profeta, yo el Hijo de Dios; él el siervo, yo el Señor; él no hacía milagros, yo los hago portentosos;

él predicaba la ruina de la ciudad, yo predico el advenimiento del reino de Dios: *Y he aquí en este lugar más que Jondá.* Lo mismo hará la reina del Mediodía, de Sabá, provincia de la Arabia Feliz, al sur de Judea, que hizo un largo viaje para oír la sabiduría de Salomón, hombre mortal (3 Reg. 10, 1 sigs.): *La Reina del Austro se levantará en juicio contra esta generación, y la condenará: porque vino de los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón; y entre vosotros está el rey mesiánico, único que superará, según vosotros, a Salomón y cuya sabiduría deberá llenar la tierra como las aguas del mar llenan sus cavidades (Is. 11, 9): Y he aquí en este lugar más que Salomón.*

LA LUZ DE DIOS Y EL OJO DEL ALMA (Lc. 33-36). — Acaba Jesús su argumentación con una especie de parábola en que va envuelta una terrible acusación contra sus adversarios y una grave lección para nosotros. Se reduce a esta tesis: Dios ha hecho brillar su luz ante sus ojos, y ellos no han querido verla.

La luz de Dios. *Nadie enciende una antorcha y la pone en un lugar escondido, en una cueva o cripta, ni debajo de un celamín, o vaso opaco, porque no se vería la luz; sino sobre un candelero, como era costumbre en las casas judías, para que los que entran vean la luz.* La antorcha es Jesús; Dios la ha encendido en tal forma, que la ha hecho rutilar en medio del pueblo judío con el resplandor de una doctrina nunca oída y de unos milagros nunca vistos. No hay candelero más alto en que haya sido colocado un hombre sobre la tierra.

El ojo del alma. *La antorcha de tu cuerpo es tu ojo: se significa con ello la inteligencia, ojo del alma, que viene aquí significada en el cuerpo.* Como para ver la luz material es preciso abrir los ojos del cuerpo, así se ha de abrir la inteligencia para que el alma absorba la luz de la verdad. *Si tu ojo fuere sencillo, si tu inteligencia no se deja llevar de prejuicios ni ofuscar por la pasión, todo tu cuerpo será resplandeciente, toda el alma se verá empapada de la luz de Dios; mas si fuere malo, si se resiste a la verdad, cerrán-*

doso a la gracia, tergiversando la verdad en que Dios es pródigo, *también tu cuerpo será tenebroso; se quedará sin luz la vida espiritual*. Deriva de aquí una benévola invitación de Jesús a la rectitud y honradez intelectual: *Mira, pues, que la lumbré que hay en ti, la razón, no sean tinieblas, por haber cerrado la inteligencia, aislando el alma de la luz de Dios*.

El fruto de esta ingenuidad y pureza mental es de luz copiosa para el alma: *Y así, si todo tu cuerpo fuere resplandeciente, si con toda tu alma recibes la verdad de Dios, sin tener parte alguna de tinieblas, por resistencia o perversidad mental, todo él será luminoso, se embeberá completamente de luz de Dios, como limpio cristal, y te alumbrará como una antorcha de resplandor, porque verás con toda claridad en tu camino por las rutas del espíritu*.

Lecciones morales. — A) v. 32. — *El que lo dijere contra el Espíritu Santo, no se perdonará...* — Dice San Agustín: Si el perdón nos viene por el Espíritu Santo, según aquello: "Recibid el Espíritu Santo, y serán perdonados los pecados a quienes los perdonareis", luego la palabra contra el Espíritu Santo es la palabra de la impenitencia. Y ésta no se perdona ni este siglo ni el futuro, porque ataca la misma raíz del perdón. El espíritu de humildad, de docilidad, de penitencia, nos alejarán de este espíritu de obstinación y protervia de donde puede salir la palabra contra el Espíritu Santo.

B) v. 36. — *De toda palabra ociosa darán cuenta...* — Es palabra ociosa, dice el Crisóstomo, la mentirosa y calumniosa; algunos dicen que lo es también la palabra vana, como la que excita desordenada risa, o torpe o inmodesta. Lo es, dice San Jerónimo, la palabra frívola, que no da lugar a las conversaciones graves. Siendo la palabra manifestación del pensamiento, y siendo éste lo que más alto tiene el hombre, debemos hablar siempre como corresponde a seres humanos y cristianos. Nuestras palabras dirán lo que somos.

C) v. 41. — *Los Ninivitas se levantarán en juicio con esta generación...* — Debe atemorizarnos el pensamiento de que muchos, con muchas menos gracias que nosotros, sean mucho mejores. ¡Cuántos ninivitas, cristianos neoconvertos de las misiones, gente ruda de nuestros campos, pobres mujeres de nuestras ciudades, nos aventajarán, porque habrán dejado empapar más

que nosotros su espíritu de la luz de Dios, y habrán inclinado más su voluntad a sus mandatos e inspiraciones!

D) Lc. v. 34. — *La antorcha de tu cuerpo es tu ojo...* — Tropológicamente llama Jesús al alma "cuerpo", dice Orígenes, aunque no sea corpórea; y su ojo es el entendimiento. Y la luz espiritual del entendimiento es la fe, dice San Ambrosio, que debe informar nuestra inteligencia para que vea bien las cosas de Dios. ¿Tenemos este ojo del alma sano, es decir, la inteligencia dócil, recta, sencilla, con respecto a las verdades que son objeto de nuestra fe? Ello es el principio de la vida sobrenatural. Si "sin la fe es imposible agradar a Dios" (Hebr. 11, 6), con la fe en estas condiciones seremos gratos a Dios, que nos recompensará con grandes crecimientos de gracias de luz.

E) v. 35. — *Mira, pues, que la lumbre que hay en ti no sean tinieblas.* — Es la mayor desgracia que pueda acaecer a un ser racional: la perversión o corrupción de la inteligencia, facultad normativa de la vida. Es el yerro y la desgracia de toda la vida. Un ciego de los ojos del cuerpo es digno de lástima; más lo es el que tiene entenebreceida la inteligencia. Y más lo es cuando estas tinieblas son voluntarias. De estos hombres dice San Juan "que quisieron más las tinieblas que la luz" (Ioh. 3, 19). El fin de ellos son las tinieblas exteriores, donde hay llanto y crujir de dientes.

63. — LA MADRE Y LOS HERMANOS DE JESUS GLORIFICACION DE LA MADRE DE JESUS

Mt. 12, 46-50; Lc. 11, 27-28

(Mc. 3, 31-35; Lc. 8, 19-21)

«⁴⁶ Cuando estaba todavía hablando a las gentes, he aquí que su madre y hermanos ⁴⁷vinieron a él y estaban fuera que le querían hablar; ⁴⁸y no podían llegar hasta él a causa del gentío. ⁴⁹Y estando fuera enviaron a él quien le llamara; y la multitud estaba sentada a su rededor. ⁵⁰Y le dijo uno: Mira que tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan, ⁵¹queriendo verte. ⁵²Y él, respondiendo al que le hablaba, le dijo: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? ⁵³Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, ⁵⁴y mirando a los que estaban sentados a su rededor, dijo: Ved aquí mi madre y mis hermanos. ⁵⁵Porque todo aquel que ⁵⁶oyere la palabra de Dios e hiciere la voluntad

de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre.

^{L 27} Y aconteció que diciendo esto, una mujer de en medio del pueblo levantó la voz, y dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste: ²⁸ y él dijo: Antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan.

Explicación. — Este episodio nada tiene que ver con el explicado en el número 60, en que “los suyos” fueron a buscar a Jesús “porque estaba enajenado”. San Marcos, que relata los dos hechos, los distingue claramente (3, 20.21; 31-35). Ni consta fijamente si los dos hechos que vamos a comentar — la presencia de la madre y hermanos de Jesús mientras El predicaba y la glorificación de la Madre por la mujer del pueblo —, ocurrieron en el mismo tiempo y lugar. Indicamos entre los que los juntan a Cornely y Lépicier.

LA MADRE Y LOS HERMANOS DE JESÚS (Mt. 46-50). — Confundidos los escribas y fariseos y condenada la obstinación de aquella generación pésima, aprovecha Jesús la oportunidad de presentarse, en el lugar en que predicaba, su Madre santísima y sus parientes, para enseñar que los hijos del reino son los que oyen la palabra de Dios y la guardan, siendo este vínculo espiritual, y no la relación de carne y sangre, el que constituye el reino mesiánico.

Cuando estaba todavía hablando a las gentes, he aquí que su madre y hermanos vinieron a El. — Los hermanos de Jesús eran probablemente sus consobrinos, Santiago el Menor, José, Simón y Judas, hijos de María, esposa de Cleofás, hermano de San José. Con ellos pudo haber otros parientes, ya que entre los hebreos se llamaban hermanos no sólo los primos, sino cualesquiera parientes (Gen. 14, 16; 24, 48; 29, 12; 4 Reg. 10, 13). El objeto de la visita debió ser laudable, toda vez que estaba María Santísima en la comitiva; quizás movieron a la Madre las congojas por el peligro que el odio de los fariseos representaba para Jesús.

Quieren los parientes de Jesús hablarle; pero es enorme la multitud que le rodea; no pudiendo romper el cerco, se valen de otro u otros para ponerse en comunicación con él: Y

estaban fuera que le querían hablar; y no podían llegar hasta él a causa del gentío. Las turbas están apretujadas y sentadas junto a Jesús; los parientes, de lejos, mandan a uno que se ponga en relación con los que están más cerca del Señor: *Y estando fuera enviaron a él quien le llamara; y la multitud estaba sentada a su rededor.*

Llega por fin el mensaje a Jesús: *Y le dijo uno: Mira que tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan, queriendo verte.* La respuesta de Jesús es, en apariencia, desabrida para su parientes: *Y él, respondiendo al que le hablaba, le dijo: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?* No es que niegue a su madre y parientes, o se avergüence de ellos; como en el Templo, está ocupado en las cosas de su Padre, y antes son los intereses espirituales que Dios le confió que las consideraciones de carne y sangre: ¿cómo podía tener una sola palabra menos reverente para con la Madre el que en Caná había hecho su primer milagro a ruegos de ella y quien, clavado en la cruz, tendrá con ella cuidados tan exquisitos?

Termina Jesús la lección empezada en forma amabilísima, en el gesto y en la palabra. *Y extendiendo la mano hacia sus discípulos, y mirando a los que estaban sentados a su rededor, dijo: Ved aquí mi madre y mis hermanos.* Para significar que mayor es el parentesco espiritual que el carnal; que en el reino de Dios tienen lugar secundario los intereses de familia; y que cuando se trata de cumplir la sagrada misión de administrar la palabra y la gracia divinas a las almas, debe ceder toda consideración que arranque de las conveniencias de los domésticos. *Porque, como dice Jesús, todo aquel que oyere la palabra de Dios e hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, éste es mi hermano, y hermana, y madre.* En otra ocasión dirá Jesús que vino a poner espada y no paz, y a separar los miembros de una misma familia (Mt. 10, 35): es que sobre los intereses de la familia de la tierra están los de la familia universal de los espíritus, que reconoce por Padre al Padre de todos que está en los cielos.

GLORIFICACIÓN DE LA MADRE DE JESÚS (Lc. 27.28). — Tales serían el gesto y la palabra de Jesús, que de la excelsitud de su doctrina más bien se añade nuevo honor a la Madre que en aquellos momentos no ha podido llegar hasta donde está el Hijo predicador. En medio del silencio, tal vez de la extrañeza, que seguiría a la nueva doctrina que Jesús propone, se deja oír vibrante la voz de una sencilla mujer del pueblo, tal vez madre ella también, que barrunta el misterio de las relaciones entre tal Hijo y tal Madre, y que prorrumpe en alabanzas de la que trajo al mundo a este Hombre que con tanta sabiduría y misericordia acaba de hablar: *Y aconteció que diciendo esto, una mujer de en medio del pueblo levantó la voz, en lo que aparece la magnitud de su admiración y de su fe, y dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los pechos que mamaste: ¡Dichosa la Madre que con las funciones de la maternidad colaboró en la vida de un varón tan excelso, en palabras y obras! Empieza ya a realizarse el vaticinio de María Santísima: "Me llamarán bienaventurada todas las generaciones"* (Lc. 1, 48).

Jesús no niega que María Santísima sea bienaventurada por haberle dado la vida, antes asiente a la afirmación de la mujer y la completa: porque más lo es aún por haberse ajustado en todo a la palabra y al mandato de Dios, de donde le vino el premio de la maternidad. Se entrevé aquí la posición excepcional, única, de María en el reino formado por este parentesco espiritual con Dios de que hablaba poco ha Jesús. También son bienaventurados todos los que oyen la divina palabra, que es como concebir en su mente el Verbo de Dios; y la guardan, que es como darlo a luz, porque ello es santidad, que es fruto de fe y semilla de bienaventuranza: *Y él dijo: Antes son bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan. ...*

Lecciones morales. — A) v. 47. — *Mira que tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan...* — Moralmente están fuera de nosotros nuestra madre, nuestros hermanos y parientes y amigos en general, cuando nosotros estamos dentro del ejercicio de nuestro ministerio. Y sólo están con nosotros cuando

colaboran en la obra que se nos haya confiado. Si los hijos de Dios no lo son por la carne y sangre sino por Dios que les ha engendrado espiritualmente, dándoles una participación de su vida sobrenatural, ¿cuánto menos serán padres en el espíritu aquellos que, en la alternativa de estar firmes en sus puestos, según la voluntad de Dios, manifestada por los superiores legítimos, o seguir la voluntad o el capricho de sus deudos, desiertan de sus deberes por consideraciones de carne y sangre?

B) v. 49. — *Ved aquí mi madre y mis hermanos.* — El Señor se dignó llamar hermanos a sus discípulos, dice San Gregorio, diciendo: “Id, decidlo a mis hermanos” (Mt. 28, 10). El que pudo llegar a ser hermano de Jesús creyendo, vea cómo puede llegar a ser su madre. Porque hemos de saber que el que es hermano o hermana del Señor creyendo, puede hacerse madre predicando. El que tal hace es como si diese a luz al Señor, infundiéndole en el corazón del oyente; se hace madre si por su palabra se engendra en el alma del prójimo el amor del Señor.

C) Lc. v. 27. — *Una mujer de en medio del pueblo levantó la voz...* — “Te alabo, Padre, porque escondiste estas cosas a los sabios y entendidos y las revelaste a los pequeños” (Mt. 11, 25), dirá un día Jesús. Así ha sucedido ahora. Están presentes los doctores de la ley y los sabios según el mundo, y sólo palabras de envidia brotan de sus labios ante los dichos y hechos de Jesús. En cambio, esta mujer del pueblo penetra todo el misterio de grandeza que se esconde en la humilde presencia y predicación del Señor. Si somos sencillos y sin dolo y sin soberbia, como la mujer del pueblo, mereceremos copiosa luz de fe y fuerza sobrenatural para conocer cada día más a Jesucristo y confesarle sin rebozo ante el mundo.

D) v. 27. — *Bienaventurado el vientre que te trajo...* — Es la primera alabanza pública, salida de labios humanos, de la Santísima Virgen, a lo menos que nos haya dejado la historia. Con ella, dice San Beda, quedó confundida la calumnia de escribas y fariseos y la perfidia de los herejes de todo tiempo. La maternidad divina de María Santísima no sólo es la razón y fundamento de todos sus privilegios, sino que es un dogma céntrico de nuestra religión. Por esto, desde este hecho memorable de los Evangelios, la gloria del Hijo siempre ha sido solidaria de la gloria de la Madre. A medida que ha crecido en los pueblos la fe y el amor de Jesús, ha aumentado asimismo el que a María

han tenido. Y si alguna vez, como sucede con el protestantismo, se han regateado a la Madre los debidos honores, incluso a pretexto de mayor glorificación del Hijo, se ha acabado por mermar los que al Hijo se tributaban. Que crezca cada día en nuestros pechos el amor a la Madre dulcísima de Jesús.

64. — LAS PARABOLAS. — EL SEMBRADOR

Lc. 8, 4-18; Mt. 13, 1-23

(Mc. 4, 1-23)

Evangelio de la Dominica de Sexagésima (vv. 4-15)

^m En aquel día, saliendo Jesús de la casa, se sentó a la orilla del mar, ^{mc} y otra vez comenzó a enseñar. ⁴ Y como hubiese concurrido gran número de pueblo, y acudiesen solícitos a él de las ciudades, ^{mc} entrando en una barca, se sentó dentro del mar, ^m y toda la gente estaba en pie a la orilla. Y hablóles muchas cosas por parábolas: les dijo por comparación ^{mc} en su doctrina: Oíd: He aquí que ⁵ salió el sembrador a sembrar su simiente; y, al sembrarla, una parte cayó junto al camino, y fué hollada, y la comieron las aves del cielo. ⁶ Y otra cayó sobre piedra, ^{mc} donde no tenía mucha tierra; y, apenas nacida, ^{mc} cuando salió el sol, se abrasó, y secóse porque no tenía humedad. ^{mc} y porque no tenía raíz. ⁷ Y otra cayó entre espinas, y las espinas, que nacieron con ella, la ahogaron, ^{mc} y no dió fruto. ⁸ Y otra cayó en tierra buena, y nació, y dió fruto, ^{mc} que subió y creció, y uno produjo el treinta, y otro el sesenta, y otro el ciento por uno. Diciendo estas cosas, gritaba: Quien tenga oídos para oír, oiga.

Mt. ¹⁰ Y, ^{mc} cuando estaba solo, acercándose los discípulos, dijéronle, ^{mc} los doce que con él estaban, preguntándole sobre la parábola: ¿Por qué les hablas en parábolas? ¹¹ El, respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber el misterio del Reino de los cielos, mas a aquellos ^{mc} que están fuera no les es dado. ¹² Porque al que tiene, darásle y abundará; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. ¹³ Por eso les hablo en parábolas, porque viendo, no ven; y oyendo, no oyen, ni entienden. ¹⁴ Y se cumple en ellos la profecía de Isaías: Oiréis con cuidado, y no entenderéis; miraréis con atención, y no veréis. ¹⁵ Porque el corazón de este pueblo se ha endurecido, y con los oídos pesadamente oyeron, y cerraron sus ojos, por miedo a que vean con los ojos y oigan con los oídos y entiendan con el corazón, y se con-

viertan y yo los sane, ^{mc} y les sean perdonados los pecados. ¹⁶ Mas dichosos vuestros ojos, que ven, y vuestros oídos, que oyen. ¹⁷ Porque en verdad os digo, que muchos profetas y justos codiciaron ver lo que veis, y no lo vieron: y oír lo que oís, y no lo oyeron.

Lc. ^{mc} Y les dijo: ¿No entendéis esta parábola? Y ¿cómo entenderéis todas las parábolas? ^m Oíd, pues, vosotros la parábola del sembrador: ¹¹ Este es el significado de la parábola: ^{mc} El que siembra, siembra la palabra: la simiente es la palabra de Dios. ¹² Los de junto al camino son los que oyen ^m la palabra del Reino; mas viene luego el diablo y quita del corazón de ellos la palabra, no sea que, creyendo, se salven. ¹³ Los de sobre la piedra son los que, cuando oyen, al punto reciben la palabra; y éstos no tienen raíces: los cuales por algún tiempo creen, y al tiempo de la tentación. ^{mc} al sobrevenir la tribulación y la persecución por la palabra, al punto se escandalizan, vuelven atrás. ¹⁴ Y la que cayó entre espinas, éstos son los que oyeron la palabra, pero como andan en afanes ^m de este siglo, en riquezas y placeres de la vida, ahógase y no reporta fruto. ¹⁵ Mas la que cayó en buena tierra, éstos son los que, oyend la palabra con corazón bueno y perfecto, la retienen y, perseverando, dan fruto: ^{mc} uno el treinta, otro el sesenta, otro el ciento por uno.

^{mc} Y deciales: ¹⁶ Nadie enciende una antorcha, y la cubre con una vasija, o la pone debajo de la cama, sino sobre el candelero, para que los que entran vean la luz. ¹⁷ Pues no hay cosa escondida que no haya de ser manifestada, ni oculta que no haya de ser descubierta y hecha pública. ^{mc} Quien tenga oídos para oír, oiga. Y les decía: ¹⁸ Ved, pues, cómo oís. ^{mc} Con la medida que midiereis se os medirá, y con creces. Porque a aquel que tiene, le será dado: y al que no tiene, aun aquello que piensa tener, le será quitado.

Explicación. — Sobre las parábolas en general, véase vol. I, página 207 y siguientes. Las ocho que vamos a comentar forman el grupo llamado “del Reino de Dios”, y parece fueron propuestas por Jesús el mismo día y en una misma predicación. La del sembrador nos la ofrecen con mayor extensión Mt. y Mc., pero se lee en el Misal según el texto de Lc. Indicamos el orden de exposición con los textos utilizados y lugares paralelos: 1.º Circunstancias, Lc. 4 (Mt. 1-3;

Mc. 1-2); 2.º La parábola, Lc. 5-8 (Mt. 3-9; Mc. 3-9); 3.º El porqué de las parábolas, Mt. 10-17 (Mc. 9-13; Lc. 9-10); 4.º Explicación de la parábola, Lc. 11-18 (Mt. 18-23; Mc. 14-23).

CIRCUNSTANCIAS (Lc. 4). — San Mateo nos dice que esta predicación la tuvo Jesús el mismo día de sus disputas acérrimas con escribas y fariseos, objeto de los dos números anteriores: *En aquel día, saliendo Jesús de la casa, probablemente la de Pedro, en Cafarnaúm, se sentó a la orilla del mar. Infatigable en la predicación de su doctrina, otra vez comenzó a enseñar. Advertidos de ello los habitantes de la ciudad, acudieron en gran número a oírle; lo mismo hicieron muchos de las ciudades vecinas, que venían a él solícitos, atraídos por su doctrina y milagros: Y como hubiese concurrido gran número de pueblo, y acudiesen solícitos a él de las ciudades...* El auditorio era numerosísimo, y, como ocurrió ya otra vez (núm. 35), *entrando en una barca, se sentó dentro del mar, y toda la gente estaba en pie, a la orilla. Y desde esta improvisada tribuna, hablóles muchas cosas por parábolas. Empezando por la interesantísima del sembrador, les dijo por comparación, en lo que se indica el género literario que va a utilizar, en su doctrina, es decir, entre los documentos que esta ocasión les dió. En una forma de introducción toda oriental, solicita la atención de su abigarrado auditorio: Oíd: He aquí que...; y en medio del silencio de la multitud empieza la exposición de la*

PARÁBOLA DEL SEMBRADOR (5-8). — Acallado el natural murmullo de las turbas, que se disputarían el lugar para oírle, dijo: *Salió el sembrador a sembrar su simiente...* Se ha notado por algún viajero que recientemente ha visitado los lugares mismos en que Jesús propuso estas parábolas, la exactitud de color local que la del sembrador ofrece: las hondonadas con tierra gruesa, donde crecen lozanos los sembrados; las partes rocosas de los altozanos, desprovistas de tierra; zarzas y espinos que crecen en las laderas, de tierras endebles; los caminos trillados por los viandantes, etc. Y, *al sem-*

brarla, una parte cayó junto al camino, y fué hollada, y la comieron las aves del cielo; sembrada la semilla á puñados, a voleo, arrojándola sobre la tierra labrada, rebasaban algunos granos los límites del campo, cayendo junto al camino. Y otra cayó sobre piedra, en terreno rocoso, donde no tenía mucha tierra; y, apenas nacida, cuando salió el sol, se abrasó, y secóse porque no tenía humedad, y porque no tenía raíz; nótese las causas de la muerte del tallo: la tierra escasa, el sol abrasador, la falta de humedad, la carencia de raíces. Y otra cayó entre espinas, y las espinas, que nacieron con ella, la ahogaron, y no dió fruto. Y otra cayó en tierra buena, y nació, y dió fruto, que subió y creció en la espiga lozana, y uno produjo el treinta, y otro el sesenta, y otro el ciento por uno. En las tierras fértiles de la Palestina, da el trigo el ciento y hasta el ciento cincuenta por uno. Propuesta la parábola, levantando más la voz, para llamar de nuevo la atención de la multitud, les invitaba a que cada cual considerara la gravedad de lo que acababan de oír, rumiándolo en su interior y aplicándose la lección: *Diciendo estas cosas, gritaba: Quien tenga oídos para oír, oiga.*

POR QUÉ LA PREDICACIÓN EN PARÁBOLAS (Mt. 10-17). — Véase vol. I, pág. 212. Lo que en estos versículos se refiere corresponde a los momentos que siguieron después de la predicación de esta serie de parábolas. Jesús, contra su costumbre, no ha explicado claro a las turbas su pensamiento, que evidentemente se oculta en el símil del sembrador. Son los discípulos los que aprovechan la soledad del Maestro, después de las parábolas, para requerir de él una explicación: *Y, cuando estaba solo, habiéndose retirado las turbas, acercándose los discípulos, dijéronle, los más íntimos; que habían sido llamados al apostolado, los doce que con él estaban, preguntándole sobre la parábola: ¿Por qué les hablas en parábolas?* Porque era cosa nueva y desacostumbrada en Jesús predicar al pueblo por medio de parábolas sin explicárselas, los discípulos le piden la explicación de la parábola y la razón de su cambio en la predicación.

Jesús, primero, da la razón de su pedagogía. Hay dos cla-

ses de hombres con respecto al reino de Dios: Unos, protervos, que no quieren reconocer los títulos que Cristo exhibe de su misión mesiánica — su doctrina y sus milagros —, aferrándose más bien al equivocado concepto de un reino material y glorioso en la tierra; éstos no merecen se les expliquen los misterios del reino de Dios. Otros, en cambio, como los apóstoles, creen en la legación de Jesús, y a éstos explicará claramente su pensamiento: *El, respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber el misterio del Reino de los cielos, mas a aquellos que están fuera, que voluntariamente permanecen alejados de mi escuela, no les es dado.*

Y confirma la reprobación de unos y el mayor aprovechamiento de otros con el símil de lo que suele ocurrir en el orden mercantil: los ricos fácilmente logran nuevas riquezas; los pobres suelen perder todo cuanto tienen: *Porque al que tiene, darásele y abundará; mas al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.* Guardaban los judíos la fe en el Cristo: si hubieran creído en la misión de Jesús, aquella fe se hubiese desarrollado en el don mayor de su entrada en la Iglesia; ahora hasta aquella gracia primera les será inútil. En cambio, los discípulos de Jesús pasarán de aquella fe a la abundancia del reino de Dios.

Esta razón del cambio en su pedagogía la concreta Jesús en estas tremendas palabras: *Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven; y oyendo no oyen, ni entienden.* Ven con los ojos de su imaginación y de su entendimiento el contenido material de la parábola, y oyen con sus oídos las cosas indicadas en su descripción; pero no penetran su profundo sentido. Es la pena que ha merecido su incredulidad: si no han creído su doctrina, confirmada con tantos milagros, menos creerían las profecías del reino de Dios que en las parábolas se encierran.

En esta conducta del pueblo judío para con Jesús ve Mt. el cumplimiento de una antigua profecía: *Y se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice: Oiréis con cuidado, y no entenderéis; miraréis con atención, y no veréis: veréis la imagen, el enigma, no la realidad que contiene. Porque el cora-*

zón de este pueblo se ha endurecido, imagen de la insensibilidad, de la indiferencia, y con los oídos pesadamente oyeron, y cerraron sus ojos, por miedo a que vean con los ojos y oigan con los oídos, y entiendan con el corazón, y se conviertan y yo los sane, y les sean perdonados los pecados (Is. 6, 9.10). Es el terrible castigo del pecado contra el Espíritu Santo.

Mas a los discípulos, que han sido dóciles a sus enseñanzas, les trata Jesús con predilección especial, abriéndoles de par en par los misterios del reino de Dios. Es para ellos el comienzo de la bienaventuranza: *Mas dichosos vuestros ojos, que ven, y vuestros oídos, que oyen.* No lo fueron tanto los antiguos santos y profetas, que sintieron las ansias de la venida del Mesías: *Porque en verdad os digo, que muchos profetas y justos codiciaron ver lo que veis, y no lo vieron: y oír lo que oís, y no lo oyeron.*

EXPOSICIÓN DE LA PARÁBOLA DEL SEMBRADOR (Lc. 11-18). Tampoco los discípulos habían entendido la parábola del sembrador. Después de la digresión, en que les ha respondido a su pregunta del porqué de la predicación por parábolas, va a desentrañarles la del sembrador, como le piden. *Y les dijo: ¿No entendéis esta parábola? Y ¿cómo entenderéis todas las parábolas?* Porque ésta es como la llave para la explicación de los demás. Como esto supondría una reprensión a los discípulos, la que no se compagina con las palabras de Lc. v. 10, Knabenbauer puntúa así: "No entendéis esta parábola y ¿cómo debáis entender las demás?" *Oíd, pues, vosotros la parábola del sembrador.*

Éste es el significado de la parábola: El que siembra, siembra la palabra. Así queda definido el protagonista de la acción: es un sembrador de palabras, un maestro, un adoctri-nador, con misión para ello. Luego define la naturaleza de la palabra sembrada: *La simiente es la palabra de Dios.* Es la que Dios, por medio de la revelación, se ha dignado comunicar a los hombres; la que Cristo anuncia, y la que confió a sus apóstoles, la que sus sucesores anuncian al pueblo. Se compara a una semilla, porque el evangelio, como que es la fuerza de Dios para la salvación (Rom. 1, 16), tiene fuerza y efi-

cacia para producir ubérrimos frutos, si se recibe del modo debido.

Los indicados por el camino en el que cae la semilla, son aquellos que reciben la palabra de Dios: *Los de junto al camino son los que oyen la palabra del Reino; pero, he aquí el primer enemigo de la palabra de Dios, "el maligno", "Satanás", el primero empeñado en destruir el reino de Dios, que suscita en el corazón de estos hombres, en el que no ha podido penetrar la divina palabra, mil impresiones y recuerdos que la horran: Mas viene luego el diablo y quita del corazón de ellos la palabra, no sea que, creyendo, se salven. Es el fin que se propone el que es llamado "homicida desde el principio" (Ioh. 8, 4).*

Los de sobre la piedra son los que, cuando oyen, al punto reciben la palabra. Les plugo la palabra de Dios, llegando incluso a practicar el bien: pero no echó profundas raíces en su corazón; y la tribulación, la persecución, el escándalo les hicieron desistir de sus buenos propósitos: Y éstos no tienen raíces: los cuales por algún tiempo creen, y al tiempo de la tentación, al sobrevenir la tribulación y la persecución por la palabra, al punto se escandalizan, vuelven atrás.

Y la que cayó entre espinas, éstos son los que oyeron la palabra, formando también buenos propósitos y obrando el bien; pero les distrajeron las cosas de la vida y quedó estéril al nacer: Pero como andan en afanes de este siglo, en riquezas y placeres de la vida, ahógase y no reporta fruto.

Mas la que cayó en buena tierra, éstos son los que, oyendo la palabra con corazón bueno y perfecto, sólo informado de las cosas de Dios y de la fe, fuerte y generoso, la retienen meditándola y, perseverando, aplicándola con constancia como regla de su vida, dan fruto, de buenas obras: uno el treinta, otro el sesenta, otro el ciento por uno, según la proporción de sus buenas disposiciones.

Terminada la explicación de la parábola, da Jesús los siguientes avisos a sus discípulos. Primero: Ellos serán la luz del mundo. La palabra de Dios es semilla, pero también es luz (Ps. 18, 9; 118, 105). Lo que les enseña Jesús a sus dis-

cupulos no es para ellos solos, sino que la luz que reciben ahora deberán a su tiempo difundirla por el mundo. Lo que expresa el Señor con vivas metáforas: *Y decíales: Nadie enciende una antorcha, y la cubre con una vasija, o la pone debajo de la cama. La luz es necesaria en la casa, como lo es la verdad para el mundo: Sino sobre el candelero, para que los que entran vean la luz. Por ello, porque la verdad es luz, y porque los hombres necesitan de ella, ninguno de los misterios que ahora les da encerrados en parábolas deberá permanecer en la obscuridad; todo deberán manifestarlo al mundo: Pues no hay cosa escondida que no haya de ser manifestada ni oculta, que no haya de ser descubierta y hecha pública.*

Segundo aviso: siendo ello de tanta importancia, es preciso trabajen con ahinco en atender a las palabras que les dice: *Quien tenga oídos para oír, oiga;* y en aprender la doctrina: *Y les decía: Ved, pues, cómo oís.* El premio que recibirán de su atención y cuidado en rumiar la palabra de Dios y ser iluminados por su luz, será equivalente, y con creces, en aprovechamiento en orden a la vida del espíritu: *Con la medida que midieris se os medirá, y con creces.* En esto, como en las riquezas, como en el logro de las virtudes, ocurre que cuanto más se tiene, más se gana: los ricos se enriquecen más; los pobres fácilmente pierden hasta lo poco que tienen: *Porque a aquel que tiene, le será dado: y al que no tiene aun aquello que piensa tener, le será quitado.*

Lecciones morales. — A) v. 3, Mt. — *Y hablóles muchas cosas por parábolas...* — Jesús empieza a utilizar el procedimiento pedagógico de las parábolas cuando la claridad en el lenguaje hubiese expuesto a peligro de esterilidad su doctrina, y quizás su misma persona hubiera sufrido quebranto por el odio de los poderosos del pueblo judío. En lo cual nos da ejemplo de las conveniencias que en la predicación de la palabra de Dios debemos guardar, lo mismo que en las exhortaciones y consejos, etc. Nuestra regla debe ser el prudente oportunismo, pesando bien las circunstancias de lugar, tiempo, personas, probabilidades de éxito y fracaso, etc. No siempre y a todos se puede decir todo, ni se puede decir de la misma manera a todos.

B) v. 5. — *Salió el sembrador a sembrar su simiente...* — A nadie mejor puede aplicarse el título de sembrador que al Hijo de Dios, dice San Beda, que estando en el seno del Padre, adonde no puede tener acceso criatura alguna, vino a la tierra para dar testimonio de la verdad. Y con razón se dice que salió, añade el Crisóstomo, el que está en todas partes, porque vistió nuestra carne para llegarse hasta nosotros, que estábamos fuera de Dios, como condenados por rebeldes contra el Rey. Y queriendo reconciliarnos, vino a nosotros para hacernos oír su palabra y por ella llevarnos a Dios. ¡Cuán grande aparece con esto la palabra de Dios!

c) v. 8. — *Diciendo estas cosas, gritaba: Quien tenga oídos, para oír, oiga.* — Oír, dice San Basilio, corresponde aquí al entendimiento; y este grito de Jesús, a nuestro entendimiento se dirige, para que prestemos atención a lo que nos enseña y lo meditemos en nuestro interior. Pero clama Jesús, y nosotros hacemos el sordo en el secreto de nuestra alma. Las conveniencias, las pasiones, el ruido del mundo, el endurecimiento del corazón, no nos dejan oír la voz, amable y recia a un tiempo, del divino Maestro. "Hoy, si oímos la voz de Dios, no endurezcamos nuestro corazón" (Ps. 94, 8).

D) v. 11, Mt. — *A vosotros os es dado saber el misterio...* — El Señor se dignó exponer lo que decía, según San Gregorio, para que aprendamos nosotros a buscar el sentido de lo que por sí mismo no quiso explicar. Por ello será siempre de un valor insustituible todo comentario legítimo que se haga de la palabra del divino Maestro. Y es legítimo todo comentario que discurre por el cauce de la tradición. En este caso, podríamos considerar el comentario como un resonador de la palabra misma de Jesús y una ampliación de los divinos conceptos. Por ello es de tanto valor cristiano, en el orden doctrinal y moral, la exposición secular que de los Evangelios nos ha dado la santa Iglesia.

E) v. 15. — *Mas la que cayó en buena tierra...* — Nuestro corazón debe ser tierra buena, que reciba con amor toda semilla de la palabra de Dios: lecturas, sermones, consejos, ejemplos. Tierra humedecida por la gracia de Dios que la penetre sin resistencias. Tierra solcada por el amor de Dios: labrada y abonada con el cuidado perseverante; vigilada de todo ladrón que pudiera arrebatarse el fruto, la vanidad, la codicia, las malas concupiscencias; guardada de todos los enemigos de dentro: resistencias, endurecimiento, excesivos cuidados, representados por

las rocas y espinas, y por los de fuera, el mundo y el demonio, figurados por las aves del cielo.

F) v. 18. — *Ved, pues, cómo oís.* — Aplicaos con toda fuerza a la palabra que oís, dice San Beda; porque a quien tiene el amor de la palabra, se le dará también sentido para comprender lo que ama. Pero el que no tiene el amor de la palabra, aunque esté dotado de ingenio natural o literario, no podrá gozarse en la dulzura de la verdadera sabiduría.

65. — PARABOLA DE LA SEMILLA QUE FRUCTIFICA ESPONTANEAMENTE: Mc. 4, 26-29; DE LA CIZAÑA Mt. 13, 24-30; 36-43

**Evangelio de la Dominica 5.^a después de la Epifanía
(vv. 24-30 de Mt.)**

^{mc 26} Decía también: Tal es el reino de Dios, como si un hombre echa la semilla sobre la tierra. ²⁷ y que duerme, y se levanta de noche y de día: y la semilla brota y crece sin que él lo advierta. ²⁸ Porque la tierra de suyo da fruto, primeramente hierba, después espiga, y por último grano lleno en la espiga. ²⁹ Y cuando el fruto está maduro, luego echa la hoz, porque ya es la siega.

³⁰ Otra parábola les propuso, diciendo: Semejante es el reino de los cielos a un hombre que sembró buena simiente en su campo. ³¹ Y mientras dormían los hombres, vino su enemigo, y sembró encima cizaña en medio del trigo, y se fué. ³² Y después que creció la hierba, e hizo fruto, apareció también entonces la cizaña. ³³ Y llegando los siervos del padre de familias, le dijeron: Señor, ¿por ventura no sembraste buena simiente en tu campo? Pues, ¿de dónde tiene cizaña? ³⁴ Y les dijo: Hombre enemigo hizo esto. Y le dijeron los siervos: ¿Quieres que vayamos y la cojamos? ³⁵ No, les respondió; no sea que, cogiendo la cizaña, arranquéis con ella también el trigo. ³⁶ Dejad crecer lo uno y lo otro hasta la siega, y en el tiempo de la siega diré a los segadores: Coged primeramente la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; mas el trigo recogedlo en mi granero.

³⁷ Entonces, despedidas las gentes, se fué a casa: y llegándose a él sus discípulos, le dijeron: Explicanos la parábola de la cizaña del campo. ³⁸ El les respondió, y dijo: El que siembra la buena simiente es el Hijo del hombre. ³⁹ Y el campo es el mundo. Y la buena simiente son los hijos del reino. Y la cizaña son los

hijos de la iniquidad. ³⁹ Y el enemigo que la sembró es el diablo. Y la siega es la consumación del siglo. Y los segadores son los ángeles. ⁴⁰ Por manera que así como es cogida la cizaña y quemada en el fuego, así será en la consumación del tiempo. ⁴¹ Enviará el Hijo del hombre sus ángeles, y cogerán de su reino todos los escándalos, y a los que obran iniquidad. ⁴² Y los echarán en el horno del fuego. Allí será el llanto y el crujir de dientes. ⁴³ Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, oiga.

Explicación. — Sólo Mc. nos refiere la bella parábola de la semilla que crece sin cuidados. También la parábola de la cizaña nos la da solamente Mt. Entre la proposición de la parábola y su explicación, se intercalan otras dos (vv. 31-35), la del grano de mostaza y la de la levadura, con una reflexión del evangelista. Para no truncar la parábola dejamos estos versículos para el siguiente número.

LA SEMILLA QUE ESPONTÁNEAMENTE FRUCTIFICA (Mc. 26-29). — *Decía también*, siguiendo la serie de parábolas comenzada: *Tal es el reino de Dios*, el reino mesiánico, la Iglesia, comienzos, propagación, etc., *como si un hombre echa la semilla sobre la tierra*, es decir, sucede con el reino de Dios como le sucede a un hombre que ha sembrado su semilla. Luego que la ha sembrado, ya no se preocupa de ella: descansa por la noche, se levanta con el día para sus quehaceres, y sin que advierta el modo cómo la semilla se desarrolla, ésta germina y crece: *Y que duerme, y se levanta de noche y de día: y la semilla brota y crece sin que él lo advierta*. La razón está en la misteriosa fecundidad de la tierra, que da a la semilla su natural evolución, hasta llevarla a la madurez del fruto: *Porque la tierra de suyo da fruto, primeramente hierba, después espiga, y por último grano lleno en la espiga*. Y aquel hombre que echó la simiente, llegada la madurez, no tiene más que meter la hoz para recoger el fruto: *Y cuando el fruto está maduro, luego echa la hoz, porque ya es la siega*.

El sentido de la parábola es profundo. Es Jesús el hombre que sembró la semilla, viniendo en carne mortal al mundo para sembrar su doctrina y fundar su Iglesia. Volvió al cielo

el día de su ascensión, figurándose con ello la despreocupación del Sembrador, que parece no cuidar de su siembra. Esta se ha desarrollado maravillosamente: es la Iglesia, que se ha extendido por todo el mundo, y ha crecido y se ha organizado como una institución que no tiene igual. El mismo divino Sembrador vendrá el día del juicio, personalmente, para recoger los frutos producidos en los siglos por la semilla que echó en nuestra tierra.

LA CIZAÑA: PROPOSICIÓN (Mt. 24-30). — Siguen las parábolas tomadas de la agricultura, y en particular de la siembra, formando un conjunto literario en que se refleja todo un sistema histórico y moral. En la primera del sembrador, se ha hecho ver la relación entre la semilla y las diversas clases de almas que la reciben; en la segunda, la fuerza íntima de la semilla; en esta tercera, se la pone en relación con la mala semilla: *Otra parábola les propuso, diciendo...*

Sucede en el reino de los cielos, en la Iglesia, lo que pasa en un campo en que el hombre ha sembrado buena semilla: *Semejante es el reino de los cielos a un hombre que sembró buena simiente en su campo. Por la noche, y mientras dormían los hombres, vino su enemigo, y sembró encima la cizaña en medio del trigo, y se fué. Alguna vez, particularmente en Oriente, el odio se manifiesta en esta forma de venganza: a favor de la obscuridad de la noche y en ausencia del dueño su enemigo echa cautelosamente mala semilla en el sembrado para inutilizar la cosecha. Y después que creció la hierba, e hizo fruto, apareció también entonces la cizaña; es ésta el *loium temulentum*, de los naturalistas, casi idéntico al trigo mientras ambos están en hierba, pero que se distinguen perfectamente así que echan espiga. La cizaña, mezclada con la harina de trigo en el pan puede llegar a producir cierta intoxicación que se revela por náuseas, vértigos, etc., semejantes a los que produce la embriaguez.*

Asombrados quedaron los siervos del dueño del campo cuando apareció la cizaña mezclada con el trigo. Al retorno del campo cuentan lo sucedido: *Y llegando los siervos del padre de familias, le dijeron: Señor, ¿por ventura no sembras-*

te buena simiente en tu campo? Pues, ¿de dónde tiene cizaña? El propietario comprende la venganza de que ha sido víctima: Y les dijo: Hombre enemigo hizo esto. Préstanse generosamente los siervos al trabajo de arrancar la cizaña; pero ésta tiene sus raíces entreteladas con las del trigo; arrancando la mala hierba seguirá la buena: Y le dijeron los siervos: ¿Quieres que vayamos y la cojamos? No, les respondió; no sea que, cogiendo la cizaña, arranquéis con ella también el trigo. Y dando a sus trabajadores un consejo en que se encierra la principal lección de la parábola, les dice: Dejad crecer lo uno y lo otro hasta la siega, y en el tiempo de la siega diré a los segadores: Coged primeramente la cizaña, y atadla en manojos para quemarla: mas el trigo recogedlo en mi granero.

EXPLICACIÓN DE LA PARÁBOLA (36-43). — Cesó Jesús de hablar desde la barca, se retiraron las turbas de la playa, y el Maestro se retiró a la casa de donde había salido para dirigirse al mar: *Entonces, despedidas las gentes, se fué a casa; y a solas, sin el tumulto de las multitudes, le piden los discípulos les explique la parábola de la cizaña, en la que se encierra uno de los más difíciles problemas de la vida de la Iglesia y de la economía de Dios en su gobierno: Y llegándose a él sus discípulos, le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña del campo.*

Jesús accede, vaciando en sus discípulos la doctrina que deberán explicar al mundo. Su explicación es concisa; ni siquiera toca aquellos puntos que ya aparecen con claridad en la proposición de la parábola: *Él les respondió, y dijo: El que siembra la buena simiente es el Hijo del hombre, el mismo Jesús. Y el campo es el mundo, en toda su amplitud, en toda su duración. Y la buena simiente son los hijos del reino, los ciudadanos del reino mesiánico. Y la cizaña son los hijos de la iniquidad, los seguidores del mal, en el orden de la doctrina y de la vida. Y el enemigo que la sembró es el diablo, enemigo de Jesús y de los que le siguen. Y la siega es la consumación del siglo, el fin del mundo, al que seguirá el juicio final, en que serán separados los buenos de los malos.*

Y los segadores son los ángeles, con lo cuales vendrá el Hijo del hombre a juzgar al mundo (Mt. 24, 31; 1 Thess. 4, 15). Como en el campo se separa la cizaña del trigo y es quemada, así el día del juicio: Por manera que así como es cogida la cizaña y quemada en el fuego, así será en la consumación del tiempo. Ministros de la justicia del Hijo del hombre serán los ángeles que recogerán, de todos los siglos, a aquellos que hayan sido ocasión de ruina a los demás por su mala vida: Enviará el Hijo del hombre sus ángeles, y cogerán de su reino todos los escándalos. También recogerán a todos los infractores de la ley y de las normas del bien vivir, porque fueron estímulo al pecado de los demás: Y a los que obran iniquidad. La sanción será tremenda: Y los echarán en el horno del fuego, en el infierno (Luc. 16, 24; Apoc. 19, 20); es lugar de gran dolor y tormento: Allí será el llanto y el crujir de dientes. En cambio, Jesucristo ofrecerá a su Padre, el último día del mundo, a sus hijos que para él ha conquistado (1 Cor. 15, 24), los cuales brillarán como el sol en el reino del cielo; el fulgor es imagen de la gloria, de la felicidad: Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. Termina Jesús encargando a sus discípulos se fijen mucho en lo que acaba de enseñarles: El que tiene oídos para oír, oiga.

Lecciones morales. — A) Mc. v. 28. — *Porque la tierra de suyo da fruto...* — Esta tierra, dice el Crisóstomo, es nuestra libre voluntad; porque no todo lo hace el Señor en la obra de nuestra salvación, sino que la confía a nuestra libertad, a fin de que la obra sea espontánea. Es verdad que sin Dios nada podemos hacer en el orden sobrenatural, pero también es cierto que Dios no nos salvará sin nuestra libre cooperación. El fruto de la vida eterna es de la semilla y de la tierra, de Dios y del hombre.

B) Mt. v. 25. — *Vino su enemigo, y sembró encima cizaña en medio del trigo.* — Durmiéronse los hombres, dice San Agustín, sean los prelados de la Iglesia por su negligencia, sean los mismos Apóstoles cuando murieron. Y vino el hombre enemigo, el diablo, o del partido del diablo, herejes, cismáticos, maestros de iniquidad o de doctrinas perversas, escandalosos, y sembraron entre el trigo la cizaña. Y se fueron, se escondieron, porque suelen los malos

valerse de la astucia para engañar a los buenos. ¿Somos propietarios, o simples trabajadores, del campo del gran Padre de familias? No nos durmamos, que el hombre enemigo no duerme, y la responsabilidad del reposo culpable es enorme. ¿Somos tal vez colaboradores del hombre enemigo, sembrando la cizaña, con palabras o acciones? Entonces temamos, porque Dios es celoso de su campo y será implacable en la cuenta que nos exija por el perjuicio causado.

c) v. 28. — *Hombre enemigo hizo esto...* — El diablo es enemigo de Dios. El mal nos lo hace a nosotros, dice el Crisóstomo; pero la intención, el principio del vejamen, deriva del odio que tiene contra Dios. Esto puede sernos de gran consuelo y de estímulo a la lucha cuando nos incite el demonio al mal; porque sabe Dios que el ataque va contra él, contra su reino, contra su gloria, y no nos faltará en el socorro, si nosotros sabemos decirle: "Mira, y óyeme, Dios mío, no sea que prevalezca contra mí mi enemigo, que es tu enemigo" (Ps. 12,5).

d) v. 28.29. — *¿Quieres que la cojamos? No: no sea que arranquéis con ella el trigo.* — A veces no se puede arrancar la cizaña, dice San Agustín, por el peligro que los mismos buenos correrían. Pero cuando no hay este peligro, porque hay completa seguridad del trigo, entonces que no duerma la severidad de la disciplina. Vale entonces el aforismo de San Pablo: "Sacad el mal de en medio de vosotros, porque un poco de levadura corrompe toda la masa" (1 Cor. 5, 6.13).

e) v. 41. — *Y cogerán de su reino todos los escándalos.* — Será el día de la gran purificación del mundo. Hoy es necesario que haya males; el hombre es una fuente de pecado que no cesa de manar; pero la divina misericordia hace que muchos hombres puedan purificarse de sus pecados por su propia libertad, ayudada de la gracia de Dios. Todo lo que no sea purificado libremente, lo será forzosamente por la justicia de Dios en el fin del mundo. No dice el texto "los escándalos que fueron" y "los que hicieron el pecado", sino "los que lo hacen", dice Rábano Mauro; los que llegaron al fin de su vida sin arrancar sus cizañas, con las que se presentarán ante Dios. Ellos mismos serán cizaña, que quemará para siempre en el horno del infierno.

66. — PARABOLAS DEL GRANO DE MOSTAZA
Y DE LA LEVADURA: Mt. 13, 31-35
(Mc. 4, 30-34; Lc. 13, 18-21)

Evangelio de la Dominica 6.^a de la Epifanía

³¹ Otra parábola les propuso, diciendo: ^L *¿A qué se parece el Reino de los cielos? ¿Con qué lo compararé?* Semejante es el Reino de los cielos a un grano de mostaza, que tomó un hombre y sembró en su campo. ³² Esta es, en verdad, la menor de todas las simientes ^{Mc} *de la tierra*: pero que después que crece, es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol ^{Mc} *y echa ramas grandes*, de modo que las aves del cielo vienen a posar en sus ramas, ^{Mc} *bajo su sombra*.

³³ Les dijo otra parábola. ^L *¿A qué compararé el Reino de Dios?* Semejante es el Reino de los cielos a la levadura que toma una mujer, y la esconde en tres medidas de harina, hasta que toda queda fermentada.

³⁴ Todas estas cosas habló Jesús al pueblo por parábolas, ^{Mc} *conforme a lo que podían oír*: y no les hablaba sin parábolas. ³⁵ Para que se cumpliese lo que había dicho el profeta, que dice: Abriré en parábolas mi boca: rebosaré cosas escondidas desde el establecimiento del mundo. ^{Mc} *Mas cuando estaba aparte con sus discípulos les declaraba todo*.

PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA (31.32). — Al introducir a Jesús proponiendo esta parábola, Mt. usa una transición sencillamente narrativa: *Otra parábola les propuso, diciendo...* Mc. y Lc. empiezan por una pregunta o cuestión previa, especie de adivinanza para excitar la atención de los oyentes: *¿A qué se parece el Reino de los cielos? ¿Con qué lo compararé?* Y sigue la proposición de la parábola: *Semejante es el Reino de los cielos a un grano de mostaza*. El objeto de la parábola es demostrar la fuerza expansiva de la semilla del reino de Dios que trajo al mundo Jesús. Si de esta semilla sólo se salva una parte, según la primera parábola, y aun ésta se verá mezclada con mala semilla, según la parábola de la cizaña: ¿qué va a quedar del reino de Dios? Con esta parábola quita Jesús todo temor: la fuerza de la

semilla es inmensa, y vencerá todos los obstáculos, aunque aparezca pequeña.

La mostaza, *synapis nigra* en botánica, ha sido siempre cultivada en los jardines de la Palestina por sus cualidades terapéuticas: *Que tomó un hombre y sembró en su campo.* El grano de mostaza es insignificante; cuando los rabinos querían indicar una cosa mínima la comparaban al grano de mostaza: *Ésta es, en verdad, la menor de todas las simientes de la tierra.* Representa a Jesús, que el Padre envió al campo del mundo en figura de siervo, "oprobio de los hombres y desprecio de la plebe" (Ps. 21, 7). Representa también a los apóstoles y discípulos, pobres, ignorantes, que eligió Jesús para su obra.

En la Palestina llega la mostaza a crecer hasta tres metros. "En España, dice nuestro Maldonado, he visto muchas veces utilizar la mostaza en lugar de leña para calentar grandes hornos"; de modo que supera la talla de todas las legumbres y hortalizas: *Pero que después que crece, es mayor que todas las legumbres.* Son golosas las aves de la semilla de este arbusto, y se posan en sus ramas para comerla: *Y se hace árbol y echa ramas grandes, de modo que las aves del cielo vienen a posar en sus ramas, bajo su sombra.* Representan estas avecillas las gentes de todo el mundo que vienen a posarse en el árbol de la Iglesia, para recibir sus beneficios.

Como Cristo, cabeza del reino de los cielos, los apóstoles, la doctrina, la gracia, las instituciones, todo pertenece al mismo reino, de todo ello puede entenderse la parábola del grano de mostaza. No hay más que fijarse en la historia de la Iglesia para comprender la realidad de la fuerza que llevan en sus entrañas las cosas que trajo el Hijo de Dios al mundo.

PARÁBOLA DE LA LEVADURA (33). — Como en la del grano de mostaza se manifiesta la fuerza expansiva del reino de Dios, así en esta de la levadura se revela su eficacia íntima para la restauración de todas las cosas.

Les dijo otra parábola. Mientras los oyentes quedarían pensativos, preguntándose la significación espiritual del grano de

mostaza, despierta de nuevo Jesús su atención, reiterando la pregunta: *¿A qué compararé el Reino de Dios?* Ahora lo compara a la levadura; no es inverosímil diese lugar a esta comparación la presencia de alguna mujer que viniera de amasar el pan: *Semejante es el Reino de los cielos a la levadura. La levadura es un fermento, una vida microscópica que se desarrolla rápidamente en un medio adecuado, invadiéndolo todo y comunicándole determinadas propiedades. Donde no hay tahonas, la mujer casera es la que cuida, como ocupación doméstica que es, de esconder la levadura en la masa de harina para que fermente: es el pan fermentado el de uso más común: Que toma una mujer, y la esconde en tres medidas de harina, hasta que toda queda fermentada.* La "medida", *satum*, equivalía a unos trece litros; se indican tres medidas, porque en la narración paratábica es más conveniente el número fijo que el indeterminado. Aunque se ha dado al número tres en este pasaje gran multitud de interpretaciones místicas, parece que lo usó Jesús porque en la historia del A. T. ocurre tres veces mención de esta medida (Gen. 18, 6; Jud. 6, 19; 1 Reg. 1, 24); de donde parece inferirse que para elaborar el pan en los convites solemnes se empleaba esta medida de harina.

Es aptísima esta parábola para representar los efectos producidos por el Evangelio del reino de Dios en el mundo. Por él todo ha sido transformado, en la vida privada y pública, leyes, instituciones, costumbres, la misma ciencia en lo que tiene de fundamental y perenne; todo ha recibido como una coloración divina, porque todo ha sido levantado a las regiones de Dios. Son numerosas las aplicaciones que de esta parábola pueden hacerse, ya por parte de la levadura, analizando cada uno de los elementos de fuerza divina de la misma: la palabra de Dios, la gracia, los sacramentos, las leyes eclesiásticas, los ejemplos de los santos, etc.; ya por parte de lo que pueda ser influenciado por la levadura, en el orden individual, doméstico, social, en la vida religiosa, en toda sucesión de instituciones, etc.

LA PREDICACIÓN POR PARÁBOLAS (34.35). — El primero y

segundo evangelistas, al llegar aquí, después de las cinco primeras parábolas, y antes de las tres que faltan de este grupo, hacen una reflexión: *Todas estas cosas habló Jesús al pueblo por parábolas*, se entiende por aquel tiempo. Correspondía, según nota Mc., este género de predicación al estado de preparación de las multitudes. Les proponía la doctrina con muchas parábolas como éstas, *conforme a lo que podían oír: y no les hablaba sin parábolas*: era el nuevo método que había adoptado por razón de las circunstancias, según ya hemos indicado. De esta suerte se realizaba la profecía (Ps. 77, 2): *Para que se cumpliese lo que había dicho el profeta, que dice: Abriré en parábolas mi boca: rebosaré cosas escondidas desde el establecimiento del mundo*. Con todo, a sus discípulos, a solas, les revelaba todo el contenido de las parábolas propuestas a las multitudes: *Mas cuando estaba aparte con sus discípulos les declaraba todo*.

Lecciones morales. — A) v. 31. — *Semejante es el Reino de los cielos a un grano de mostaza...* — El reino de los cielos, dice San Jerónimo, es la predicación del Evangelio y el conocimiento de las Escrituras, que lleva a la vida. El grano de mostaza es, dice San Agustín, el ardiente revulsivo de la fe, que expele todos los venenos, es decir, todos los dogmas perversos. Que no se desvirtúe en nosotros este principio de vida; es lo único que puede salvar nuestras almas. En las Escrituras, especialmente en los Evangelios, en las enseñanzas de la Iglesia, debemos buscar el alimento de la fe, la acritud natural de este grano de mostaza.

B) v. 32. — *Es la menor de todas las simientes...* — La predicación del Evangelio es la menor de todas las enseñanzas, dice San Jerónimo; porque ni siquiera parece pueda ser verdad lo que es fundamental en el Evangelio, a saber: “un Dios hecho hombre”, “un Dios muerto”. Compárese esta doctrina con las aserciones de los filósofos y de sus libros, con el esplendor de la elocuencia y la exquisitez de los discursos, y se verá cuánto menor que las demás semillas es la semilla del Evangelio. Sin embargo, el Evangelio ha derrotado la sabiduría de los sabios, no habiendo ya verdadera sabiduría si no construye sobre la base incommovible y eterna del Evangelio.

C) v. 33. — *Semejante es el Reino de los cielos a la levadu-*

ra... — La levadura es la caridad, que es la máxima perfección del reino de los cielos acá en el mundo y en la eternidad; en el cielo no hay más que caridad. Escondida la caridad dentro de nosotros, de tal manera debe crecer, dice Rábano Mauro, que no pare hasta que transforme en sí todo lo de la vida. Por esto la mujer casera, que somos cada uno de nosotros, escondemos este divino fermento en las tres medidas de harina, que son la mente, la voluntad y el corazón, que representan toda nuestra actividad, "hasta que todo quede fermentado".

D) v. 34. — *Y no les hablaba sin parábolas.* — Puede entenderse de dos maneras esta afirmación: o bien que en aquel tiempo en que Jesús propuso esta serie de parábolas no les hablaba más que en esta forma velada; o bien que nunca, ni cuando la predicación de Jesús, era más clara y propia dejó de utilizar la parábola, es decir, la figura, la comparación, la metáfora, la alegoría, etc. Ambas interpretaciones son legítimas, y revelan la suma caridad de Jesús en su pedagogía: en lo primero, porque a pesar de las malas disposiciones del pueblo y del odio de sus enemigos, Jesús no deja de cumplir su oficio de predicador, haciéndolo en la forma que puede, y explicando luego a solas a sus discípulos lo que no ha podido decir con claridad a las turbas; en lo segundo, porque este lenguaje concreto y sensible de la parábola, tomada en su sentido general de locución figurada, es el más apto para la educación del pueblo, que difícilmente se aviene a las fórmulas abstractas del decir. Es Dios que se abaja hasta lo más bajo del hombre, dando en esta forma suavísima la leche racional de su doctrina.

67. — PARABOLAS DEL TESORO, DE LA MARGARITA Y DE LA RED CONCLUSION: MT. 13, 44-52

Léase este fragmento en la Misa de la fiesta de Santa Ana

"Semejante es el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo, que cuando lo halla un hombre, lo esconde: y por el gozo de ello, va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo.

"Asimismo es semejante el reino de los cielos a un hombre negociante, que busca buenas perlas. "Y habiendo hallado una de gran precio, fué y vendió cuanto tenía, y la compró.

"También es semejante el reino de los cielos a una red, echada al mar y que allega todo género de peces. "Y cuando está

llena, la sacan a la orilla, y, sentados allí, escogen los buenos, y los meten en vasijas, y echan fuera los malos. "Así será al fin del mundo: saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, "y los arrojarán en el horno del fuego: allí será el llanto, y el crujir de dientes.

⁶¹ ¿Habéis entendido todas estas cosas? Ellos dijeron: Sí. ⁶² Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos, es semejante a un padre de familias, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.

Explicación. — Sólo Mt. tiene estas tres parábolas. Las dos primeras tienen por objeto poner de relieve el bien incomparable que es el reino de los cielos, para cuyo logro todo debe sacrificarse. La tercera, de la red, semejante a la de la cizaña, explica el porqué de la convivencia de buenos y malos en la Iglesia, y da idea de la universalidad de la misma.

EL TESORO ESCONDIDO (44). — Compárase el reino de los cielos a un tesoro, es decir, a un cúmulo, de valor inestimable, de oro o plata o de cualquier otro metal precioso: mayor que todo ello es el reino de los cielos, que es la posesión de la verdadera sabiduría, "mucho más preciosa que todas las riquezas" (Prov. 3, 15), porque es la posesión de Dios, en el tiempo y en la eternidad. En el campo del mundo está escondido este tesoro; a él lo trajo el Hijo de Dios, y unos no lo conocen, ni siquiera saben exista, y otros que lo saben, no hacen caso de él: *Semjante es el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo.*

Puede este tesoro ser hallado como inopinadamente: tal le sucedió a Saulo, y les sucede a muchos conversos, y aun a muchos cristianos distraídos que, sin saber cómo, se dan cuenta de la riqueza del reino de Dios; y al hallarlo, para que no se les escape la oportunidad de adquirirlo, guardan y aprovechan con solicitud la gracia que se les ha hecho: *Que cuando lo halla un hombre, lo esconde.* Tanto es el gozo del tesoro hallado, que renuncia a todo y lo sacrifica todo para adquirirlo; bien vale la posesión de Dios y de su reino las mezquinas cosas de la tierra: *Y por el gozo de ello va, y vende quan-*

te tiene, y compra aquel campo. Así se hace dueño del tesoro, y no tiene que dividirlo con el propietario.

Nótese que para los fines de la parábola no se emite juicio sobre la legitimidad de la compra del campo en que positivamente se sabe hay un tesoro, ignorándolo el dueño. Tampoco en la parábola del mal administrador (Lc. 16, 8) se alaba todo cuanto hizo en la administración. Por lo demás, prescribía la ley en la Mischna que si alguien daba o recibía frutos y entre ellos había monedas, éstas pertenecían a quien recibía la mercancía.

EL NEGOCIANTE DE PERLAS (45.46). — Ya no se trata aquí del que inopinadamente halla un tesoro, sino de quien lo busca con diligencia, para significar que muchos se hacen con el reino de los cielos porque lo buscan con ardor: *Asimismo es semejante el reino de los cielos a un hombre negociante, que busca buenas perlas.* La mejor de todas es el reino de los cielos. Es lo único que puede llenar al hombre, porque es lo único para que ha sido criado. Quien llega a convencerse de ello da gustoso todo lo que tiene, porque poco es todo el mundo en comparación de este reino, y nada son las cosas efímeras de la vida si se comparan con las eternas: *Y habiendo hallado una de gran precio, fué y vendió cuanto tenía, y la compró.*

En ambas parábolas el reino de los cielos puede decirse de todo lo que contiene: Cristo, las Escrituras divinas, la gracia, la doctrina evangélica, etc.

LA RED DEL ARRASTRE (47-50). — No basta pertenecer al reino de los cielos, sino que es preciso ser buenos ciudadanos del mismo en el tiempo, para que no seamos excluidos de él en la eternidad. *También es semejante el reino de los cielos a una red, echada al mar y que allega todo género de peces.* Se trata de una de estas redes de arrastre que se echan en alta mar y luego se traen los cabos a la playa: tírase de los cabos, mientras la red se acerca a tierra barriendo los peces que halla por el camino, y recogiénolos todos, buenos y malos de comer; empléase aún este procedimiento en el mar de Galilea: *Y cuando está llena, la sacan a la orilla, y, sentados allí esco-*

gen los buenos, y los meten en vasijas, y echan fuera los malos. Es una escena pintoresca que todos hemos contemplado. El mar es el mundo; la red, la Iglesia; los peces, los hombres, buenos y malos; la orilla es el fin del tiempo, las playas de la eternidad; los ángeles serán los ministros de Dios, que harán la selección de los hombres buenos y malos: Así será el final del mundo: saldrán los ángeles, y apartarán los malos de entre los justos, que serán llevados a los eternos tabernáculos. Los malos no sólo serán excluidos del reino de los cielos, sino arrojados al infierno: Y los arrojarán en el horno del fuego: allí será el llanto, y el crujir de dientes.

CONCLUSIÓN DE LAS PARÁBOLAS (51.52). — Con la natural satisfacción del pedagogo que ve el aprovechamiento del discípulo, Jesús les pregunta a los suyos: *¿Habéis entendido todas estas cosas?* Y, con la gratitud natural de quienes han merecido se les revelaran los misterios del reino de Dios, *ellos dijeron: Sí.* Jesús repuso, indicándoles ya los futuros deberes de su ministerio: *Y les dijo: Por eso todo escriba instruido en el reino de los cielos, es semejante a un padre de familias, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.* Como si dijera: Porque habéis sido constituídos doctores, por mí instruidos, en las cosas del reino de Dios, tenéis el deber de ser como el jefe de familia que tiene en su despensa guardados alimentos antiguos y nuevos y que los administra con oportunidad. Así debéis hacerlo con la abundancia de doctrina de toda suerte que habéis aprendido.

Lecciones morales. — A) v. 44. — *Semejante es el reino de los cielos a un tesoro...* — Este tesoro se halla gratuitamente, porque el Hijo de Dios lo trajo al mundo gratis y para todos, dice San Hilario. Pero su posesión no es gratuita, sino que debemos comprarlo, porque las celestiales riquezas no pueden obtenerse sin daño de las cosas temporales. Sacrifiquemos éstas para que podamos ser partícipes de la magnificencia de aquéllas.

B) v. 45. — *Es semejante el reino de los cielos a un hombre negociante.* — Dos cosas se exigen en la predicación del Evangelio: la separación de los negocios de esta vida y la vigilancia. La verdad es una, y no dividida, y por esto se dice hallada "una"

margarita. Y así como el que tiene una perla sabe que es rico, y los demás no lo saben, porque la pequeñez de la perla le consiente tenerla encerrada en la mano, así sucede en la predicción del Evangelio: los que creen, saben que son ricos; los infieles, que no conocen el valor de la perla, ignoran nuestras riquezas.

C) v. 47. — *Es semejante el reino de los cielos a una red...* — Parábola terrible llama el Crisóstomo a la de la red, en la que se recogen toda suerte de peces. Porque cosa terrible es creer que andamos bien, porque pertenecemos al reino de los cielos en la tierra, que es la Santa Iglesia, y luego nos hallemos excluidos del definitivo reino de los cielos, que es la gloria. No basta pertenecer al cuerpo de la Iglesia; es preciso pertenecer al alma de la misma, lo que se logra por la gracia y la caridad.

D) v. 51. — *¿Habéis entendido todas estas cosas?* — Jesús llama “escribas” a sus apóstoles, porque vienen a ser como “notarios del Salvador”, dice San Jerónimo: los cuales rubricaban sus palabras y preceptos en las tablas de carne de sus corazones. Por ello han venido a ser los fundamentos de la Santa Iglesia, porque no sólo son los legítimos depositarios de la divina doctrina, sino los inmediatos testigos y como los públicos instrumentos que dan fe de la predicación del Señor. Por ello la Iglesia se llama con razón “apostólica”.

PERIODO TERCERO

EN TIERRA DE GERASA

68. — LA TEMPESTAD CALMADA: Mt. 8, 18; 23-27
(Mc. 4, 35-40; Lc. 8, 22-25)

Evangelio de la Dominica 4.^a después de la Epifanía

¹Y aconteció que, ^{mc}aquel día, cuando había atardecido, ¹⁸viendo Jesús muchas gentes en derredor suyo, mandó ir al otro lado del mar. ²³Y entrando él en la barca, le siguieron sus discípulos. ^{mc}Y habiendo (los discípulos) dejado la gente, conduciendo, tal como estaba, en la barca: y le acompañaban otras barcas. ¹Mientras ellos navegaban, ^{mc}se levantó un gran torbellino de viento, ¹y la tempestad de viento bajó al lago. ²⁴Y he aquí que se alborotó grandemente el mar, de modo que las olas cubrían la barca, ^{mc}y la barca se llenaba, ¹y peligraban. Mas él dormía ^{mc}en la popa, sobre un cabezal. ²⁵Y se llegaron a él sus discípulos, y le despertaron, diciendo: ^{mc}¡Maestro! ¿No te importa que perezcamos? ¡Sálvanos, Señor, que perecemos! ¹¡Maestro, perecemos! ²⁶Dícele Jesús: ¿Por qué estáis temerosos, (hombres) de poca fe? Entonces, levantándose, mandó a los vientos y al mar, ^{mc}y dijo: ¡Calla! ¡Enmudece! Y cesó el viento y se hizo gran bonanza. ^{mc}Y les dijo: ¿Por qué sois tímidos? ¿Aun no tenéis fe? ¹¿Dónde está vuestra fe? ²⁷Y los hombres ^{mc}temieron con gran temor, y se maravillaron, diciendo ^{mc}uno al otro: ¿Quién ^{mc}piensas es éste, ¹que aun a los vientos y al mar manda, y los vientos y el mar le obedecen?

Explicación. — En la serie de parábolas que ha propuesto Jesús al pueblo relativas al Reino de Dios, siguiendo el nuevo procedimiento pedagógico adoptado para predicar la buena nueva, figuran la del grano de mostaza y la del fermento, que

tienen por objeto demostrar la fuerza íntima y el carácter expansivo de la palabra de Dios. Ahora va a demostrarles a sus discípulos, con un hecho portentoso, lo que puede una sola palabra de su boca. Así comprenderán cuánta es la energía de la palabra que les confía, al tiempo que, en la manifestación de su dominio sobre los elementos, verán que Dios añade al poder íntimo de su palabra, cuando así lo juzgue oportuno, el poder de su brazo omnipotente. Los tres sinópticos refieren el hecho de la tempestad calmada; el más completo es Mc., que da de él detalles preciosos, recibidos sin duda del Príncipe de los Apóstoles, de quien es evangelista y que era probablemente el patrón de la barca en que navegaba aquella noche Jesús con sus discípulos. Es uno de los relatos más emocionantes de los Evangelios.

Ocorre el hecho el mismo día en que Jesús había tenido, en la orilla occidental del lago de Genesaret, la copiosa predicción de las parábolas; al anochecer, puesto ya el sol y en el espacio de las tres horas que siguen al ocaso y que forman la primera vigilia de la noche entre los judíos: *Y aconteció que, aquel día, cuando había atardecido...* Jesús está cansado de la ruda labor de predicación y de emociones: ha disputado con escribas y fariseos, ha curado enfermos, ha predicado copiosamente. Siguenle todavía las turbas, agolpadas en torno suyo junto al mar. De improviso, manifiesta su propósito de pasar a la parte opuesta del lago; región menos poblada, le será más fácil el descanso, al tiempo que conocerán la Buena Nueva los de aquel país, donde cuenta pocos discípulos: *Viendo Jesús muchas gentes en derredor suyo, mandó ir al otro lado del mar.*

Desde la barca había explicado las parábolas al pueblo, congregado en la playa. Ahora, después que había tomado tierra y, en ausencia de las multitudes, ha explicado a sus discípulos los misterios contenidos en las parábolas propuestas; ante la nueva avalancha de gente, toma otra vez la barca, la que solía utilizar, tal vez una de las de Pedro, y tras él suben los discípulos, probablemente los Apóstoles solos: *Y entrando él en la barca, le siguieron sus discípulos.*

Improvisado como es el viaje, sin preparativos de ningún género, rápidamente, la tripulación despegó de tierra llevando a Jesús sin equipo de ropa, sin descansar, sin tomar aliento: *Y habiendo (los discípulos) dejado la gente, conduciendo, tal como estaba, en la barca.* Sea que regresaran a la orilla oriental de donde había venido la gente para oírle, o que los de la parte occidental quisieran acompañarle en el viaje, varias embarcaciones escoltaban la de Jesús: *Y le acompañaban otras barcas.*

Tiene el mar de Teberíades, en el lugar de la travesía que intenta Jesús, unos 12 kilómetros, y en ella debían invertirse normalmente unas tres horas. Pero *mientras ellos navegaban*, tranquilos mar y cielo, *se levantó un gran torbellino de viento*, que irrumpió de súbito de las regiones superiores, *y la tempestad de viento bajó al lago.* Este fenómeno meteorológico no es infrecuente en el mar de Tiberíades. La diferencia de temperatura entre el aire de su superficie, — 208 metros bajo el nivel del Mediterráneo — y el de las vecinas montañas de la parte del Septentrión, que se elevan en el gran Hermón a 2.800 metros, determina bruscamente furiosas corrientes atmosféricas que se precipitan por el boquete del Jordán, al noroeste del lago, cuyas olas se encrespan como las de un verdadero mar. Éste es ahora el efecto del torbellino: *Y he aquí que se alborotó grandemente el mar.* Son pequeñas y frágiles las embarcaciones pesqueras en el pequeño lago, *de modo que las olas cubrían la barca, y la barca se llenaba, y peligraban.*

Jesús, fatigado de la ruda labor del día, se durmió: *Mas él dormía*, en el "sitio del huésped", como llaman las gentes del país al lugar posterior de la barca, *en la popa*, donde es menor el movimiento de la nave; *sobre un cabezal*, que no falta nunca para sentarse los remeros, improvisado tal vez con las ropas de sus discípulos. Es el único pasaje de los Evangelios en que vemos al Señor dormido.

Azoráronse los discípulos. Avezados como estaban a los peligros de aquel pequeño mar, comprenderían que se trataba de una tormenta de violencia insólita. Por ello requirieron el

auxilio del Maestro, que tantas veces se había mostrado ante ellos poderoso taumaturgo: *Y se llegaron a él sus discípulos*, con alguna fe, porque creen en el poder de Jesús; con poca fe, porque temen que la barca se hunda con Jesús, el Mesías, y con ellos, que saben han sido elegidos para el apostolado en el reino mesiánico. *Y le despertaron, diciendo*, no sin alguna irreverencia, hija del miedo: *¡Maestro! ¿No te importa que perezcamos? ¿No te llega al alma que las olas nos traguen? ¡Sálvanos, Señor, que perecemos!*, gritan en la creciente angustia: *¡Maestro, perecemos!* Mt. le llama "Señor"; Mc., "Maestro"; Lc., "Preceptor", en el sentido de presidencia y mando: apelan los discípulos al poder de imperio de Jesús, con invocaciones breves, sentidas.

Díceles Jesús, verosímilmente reclinado aún a popa del barco: *¿Por qué estáis temerosos, (hombres) de poca fe*, que creéis en mi poder despierto y no en mi omnipotencia dormido? Y sigue una escena sublime. *Entonces*, calmada la tormenta en el corazón de los discípulos, *levantándose*, de pie en la popa del navío, con voz y gesto de imperio, *mandó a los vientos y al mar*, les increpó, *y dijo* al mar, alborotado y bramador: *¡Calla! ¡Enmudece!* El verbo griego que corresponde a "mandó" es el mismo que Dios, Yahvé, usa en el A. T. para imperar a la naturaleza rebelde. Nótese de paso que en este episodio se pone de relieve la doble naturaleza de Jesús: duerme como hombre y manda como Dios.

Los desencadenados torbellinos de la atmósfera y del abismo obedecieron a la voz de su Dios; y, contra lo que de ordinario sucede, que amainan las tempestades poco a poco, súbitamente *cesó el viento y se hizo gran bonanza*, quedando las aguas del mar como un espejo. De Mc. se colige que, calmada la tormenta, se dirigió otra vez Jesús a sus discípulos, reprendiéndolos, no porque le hubiesen despertado, sino por lo endeble de su fe: *Y les dijo: ¿Por qué sois tímidos, creyéndos perdidos, cuando yo estoy con vosotros? ¿Aun no tenéis fe*, después de tantos prodigios ante vosotros obrados? *¿Dónde está vuestra fe*, después de tantas exhortaciones y gracias?

Efecto natural del estupendo prodigio fué la admiración no sólo de los tripulantes de la nave de Jesús, sino de todos los hombres de la flotilla, que la tempestad había dispersado y que se juntarían otra vez, comentando el hecho: *Y los hombres temieron con gran temor, y se maravillaron.* No entendían todavía el misterio de aquel hombre extraordinario, que dormía como los demás hombres y que mandaba a la naturaleza como Dios, *diciendo uno al otro*, como buscando en la mutua intimidad el secreto de aquel Hombre y de su poder: *¿Quién piensas es éste, que aun a los vientos y al mar manda, y los vientos y el mar obedecen?*

Lecciones morales. — A) v. 23. — *Y entrando él en la barca, le siguieron sus discípulos.* — Los discípulos siguieron a Jesús para hacer con él la travesía del lago. Quiso Jesús por dos motivos, dice el Crisóstomo: para que no se amedrentaran en los peligros y para que sintieran moderadamente de sí en los honores. Permitió que estuvieran a punto de naufragar, a fin de que no se ensoberbecieran de haberlos tomado consigo Jesús, al dejar a los demás. Cuando se trataba de la contemplación de los milagros, consentía estuviesen presentes las multitudes: pero cuando se trató de temores y congojas, quiso sólo consigo a los que quería formar como otros tantos atletas para sojuzgar la tierra. Lo cual demuestra que los que siguen de cerca a Jesús deben siempre estar aparejados a toda suerte de trabajos; y los que le ayudan en la obra del apostolado deben confiar más en la fuerza de quien les envía que en sus cualidades personales y en la cuantía de su trabajo.

B) v. 24. — *Y he aquí que se alborotó grandemente el mar...* No se produjo esta tempestad por sí sola, dice Orígenes, sino que la suscitó el poder de Dios, que “saca los vientos de sus tesoros” (Ps. 134. 7). Hizo Dios una gran tempestad para hacer una grande obra. De donde debemos aprender que en la política de Dios, de grandes males se sacan grandes remedios, y que, como dice San Agustín, ha preferido Dios sacar bienes de los males a que no hubiese males en el mundo.

C) v. 24. — *Mas él dormía...* — Durmióse Jesús, dice el Crisóstomo, para dar lugar a que sus discípulos concibiesen el terror. Porque si hubiese estallado la tempestad estando él despierto, o no hubiesen temido, o no hubiesen orado, o quizás no

hubiesen creído que pudiese obrar tal prodigio. Aléjase a veces Dios de nosotros en la apariencia, para que en nuestro momentáneo abandono sintamos más nuestra profunda miseria y su gran poder: porque sin él nada somos, y esto lo comprendemos mejor cuando estamos sin él. Cuando urja la tentación, llamemos con voz apremiante a Dios, que venga a nuestro socorro; y El despertará, y nos salvará.

D) v. 26. — *Y se hizo gran bonanza.* — Es natural que quien es grande haga cosas grandes; por ello, quien antes había magníficamente conturbado el mar profundo, dice Orígenes, ahora manda de nuevo que se haga maravillosa bonanza, a fin de que los discípulos, excesivamente aterrados, magníficamente se alegraran. Esta grandeza de Dios, que toda criatura siente, debe dilatar nuestro espíritu, en la seguridad de que, quien tiene poder para sacudir nuestra vida, o consentir que fuerzas ajenas a nuestra voluntad la sacudan, es igualmente poderoso para apaciguar todos nuestros tormentos, y devolvernos una paz tan dulce como amarga ha sido nuestra conturbación.

E) v. 27. — *Y los hombres... se maravillaron.* — La navecilla es la Iglesia presente, en la cual Cristo atraviesa con sus discípulos el mar del mundo. Las aguas encrespadas son las persecuciones, que él calma siempre. La historia es elocuentísimo testimonio de este hecho. La Iglesia, siempre terriblemente combatida por toda suerte de enemigos, jamás zozobró; y a través de los siglos, entre alternativas de tormenta y de bonanza, conducirá a los hombres a las playas de la eternidad. Ello debe inspirarnos sentimientos de admiración y confianza.

69. — LOS ENDEMONIADOS DE GERASA: Mc. 5, 1-20 (Mt. 8, 28-34; Lc. 8, 26-30)

* Y pasaron a la otra orilla del mar, al territorio de los gerasenos. ¹ frente a la Galilea. * Y al salir (Jesús) de la barca a tierra, vino a él, de los sepulcros, un hombre poseído de un espíritu inmundo. ² ya de mucho tiempo atrás. * El cual ³ no se cubría con vestido, ni habitaba en casa, sino que tenía el domicilio en los sepulcros, y ni aun con cadenas le podía alguno atar. * Porque habiéndole atado muchas veces con grillos y con cadenas, había roto las cadenas y despedazado los grillos, y nadie le podía domar: ⁴ v. rotas las ligaduras, acosado del demonio, huía a los desiertos. * Y de día y de noche estaba continuamente

en los sepulcros y en los montes, dando gritos e hiriéndose con piedras. ⁹ Y, viendo a Jesús de lejos, corrió, ¹ *se postró ante él* y le adoró. ⁷ Y, clamando a voz en grito, dijo: ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? ⁸ *¿Viniste acá a atormentarnos antes de tiempo?* Te conjuro por Dios que no me atormentes. ⁹ Porque le decía: ¡Sal del hombre, espíritu in-mundo! ⁹ Y le preguntaba ¹ *Jesús*, diciendo: ¿Cuál es tu nombre? Y le dice: Legión es mi nombre, porque somos muchos. ¹ *Pues habían entrado en él muchos demonios.* ¹⁰ Y le rogaba mucho que no les echase fuera de aquella tierra, ¹ *que no les mandase ir al abismo.*

¹¹ Había en aquel lugar, ⁸ *no lejos de ellos*, pastando alrededor del monte, una gran piara de puercos. ¹² Y le rogaban los espíritus, diciendo: ⁸ *Si nos arrojas de aquí*, envíanos a los puercos, para que entremos en ellos. ¹³ Y Jesús al punto se lo permitió, ⁸ *y les dijo: Id;* y saliendo ¹ *del hombre* los espíritus in-mundos, ⁸ *he aquí que* entraron en los puercos: y ⁸ *toda* la piara se precipitó con grande ímpetu en el mar, como hasta dos mil, y se ahogaron en el mar.

¹⁴ Y los que los apacentaban huyeron, y contaron ⁸ *todo* en la ciudad y en los campos. Y salieron ⁸ *toda la ciudad al encuentro de Jesús*, a ver lo que había sucedido. ¹⁵ Y vienen a Jesús, y ven al que había sido atormentado del demonio sentado ¹ *a sus pies*, vestido y en su juicio cabal; y tuvieron miedo. ¹⁶ Y los que lo habían visto, les contaron todo el hecho como había acontecido al endemoniado. ¹ *cómo había sido librado de la legión*, y lo de los puercos. ¹⁷ Y comenzaron a rogarle. ¹ *toda la gente de la región de los gerasenos*, que se retirase de los términos de ellos; ¹ *porque estaban sobrecojidos de gran temor.* Y él subió a la barca y se volvió. ¹⁸ Y cuando entró en la barca comenzó a rogarle, el que había sido maltratado del demonio, que le dejase entrar con él. ¹⁹ Mas no se lo concedió, sino que le dijo: Vete a tu casa a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas te ha hecho el Señor, y la misericordia que contigo ha usado. ²⁰ Y se fué ¹ *por toda la ciudad*, y comenzó a contar en la Decápolis cuán grandes cosas le había hecho Jesús: y se maravillaron todos.

Explicación. — De las narraciones paralelas de los tres sinópticos, la de Mc. es más completa, bella y dramática. Una sencilla dificultad exegética ofrece este fragmento, y es que

Mt. habla de dos endemoniados; y los otros dos sinópticos, de uno solo. Esto será debido a que el demoníaco cuya historia se refiere aquí, y en el que se fijan especialmente Mc. y Lc., era hombre ilustre en aquella tierra; o era el más furioso de los dos posesos; o el que primero fué curado; o porque se empeñó, luego de serlo, en seguir a Jesús.

EL POSESO (1-10). — Aun supuesto el retraso que a los navegantes ocasionó la tormenta, sería poco más de la media noche cuando abordaron en la costa oriental del lago, probabilísimamente en la región en que se encuentran hoy las ruinas de Kersas, pequeña localidad descubierta en 1860, en la orilla oriental del lago de Genesaret, y frente de Tiberíades, en una altura. De esta ciudad recibirían los habitantes de aquel país el nombre de gerasenos: *Y pasaron a la otra orilla del mar, al territorio de los gerasenos, frente a la Galilea.* Son aquellas costas abruptas, llenas de precipicios, y tienen aún hoy sepuleros cavados en la dura piedra, o construídos en el interior de las cuevas, y los habría en aquel tiempo, como era costumbre, construídos en mampostería. Tenían bastante altura para que en ellos pudieran albergarse los hombres, leprosos o endemoniados, proscritos de las ciudades. En uno de estos sepuleros habitaba el poseso de este episodio, que salió al encuentro de Jesús, tan luego tomó tierra el Señor. Ama el demonio la muerte y sus lugares, porque es el autor de ella, y desde los sepuleros metía miedo en los hombres: *Y al salir (Jesús) de la barca a tierra, vino a él, de los sepulcros, un hombre poseído de un espíritu inmundo.* El infeliz tenía el demonio ya de mucho tiempo atrás, el cual no se cubría con vestido, ni habitaba en casa. Dice Mt. que eran dos los posesos: "Le vinieron al encuentro dos endemoniados, que salían de los sepuleros, fieros en tal manera, que ninguno podía pasar por aquel camino."

Pinta el evangelista con detalles horripilantes la fiera del endemoniado. Ya nadie podía acercarse a él, como antes, ni se le veía en poblado, *sino que tenía domicilio en los sepulcros, y ni aun con cadenas le podía alguno atar.* Cuando todavía no era tan fiero, se le podía meter mano y suje-

tarle a la fuerza; pero luego lo venció todo, rompiendo, con la tremenda fuerza del maligno espíritu que en él se manifestaba, toda suerte de ataduras: *Porque habiéndole atado muchas veces con grillos y con cadenas, en las manos y pies y cuerpo seguramente, había roto las cadenas y despedazado los grillos, y nadie le podía domar.* Abandonado a su propia furia, convertíase, bajo la acción maligna del demonio, en implacable enemigo de sí mismo, viviendo errante y en perpetuo frenesí: *Y, rotas las ligaduras, acosado del demonio, huía a los desiertos. Y de día y de noche estaba continuamente en los sepulcros, y en los montes, dando gritos e hiriéndose con piedras.*

Por esta su ferocidad, nadie se hubiese atrevido a cogerle por la violencia y llevarlo a Jesús; es el Señor quien misericordiosamente va al encuentro del poseso, y obliga con su poder al demonio a empujar al infeliz hacia él, corriendo, prosternándose ante él y adorándole: *Y, viendo a Jesús de lejos, corrió, se postró ante él y le adoró.* A la presencia de Jesús, se siente el demonio terriblemente atormentado; la suprema tortura le obliga a arrancar de la garganta del poseso un grito agudo de desesperación y de súplica: *Y, clamando a voz en grito, dijo: ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, hijo de Dios Altísimo? ¿Viniste acá, a la tierra, a atormentarnos antes de tiempo?, es decir, ¿nos obligarás ya a encerrarnos en los abismos infernales?* Y he aquí la súplica del demonio, que ha sabido reconocer en Jesús, como los vientos y el mar, al Dios que no conocieron los discípulos: *Te conjuro por Dios que no me atormentes.* Ruega el demonio en el nombre de Dios, lo que, dada su soberbia, es indicio del dolor sumo que sufre.

La causa del dolor y de la desesperación es el tener que abandonar el cuerpo del infeliz poseso y ser encerrado en el infierno: *Porque (Jesús) le decía: ¡Sal del hombre, espíritu inmundo!* Para que comprendieran los que le acompañaban la causa del estado furioso de aquel hombre y la grandeza del milagro que va a realizar, pregunta el Señor al demonio, que por boca del poseso había hablado, cómo se llama: *Y le pre-*

guntaba Jesús, diciendo: *¿Cuál es tu nombre?*, no porque tengan los demonios cada uno su nombre, sino para obligarle a manifestar la multitud de ellos que habían tomado posesión de aquel cuerpo: *Y le dice: Legión es mi nombre, porque somos muchos. Pues habían entrado en él muchos demonios.* Una legión, en la milicia romana, se componía de cinco a seis mil soldados; quiere con ello el demonio significar que es el soberbio émulo de Dios de los ejércitos. A pesar de su orgullo, confiesa el demonio su impotencia y la omnipotencia de Jesús, como lo manifiesta su reiterado ruego: *Y le rogaba mucho que no les echase fuera de aquella tierra, que no les mandase ir al abismo.* Dedúcese de aquí, y es opinión común de los teólogos, que puede el demonio experimentar algún deleite accidental antes del juicio postrero, si Dios les consiente morar en la tierra.

EL MILAGRO (11-13). — Cerca del lugar donde se desarrollaba la interesantísima escena, no lejos de ellos, en el monte, se hallaba paciendo un gran rebaño de puercos, que cogía el monte mismo y sus alrededores: *Había en aquel lugar, no lejos de ellos, pastando alrededor del monte, una gran piara de puercos.* No era probablemente de un mismo dueño, sino de muchos propietarios que los confiaban a la custodia de unos pocos hombres, como suele hacerse en muchos lugares con toda suerte de ganado. Ante la perspectiva de ser enviados al infierno, para que no les mandara se fuera al abismo, piden los demonios a Jesús les consienta entrar en los puercos: *Y le rogaban los espíritus diciendo: Si nos arrojas de aquí, envíanos a los puercos, para que entremos en ellos. Y Jesús al punto se lo permitió, y les dijo: Id.* No esperó más la inmunda legión: *Y saliendo del hombre los espíritus inmundos, he aquí que entraron en los puercos: y toda la piara se precipitó con grande ímpetu en el mar, como hasta dos mil.*

No fueron los demonios los que precipitaron al mar las bestias, porque no les tenía cuenta si querían permanecer en aquella tierra. Ni se lo hubiese consentido Jesús, que sólo les permitió "entrar" en los puercos. Pero es tan intolerable la

presencia del espíritu maligno, que hasta las bestias se dieron cuenta de ella; sobrevino el pánico, tan frecuente en las grandes aglomeraciones de animales, y corrieron a precipitarse al mar, donde se ahogaron, lo que revela la impotencia de los demonios: *Y se ahogaron en el mar.*

Dispútase aquí el perjuicio irrogado por Jesús a los propietarios de los puercos. Si eran judíos, fué castigo de su avaricia, porque la ley mosaica les vedaba traficar con carne de animales inmundos. Si eran paganos, era una tentación y un peligro para los vecinos judíos. A más de que Jesús tenía el supremo dominio sobre aquellas bestias, y bien valía los inmundos animales la eterna lección que a su costa dió a los hombres. Ni hizo otra cosa Jesús que permitir que los puercos fueran invadidos por los demonios.

DESPUÉS DEL PRODIGIO (14-20).—Llenó el suceso de terror a los pastores, que en un momento quedaron sin ganado, y fueron en seguida a dar cuenta a los propietarios: *Y los que los apacentaban huyeron, y contaron todo en la ciudad y en los campos.* El raro anuncio produjo su natural efecto: *Y salieron toda la ciudad al encuentro de Jesús, a ver lo que había sucedido.* Eran los dueños de los animales y multitud de curiosos, que llegaron al lugar del suceso y vieron un espectáculo que les produjo asombro y miedo: *Y vienen a Jesús, y ven al que había sido atormentado del demonio sentado a sus pies, vestido y en su juicio cabal:* son detalles todos que constatan con la pintura anterior del frenético poseso. En ello vieron la intervención de un poder sobrenatural: *Y tuvieron miedo.*

Esta misma intervención maravillosa acució su curiosidad de oír lo ocurrido; así como la visión del prodigio movió a los discípulos de Jesús a narrar minuciosamente el suceso: *Y los que lo habían visto, les contaron todo el hecho como había acontecido al endemoniado, cómo había sido librado de la legión, y lo de los puercos.* La narración del suceso levantó en el ánimo de los gerasenos un sentimiento no de humildad, ni de veneración hacia la persona de Jesús, ni de admiración del poder de Jesús, sino de miedo egoísta: te-

mieron les ocurriese algo peor que la pérdida de los puercos, *y comenzaron a rogarle, toda la gente con la región de los gerasenos, que se retirase de los términos de ellos; porque estaban sobrecogidos de gran temor. Y él subió a la barca y se volvió.* Así repudian, por el interés material, la gracia que Jesús les ofrece.

Pero Jesús fué más generoso con ellos, porque les dejó allí como apóstol que predicara sus grandezas el mismo endemoniado a quien acababa de curar. Pidióle éste a Jesús, al reembarcarse según el ruego de los gerasenos, le consintiera seguirle como discípulo: curado de cuerpo y alma, hubiese querido seguirle definitivamente: *Y cuando entró (Jesús) en la barca comenzó a rogarle, el que había sido maltratado del demonio, que le dejase entrar con él.* Pero en el reino mesiánico no son las dignidades de quien las quiere y busca, sino de quien por Dios es llamado: *Mas no se lo concedió.*

En cambio, le confió la misión de predicar entre los suyos las grandezas y misericordias no de Jesús, sino de Dios obradas por Jesús y que Jesús mismo refiere al Padre: *Sino que le dijo: Vete a tu casa a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas te ha dicho el Señor, y la misericordia que contigo ha usado.* En la Judea acostumbra Jesús encargar que no se publiquen los milagros; en la Decápolis, región en que predominan los gentiles, quiere que se divulguen: es que allí había el temor de fomentar el falso sentido del reino mesiánico; aquí serán un simple motivo de credibilidad para aquellas gentes.

Cumplió aquel hombre el mandato que le confería Jesús: *Y se fué por toda la ciudad, y comenzó a contar en la Decápolis cuán grandes cosas le había hecho Jesús.* Su predicción tenía doble fuerza: la de los mismos hechos narrados, y el ser él quien los contaba, tan conocido, desgraciado y temido hacía pocas horas: *Y se maravillaron todos.* La admiración es una disposición para la fe. Los ánimos de los gerasenos recibirían quizás más tarde, de Jesús o de sus discípulos, la semilla de la palabra de Dios y se convertirán. Entretanto los que habían seguido a Jesús habían visto el poder

de Jesús sobre la naturaleza y los demonios, arraigándose más su fe. Jesús, logrado el doble objeto, regresa por mar a Cafarnaúm después de haber permanecido probablemente no más que unas horas en la región de Gerasa.

Lecciones morales. — A) v. 2. — *Vino a él, de los sepulcros, un hombre...* — De todo este pasaje se deduce el tremendo poder del demonio y su impotencia ante el poder de Jesús. El miserable estado del endemoniado revela la crueldad y soberanía del espíritu infernal sobre aquellos de quienes se ha apoderado. Pero ante Jesús, el demonio se humilla, como el siervo que ha huido de su señor y de repente se encuentra con él, y le suplica misericordia, temeroso del látigo. Cosa tremenda es caer en poder del demonio, homicida desde el principio. Si secundamos sus sugerencias nos arrastrará a toda ruina, y viviremos en los sepulcros de todo pecado, y correremos por todo monte de la desolación espiritual, y nos ensañaremos contra nosotros mismos en la desesperación que a una voluntad libre produce el peso de las cadenas que la aherrojan. La posesión moral es aún más tremenda que la posesión física de los cuerpos. No dejemos a Jesús, que vino a destruir el reino de Satanás.

B) v. 5. — *Y de día y de noche estaba continuamente en los sepulcros...* — Vive siempre en los sepulcros, día y noche, haziendo en toda suerte de miseria moral el infeliz que ha consentido se adueñe de él el demonio por la mala costumbre. Y toda la actividad de su vida o se malgasta en buscar mil formas de pecado, o se ve invadida, quiera o no, por el pecado que viene a buscarle, en el reposo y en el trabajo, sin darle tregua.

C) v. 7. — *Te conjuro por Dios que no me atormentes.* — Gran tormento es para el demonio, dice San Beda, dejar al hombre a quien posee; y tanto mayor es su dolor cuanto más vieja es la posesión. Lo que demuestra que una inveterada costumbre mala en el hombre es una especie de título que sobre él tiene Satanás, y que cuanto más dure, más difícil es librarse del terrible huésped. Abominemos el pecado que nos hace siervos del demonio, y si tenemos la desgracia de cometerle, salgamos cuanto antes de un estado que cuanto más se prolonga más nos aleja de Dios.

D) v. 9. — *Legión..., porque somos muchos.* — Nadie sabe cuantos son los demonios. San Juan vió caer de los cielos la tercera parte de las estrellas. Son muchos, y lo infestan todo, y

tienen fuerza acérrima, y trabajan con frenesí para su causa, que es contraria a la causa de Dios. Temámosles, aunque con la convicción de que no pueden dañarnos si no queremos. Y pidamos a Dios con la santa Iglesia: "Con tu poder divino, arroja a Satanás y a los demás espíritus malignos al abismo del infierno."

E) v. 12. — *Envíanos a los puercos...* — El puerco es animal inmundo, dice el Crisólogo: los que han caído del cielo, piden se les hunda en el cieno; después de las celestiales moradas, quieren residir en viles cuerpos para revolcarse en el fango; la indigna servidumbre pide cosas dignas de sí misma. Así sucede muchas veces con el pecador abandonado a sus vicios: toda el ansia espiritual que debió sentir para las cosas del cielo, no hace más que acuciar, cuando las ha perdido, las bajas facultades de la vida, mezclándose con ellas para el logro de placeres villanos en que se revuelva todo el ser, desde las alturas del pensamiento hasta la carne movida de insanos estímulos.

F) v. 13. — *Y toda la piara se precipitó con grande ímpetu en el mar.* — Los habitantes de la región de Gerasa sufrieron el daño de los animales que perecieron en el mar; pero ello fué causa de que fueran a Jesús, le conocieran y oyeran las maravillas que había obrado, predisponiéndose para recibir la fe. Para que aprendamos que a veces el daño que experimentamos en los bienes temporales es un medio de que Dios se vale para hacer bien a nuestras almas, si es que lo recibimos del modo debido. Así debemos hacerlo, considerando en todo revés de orden material la intervención de la divina Providencia; y en los mismos bienes temporales, no más que un medio para facilitar-nos el logro de los eternos.

G) v. 18. — *Comenzó a rogarle que le dejase entrar con él. Mas no se lo concedió.* — No siempre lo que parece más perfecto es lo que exige Dios de nosotros. Cada cual tiene un lugar designado por la Providencia, una vocación que cumplir. Salirse de ella, aunque parezca que para mejor servir a Dios, sería exponerse a desencajarnos en el concierto que Dios tiene preestablecido, y en el que nos tiene señalado un lugar, y exponernos a malograr nuestros eternos destinos, íntimamente trabados con los de la vida presente. Aquel poseso no fué llamado al discipulado de Jesús; en cambio, cumplió a maravilla sus funciones de apóstol de sus paisanos.

OTRA VEZ EN LA GALILEA

70. — RESURRECCION DE LA HIJA DE JAIRO
Y CURACION DE LA HEMORROISA: Mc. 5, 21-43

(Mt. 9, 18-26; Lc. 8, 40-56)

²¹ Y habiendo pasado otra vez Jesús en la barca a la otra orilla, reunióse en torno suyo una gran multitud, ¹ *pues todos le esperaban*: y estaba junto al mar. ²² Y ² *he aquí que* vino uno de los príncipes de la sinagoga, llamado Jairo. Y luego que lo vió se arrojó a sus pies, ³ *y le adoraba*, ⁴ *rogándole que entrase en su casa*. ²³ Y le suplicaba mucho diciendo: ⁵ *¡Señor! Mi hija está en los últimos: ven a imponer sobre ella tu mano, para que sane y viva*. ⁶ *Porque tenía una hija única, como de doce años, y ésta se estaba muriendo*. ^{24a} Y ⁷ *levantándose Jesús*, se fué con él, ⁸ *también sus discípulos*.

^{24b} Y ⁹ *aconteció que, mientras iba*, seguiale una gran multitud: y le apretujaban. ¹⁰ Y ¹⁰ *he aquí que* una mujer que padecía flujo de sangre, doce años hacía, ¹¹ *y que había sufrido mucho en manos de muchos médicos, y gastado todo cuanto tenía*, ¹² *y que por ninguno había podido ser curada*, ni había adelantado nada, antes empeoraba más, ¹³ *cuando oyó hablar de Jesús*, acercóse por detrás, entre la muchedumbre, y tocó ¹⁴ *la orla de su vestido*. ¹⁵ Pues decía ¹⁵ *dentro de sí*: Tan sólo con tocar su vestido seré sana. ¹⁶ Y en aquel mismo instante secóse el flujo de su sangre, y sintió en su cuerpo que estaba curada de su mal. ¹⁷ Y al momento Jesús, conociendo en sí mismo la virtud que de él había salido, vuelto a la muchedumbre, decía: ¹⁸ *¿Quién ha tocado mi vestidura?* ¹⁹ Y ¹⁹ *negándolo todos*, decíanle sus discípulos, ²⁰ *Pedro y los que con él estaban*: Maestro, ves la multitud que te aprieta ²¹ *y sofoca*, y dices, ²² *¿quién me ha to-*

cado? ¹ Y dijo Jesús: *Alguien me ha tocado, porque he conocido que ha salido virtud de mí.* ² Y miraba alrededor por ver a la que esto había hecho. ³ Entonces la mujer, ⁴ *al verse descubierta*, medrosa y temblando, sabiendo lo que en ella se había realizado, llegó, se postró ante él, y díjole toda la verdad: ⁵ Y declaró delante de todo el pueblo la causa por qué le había tocado, y cómo al momento había quedado sana. ⁶ Y ⁷ Jesús le dijo: ⁸ *Ten confianza*, hija, tu fe te ha sanado; vete en paz y sé curada de la enfermedad. ⁹ Y quedó sana la mujer desde aquella hora.

¹⁰ Cuando aun estaba él hablando, llegaron de casa del príncipe de la Sinagoga, diciendo: Ha muerto tu hija, ¿para qué cansas más al Maestro? ¹¹ Mas Jesús, cuando oyó lo que decían, dijo al príncipe de la Sinagoga, ¹² *padre de la niña*: No temas: solamente cree, ¹³ y será salva. ¹⁴ Y no dejó ir consigo a ninguno, sino a Pedro y a Santiago y a Juan, hermano de Santiago. ¹⁵ Y llegan a casa del príncipe de la Sinagoga, y ve ¹⁶ *a los tañedores de flauta*, y el tumulto, y a los que lloraban y plañían, ¹⁷ *que todos lloraban y se lamentaban por ella.* ¹⁸ Y habiendo entrado, les dijo: ¿Por qué os conturbáis y lloráis? ¹⁹ *Retiraos*, ²⁰ *no lloréis*; no está muerta la niña, sino que duerme. ²¹ Y se movían de él, sabiendo que estaba muerta. Pero él, echándolos a todos fuera, toma consigo al padre y a la madre de la niña, y a los que con él estaban, ²² *Pedro, Santiago y Juan*, y entra donde la niña yacía. ²³ Y tomando la mano de la niña, ²⁴ *clamó* y le dijo: TALITHA CUMI, que quiere decir: Niña, a ti te digo: levántate. ²⁵ ²⁶ Y volvió el espíritu a ella, y se levantó en seguida, y echó a andar, pues tenía doce años. Y ²⁷ *sus padres* quedaron atónitos de un grande espanto. ²⁸ Y él les mandó vehementemente ²⁹ *que a nadie lo dijeran*, que nadie lo supiese. Y dijo que dieran de comer a ella. ³⁰ Y corrió esta fama por toda aquella tierra.

Explicación. — Mc. y Lc. sitúan este hecho inmediatamente después de los sucesos de Gerasa, y éste parece ser el lugar que le corresponde según el orden cronológico. San Mateo anticipa mucho la narración de estos dos milagros, siguiendo su plan sistemático. La más completa e interesante de las tres narraciones es sin duda la de Mc.; y en ella se descubre, como otras veces, la influencia de Pedro, testigo ocular de los hechos, que narraría a Mc. minuciosamente

prodigios tan estupendos. Por esto se ha puesto el texto de Mc. como base de la concordia.

PETICIÓN DE JAIRO (21-24). — De regreso de la región de Gerasa, donde había abordado Jesús después de calmar la tormenta, llegó de nuevo a la playa occidental del lago, tomando tierra seguramente en Cafarnaúm, según se colige de los relatos. Allí estaba todavía la multitud que había dejado el día anterior, o al menos se rehizo de nuevo al saber su llegada. No es improbable que hubiese llegado a Cafarnaúm la noticia de los milagros de la tempestad calmada y de la liberación del poseso de Gerasa: *Y habiendo pasado otra vez Jesús en la barca a la otra orilla, reunióse en torno suyo una gran multitud, pues todos le esperaban*, después de los ruidosos hechos, recibéndole en el mismo borde del mar: *Y estaba junto al mar*.

La fama de su regreso ha corrido por la ciudad. Tan grande es esta fama, que no ya los plebeyos vienen a demandar gracias a Jesús, sino un personaje de tanto viso como un príncipe de la sinagoga: *Y he aquí que vino uno de los príncipes* reconocido en él algo más que un simple hombre; que presidía el culto y la asamblea en los actos religiosos de la sinagoga: ejercía también las funciones judiciales. Era "uno de los príncipes", que así se llamaban los que formaban el consejo superior de la sinagoga, si no es que hubiese en la localidad varias sinagogas, cosa no improbable si se trataba de Cafarnaúm, la más importante de las ciudades de aquel litoral.

Al ver el ilustre judío a Jesús, cae de hinojos a sus pies, reconociendo en él algo más que un simple hombre: *Y luego que lo vió se arrojó a sus pies, y le adoraba, rogándole que entrase en su casa*. Jesús no rehusa estos obsequios, y en ello aparece su voluntad de aparecer como Dios, en esta y otras ocasiones análogas. El príncipe judío ruega con mucha instancia a Jesús: *Y le suplicaba mucho*, exponiéndole los motivos de su gran dolor, diciendo: *¡Señor! Mi hija está en los últimos; no tardará mucho en saber su muerte: Ven a imponer sobre ella tu mano* — gesto usado con frecuencia

por Jesús para curar a los enfermos (Mc. 6, 5; 7, 32; 8, 23, etc.) y que es signo de bendición (Gen. 48, 14 sigs.) —, *para que sane y viva*. El Evangelista, de un trazo, pinta la angustiosa situación de aquella familia: *Porque tenía una hija única, como de doce años, y ésta se estaba muriendo*. Soledad y muerte van a substituir en casa de Jairo la amable compañía de una bella vida. No tiene Jairo la fe del Centurión; pero cree, y Jesús va a premiar su fe: *Y levantándose Jesús, se fué con él, también sus discípulos*. La enorme multitud de la playa sigue a Jesús y Jairo, camino de la casa de éste: *Y aconteció que, mientras iba, seguíanle una gran multitud; y le apretujaban*, en la angostura de las calles.

CURACIÓN DE LA HEMORROÍSA (25-34). — Durante el trayecto de la tierra a casa de Jairo, va a dar Jesús una prueba de su poder soberano y de su omnisciencia. Los Evangelistas convergen en darnos una pintura trágica de una pobre enferma: *Y he aquí que una mujer que padecía flujo de sangre, doce años hacía, y que había sufrido mucho en manos de muchos médicos*; primera calamidad, enfermedad vieja y dolorosa; *Y gastado todo cuanto tenía*, ocasionándole la calamidad de la miseria; *Y que por ninguna había podido ser curada, ni había adelantado nada*, la aflicción del desahucio; *Antes empeoraba más*, la calamidad de una vida desgraciada, fácil presa de muerte próxima.

El flujo de la pobre mujer era uterino; enfermedad grave y vergonzosa, que llevaba la extenuación de la paciente, a veces la muerte, y que entre los judíos producía la impureza legal. Por ello la enferma, *cuando oyó hablar de Jesús*, cuyo poder sólo de fama conocía, pero que le había inspirado gran confianza, va por detrás a Jesús, pues a nadie, ni al mismo divino Médico quería revelar su vergüenza: *Acercóse por detrás, entre la muchedumbre, y tocó la orla de su vestido*, no obstante no saber si Jesús había curado a alguien por el simple contacto de sus vestidos; *Pues decía dentro de sí: Tan sólo con tocar su vestido será sana*: tal era la fe en la santidad y poder taumatúrgico de Jesús.

Los médicos judíos, ignorantes, como todos los de aquellos

tiempos en lo tocante a enfermedades internas, tenían una serie de recetas inverosímiles, mezcla de curandería y de magia, para atajar los flujos de sangre, totalmente ineficaces. La hemorroísa del Evangelio es más afortunada sólo tocando a Jesús que en largos años de terapéutica: *Y en aquel mismo instante secóse el flujo de su sangre, y sintió en su cuerpo que estaba curada de su mal*, por la sensación que tuvo del vigor readquirido.

No quiso Jesús que el milagro permaneciese oculto, y ésta su voluntad dió lugar a un nuevo episodio: *Y al momento Jesús, conociendo en sí mismo la virtud que de él había salido*. Habla aquí Jesús según una locución vulgar y acomodándose a la inteligencia del pueblo; sale de él la virtud curativa en su efecto, permaneciendo entera en su esencia, como la doctrina que enseña. Conoce Jesús que ha salido fuerza de él, porque sabe que ha curado. La hemorroísa "sintió" la curación; Jesús "supo" que le había tocado por detrás la mujer, pues tal es en el original griego la equivalencia de "conociendo". Para llamar la atención sobre el hecho, Jesús decía: *¿Quién ha tocado mi vestidura?* Niegan todos le hayan tocado con intención: *Y negándolo todos, decíanle sus discípulos, que estaban en contacto inmediato con él, Pedro y los que con él estaban: Maestro, ves la multitud que te aprieta y sofoca, tocándote por todos lados, y dices ¿quién me ha tocado?*

La interpelación de Jesús determinaría un alto en la comitiva; Jesús repite su pensamiento: *Y dijo Jesús: Alguien me ha tocado, porque he conocido que ha salido virtud de mí*. Quiere Jesús a todo trance descubrir el milagro y la con él favorecida: *Y miraba alrededor por ver a la que esto había hecho*. Miraba porque conociendo a la mujer en su omnisciencia, quería que ésta declarase públicamente lo ocurrido. Por el aspecto de Jesús comprendió la mujer que no debía quedar oculto lo que en ella se había hecho. Temió y tembló, por si había obrado mal en tocar clandestinamente a Jesús, y pensando que por ello podía venirle de nuevo el mal: *Entonces la mujer, medrosa y temblando, sabiendo lo que*

en ella se había realizado, venciendo la muralla de gente y y los humanos respetos, llegó, se postró ante él, buscando una segunda misericordia en quien tan grande se la había ya tenido, y dijole toda la verdad, con confesión humilde, timorata, general. Y no sólo a Jesús lo dice, sino que declaró delante de todo el pueblo la causa por qué le había tocado, y cómo al momento había quedado sana.

Jesús, obtenida la confesión de la mujer y hecho público el milagro, lleno de dignidad y misericordia, le quita todo temor y la confirma en su salud: *Y Jesús le dijo: Ten confianza, hija, tu fe te ha sanado; no el simple contacto de mi vestido, sino tu fe en mi poder y bondad. Vete en paz, sigue Jesús; vive vida feliz y próspera; y, ratificando su curación para siempre, añade: Y sé curada de la enfermedad.* Es eficaz la palabra de Jesús; el milagro fué completo y duradero en sus efectos: *Y quedó sana la mujer desde aquella hora.*

RESURRECCIÓN DE LA HIJA DE JAIR (35-43). — Sigamos a Jesús y a la compacta multitud que desde el mar le acompaña a casa el archisinagogo. El milagro de la hemorroísa no ha causado más que un breve alto en la ruta. Entretanto, y en la ausencia del padre, la jovencita ha muerto; de la casa del archisinagogo vienen a darle al padre la infausta nueva: *Cuando aun estaba él hablando, llegaron de casa del príncipe de la Sinagoga, diciendo: Ha muerto tu hija, ¿para qué causas al Maestro? Creen en el poder de sanar que tiene Jesús, no en el de resucitar los muertos. Antes que rompa la pena el corazón del padre, Jesús lo sostiene con la esperanza: Mas Jesús, cuando oyó lo que decían, dijo al príncipe de la Sinagoga, padre de la niña: No temas: solamente cree, y será salva; no le será al príncipe tan difícil creer, después del milagro que acaba de presenciar.*

Crecería su confianza al ver que Jesús, a pesar del infausto anuncio, no desiste de ir a su casa, aunque no consiente más testigos que a tres discípulos: *Y no dejó ir consigo a ninguno, sino a Pedro, por razón de su preeminencia; y a Santiago, que debía ser el primero en confirmar su fe*

con el martirio; y a Juan, hermano de Santiago, el que más altamente había de escribir de la divinidad de Jesús.

Y llegan a casa del príncipe de la Sinagoga; no hay que dudar de la muerte de la niña: hija única de un hombre principal ha atraído la noticia multitud de gente a la casa, en la que, como de costumbre, sobre todo en Oriente — hemos sido testigos de una de estas exageradísimas manifestaciones — se había desarrollado una desgarradora escena de duelo: Y ve a los tañedores de flauta, y el tumulto, y a los que lloraban y plañían. A las plañideras y lloronas de oficio, que para estos casos se alquilaban, y que, por ser familia principal eran numerosas, se habían añadido los parientes y amigos. Los tañedores de flauta tocaban aires lúgubres; grandes eran la confusión y el ruido, que todos lloraban y se lamentaban por ella.

Y habiendo entrado, les dijo, ante la expectación de todos por la presencia del taumaturgo: ¿Por qué os conturbáis y lloráis? Retiraos; no es hora aún de estas manifestaciones ni de que acompañéis a un supuesto difunto: No lloréis; no está muerta la niña, sino que duerme. Muerto está aquel que ha acabado el curso de la vida en la tierra; la joven no ha hecho más que interrumpirlo, como en una especie de sueño. Las palabras de Jesús producen decepción en quienes las oyen: ellos están segurísimos de la muerte de la niña; no será tan gran profeta quien desconoce el hecho: Y se movían de él, sabiendo que estaba muerta. Su escasa fe no merece que estén en su presencia: Pero él, echándolos a todos fuera — y saldrían al imperio de Jesús, cuyo poder les impondría temor y reverencia —, toma consigo al padre y a la madre de la niña, y a los que con él estaban, Pedro, Santiago y Juan, y entra donde la niña yacía.

La escena que en la cámara de la difunta se desarrolló es tan sublime como sencilla su descripción en los Evangelios. Están suspensos los ánimos de los testigos, por la solemnidad que da Jesús al acto. Y tomando la mano de la niña, en actitud de incorporarla, clamó, como se suele llamar a los que están dormidos, y le dijo, acompañando la voz al gesto: TA-

LITHA CUMI, *que quiere decir: Niña, a ti te digo: levántate.* Dijo, y fué hecho; el que vino a triunfar de la muerte, arráncale esta presa como primicia de su victoria: *Y volvió el espíritu a ella,* uniéndose de nuevo el alma al cuerpo; *y se levantó en seguida,* sin rastro de su pasada dolencia. No sólo se levantó, sino que demostró la plenitud de la vida recobrada: *Y echó a andar, pues tenía doce años,* entrando en la normalidad de sus funciones.

Un muerto que resucita inspira el terror del misterio en él obrado; lo insólito del caso, pues sólo se lee de tres difuntos resucitados por el Señor, contribuye al miedo: *Y sus padres quedaron atónitos de un grande espanto.* Jesús les impone un grave mandato: no dirán a nadie el prodigio, contra lo que había ocurrido con la hemorroísa, que él mismo quiso se publicara: *Y él les mandó vehementemente que a nadie lo dijeran, que nadie lo supiese.* Era natural que la multitud que había seguido a Jesús hasta la casa de Jairo estuviese aguardando el resultado de la intervención del taurmaturgo. Para prevenir la explosión de entusiasmo que ello hubiese producido, y para que no se creyese que debía prodigar las resurrecciones como las curaciones, les ha impuesto silencio. *Y dijo que dieran de comer a ella,* para que vieran que nada había de ficción en el hecho. No podía éste ocultarse; la niña, que ha sido vista muerta, lo será viva: *Y corrió esta fama por toda aquella tierra.* A pesar de tamaño prodigio, y que la ley mandaba que fuera reconocido como profeta aquel cuya palabra se verificase (Ier. 28, 9; Deut. 18, 22), aquel pueblo protervo no reconocerá la mesianidad de Jesús con tales portentos confirmada.

Lecciones morales. — A) v. 23. — *Ven a imponer sobre ella tu mano, para que sane y viva.* — Estas palabras de Jairo revelan su fe profunda. Mayor fué sin duda la del centurión, que creyó en el poder de una sola palabra de Jesús, sin necesidad de su presencia; pero aun la desproporción entre la imposición de las manos y la curación de una moribunda es grande para que no veamos en Jairo un gran creyente. Esta fe en el contacto espiritual de Jesús es la que debemos tener nosotros, y decirle, en la seguridad de ser oídos, especialmente en los momentos de

la comunión eucarística: "Pon, Señor, tu mano sobre mi alma, y vivirá; sobre mis potencias, y se vigorizarán; sobre toda mi vida, y se remozará espiritualmente; y se levantará, como la hija de Jairo, del lecho de sus culpas; y andará, como ella, con pie firme por el camino de tus mandamientos; y, como ella, tendrá hambre de las cosas divinas, prueba de su total curación y de la plenitud de su vida."

B) v. 28. — *Tan sólo con tocar su vestido seré sana.* — Esta profunda fe en la eficacia del contacto de Jesús es la que debemos tener al acercarnos a él. ¿Qué importa suframos el hediondo flujo de toda suerte de pecados? El que vino al mundo para purificarle de ellos no espera más que tocarnos para dejarnos sanos y para que se seque la fuente de nuestros crímenes. Y para tocarnos, no espera sino que nos acerquemos a El con voluntad de tocarle y sacar de El la virtud curativa. "Tocadme. Señor, y seré sano, debemos decirle. Tocabais a los ciegos y veían; imponíais las manos a los enfermos, y curaban; dabais la mano a la hija de Jairo, y la devolvíais la vida; más caras que sus cuerpos os son nuestras almas: tocadlas, infiltradlas vuestra virtud, y sentirán el vigor de la vida divina que les falta por haberos dejado a Vos."

C) v. 34. — *Ten confianza, hija, tu fe te ha salvado.* — Estas dulcísimas palabras de Jesús, en su sentido moral encierran todo el misterio de nuestra vivificación y de nuestra salud espiritual. Llámala "hija", dice el Crisóstomo, porque la fe es la que nos da la filiación de Dios, por cuanto ella es el principio de nuestra justificación. Como al tocar la hemorroísa el vestido de Jesús salió virtud curativa del mismo, así cuando nosotros tocamos a Cristo por la fe, se nos dan asimismo sus virtudes: porque la fe es como el punto de contacto entre Dios y nuestra alma. Y si el simple contacto de la orla del vestido de Jesús produjo la radical curación del cuerpo de la enferma crónica, ¿qué efectos no causará nuestro contacto total, substancial, por decirlo así, con Jesús, con todo Jesús, en el sacramento de la Eucaristía?

D) v. 39. — *No está muerta la niña...* — Para Jairo y los suyos, estaba muerta la niña. No lo estaba para Jesús, sino solamente dormida. Descansaba el cuerpo de la muchacha, mientras su alma estaba a las órdenes del Dios que la había criado, y que iba a mandarla informar de nuevo el cuerpo que por unos momentos dejó. De aquí, dice San Beda, viene la costumbre de que llamen los cristianos a sus muertos "durmientes", o "dormidos":

“Se ha dormido en la paz de los justos”, decimos: es que todos hemos de resucitar, según nuestro dogma nos lo enseña. Desde este momento, la muerte no es más que un sueño: ¿qué importa sea breve, como el de los resucitados del Evangelio, o largo, como el de quienes hemos de esperar la resurrección final? Nuestro Redentor vive, y él nos vivificará en su día: tengamos guardada en nuestro pecho esta esperanza.

E) v. 40. — *Y entra donde la niña yacía...* — Resucita Jesús a esta muchacha en su casa; al joven de Naím, fuera las puertas de la ciudad; a Lázaro, en el sepulcro. Para significar moralmente, dice San Gregorio, que está todavía en su casa quien muerto está por pecados ocultos; fuera de la ciudad es conducido quien revela su iniquidad por la pública perpetración del pecado; está oprimido por la losa del sepulcro quien está bajo la mole de la perversa costumbre. Todos los pecadores pueden resucitar a la gracia, dice San Beda, pero como en la gradación que hay en estos tres milagros respecto a la manifestación de la fuerza de Jesús, así crece la dificultad de la espiritual resurrección, según sean los pecadores ocultos, públicos o contumaces.

71. — CURACION DE DOS CIEGOS Y DE UN POSESO MUDO: MT. 9, 27-34

²⁷ Y pasando Jesús de aquel lugar, le siguieron dos ciegos gritando, y diciendo: Ten misericordia de nosotros, hijo de David. ²⁸ Y llegando a la casa, vinieron a él los ciegos. Y les dijo Jesús: ¿Creéis que puedo hacer esto a vosotros? Ellos dijeron: Sí, Señor. ²⁹ Entonces tocó sus ojos, diciendo: Según vuestra fe os sea hecho. ³⁰ Y fueron abiertos sus ojos; y Jesús les increpó, diciendo: Mirad que nadie lo sepa. ³¹ Mas ellos, saliendo de allí, lo publicaron por toda aquella tierra.

³² Y luego que salieron, le presentaron un hombre mudo poseído del demonio. ³³ Y cuando hubo lanzado el demonio, habló el mudo, y maravilladas las gentes, decían: Nunca se vió tal cosa en Israel. ³⁴ Mas los fariseos decían: En virtud del príncipe de los demonios lanza los demonios.

Explicación. — Sigue la serie de los estupendos milagros realizados por Jesús en el espacio de un día. Ha demostrado su poder sobre la naturaleza, sobre la legión de demonios, sobre una enfermedad oculta, sobre la muerte. Ahora va a

curar a dos ciegos y a un mudo poseído del demonio. En todos estos prodigios, excepto en el lanzamiento de demonios, alude Jesús a la fe en su poder como condición del milagro. Al tiempo que cohibe las públicas manifestaciones que podrían comprometer su obra, trabaja para que arraigue en el pueblo la convicción de su mesianidad.

LOS DOS CIEGOS (27-31). — Salió Jesús de la casa de Jairo, a la que había devuelto la dicha, para dirigirse otra vez probablemente a la de Pedro. El clamor de la muchedumbre, entusiasmada por tantas maravillas, delató el paso de Jesús a dos infelices ciegos, que aprovecharon la coyuntura para interesar a Jesús en su desgracia: *Y pasando Jesús de aquel lugar, le siguieron dos ciegos gritando, y diciendo: Ten misericordia de nosotros, hijo de David.* La ceguera es frecuente en la Palestina y son varios los ciegos a que el Evangelio alude: el exceso de luz, el polvillo imperceptible de un país seco, la vida al aire libre y, más que todo, la falta de higiene de la vista, multiplican los casos de ceguera. En las calles de Jerusalén, en nuestro reciente viaje a la Palestina, hemos podido ver a muchos de estos infelices pidiendo limosna a los transeúntes. Los gritos de los ciegos, que a tientas siguen a la multitud, su tierna súplica y su fe en la mesianidad de Jesús, a quien llaman "el Hijo de David", fe que es más digna de encomio porque no podían ver la majestad del divino rostro, llegarían al Corazón del Señor. Con todo, Jesús no parece hacerles caso.

Y llegando a la casa, probabilísimamente la de Pedro, en Cafarnaúm, su ciudad (Mt. 8, 14; 9, 1), *vinieron a él los ciegos*. Dejó que le siguiesen para probar su fe, demostrar la necesidad de la persistencia en la oración, y para que no vinieran en desprestigio los milagros, viendo que con facilidad se hacían. Antes de curarles somete su fe a una prueba solemne: *Y les dijo Jesús: ¿Creéis que puedo hacer esto a vosotros?* Ellos salen victoriosos de la prueba, haciendo pública confesión de su fe, no en el poder de impetración, sino en el de acción de Jesús: *Ellos dijeron: Sí, Señor.* La recompensa siguió inmediatamente; al contacto de la santísima humani-

dad de Jesús fueron curados: *Entonces tocó sus ojos, diciendo: Según vuestra fe os sea hecho.* Los ojos de los ciegos se consideran cerrados, porque no dejan pasar al sensorio las impresiones de la luz: *Y fueron abiertos sus ojos.* Para evitar clamorosas manifestaciones que exacerbaran más a los escribas y fariseos, Jesús manda con imperio que no revelen el milagro: *Y Jesús les increpó, diciendo: Mirad que nadie lo sepa.* Pero pudo más en ellos la gratitud que la fuerza del mandato; a más de que en sus mismos ojos llevaban la prueba del favor recibido: *Mas ellos, saliendo de allí, lo publicaron por toda aquella tierra.* No tanto quería ocultar Jesús el prodigio como evitar la conmoción popular que seguiría a la pública convicción de que había llegado el Mesías, y el consiguiente conflicto con los dominadores romanos.

EL POSESO MUDO (32-34). — *Y luego que salieron los ciegos de la casa de Pedro, le presentaron un hombre mudo poseído del demonio.* La mudéz le venía a este infeliz no de un defecto orgánico, sino de la influencia del maligno espíritu; prueba de ello es que, al ser echado el demonio de su cuerpo, se le desata la lengua: *Y cuando hubo lanzado el demonio, habló el mudo.* El efecto causado en los testigos del milagro fué diverso. El pueblo sencillo se maravilló, sea ante la facilidad con que arrojó al demonio, que contrastaba con los complicados exorcismos de los judíos, sea ante la serie ininterrumpida de grandes prodigios aquel día obrados: *Y maravilladas las gentes, decían: Nunca se vió tal cosa en Israel.* En cambio, los fariseos, no pudiendo negar el hecho, falseaban el concepto del poder de Jesús, atribuyéndolo calumniosamente a su contubernio con el demonio más poderoso: *Mas los fariseos decían: En virtud del príncipe de los demonios lanza los demonios.*

Lecciones morales. — A) v. 27. — *Le siguieron (a Jesús) dos ciegos gritando...* Los dos ciegos, sin ver a Jesús, con el resplandor de la divinidad que de su rostro irradiaba y que era de sí un motivo de credibilidad, creyeron que era el Mesías. En cambio, el pueblo judío en general, no obstante la visión de Jesús y de sus multiplicados milagros, permaneció en la incredu-

lidad. Es que la fe es de entendimiento y de voluntad, y aunque la luz de la inteligencia sea la misma para todos, y aunque sea menor en los que menos alcanzan, como en este caso los ciegos, la voluntad es la que definitivamente inclina al hombre en el sentido de la fe. Ella tiene un poder reflejo sobre la misma inteligencia y puede ejercer sobre ella poderosa influencia, falseando o desviando el sentido y dirección de la visión mental. La docilidad de la voluntad es una de las características del reino de los creyentes.

b) v. 28. — *Ellos dijeron: Sí, Señor.* — Sabía Jesús, que ve los corazones, que era firme la fe de los ciegos en su poder. No obstante, no les devuelve la vista sino después que han hecho pública y categórica confesión de la misma fe. Es que "si con el corazón se cree", como dice el Apóstol, "con la boca se hace la confesión de la fe para la salvación" (Rom. 10, 10). Nuestra fe debe ser viva y profunda; pero, por lo mismo que tiene sus raíces en lo más vivo y profundo de nuestra vida, es a veces una exigencia el que nosotros la manifestemos en forma pública y solemne. Lo impone el carácter social de nuestra religión, el ejemplo que a los demás debemos, la obligación de evitar escándalos por injustificadas abstenciones, la misma necesidad de "vivir" nuestra fe, ya que toda nuestra actividad es solidaria. Dios premia generosamente la confesión de nuestra fe; a más de que ello es fuente de gracias, está la promesa de Jesús: "Quien me confesare ante los hombres, le confesaré yo, le reconoceré ante mi Padre" (Mt. 10, 32).

c) v. 30. — *Y fueron abiertos sus ojos...* — Es el premio de la fe. Esta es, dice San Agustín, creer lo que no ves, cuyo premio es ver lo que creemos. La fe es una luz: por ella descubrimos, o nos descubre Dios que nos las revela, unas verdades que no conoceríamos sin el auxilio de la fe; y bajo este concepto, es luz que ensancha el campo de visión de nuestra inteligencia. Es luz, porque las mismas verdades de la fe inundan de una luz especial las verdades de orden natural, y nos permiten verlas desde el punto de vista de Dios, que es el solo verdadero y provechoso. Pero sobre todo es luz la fe, porque nos lleva hasta la visión de Dios; porque la fe es la raíz de la vida eterna, y cuando llega la hora de la expansión de esta vida en el cielo, la fe es substituída por "la luz de la gloria", que nos consiente ver al mismo Dios. Así la fe, que es llamada ciega, nos abre los ojos para que veamos la misma Luz esencial, cara a cara.

D) v. 34. — *En virtud del príncipe de los demonios lanza los demonios.* — Los fariseos negaban cuantos hechos podían de Jesús; y los que no podían, como la curación de este poseso mudo, los tergiversaban, llevándolos a mala parte. Es la conducta de los enemigos de Jesús, de todo tiempo. La interpretación de los Evangelios, y en general la situación de impíos y herejes ante Jesús, tiene muchos puntos de contacto con escribas y fariseos del tiempo en que vivió. Niéganse los hechos del Evangelio, se falsea su narración, se ponen en juego todos los recursos de una crítica mezquina, se desvirtúa su luz y su fuerza: todo para achicar la figura de Jesús, reduciéndola a la talla de un puro hombre. Nosotros debemos decir con las sencillas turbas: Nunca se vió tal cosa, no en Israel, sino en toda la historia. No pueden darse mayores pruebas de la divinidad de Jesús.

72. — JESUS RECHAZADO OTRA VEZ EN NAZARET: Mc. 6, 1-6a

(Mt. 13, 53-58)

¹ Y habiendo salido de allí, se fué a su patria: y le seguían sus discípulos. ² Y [»] *llegando a su patria*, cuando fué sábado, comenzó a enseñar en la sinagoga: y muchos que le oían se maravillaban de su doctrina, diciendo: ¿De dónde a éste todas estas cosas? Y ¿qué sabiduría es ésta que se le ha dado, y tales milagros que por sus manos se obran? ³ ¿No es éste el artesano, [»] *hijo de artesano*, el hijo de María, hermano de Santiago, y de José, y de Judas, y de Simón? Y [»] *todas* sus hermanas ¿no están aquí también con nosotros? Y se escandalizaban en él. ⁴ Y Jesús les decía: No hay profeta sin honor sino en su patria, y en su casa, y entre sus parientes. ⁵ Y [»] *por la incredulidad de ellos* no podía allí hacer milagro alguno, sino solamente sanó algunos pocos enfermos, imponiéndoles las manos. ⁶ Y estaba maravillado de la incredulidad de ellos, y andaba predicando por todas las aldeas del contorno.

Explicación. — Ya se ha dicho en otra parte que no son pocos los exégetas que identifican este viaje de Jesús a Nazaret con el que Lucas refiere en su cap. 4, 16-30. Nos parece difícil reducir las tres narraciones a un mismo momento histórico; i. e. coloca la suya en los comienzos de la

vida pública de Jesús, y es el que se propone seguir el orden cronológico de los hechos; en cambio, Mt. y Mc. convienen en situar las suyas al fin del segundo año de la predicación del Señor, después de la serie de parábolas. Además, tiene la narración de Lc. características que no consienten su identificación con las de los otros dos sinópticos: en éstos no se habla de los conatos de los nazarenos para perder a Jesús, siendo cosa tan importante; y en Lc. nada se dice de los milagros a que aluden Mt. y Mc. Además, si la frase de Mt. 4, 13, "y dejada la ciudad de Nazaret", se interpreta, como parece más obvio, en el sentido de que "salió" de Nazaret, el primer Evangelista mencionaría dos visitas de Jesús a esta ciudad. Desdoblamos, pues, los hechos, siguiendo a la mayor parte de los intérpretes modernos.

Y habiendo salido de allí, de la ciudad de Cafarnaúm no se indica de un modo preciso el tiempo, se fué a su patria, Nazaret, así llamada porque en ella se había criado (Lc. 4, 16). Para que aprendiesen los apóstoles que no siempre acompaña el éxito a la predicación, y que a veces la rechazan aquellos que nos son más allegados, quiso que fuesen testigos de su aparente fracaso: Y le seguían sus discípulos.

Entró el primer día de fiesta en la sinagoga de Nazaret para asistir con sus paisanos a los oficios sabáticos y dirigió la palabra a la concurrencia, como solían hacerlo aquellos a quienes invitaba el presidente y los que tenían prestigio para ello: *Y llegando a su patria, cuando fué sábado, comenzó a enseñar en la sinagoga.* El texto de la Vulgata de Mt. dice "en sus sinagogas"; el griego está en singular, como en Mc. El efecto de la predicación del Señor fué de estupefacción en la asamblea: *Y muchos que le oían se maravillaban de su doctrina, diciendo: ¿De dónde a éste — no sin cierto menosprecio —, a este hombre de familia pobre y que ha llevado entre nosotros una vida vulgar, todas estas cosas? Con todo, no podían dejar de ponderar su gran sabiduría y los prodigios que con la imposición de sus manos obraba: Y ¿qué sabiduría es esta que se le ha dado, y tales milagros que por sus manos se obran?*

Y, como pasmados por el contraste que ofrecía la persona de "este" hombre con la alteza de sus enseñanzas y su fuerza de taumaturgo, analizaban los oyentes todas y cada una de las circunstancias de la vida humana de aquel su paisano. Su profesión, de simple artesano bien conocido de todos, probablemente carpintero: *¿No es éste el artesano...?*; la profesión de su padre putativo: *¿Hijo de artesano?*; el nombre de su madre: *¿El hijo de María?*; sus parientes: *¿Hermano de Santiago, y de José, y de Judas, y de Simón?* Ya se ha dicho cuál es la significación de "hermano" en el lenguaje ordinario de los hebreos: puede significar un sobrino, un primo, el mismo marido, un aliado, un amigo, etc.: *Y todas sus hermanas ¿no están aquí también con nosotros?* El hecho de que no se nombre tampoco aquí a José, el santo esposo de María, confirma la presunción de que habría ya fallecido por este tiempo. El efecto de sus consideraciones fué el escándalo, no pudiendo comprender cómo hombre conocidísimo por su humilde profesión y origen, igual a la mayoría de ellos, quisiese levantarse sobre los demás, por su doctrina y sus obras: *Y se escandalizaban en él.*

Jesús da a sus paisanos la razón del ánimo hostil que le manifiestan: *Y Jesús les decía: No hay profeta sin honor sino en su patria, y en su casa, y entre sus parientes.* Y ello por dos principales razones: la primera por cierta natural envidia entre los conciudadanos, que hace se lleven a mal los honores tributados a un igual, y más a un inferior; y luego porque la familiaridad engendra fácilmente menosprecio.

Consecuencia de esta actitud de recelosa envidia fué el escaso número de milagros, sobre todo de los más estupendos, que realizó Jesús entre sus paisanos: *Y por la incredulidad de ellos no podía hacer allí milagro alguno:* no por falta de poder, sino por falta de colaboración espiritual de los nazarenos; porque Dios quiere que el hombre acepte voluntariamente la gracia que se le ofrece para darle otras mayores. Sólo obró algunas curaciones, equivalentes, por decirlo así, a la escasa fe de los que se las pedían: *Sino solamente sanó algunos pocos enfermos, imponiéndoles las manos.*

Jesús, que conoce los secretos de los corazones y a quien no se ocultaban los motivos de la incredulidad de sus paisanos, demostró su admiración, por la ciencia experimental que en aquel momento adquiría de la rebeldía de aquellos espíritus: *Y estaba maravillado de la incredulidad de ellos. Les había ofrecido la gracia, como a tantos otros, que tenían menos títulos de conversión que ellos, y la desprecian. Efecto de la esterilidad de su misión en su ciudad, es que Jesús sale de ella: Y andaba predicando por todas las aldeas del contorno.*

Lecciones morales. — A) v. 1. — *Se fué a su patria...* — Es indudable que Jesús tuvo un amor especial para la ciudad en que pasó la mayor parte de su vida, y en la que El, Verbo de Dios, se hizo carne: allí se celebraron los desposorios del Hijo de Dios con la humanidad. Con el Corazón henchido de amor, iría por segunda vez el Hijo de María a predicar la buena nueva a sus paisanos. No ignoraba su fracaso; y, a pesar de ello, tuvo la abnegación de ofrecer de nuevo a los nazarenos su gracia. Para que aprendamos que el amor de patria es legítimo; que el que no la ama es, hasta cierto punto, un desnaturalizado; y que este amor reclama de nosotros a veces costosos sacrificios y particularmente nos exige especiales obras de apostolado.

B) v. 3. — *¿No es éste el artesano...?* — Es hecho absolutamente histórico que Jesús ejerció un oficio mecánico. La tradición cree que el de carpintero: sólo San Ambrosio y San Hilario creen que pudo ser trabajador del hierro. Artesano e hijo putativo de artesano. La dignidad personal, y menos la santidad, no están ligadas a una noble prosapia ni a una noble profesión. En esto ha subvertido el cristianismo el concepto mundano de la grandeza. Está ésta en la propia persona y no en los adyacentes de sangre, de profesión, de fortuna, etc. Nacidos todos para ser grandes, con la grandeza de hijos de Dios, ha puesto Dios la grandeza al alcance de todos y cada uno de nosotros, porque desde cualquier estado y profesión y linaje podemos conquistarla, ya que depende solamente de nuestro esfuerzo, colaborando con la gracia de Dios.

C) v. 3. — *¿El hijo de María...?* — Es de duke y profundo sentido este apelativo que dan los nazarenos a su paisano Jesús. Demuestra que Jesús y María estaban unidos por vínculo espe-

cial no sólo en el orden espiritual, sino hasta en el ciudadano, apareciendo a los ojos de todos como viviendo el uno para el otro. Jesús era el Hijo santísimo de María, como María era la amantísima Madre de Jesús. Es el ejemplo que deben dar todo hijo y toda madre de familia: porque estos íntimos y sagrados amores son como el núcleo de la vida social. El amor de madre e hijo es el más profundamente humano y el más regalado y fecundo: quiso Jesús consagrarlo con un amor ternísimo a su Madre. Como aparecieron en Nazaret ambos unidos, para ejemplo de sus conciudadanos, así aparecen en el plan de la redención y en la vida de la Iglesia, para consuelo y esperanza de cristianos.

D) v. 4. — *No hay profeta sin honor sino en su patria...* — Como es natural el amor patrio, y los hijos de una misma ciudad o patria se sienten como atados por vínculo especial, así viene a ser natural, dice San Beda, que los ciudadanos miren mal a sus ciudadanos: así ha sucedido no sólo con el Señor de los profetas, sino con todos ellos, Elías, Jeremías y los demás. Es porque no miran los ciudadanos las obras grandes del varón maduro, sino las fragilidades de su infancia. Por ello es que debemos dar en nuestra consideración a cada uno lo que en justicia le corresponde, para no esterilizar prendas y ministerios de nuestros paisanos, no sea que, como los nazarenos, y en otro plano y proporción, nos veamos privados de las gracias que generosamente se han concedido a los demás.

73. — RECORRE JESUS OTRA VEZ LA GALILEA
 MISION DE LOS APOSTOLES: Mt. 9, 35-38; 10, 1
 (Mc. 6, 6b.7; Lc. 9, 1.2)

**Evangelio de la fiesta de San Vicente de Paúl y de la Misa
 de la Propagación de la Fe (vv. 35-38)**

³⁶ Y recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, predicando el evangelio del reino, y sanando toda dolencia y toda enfermedad. ³⁷ Y viendo a las gentes, se compadeció de ellas: porque estaban fatigadas y decaídas, como ovejas que no tienen pastor. ³⁸ Entonces dice a sus discípulos: La mies es verdaderamente mucha, mas los obreros son pocos. ³⁹ Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe trabajadores a su mies.

¹ Y habiendo convocado a sus doce discípulos, les dió potestad

sobre los espíritus inmundos, ¹ *sobre todos los demonios*, para lanzarlos, y para sanar toda dolencia y toda enfermedad. ¹ *Y los envió, ^{mc} de dos en dos, ¹ a predicar el Reino de Dios y a sanar enfermos.*

Explicación. — Los apóstoles estaban ya formados para emprender por su cuenta, y bajo las instrucciones y dirección de Jesús, la predicación de la divina doctrina. Durante más de un año habían oído las enseñanzas de labios de Jesús, en los discursos públicos y en las instrucciones particulares. Habían sido testigos de sus procedimientos de apostolado, de sus milagros, de sus contradicciones y de sus triunfos. Por otra parte, la situación del pueblo de Dios es misérrima: hora es ya de que se intensifique la predicación del reino de Dios, haciendo Jesús de sus apóstoles colaboradores suyos en la grande obra.

NUEVA EVANGELIZACIÓN DE LA GALILEA (35-38). — Como Buen Pastor que ama a todas sus ovejas por igual, y que espontáneamente va a su encuentro, Jesús, después de su estéril predicación en Nazaret, sale a recorrer de nuevo la Galilea, predicando en todo lugar, grande y pequeño, porque a todos quiere para su reino: *Y recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, predicando el evangelio del reino. En todas partes muestra su poder y misericordia: Y sanando toda dolencia y toda enfermedad, a fin de que se convencieran por las obras aquellos a quienes no convencía la sola predicación.*

La visión de la miseria intelectual y moral de aquel pueblo, que pudo palpar Jesús durante aquella correría, y de la que quiso fuesen testigos los apóstoles, le llegó al corazón: *Y viendo a las gentes, se compadeció de ellas: porque estaban fatigadas y decaídas, como ovejas que no tienen pastor.* La comparación es gráfica: el pueblo de Dios es llamado rebaño de Dios muchas veces (Is. 63, 11; Ier. 10, 21; 13, 17; 23, 1; Ez. 34, 3; 36, 38, etc.). Más gráfica es aún la significación del original griego de las palabras en que se describe la suma miseria de aquel rebaño de Dios: esquilado, vejado, dilacerado, rendido y sin fuerzas, como grey sin pastos ni pastor;

todo por culpa de sacerdotes y doctores de la ley que no aparentaban aquel pueblo con la verdadera doctrina, y le vejaban material y moralmente en mil formas.

Entonces, para que se dieran cuenta de la magnitud de la miseria de aquel pueblo y sintiesen el estímulo de trabajar para reunir tanta mies en el granero de la futura Iglesia, dice a sus discípulos: La mies es verdaderamente mucha, mas los obreros son pocos, porque pocos eran los que buscaban el bien espiritual del pueblo. Consecuencia natural de la visión de tanto estrago es la oración a Dios, dueño del inmenso campo de las almas: Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe trabajadores a su mies. Es don de Dios el que tengan los pueblos buenos pastores; los pueblos pueden ayudar a ellos con su oración, que es la base primera y necesaria de toda gran reforma.

MISIÓN DE LOS APÓSTOLES (10, v. 1). — En este momento de su predicación, empieza Jesús a conferir sus poderes a los apóstoles, que deberán ser sus auxiliares en la propagación del Evangelio. Mt. no habla de la elección de los doce, que supone hecha ya (Mc. 3, 14; Lc. 6, 13); y empieza con el capítulo 10 a explicar su misión, para dar luego sus nombres y describir las instrucciones que les dió Jesús: *Y habiendo convocado a sus doce discípulos o apóstoles, les dió potestad sobre los espíritus inmundos, sobre todos los demonios. Como los reyes y príncipes, cuando confían a alguien alguna legación, les añaden sus poderes para conciliarles autoridad ante quienes son enviados, así Jesús les da a sus apóstoles poderes tales que sólo Dios se los pudiera dar. Y se los da Jesús en nombre propio, lo que revela su suprema potestad; y se los da semejantes a los que él ha ejercido por misión del Padre: Para lanzarlos, y para sanar toda dolencia y toda enfermedad. No sólo ello, sino que les dió el poder de magisterio, que deberán ejercer de dos en dos, para consuelo mutuo y para que tuviesen más fuerza en el ejercicio de su ministerio; Y los envió, de dos en dos, a predicar el Reino de Dios y a sanar enfermos.*

Lecciones morales. — A) v. 36. — *Se compadeció de ellas (de aquellas gentes): porque estaban... como ovejas que no tie-*

nen pastor. — La oveja es un animal sumamente doméstico: sin el auxilio del hombre, perece, por el hambre y víctima de los animales rapaces. Así el hombre está sometido por su misma naturaleza a una autoridad y a un magisterio, especialmente en las cosas de Dios, que son las de su fin. La suma miseria del hombre es quedar sin el pastor o con malos pastores en este punto vital. Tal era, dice el Crisóstomo, el estado del pueblo judío; quienes en él debían ejercer el oficio de pastor, se manifestaban lobos rapaces; porque cuando las turbas decían de Jesús: "Nunca se ha visto cosa tal en Israel", los fariseos decían: "Es en el príncipe de los demonios que arroja los demonios." De aquí la profunda conmiseración del Corazón de Jesús. De aquí se desprende la tremenda responsabilidad de quienes no hacen para con sus ovejas el oficio de buen pastor, así como la compasión que deben inspirarnos aquellos que carecen de pastor: multitudes ignorantes y llenas de prevenciones, entendimientos extraviados, pobres ovejas que han huído del redil de la Iglesia, etc.

B) v. 37. — *La mies es mucha, mas los obreros son pocos.* — La mies copiosa, dice San Jerónimo, es la multitud de los pueblos; los escasos obreros, la penuria de maestros. Es una gran desgracia del mundo, de las naciones, de las ciudades, de los organismos, no tener hombres capaces de guiarlos. Es como una decapitación de las agrupaciones; porque el hombre debe ser naturalmente enseñado y gobernado. Y es algo que depende solamente de Dios: porque si bien los que han degenerado de su magisterio tienen su responsabilidad personal, es Dios, que gobierna los pueblos, el que en su Providencia consiente les falten directores. Por esto se impone la oración, porque sólo Dios puede remediar tamaña calamidad: "Rogad al Señor de la mies que envíe operarios a la mies..." (v. 38). Así debe hacerlo el pueblo cristiano para que jamás le falten maestros dignos que le guíen.

C) 10, v. 1. — *Y habiendo convocado a sus doce discípulos...* Convocar es agrupar llamando: Jesús convoca a sus Doce antes de conferirles sus poderes, para significar el origen de su poder y la unidad de su ministerio. En la Santa Iglesia, todo poder deriva de Jesús, y todo debe estar religado a Jesús: no hay poder legítimo, ni en su origen ni en su ejercicio, fuera de Jesús. Y con respecto a los partícipes de este poder, no sólo deben estar atados a Jesús, sino que deben estarlo entre sí. Todo poder que quiso comunicar Jesús al Colegio Apostólico, lo comunicó solidariamente a sus apóstoles, y solidariamente debe ejercerse bajo la

suprema autoridad y dirección del sucesor del Príncipe de ellos, que es el Papa. Salir de esta norma es, aun haciendo el bien, privarle de su máxima eficacia, exponerse a desedificar, y debilitar los vínculos de la caridad apostólica que debe presidir el ejercicio de nuestros ministerios.

D) V. 1. — *Les dió potestad...* — Como la miseria del mundo era múltiple, así dió Jesús a sus discípulos facultades múltiples. Del seno de su poder infinito, sacó multiplicidad de remedios para curar la multitud de nuestros males: para combatir a los demonios, para devolver la salud a los cuerpos, para curar las llagas del espíritu. Y quiso que estos poderes los tuvieran hombres y se perpetuaran entre los hombres, para que donde está el mal se halle también la medicina. Gran misericordia de Dios es el que viniese al mundo para curarnos; no es menor que multiplicara los médicos y los pusiera a nuestro alcance, en todas partes, en toda la serie de los siglos.

74. — INSTRUCCIONES DE JESUS
A SUS APOSTOLES: PRIMERA PARTE: Mt. 10, 5-15
(Mc. 6, 7-11; Lc. 9, 3-5)

Evangelio de la Misa «Pro peregrinantibus» (7-14)

⁶ A estos doce envió Jesús, mandándoles y diciendo: No andéis por camino de gentiles, ni entréis en las ciudades de los samaritanos. ⁷ Sino id más bien a las ovejas que perecieron de la casa de Israel. ⁸ Id y predicad, diciendo: Que se acercó el Reino de los cielos. ⁹ Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios: de balde recibisteis; dad de balde. ¹⁰ ^L Y les dijo: No poseáis oro, ni plata, ni dinero, ^{MC} ni cobre en vuestras fajas. ¹¹ ^L No llevéis nada: ni alforja para el camino, ^{MC} ni pan, ni dos túnicas, ni calzado, ^{MC} sino sandalias, ni bastón (^{MC} sólo el bastón); porque digno de su alimento es el trabajador. ¹² ^{MC} Y deciales: En cualquier ciudad o aldea en que entrareis, preguntad quién hay en ella digno: y estaos allí, ^L y no salgáis hasta que marchéis. ¹³ Y cuando entréis en la casa, saludadla, diciendo: Paz a esta casa. ¹⁴ Y si aquella casa fuere digna, vendrá sobre ella vuestra paz: mas si no fuere digna, vuestra paz se volverá a vosotros. ¹⁵ Y todo el que no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, al salir fuera de la casa, o de la ciudad, sacudid ^L hasta el polvo de vuestros pies, ^L en testimonio contra ellos. ¹⁶ En verdad os digo: Que habrá menos rigor para la tierra de

los de Sodoma y de Gomorra, en el día del juicio, que para aquella ciudad.

Explicación. — En este número y los dos siguientes se comprende el amplio discurso pronunciado por Jesús a sus apóstoles con objeto de darles instrucciones para su ministerio. Lo que el discurso de la Montaña es para el pueblo cristiano en general, es éste para los que deban ejercer misión de evangelizadores. Divídese el discurso, que abarca casi todo el capítulo 10 de Mt., en tres partes: la primera, que se estudia en este número, vv. 5-15, contiene los avisos que da Jesús a sus apóstoles para su misión temporal en la Galilea, que iban a emprender; la segunda, vv. 16-23, los que deberán tener presentes en su futura evangelización de todo el mundo; la tercera, vv. 24-42, contiene los preceptos relativos a todos los predicadores del Evangelio. Separa la primera parte de la segunda, y ésta de la tercera, la frase: “En verdad os digo” (vv. 15.23). Ignórase si pronunció Jesús este discurso de una vez, o si recogió aquí Mt. las instrucciones dadas por Jesús a sus discípulos en distintas ocasiones; cabe decir aquí lo que se ha dicho del Sermón del Monte (núm. 48). Mc. y Lc. sólo dan un breve resumen en los lugares paralelos arriba indicados y que sólo comprenden el texto de este número.

AVISOS A LOS APÓSTOLES EN ORDEN A LA MISIÓN EN GALILEA (5-15). — Movido a misericordia por las miserias múltiples del pueblo de Dios, resuelve Jesús enviar a los Doce, con instrucciones precisas, para que hubiese en ellos uniformidad de doctrina y de acción: *A estos doce envió Jesús, mandándoles y diciendo...*

Refiérese el primer aviso al lugar en que deberán ejercer su misión. No será a los pueblos de la gentilidad ni de Samaria. Respecto de los primeros, ni siquiera entrarán los apóstoles en los caminos que a ellos conducen; es una prohibición absoluta de evangelizar a los gentiles que viven fuera de los límites del pueblo de Dios: *No andéis por camino de gentiles*. Respecto de los segundos, no entrarán en sus ciudades, porque la Samaria era integrada por gentes que los reyes de Asiria

habían enviado a la Palestina cuando la destrucción del pueblo de Israel, y aunque adoraban al Dios de los judíos, eran rivales de ellos en el orden religioso: *Ni entréis en las ciudades de los samaritanos*. En cambio, como el mismo Jesús, predicarán al pueblo de Israel (Mt. 15, 24), porque antes debe ofrecerse la gracia del Evangelio al pueblo de Dios; cuando éste la rechace, ya vendrá el día de predicar a los paganos: *Sino id más bien a las ovejas que perecieron de la casa de Israel*. A los hijos de Jacob se les debía de justicia, derivada de la promesa; a los gentiles les vendría la predicación por pura misericordia.

Indícales luego el tema de la predicación: *Id y predicad, diciendo: Que se acercó el Reino de los cielos*. Es el mismo tema que anunció el Bautista y que anuncia Jesús: importa la extirpación de los vicios, la aceptación de la gracia, las sanciones eternas. Para que su predicación no sea rechazada como de hombres rústicos e indoctos, y para que tenga su doctrina la garantía de una enseñanza celeste, les manda confirmarla, como con divino sello, con milagros de toda suerte, sobre la vida, las enfermedades, los demonios: *Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios*.

Les prohíbe reciban nada a cambio de los dones espirituales que a los pueblos confieran: *De balde recibisteis; dad de balde*. Con lo que les previene contra el orgullo, ya que nada tienen de sí, y condena toda suerte de avaricia, especialmente el pecado de simonía. Alude también quizá a la costumbre de los rabinos, que exigían estipendio por sus enseñanzas.

Mándales suma pobreza en su misión; ellos deben ser la demostración viva del mandato de Jesús: Buscad antes que todo el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará de sobretasa (Mt. 6, 33): *No poseáis oro, ni plata, no queráis ganar dinero, en grandes ni pequeñas cantidades, ni dinero, ni cobre en vuestras fajas, donde solían guardarse las monedas o de donde colgaban los bolsos que las contenían. No llevéis nada: ni alforja para el camino, ni pan, ni dos túnicas, o prendas interiores, ni calzado que cubra todo el pie, sino sandalias, simples suelas de madera o cuero, atadas con correas*

al pie: *ni bastón* (Mc. *sólo el bastón*). Esta pequeña divergencia entre los dos Evangelistas en la cuestión del báculo de viaje se concilia atendiendo más al espíritu que a la letra: "Tomad un bastón, no toméis ninguno...", dice San Agustín, esta última fórmula es un poco más hiperbólica que la primera." Es decir, que los Evangelistas expresan con fórmulas diversas un mismo pensamiento de Jesucristo: "que no llevarán consigo sino lo necesario"; lo que Mc. significó con la fórmula "solamente bastón", porque el que esto lleva nada superfluo lleva, y Mt. y Lc. con esta otra, "ni bastón", que no falta al más miserable. El P. Power expuso en la Revista "Bíblica" una explicación ingeniosa y no desprovista de fundamento. Los pastores en Palestina suelen llevar dos varas: una que cuelga del ceñidor, y sirve para defender al ganado contra las fieras, y otra para regir el rebaño. Jesucristo, en Mt. y Lc., les prohibiría el bastón o palo de defensa, y en Mc., les permitió llevar la vara de regir. La razón de este desasimiento es la suma confianza que deben tener en la providencia de Dios, quien, no dejando perecer a las avecillas, dará a sus misioneros lo necesario para la vida: *Porque digno de su alimento es el trabajador*.

Y sobre la forma de elegir casa en que se hospeden durante los días de la predicación en pueblos y ciudades, *deciales: En cualquier ciudad o aldea en que entrareis, preguntad quién hay en ella digno, a fin de que la dignidad y eficacia de la predicación no se vean comprometidas por la mala fama de quien os reciba: Y estaos allí, y no salgáis hasta que marchéis, a fin de que no aparezcáis inconstantes o amantes del bienestar, con menosprecio de quien os recibió primero. Y cuando entréis en la casa, en que hayáis resuelto hospedaros, o en cualquier otra, saludadla, diciendo: Paz a esta casa; es la fórmula usada en Israel para el saludo, desde tiempo antiguo (Gen. 43, 23; Iud. 19, 20, etc.), aunque en labios de los apóstoles tenía un sentido más elevado y espiritual de paz evangélica. Y si aquella casa fuere digna, vendrá sobre ella vuestra paz; si hay en ella quienes deseen los bienes de la paz mesiánica, Dios se los concederá. Mas si no*

fuere digna. vuestra paz se volverá a vosotros, no producirá el efecto que debiera haber producido y quedará a vuestra disposición para darla a otros.

Por fin, podría suceder que los pueblos no recibiesen a los apóstoles ni a su doctrina: contaba ya Jesús con numerosos enemigos. Para este caso, va el último aviso: *Y todo el que no os recibiere, ni oyere vuestras palabras, al salir fuera de la casa, o de la ciudad, sacudid hasta el polvo de vuestros pies, en testimonio contra ellos;* alude aquí Jesús a la acción simbólica prescrita por los rabinos y que los fariseos no dejaban jamás de practicar, de sacudir el polvo de los pies siempre que entraban en la Palestina de regreso de país pagano, como si dijeran: Nada queremos común con vosotros. Con lo cual los apóstoles declararían impuras y contumaces las ciudades en que hubiesen sido rechazados. El castigo reservado a estas ciudades será más tremendo que el que sufrieron Sodoma y Gomorra, porque éstas no recibieron la visita de los evangelizadores de la buena nueva: *En verdad os digo: Que habrá menos rigor para la tierra de los de Sodoma y de Gomorra, en el día del juicio, que para aquella ciudad.*

Lecciones morales. — A) v. 5. — *A estos doce envió Jesús, mandándoles...* — Cabe ponderar ante todo la suma autoridad con que da Jesús sus preceptos a los Apóstoles. Les da misión, doctrina, gracia de milagros; les enseña los lugares que han de evangelizar, las condiciones en que deben hacerlo, su conducta para con los dóciles y para con los rebeldes. Y todo esto, prescindiendo en absoluto de todo poder humano. Aumenta lo maravilloso de esta misión si se atiende que el mismo Jesús no hacía aún dos años era un simple artesano, y que los Apóstoles eran gente sencilla e iliterata. Es una de las pruebas más luminosas de la divinidad de Jesús y de su doctrina. Ningún hombre hizo jamás cosa semejante. Hoy mismo se reproduce el fenómeno, porque es el mismo Jesús el que envía, y son sencillos hombres los enviados, que hacen su camino prescindiendo de toda fuerza humana, a veces contra toda fuerza humana. Pero ha dicho el Apóstol que la debilidad de Dios es más fuerte que lo más fuerte de los hombres (1 Cor. 1, 25).

B) v. 8. — *Sanad enfermos, resucitad muertos...* — Para que

arraigara la fe en los comienzos de la predicación concedió Jesús a los primeros predicadores el carisma de obrar milagros; cuando estuvo arraigado el árbol de la Santa Iglesia, éstos se hicieron más raros. Es la política de Dios en el gobierno de las almas: cuando crecen los males, revela Dios su providencia con intervención sobrenatural y extraordinaria; así ha sucedido en diversos períodos de la historia de la Iglesia. Está Dios como una fuerza latente en la vida del cristianismo: cuando fallan los recursos ordinarios, suple Dios con las magnificencias de su poder. La historia de algunos santos, santuarios, organismos, instituciones, etc., habla muy alto en este punto.

c) v. 9. — *No poseáis oro, ni plata...* — Condena aquí Jesús en absoluto todo tráfico con las cosas espirituales. Los dones de Dios no tienen precio; ponérselo, es envilecerlos. Las cosas del cielo jamás podrán ser abajadas hasta el nivel de las de la tierra, aunque se trate de oro y piedras preciosas. Por esto ha sido siempre considerada la simonía como pecado nefando en la Iglesia. Todo lo que pueda percibirse por razón de administración de sacramentos, celebración de misas, concesión de gracias, etc., tiene razón de justo estipendio para el sostenimiento del culto de Dios y de sus ministros, porque “digno es el trabajador de su alimento” (Mt. 10, 10): jamás deberá considerarse como equivalencia de las gracias espirituales concedidas.

d) v. 12 — *Paz a esta casa...* — No debiéramos olvidar nunca, ni dejar cayeran en desuso, las fórmulas de salutación cristiana introducidas por la fe de nuestros mayores en las costumbres domésticas y ciudadanas. Son una manifestación de piedad, un medio de apostolado y una plegaria.

e) v. 15. — *Habrà menos rigor para los de Sodoma...* — El pecado de Sodoma fué contra la naturaleza, y estos pecados los castiga Dios de una manera especial; por esto vino fuego del cielo para destruir las ciudades nefandas. El pecado que se cometa contra los evangelizadores de Dios es, hasta cierto punto, un pecado contra el Dios que los envía; y Dios, que es celoso de su honra, no dejará sin gravísimo castigo a los pueblos, gobiernos, organismos que atenten contra los mensajeros de Dios. La historia es muy elocuente en este punto. Dios suele abandonar a los pueblos que no quieren o que vejan a sus enviados; y el mayor castigo que pueda sufrir un pueblo es que Dios le deje sin El, es decir, sin fe, sin amor sobrenatural, sin institu-

ciones cristianas, sin culto, sin los múltiples dones divinos de que son heraldos o intermediarios los ministros de Dios.

75. — INSTRUCCIONES DE JESUS
A SUS APOSTOLES: SEGUNDA PARTE: Mt. 10, 16-23

Evangelio de la fiesta de San Bernabé y de la Conmemoración de San Pablo (vv. 16-22)

¹⁶ Ved que yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas. ¹⁷ Y guardaos de los hombres. Porque os harán comparecer en sus asambleas, y os azotarán en sus sinagogas: ¹⁸ y seréis llevados ante los gobernadores y los reyes por mi causa, en testimonio para ellos y para los gentiles. ¹⁹ Y cuando os entregaren, no penséis cómo o qué habéis de hablar: porque en aquella hora os será dado lo que hayáis de hablar. ²⁰ Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros. ²¹ Y el hermano entregará a muerte al hermano, y el padre al hijo: y se levantarán los hijos contra los padres, y los harán morir. ²² Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre: mas el que perseverare hasta el fin, éste será salvo. ²³ Y cuando os persiguieren en esta ciudad, huid a la otra. En verdad os digo, que no acabaréis las ciudades de Israel, hasta que venga el Hijo del hombre.

Explicación. — En esta segunda parte de su discurso, Jesús traslada a sus discípulos a otros tiempos y a otros horizontes. Los tiempos son los que sucederán a la resurrección del Señor; los horizontes son tan dilatados como la tierra. Se trata, pues, de la predicación universal del Evangelio, cuando Jesús haya subido a los cielos. Con ello Jesús les demostraba su presciencia, les daba documentos que les confortaran en el trance de su Pasión, y les prevenía para que no les sorprendieran los trabajos.

AVISOS A LOS APÓSTOLES EN ORDEN A LA MISIÓN UNIVERSAL. — *Ved que yo os envío como ovejas en medio de lobos:* Es un exordio solemne en el que, bajo la metáfora expresiva del lobo y de la oveja, se indican los graves y numerosos peligros de todo orden a que se verán expuestos los apóstoles.

El hecho de que él les envíe es garantía de que vencerán a sus adversarios. Pero para que no se malogre la mies que hay que recoger, es preciso mucha circunspección y prudencia: *Sed, pues, prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas*. La serpiente ha sido siempre el emblema de la prudencia hábil: deberán ser prudentes en la predicación de la doctrina, en la integridad de vida, en evitar los peligros. La paloma es símbolo de la inocencia, de la sinceridad, del candor. Ambas virtudes son necesarias: la prudencia sin la sencillez es astucia, picardía; la sencillez sin la prudencia malogra las mejores disposiciones personales y las buenas empresas, por la malicia y dolo de los demás.

Baja luego Jesús a algunos pormenores en que deben demostrar los apóstoles su prudente sencillez: *Y guardaos de los hombres*, recelando cautelosamente de aquellos que son enemigos del reino de Dios, por el daño que de aquí puede venir a los apóstoles y a su obra. El primero de los daños es que serán llevados a los tribunales: *Porque os harán comparecer en sus asambleas*, de los judíos, en los concilios y sinedrios que para la administración de justicia había en las localidades. Luego vendrá el daño de las sanciones judiciales: *Y os azotarán en sus sinagogas*; la pena de azotes se infligía en las sinagogas (Act. 22, 19; 26, 11); hasta 39 azotes podía decretarlos el jefe de la sinagoga; la muerte por flagelación sólo podía imponerla el gran Sinedrio, aunque ya no en época de la dominación romana, como se ha dicho. El tercer daño que podrán sufrir es ser llevados a los mismos tribunales, cónsules y reyes de la gentilidad: *Y seréis llevados ante los gobernadores y los reyes por mi causa*; lo que os deberá servir de consuelo, por la esperanza de la victoria y del premio. Todo ello será gloriosa ocasión de dar testimonio de Cristo ante judíos y gentiles: *En testimonio para ellos y para los gentiles*. O bien será prueba de convicción contra ellos el día del juicio, por haber rechazado el reino de Dios.

Para el caso de que vengan a parar en manos de la justicia humana, no deben sentir la congoja de buscar lo que deban decir y la forma de proponerlo: *Y cuando os entrega-*

ren, no penséis cómo o qué habéis de hablar. La razón es que, sobre ellos, habrá quien cuide con diligencia y sugiera a los acusados lo que deban decir: *Porque en aquella hora os será dado lo que hayáis de hablar.* Porque tratándose de la causa de Dios, Dios mismo, que es su Padre, cuidará de la defensa de sus intereses, poniendo en su boca las palabras que les dicte su Espíritu: *Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros.* De hecho, apóstoles, mártires, confesores, han sido la confusión de jueces, filósofos, gobernantes; aun tratándose de gente ruda, de doncellas y niños: para todos había hecho Jesús esta promesa.

Ni deberán pasmarse los apóstoles de que sean objeto de crueles persecuciones, porque el odio contra Cristo y su doctrina no respetará los lazos de naturaleza y sangre más profundos; nada hay más destructor que los odios de religión, como nada hay que conduzca a mayores sacrificios como el amor de la religión verdadera: *Y el hermano entregará a muerte al hermano, y el padre al hijo: y se levantarán los hijos contra los padres, y los harán morir.* Y si esto sucede con los que están unidos por estrechos vínculos de la sangre, más a los apóstoles, que se hallarán aislados, frente el odio de todo el mundo: *Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre.* No deberán por ello desfallecer, porque la recompensa final es a condición de perseverar en la confesión y predicación del Evangelio hasta el fin de la vida: *Mas el que perseverase hasta el fin, éste será salvo.*

Con todo, deben ser prudentes frente la persecución, no exponiendo inútilmente la vida con daño del Evangelio: *Y cuando os persiguieren en esta ciudad, huid a la otra.* No sólo pueden, sino que deben huir, para la mayor difusión del Evangelio; fundada una Iglesia, en la que constituyan sacerdotes a quienes confíen los intereses espirituales, tan luego se levante la persecución, vayan a otra parte a fundar otra. Así lo hicieron los apóstoles (Act. 8, 4; 13, 51; 14, 6; 17, 10, etcétera).

En verdad os digo, que no acabaréis las ciudades de Is-

rael, hasta que venga el Hijo del hombre. Varias interpretaciones se han dado de estas últimas palabras. He aquí las principales. Según unos, se trata en ellas de la última venida de Jesús en el juicio final; y entonces el sentido es que el apostolado cristiano no acabará hasta que haya sido predicado el Evangelio en todas las ciudades de Israel, no sólo de la Palestina, sino de todas las en que habitan israelitas, lo que sucederá cuando toda la masa pagana se haya convertido a Cristo, antes del fin del mundo (Rom. 11, 25). Según otros, Jesús, al hablar de su venida, se referiría a la destrucción de Jerusalén, que ocurrió unos 40 años después de este discurso; en este caso el sentido sería, que antes que hayan evangelizado toda la Palestina, se habrá hecho justicia contra los judíos rebeldes al Evangelio. Los más dicen que aquí Jesucristo, como en el sermón escatológico, se refiere indistintamente a los dos acontecimientos: destrucción de Jerusalén y juicio final; de modo que aquélla sea tipo de ésta. La consumación de las ciudades de Jerusalén significaría su total evangelización y conversión, y ésta representaría a su vez la conversión de todo el mundo. Así, pues, el sentido sería: No terminaréis vuestra misión hasta el fin del mundo.

Lecciones morales. — A) v. 16. — *Vo os envío como ovejas en medio de lobos...* — No frente los lobos, sino en medio de los lobos, que son todos los enemigos del nombre de Dios y de su Cristo. Quien entre lobos debe vivir, trabajando por Cristo, por su verdad, por el establecimiento y defensa de su reino, debe ser como una oveja, que con su mansedumbre calme la ira y encono del adversario, y sane los males de los pecadores con las propias heridas pacientemente recibidas y toleradas. Y si alguna vez las exigencias del cielo o los deberes de la autoridad le obligan a la rigidez, para la corrección de los malos, para la conservación de la doctrina o de la disciplina, véase siempre en ello el amor que mueve, no la dureza, demostrando por fuera el amor de la justicia y de la verdad, y por dentro las entrañas de la paternidad, dice San Gregorio.

B) v. 16. — *Sed prudentes como las serpientes...* — Es éste un gran precepto que debieran tener presente siempre todos los que ejercen algún apostolado, incluso todos los cristianos. El

celo imprudente malogra las mejores cosechas en el campo del apostolado. El celo simple, excesivamente confiado, informado a veces de lo que podríamos llamar candorosa necesidad hace la labor infructífera, porque la deja sometida a las insidias y a la malicia del hombre enemigo. El celo que se sirve de los artificios de la humana astucia, cae en la esterilidad, porque engendra la desconfianza; pues nunca el hombre, ni a pretexto de que se haga el bien o se le haga un bien, tolera el artificio como sistema. La prudencia, como es la norma de toda vida ordenada y provechosa, así debe ser alma de todo apostolado. El hombre prudente lo ve todo, el pro y el contra, lo principal y lo accesorio, lo de siempre y lo del momento; pesa todos los factores, calcula todas las resistencias, deduce las probabilidades de éxito y utiliza lo que es más eficaz para el bien que intenta hacer, en aquel momento, en la mayor medida posible. Después de Jesús, que en los Evangelios se nos presenta como el perfectísimo modelo de prudencia y de sencillez, quizá San Pablo sea, en la historia del Cristianismo, el que mejor ha juntado estas dos condiciones del verdadero apóstol.

c) v. 17. — *Guardaos de los hombres...* — Todo apóstol, todo cristiano, debe guardarse de los hombres, no confiándose a nadie que no esté bien probado en aquello para que quiera utilizarse. El interés personal de nuestro prójimo puede suplantar a nuestro celo, y entonces hallaremos un instrumento de destrucción donde buscábamos colaboración. O bien trabajaremos a la buena de Dios, sin contar con el hombre astuto que observa nuestra obra y la ataca cuando y donde no pensábamos. O descansaremos en un indiscreto que, aun sin quererlo, nos expone a daños graves. Cuando no sea un lobo vestido de piel de oveja, que llegue a hacerse con todos nuestros recursos y con toda nuestra estrategia, para inutilizar todos nuestros esfuerzos en un lugar y en un momento determinados.

d) v. 22. — *Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre...* Ama naturalmente el hombre el amor de sus semejantes; la simpatía de aquellos con quienes convive es dulce alimento de su corazón. Cuando esto se logra siguiendo los caminos de la rectitud y en el cumplimiento de todos los deberes, es uno de los bienes con que Dios puede regalar la vida, el amor de los hermanos. Difícilmente se logra ello siempre: la lucha entre el bien y el mal se convierte en lucha entre buenos y malos; y la lucha engendra persecución y encono. Es ley inevitable de la vida cris-

tiana que “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Tim. 3, 12). No debe ello amedrentarnos ni entristecernos, mientras sea por la justicia y por el nombre de Cristo, porque sólo los que, a pesar de todas las contradicciones, perseveren hasta el fin, serán salvos.

E) v. 22. — *El que perseverare hasta el fin, éste será salvo.* Persevera hasta el fin el que guarda incólume la fe que profesó y ajusta a la misma, sin claudicar, toda su vida, aunque deba vivir en medio de las más desencadenadas persecuciones, que se convertirán en premio eterno. Es difícil la perseverancia, porque somos por naturaleza débiles e inconstantes: porque somos débiles, nos vencen con facilidad los enemigos, los de dentro y los de fuera; porque somos inconstantes, somos vencidos por nuestra pereza nativa, por nuestra desidia, por nuestra volubilidad, que no nos dejan seguir día tras día, todo un año y toda la vida, el camino inflexible de nuestro deber. Debemos pedir a Dios con insistencia el precioso don de la perseverancia final.

76. — INSTRUCCIONES DE JESUS A SUS APOSTOLES: TERCERA PARTE: Mt. 10, 24-42

Evangelio de las dos misas del Común de Mártires no Pontífices (vv. 26 32 y 34-42)

²⁴ No está el discípulo sobre el maestro, ni el siervo sobre el señor. ²⁵ Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si llamaron Beelzebub al padre de familias: ¿cuánto más a sus domésticos? ²⁶ Pues no los temáis: porque nada hay encubierto que no se haya de descubrir, ni oculto que no se haya de saber. ²⁷ Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz: y lo que oís al oído, predicadlo sobre los tejados. ²⁸ Y no temáis a los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma: temed antes al que puede echar el alma y el cuerpo en el infierno. ²⁹ ¿Por ventura no se venden dos pajarillos por un cuarto: y uno de ellos no caerá sobre la tierra sin disposición de vuestro Padre? ³⁰ Aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. ³¹ No temáis, pues, porque mejores sois vosotros que muchos pájaros.

³² Todo aquel, pues, que me confesare delante de los hombres, lo confesaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos. ³³ Y el que me negare delante de los hombres, lo negaré yo

también delante de mi Padre, que está en los cielos. ⁸⁴ No penséis que vine a traer paz a la tierra: no vine a traer paz, sino espada. ⁸⁵ Porque vine a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra: ⁸⁶ y los enemigos del hombre, los de su casa.

⁸⁷ El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí. Y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. ⁸⁸ Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. ⁸⁹ El que halla su alma, la perderá: y el que perdiere su alma por mí, la hallará.

⁹⁰ El que a vosotros recibe, a mí recibe: y el que a mí recibe, recibe a aquel que me envió. ⁹¹ El que recibe a un profeta a título de profeta, galardón de profeta recibirá: y el que recibe a un justo a título de justo, galardón de justo recibirá. ⁹² Y todo el que diere de beber a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría tan solamente a título de discípulo, en verdad os digo que no perderá su galardón.

Explicación. — Contiene esta última parte las instrucciones relativas a todas las predicaciones del Evangelio. Así Jesús ha formulado la carta magna de la evangelización del mundo, para mientras viva él, para luego de su muerte y para la sucesión de los siglos. Como en la segunda parte, la idea dominante es la de los deberes apostólicos en medio de las contradicciones de todo género.

Anunciadas las persecuciones a sus apóstoles, Jesús les da las siguientes interesantísimas lecciones:

PRIMERA: *Les anima con el ejemplo de sí mismo y el pensamiento de la Providencia del Padre sobre ellos (24-31).* — Jesús es el Maestro, el Señor, el Padre de familias; los apóstoles son los discípulos, los siervos, los domésticos; por ello no deben creerse de mejor condición que quien les envía; serán tratados como el mismo Jesús: *No está el discípulo sobre el maestro, ni el siervo sobre el señor.* Vendrán las persecuciones; no deben por ello desalentarse, sino gloriarse en ser iguales que el maestro: *Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor.* A Jesús, que es el padre de la gran familia humana, "Padre de los tiempos futuros"

(Is. 9, 6), tuvieron sus perseguidores la procacidad de llamarle Beelzebub, mote que equivale a “padre de las moscas”, “señor de la mansión” (del infierno), “dios del estercolero”; cosas más graves deberán esperar aún los apóstoles, auxiliares y domésticos de Jesús: *Si llamaron Beelzebub al padre de familias: ¿cuánto más a sus domésticos?* De estas palabras de Jesús ha nacido el valor incommovible del apostolado cristiano, en la tesis (Rom. 5, 3; 1 Petr. 4, 14, etc.) y en el hecho de la evangelización del mundo.

Esta conformidad con Cristo debe quitarles todo temor: socios de la tribulación, lo serán asimismo del triunfo: *Pues no los temáis.* Como Jesús ha sido el grano de trigo escondido en las entrañas de la tierra, para ser luego proclamado ante la faz del mundo como redentor de los hombres, así los apóstoles serán perseguidos, en su persona y en sus doctrinas; pero éstas se abrirán paso, y los que las sembraron serán considerados como bienhechores de la humanidad: *Porque nada hay encubierto que no se haya de descubrir, ni oculto que no se haya de saber.* Por ello, sin temor alguno. con el espíritu abierto, lo que Jesús ha enseñado en el pobre rincón de la Palestina, deben ellos predicarlo bajo todo cielo, en todo el mundo: *Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz:* y lo que les ha comunicado en las confidencias del trato íntimo que con ellos ha tenido, habrán de anunciarlo en los lugares públicos, para ser oídos de todos: *Y lo que oís al oído, predicadlo sobre los tejados,* que en la Palestina eran planos, lugar de reunión y de conversación con los vecinos de otras casas y de la calle.

Dos motivos podrían tener de temor, en la predicación del Evangelio; lo que pudiesen hacerles los hombres y lo que les puede hacer Dios. El temor humano deben desecharlo, porque son cosas temporales y breves las que los hombres pueden infligir; por ello hay que desestimarlas, predicando con toda confianza y audacia: *Y no temáis a los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma.* Por el contrario, deben temer a Dios vengador, que puede castigar todo el ser de los negligentes o apóstatas, alma y cuerpo, con los tormentos

eternos: *Temed antes al que puede echar el alma y el cuerpo en el infierno.*

No sólo es el temor lo que debe incitar a los apóstoles al cumplimiento de su ministerio: es la benigna y suavísima providencia de Dios, que les rodeará de toda suerte de cuidados, haciendo que todo se les convierta en bien; lo que prueba Jesús con una comparación pintoresca: *¿Por ventura no se venden dos pajarillos por un cuarto: y uno de ellos no caerá sobre la tierra sin disposición de vuestro Padre?* Véndense dos pájaros por un as, que es la menor de todas las monedas (6 a 7 céntimos), lo cual significa la vileza de estas bestezuelas; con todo, ni un pajarillo muere sin la voluntad y beneplácito de Dios: ¿cuánto más cuidará de hombres racionales, partícipes de su poder y sus plenipotenciarios en la Evangelización del mundo? Tanto cuida de ellos Dios, que conoce sus cosas más insignificantes y superfluas: *Aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados.* Lo que está minuciosamente contado se guarda con cuidado; conociendo el Padre hasta las cosas mínimas de sus apóstoles, nada tienen éstos que temer, siendo sin comparación más dignos que los pajarillos: *No temáis, pues, porque mejores sois vosotros que muchos pájaros.*

SEGUNDA: *Obligación y premio de confesar virilmente la fe* (32-36). — Este aviso va dirigido a todos, apóstoles y creyentes. Quien viviendo en Cristo lo confesare públicamente, no sólo en el secreto de su corazón, con la palabra y con las obras, Cristo le reconocerá como suyo ante el Padre, y le dará testimonio de su nombre y de su vida ante Dios, y le dará una participación de su herencia: *Todo aquel, pues, que me confesare delante de los hombres, lo confesaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos.* En la hipótesis contraria, será negado y condenado: *Y el que me negare delante de los hombres, lo negaré yo también delante de mi Padre, que está en los cielos.*

De esta necesidad de la pública confesión, y de los peligros de la negación de la fe, se colige que habrá discordia entre creyentes y no creyentes; las luchas más enconadas

das, que repercuten en todo orden de la vida, son las luchas de ideas. Ello no debe sorprender a los apóstoles; ni es contrario a la paz del reino mesiánico, que no puede implantarse sin lucha con el mal y con las pasiones sus aliadas. De esta lucha, Jesús es la causa motiva, no la eficiente: por su predicación ha venido la guerra buena, en substitución de la paz mala. *No penséis que vine a traer paz a la tierra: no vine a traer paz, sino espada*, emblema de la guerra. Esta lucha puede entablarse entre individuos de la misma familia, si unos creen y otros no: *Porque vine a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra*; la juventud contra la mayor edad, la pasión contra la serenidad de la fe. Todas las revoluciones intelectuales comienzan por la juventud; así se verificarán las palabras de Miqueas, 7, 6: *Y los enemigos del hombre, los de su casa*.

TERCERA: *El amor a Jesús y a su cruz sobre todas las cosas* (37-39). — Estas luchas intestinas, originadas por la predicación y profesión de la fe, pondrán en juego las afecciones más caras y legítimas; sobre todas ellas debe triunfar el amor a Cristo: *El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama a su hijo a su hija más que a mí, no es digno de mí*; es decir, no es apto para el Evangelio, ni para el premio prometido a los seguidores de Cristo, que deben ser de ánimo esforzado, hasta romper toda ligadura de carne y sangre.

Ni basta romper los vínculos de las más caras afecciones para seguir a Cristo; es preciso vencerse a sí mismo, llegando, si es preciso, hasta la muerte por Cristo: *Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí*. La cruz es el signo representativo de todo género de tormento: todas las penas interiores y exteriores vienen representadas por la cruz, género de suplicio adoptado ya en la Palestina por los romanos, y al que seguramente alude Jesús como tormento que tiene él mismo reservado.

De no llegar a dar la vida por Cristo, si fuere preciso, podría sobrevenir a sus discípulos una gran desgracia, que expresa Jesús en una paradoja de profundo sentido: *El que halla*

su alma, la perderá; y el que perdiere su alma por mí, la hallará. Fúndase la paradoja en la doble acepción de la palabra "alma", que unas veces significa la vida material y otras la sobrenatural y eterna. Quien no sacrifica la vida temporal por Cristo, perderá la eterna; quien llega a tolerar la muerte por Cristo, vivirá eternamente.

CUARTA: *Galardón reservado a los discípulos de los apóstoles* (40-42). — Había antes (v. 14) dicho Jesús que los apóstoles serían rechazados, señalando la pena a quienes no les recibiesen. Ahora consuela a apóstoles y discípulos, indicando a aquéllos su dignidad excelsa, y a éstos el premio que lograrán recibiendo como a embajadores suyos: *El que a vosotros recibe, a mí recibe; y el que a mí recibe, recibe a aquel que me envió*. Demuestra con ello Jesús cuán unido está a sus apóstoles y cuánto les quiere. Les abre con estas palabras todas las casas del universo y considera como un honor personal el que a ellos se hace.

Y no sólo el que recibe a un apóstol tendrá su merced, sino quienquiera que reciba a un enviado de Dios como tal, en lo que van comprendidos todos los que ejercen una misión evangelizadora en nombre de Dios: *El que recibe a un profeta a título de profeta*, en cuanto ejerce el oficio de profeta, *galardón de profeta recibirá*, porque habrá colaborado a la misión del profeta, recibiendo y sustentándole. Hasta los que concedan hospitalidad a un simple particular, como sea justo, y cooperen a sus obras justas, recibirán su galardón: *Y el que recibe a un justo a título de justo, galardón de justo recibirá*. En la Iglesia de Dios, hasta los que no tienen misión oficial pueden trabajar en la expansión del reino.

Ni es tan sólo la hospitalidad la que Dios premiará, sino cualquier servicio que se preste por Cristo a los predicadores de su Evangelio: *Y todo el que diere de beber a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría...* Llámense pequeños los predicadores del Evangelio, porque ante los hombres no aparecen nobles e ilustres: son los débiles e ignorados que confundirán a los fuertes (1 Cor. 1, 27). Un vaso de agua fría, aunque insignificante en su valor, es de ~~gran estima~~ **gran estima** para un

hombre fatigado y sediento, sobre todo en países cálidos; quien diere una pequeña cosa a un evangelizador, no por motivos humanos, sino tan solamente a título de discípulo, por causa de Cristo, *en verdad os digo que no perderá su galardón.*

Lecciones morales. — A) v. 24. — *No está el discípulo sobre el maestro...* — Gran consuelo y motivo de fortaleza es para predicadores y simples fieles el pensamiento de que jamás podremos aventajar a Jesús en sufrir persecuciones, oprobios y tormentos. De nada quiso eximirse, no obstante que su carácter de Señor, Maestro y Jefe de la gran familia humana, Hijo de Dios y Dios verdadero, parece le autorizaba a no someterse a las durísimas condiciones que quiso tolerar. Para que entendamos que la contradicción es el patrimonio natural de los que en nombre de Cristo ejercen un apostolado, o simplemente quieren llevar una vida ajustada a las normas de la de Jesús. A pesar de ello, muchos cristianos, invirtiendo los términos en forma lamentable, creen poder seguir un camino de bienandanzas que no quiso para sí el Hijo de Dios, cuya vida de evangelizador fué colmada de calumnias, denuestos, coacciones, insidias, etc.

B) v. 25. — *Bástale al discípulo ser como su maestro...* — El Señor, que es la luz eterna, el jefe de los creyentes y el padre de la inmortalidad, dice San Hilario, quiso aliviar los futuros trabajos de sus discípulos antes que los sufrieran; porque no deja de ser gran consueño y título de honor el igualarnos a nuestro Señor, hasta en los padecimientos. Pero hemos llegado ya al punto deplorable de que nadie quiera gloriarse en los sufrimientos, aunque sean germen de gloria y marca de nuestra semejanza con Jesús, prefiriendo vivir según nuestras comoidades y caprichos, tal vez pactando paces vergonzosas con los enemigos de Cristo, aun a trueque de no parecernos a nuestro Maestro y Señor y de no recibir el premio que sólo se da a sus discípulos y siervos.

C) v. 29. — *¿Por ventura no se venden dos pajarillos por un cuarto...?* — ¡Cuánta confianza en la divina Providencia deben engendrar en nuestras almas estas palabras de Jesús! Un pajarillo se estima en nada, por la abundancia, por la insignificancia, por la inutilidad; y Dios cuida de él; El da su alimento a los polluelos de los cuervos, dice el Salmista; y no consienta muera un pajarillo sin su voluntad. Y nosotros, racionales, inmortales,

redimidos con la sangre de Cristo, herederos del cielo, ¿podríamos ser abandonados por nuestro Padre?

D) v. 32. — *Todo aquel que me confesare delante de los hombres...* — Se entiende aquí por confesión la pública profesión de lo que en el corazón creemos, y que es condición indispensable de nuestra salvación. La fe debe ser integral: no debe solamente informar el pensamiento y la voluntad, sino la palabra y las obras. Toda la vida es solidaria. Ni podríamos ser buenos creyentes si no lleváramos hasta sus últimas consecuencias la fe que profesamos. Y estas palabras de Jesús, dice el Crisóstomo, se dirigen no sólo a los apóstoles, sino a todos los creyentes, para que tengamos la virilidad de nuestras creencias, y al exteriorizarlas sin rebozo entre los hombres, no sólo les enseñemos la verdad, sino que les persuadamos a practicarla.

E) v. 37. — *El que ama a su padre o a su madre más que a mí...* — Este es, dice San Jerónimo, el orden de nuestros afectos: ama después de Dios al padre, ama a la madre, ama a los hijos; pero si llegare el caso de que deban parangonarse el amor a los tuyos con el amor de Dios, hasta el punto de que no sea posible conservar estos amores sin perder el amor de Dios, entonces hay que sacrificarlos y dar el primer lugar a la piedad o amor de Dios. La razón es que El es nuestro principio y nuestro fin, nuestra regla y nuestro premio, nuestro Señor absoluto, dueño de nuestro ser y de nuestra actividad. Toda deuda con las criaturas, aunque sean las más íntimamente atadas con nosotros por los lazos de la naturaleza, como el padre, la madre, el hijo, es inferior a las deudas que tenemos con Dios, y toda deuda depende de nuestro supremo Acreedor, que es Dios.

F) v. 38. — *El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí.* — De dos modos, dice San Gregorio, podemos tomar nuestra cruz: mortificando nuestra carne, o sintiendo en nosotros y como nuestras las aflicciones de nuestro prójimo. Pero aun así, podríamos no seguir a Cristo, si nos mortificáramos por vanagloria, o compadeciéramos al prójimo, no espiritualmente, sino según la carne, fomentando su inclinación al mal. En este caso nos seguiríamos a nosotros mismos o al prójimo, no a Jesús: y nuestra cruz no nos serviría de mérito, sino de condenación.

G) v. 40. — *El que a vosotros recibe, a mí recibe...* — ¡Infinita misericordia la de Jesús! No sólo vino al mundo para darnos su doctrina y para redimirnos con su Sangre, sino que ha

querido como incorporarse, o incorporarlos a sí, a sus predicadores, y estimular a todo el mundo a que les diera hospitalidad y lo necesario para la vida, como si a Él mismo lo hicieran. Porque el que recibe a los predicadores recibe a Cristo y al Padre que le envió. Es el ansia suma de Dios de convivir con los hombres. Con ellos está por su gracia, por su palabra, por el Sacramento de la Eucaristía. Y, según las palabras que comentamos, con ellos está en la persona de sus enviados, recibiendo los beneficios de las cosas de la tierra, para dar copiosas, a cambio de ello, las gracias de orden espiritual y divino.

77. — PREDICACION DE JESUS Y DE LOS APOSTOLES. TEMORES DE HERODES: Mc 6, 12-16

(Mt. 11, 1; 14, 1-2; Lc. 9, 6-9)

¹² Y aconteció que, cuando Jesús acabó de dar estas instrucciones a sus doce discípulos, pasó de allí a predicar en las ciudades de ellos. ²¹ Y saliendo, ¹ recorrían las aldeas evangelizando y predicaban que hiciesen penitencia. ¹⁸ Y lanzaban ¹ en todas partes muchos demonios y ungían con óleo a muchos enfermos, y sanaban.

¹⁴ Y oyó ¹⁴ en aquel tiempo el rey Herodes. ¹⁴ el tetrarca, la fama de Jesús, ¹ todas las cosas que él hacía, porque se había hecho notorio su nombre. y decía: Juan el Bautista ha resucitado de entre los muertos: y por esto óbranse en él milagros. ¹⁵ Y otros decían: Elías es. Y decían otros: Profeta es, como uno de los ¹ antiguos profetas. ¹⁶ Cuando lo oyó Herodes, dijo ¹⁴ a sus criados: éste es Juan el Bautista: éste es aquel Juan que yo degollé, que ha resucitado de entre los muertos. ¹ Y dijo Herodes: A Juan yo lo degollé. ¿Quién, pues, es éste, de quién oigo tales cosas? Y procuraba verlo.

Explicación. — Recibidos los avisos de Jesús en orden a sus futuras misiones, los Apóstoles empiezan a evangelizar la Galilea, saliendo quizás de los límites de esta provincia. Jesús, por su parte, acompañado seguramente de otros discípulos que con los apóstoles le seguían de ordinario, recorrió también la Galilea predicando el reino de Dios. Multiplicábanse los prodigios con la multiplicación de los predica-

res. Ello llamó la atención de Herodes, tetrarca de la Galilea, que poco antes, sin que pueda precisarse la fecha, había degollado al Bautista: la fama de Jesús llenó de supersticioso temor al tirano.

PREDICACIÓN DE JESÚS Y DE LOS APÓSTOLES (12.13). — Ignórase el lugar de la Galilea en que hubiese dado Jesús a sus apóstoles las normas de su predicación. Cuando hubo terminado la instrucción de sus discípulos en este punto, salió de allí para evangelizar las ciudades de aquella provincia: *Y aconteció que, cuando Jesús acabó de dar estas instrucciones a sus doce discípulos, pasó de allí a predicar en las ciudades de ellos.* Enseñaba y predicaba Jesús, significándose con lo primero toda suerte de enseñanza, privada y pública; y con lo segundo, la publicación, con autoridad y solemnidad, del Evangelio del reino. Las “ciudades de ellos” es una designación general de las ciudades de aquel país donde entonces se hallaba.

Lo que hacía Jesús en las ciudades, hacíanlo los Apóstoles recorriendo los lugares de menor vecindad: *Y saliendo, recorrían las aldeas evangelizando.* El argumento de su predicación era el de la predicación del Bautista y del mismo Cristo, como fué el tema de los antiguos profetas (Mc. 1, 4.15; Mt. 3, 2; 4, 17; Ier. 3, 21-25; Ez. 16, 61, etc.); es decir, la preparación al reino del Mesías por la penitencia; *Y predicaban que hiciesen penitencia.* Para que fácilmente arraigara en los ánimos de los oyentes su predicación, Jesús les había comunicado el poder de lanzar demonios: *Y lanzaban en todas partes muchos demonios.* Asimismo curaban a los enfermos, ungiéndoles con aceite: *Y ungían con óleo a muchos enfermos, y sanaban.* Esta unción es símbolo del poder comunicado de Cristo, el “Ungido” por antonomasia. Como curaba Jesús a veces empleando algo material, el tacto, la saliva, la imposición de manos, etc., así mandaría a sus apóstoles que usasen de esta unción simbólica. El Concilio Tridentino ve en esta unción como el tipo y la insinuación de la Extremaunción (Sess. 14, Extrem. Unct., cap. I). Así los

Apóstoles empezaban a ilustrarse en la doctrina y práctica de los Sacramentos.

TEMORES DE HERODES (14-16). — Con la predicación y prodigios obrados por los apóstoles creció aún más en aquella región la fama de Jesús, que tal virtud les había comunicado, hasta el punto de que se hablara de ello en la misma aula del tetrarca Herodes Antipas, que gobernaba la Galilea: *Y oyó en aquel tiempo el rey Herodes la fama de Jesús, todas las cosas que él hacía, porque se había hecho notorio su nombre* (de Jesús). Llámale a Herodes "rey" el Evangelista, porque como tal era tenido, y porque se dice que a instancias de Herodías hizo una viaje a Roma para recabar de sí la concesión de este título.

Por aquel tiempo había ya cometido Herodes el horrendo crimen de la degollación del Bautista. La fama de Jesús y el relieve de su persona hicieron revivir la memoria de aquel Profeta del desierto. El pueblo creyó que Jesús era el Bautista resucitado; otros opinaban diversamente. La diversidad de pareceres hubo de manifestarse ante el mismo Herodes: el Evangelista reproduce una escena que tendría lugar en presencia del mismo tetrarca y en la que distintos personajes expondrían sus diversos pareceres. Tres de ellos nos refiere Mc. Unos optaban porque fuese el Bautista resucitado: *Y decía* (mejor lección es *decían*): *Juan el Bautista ha resucitado de entre los muertos: y por esto óbranse en él milagros*. El Bautista no había obrado milagro alguno durante su vida (Ioh. 10, 41), resucitado, logró más alta y noble vida en el concepto de estos hombres, y pudo obrar milagros. Otros, en cambio, creían que se trataba de Elías, que debía preceder al Mesías (Mt. 17, 10): *Y otros decían: Elías es*. Por fin, creyeron otros que se trataba de algún profeta taumaturgo, como otros había habido en Israel, Elías, Eliseo, Isaías, Jeremías, etcétera: *Y decían otros: Profeta es, como uno de los antiguos profetas*. Oídos los pareceres de todos, Herodes opta por la versión que hace de Jesús el Bautista resucitado: *Cuando lo oyó Herodes, dijo: Este es aquel Juan que yo degollé, que ha resucitado de entre los muertos*. Atormentado por los re-

mordimientos y ofuscado por la superstición, se inclina el tirano del lado en que se le aparece la justicia del Dios vengador del nefando crimen.

En la narración de Lc. aparece Herodes no afirmando que Jesús es el Bautista, sino fluctuando en la duda, lo que demuestra el ánimo perturbado y vacilante de quien teme el castigo de Dios, porque no halla en su conciencia justificación alguna del impío homicidio. Para salir de congojas, no omitió diligencia por llegar a ver a Jesús con sus propios ojos: *Y dijo Herodes: A Juan yo lo degollé. ¿Quién, pues, es éste, de quien oigo tales cosas? Y procuraba verlo.*

Lecciones morales. — A) v. 12. — *Y saliendo... predicaban* (Jesús y los Apóstoles). — En esta misión simultánea de Jesús y los apóstoles hemos de ver el primer ensayo de la organización ministerial en la Iglesia. Jesús, Cabeza del apostolado, comunica sus poderes a los Doce, quienes los ejercen en la forma prescrita por Jesús. El éxito es clamoroso: fué una verdadera explosión de verdad y de gracia en medio de la Galilea, como lo demuestra la inquietud de Herodes. Ello nos enseña que los éxitos de nuestros ministerios están vinculados a nuestra unión con Jesús, de donde deriva todo poder ministerial en el orden sobrenatural. Cuanto más íntimamente unidos nos hallemos a Jesús, no sólo por la gracia, sino por la intención, por los procedimientos, por la disciplina del apostolado, más copiosos serán los frutos que recojamos. La desunión con Jesús llevará siempre la infecundidad de todos nuestros esfuerzos, aun de los que puedan parecer humanamente bien encaminados, y aunque los coreen los aplausos de los hombres.

B) v. 13. — *Y ungían con óleo a muchos enfermos y sanaban.* — Sólo Mc. nos da este detalle de la predicación de los apóstoles. Sin duda adoptaban este procedimiento con los enfermos por indicación o mandato de Jesús, lo cual hace venerabilísima esta práctica. Algunos, Maldonado especialmente, creen se trataba ya del verdadero sacramento de la Extremaunción: pero no es éste el sentir de la tradición. La práctica de las unciones ha sido adoptada por la Santa Iglesia: a más del último de los sacramentos, se emplea el sagrado óleo en el Bautismo, Confirmación y Orden, en la consagración de vasos sagrados, altares, templos, campanas, etc. El aceite, dice Teofilacto, sig-

nifica la misericordia de Dios, la curación de las dolencias, la iluminación del corazón, la gracia del Espíritu Santo por la cual se nos alivian los trabajos y recibimos la luz y la alegría espiritual. Asistamos, y recibamos cuando nos llegue la hora, con sumo respeto las santas unciones de la Iglesia, llenas de sentido espiritual y transmitidas por veneranda tradición apostólica.

c) v. 14. — *Juan el Bautista ha resucitado de entre los muertos...* — Es inconcebible la envidia de los judíos contra Jesús, dice Beda. Creen que Juan, que no obró milagro alguno y que no tenía en su favor ningún testimonio, resucitó; en cambio, no quisieron creer la resurrección de Jesús, varón aprobado por Dios con milagros y prodigios (Act. 2, 22), y cuya resurrección atestiguaron los ángeles, los apóstoles, hombres y mujeres. Los prejuicios personales o de escuela ocasionan grandes y fundamentales errores: la historia del cristianismo y de las herejías está llena de ellos. En la discusión de hechos y doctrinas hemos de atender siempre los criterios de la verdad objetiva, deponiendo el nuestro personal, aun cuando entren en juego nuestros intereses o conveniencias.

d) v. 15. — *Este es aquel Juan que yo degollé...* — Esta voz de Herodes es la del remordimiento. De una manera especial cuando hemos faltado a la justicia que al prójimo debemos, el clamor que sube de nuestra conciencia no cesa de atormentar nuestro pensamiento. El remordimiento, ha dicho el poeta, se enrosca como una sierpe sobre nuestro pecho, y nos ahoga, estrechando sus implacables anillos. Ello debe ser como el clavo que nos retenga en el cumplimiento de nuestros deberes; el Profeta le pedía a Dios: "Clava mis carnes con tu temor" (Ps. 118, 120): el abuso de la libertad lleva siempre como contragolpe esta opresión espiritual causada por el mal cometido.

78. — MARTIRIO DEL BAUTISTA: Mc. 6, 17-29 (Mt. 14, 3-12)

Evangelio de la fiesta de la Degollación de San Juan

¹⁷ Porque el mismo Herodes había enviado a prender a Juan, y le había hecho aherrar en la cárcel a causa de Herodías, mujer de Filipo, su hermano, porque la había tomado por mujer. ¹⁸ Porque decía Juan a Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu hermano. ¹⁹ Y Herodías poníale asechanzas; y le quería

hacer morir, pero no podía. ²⁰ Porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo: ²¹ *y queriendo matarle, temió al pueblo: porque le tenían como profeta: y le custodiaba, y por su consejo hacía muchas cosas, y le oía de buena gana.*

²² Hasta que últimamente llegó un día favorable, en que Herodes celebraba el día de su nacimiento, dando una cena a los grandes de su corte, a los tribunos y a los principales de la Galilea. ²³ Y habiendo entrado la hija de Herodías, y danzado ²⁴ *en medio*, y dado gusto a Herodes y a los que con él estaban a la mesa, dijo el rey a la mozueta: Pídeme lo que quieras y te lo daré. ²⁵ Y le juró: Todo lo que me pidieres te daré, aunque sea la mitad de mi reino. ²⁶ Y habiendo ella salido, dijo a su madre: ¿Qué pediré? Y ella dijo: La cabeza de Juan el Bautista. ²⁷ Y volviendo luego a entrar apresurada adonde estaba el rey, pidió diciendo: Quiero que luego al punto me des ²⁸ *aquí*, en un plato, la cabeza de Juan el Bautista. ²⁹ Y el rey se entristeció. Por el juramento, y por los que con él estaban a la mesa, no quiso disgustarla: ³⁰ mas enviando uno de su guardia, le mandó traer la cabeza de Juan en un plato. Y le degolló en la cárcel. ³¹ Y trajo su cabeza en un plato: y la dió a la mozueta, y la mozueta la dió a su madre. ³² Y cuando sus discípulos lo oyeron, vinieron y tomaron su cuerpo: y lo pusieron en un sepulcro. ³³ *Y fueron a dar la nueva a Jesús.*

Explicación. — Los dos evangelistas que narran este episodio lo hacen incidentalmente tomando para ello pie de las congojas que en el ánimo de Herodes produjo el pensamiento de que Jesús pudiese ser el Bautista resucitado. Quizás dió lugar a esta presunción la gran semejanza de fisonomía que había, según Orígenes, entre el Mesías y su Precursor. Esta narración es, pues, retrospectiva, no ocupando en los Evangelios el lugar que corresponde al hecho histórico que reproduce. El fragmento de Mc. es más completo, gráfico y detallado que el paralelo de Mt.; Lc. no tiene más que una rápida alusión a este hecho (3, 19.20).

ENCARCELAMIENTO DEL BAPTISTA (17-20). — Insinuado el hecho del terror supersticioso de Herodes, pasa el Evangelista a exponer su causa, que fué el encarcelamiento y martirio del Bautista: *Porque el mismo Herodes había enviado a*

prender a Juan, y le había hecho aherrar en la cárcel. Esta no fué otra, según testimonio de Josefo, que la imponente fortaleza de Maqueronte, al sur de la Perea. El motivo ocasional del encarcelamiento fué Herodías y sus relaciones incestuosas con Herodes Antipas: *A causa de Herodías, mujer de Filipo, su hermano, porque la había tomado por mujer.* Filipo y Herodes Antipas eran hermanos, hijos de Herodes el Grande, aunque no de una misma madre. Filipo era un simple particular; Herodes Antipas era tetrarca de la Galilea. Herodías, nieta de Herodes el Grande, sobrina por lo mismo de los dos hermanos, había casado con el primero, contraviendo las leyes patrias, que no consentían el matrimonio entre tíos y sobrinos. Con ocasión del viaje de Herodes Antipas a Roma, se hospedó en casa de su hermano Filipo, enamorándose locamente de su esposa, conviniendo ya entonces en que la llevaría consigo a su regreso de Roma. Ello halagó la ambición y vanidad de Herodías, que pasaba a la categoría de esposa de un rey. Llevó consigo a Salomé, habida de su matrimonio con Filipo.

El Bautista, que se hallaba entonces en el apogeo de su predicación, no podía callar ante el crimen público: *Porque decía Juan a Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu hermano.* Y se lo decía con insistencia apostólica, reiteradamente, según el griego. Para deshacerse de un público censor, y tal vez por el peligro de que el prestigio del Bautista le restara autoridad, le encarceló. No se satisfizo con esta medida Herodías; Antipas respetaba y oía a Juan, y esto podía ocasionar un repudio de la mujer adulterina, lo que la hubiese hecho volver a su primer estado de obscuridad y pobreza relativa; por esto no cesaba de insidiar ante Antipas para que ordenara su muerte: *Y Herodías poníale asechanzas; y le quería hacer morir, pero no podía, porque resistía Herodes los conatos de su mujer.* La razón es el temor reverencial que sentía el tetrarca hacia el Bautista: *Porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo.* Temía quizás también el castigo de Dios si ponía las manos sobre un profeta. Temía asimismo una revolución popular: Y

queriendo matarle, temió al pueblo: porque le tenían como profeta.

No sólo respetaba y temía Herodes a Juan, sino que le guardaba de las asechanzas de su mujer: *Y le custodiaba.* Pasaba aún más adelante Herodes: emplazado uno de sus palacios dentro de la fortaleza de Maqueronte, donde Juan se hallaba prisionero, le visitaba, tenía con él coloquios, y de sus conversaciones con el santo profeta sacaba reglas de conducta: *Y por su consejo hacía muchas cosas, y le oía de buena gana.* Si no es que se prefiera otra lección, según la cual, de las conversaciones con el Bautista sacaba Herodes grandes remordimientos de muchas cosas que hacía: "Respetábale: cuando le oía, angustiábase sobremanera y, sin embargo, gustaba oírle".

DEGOLLACIÓN DEL BAUTISTA (21-29). — No por ello cejó Herodías en su propósito de perder a Juan; ni tardó en ofrecérsele oportunidad para llegar al fin de sus maquinaciones: *Hasta que últimamente llegó un día favorable, en que Herodes celebraba el día de su nacimiento.* Solían los antiguos conmemorar el aniversario de su natalicio en forma fastuosa (Gen. 40, 20): Herodes lo festejó dando un gran convite, seguramente en su mismo palacio de Maqueronte, a sus magnates u oficiales civiles de su corte, a los jefes de su ejército y a los primates de las ciudades de Galilea: *Dando una cena a los grandes de su corte, a los tribunos y a los principales de la Galilea.*

Como entre nosotros se amenizan los convites con la música, así entre los antiguos, griegos y romanos, se usaba la danza. Para ello había las heterias, asalariadas, que ejecutaban, al son de los crótalos, bailes mímicos lascivos. En este caso es Salomé, hija de príncipe, la que ameniza el convite de Herodes; su madre Herodías la ha hecho entrar en la sala del banquete en la que no permite la etiqueta entren mujeres, para atizar la voluptuosidad de Herodes y sus convidados: *Y habiendo entrado la hija de Herodías, y danzando en medio, y dado gusto a Herodes y a los que con él estaban a la mesa...* En el calor de la pasión y del vino, *dijo el rey a*

la mozucla: Pídeme lo que quieras y te lo daré, como recompensa al placer que con tu danza me has procurado; y selló la promesa con el juramento, reforzándola con generosidad magnífica, aunque insensata: Y le juró: Todo lo que me pidieres te daré, aunque sea la mitad de mi reino.

Gozosa y pasmada a un tiempo de la magnitud y garantía de la promesa real, Salomé va a consultar con su madre qué es lo que debe pedir, digno de la munificencia del tetrarca: *Y habiendo ella salido, dijo a su madre: ¿Qué pediré? Herodías, sin reparos, le hace pedir, no lo que conviene a la hija, sino a ella; que se elimine el único estorbo de su felicidad, y con él la posibilidad de perderla: Y ella dijo: La cabeza de Juan el Bautista.* Con ello demuestra que su única preocupación era el santo profeta. La petición de la madre a la hija era apremiante; del mismo modo la transmitió la hija al rey: había peligro de que, pasados aquellos momentos de efervescencia pasional, reaccionara el rey y se resistiese a cumplir su promesa: *Y volviendo luego a entrar apresurada adonde estaba el rey, pidió diciendo: Quiero que luego al punto me des aquí, en un plato, la cabeza de Juan el Bautista.* No podía pedirse con más imperiosa eficacia en menos palabras.

Y el rey se entristeció: temía poner sus manos sobre Juan, hombre esclarecido y amado de Dios y de los hombres temía una revuelta popular; pero venció al temor, y la tristeza por él causada, el amor insano de Herodías, como asimismo el escrúpulo farisaico del juramento prestado y el respeto humano de los circunstantes si faltaba a la palabra dada a la saltatriz: ello arruinó la débil voluntad del tetrarca. Mas por el juramento, y por los que con él estaban a la mesa, no quiso disgustarla.

A la petición inhumana, siguió la orden perentoria del tirano, dada a un soldado de su propia guardia: *Mas enviando uno de su guardia, le mandó traer la cabeza de Juan en un plato.* Fué el verdugo al lugar en que se hallaba el profeta, y volvió, cumplida su misión, con la cabeza del mártir: *Y le degolló en la cárcel. Y trajo su cabeza en un plato: y la*

dió a la mozueta, y la mozueta la dió a su madre. Tenía la muchacha unos veinte años; su lascivia, aliada de la ambición y crueldad de su madre, fué causa de que muriera el último de los profetas de Israel, como había ocurrido con tantos otros (Act. 7, 52). Según Josefo, creían los judíos que Dios castigó el crimen haciendo que el ejército de Herodes fuera aniquilado en la batalla que sostuvo contra el de Aretas, rey de la Arabia.

A la crueldad de los señores de Maqueronte sucede la piedad de los discípulos de Juan, que piden el cuerpo del maestro y le dan honrosa sepultura: *Y cuando sus discípulos lo oyeron, vinieron y tomaron su cuerpo: y lo pusieron en un sepulcro.* Probablemente estaba la tumba en Samaria y se cree fué profanada en tiempo de Juliano el Apóstata. Los mismos discípulos de Juan fueron a Jesús a contarle la muerte de su primo y precursor: *Y fueron a dar la nueva a Jesús.*

Lecciones morales. — A) v. 17. — *Porque el mismo Herodes había enviado a prender a Juan...* — De todo el proceso de la historia de Herodes con respecto al Bautista se desprende una lección terrible: la fuerza incontrastable de la concupiscencia de la carne. Teme y reverencia Herodes a Juan, porque le cree justo ante los hombres y santo ante Dios; y, no obstante, le encierra en una cárcel para no oír sus tremendos reproches: todo “por Herodías”, que le había prendido en las redes de un amor ilícito. Puesto en la cárcel, es Juan el consejero de Herodes, “que le oía de buena gana”; a pesar de ello, para no malquistarse con su amante, degüella a un santo, desoye los gritos de su conciencia que se rebela, consiente un espectáculo bárbaro en medio de un festín y arrostra el peligro de una revolución popular. Debe hacernos temblar la ceguera de una pasión desordenada, sobre todo la de un amor extraviado, que es capaz de llevar a todos los abismos.

B) v. 18. — *No te es lícito tener la mujer de tu hermano...* — Este grito es la expresión del celo por la ley y por la justicia, de la serenidad imperturbable del hombre de Dios, del valor impertérrito del apóstol. Quien tiene una misión de Dios que cumplir no teme la dignidad ni el poder de quienes pueden ser un estorbo o un escándalo. Guardará el hombre de Dios todas las conveniencias, de lugar, de tiempo, de persona, de for-

ma de corrección, pero no transigirá jamás con el vicio de los grandes: sería una claudicación en la misión y dejaría abierto a los pequeños el camino de todas las excusas y reparos.

c) v. 24.— *Dijo a su madre: ¿Qué pediré?* — Herodías es el tipo de la mujer liviana, ambiciosa, sensual: estas hembras lo ponen todo al servicio de sus pasiones insaciables, incluso la inocencia de sus hijos. Salomé, la saltatriz, es factura de su madre; como ella, ha salido voluptuosa, cruel, ambiciosa. ¿Puede darse escena más profundamente repugnante que la de una doncella de veinte años llevando gozosa a su madre en un plato la cabeza ensangrentada y pálida de un profeta de Dios? Las víboras amamantan víboras. Dios castiga en estas grandes criminales el pecado propio y de sus similares para escarmiento de las generaciones; Herodías murió miserablemente en el destierro con Herodes, probablemente en España, adonde había pasado desde Lión, ciudad del destierro de Herodes, el año 39. De Salomé dice Nicéforo en su "Historia eclesiástica" que quiso un invierno pasar un río helado; rompióse a su paso el hielo, hundiéndose la desdichada hasta el cuello, que, al rehelarse el agua, le fué cortado a cercén. La historia ha marcado el nombre de ambas con infamante estigma. Dios habrá castigado sus crímenes en la otra vida.

d) v. 26. — *Por el juramento... no quiso disgustarla.* — ¡Donosa manera de guardar la santidad del juramento! Como si el jurar en el nombre de Dios obligara a cometer un crimen. No teme Herodes infringir el Decálogo en forma horriblemente injusta; y tiembla ante la infracción de una palabra dada a una mujerzuela en un momento de ligereza y de pasión. Librenos Dios de la superstición, del respeto humano, de la mala conciencia, falseada por la ignorancia o la pasión. Y que nos dé la serenidad, la justeza de juicio, la rectitud de voluntad, la santa libertad de hijos de Dios, para seguir en todo tiempo con corazón dilatado, el camino real de sus mandamientos.

AL DESIERTO DE BETSAIDA

79. — JESUS Y SUS APOSTOLES EN EL DESIERTO
DE BETSAIDA. PRIMERA MULTIPLICACION
DE LOS PANES: Ioh. 6, 1-15

(Mt. 14, 13-23; Mc. 6, 30-46; Lc. 9, 10-17)

Evangelio de la Dominica 4.^a de Cuarema

*“ Y cuando lo oyó Jesús, después de esto, se fué “ de allí.
 “ Y llegándose los apóstoles a Jesús, contáronle todo cuanto
 habían hecho y enseñado. Y les dijo: Venid aparte a un lugar
 solitario, y reposad un poco; pues eran muchos los que iban y
 venían, y ni aun tiempo tenían para comer. Y, entrando en un
 barco, se retiraron a un lugar desierto y apartado, “ del territo-
 rio de Betsaida, “ al otro lado del mar de Galilea, esto es, de
 Tiberíades. “ Y los vieron muchos cómo se iban, y lo conocie-
 ron: y concurrieron allá a pie de todas las ciudades, “ y le seguía
 una gran muchedumbre que veía los milagros que hacía con los
 enfermos. “ Y llegaron antes que él. “ Subió, pues, Jesús al
 monte, y sentóse allí con sus discípulos. “ Y estaba cerca la Pas-
 cua, la fiesta de los judíos. “ Y habiendo alzado Jesús los ojos,
 y viendo que venía a él muy grande muchedumbre, “ compade-
 cióse de ellos, porque eran como ovejas que no tienen pastor:
 “ y los recibió, “ y comenzó a enseñarles muchas cosas, “ y les
 hablaba del reino de Dios, y sanaba a los que lo habían menes-
 ter. Y el día había comenzado ya a declinar. “ Y como fuese
 ya muy tarde, se llegaron a él sus discípulos, diciendo: Desierto
 es este lugar, y la hora es ya pasada; despídelos para que voyan
 a las granjas y aldeas de la comarca a comprar qué comer. Y
 él les respondió y dijo: “ No tienen necesidad de ir; dadles vos-
 otros de comer. “ Y dijéronle: ¿Iremos a comprar doscientos*

denarios de pan, y les daremos de comer? ^{8b} Dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos? ⁹ Esto decía por probarle, porque él sabía lo que había de hacer. ⁷ Felipe respondió: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco. ^{10c} *Y les dice: ¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo. Y habiéndolo visto,* ⁸ dícele uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro: ⁹ Aquí hay un niño que tiene cinco panes de cebada y dos peces; mas ¿qué es esto para tantos? ¹⁰ *Y les dijo: Traédmclos acá.* ¹⁰ Dijo, pues, Jesús: Haced que los hombres se sienten. Y en aquel lugar había mucho heno. Y se sentaron en número como de cinco mil varones, ^{10c} *en grupos de a cien y de a cincuenta.* ¹¹ Tomó, pues, Jesús los ¹¹ *cinco panes y los dos peces, miró al cielo, y los bendijo.* Y habiendo dado gracias, rompió los panes ^{10c} *y los dió a sus discípulos,* ¹¹ *y los discípulos los dieron a las turbas,* y los repartió entre los que estaban sentados: y asimismo de los peces, cuanto querían. ^{10c} *Y comieron todos, y se hartaron.* ¹² Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierdan. ¹³ Y así recogieron y llenaron doce canastos de pedazos de los cinco panes de cebada ^{10c} *y de los peces* que sobraron a los que habían comido. ¹⁴ *El número de los que comieron fué cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.* ¹⁴ Aquellos hombres, pues, cuando vieron el milagro que Jesús había obrado decían: Este es verdaderamente el Profeta que debe venir al mundo. ¹⁵ Y Jesús, cuando entendió que habían de venir a arrebatarlo para hacerlo rey, ^{10c} *luego obligó a sus discípulos a que entrasen en la barca para que fuesen antes que él a la otra orilla, a Betsaida, mientras él despedía al pueblo. Y cuando lo hubo despedido, huyó otra vez al monte él solo* ^{10c} *a orar.* ¹⁶ *Y cuando vino la noche, estaba allí solo.*

, **Explicación.** -- El cuarto Evangelista ha omitido la mayor parte de los hechos ocurridos en el segundo año de la vida pública de Jesús: su objeto es llenar las lagunas de los sinópticos. Deja, por lo mismo, la historia de Jesús con la narración del discurso apologético pronunciado por el Señor en Jerusalén casi un año antes, cuando la curación del paralítico de la piscina (núm. 42), para reanudarla con la descripción del milagro de la multiplicación primera de los panes. Para este largo lapso de tiempo, en que tantas maravillas obró

Jesús como hemos visto, no tiene San Juan más que estas simples palabras de transición: *Después de esto...* (v. 1), para entrar luego en la descripción del milagro de la multiplicación de los panes.

Los demás Evangelistas nos dan una serie de detalles preciosos que sirven para relacionar los hechos siguientes con lo ocurrido en los últimos días de la evangelización de la Galilea por Jesús, después de la muerte del Bautista.

Pero los cuatro Evangelios narran el hecho maravilloso de la multiplicación de los panes en el desierto de Betsaida. Las narraciones más detalladas y completas son las de Mc. y Lc. Se comprende que los tres sinópticos coincidieran en la narración del estupendo prodigio, que marca uno de los puntos culminantes de la vida de Jesús. Cuanto a Juan, como a este prodigio está vinculado uno de los más profundos discursos de Jesús, el del Pan de la vida, toma el hecho milagroso como base de la disquisición teológica que le sigue, pronunciada por el Señor probablemente dos días más tarde, en sábado, en la sinagoga de Cafarnaúm. Si realmente fué así la multiplicación de los panes hubiese tenido lugar en lo que podríamos llamar jueves santo del año anterior al de la muerte de Jesús, al atardecer. Así Jesús, que no subió este año a Jerusalén para la Pascua, hubiese dado un avance de la institución de la Eucaristía en la multiplicación de los panes y en el admirable discurso que le siguió, un año cabal antes de la realidad.

CIRCUNSTANCIAS DEL MILAGRO (1-10). — Dos hechos principales refieren los sinópticos ocurridos después del martirio del Bautista: la vuelta de los discípulos de su primera misión y la resolución de Jesús de retirarse con ellos a un lugar apartado. Ya antes de que regresaran los discípulos, y por haber sabido Jesús que Herodes pensaba de él que era Juan resucitado, determinó el Señor dejar los dominios de Herodes. No era llegada todavía su hora. Era, por otra parte, profunda la conmoción popular por la muerte del Bautista: si corre la fama de que él es el Precursor resucitado, tal vez Herodes le persiga, sea para evitar una revolución popular,

sea por instigación de Herodías: *Y cuando lo oyó Jesús* (lo que de él pensaba Herodes, y tal vez ya antes de la noticia de la muerte del Bautista) *se fué de allí.*

Mientras se dispone Jesús a realizar su designio de retirarse, y hallándose probablemente en Cafarnaúm, regresaron los Apóstoles de su primera predicación. Sólo en este pasaje da Mc. el nombre de "Apóstoles" a los Doce, y con razón, porque es la primera vez que ejercen su oficio de "Enviados" a la predicación del reino de Dios. Como el legado, cumplida su misión, da cuenta de su resultado a quien le envió, así los Apóstoles, con el gozo del deber cumplido, de la eficacia de su palabra y del maravilloso poder taumatúrgico que Jesús les había conferido, le dan cuenta al Maestro del éxito de su misión: *Y llegando los apóstoles a Jesús, contáronle todo cuanto habían hecho y enseñado.*

Ignórase el tiempo que estuvieron separados Maestro y discípulos. Lo cierto es que llegaron éstos fatigados de su ministerio. Jesús, que oye con gozo la dilatación de su reino, piadoso y prudente Maestro como es, les invita a que vayan con él a descansar a un lugar solitario; así podrán volver a su ministerio con nuevas fuerzas: *Y les dijo: Venid aparte a un lugar solitario, y reposad un poco.*

Era imposible el reposo en Cafarnaúm, donde eran sobradamente conocidos Jesús y los apóstoles. A la agitación ordinaria que importaba la predicación y las curaciones se añadía la proximidad de la Pascua, que convertía la ciudad marítima en centro de confluencia de las caravanas que subían a Jerusalén: *Pues eran muchos los que iban y venían, y ni aun tiempo tenían para comer.* Por ello se dirigieron a la playa, y, entrando en un barco, se retiraron a un lugar desierto y apartado, del territorio de Betsaida. Dos ciudades había de este nombre: una en la parte occidental del lago, patria de Pedro y Andrés, y otra en la parte oriental, hacia el norte, junto a la desembocadura del Jordán. Lamábase ésta Betsaida Julias, porque el tetrarca Filipo, que la había embellecido y dado el nombre de ciudad, quiso se llamara Julias en obsequio a la hija de este nombre, de César Augusto. La barquichuela que

conducía a Jesús y los Apóstoles *abordó al otro lado del mar de Galilea, esto es, de Tiberíades, junto a la planicie solitaria que se extiende al sur de Betsaida.*

Escribe Juan para los fieles del Asia, desconocedores de la topografía de la Palestina, y les designa el emplazamiento del mar por el de la ciudad que le da nombre.

La concurrencia en Cafarnaúm era enorme. Muchos que estaban en la playa vieron la partida de Jesús y el rumbo que la embarcación tomaba. Corrió veloz la noticia: por ello juntóse gran muchedumbre de toda la comarca, formada de gentes de toda edad y sexo, y siguiendo el camino que bordeaba el lago, se adelantaron para llegar antes que Jesús al lugar donde la embarcación hacía rumbo: *Y los vieron muchos cómo se iban, y lo conocieron: y concurrieron allí a pie de todas las ciudades.* La causa de que le siguiera tal multitud era el hecho y la fama de los milagros que Jesús obraba: había crecido la conmoción de las turbas porque también los Apóstoles se habían demostrado taumaturgos aquellos últimos días: *Y le seguía una gran muchedumbre que veía los milagros que hacía con los enfermos.* Sea que el viento hubiese sido contrario a los navegantes, o que Jesús se entretuviera con sus Apóstoles antes de desembarcar, la multitud se había anticipado al arribo de la barca: *Y llegaron antes que él.*

Tomaron tierra Jesús y sus apóstoles al pie de un promontorio, a alguna distancia de la ávida multitud. Lo primero que el Señor hizo fué subir a la colina, en cuya falda había desembarcado, para descansar allí con sus discípulos. Subió, pues, Jesús al monte, y sentóse allí con sus discípulos. Nota el Evangelista la proximidad de la Pascua para explicar la razón de aquella aglomeración extraordinaria de gente: *Y estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos.*

Desde aquella prominencia pudo Jesús contemplar aquella multitud enorme y abigarrada, y sus entrañas se conmovieron: *Y habiendo alzado Jesús los ojos, y viendo que veía a él muy grande muchedumbre, compadcióse de ellos, porque eran como ovejas que no tienen pastor; y los recibió, y comenzó a enseñarles muchas cosas, y les hablaba del reino*

de Dios, y sanaba a los que lo habían menester. Había Jesús pasado al desierto para substraerse a las multitudes y descansar. Ni allí le dejan; ni allí deja él de darles copioso el pan del espíritu, de adoctrinarles sobre el futuro reino de Dios, de curar a los enfermos incontables. Va a cuidar también de la refección de sus cuerpos; contrasta la actividad de Jesús con la de escribas y fariseos, falsos pastores de aquel pueblo.

Entretanto atardeció. Los tres sinópticos nos dan el detalle de que se acababa el día: la predicación y las curaciones se habían prolongado, *y el día había comenzado ya a declinar. Y como fuese ya muy tarde, se llegaron a él sus discípulos, diciendo: Desierto es este lugar, y la hora es ya pasada; despídelos para que vayan a las granjas y aldeas de la comarca a comprar qué comer.* La propuesta de los discípulos no place a la misericordia de Jesús: *Y él les respondió y dijo: No tienen necesidad de ir; dadles vosotros de comer.* Con ello tienta Jesús a sus discípulos si reconocen el poder que tiene para dar pan a toda aquella multitud; quizás quiere manifestarles que si tienen fe bastante, ellos mismos podrán hacer el prodigio. Los discípulos no comprenden la lección, *y, no sin alguna ironía de buena ley, dijéronle al Maestro, para significarle la imposibilidad de dar de comer a tanta multitud: ¿Iremos a comprar doscientos denarios de pan, y les daremos de comer?* 200 denarios equivalen a unas 170 pesetas, fortuna que seguramente no contaba la comunidad de Jesús en sus reservas.

Entonces Jesús, como había probado a los Apóstoles en general, prueba en particular a Felipe, a quien dirige la pregunta porque se había revelado tardío en penetrar las cosas de Dios (Ioh. 14, 8.9): *Dijo a Felipe: ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?* Con la pregunta da Jesús relieve a la perentoria necesidad del pan, al tiempo que adiestra al discípulo en la fe: *Esto decía por probarle, porque él sabía lo que había de hacer.* Felipe, aludiendo seguramente a la caridad que los demás discípulos habían considerado necesaria para dar de comer a la multitud, *respondió: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco.*

La conversación de Jesús con los apóstoles ha llegado a un punto interesante. El sagrado grupo ha discutido vivamente la forma posible de satisfacer una necesidad grave, que afecta a ingente multitud. De pronto, Jesús puntualiza, como para resolver la cuestión, y les dice: *¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo. Y habiéndolo visto, dícele uno de sus discípulos, Andrés, hermano de Simón Pedro: Aquí hay un niño que tiene cinco panes de cebada y dos peces.* Harían los Apóstoles una requisa de comestibles y sólo dieron con estos panes, alimento de gente mísera, especie de galleta en piezas de unos 25 centímetros de diámetro por 2 de espesor, y un par de pescados, probablemente en salazón, especie de arenques que abundaban en el país, donde había una importante factoría de pesca salada. El mismo hermano de Pedro, ante la miseria de lo requisado, hubo de decir: *Mas ¿qué es esto para tantos?* Con todo, Jesús quiere como base del milagro la aportación del pobre manjar: *Y les dijo: Traédmelos acá.*

Entonces dispuso Jesús la forma de aquel original banquete: *Dijo, pues, Jesús: Haced que los hombres se sienten,* por grupos, con el fin de facilitar la distribución de los manjares. Próxima la festividad de la Pascua, estaba la Palestina en plena primavera: montículo y llano verdeaban, cubiertos de tierno césped: *Y en aquel lugar había mucho heno. Y se sentaron,* según lo dispondría el mismo Jesús, *en número como de cinco mil varones,* mezclados seguramente con ellos mujeres y niños, en forma de pintorescos parterres, *en grupos de a cien y de a cincuenta.* Jesús lo quiere todo en orden. Con todo, más fácil es imaginar que describir el pintoresco e imponente espectáculo, que hacían más fantástico la soledad del lugar y los colores lampantes de la indumentaria judía. Sólo se cuentan los hombres, según dispone la ley (Ex. 30, 12; Num. 1, 2): ¿a qué número llegarían las mujeres y niños?

EL MILAGRO (11-15). — Distribuida la multitud en grupos, adoptó Jesús actitud solemne: *Tomó, pues, Jesús los cinco panes y los dos peces, miró al cielo,* con lo que demuestra referir al Padre lo que va a hacer, *y los bendijo.* Era esta bendición

una impartición de la divina gracia, que en este caso producía la multiplicación de los panes benditos, como en la Última Cena producirá la transubstanciación del pan en el cuerpo del Señor. *Y habiendo dado gracias, en cuanto hombre, por haberse dignado Dios hacer tal milagro para bien corporal y espiritual de su pueblo, rompió los panes y los dió a sus discípulos, y los discípulos los dieron a las turbas, y los repartió entre los que estaban sentados: y asimismo de los peces, cuanto querían.* Multiplicábase el pan en manos de Jesús y de los Apóstoles por una maravillosa adición de materia que no se concibe sino por creación o conversión de otra en ella; y como no se agotó la vasija de harina, ni la alcuza de aceite en casa de la viuda de Sarepta por la oración de Eliseo (3 Reg 17, 14), así brotaban copiosamente los panes y peces de las manos de Jesús y de sus Apóstoles.

Fué estupendo el milagro: *Y comieron todos, y se hartaron.* Y para que apareciera más patente a los ojos de sus discípulos el milagro, cada uno de ellos pudo recoger una canasta de pan sobrante, al mandato de Jesús, incluso Judas, que había ya perdido la fe (Ioh. 6, 71. 72), de donde le vino mayor condenación: *Y cuando se hubieron saciado, dijo a sus discípulos: Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierdan: ¡Bella y ejemplar lección de previsión, seguramente a beneficio de los pobres! Y así recogieron, y llenaron doce canastos de pedazos de los cinco panes de cebada y de los peces que sobraron a los que había comido. El número de los que comieron fué cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.* Atendidas las diversas circunstancias de los quehaceres domésticos de las mujeres y del cuidado de los hijos pequeños, y que los que saldrían al desierto serían ya de doce años para arriba, que eran los que acompañaban las caravanas que iban a la Pascua, Curci cuenta como unos 3.000, entre mujeres y niños, que deberían añadirse a los 5.000 hombres adultos.

Aquella multitud de hombres, imbuída de las ideas de un Mesías glorioso en el orden temporal, quiso llevar consigo a Jesús a Jerusalén, centro de la teocracia de Israel, adonde se

dirigía para la celebración de la Pascua, fiesta instituída en memoria de la liberación de Egipto: allí le proclamarían rey y sacudirían el yugo de los romanos. El milagro que acaba de realizar es tan estupendo que basta para acreditarle de Mesías, el Profeta prometido por Moisés: *Aquellos hombres, pues, cuando vieron el milagro que Jesús había obrado decían: Éste es verdaderamente el Profeta que debe venir al mundo.* Corrió entre aquella multitud de hombres la voz y el propósito de llevarlo consigo para proclamarle rey: *Y Jesús, cuando entendió que habían de venir a arrebatarlo para hacerlo rey...*

Quizás los mismos discípulos, que participaban de las ideas del pueblo en este punto (Mt. 20, 21; Act. 1, 6), entraron en los sentimientos de la multitud. Humanamente, el entusiasmo irreflexivo de aquella muchedumbre podía comprometer la obra de Jesús; por ello separa, no sin violencia, a sus Apóstoles de la turba: *Luego obligó a sus discípulos a que entrasen en la barca para que fuesen antes que él a la otra orilla, a Betsaida, mientras él despedía al pueblo.*

Mientras los discípulos, con la pena de separarse del Maestro, se hacían a la mar, donde de nuevo debían ser testigos de su omnipotencia, Jesús, con suaves palabras, despidió al pueblo: *Y cuando lo hubo despedido, huyó otra vez al monte él solo a orar. Y cuando vino la noche, dice lacónicamente Mt., estaba allí solo.*

La escena es sublime. Cuando la obscuridad cierra el día, el rumor de la multitud que se aleja se extingue en la llanura: cruza el mar, rumbo a poniente, la barquilla de los Apóstoles; entretanto Jesús, solo en el desierto promontorio, dominando la multitud y sus queridos discípulos, que bogan mar adentro, entra en altísima oración con el Padre.

Lecciones morales. — A) Mc. v. 30. — *Y llegándose los apóstoles a Jesús...* — Los ríos, dice San Jerónimo, vuelven al lugar de donde nacen; los que son enviados a algún ministerio, deben volver a quien les envió. Aprendamos, cuando somos enviados, a no perder el contacto con quien nos envió, ni a excedernos en el ejercicio de lo que se nos ha cometido. Lo exige la razón de jerarquía, las conveniencias de régimen y la utilidad

de los que ejercen el ministerio, así como la de aquellos entre quienes se ejerce.

b) Mc. v. 31. — *Y les dijo: Venid... y reposad.* — Jesús, tan acérrimo en el trabajo, que ha enviado a sus Apóstoles a una misión laboriosísima, quiere ahora que descansen, y que lo hagan donde no puedan ser molestados. Es el descanso una exigencia fisiológica y moral de quienes trabajan con ahinco en cualquier empresa. Dios descansa en su obra de la creación del mundo, e instituye el descanso semanal, que han respetado todas las legislaciones sabias. Quebrántanse las fuerzas del cuerpo y las del espíritu si se las somete a tensión violenta e ininterrumpida. Aprendan los trabajadores a descansar con mesura, que así lo reclama la economía de la vida; y los que tienen subordinados, para el desempeño de trabajos y ministerios de toda especie, sepan imitar a Jesús, dándoles el oportuno reposo.

c) Mc. v. 31. — *Pues eran muchos los que iban y venían...* — Debe el reposo tomarse en forma oportuna, para que se re-hagan las fuerzas, no se relaje el sentido del trabajo. El descanso debe ser un alto en la actividad ordinaria, no para hacerla entrar por el camino de la disipación y del tumulto, sino para que se sosiegue nuestra actividad fisiológica y moral y se canalicen luego mejor las energías. Para ello sirve sobremanera la práctica de los deberes religiosos del día festivo. ¡Cuán apartada de ello está la civilización de nuestros días, que tienta a todo trabajador, en los días de reposo, con toda suerte de diversiones, agitación continua, grandes aglomeraciones de muchedumbres, etc.! Es ello muy a propósito para concebir fastidio del trabajo.

d) Mc. v. 32. — *Se retiraron a un lugar desierto y apartado...* — Es el lugar que podemos hacernos nosotros, dentro de nosotros mismos, siempre que necesitemos templar nuestras fuerzas para el trabajo. No siempre es dado dejar la compañía de los hombres; entonces debemos buscar a Dios en nuestro espíritu. Siempre le hallaremos presente para alentarnos, darnos fuerza y descansar en su suavidad y seguridad: "En su paz dormiremos y descansaremos", con el Profeta (Ps. 4, 9).

e) v. 3. — *Subió Jesús al monte, y sentóse allí con sus discípulos.* — Plácenos considerar a Jesús como amador de la naturaleza: es su obra, porque es la obra del Verbo de Dios, y Jesús es el Verbo de Dios hecho hombre. Fatigado como se hallaba, él y sus discípulos, pudo retirarse a descansar con ellos

en la tranquilidad de un hogar, en la placidez de la vida doméstica. No quiere, y va por mar a un monte solitario, desde el que se domina el pintoresco lago, con las ciudades marítimas allá en la lejanía... Y se sienta sobre la muelle y fresca hierba, en aquella tarde plácida de primavera. Se sienta, dice el Crisóstomo, no simplemente, para no hacer nada, sino hablando con diligencia a sus Apóstoles, y aunándoles cada vez más consigo. Es un momento en que el Pedagogo divino nos enseña a utilizar los recursos de naturaleza y gracia en provecho de nuestros prójimos. El espectáculo de la plena naturaleza templada y ensancha nuestro espíritu, le aleja de las mezquindades de los hombres, le prepara a las nobles empresas.

F) v. 11. — *Tomó Jesús los cinco panes... y habiendo dado gracias...* — ¿Por qué, dice el Crisóstomo, cuando cura al paralítico no ora, ni cuando resucita muertos, ni cuando calma las tempestades? Para enseñarnos que cuando empezamos a comer debemos dar gracias a Dios. Además, ora en las cosas pequeñas y no en las grandes, para que sepamos que no ora por necesidad, sino para darnos ejemplo, mayormente en esta ocasión, cuando tenía ante sí millares de espectadores a quienes darlo.

G) v. 12. — *Recoged los pedazos que han sobrado...* — Jesús quiere que seamos buenos administradores. Fué generoso en la multiplicación de los panes: es cuidadoso en recoger sus fragmentos. Saca panes de la nada, y manda guardar en espuelas lo que sobró de la multitud. Para enseñarnos que, por abundantes que sean los bienes que la divina Providencia nos conceda, por simple herencia o donación o por el esfuerzo de nuestro trabajo, no podemos desperdiciarlos sin malbaratar la gracia de Dios. Nos atienden mil necesidades, presentes y futuras, a las que no sabemos si podremos hacer frente, porque cambian con facilidad las fortunas con el correr de los tiempos. Y a más de nuestras necesidades, que nos exigen previsión y ahorro, nos esperan mil otras necesidades de todo género, de cuyo socorro no podemos substraernos: los pobres, la prensa, el culto, las obras sociales de caridad, de beneficencia, de fomento de organizaciones católicas, según las exigencias de lugares y tiempos. Guardemos los fragmentos para que no se pierdan...

H) v. 15. — *Y Jesús cuando entendió que habían de venir... para hacerle rey...* — Era un rey, dice San Agustín, que temía le hiciesen rey. Ni era tal rey que le hiciesen los hombres, sino un rey que hace reyes a los hombres, porque reina siempre con el

Padre, en cuanto es el Hijo de Dios. Ya los profetas habían vaticinado su reino en cuanto, según era hombre, fué hecho el Ungido o Cristo de Dios, y a sus fieles les hizo *Cristianos*, porque son su reino, congregado y comprado con la sangre de Cristo. Su reino se hará manifiesto cuando brille la claridad de sus santos después del juicio. Mas los discípulos y las turbas creyeron que había venido para reinar ya en este mundo: con lo cual quisieron que se anticipara a su tiempo. Pero ahora el tiempo de la plena realeza de Jesús ha llegado ya para nosotros: reconozcámosle como nuestro rey, y seámos perfectos súbditos suyos.

80. — JESUS ANDA SOBRE EL MAR. LA TEMPESTAD
OTRA VEZ CALMADA: Mc. 6, 47-56
(Mt. 14, 26-36; Joh. 6, 16-21)

**Evangelio del sábado antes de la Dom. 1.^a de Cuaresma,
(vv. 53-56)**

1 Y como se hiciese tarde, bajaron sus discípulos al mar y, habiendo entrado en la barca, pasaron a la otra orilla, hacia Cafarnaúm: y había ya oscurecido; y no había venido Jesús a ellos. 2 Y como fuese tarde, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra. 3 Y el mar alborotábase por un viento grande que soplabá. 4 Y la barquilla, en medio del mar, era combatida por las olas. 5 Y viéndoles (Jesús) remar con gran fatiga (pues el viento les era contrario), y a eso de la cuarta vigilia de la noche, vino a ellos andando sobre el mar; y quería dejarlos atrás. 6 Y después que habían navegado como veinticinco o treinta estadios, ven a Jesús caminando sobre el mar y que se acercaba a la barca. 7 Y ellos, cuando le vieron caminar sobre el mar, pensaron que era fantasma, 8 y decían: ¡Que es fantasma! Y 9 de miedo gritaron. 10 Pues todos le vieron y se turbaron. Mas luego 11 Jesús habló con ellos y les dijo: ¡Tened buen ánimo!, yo soy, no temáis. 12 Y respondiendo Pedro, dijo: Señor, si tú eres, mándame ir a ti sobre las aguas. Y él dijo: Ven; y Pedro, bajando de la barca, andaba sobre el agua para ir a Jesús. Mas, siendo el viento recio, tuvo miedo: y como empezara a hundirse, dió voces, diciendo: ¡Señor, sálvame! Y en seguida Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡(Hombre) de poca fe! ¿Por qué dudaste? 13 Quisieron, pues, recibirlo en la barca. 14 Y subió con ellos a la barca, y cesó el viento. 15 Y los que estaban

en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios; y más se maravillaban dentro de sí. " Porque no habían aún entendido lo de los panes; por cuanto su corazón estaba ofuscado. ' Y en seguida se encontró la barca en la tierra a la que iban. " Y, hecha la travesía, vinieron a tierra de Genesaret, y atracaron. " Cuando hubieron salido de la barca, al punto lo conocieron " los hombres de aquel lugar, y después que le conocieron, enviaron emisarios por toda aquella comarca, " y los que recorrían toda aquella región, comenzaron a traer en los lechos a los enfermos adonde oían que él estaba. " Y dondequiera que entraba, en aldeas o en granjas o en ciudades, ponían los enfermos en las calles, y le rogaban que permitiese tocar si- quiera la orla de su vestido: y cuantos le tocaban, quedaban sanos.

Explicación. — El anterior milagro de la multiplicación de los panes y este de andar sobre las aguas son como el preludio, dice Santo Tomás, de la doctrina sobre el Pan de la vida que pronto va a exponer el Evangelista. Con el primero, demuestra su inagotable poder para dar alimento corporal, de donde se deduce que lo tiene asimismo para darlo espiritual. Con el segundo, hace evidente el hecho de que puede substraerse a las leyes de la materia y transformar su cuerpo espiritual. Por estos dos milagros podrá Jesús exigir la fe en la doctrina de la Eucaristía, sacramento que va a prometer en la sinagoga de Cafarnaúm dentro de poco tiempo.

"Empujados", Mt., "obligados", Mc., por el Maestro, a quien intentarían seguir en su ascensión al montículo, debieron retroceder los Apóstoles, mal de su grado, hacia el mar; la noche se echaba encima y Jesús quería que pasaran a la otra parte del lago: *Y como se hiciese tarde, bajaron sus discípulos al mar. Soltaron las amarras de la barquilla en que habían venido y navegaron haciendo rumbo hacia Cafarnaúm, en cuyas cercanías está Betsaida: Y, habiendo entrado en la barca, pasaron a la otra orilla, hacia Cafarnaúm.*

Da aquí loh. dos detalles que revelan la ansiedad y el temor con que realizaban el viaje: la obscuridad de la noche y la falta de la compañía de Jesús: *Y había ya obscurecido; y no había venido Jesús a ellos.* Marcos revela aún

más el estado de congoja en que la tripulación se hallaba: había cerrado la noche y les separaba de Jesús buen trecho de agua, adentrados como se hallaban en el mar: *Y como fuese tarde, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra.* Causaba la congoja el mal estado del mar sobre el que se había desencadenado furioso vendaval del norte: *Y el mar alborotábase por un viento grande que soplabá.* Y la barquilla, fuera ya del abrigo de la tierra, *en medio del mar, era combatida por los olas.*

A la claridad de la luna, pues era probablemente la antevigilia del plenilunio de Nisán, de la Pascua, Jesús ve, desde el promontorio en que subió a orar, la barquilla agitada por las olas y a sus tripulantes que, a fuerza de remos y luchando con el viento que les viene de estribor, tratan de ganar la orilla occidental: *Y viéndoles (Jesús) remar con gran fatiga (pues el viento les era contrario)...* Tan contrario les era, que habiendo embarcado al anoecer, y en una travesía de tres horas en tiempo normal, se hallaban aún lejos de tierra sobre las tres de la madrugada: *Y a eso de la cuarta vigilia de la noche, de tres a seis de la mañana...*

Narra aquí el Evangelista el prodigio con sencillez sublime: *Vino a ellos (Jesús) andando sobre el mar,* contravieniendo las leyes de la gravedad y demostrándose Señor de los elementos. Jesús se aproxima a la barca, pero no va de frente a ella, sino en ademán de pasar de largo por el flanco del navío: *Y quería dejarlos atrás.* El cuarto Evangelista, hombre de mar como todos ellos, puntualiza el camino hecho por la barca hasta la madrugada: *Y después que habían navegado como veinticinco o treinta estadios, 4'5 a 5'5 kilómetros de camino, probablemente no en línea recta, para salvar los golpes de mar, ancho entonces allí de 60 estadios = 11 kilómetros, ven a Jesús caminando sobre el mar y que se acercaba a la barca.* Es precioso este detalle de Juan, autor del Evangelio y testigo presencial del prodigio.

La aparición de Jesús en forma tan insólita llena a los discípulos de terror: *Y ellos, cuando le vieron caminar sobre el mar, pensaron que era fantasma.* Era natural el efecto

psicológico del miedo: a las naturales congojas de quien ve en peligro su vida, se añade lo insólito de la visión nocturna de una sombra, de un cuerpo extraño sobre el agua; se añade a más el terror supersticioso de aquellos rudos marinos, que se habían criado entre consejas de espectros, fantasmas y vestiglos nocturnos. Y una voz salió de sus pechos agitados: *Y decían: ¡Qué es fantasma! El miedo es contagioso: en medio del mar enbravecido, todos pierden la serenidad y todos gritan azorados: Y de miedo gritaron. Pues todos le vieron y se turbaron.*

Ante esta manifestación de terror, Jesús se les acerca y les habla; la voz tan conocida de ellos les calma inmediatamente: *Mas luego Jesús habló con ellos y les dijo: ¡Tened buen ánimo! Podían recobrar la serenidad y fuerzas, porque allí está el Señor de los elementos: Yo soy, no temáis.*

Las palabras de Jesús obran lo que expresan. Pruébalo el ánimo de Pedro, el ardoroso, quien, ante el silencio de los demás, le dice a Jesús, en confesión magnífica de su poder: *Y respondiendo Pedro, dijo: Señor, si tú eres, mándame ir a ti sobre las aguas;* argumento irrefragable de la fe de Pedro, que reconoce que el solo mandato de Jesús dará firmeza a las aguas y a él ánimo bastante para arrojar-se de la nave y echar a andar como sobre tierra firme. *Y él dijo: Ven; y Pedro, bajando de la barca, andaba sobre el agua para ir a Jesús.* Pero se hinchaban las aguas y el huracán azotaba a Pedro, y volvió a su corazón el miedo: *Mas, siendo el viento recio, tuvo miedo.* Tuvo miedo porque titubeó en su fe: la palabra de Jesús le da fuerza; ahora es su debilidad la que quita eficacia a la palabra de Jesús, y las aguas ya no le sostienen; la naturaleza recobra su pesantez al desasirse el espíritu del clavo de la confianza en Jesús: *Y como empezara a hundirse, dió voces, diciendo: ¡Señor, sálvame!* Con la plegaria breve y fervorosa, recobra la protección de Jesús: *Y en seguida Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡(Hombre) de poca fe! ¿Por qué dudaste?* No es el ímpetu del viento quien te iba a hundir, sino tu falta de confianza en mí.

Dispusiéronse entonces los once a recibirle en la nave: *Quisieron, pues, recibirlo en la barca; con mayor gozo le recibieron por la pena con que se habían de él separado horas antes y por el peligro que sin él habían corrido: Y subió con ellos a la barca, y cesó el viento; un solo querer de la voluntad del Señor llevó la calma a los elementos y el sosiego a los fatigados discípulos. En su estupor, ante la repentina calma que sobreviene a la tormenta, rindiéronse los doce a los pies del Señor, confesando, emocionados y reverentes, la fe en su divinidad: Y los que estaban en la barca vinieron, haciendo en su presencia señal de religioso acatamiento, y le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios.*

La lección que con ello recibieron los Apóstoles fué provechosísima. El milagro de la multiplicación de los panes no les ha abierto aún bastante los ojos sobre la omnipotencia de Jesús; este nuevo prodigio hace llegar hasta el fondo del alma de aquellos hombres marineros, que jamás pudieron sospechar semejante poder en un hombre, la convicción de la omnipotencia del Señor: *Y más se maravillaban dentro de sí, porque no habían aún entendido lo de los panes.* Y no lo habían entendido, a pesar de la claridad meridiana del prodigio, que bastaba para convencerles de su omnipotencia, porque su entendimiento y voluntad estaban como encallecidos para comprender las cosas de Dios: *Por cuanto su corazón estaba ofuscado.* Se necesitaba la reiteración de los prodigios, y tales prodigios, para que cayera la venda de sus ojos.

Cuanto había sido fatigosa la primera mitad de la navegación, así es ahora fácil y rápida: *Y en seguida se encontró la barca en la tierra a la que iban.* Iban a la orilla occidental del lago, y allí abordaron. Pero nótese que no atracaron en Betsaida ni en Cafarnaúm, como se habían propuesto; la fuerza del viento norte les había empujado hacia la parte meridional del lago, y desembarcaron en tierra de Genesaret, entre Cafarnaúm y Tiberíades: *Y hecha la travesía vinieron a tierra de Genesaret, y atracaron.* Desde Mag-

dala, al sur, hasta más arriba de Cafarnaúm, se extiende esta deliciosa llanura de Genesaret, de clima benigno, de vegetación variadísima, y cuya área alcanza cerca de seis kilómetros de longitud, a lo largo del lago, por unos cuatro de ancho; en ella, según Josefo, se cosechaban riquísimos frutos por espacio de diez meses del año, sin interrupción.

Dirigióse seguidamente Jesús a la ciudad de Cafarnaúm, en cuya sinagoga pronunció el famoso discurso que se comenta en los números que siguen y que sólo reproduce el cuarto Evangelio. Mt. y Mc. prescinden de este episodio, fijándose solamente en las funciones taumatúrgicas de Jesús en aquella región.

No podía ocultarse a la gente del país, y menos después del prodigio del día anterior en el desierto, la presencia del Señor: *Cuando hubieron salido de la barca, al punto le conocieron los hombres de aquel lugar, entre los que habría testigos del milagro de la multiplicación de los panes.* Ocurrió a la presencia de Jesús lo de siempre: mientras unos recorrían aquella región anunciando la llegada del Señor: *Y después que le conocieron, enviaron emisarios por toda aquella comarca;* otros, recibida la noticia, le llevaban sus enfermos siguiendo la ruta de Jesús: *Y los que recorrían toda aquella región, comenzaron a traer en los lechos a los enfermos adonde oían que él estaba.* Otros esperaban que visitara sus poblaciones para demandar la salud para sus enfermos: *Y dondequiera que entraba, en aldeas o en granjas o en ciudades, que todo lo visitaba Jesús en su bondad, ponían los enfermos en las calles, y le rogaban que permitiese tocar siquiera la orla de su vestido.* Eran las orlas, que la Vulgata llama "fimbrias", unos hilos de lana o lino, trenzados a veces a guisa de cordones, que colgaban de los ángulos del manto o pieza exterior del vestido de los judíos; los prescribía la Ley, y en la mente del legislador debían ser un memorial perpetuo de los mandamientos de Dios (Num. 15, 38-41). Este carácter sagrado de las orlas era lo que estimulaba a las multitudes a tocarlas con preferencia a las demás piezas de la indumentaria de Jesús. Quizás contribuyó a ello la noticia

de la curación de la hemorroísa, obrada en Cafarnaúm y lograda por este contacto.

Y cuantos le tocaban, quedaban sanos: no pudiendo Jesús imponer sus manos a todos los enfermos, comunicaba benignamente virtud curativa a sus vestidos para hacer más copiosa su misericordia. Con estas lacónicas palabras refiere el Evangelista la gran epopeya de la piedad, del poder y de la misericordia de Jesús para con aquel pueblo, que obtenía la curación de los enfermos del cuerpo y no quiso curar la gran dolencia de la incredulidad de su espíritu.

Lecciones morales. — A) v. 47. — *La barca estaba en medio del mar...* — La barquilla es nuestra vida: la tempestad nos la llevamos cada uno de nosotros, dice San Agustín, porque la levantan en nuestro espíritu los vientos de toda concupiscencia. Mientras nosotros estamos bogando con viento contrario, resistiendo el empuje de las fuerzas bajas de la vida, Jesús nos mira desde el monte del cielo. No nos socorre a veces inmediatamente para ejercitarnos en la paciencia y en los trabajos; pero “siempre ruega intercediendo por nosotros” (Hebr. 7, 25). Y cuando parecen agotarse nuestras fuerzas, se nos hace presente, a veces en forma extraordinaria, para sacarnos del peligro. Esperemos siempre con paciencia y confianza su socorro, sin cejar un momento en la lucha.

B) v. 48. — *Y quería dejarlos atrás...* — Hace ademán Jesús de pasar de largo junto a sus discípulos, extenuados ya por la fatiga; pero es, dice San Agustín, para que salga de sus pechos el grito de angustia revelador de la miseria en que se hallan. Entonces se acerca a ellos Jesús, les habla con blandura y les quita todo temor. Así nos sucede a nosotros: parécenos a veces, mientras nos estamos debatiendo con nuestros enemigos, que Jesús pasa de largo junto a nosotros, sin que nos brinde ningún consuelo, sin que cuide de las fuerzas que nos aturden y acozralan. Es entonces la hora de que oiga Jesús el grito de nuestra debilidad y angustia. No tardará en venirnos entonces el socorro.

C) v. 51. — *Y subió con ellos a la barca, y cesó el viento.* — La compañía de Jesús siempre da paz. El es el Rey pacífico, que vino a la tierra a traer la paz de buena voluntad a los hombres. Si trae la guerra alguna vez, es para dar mayor paz, porque

la trae para anular todo elemento de perturbación en nuestra vida. Así lo vemos en esta circunstancia: anda pacíficamente sobre las turbadas olas; produce la paz en el corazón de los discípulos; pacifica los elementos. Si ha consentido unos momentos la turbación de sus Apóstoles es para afianzarles más en su fe y hacerles incommovibles. Por ello vemos que los que supieron penetrar la grandeza del milagro de la multiplicación de los panes, ahora se prosternan ante Jesús y le adoran como Dios.

D) v. 51. — *Y más se maravillaban dentro de sí...* — La presencia sensible de la divinidad produce siempre pasmo en nuestro espíritu: ¡es tan grande Dios, y nosotros tan pequeños! Y esta presencia de Dios, la hemos experimentado cien veces en nuestra vida, si no de una manera corporal y milagrosa, como los Apóstoles, en forma de intervenciones insólitas, verdaderamente providenciales, de manera que hemos tenido que decir: ¡Aquí está la mano de Dios! Como la presencia sensible del poder de Jesús iluminó el espíritu de los Apóstoles para comprender más a Jesús, así hemos de aprovechar estas extraordinarias coyunturas, para recoger la luz que en ellas envuelve Dios y pedirle nos sirva ella para mejor conocerle y conocer lo que en nosotros hace y lo que de nosotros quiere.

E) v. 55. — *Recorrían toda aquella región...* — Nos dan los habitantes de la tierra de Genesaret una lección de caridad. Al abordar en sus playas el divino Médico, corren diligentes a anunciar la nueva por toda la región, para que se beneficien del poder misericordioso de Jesús sus hermanos enfermos. En el orden material, y más aún en el espiritual, debiéramos imitar a aquellos galileos, difundiendo entre nuestros prójimos, en las variadas formas que nuestro celo nos sugiera, el nombre, el pensamiento, los ejemplos y los mandatos de Jesús, contribuyendo a "formar atmósfera" en que las almas de nuestros hermanos respiren el suave y efficacísimo olor de Jesús. Todos, sacerdotes y seglares, cristianos de toda condición, podemos ser, bajo este punto, apóstoles de Jesús y factores de la dilatación de su reino.

F) v. 55. — *Comenzaron a traer en los lechos a los enfermos...* — Otro acto de caridad de los allegados de los enfermos. ¡Triste y gozoso espectáculo a la vez el de Jesús atravesando serenamente calles y plazas, por entre hileras de parihuelas donde yacían los enfermos! Es la misericordia de Dios en presencia de la miseria humana; el Médico del cielo entre las torturas de los

males de la tierra. Aun hoy se reproduce el simpático episodio. Jesús acude al lecho del enfermo, convive con toda humana desgracia en hospitales y sanatorios, manicomios y casas de corrección. En el orden espiritual visita las inteligencias y corazones extraviados y se pone en contacto con todos los enfermos del alma que no le rechazan. Ayudemos, como los paisanos de la tierra de Genesaret, a este contacto de los hombres con Jesús, de quien viene todo bien, y sólo bien.

g) v. 45. — *Le rogaban que permitiese tocar siquiera la orla de su vestido...* — Toca a Jesús quien con fe se llega a Jesús, dice San Agustín. Este contacto de las almas con el Señor es el que les hace bien. El contacto corporal no es más que un símbolo y como un instrumento por donde llega a nosotros la virtud de Jesús. Así sucede con los sacramentos, que son como el envoltorio en que Jesús ha escondido la fuerza de su divinidad. Y si la fe rudimentaria de aquellos judíos y el simple contacto de las franjas de su vestido les hizo tanto bien, ¿qué no podremos nosotros esperar del contacto con Jesús por los sacramentos, divinos instrumentos de su poder, especialmente del mayor de todos ellos, el de la Eucaristía, en que no sólo tocamos, sino que comemos el santísimo Cuerpo del Redentor?

h) v. 56. — *Y cuantos le tocaban, quedaban sanos...* — Es la gran función del Hijo de Dios hecho hombre: sanar a los hombres sus hermanos que entran en contacto con El. Todo lo sana: la inteligencia con su verdad; el corazón con su amor; la vida entera orientándola a un fin sobrenatural que no es otro que el mismo Dios. Sana los individuos y los pueblos. Tiene un remedio para cada dolencia, y su terapéutica divina tiene recursos para todo mal que aqueje a la humanidad en su evolución a través de los siglos. La "salvación", esta palabra que resume toda la eficacia y toda la divina filosofía de la religión de Jesús, no es en definitiva más que la total sanidad, eterna sanidad de los hombres que la logren: porque en el cielo, dice San Agustín, todo es salud, del cuerpo y del alma. Y estas palabras: "cuantos le tocaban, quedaban sanos", se realizarán de lleno, dice San Jerónimo, cuando nos veamos libres del llanto de esta vida.

OTRA VEZ EN LA GALILEA

81. — DISCURSO DE JESUS EN CAFARNAUM
 IOH. 6, 22-72. — OCASION. CONSIDERACIONES
 GENERALES: vv. 22-26

²² El día siguiente, la gente que estaba de la otra parte del mar, vió que no había allí sino una sola barquilla, y que Jesús no había entrado en la barca con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían ido solos. ²³ Pero llegaron otras barcas de Tiberíades, cerca del lugar en donde habían comido el pan, después de haber dado gracias al Señor. ²⁴ Y cuando vió la gente que no estaba allí Jesús, ni sus discípulos, entraron en las barquichuelas, y fueron a Cafarnaúm en busca de Jesús. ²⁵ Y cuando le hallaron de la otra parte del mar, le dijeron: Maestro, ¿cuándo llegaste acá? ²⁶ Jesús les respondió, y dijo: En verdad, en verdad os digo: Que me buscáis, no por los milagros que visteis, mas porque comisteis del pan y os saciasteis.

Explicación. — Este fragmento no tiene más objeto que explicar la forma cómo pudieron encontrarse Jesús y las turbas que había saciado en el desierto, habiendo él dejado aquel paraje solitario la noche anterior y quedándose las turbas allí. De esta suerte expone brevemente el evangelista la

OCASIÓN DEL DISCURSO (22-26). — Buena parte de la multitud saciada del pan milagroso pernoctó en el mismo desierto de Betsaida, ya porque había cerrado la noche inopinadamente, ya por la curiosidad de presenciar nuevos milagros de Jesús, como él mismo se lo reprocha después (v. 26). Al amanecer el día, lo primero que hizo aquella turba fué bus-

car a Jesús; el evangelista más bien deja interpretar que explica lo ocurrido: *El día siguiente, la gente que estaba de la otra parte del mar*, en la región oriental, en el desierto de Betsaida Julias, *vió que no había allí sino una sola barquilla*, es decir, había visto la tarde del día anterior que no había más que una embarcación, *y que Jesús no había entrado en la barca con sus discípulos, sino que sus discípulos se habían ido solos*. Luego, si no había más que una barca, y ésta la habían utilizado los Apóstoles para trasladarse a la parte occidental del lago, Jesús debía estar aún en el desierto. Inútilmente le buscaron.

Pero, entonces, atraídos sin duda sus patronos por la esperanza del lucro, creyendo que parte de aquella multitud querría tal vez aprovechar sus servicios para trasladarse por mar a la otra parte y no tener que dar un rodeo hasta el puente de Betsaida, sobre el Jordán, *llegaron otras barcas de Tiberíades*, de la parte occidental del lago, *cerca del lugar en donde habían comido el pan, después de haber dado gracias al Señor*. Escribe Juan para los griegos, que desconocerían el emplazamiento de Tiberíades, y se lo indica con la frase "cerca del lugar donde comieron el pan", aunque situada la ciudad en la orilla opuesta. Desesperanzados ya de hallar a Jesús en aquella región, subieron aquella gente a las embarcaciones recientemente llegadas, y pasaron a Cafarnaúm: *Y cuando vió la gente que no está allí Jesús, ni sus discípulos, entraron en las barquichuelas, y fueron a Cafarnaúm en busca de Jesús*. Seguramente allá le encontrarán, porque ellos saben que es "su ciudad" (Mt. 9, 1).

Así fué: al desembarcar, le hallaron luego. No parece que fuese el encuentro en la ciudad misma. Jesús había desembarcado hacia el sur, como hemos dicho. A su encuentro fueron, y junto con él llegaron a Cafarnaúm, entrando después en la sinagoga, donde pronunció el Señor el discurso del Pan de vida. Dados los episodios ocurridos en las ciudades vecinas al lugar del desembarque de Jesús y la multitud de enfermos curados (Mt. 14, 34; Mc. 6, 53), transcurrirían algunas horas, tal vez todo el día siguiente al de la

multiplicación de los panes, hasta este encuentro de Jesús y los cafarnaítas.

Al encontrarse la multitud con Jesús, le preguntaron, entre sencillos y extrañados, cuándo pudo llegar allá, ya que no vino con la barquilla por la noche, ni de día le habían visto hacer a pie el viaje: *Y cuando le hallaron de la otra parte del mar, le dijeron: Maestro, ¿cuándo llegaste acá?* Jesús esquivaba la respuesta, no queriéndoles explicar el milagro, hecho para los Apóstoles, y les reprende porque no les mueven a seguirle motivos espirituales, sino carnales: *Jesús les respondió, y dijo: En verdad, en verdad os digo: Que me buscáis, no por los milagros que visteis, para reconocer por ellos mi misión divina, mas porque comisteis del pan y os saciasteis.*

Entró Jesús luego en la sinagoga de la ciudad, y allí pronunció su discurso (vv. 27-59), al que parecen ya corresponder las palabras que siguen, desde el v. 27 y que comentaremos en los números siguientes.

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE EL DISCURSO DEL PAN DE VIDA. — Es éste uno de los más trascendentales pronunciados por Jesús y, después del de la Cena, quizás el que más descubre los misterios de la vida cristiana. Pero, sobre todo, es capital la importancia de este fragmento porque en él se nos da la doctrina fundamental de la vivificación sobrenatural del mundo por la manducación de la carne del Hijo de Dios.

Aunque son varios los conceptos fundamentales desarrollados en el decurso de la oración de Jesús, pueden todos ellos reducirse a esta idea central, que los informa todos: Jesucristo es el pan de vida que debè nutrir espiritualmente nuestras almas y vivificarlas. Podemos considerar en el discurso tres ideas, que se completan a medida que se desarrollan: 1.º Jesús promete un pan espiritual, vv. 25-33. 2.º El pan espiritual es El mismo, vv. 34-47. 3.º La carne de Jesús es verdadera comida y su sangre bebida de verdad, vv. 48-59; como consecuencia de la doctrina expuesta por Jesús lleva el discurso un apéndice, 4.º Confirmación de la doctrina

sobre la Eucaristía, vv. 60-72. Cada uno de estos puntos será objeto de uno de los cuatro números siguientes.

Es digna de ser notada en este discurso la admirable gradación de pensamiento que, desde el pan material, se remonta a las sublimidades de la comunicación de la vida divina al hombre por la comunión eucarística. Es el mismo procedimiento usado por Jesús en el discurso con Nicodemo y con la Samaritana. Es notable, además, por la unidad fundamental de pensamiento, que no es más que la explicación de la manera de participar la vida divina, que empieza por la fe, se perfecciona en esta vida por la comunión del cuerpo del Señor, y se consuma en la vivificación definitiva de la resurrección y glorificación final del hombre.

SENTIDO EUCARÍSTICO DE ESTE DISCURSO DE JESÚS. — ¿Se refiere este discurso, en su totalidad o en parte, a la santísima Eucaristía?

Los protestantes en general, y salvando raras excepciones, niegan se refiera el discurso a la Eucaristía. Son consecuentes a su doctrina de la negación de la presencia real en el Sacramento: ¿cómo se comería la carne de quien no está en él? Se acogen, pues, a la interpretación de una manducación metafórica: es la fe en la Encarnación, o en la doble naturaleza de Jesús, o en su sacrificio cruento.

Los católicos, en su casi totalidad, admiten la interpretación eucarística, ya desde los tiempos apostólicos. Algunos, como Jansenio de Gante y Cayetano, creen que no se trata de la Eucaristía. Parece, con todo, que la razón potísima de apartarse de la tradición y del sentido católico fué el poder desembarazarse más fácilmente de las dificultades de luteranos y husitas, que argüían de este capítulo, vv. 54-57, la necesidad de la comunión bajo las dos especies. Hoy, ya sea por las poderosas razones que derivan de una exégesis seria del texto sagrado; ya por haber tomado el Tridentino pruebas de este pasaje para la demostración de la presencia real en la Eucaristía, se ha hecho ya la unanimidad en admitir el sentido eucarístico de la segunda parte del discurso.

De los católicos, no son pocos, especialmente entre los

dogmáticos, que creen referirse a la Eucaristía la totalidad del discurso. Otros muchos le dividen en dos partes: en la primera se trataría de la vivificación por la fe en Cristo; en la segunda, a partir del v. 50, el discurso es totalmente eucarístico.

Creemos que, en la hipótesis de los primeros, no se infiere violencia alguna al texto: la fe es necesaria a aquellos que quieren ser vivificados por el "Misterio de fe" que es la Eucaristía. En la segunda hipótesis, se reducen no poco las dificultades que pudiesen oponerse contra la significación eucarística del discurso. Porque, en realidad, la segunda parte es inatacable bajo este respecto, por su claridad, fuerza e insistencia.

Por lo que atañe al sentido eucarístico de la primera parte del discurso, ninguna oposición puede invocarse en nombre de la tradición católica: Padres y teólogos insignes han militado en pro y en contra. Hoy parece ganar terreno la opinión que admite el sentido eucarístico de la primera parte, bien que algunos mitigan esta opinión diciendo, por ejemplo, que no se habla allí expresamente de la Eucaristía, pero sí implícitamente, en cuanto el manjar que allí se nombra se presenta como antitipo del maná, en el que siempre ha visto la tradición el tipo de la Eucaristía. Otros dicen que se habla allí de Jesucristo indeterminadamente, en cuanto que incluye todos sus dones vivificantes, entre los que no se excluye la Eucaristía.

Es muy verosímil, y en ello se complace el espíritu cristiano, que todo este capítulo sea como un símbolo, una profecía y una descripción de la Eucaristía, desde el milagro de la multiplicación de los panes, en que la tradición ha visto siempre la figura de la Eucaristía, y el de la deambulación sobre las olas, en que nos aparece el cuerpo de Jesús como espiritualizado, pasando por la manducación espiritual por la fe, y concluyendo con los versículos, profundamente teológicos, de la vivificación del espíritu por la manducación de la carne del Señor. La coincidencia con la Pascua, y con el mismo tiempo en que debía el año siguiente instituirse la Eu-

caristía. y hasta el episodio de la incredulidad de Judas, vv. 71.72, que debía culminar en la Última Cena con el abandono de la Sagrada Mesa, hacen de todo este capítulo como un preludio de la institución del gran Sacramento.

DEMOSTRACIÓN DEL SENTIDO EUCARÍSTICO DEL DISCURSO. — A) El paralelismo entre el discurso de la promesa y el de la institución: en ambos se habla de comer y beber, de la carne y de la sangre. B) Si los vv. 50-59 no se refieren a la manducación eucarística, no aparece que se realicen en parte alguna en nuestra religión, a pesar de que responden a un pensamiento culminante de Jesús, quien, para sostenerlo, consintió abandonaran su escuela la mayor parte de sus discípulos. C) Comer la carne de alguien y beber su sangre, no tienen en las lenguas semíticas más que un sentido metafórico, el de calumniar, despedazar con palabras injuriosas, etc.; como quiera que el contexto hace imposible la admisión de este sentido, no queda más recurso que admitir las frases en sentido literal. D) Con una simple aclaración o atenuación o traslación de sentido, Jesucristo hubiese evitado la deserción de sus discípulos, y no quiso alterar en lo más mínimo el rigorismo de sus afirmaciones. Crece la fuerza de esta razón si se tiene en cuenta que Jesucristo explicó varias veces el sentido de sus palabras cuando éstas fueron mal interpretadas, y hubiesen podido inducir a error a sus interlocutores: tal hizo, por ejemplo, con la doctrina de la regeneración espiritual en su coloquio con Nicodemo y con el agua de la vida en la conversación con la Samaritana. E) Este discurso no puede considerarse aislado, para su interpretación: la tradición, el sentido de la Iglesia, expresado en el Tridentino (Sess. 13, 2; 21, 1), la liturgia, la práctica constante, la exégesis de todos los tiempos, no son más que un comentario secular a este capítulo según el sentido eucarístico.

Lecciones morales. — A) v. 22. — *El día siguiente...* — Admiremos la tenacidad de aquellas multitudes en seguir a Jesús. Le ven hacer rumbo a oriente con la barca, y le siguen a pie por la orilla. Queda Jesús en el monte orando, y ellos per-

noctan en la llanura. Le buscan con diligencia el día siguiente, y no hallándole, embarcan ellos y hacen rumbo a occidente, y no cejan hasta hallarle. Prescindiendo de los fines que les movían, de curiosidad, de hambre de comer, de querer proclamarle rey, aprendamos esta unión de espíritu con Jesús, que nos lleve adondequiera vaya él. Parecerá a veces huir de nosotros o esconderse, pero él mismo nos dará luz para que le sigamos; él mismo saldrá dulcemente a nuestro encuentro. No olvidemos que la divisa de toda vida cristiana es el "Sígueme", del mismo Jesús.

B) v. 24. — *Y cuando vió la gente que no estaba allí Jesús...* Quien había dado el ejemplo de huir de la alabanza y de la realeza, da ahora ejemplo de salir al encuentro de las multitudes. Para que sepan los predicadores huir la alabanza y no abstenerse de su ministerio.

C) v. 25. — *Maestro, ¿cuándo llegaste acá?* — Al encontrarse las turbas con Jesús, le preguntan: "¿Cuándo llegaste acá?" Jesús no les responde a la pregunta: primero, porque no quiso revelarles la forma milagrosa del viaje; y en segundo lugar, dice San Agustín, porque a los que había saciado con pan material, va ahora a adoctrinarles según el espíritu. Ha preparado el campo al multiplicar los panes; ahora el divino sembrador va a echar copiosa la semilla en la mente de aquellas turbas.

D) v. 26. — *Me buscáis... porque comisteis del pan y os saciasteis.* — Por el espíritu hemos de seguir y buscar a Jesús, jamás por la carne miserable. Honra y provecho pueden apetecer los discípulos del Señor, pero que sean dignos del Señor y de su escuela; y la honra y provecho del cristiano deben ser llevar con dignidad tal nombre y obrar las obras de vida eterna. Buscar en el nombre cristiano el ser bien vistos, la satisfacción de bajos apetitos, el lucro miserable, la vana ostentación, la conquista de un lugar de honor, etc., es buscar a Jesús por el pan mezquino del cuerpo. La profesión de vida cristiana importa más altos y perdurables fines.

82. — DISCURSO DE JESUS EN CAFARNAUM PRIMERA PARTE: EL PAN ESPIRITUAL: vv. 27-33

²⁷ Trabajad no por la comida que perece: mas por la que permanece para la vida eterna, la que os dará el Hijo del hombre. Porque a éste señaló el Padre, Dios. ²⁸ Y le dijeron: ¿Qué

haremos para hacer las obras de Dios? * Respondió Jesús, y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él envió. * Entonces le dijeron: Pues ¿qué milagro haces, para que lo veamos y te creamos? ¿Qué obras tú? ²¹ Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dió de comer. * Y Jesús les dijo: Que no os dió Moisés pan del cielo, mas mi Padre os da el pan verdadero del cielo. ²² Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo, y da vida al mundo.

Explicación. — En la solemnidad religiosa de la sinagoga de Cafarnaúm, ya que fuese el mismo sábado de Pascua o bien uno de los días inmediatos en que, a semejanza de Jerusalén, se multiplicarían los servicios religiosos, Jesús toma la palabra, como otras veces, para enseñar al pueblo. Ha reprendido a quienes le buscan sólo para hartarse del pan material; toma pie de aquí para estimularles a buscar un manjar del espíritu: *Trabajad no por la comida que perece: mas por la que permanece para la vida eterna.* Como condición previa al logro del manjar del espíritu, pone el esfuerzo con que debe adquirirse, como ocurre con la conquista del pan material. El manjar espiritual es todo aquello con que puede lograrse la vida eterna: la fe, las obras, la palabra de Dios, la Eucaristía, todo aquello, en fin, que nutre y conforta el espíritu en orden a la vida perdurable. Este es el manjar que no perece, porque sus efectos son eternos: el manjar corporal perece, porque una vez asimilado, debe renovarse, bajo pena de muerte del cuerpo. Este manjar lo dará el Hijo del hombre, porque cuando hablaba no había aún dado todo lo necesario para que lográramos la vida eterna: *La que os dará el Hijo del hombre.* Nadie más puede darlo porque nadie es Dios como él, ni puede nadie lograrlo por sus propias fuerzas. Puede Jesús dar la vida eterna, porque el Padre, el Dios único, le ha sellado con el carácter de Hijo suyo, y lo ha confirmado con la nota del milagro: *Porque a éste señaló el Padre, Dios, y a nadie más.*

Comprenden los oyentes de Jesús que se les exige un esfuerzo moral para lograr el manjar permanente, y le preguntan a Jesús qué otra obra, a más de las legales, deben

practicar para ello: *Y le dijeron: ¿Qué haremos para hacer las obras de Dios?* Jesús les responde llevándoles al fondo de la cuestión que se propone tratar con ellos. No les pide obras semejantes a las prácticas legales, sino sólo la fe en su persona y en su misión, y el consiguiente cumplimiento de lo que les imponga: *Respondió Jesús, y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él envió.*

Entienden los judíos que Jesús alude a sí mismo. Es verdad que él ha hecho milagros; pero no responden al concepto que tenían del Mesías. Para que le crean, debe levantarse, como Moisés, y haciéndose rey, como querían ellos el día anterior, libertar al pueblo y llevarle al triunfo de sus enemigos y a la gloria: *Entonces le dijeron: Pues ¿qué milagro haces, para que lo veamos y te creamos?* Y ya que él les exige que "obren" ellos para lograr el manjar imperecedero, le redarguyen, no sin malicia: *¿Qué obras tú?* Es cierto que ayer saciaste a cinco mil hombres con cinco panes de cebada; pero ya que te arrogas una dignidad mayor que la de Moisés, la de Mesías, haz un milagro mayor que el suyo, de saciar durante muchos años a seiscientos mil combatientes, no con pan de cebada, sino con manjar sabrosísimo, bajado de los aires, milagro mayor que el que tú ayer hiciste: *Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito (Ps. 77, 24): Pan del cielo les dió de comer.*

El hecho de que le arguyan a Jesús por la Escritura, hace suponer que sus interlocutores serían del rango de escribas y fariseos. Jesús no secunda sus intenciones, haciendo el milagro clamoroso que le piden; sólo deshace su argumento. Lo que dió Moisés, a pesar de su magnificencia, no es lo que Dios intenta dar al mundo: Moisés no dió pan del cielo, sino una figura del pan del cielo, el maná, formado en la región atmosférica; éste, el verdadero, venido del cielo verdadero, lo da sólo el Padre: *Y Jesús les dijo: Que no os dió Moisés pan del cielo, mas mi Padre os da pan verdadero del cielo.* Y contrapone, no sin énfasis, el pan caduco de Moisés al pan de Dios, que viene del mismo trono de Dios, que es divino, y que da una vida divina a todos los hombres, no la

vida fisiológica a solos los judíos del desierto: *Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo, y da vida al mundo.*

Lecciones morales. — A) v. 27. — *Trabajad no por la comida que perece...* — Y sin embargo, son los hombres tan locos, y andan tan desatinados, que no trabajan sino por el manjar que perece; ni saben muchos que exista un manjar que no perece, tan obtuso tienen ya el sentido de Dios y de las cosas de Dios. Es una total inversión de los fines de la vida, que responde a la inversión del concepto que se tiene de la vida. Trabajemos enhorabuena por el manjar que perece, dice el Crisóstomo; quiere Dios que nutramos nuestro cuerpo, pero para trabajar con afán, mientras vivamos, en la adquisición del manjar que da la inmortalidad; la fe, las buenas obras, los sacramentos, la palabra de Dios, la oración, todo este vasto sistema de espiritualización de la vida que ha puesto Dios en nuestras manos para que eternamente vivamos.

B) v. 29. — *Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él envió.* — No distingue Jesús la fe de la obra de Dios, dice San Agustín, sino que la misma fe es la obra de Dios; porque la obra es hija del amor, y el amor es el medio por el que obra la fe, dice el Apóstol (Gal. 5, 6). Por esto no dice Jesús "que creáis a aquel...", sino "que creáis en aquel...": lo cual significa el principio y el término de la fe. No todos los que creen a Jesús creen en Jesús, porque los demonios creían a él, pero no creían en él; y nosotros creemos a Pablo, pero no creemos en Pablo. Creer, pues, en él, es amarle creyendo, ir a él creyendo, hacernos uno de sus miembros: ésta es la fe que Dios exige de nosotros. Lo que equivale a decir que la fe sin las obras es muerta, que las obras sin la fe también son muertas, y que lo que nos lleva a Jesús y puede darnos la vida eterna es la solidaridad de la fe y de las obras: éstas, vivificadas por aquélla; y aquélla, floreciente y fructificando en obras.

C) v. 30. — *¿Qué obras tú?* — Estas palabras podría decirnos a nosotros Jesús. Ya que hacemos profesión de vida cristiana, que es esencialmente vida eterna, y por ello, al decirnos cristianos, profesamos vida de inmortalidad, ¿qué es lo que hacemos que acredite nuestro nombre? ¿Qué obramos para la inmortalidad? Nada, o muy poco. Hombres de la tierra no vivimos más que de la tierra y para la tierra. Todo lo humano nos fascina, nos

seduce, nos conquista, nos arrastra. ¿Y siguiendo las rutas de la tierra caduca queremos llegar a la espiritualidad inmortal? ¿Por qué, situándonos en el punto de vista cristiano, y mirando a los horizontes de la inmortalidad, no nos preguntamos con frecuencia: ¿Qué obras tú, que allá pueda conducirte?

D) v. 32. — *Mi Padre os da el pan verdadero del cielo.* — El pan verdadero del cielo es el mismo Jesús, quien se llama a sí mismo pan verdadero, dice Teofilacto, porque lo que principalmente viene significado por el maná es el Unigénito Hijo de Dios, hecho hombre. Porque "maná" equivale a "¿qué es esto?"; los judíos, al verlo, estupefactos, decían uno al otro: "¿qué es esto?" Y el Hijo de Dios humanado es principalmente el "maná" admirativo; de modo que ante él cualquiera se pregunta: "¿qué es esto?" ¿Cómo el Hijo de Dios es Hijo del hombre? ¿Cómo se unen dos naturalezas a una persona?

83. — SEGUNDA PARTE: EL PAN ESPIRITUAL ES EL MISMO JESUS: vv. 34-37

Evangelio de la Misa 3.ª de Difuntos, vv. 37-40, y del miércoles de las 4 Tém. de Pentecostés, vv. 44-52

"Ellos, pues, le dijeron: Señor, danos siempre este pan.
"Y Jesús les dijo: Yo soy el pan de la vida: el que a mí viene, no tendrá hambre: y el que en mí cree, nunca jamás tendrá sed.
"Mas yo he dicho que me habéis visto y no creéis. "Todo lo que me da el Padre, a mí vendrá y aquel que a mí viene, no le echaré fuera: "porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió. "Y ésta es la voluntad de aquel Padre que me envió: Que nada pierda de todo aquello que él me dió, sino que lo resucite en el último día. "Y la voluntad de mi Padre que me envió, es ésta: Que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna: y yo le resucitaré en el último día.

"Los judíos, pues, murmuraban de él porque había dicho: Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo. "Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? Pues ¿cómo dice éste: Que del cielo descendí? "Mas Jesús les respondió, y les dijo: No murmuréis entre vosotros: "Nadie puede venir a mí, si no le trajere el Padre que me envió: y yo le resucitaré en el último día. "Escrito está en los

profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Todo aquel que oyó del Padre, y aprendió, viene a mí. "No porque alguno ha visto al Padre, sino aquel que vino de Dios, éste ha visto al Padre. "En verdad, en verdad os digo: Que aquel que cree en mí tiene vida eterna.

Explicación. — Jesús ha puesto como base de su discurso este pensamiento: Hay un pan espiritual, distinto del que multiplicó el día anterior y del maná de otro tiempo. Pero los judíos no han entendido la naturaleza de este pan. Como la Samaritana interpreta en sentido material el agua de que le habla Jesús, así ahora los judíos: *Ellos, pues, le dijeron*, ingenuamente, dispuestos a reconocer en este pan que da la vida a perpetuidad la señal de la divina misión de Jesús: *Señor, danos siempre este pan*. Se lo piden a él porque, interpretando el v. 32, creen que el Padre dará este pan por ministerio de Jesús. Entonces es cuando el Señor les descubre que

EL MISMO ES EL PAN ESPIRITUAL (35-40). — El pan que piden a Jesús lo tienen allí presente: es Jesús mismo: *Y Jesús les dijo: Yo soy el pan de la vida*: el pan verdadero que baja del cielo y que el Padre da para la vida del mundo. Consecuencia de este hecho es: *El que a mí viene, no tendrá hambre: y el que en mí cree, nunca jamás tendrá sed*; ir a Jesús es creer en Jesús y cumplir lo que manda Jesús; y quien cree en Jesús posee la fuente inagotable de toda suerte de bienes: su apetito descansará en él.

Pero los judíos no quieren ir a Jesús, porque no creen en él; Jesús se lo echa en cara: *Mas yo he dicho* (v. 26) *que me habéis visto y no creéis*; he hecho tales milagros y los habéis presenciado, que acreditan mi divina misión; y no habéis hecho caso de ellos. Con todo, vuestra incredulidad no frustrará los designios de Dios: otros creerán, ya que vosotros no creéis; porque todos aquellos a quienes llame el Padre con gracia eficaz, creerán en mí: *Todo lo que me da el Padre, a mí vendrá*. El Padre ha dado al Hijo, como en bloque, toda la humanidad; no todos han seguido el llama-

miento del Padre; los que han sido dóciles a la gracia, serán amablemente recibidos por Jesús: *Y aquel que a mí viene, no le echaré fuera, del coto de mis discípulos.*

La razón es la identidad de voluntad del Padre y del Hijo, quien vino a cumplirla en la tierra: *Porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió.* Ambos quieren la vivificación espiritual del mundo: *Y ésta es la voluntad de aquel Padre que me envió: Que nada pierda de todo aquello que él me dió.* No sólo que nada pierda, sino que todo lo vivifique, de manera que hasta los que mueran según el cuerpo sean al fin resucitados y gozén en cuerpo y alma de la plenitud de la vida bienaventurada: *Sino que lo resucite en el último día.*

Y explica quiénes son los llamados del Padre y dados a Jesús, y qué significa que nada perderá de todo lo que el Padre le dé: Todos los que ven al Hijo, es decir, meditan y estudian su doctrina, su persona, sus milagros, y creen en él, éstos son la herencia de Jesús, porque son los llamados a la vida eterna: *Y la voluntad de mi Padre que me envió, es ésta: Que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna.* Y Jesús no los perderá, porque los llamará a la vida total, beata y eterna, en el día postrero: *Y yo le resucitaré en el último día.* De donde se deduce que los judíos que le oyen se oponen a la voluntad de Dios, pero no podrán tener vida eterna.

MURMURAN LOS JUDÍOS Y JESÚS INSISTE (41-47). — A los adversarios de Jesús, que también los había en la Galilea (Mc. 2, 16; Lc. 5, 17), y que probablemente le oían en la sinagoga, les chocó la afirmación de Jesús sobre el origen celeste, y empezaron a murmurar: *Los judíos, pues, murmuraban de él porque habían dicho: Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo.* No se lee que Jesús hubiese dicho estas mismas palabras: pero ellas resumen admirablemente los vv. 33, 35 y 38. No quieren reconocer la divinidad de Jesús a pesar de sus milagros, y su incredulidad les sugiere el mismo pensamiento que a los nazarenos (Mt. 13, 55; Mc. 6, 3): *Y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre*

nosotros conocimos? No se sigue de aquí que viviese todavía el esposo de María; créese que había ya muerto al comenzar Jesús su ministerio público. Y decían con desdén: *Pues ¿cómo dice éste: Que del cielo descendí?*

En este estado de ánimo, hubiese sido inútil que les explicara Jesús el misterio de la Encarnación; y soslayando la pregunta, deja en pie la dificultad, proponiéndoles, sin embargo, una verdad más útil para ellos en aquellos momentos: el camino por donde podrán llegar a él, si quieren salvarse: *Mas Jesús les respondió, y les dijo: No murmuréis entre vosotros, como si hubiese dicho yo algo absurdo. Que vosotros no lo entendáis, no quita que sea verdad: es que no tenéis la luz divina que se requiere para comprenderlo; lo que debéis hacer es pedirla al Padre, porque: Nadie puede venir a mí, si no le trajere el Padre que me envió; con lo que revela la insuficiencia de nuestra libertad para la fe, que es don gratuito de Dios. Lo que el Padre empieza en la obra de la redención, él lo consuma: Y yo le resucitaré en el último día. Por lo mismo, quien no es llamado, o mejor, quien no deja atraerse por el Padre, no será resucitado por el Hijo, no tendrá la vida eterna.*

Este llamamiento del Padre es universal: a nadie excepta ni rechaza: *Escrito está en los profetas (Is. 54, 13): Y serán todos enseñados por Dios, instruídos por Dios mismo; y este divino magisterio será la forma con que atraerá Dios a sí a los hombres. Pero, para que la atracción sea eficaz, se requieren dos condiciones: oír la voz de Dios, como se oye la voz del maestro, y aprender, es decir, prestar humilde asentimiento a lo que se oye; es la conjugación de los dos factores de la vida sobrenatural, la gracia y la libertad, que da por resultado ir a Jesús y ser de su reino: Todo aquel que oyó del Padre, y aprendió, viene a mí.*

Con todo, no crean que el Padre deja verse y oírse físicamente, como se ve al maestro humano: *No porque alguno ha visto al Padre. Uno solo es el que ha visto al Padre: es el Hijo, eternamente engendrado por el Padre y consubstancial con él; éste es el que puede enseñar, transmitiéndole*

dolo a los hombres, lo que él directamente ha visto en el seno del Padre: *Sino aquel que vino de Dios, éste ha visto al Padre.*

Con esto ha respondido Jesús a la murmuración de los judíos, cerrando el episodio con las mismas palabras que lo habían provocado, v. 40, y que sirven al propio tiempo de transición para hablar claramente del misterio de la Eucaristía: *En verdad, en verdad os digo: Que aquel que cree en mí, tiene vida eterna.*

Lecciones morales. — A) v. 35. — *Yo soy el pan de la vida...* — Empieza aquí Jesús a revelar los altísimos misterios; y el primero de ellos es el de su divinidad. Jesús, Hombre-Dios, es el pan vivificador de la humanidad, que carecía de vida espiritual sobrenatural. En Jesús, el Verbo de Dios pudo hablar a los hombres por el órgano de su Humanidad, y de aquí la fe, principio de la vida sobrenatural, que “viene por el oído”, dice el Apóstol (Rom. 10, 17). En Jesús, y muriendo Dios en la Humanidad que había tomado, se vivificó el mundo por la oblación de una víctima divina, cuya muerte nos arrebató a la muerte. En Jesús, y de Jesús, y por Jesús nos ha venido la gracia y los sacramentos, especialmente la Santísima Eucaristía, que la contienen y producen: y la gracia es vida sobrenatural. En verdad que Jesús es pan, no de nutrición, sino de vida, dice Teofilacto, porque todo lo que estaba muerto ha sido vivificado por Cristo; y no según esta vida corruptible, sino según la eterna.

B) v. 37. — *Todo lo que me da el Padre, a mí vendrá.* — Se encierra en estas palabras el profundo misterio de la vocación a la fe. El Padre, que tiene el absoluto dominio sobre todas las cosas, y por ello sobre el hombre, espíritu y cuerpo, ha constituido, en derecho, un reino universal de orden sobrenatural, que ha entregado a su Hijo. Pero en la constitución de este reino no ha querido Dios prescindir de la libertad y de la colaboración del hombre: porque, como dice San Agustín, ni la sola gracia de Dios, ni la sola libertad nuestra pueden salvarnos. Dios da, pues, en derecho, a su Hijo todos los hombres; pero de hecho, no le da sino aquellos “que se dejan dar”, por decirlo así, colaborando con su libre albedrío al llamamiento de Dios. Estos son los que van a Jesús, y los que constituyen el reino de Jesús que él nos hace pedir en el Padrenuestro, y que al final del mundo,

consumada la obra de la redención, el Hijo devolverá al Padre: "Cuando entregue el reino a Dios Padre..." (1 Cor. 15, 24). ¡Que no consienta Jesús que por nuestra torcida libertad tenga que rechazarnos de su santo reino!

c) v. 37. — *Y aquel que a mí viene, no le echaré fuera...* — Porque Jesús acepta en su totalidad la herencia que le ha dado el Padre; y la acepta gustoso, porque tiene la misma voluntad que El. Humilde, dice San Agustín, vino a enseñar la humildad: quien viene a mí, se incorpora a mí, y se hace humilde, porque no hace su voluntad, sino la de Dios. Por ello no lo echaré fuera, porque no echo fuera sino la soberbia; quien conserva la humildad, no cae de la verdad.

d) v. 45. — *Y serán todos enseñados por Dios.* — Considera, dice el Crisóstomo, la dignidad de la fe, que no se aprende por ministerio de hombres, sino que nos viene del magisterio del mismo Dios. El maestro es el que preside a todos, preparado a dar lo suyo, y derramando a todos su doctrina. Pero si todos son enseñados por Dios, ¿por qué no todos creen? Porque no todos quieren. Creen sólo los que doblegan su voluntad a las enseñanzas del maestro Dios.

e) v. 47. — *Aquel que cree en mí tiene vida eterna.* — Quiso el Señor revelar aquí lo que era, dice San Agustín; por lo cual dice: "En verdad, en verdad os digo que el que me tiene a mí tiene vida eterna." Como si dijera: "El que cree en mí me tiene a mí." Y ¿qué es tenerme a mí? Tener la vida eterna. Porque la vida eterna es el Verbo que en el principio existía en Dios, y en el Verbo estaba la vida y la vida era la luz de los hombres. Tomó la vida la muerte para que la vida matara a la muerte. Incorporémonos a Jesús creyendo en él, comiéndole a él, y tendremos vida eterna, porque tendremos su misma vida.

84. — TERCERA PARTE: PROMESA DE LA EUCARISTIA: vv. 48-59

Evangelio de la Misa 4.^a de Difuntos, vv. 51-55, y de la fiesta del Santísimo Corpus, vv. 56-59

⁴⁸ Yo soy el pan de la vida. ⁴⁹ Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. ⁵⁰ Este es el pan que descende del cielo: para que el que comiere de él, no muera. ⁵¹ Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. ^{52a} Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente.

^{83b} Y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo. ⁸⁴ Comenzaron entonces los judíos a altercar unos con otros, y decían: ¿Cómo nos puede dar éste su carne a comer? ⁸⁵ Y Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: Que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros.

⁸⁶ El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el último día. ⁸⁷ Porque mi carne verdaderamente es comida: y mi sangre verdaderamente es bebida. ⁸⁸ El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él. ⁸⁹ Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá por mí. ⁹⁰ Este es el pan que descendió del cielo. No como el maná, que comieron vuestros padres, y murieron. Quien come este pan, vivirá eternamente.

Explicación. — Las dos partes que hemos analizado de este profundo discurso, se refieren especialmente a la doctrina de la fe, aunque pueden considerarse como preludio de la promesa de la Eucaristía, según lo que hemos dicho. En la primera, de un modo general, afirma Jesús que hay un pan de vida sobrenatural y divina, del que el maná era tipo, que la dará perpetuamente y a todo el mundo, siendo esta vida eterna. En la segunda, sienta la tesis de que el pan de Dios es El mismo, que ha bajado del cielo para dar a los hombres esta vida sobrenatural y eterna; para ello es preciso creer en El, y esto no se logra sin el llamamiento del Padre. Ahora, de la manducación espiritual por la fe en Cristo pasa Jesús a un tema más alto y profundo: la manducación eucarística de su cuerpo. Son tres las ideas fundamentales de esta parte, perfectamente trabadas y dispuestas en progresión ascendente. Las concretan los tres epígrafes siguientes.

JESÚS, PAN ESPIRITUAL DEBE SER COMIDO (48-52a). — Empieza Jesús con la misma proposición inicial de la primera parte, bien que situándose en un plano de ideas superior, como aparece de lo que sigue: *Yo soy el pan de la vida*. Le compara con el maná, al que habían aludido sus oyentes, para demostrar que le aventaja por dos razones: el maná fué dado a “sus” padres (con lo que revela Jesús que tiene

un Padre distinto de ellos), para conservar la vida del cuerpo, y no obstante murieron: *Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron.* En cambio, él es el pan del espíritu, que le da vida inmortal: *Este, acompañaría Jesús el gesto a la palabra, señalándose a sí mismo, es el pan que desciende del cielo: para que el que comiere de él, no muera.* Aventaja aún el maná en que desciende siempre del cielo, y para todo el mundo; aquél vino de la región atmosférica temporalmente, y sólo para los judíos. Aplica luego Jesús a su propia persona lo que ha dicho del pan espiritual, diciendo con énfasis: *Yo soy el pan vivo que descendí del cielo.* No solo es el pan de la vida, sino que es pan vivo, porque tiene substancialmente aquella vida espiritual y eterna. Y porque es pan vivo, a quien le comiere, comunicará la vida eterna: *Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente.*

EL PAN ESPIRITUAL ES LA CARNE DE JESÚS (52b-54). — En este punto llega Jesús a la idea culminante y sintética de esta parte de su discurso, tal vez de todo el discurso, revelando definitivamente su pensamiento: *Y el pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo.* Jesús no da todavía este pan maravilloso: lo dará la noche antes de morir. Aparece aquí una relación íntima entre la Eucaristía y el sacrificio de la cruz: dará su carne por la vida del mundo (Ioh. 11, 51.52), redimiéndole con la mactación cruenta de la Cruz; y esta carne la dará en manducación a los hombres para su vida espiritual.

Mal dispuestos los oyentes contra Jesús, ya no se contentan con murmurar, v. 41: en vez de humillarse, y para ello les basta la consideración de los milagros obrados por Jesús, rechazan de plano, en un vivo altercado que sostienen entre ellos, el pensamiento expuesto por Jesús y cuyo alcance han comprendido bien: si da su carne, debe dividirla; si la divide, no puede subsistir: *Comenzaron entonces los judíos a altercar unos con otros, y decían: ¿Cómo nos puede dar éste su carne a comer?*

Jesús no les explica a sus oyentes el "cómo" de la verdad que les anuncia: ni se lo han pedido, ni están en condición,

carnales como son, de comprenderlo. Pero repite la afirmación, con juramento, no sólo de la posibilidad, sino de la necesidad de comer su carne y de beber su sangre para tener la vida sobrenatural y eterna: *Y Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo: Que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros.* A propósito dice “del Hijo del hombre”, porque sólo en cuanto es hombre pudo el Hijo de Dios darnos su carne en comida.

No se deduce de aquí la necesidad de la comunión en las dos especies: porque bajo ambas, el pan y el vino, está todo entero Jesús, y por lo mismo su carne y sangre. Ni tampoco que hayan de comulgar los párvulos, como lo hacen en la iglesia griega, por cuanto Jesús se dirige a adultos. Ni puede entenderse vengan obligados al precepto de comer aquellos que por su edad, o por algún otro impedimento no están en condiciones de practicar esta función fisiológica.

LA CARNE Y SANGRE DE JESÚS, ALIMENTO ESPIRITUAL (55-59). — La idea que ha expuesto Jesús en forma negativa, la emite en forma asertiva. Si el que no come no tiene vida, el que come la tendrá: *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna*; la vida espiritual perseverará y aumentará por esta manducación, hasta llegar a la bienaventuranza eterna. No importa que el cuerpo deba morir: cuerpo y alma gozarán esta vida; para ello resucitará Jesús los cuerpos: *Y yo le resucitaré en el último día.* Son estas palabras como un estribillo (vv. 40.44.55) en este discurso del pan de vida.

La razón de esta vivificación espiritual por la carne de Jesús es semejante a la que causa en el cuerpo la comida material, que le sustenta, nutre y fortalece. La carne y la sangre de Jesús son verdadero manjar y verdadera bebida, no imaginarios o figurados o parabólicos: luego la manducación debe ser también verdadera; los efectos serán análogos, aunque en un plano muy superior, a los que en la vida fisiológica del cuerpo producen los verdaderos alimentos: *Porque mi carne verdaderamente es comida: y mi sangre verdaderamente es bebida.*

Señala luego Jesús el efecto de esta manducación: la

unión íntima entre él y el que le come: *El que come mi carne y bebe mi sangre*, repite insistiendo en la realidad de esta función, *en mí mora, y yo en él*. Es tan íntima esta unión, y tan divinos sus efectos, que se compara a la unión del alma al cuerpo por ella vivificado; a la unión de dos pedazos de cera que se derriten en un crisol; a la mezcla del fermento y de la harina; a los desposorios. Esto produce como una divinización de la vida humana, una transformación del hombre en Jesús.

Explica después Jesús la causa y razón de esta vivificación y unión, en una comparación sublime, de gran profundidad teológica: *Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá por mí*. El Padre envía al Hijo, y ésta es la razón de que pueda comunicarnos la vida que recibe del Padre. El Padre es viviente por esencia, y por generación eterna comunica a su Hijo la plenitud de su vida divina y esencial; al comer nosotros al Hijo, este divino manjar nos comunica, mediante su Humanidad, en la que mora la plenitud de la vida divina, una participación de esta misma vida.

Termina Jesús el discurso por donde empezó. Le habían pedido los judíos un milagro, y le habían aludido, como magnífico portentoso realizado por Moisés en tiempos antiguos, al hecho del maná. Jesús les repite la promesa del gran portentoso: *Este es el pan que descendió del cielo*. Milagro mil veces más excelso que el del maná es la Eucaristía, estupenda suma de milagros: el maná no pudo librar de la muerte a los que le comieron; la Eucaristía da la vida sobrenatural y sempiterna: *No como el maná, que comieron vuestros padres, y murieron. Quien come este pan, vivirá eternamente*.

Lecciones morales. — A) v. 50. — *Para que el que come de él, no muera*. — La Eucaristía es pan de vida y de muerte: de vida para los que le reciben bien, es decir, espiritualmente por la caridad y el sacramento; de muerte para los que reciben el sacramento sin la caridad, o en pecado. Porque, como dice San Agustín, una cosa es el Sacramento, y otra la virtud o eficacia del Sacramento: ¡cuántos son los que reciben del altar,

y recibiendo mueren! Por lo cual dice el Apóstol: "Come y bebe su propia condenación" (1 Cor. 11, 29). Comed, pues, espiritualmente el pan celestial, llevad al altar la inocencia: que los pecados, aunque sean cotidianos, no sean mortales. Entonces la Eucaristía es pan, no veneno; y el que le come no morirá eternamente.

B) v. 52. — *El pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo.* — La Eucaristía es pan en la apariencia, porque en ella subsisten todos los accidentes de pan; pero es carne en realidad, porque las palabras de la transustanciación han convertido la substancia de pan en la substancia del cuerpo del Señor. Diólo Jesús este pan la noche antes de morir: es el mismo cuerpo que entregó el día siguiente en el Calvario. El acto es substancialmente el mismo: la forma difiere. En ambos momentos, en la Mesa de la última Cena y en la Cruz, dió Jesús voluntariamente este pan: en la Cena, porque la deseó con vivas ansias, y nadie le cohibió, antes mandó con imperio que hiciesen aquello en su memoria. En la Cruz, porque "se ofreció porque quiso" (Is. 53, 7), libérrimamente. Y lo dió para la vida del mundo, porque este pan es el medio transmisor de la vida divina a los hombres, ya que muriendo Jesús destruyó la muerte. ¡Carne santísima en forma de pan, para que no sintiéramos el horror de la carne, para que le comiéramos sobrenaturalmente según estamos acostumbrados a hacerlo en el orden natural!

C) v. 53. — *¿Cómo nos puede dar éste su carne a comer?* — Según la manera que sólo pudo hallar su infinita sabiduría y su inmenso amor. No nos dejemos llevar de una curiosidad insana al escudriñar los misterios del Sacramento: aprendamos de la divina doctrina cuanto podamos, pero siempre con la fe inmovible en la verdad consoladora de las palabras de Jesús: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna." Con esta fe, y con caridad profunda, podremos no escalar las alturas de la teología sobre el Sacramento, pero podremos recibir a sorbos llenos la vida divina que el Sacramento contiene. Un alma sencilla y ardorosa puede medrar más, en el orden de la vida que del Sacramento deriva, que un gran teólogo que se levante a altas especulaciones, pero con caridad remisa al recibir el Sacramento.

D) v. 57. — *El que come mi carne... en mi mora, y yo en él.* La Eucaristía es vínculo de amor, y el amor junta las vidas. Esto, que tratándose de los humanos amores tiene sólo un sentido moral, llega a tener en la manducación eucarística una realidad física de orden sobrenatural. Porque Jesús viene a nosotros

con toda la plenitud de su vida, y esta vida se comunica a nuestro espíritu por la virtud del Sacramento. En este sentido, Jesús mora en nosotros, porque su vida misma se entraña en nosotros. Pero en cuanto la vida de Jesús es más fuerte y poderosa que nuestra vida, queda ésta absorbida por la vida de Jesús, según la medida en que nosotros nos dejemos absorber: y en este sentido nosotros permanecemos en él. ¡Ojalá que absorbiese Jesús, al recibirle, todo lo mortal de nuestra vida, para que fuéramos totalmente transformados en su vida! Sería esto el preludio de aquella transformación definitiva de la gloria, de que nos habla el Apóstol (2 Cor. 3, 18).

E) v. 58. — *Como me envió el Padre viviente...* — El Padre envía al Hijo al mundo; el Hijo, en virtud de esta misión, viene al mundo para dar a los hombres vida abundante (Ioh. 10, 10); pero no una vida cualquiera, sino una participación de la misma vida que él deriva del Padre. El Hijo vive substancialmente la misma vida del Padre, vida de Dios porque es Dios como el Padre, igual al Padre aunque sea engendrado por el Padre. Esta vida de Dios llena substancialmente la vida de Jesús, Hombre Dios, porque en él, dice el Apóstol, habita substancialmente la plenitud de la divinidad (Col. 2, 9). Y esta vida de Jesús viene a nosotros, llenándonos de la vida de Dios según la medida de nuestra caridad, cuando comemos por la sagrada Comunión la carne sacratísima del Hombre-Dios. Nunca, ninguna religión, ningún pensamiento humano, pudo concebir una idea tan grande de la bondad de Dios y de la dignidad excelsa del hombre que comulga en la carne de su Dios. Verdaderamente somos dioses, porque por este divino banquete somos levantados al nivel de Dios, participando de su vida. Vivimos nosotros, pero ya no nosotros, dice el Apóstol, sino que es Cristo quien vive en nosotros (Gal. 2, 20).

85. — CONSECUENCIAS DEL DISCURSO DE CAFARNAUM: vv. 60-72

⁶⁰ Esto dijo en la sinagoga enseñando, en Cafarnaúm. ⁶¹ Mas muchos de sus discípulos que esto oyeron, dijeron: Duro es este razonamiento, y ¿quién lo puede oír? ⁶² Y Jesús, sabiendo en sí mismo que murmuraban sus discípulos de esto, les dijo: ¿Esto os escandaliza? ⁶³ Pues ¿qué, si viereis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? ⁶⁴ El espíritu es el que da vida: la carne nada aprovecha. Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son.

⁶⁵ Mas hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar. ⁶⁶ Y decía: Por esto os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado por mi Padre. ⁶⁷ Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y no andaban ya con él.

⁶⁸ Y dijo Jesús a los doce: Y vosotros, ¿queréis también iros? ⁶⁹ Y Simón Pedro le respondió: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. ⁷⁰ Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. ⁷¹ Jesús les respondió: ¿No os escogí yo a los doce, y el uno de vosotros es diablo? ⁷² Y hablaba de Judas Iscariotes, hijo de Simón: porque éste, que era uno de los doce, le había de entregar.

Explicación. — El discurso de Jesús había ya terminado con las solemnes palabras en que condensaba el divino Maestro todo su pensamiento, y que pronunciaría señalándose a sí mismo: “Este es el pan descendido del cielo...” Había sido un largo monólogo, sólo interrumpido por los murmullos de los presentes en la sinagoga de Cafarnaúm, donde lo pronunció: *Esto dijo en la sinagoga enseñando, en Cafarnaúm*. Ya se ha dicho que Jesús tomaba con frecuencia la palabra en las sinagogas (Mt. 4, 23; 12, 9; Mc. 1, 21; Lc. 4, 16 sgs.; 13, 10). Creen algunos que los episodios siguientes, contenidos en este fragmento, tuvieron lugar a la salida de la sinagoga.

CONFIRMACIÓN DE LA DOCTRINA SOBRE LA EUCARISTÍA (60-64). — La insistencia de Jesús en afirmar que la comida de su carne era condición necesaria para la vida espiritual, so-
 livió a aquellos espíritus groseros, que creyeron se trataba de descuartizar el cuerpo del Maestro y comer a pedazos su carne y beber su sangre, como pudiese hacerse en los banquetes de Tieste. El Evangelio no habla de la incredulidad de los judíos; es de suponer que fué completa, cuando muchos de los mismos discípulos de Jesús, de los que ordinariamente seguían, y el mismo Judas entre los doce, tomaron una actitud hostil a la afirmación de Jesús: *Mas muchos de sus discípulos que esto oyeron, dijeron: Duro es este razonamiento; es cosa intolerable, chocante contra todo sentido de humanidad, lo que enseña: y ¿quién lo puede oír? ¿Quién puede oír sin escándalo que ha bajado del cielo, y más aún que deba comerse su carne y beberse su sangre para tener vida eterna?* Esto decían entre sí los discípulos del Señor.

El Maestro no rectifica, como lo hizo siempre que sus palabras fueron mal interpretadas (Mt. 6, 16; Ioh. 3, 5.6; 4, 32; 11, 11; 16, 16 sigs.); antes al contrario, les demuestra, primero, que conoce las cosas ocultas, argumento de la verdad de lo que dice: *Y Jesús, sabiendo en sí mismo, por intuición, de una manera sobrenatural, que murmuraban sus discípulos de esto...* En segundo lugar, les presenta un argumento *a fortiori*, directamente demostrativo de su divinidad, profetizando su ascensión a los cielos, que son morada suya de toda la eternidad, como Hijo unigénito del Padre, con lo cual confirma rotundamente la verdad de la manducación de su cuerpo: *Les dijo: ¿Esto os escandaliza? Pues ¿qué, si viereis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes?* Como si dijera: si el Hijo del hombre es capaz de subir a los cielos, ¿no será capaz de hallar la manera de dar su carne en comida y su sangre en bebida? Con lo que les insinúa la posible solución de la dificultad que les escandaliza: si puedo subir al cielo, mi cuerpo será celeste, no estará sometido a las leyes de la naturaleza, y será posible darlo en comida sin hacerle pedazos.

Y lo que ha insinuado con su alusión a su ascensión a los cielos, lo confirma con una razón definitiva de la verdad que les ha propuesto y del sentido real, pero sobrenatural en que ha de entenderse: *El espíritu es el que da vida: la carne nada aprovecha*. La carne muerta y separada del alma no puede ejercer ninguna acción vital, sino que tiene tendencia a la corrupción; si ha dicho que su carne dará, a quienes la coman, la vida eterna, no debe entenderse de su carne hecha pedazos, muerta, sino vivificada por su alma y substancialmente con ella unida a la divinidad.

Acaba Jesús su exposición doctrinal con esta sentencia en que se insinúa la forma en que se realizará el estupendo prodigio de dar en alimento su carne y sangre: *Las palabras que yo os he dicho, espíritu y vida son; esto es, la doctrina que acabo de exponeros haré que sea espíritu y verdad, porque mi palabra es eficaz para convertir el pan en carne viva y el vino en sangre viva*. Otros interpretan así: Lo que yo acabo de enseñaros no debe entenderse en el sentido de una comestión ordinaria de carne muerta, sino vivificada por el alma y la divinidad.

SE APARTAN MUCHOS DISCÍPULOS DE JESÚS; RAZÓN DE ELLO (65-67). — Pasando Jesús de la exposición objetiva de la doctrina a la situación psicológica de sus oyentes, hace esta reflexión dolorosa: *Mas hay algunos de vosotros que no creen; ésta es la razón de escándalo que sufren: no creer en la divina misión de Jesús*. A Jesús no se le oculta esta profunda razón del fracaso de sus enseñanzas, en muchos oyentes: *Porque Jesús sabía desde el principio, desde su encarnación, o desde el comienzo de su ministerio público, o desde el principio de este discurso, quiénes eran los que no creían; como asimismo conoce al traidor: Y quién le había de entregar, Judas, cuya siniestra figura aparece aquí por primera vez, y que quizás tomaría parte en la protesta contra las enseñanzas de Jesús*.

Como la incredulidad es la causa del escándalo que sufren, así la incredulidad viene de que el Padre, por su orgullo, que les predispone contra la divina doctrina, no les

ha dado el don de la fe, que es siempre una gracia de Dios: *Y decía: Por esto os he dicho que ninguno puede venir a mí, si no le fuere dado por mi Padre.*

Propuesta la totalidad de la doctrina, y exigida la fe como condición para aceptarla, muchos de sus habituales discípulos abandonaron la escuela de Jesús, consumando su apostasía: *Desde entonces, o a causa de esto, muchos de sus discípulos volvieron atrás, y no andaban ya con él.* Esperaban un Mesías poderoso y lleno de gloria, que restaurase a Israel; y en vez de ello, les pide Jesús acatamiento a doctrinas que juzgan absurdas. Jesús no rectifica, ni temple la aparente dureza de su discurso: conserva en toda su integridad el sentido propio de la manducación de su carne y porción de su sangre. Quedaba definitivamente sentada la doctrina fundamental de la presencia real y de la comunión, tal como la enseña la Iglesia.

LOS APÓSTOLES PERMANECEN FIRMES (68-72). — Dispuesto estaba Jesús, afectado sin duda por la deserción de tantos discípulos, a quedar incluso sin sus Apóstoles, caso de que también ellos hayan recibido escándalo, pero él ya sabe que creen. Sólo para demostrarles que quiere una adhesión libérrima a sus enseñanzas, y para que con la confesión exterior se robustezca su fe, provoca en ellos una crisis, con esta apremiante pregunta: *Y dijo Jesús a los doce: Y vosotros, ¿queréis también iros? Y Simón Pedro le respondió,* tomando la palabra en nombre de todos, como primero de todos y el más impetuoso: *Señor, ¿a quién iremos?* Palabra de profundo amor, que pone al Maestro sobre toda afección; fuera de él no hay refugio. Y sigue Pedro haciendo una confesión magnífica: *Tú tienes palabras de vida eterna,* es decir, palabras que procuran la vida eterna (v. 64); *y nosotros hemos creído y conocido,* experimentalmente, por tus obras y doctrina, *que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios,* el Ungido para realizar la obra del verdadero Mesías que esperamos. Hemos creído y conocido, porque para profundizar en el conocimiento de las verdades cristianas, debe preceder el asentimiento de la fe.

A las palabras de Pedro, responde Jesús señalando, en un rasgo trágico, la figura del traidor; con ello demuestra otra vez que la fe es don de Dios, ya que en el mismo Colegio apostólico hay un apóstata; les previene el peligro de perder la fe; y profiere un vaticinio que será nuevo motivo de fe para los demás Apóstoles cuando se realice: *Jesús les respondió: ¿No os escogí yo a los doce, y el uno de vosotros es diablo?*, es decir, lugarteniente del diablo con respecto a Jesús.

Añade por su cuenta el Evangelista un breve comentario: *Y hablaba de Judas Iscariotes, "el hombre de Keriot", ciudad de la tribu de Judá, hijo de Simón: porque éste, que era uno de los doce, le había de entregar.* ;Qué paralelo horrendo entre la conducta de este "demonio", en la ocasión presente de la promesa, y la de un año más tarde, día por día, la noche de la institución de la Eucaristía! (loh. 6, 65.71.72; 13, 2.26.31).

Lecciones morales. — A) v. 61. — *Duro es este razonamiento...* — Para la inteligencia de los hombres altaneros y soberbios, es duro, difícil de soportar todo razonamiento de la fe. Porque las verdades de la fe exceden ordinariamente la capacidad mental del hombre, y éste es naturalmente celoso de los prestigios de su pensamiento, rechazando sistemáticamente aquello que no alcanza a comprender. Pero Dios nos pide el obsequio de la inteligencia, a cambio del inestimable beneficio de unas verdades de orden sobrenatural, semilla de una vida divina, y que hasta en el orden natural son garantía de rectitud y progreso para nuestro pensamiento. Y no nos pide este obsequio en forma autocrática, sin salvar los fueros de nuestra inteligencia: para ello están los motivos de credibilidad. Ningún razonamiento de la fe es duro si nosotros atendemos la autoridad y la veracidad de Dios, garantizados por los milagros, las profecías, el testimonio de los mártires, la perdurabilidad de la Iglesia, etc. Acatemos humildemente las verdades de la fe, y pensemos en lo que dice San Agustín: Si los discípulos de Jesús, dicen, "duro es este razonamiento", ¿qué harán sus enemigos?

B) v. 64. — *El espíritu es el que da vida...* — Contienen estas palabras la quinta esencia de nuestra religión. Porque ésta se diferencia de las demás precisamente por el espíritu que la in-

forma, que es el mismo Espíritu de Dios. Jesús aplica estas palabras a la comunión eucarística: la carne de Cristo de nada aprovecharía sin el Espíritu de Cristo; éste es el que da vida sobrenatural al alma. La comunión sacramental es principalmente comunión espiritual; es la unión, por medio del sacramento, del espíritu del hombre con Cristo, lleno del Espíritu de Dios. Lo que Jesús dice de la comunión, podemos aplicarlo a todos los elementos de nuestra religión: a los demás sacramentos, al culto, a la palabra de Dios. Todo este complicado y espléndido sistema material de nuestra religión no es sino como el soporte del Espíritu de Dios, que así ha querido acomodarse a nuestra naturaleza. Prescindir del espíritu en nuestra religión es matar el sentido y la eficacia de sus factores. Y ¡cuántos cristianos no conocen ni practican de la religión más que la corteza, no pudiendo por ello ser vivificados por su espíritu!

c) v. 67. — *Muchos de sus discípulos volvieron atrás.* — No quisieron oír a Jesús con el oído de la fe: por ello la perdieron. Volver atrás es del hombre; ser atraído a Jesús es de Dios. Para que temblemos de los malos pasos que puede dar nuestra libertad, que puede llevarnos a la separación definitiva de Dios; y nos acojamos a la misericordia de Dios, que nos puede llevar otra vez a Jesús. La Iglesia le pide a Dios que obligue hasta a nuestra voluntad rebelde a ser dócil a Dios; pidámosle nosotros que nos detenga y empuje adelante cuando nuestra voluntad vacile y quiera volver atrás.

d) v. 69. — *Tú tienes palabras de vida eterna...* — Tiene Jesús palabras de vida eterna, porque es el Verbo que esencialmente vive vida eterna, y vino al mundo para darnos una participación eterna de aquella su vida eterna. Y como la palabra de Jesús es la expresión del pensamiento de Jesús, y por esta palabra hemos conocido a Jesús y al Padre que le envió, por esto la palabra de Jesús es palabra que produce la vida eterna; porque ésta, como dice San Juan, no es más que "el conocimiento del único Dios verdadero y de aquel a quien envió, Jesucristo" (Ioh. 17, 3).

ÍNDICE

VOLUMEN II

SECCIÓN TERCERA AÑO PRIMERO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

Síntesis de esta sección: De la Pascua de 779 a la de 780 de la fundación de Roma.—Año 26-27 de nuestra era. 5

Núm.	PERÍODO PRIMERO. — JESÚS EN JUDEA Y SAMARIA	Mt.	Mc.	Lc.	Ion.	Pág.
26	Jesús en el templo: Primera expulsión de los mercaderes:				2,13—25	9
27	Conferencia de Jesús con Nicodemo:				3,1—21	17
28	Jesús en la Judea: Último testimonio del Bautista:				3,22—36	28
29	Encarcelamiento del Bautista y vuelta de Jesús a la Galilea.	4,12	1,14 a	3,19—20 y 4—14 a	4,1—4	34
30	Jesús y la Samaritana:				4,5—42	37
	PERÍODO SEGUNDO. — JESÚS EN LA GALILEA					
31	Pasa Jesús de la Samaria a la Galilea y da comienzo a su predicación:		1,14b-15	4,14b—15	4,43—45	53
32	Curación del hijo del régulo:				4,46—54	58
33	Jesús enseña en Nazaret, donde es rechazado.			4,16—30		62
34	Traslada Jesús su residencia a Cafarnaúm:	4,13—17				70
35	Primera pesca milagrosa y vocación de los cuatro primeros Apóstoles:	4,18—22	1,16—22	5,1—11		73
36	Curación de un poseído en la sinagoga de Cafarnaúm:		1,23—28	4,33—37		81

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	Ioh.
37	Cura Jesús a la suegra de San Pedro y a otros muchos. Retirase a orar. Evangeliza toda la Galilea:	8,14—17 4,23—25	1,29—39	4,38—44	
38	Curación de un leproso:	8,1—4	1,40—45	5,12—16	
39	El paralítico de Cafarnaüm:	9,1—8	2,1—12	5,17—26	
40	Vocación de San Mateo:	9,9—13	2,13—17	5,27—32	
41	Cuestión relativa al ayuno:	9,14—17	2,18—22	5,33—39	

SECCIÓN CUARTA

AÑO SEGUNDO DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS

Síntesis de esta sección: De la Pascua de 780 a la de 781.—Año
27-28 de nuestra era

Núm.	PERÍODO PRIMERO — EN JERUSALÉN	Mt.	Mc.	Lc.	Ioh.
42	El paralítico de la piscina:				5,1—15
43	Discurso de Jesús en su propia defensa:				5,16—47
	PERÍODO SEGUNDO. — EN LA GALILEA				
44	Los discípulos cogen espigas en sábado:	12,1—8	2,23—28	6,1—5	
45	Curación del hombre de la mano seca:	12,9—14	3,1—6	6,6—11	
46	Jesús se retira al lago de Genesaret y obra numerosas curaciones:	12,15—21	3,7—12		
47	Elección de los Apóstoles:	10,1—4	3,13—19	6,12—16	
48	El sermón de la Montaña Generalidades:	5,1—7,29		6,17—49	
49	El sermón de la Montaña: Bienaventuranzas y maldiciones:	5,1—12		6,17—26	
50	Sermón de la Montaña: Los ministros de Jesús:	5,13—16			
51	Sermón de la Montaña: Jesús y la Ley mosaica:	5,17—48		6,27—36	
52	Sermón de la Montaña: La limosna, la oración y el ayuno:	6,1—18			

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	Ioh.	Págs.
53	Sermón de la Montaña: Los cristianos y los bienes de la tierra:	6,19—34				193
54	Sermón de la Montaña: Del injusto juzgar:	7,1—6		6,37—42		200
55	Sermón de la Montaña: Últimas lecciones: Epílogo:	7,7—29		6,43—49		204
56	Curación del siervo del Centurión:	8,5—13		7,1—10		212
57	Resurrección del hijo de una viuda en Naím:			7,11—17		218
58	Misión de Juan. Testimonio de Jesús. Contumacia del pueblo:	11,2—19		7,15—35		222
59	La pecadora unge a Jesús:			7,25—50		231
60	Jesús y su acompañamiento: Temor de los suyos:		3,20—21	8,1—3		236
61	El endemoniado ciego y mudo: Los fariseos confundidos:	12,22—27 43—45	3,22—30	11,14—26		242
62	La blasfemia contra el Espíritu Santo: El milagro de Jonás:	12,31—42	3,28—30	11,33—36 11,29—32		249
63	La Madre y los hermanos de Jesús: Glorificación de la Madre de Jesús:	12,46—50	3,31—35	11,27—28 8,19—21		256
64	Las parábolas: El sembrador:	13,1—23	4,1—23	8,4—18		261
65	Parábola de la semilla que fructifica espontáneamente: De la cizaña:	13,24—30 36—43	4,26—29			270
66	Parábolas del grano de mostaza y de la levadura:	13,31—35	4,30—34	13,18—21		276
67	Parábolas del tesoro, de la margarita y de la red. Conclusión:	13,44—52				280
	PERÍODO TERCERO. — EN TIERRA DE GERASA					
68	La tempestad calmada:	8,18.23-27	4,35—40	8,22—25		285
69	Los endemoniados de Gerasa:	8,28—34	5,1—20	8,26—39		290

ÍNDICE

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	loh.
	PERÍODO CUARTO.—OTRA VEZ EN LA GALILEA				
70	Resurrección de la hija de Jairo y curación de la hemorroisa:	9,18—26	5,21—43	8,40—56	
71	Curación de dos ciegos y de un poseso mudo:	9,27—34			
72	Jesús rechazado otra vez en Nazaret:	13,53—58	6,1—6a		
73	Recorre Jesús otra vez la Galilea. Misión de los Apóstoles:	9,35—10,1	6,6b—7	9,1—2	
74	Instrucciones de Jesús a sus Apóstoles: Primera parte:	10,5—15	6,7—11	9,3—5	
75	Instrucciones de Jesús a sus Apóstoles: Segunda parte:	10,16—23			
76	Instrucciones de Jesús a sus Apóstoles: Tercera parte:	10,24—42			
77	Predicación de Jesús y de los Apóstoles. Temores de Herodes:	11,1 14,1—2	6,12—16	9,6—9	
78	Martirio del Bautista:	14,3—12	6,17—29		
	PERÍODO QUINTO.—AL DESIERTO DE BETSAIDA				
79	Jesús y sus Apóstoles en el desierto de Betsaida. Primera multiplicación de los panes:	14,13—23	6,30—46	9,10—17	6,1—15
80	Jesús anda sobre el mar. La tempestad otra vez calmada:	14,24—36	6,47—56		6,16—21
	PERÍODO SEXTO. — OTRA VEZ EN LA GALILEA				
81	Discurso de Jesús en Cafarnaúm: Ocasión. Consideraciones generales:				6,22—72 6,22—28

Núm.		Mt.	Mc.	Lc.	loh.	Pág.
82	Discurso de Jesús en Cafarnaúm: Primera parte: El pan espiritual:				27—33	377
83	Segunda parte: El pan espiritual es el mismo Jesús:				34—47	381
84	Tercera parte: Promesa de la Eucaristía:				48—59	386
85	Consecuencias del discurso de Cafarnaúm:				60—72	393

MAPAS

Itinerario de Jesús en el año primero de su vida pública	7
Itinerario de Jesús en el año segundo de su vida pública	116